STALIN

León Trotsky

Editado por Spartakku para Biblioteca_IRC

http://biblioteca.d2g.com

Esta Edición: Proyecto Espartaco

(http://www.proyectoespartaco.com)

ÍNDICE

INTRODUCIÓN 3

NOTA ACLARATORIA 8

CAPITULO I FAMILIA Y ESCUELA.....9

CAPITULO II REVOLUCIONARIO PROFESIONAL 28

CAPITULO III LA PRIMERA REVOLUCIÓN 54

CAPITULO IV EL PERIODO DE REACCIÓN 78

CAPITULO V EL NUEVO DESPERTAR 113

CAPITULO VI GUERRA Y DESTIERRO.....145

CAPITULO VII EL AÑO 1917 164

CAPÍTULO VIII COMISARIO DEL PUEBLO.....210

CAPÍTULO IX LA GUERRA CIVIL 237

CAPITULO X LA GUERRA CIVIL (CONTINUACIÓN).....270

CAPÍTULO XI DE LA OSCURIDAD AL TRIUNVIRATO 295

CAPITULO XII HACIA EL PODER 317

SUPLEMENTO I LA REACCIÓN TERMIDÓRICA 334

SUPLEMENTO II "KINTO" EN EL PODER 356

APÉNDICE TRES CONCEPTOS DE LA REVOLUCION RUSA 366

ALIAS Y SEUDONIMOS DE STALIN 380

INTRODUCIÓN

El lector observará que me he detenido mucho más a propósito de la evolución de Stalin durante el periodo preparatorio que respecto a sus actividades políticas más recientes. Los hechos del último período son notorios a toda persona letrada. Además mis críticas sobre la conducta política de Stalin desde el año 1923 se pueden encontrar en muchas obras. La finalidad de esta biografía política es mostrar cómo se formó una personalidad de este género y cómo subió al Poder usurpando el derecho a un papel tan excepcional. Por eso, al describir la vida y la evolución de Stalin durante la época en que nada o casi nada se conocía de él, el autor se ha empeñado en un análisis meticuloso de hechos y pormenores aislados y del testimonio de quienes los presenciaron; mientras que, en cuanto al último período, se ha limitado a una exposición sintética, dando por suficientemente conocidos del lector los hechos, al menos los principales.

Los críticos al servicio del Kremlin declararán esta vez, como lo hicieron con referencia a mi "Historia de la Revolución Rusa", que la ausencia de referencias bibliográficas hace imposible verificar los asertos del autor. En realidad, las referencias bibliográficas de cientos y miles de periódicos y revistas del país, memorias, antologías, etc., valdrían de muy poco al lector crítico ruso, y sólo servirían para hacer prolijo el texto. En cuanto a los críticos rusos, tienen a su disposición todo cuanto se guarda en archivos y bibliotecas de Rusia. Si hubiese errores de hecho, citas equivocadas o cualquier otro defecto malicioso en mis obras, ya hace tiempo que se hubiera hecho constar así. Y no sé de un solo caso de escritos antitrotskistas que contengan una sola referencia al uso incorrecto de materiales de origen por parte mía. Me atrevo a creer que este hecho por sí solo es suficiente garantía de autenticidad para el lector extranjero.

Al escribir mi "Historia" (de la Revolución Rusa), huí de todo recuerdo personal y confié principalmente en datos ya publicados y sujetos, por lo tanto, a comprobación, incluyendo sólo cuanto podía atestiguar de lo ya conocido y no controvertido por nadie de aquellos tiempos. En esta biografía me he permitido una ligera desviación de un método tan riguroso. También aquí, la trama básica de la narración se compone de documentos, memorias y otras fuentes subjetivas. Pero en los casos en que nada puede reemplazar al testimonio de los propios recuerdos del autor, me he sentido con derecho a intercalar algún que otro episodio de ellos, muchos aún inéditos, indicando en cada ocasión que, en el caso de referencia, no sólo me presento como autor sino como testigo. Por lo demás, he seguido el mismo método que en mi "Historia de la Revolución Rusa".

Muchos adversarios míos han admitido que este último libro se ha compuesto a base de hechos ordenados en forma escolar. Un revistero del New York Times tildaba el libro de parcial; pero todo su ensayo mostraba que estaba indignado con la Revolución

rusa y transfería su indignación al historiador de ella. Esta es la aberración usual de toda clase de subjetivistas liberales que sostienen una querella perpetua con el curso de la lucha de clases. Irritados por el desenlace de cualquier proceso histórico descargan su destemplanza sobre el análisis científico que expone la inevitabilidad del mismo. En fin de cuentas, el juicio emitido sobre el método del autor es más pertinente que la cuestión de si todas las conclusiones del autor o sólo una parte de ellas han de tenerse por objetivas. Y en este aspecto, el que esto escribe no teme a la crítica. Esta obra se compone de hechos y está sólidamente fundada en documentos. Es evidente que podrán hallarse errores de menor cuantía y ligeras faltas de énfasis o de interpretación defectuosa. Pero lo que nadie encontrará en esta obra es una actitud inconsciente frente a hechos, omisión deliberada de pruebas documentales o conclusiones arbitrarias basadas únicamente en prejuicios personales. El autor no ha pasado por alto un solo hecho, documento o fragmento testifical que redunde en beneficio del héroe de este libro. Si no es objetividad un afanoso completo y concienzudo acopio de hechos, aún de episodios minúsculos, la comprobación de las aseveraciones de testigos, con ayuda de hechos de nuestra vida personal en relación con la del papel de nuestro héroe en el proceso histórico, habremos de preguntar: ¿Qué es objetividad?

Por otra parte, nuevos tiempos han aportado una nueva modalidad política. Y, aunque parezca raro, la (oscilación del péndulo de la historia) nos ha devuelto en muchos respectos a la época del Renacimiento, incluso excediendo en extensión y profundidad a aquélla en crueldades y bestialidad. Tenemos otra vez condottieri políticos, y otra vez la pugna por el Poder ha asumido un carácter grandioso, y tiene por misión hacer cuanto el momento consienta atrapando todo el poder gubernamental para una persona, un poder despojado hasta lo inhumano (de todas las restricciones antes formuladas y consideradas necesarias hasta ahora). Hubo un tiempo en que las leyes de la mecánica política minuciosamente formuladas por Maquiavelo se consideraban el colmo del cinismo. Para Maquiavelo, la pugna por el poder era un teorema de ajedrez. Para él no había cuestiones de moralidad, como no existen para un jugador de ajedrez ni para un tenedor de libros. Su tarea consistía en determinar la política más factible que requería una situación dada, y en explicar como había que realizar dicha política de un modo despiadado y duro, a base de experimentos efectuados en los crisoles políticos de dos continentes. Este criterio se explica no sólo por la tarea en sí, sino también por el carácter de la época en que se planteaba. Provenía esencialmente del estado de desarrollo del feudalismo, de acuerdo con la liza crucial por el poder entre los señores de dos épocas: el feudalismo moribundo y la sociedad burguesa que estaba en pleno alumbramiento.

Pero en el curso del siglo XIX, que fue la época del parlamentarismo, el liberalismo y la reforma social (prescindiendo de algunas guerras internacionales y civiles), Maquiavelo se consideró absurdamente pasado de moda. La ambición política estaba limitada dentro del marco parlamentario, y la misma característica refrenaba sus tendencias excesivamente aventuradas. Ya no se trataba de una abierta aprehensión del poder por una persona y sus paniagudos, sino de conseguir mandatos en el número mayor posible de distritos. En la época de la pugna por carteras ministeriales, Maquiavelo parecía ser el singular ideólogo de un vago y remoto pasado. Pero, cosa extraña, el siglo XX (aquel sueño entrevisto de una nueva edad por la cual con tanto afán luchara el siglo

XIX) nos ha retrotraído en muchos respectos a los métodos y procedimientos del Renacimiento.

Este retroceso al maquiavelismo más cruel, parece incomprensible a quien hasta ayer confiara en la consoladora certidumbre de que la historia humana sigue una línea ascendente de progreso material y cultural. (Nada, ciertamente, más lejos de la verdad. Esto es demasiado evidente hoy para necesitar de prueba verbal. Pero sean cuales fueren nuestros títulos o desacuerdos con este) punto, todos nosotros, creemos, podemos decir ahora: Ninguna otra época del pasado fue más cruel, más desconsiderada, más cínica que la actual. Políticamente, la moralidad no ha mejorado en nada si se compara con las normas del Renacimiento y con las de otras épocas aún más lejanas. (No muere llanamente y de grado un orden social cuando pasa el momento de su utilidad. Todas las épocas de transición han sido épocas de luchas sociales violentas, despojadas de trabas morales, épocas de lucha a vida o muerte). El Renacimiento fue una época de luchas entre mundos. Los antagonismos sociales alcanzaron entonces una extrema agudeza. De ahí la intensidad de la lucha política.

En la segunda mitad del siglo XIX, la moralidad política había suplantado al materialismo (al menos, en la imaginación de ciertos políticos), sólo porque los antagonismos sociales se habían suavizado de momento, y la lucha política se había vuelto mezquina. La base de esto fue un aumento general del bienestar de la nación y ciertas mejoras en la situación de las capas más altas de la clase trabajadora. Pero nuestro período, nuestra época se parece a la época del Renacimiento en el sentido de que estamos viviendo en el límite de dos mundos: el capitalista burgués, que está en plena agonía, y ese mundo nuevo que ha de sustituirlo. Las contradicciones sociales han alcanzado otra vez un punto de excepcional aspereza.

El poder político, como la moralidad, no se desarrolla ni mucho menos de manera continua hacia un estado de perfección, como se creía a fines del siglo pasado y durante el primer decenio de la presente centuria. La política y la moral sufren y han de pasar por una órbita sumamente compleja y paradójica. La política, como la moralidad, depende directamente de la lucha de clases. Como regla general, puede decirse que cuanto más violenta e intensa sea la lucha de clases, más profunda la crisis social, y más agrio el carácter adoptado por la política, más concentrado y cruel se hace el poder del Estado y más francamente (arroja por la borda las apariencias de moralidad).

Algunos de mis amigos han apuntado que se dedica mucho espacio en este libro a referencias de fuentes informativas y a la crítica de éstas. Me doy perfecta cuenta de los inconvenientes de tal método de exposición; pero no puedo elegir otro. Nadie está obligado a prestar crédito a las aseveraciones de un autor tan directamente interesado y relacionado como lo he estado yo en la pugna con la persona cuya biografía se ha visto obligado a escribir. Nuestra época es, sobre todo, una época de mentiras. No quiero decir con esto que otros períodos de la historia humana se distinguieron por una mayor veracidad. La mentira es el fruto de contradicciones, de luchas, del choque de las clases, de la supresión de la personalidad y del orden social. En tal sentido es atributo de toda la historia de la humanidad. Hay períodos en que las contradicciones sociales se hacen singularmente agudas, en que la mentira sobrepasa su término medio y se hace atributo de

la agudeza extrema de esas contradicciones sociales. Tal es nuestra época. Yo no creo que en toda la historia humana pueda hallarse, ni remotamente, algo que semeje a la gigantesca fábrica de mentiras que se organizó en el Kremlin bajo la dirección de Stalin. Y una de las finalidades principales de tal fábrica es elaborar una nueva biografía de Stalin... Algunas de estas fuentes fueron fabricadas por Stalin mismo... Sin someter a crítica los detalles de las falsificaciones progresivamente acumuladas, sería imposible preparar al lector para un fenómeno semejante, por ejemplo, a los juicios de Moscú...

Hitler insiste especialmente en que sólo la palabra vívida, oral, señala al caudillo. Nunca, según él, puede influir ningún escrito sobre las masas como un discurso. En todo caso, no puede engendrar el nexo firme y animado entre el dirigente y sus millones de adeptos. Este criterio de Hitler se basa en gran parte, sin duda, en que no sabe escribir. Marx y Engels adquirieron millones de prosélitos sin recurrir en toda su vida al arte de la oratoria. Claro es que necesitaron muchos años para conseguir su influencia. El arte del escritor cuenta más en definitiva pues hace posible hermanar la profundidad con la elevación de la forma. Los dirigentes políticos que no dominan más que la oratoria, son invariablemente superficiales. Un orador no engendra escritores. Por el contrario, un gran escritor puede inspirar a miles de oradores. Sin embargo, es verdad que para un contacto directo con las masas hace falta el discurso vivo. Lenin se convirtió en cabeza de un partido poderoso e influyente antes de haber tenido ocasión de dirigirse a las masas con la palabra animada. Sus presentaciones en público en 1905 fueron escasas y pasaron inadvertidas. Como orador de masas, Lenin no apareció en escena hasta 1917, y entonces sólo por un lapso breve, durante abril, mayo y julio. Llegó al Poder no como orador, sino, sobre todo, como escritor, como instructor de los propagandistas que habían instruído a sus cuadros, incluso a sus cuadros de oradores.

En este respecto, Stalin representa un fenómeno sumamente excepcional. No es un pensador, ni un escritor, ni un orador. Tomó posesión del Poder antes de que las masas aprendiesen a distinguir su figura de otras durante las triunfales procesiones a través de la Plaza Roja; Stalin tomó posesión del Poder, no valiéndose de sus cualidades personales, sino con ayuda de una máquina impersonal. Y no fue él quien creó la máquina, sino la máquina quien lo creó. Esa máquina, con su fuerza y autoridad, era el producto de la lucha persistente y heroica del Partido Bolchevique, que surgió de las ideas. La máquina era la portadora de la idea antes de transformarse en un fin intrínseco. Stalin decapitó la máquina desde el momento en que cortó el cordón umbilical que la unía a la idea, y la convirtió en una cosa nada más. Lenin creó la máquina mediante una asociación continua con las masas, si no por la palabra oral, sí por la impresa, si no directamente, sí por medio de sus discípulos. Stalin no creó la máquina, sino que tomó posesión de ella. Para esto se necesitaban cualidades especiales y de excepción. Pero no eran las cualidades del iniciador histórico, del pensador, del escritor, del orador. La máquina había surgido de las ideas. La primera cualidad de Stalin era una actitud despectiva hacia las ideas. La idea había...

(El 20 de agosto de 1940 Trotsky recibió un golpe mortal en la parte posterior del cráneo con una piqueta, y su cerebro quedó destruido, cuando estaba leyendo un

manuscrito que el asesino le presentó para su lectura. Por eso han quedado sin terminar ésta y otras partes del libro).

NOTA ACLARATORIA

La señora Natalia Trotsky, viuda de León Trotsky, hizo la siguiente aclaración:

"Las frases intercaladas en la presente obra por el traductor (C.M.) son exclusivamente de su responsabilidad. El fue encargado por Harber y Brothers, editores de la edición norteamericana de este libro, y no por Natalia Trotsky, viuda de León Trotsky, de dicha labor. Las interpolaciones no han sido revisadas por nadie que pudiera pretender haber sido colaborador de León Trotsky, y, en consecuencia, deben considerarse expresivas tan sólo de las ideas del traductor, adversario político de Trotsky".

CAPITULO I
FAMILIA Y ESCUELA

El difunto Leónidas Krassin, viejo revolucionario, eminente ingeniero, brillante diplomático del Soviet, y sobre todo, criatura inteligente, fue quien primero llamó a Stalin "asiático". Al decir esto no pensaba en atributos raciales problemáticos, sino más bien en esa aleación de entereza, sagacidad, astucia y crueldad que se ha considerado característica de los hombres de Estado de Asia. Bujarin simplificó seguidamente el apelativo, llamando a Stalin "Gengis Kan", sin duda con objeto de llamar la atención sobre su crueldad, que se ha trocado en brutalidad. El mismo Stalin, conversando con un periodista japonés, se denominó "asiático", no sólo en el sentido antiguo del vocablo, sino también en el moderno; con aquella alusión personal se proponía aludir a la existencia de intereses comunes entre la URSS y el Japón frente al Oeste imperialista. Examinando el término "asiático" desde un punto de vista científico, hemos de admitir que en este caso sólo es correcto en parte. Geográficamente, el Cáucaso, especialmente Transcaucasia, es sin duda una continuación de Asia. Los georgianos, sin embargo, a diferencia de los azerbaijanos, pertenecen a la raza llamada mediterráneo-europea. De suerte que Stalin no estaba en lo cierto al calificarse de "asiático". Pero la geografía, la etnografía y la antropología no son todo lo que cuenta; la historia predomina.

Unas cuantas salpicaduras de la sangre humana que ha vertido durante siglos Asia en Europa se han quedado adheridas a los valles y montañas del Cáucaso. Tribus y grupos desconectados parecen haberse congelado allí en el curso de su desarrollo, transformando el Cáucaso en un inmenso museo etnográfico. Durante muchas centurias, el destino de ese pueblo quedó estrechamente soldado al de Persia y Turquía, permaneciendo así retenido en la esfera de la vieja cultura asiática, que ha sabido conservarse estática a pesar de continuos traqueteos de guerras y levantamientos.

El cualquier otro sitio, más frecuentado, aquella pequeña rama georgiana de humanidad (unos 2.5 millones en la actualidad) se hubiera disuelto indudablemente en el crisol de la historia sin dejar rastro. Protegidos por la cordillera caucásica, los georgianos han mantenido en forma relativamente pura su fisonomía étnica y su lengua, que la Filología no ha conseguido clasificar hasta ahora con seguridad. El idioma escrito apareció en Georgia al mismo tiempo que penetró allí el Cristianismo, ya en el siglo IV, seiscientos años antes que la Rusia de Kiev. Los siglos X a XIII se consideran como la época en que florecieron el poder militar, el arte y la literatura georgianos; siguieron luego centurias de estancamiento y decadencia. Las frecuentes y sangrientas expediciones de Gengis Kan y Tamerlán al interior del Cáucaso dejaron huellas en el habla nacional de Georgia. Si vamos a creer al infortunado Bujarin, asimismo las dejaron en el carácter de Stalin.

A principios del siglo XVII, el zar de Georgia reconoció la soberanía de Moscú, buscando la protección contra sus enemigos tradicionales, Turquía y Persia. Consiguió su propósito inmediato de ver más asegurada su vida. El Gobierno zarista tendió las necesarias carreteras estratégicas, reformó ciudades y montó una red rudimentaria de escuelas, con la finalidad primordial de rusificar a aquellos súbditos de otra estirpe. Naturalmente, en dos siglos la burocracia de San Petersburgo no pudo remplazar el viejo barbarismo asiático por una cultura europea de la que tan necesitada estaba aun en su propio país.

A pesar de sus riquezas naturales y su magnífico clima, Georgia siguió siendo una comarca pobre y atrasada. Su estructura social semifeudal se basaba en un bajo nivel de desarrollo económico y se distinguía en consecuencia por los rasgos del patriarcado asiático sin excluir la crueldad asiática. La industria apenas existía. La agricultura y la construcción de casas continuaba virtualmente con las mismas normas de veinte siglos atrás. El vino se extraía pisando la uva, y se almacenaba en grandes vasijas de arcilla. Las ciudades del Cáucaso, que comprendían no más de una sexta parte de la población, siguieron siendo, como todas las ciudades de Asia, burocráticas, militares, comerciales, y, únicamente en pequeña proporción, industriales. Por encima de la masa fundamental campesina destacaba un estrato de burguesía pobre en su mayor parte y poco culta, hasta el punto de distinguirse en algunos casos de los aldeanos más despiertos únicamente por sus pomposos títulos y dengues. No sin motivo se ha llamado a Georgia (con su fugaz esplendor pasado, su presente estancamiento económico, su sol benéfico, sus viñedos, su irresponsabilidad y su abundancia de hidalgos provincianos de bolsillos exhaustos) la España del Cáucaso.

La joven generación de la nobleza llamó a las puertas de las Universidades rusas, y rompiendo con la raída tradición de su casta, que nunca se tomó demasiado en serio en la Rusia central, se unió a diversos grupos radicales de estudiantes rusos. Los campesinos y ciudadanos más prósperos, deseosos de convertir a sus hijos en funcionarios del Gobierno, oficiales del Ejército, abogados o clérigos, siguieron la pauta de las familias nobles. De donde resultó que Georgia obtuvo una cosecha exclusiva de intelectuales, que, diseminados por varias regiones de Rusia, desempeñaron prominente papel en todos los movimientos políticos progresivos y en las tres revoluciones.

El escritor alemán Bodenstedt, que era director de una Escuela Normal de Tiflis en 1844, llegó a la conclusión de que los georgianos eran no sólo desaliñados y gandules, sino menos inteligentes que los demás moradores del Cáucaso; en la escuela no podían competir con los armenios y los tártaros en el estudio de las ciencias, la adquisición de lenguas extranjeras y la capacidad de expresarse. Citando esta opinión, demasiado sumaria, Eliseo Reclus expresaba la sospecha, bien justificada, de que la diferencia pudiera no ser debida a la nacionalidad, sino a causas sociales, al hecho de que los estudiantes georgianos procedían de aldeas retiradas, mientras que los armenios eran hijos de la burguesía urbana. El hecho es que el desenvolvimiento ulterior dio cuenta pronto de aquel atraso educativo. Por 1892, cuando José Djugashvili era alumno de segundo curso de la escuela parroquial, los georgianos, que componían aproximadamente un octavo de la población del Cáucaso, contribuían virtualmente con un quinto del total de estudiantes (los rusos con más de la mitad, los armenios con un 14 por 100 y los tártaros con menos de 3 por 100...). Sin embargo, parece ser que las peculiaridades del lenguaje georgiano, uno de los instrumentos

de cultura más antiguos, son un obstáculo serio para el aprendizaje de otras lenguas, pues deja un sello indeleble en la pronunciación. Esto no quiere decir que los georgianos estén desprovistos de elocuencia. Como las demás naciones del Imperio, bajo el zarismo estaban condenados al silencio. Pero, al "europeizarse" Rusia, los intelectuales de Georgia produjeron numerosos oradores (si no de primer orden, al menos notables) de la variedad judicial y más tarde de la parlamentaria. El más elocuente de los adalides de la Revolución de febrero fue, tal vez, el georgiano Heraclio Tseretelli. Por lo tanto, sería injusto atribuir la falta de aptitudes oratorias en Stalin a su origen nacional. Incluso en su tipo físico apenas representa una muestra acertada de su pueblo, que es tenido por uno de los más agraciados del Cáucaso.

El carácter nacional de los georgianos se suele representar como confiado, impresionable, de genio vivo, pero a la vez falto de energía e iniciativa. Por encima de todo, Reclus hacía notar su buen humor, su sociabilidad y su honradez. El carácter de Stalin tiene poco de estos atributos, que, en realidad, son los que se advierten ante todo al frecuentar el trato de georgianos. Los emigrados de Georgia en París aseguraron a Suvarin, el autor de la biografía de Stalin en francés, que la madre de José Djugashvili no era georgiana, sino osetina, y que hay mezcla de sangre mongola en sus venas. Pero un tal Iremashvili, a quien tendremos ocasión de volver a encontrar más adelante, asegura que la madre de Stalin era georgiana de pura raza, y osetino su padre, "persona ruda y vulgar, como todos los osetinos, que viven en las altas montañas caucásicas". Es difícil, si no imposible, comprobar tales asertos. Sin embargo, no son muy necesarios para nuestro propósito de explicar la talla moral de Stalin. En las comarcas del mar Mediterráneo, en los Balcanes, en Italia, en España, además del tipo llamado meridional, que se caracteriza por una asociación de perezosa indolencia e irascibilidad explosiva, se encuentran naturalezas frías, en las cuales se combina la flema con cierta terquedad y malicia. El primer tipo prevalece; pero el segundo lo incrementa como excepción. Parece como si a cada grupo nacional hubiese tocado una parte legítima de elementos básicos de carácter, y que éstos se hayan distribuido con menos acierto bajo el sol de Mediodía que bajo el de Septentrión. Pero nos aventuramos demasiado en la región infecunda de la metafísica nacional.

La ciudad provinciana de Gori está pintorescamente situada en las márgenes del río Kura, a 75 kilómetros de Tiflis, sobre el ferrocarril transcaucásico. Es una de las ciudades más antiguas de Georgía, y su historia es intensamente dramática. La tradición pretende que fue fundada en el siglo XIII por armenios que buscaban refugio huyendo de los turcos. Luego, la pequeña ciudad estuvo sujeta a diversas incursiones, pues por aquel tiempo los armenios eran ya una clase comercial y urbana a la que se atribuían grandes riquezas y por eso constituían una presa tentadora. Como todas las ciudades asiáticas, Gori creció muy paulatinamente, acogiendo por grados dentro de sus muros a pobladores de aldeas georgianas y tártaras. Por la época en que el zapatero Vissarion Djugashvili acudió allí desde su villorrio natal de Didi-Lilo, la pequeña ciudad tenía una población abigarrada de unas seis mil almas, varias iglesias, muchas tiendas y más fondas para el paisanaje de las comarcas adyacentes, una Escuela Normal con un departamento tártaro, una Escuela secundaria elemental.

La servidumbre fue abolida en el Gobierno de Tiflis sólo catorce años antes del nacimiento de José, el futuro secretario general del Comité Central del Partido Comunista. Las relaciones sociales y las costumbres aún se resentían en sus defectos. Es dudoso que sus progenitores supiesen leer y escribir. Cierto es que en Transcaucasia se publicaban cinco periódicos en lengua georgiana, pero su circulación total no pasaba de cuatro mil ejemplares. La vida de los campesinos continuaba aún al margen de la historia.

Calles informes, casas muy diversas, huertos, todo ello daba a Gori el aspecto de un poblacho. En rigor, las casas pobres de la ciudad apenas se distinguían de los cobijos campesinos. Los Djugashvili ocupaban una vieja choza de adobe, con ángulos de ladrillo y tejado cubierto de arena, que calaban fácilmente el viento y la lluvia. D. Gogojiva, antiguo condiscípulo de José, describiendo la morada familiar, escribe: "Su cuarto no tenía más de ocho varas cuadradas, y estaba junto a la cocina. Se entraba en él directamente desde el corral, sin subir un solo peldaño. El suelo estaba enladrillado. El ventanuco apenas daba paso a la luz. Los muebles consistían en una mesita, un taburete y una ancha yacija, especie de tarima, cubierta con una chilopya o estera de paja." A esto vino a unirse la vieja y ruidosa máquina de coser de su madre.

No se han publicado hasta ahora documentos auténticos referentes a la familia Djugashvili y a la niñez de José, ni tampoco podrían ser numerosos. El nivel cultural de su medio era tan primitivo, que la vida no era registrada y fluía sin dejar traza alguna. Sólo después de pasar el mismo Stalin de la cincuentena comenzaron a aparecer reminiscencias de la familia de su padre. Solían ser de segunda mano, escritas bien por enemigos furibundos y no siempre escrupulosos, bien por amigos obligados, a iniciativa (mejor sería decir por orden) de comisiones encargadas de la historia del Partido, y, por consiguiente, en su mayoría no son sino ejercicios sobre un tema señalado. Naturalmente, sería fácil buscar la verdad en la diagonal entre las dos deformaciones. Sin embargo, yuxtaponiendo ambas, pesando en una mano las reticencias y en otras las exageraciones, evaluando con sentido crítico el hilo del simple relato a la luz de los episodios futuros, es posible aproximarse a la verdad. Sin tratar de pintar artificialmente cuadros perfectos como me propongo, trataré de ofrecer al lector los elementos de estos materiales de origen en que descansan mis hipótesis y mis conclusiones.

Más profusos de detalles son los recuerdos del antes nombrado (José) Iremashvili, publicados en 1932, en alemán, en Berlín, con el título de Stalin y la tragedia de Georgia. Como su autor es un antiguo menchevique, convertido luego en algo parecido a un nacionalsocialista, su historial político en sí no mueve a gran crédito. No obstante, es imposible dar de lado su trabajo. Muchas de sus páginas son tan terminantes y convincentes que no dejan lugar a duda. Aun incidentes que parecen cuestionables a primera vista, encuentran confirmación directa o indirecta en memorias oficiales publicadas varios años después. No estará de más añadir que algunas de las conjeturas que yo había hecho basándome en silencios intencionados o expresiones equívocas aparecidos en publicaciones soviéticas encontraban confirmación en el libro de Iremashvili, que tuve ocasión de leer justamente a última hora. Sería un error suponer que en concepto de exiliado y enemigo político, Iremashvili tratara de empequeñecer la figura de Stalin o de pintarla con negros colores. Todo lo contrario, pasa revista a las aptitudes de Stalin casi en triunfo y con

exageración notoria; reconoce que Stalin es hombre dispuesto siempre a realizar sacrificios de orden personal por sus ideas, reiteradamente pondera el afecto de Stalin hacia su madre, y pinta su primer matrimonio con trazos conmovedores. Un examen más detenido de estas memorias del antiguo profesor del Instituto de Tiflis produce la impresión de un documento compuesto de varias capas. El cimiento se compone sin duda de los remotos recuerdos de la niñez. Per esa capa fundamental ha sido sometida a la inevitable elaboración retrospectiva por la memoria y la fantasía, bajo la influencia del actual destino de Stalin y de las opiniones políticas del propio autor. A ello debe agregarse la presencia en las memorias de detalles dudosos, aunque en su esencia insignificantes, que deben adscribirse a un defecto bastante frecuente entre cierto pulimento y retoque "artístico". Y hecha esta advertencia, creo lo mejor apoyarme, a partir de aquí, en las memorias de Iremashvili.

Las referencias biográficas más antiguas hablan invariablemente de Stalin como hijo de un campesino de la aldea de Didi-Lilo. Stalin, por primera vez, se refirió a sí mismo como hijo de un trabajador en 1926. Pero esta contradicción es más aparente que real: como muchos trabajadores rusos, Djugashvili padre, continuaba siendo calificado de campesino en su pasaporte. Sin embargo, esto no agota las dificultades. El padre se designa siempre como trabajador de la fábrica de calzado de Alijanov, en Tiflis. Pero la familia vivía en Gori, no en la capital del Cáucaso. ¿Significa esto, acaso, que el padre viviera separado de la familia? Tal supuesto pudiera justificarse si la familia y su sustentador viviesen en diferentes ciudades. Además, Gogojiva, compañero de José en el Seminario, y que vivía en la misma corraliza que él, así como Iremashvili, que le visitaba con frecuencia, coinciden en afirmar rotundamente que Vissarion trabajaba allí cerca, en la calle Sobornava, en una casucha de adobe con el tejado lleno de goteras. En consecuencia, suponemos que el empleo de su padre en Tiflis fue provisional, probablemente de la época en que su familia habitaba aún en el pueblo. Pero en Gori, Vissarion Djugashvili ya no trabajaba en una fábrica de calzado (no había fábricas en la capital de provincia), sino como modesto artesano independiente. La falta deliberada de claridad sobre este punto obedece sin duda al deseo de no debilitar la impresión del origen "proletario" de Stalin.

Como muchas georgianas, Ekaterina Djugashvili fue madre aún muy jovencita. Los primeros tres niños murieron en edad temprana. El 21 de diciembre de 1879, cuando nació su cuarto hijo, apenas tenía veinte años. José contaba siete cuando cayó enfermo de viruela, cuyas marcas conservó por el resto de su vida como testimonio de su procedencia y ambiente plebeyos. A sus señales de viruela, el biógrafo de Stalin en francés, Suvarin, añade caquexia del brazo izquierdo, lo que, añadido a tener soldados dos dedos de un pie, según su información, parece probar la ascendencia alcohólica por el lado paterno. Hablando en general, los zapateros, al menos en Rusia central, tenían tal fama de bebedores que era proverbio muy común el de "borracho como un zapatero". Es difícil decir hasta qué punto son verídicas las especulaciones sobre herencia comunicadas a Suvarin por "varias personas", la mayoría probablemente emigrados mencheviques. Al enumerar los guardias zaristas los "rasgos distintivos" de José Djugashvili, no mencionan un brazo lisiado, pero los dedos adheridos sí están reseñados en 1903 por el coronel Shabelsky. No es imposible que, antes de publicarlos, estos documentos policíacos, como todos los demás, hayan sido objeto de una criba defectuosa por el censor. No debe dejarse de hacer constar, sin embargo, que en años posteriores Stalin solía llevar un guante de abrigo en la mano

izquierda, incluso en las sesiones del Politburó. Por entonces se aceptó como causa el reumatismo. Pero, después de todo, estas características físicas secundarias, imaginarias o reales, carecen en sí mismas de interés apreciable. Mucho más importante es tratar de analizar el verdadero carácter de sus padres y la atmósfera de su familia.

Lo primero que llama la atención es el hecho de que los recuerdos oficialmente recopilados apenas mencionan a Vissarion, a quien dejan de lado casi por completo, en tanto que dedican pasajes llenos de simpatía a la dura y afanosa vida de Ekaterina. "La madre de José ganaba muy poco -relata Gogojiva- trabajando como lavandera o cociendo pan en las casas de los vecinos acomodados de Gori. Tenía que pagar rublo y medio por el alquiler mensual de su vivienda: pero no siempre conseguía reservar esa cantidad." Así nos enteramos de que el pago del alquiler corría de cuenta de la madre y no del padre. Dice además: "La pobreza y la vida de fatigas de su madre dejaron huella en el carácter de José...", como si el padre no formara parte de la familia. Sólo más tarde, de pasada, el autor inserta la frase siguiente: "El padre de José, Vissarion, se pasaba el día trabajando, cosiendo y reparando calzado." De todos modos, la ocupación del padre no se menciona a propósito de la vida doméstica de la familia o sus problemas de subsistencia. Esto da motivo para suponer que si se hace mención del padre es sólo por cubrir las apariencias.

Glurdzhidze, otro condiscípulo suyo del Seminario, nada en absoluto dice del padre cuando escribe que la madre de José "se ganaba la vida cortando, cosiendo o lavando ropa interior". Estas reticencias, que no son casuales, merecen tanta más atención cuanto que las costumbres populares no atribuían la misión directora de la familia a la mujer. Por el contrario, de acuerdo con las viejas tradiciones georgianas, persistentes en grado superlativo entre los montañeses conservadores, la mujer estaba relegada a la condición de esclavitud doméstica, y apenas era admitida a la augusta presencia de su señor y dueño, no tenía voz en asuntos de la familia y ni siquiera se atrevía a castigar a su propio hijo. Aun en la iglesia, madres, mujeres y hermanas tenían que colocarse detrás de los padres, maridos y hermanos. El hecho de que los autores de las memorias coloquen a la madre en el lugar que normalmente correspondía al padre, no puede interpretarse más que como deseo de evitar toda descripción de Vissarion Djugashvili. La enciclopedia rusa más antigua, comentando la extrema sobriedad de los georgianos en materia de alimento, dice a título complementario: "Apenas hay otro pueblo en el mundo que beba tanto vino como los georgianos." Verdad es que, después de trasladarse a Gori, difícilmente habría podido Vissarion conservar su propia viña. Pero, en compensación, la ciudad tenía dujans en todos los rincones, y en ellos el vodka competía con el vino y aun le llevaba ventaja.

En este aspecto, las alegaciones de Iremashvili son muy convincentes. Como los demás autores de memorias, pero anticipándoseles en cinco años, se expresa con cálida simpatía al describir a Ekaterina, quien demostró gran cariño hacia su hijo y sentimientos amistosos hacia sus compañeros de juegos y de escuela. Georgiana auténtica, Keke, como generalmente la llamaban, era profundamente religiosa. Su vida de ajetreo fue un servicio ininterrumpido: a Dios, al esposo y al hijo. Se le cansó la vista a fuerza de coser en una vivienda mal iluminada, y comenzó a llevar gafas muy pronto. Pero en aquella época, toda matrona de Georgia, pasados los treinta años, era considerada casi como una vieja. Sus vecinos la trataban con gran afecto, movidos por la vida de continuos afanes que le veían

llevar. Según Iremashvili, el cabeza de familia, Bezo (Vissarion) era persona de áspero genio, a la vez que dipsomaníaco empedernido. Se bebía la mayor parte de sus escasas ganancias. Por eso caía sobre la madre, como una doble carga, la responsabilidad de pagar el alquiler de la mísera vivienda y de sostener la familia. Con desesperada congoja, Keke advirtió a Bezo, en ocasión de estar maltratando a su hijo: "Le sacas del corazón el amor de Dios y del prójimo, y se lo llenas de odio a su propio padre." "Palizas horribles, inmerecidas, hicieron al muchacho tan hosco y cruel como era su padre." Amargado, José comenzó a cavilar acerca de los misterios eternos de la vida. No le apenó la prematura muerte de su padre; únicamente se sintió más libre. Iremashvili infiere que siendo aún muy joven, el chico empezó a extender su latente hostilidad y sed de venganza contra su padre a todos aquellos que tenían o podían tener un vestigio de autoridad sobre él. "Desde su juventud, la maquinación de vengativas tramas se convirtió para él en un objetivo que dominaba todos sus esfuerzos." Aun admitiendo que estas palabras se fundan en juicios retrospectivos, conservan todavía la plena fuerza de su significación.

En 1930, ya de setenta y un años, Ekaterina, que entonces vivía en las modestas habitaciones de un criado, en lo que fue antes el palacio de virrey en Tiflis, contestando a las preguntas de unos periodistas, dijo por mediación de un intérprete: "Soso (José) fue siempre un excelente chico... Nunca me dio motivo para castigarle. Estudiaba con ahínco, siempre estaba leyendo o discutiendo, con el afán de entenderlo todo... Soso fue mi único hijo. Naturalmente, le quería muchísimo... Su padre, Vissarion, quería hacer de él un buen zapatero. Pero su padre murió cuando Soso tenía once años... Yo no quería que fuese zapatero. Sólo deseaba una cosa: que se hiciera pope." En verdad, Suvarin recogió una información muy distinta entre los georgianos de París: "Sabían de Soso que era muy duro, insensible, que trataba a su madre sin respeto, y en apoyo de sus reminiscencias citaban "penosos lances"." El biógrafo mismo advierte, sin embargo, que sus informes procedían de los enemigos políticos de Stalin. En aquel grupo, además, circulaban también no pocas leyendas, sólo que en sentido inverso. Iremashvili, por su parte, insiste mucho sobre la fervorosa devoción de Soso hacia su madre. En realidad, el muchacho no podría haber tenido otros sentimientos hacia la bienhechora de la familia y protectora suya contra las violencias de su padre.

El escritor alemán Emil Ludwing, retratista de corte de nuestra época, encontró en el Kremlin una ocasión más de aplicar su método de hacer preguntas capciosas en que se asocia una moderada perspicacia a la sagacidad política. "¿Le gusta la Naturaleza, signor Mussolini?" "¿Qué opina usted de Schopenhauer, doctor Masaryk?" "¿Cree usted en un futuro mejor, Mr. Roosevelt?" Durante una de estas inquisiciones verbales, Stalin, desasosegado en presencia del famoso extranjero, dibuja asiduamente florecillas y barquitos con un lápiz de color. Al menos así lo refiere Ludwig. Acerca del brazo lisiado de Wilhelm Hohenzollern, este escritor ha construido una biografía psicoanalítica del ex kaiser, que el viejo Freud contempló con irónica perplejidad. Ludwig no se fijó en el brazo impedido de Stalin, y no hay que decir que también los dedos soldados se le pasaron inadvertidos. Sin embargo, trató de deducir la carrera revolucionaria del señor del Kremlin a base de las tundas que durante la niñez le administró su padre. Después de familiarizarse con las memorias de Iremashvili, no es difícil comprender de dónde extrajo Ludwig su idea. "¿Qué le hizo a usted rebelde? ¿Se debió a que sus padres le trataron mal?" Sería más bien

imprudente asignar a estas palabras ningún valor documental, y no sólo porque las afirmaciones y negaciones de Stalin, como tendremos frecuente ocasión de ver, tienden a variar con la máxima facilidad. En circunstancias análogas, cualquiera hubiese podido proceder de igual modo. En todo caso, no es posible reprochar a Stalin que haya rehusado quejarse en público de su padre, muerto ya hacía muchos años. Lo que sorprende es semejante falta de tacto en un escritor tan respetuoso.

Las aflicciones familiares no son, empero, el único factor que moldeara la personalidad del muchacho, ruda, voluntariosa y vengativa. Las influencias, mucho más amplias, del miedo social fomentaron tales cualidades. Uno de los biógrafos de Stalin relata cómo, de vez en cuando, el muy ilustre príncipe Amilajviri cabalgaba en brioso corcel hasta la pobre casucha del zapatero para que le reparase las botas, desgarradas en la caza, y cómo el hijo del zapatero, con un gran mechón de pelo sobre la estrecha frente, miraba fijamente al príncipe con ojos de aborrecimiento, apretando sus puños infantiles. Intrínsecamente, esta pintoresca escena pertenece, a juicio nuestro, al dominio de la fantasía. Sin embargo, el contraste entre la pobreza que le rodeaba y la relativa suntuosidad del último de los señores feudales de Georgia no podían menos de causar una punzante y pertinaz impresión en la conciencia del muchacho.

La capa inferior de la pequeña burguesía no conoce más que dos carreras para sus hijos únicos o inteligentes: empleado público o clérigo. La madre de Hitler soñaba con la carrera eclesiástica de su hijo. La misma grata esperanza acariciaba Ekaterina Djugashvili diez años antes, y aun dentro de un medio más humilde. El sueño mismo (ver a su hijo envuelto en ropas talares) muestra casualmente lo poco impregnada que la familia del zapatero Bezo estaba de "espíritu proletario". Se concebía un futuro mejor, no a consecuencia de la lucha de clases, sino como resultado de romper con la propia clase.

El clero ortodoxo, a pesar de su modesta categoría social y su bajo nivel cultural, pertenecía a la jerarquía de los privilegiados por estar libre del servicio militar obligatorio, del impuesto capital y... del látigo. Sólo la abolición de la servidumbre dio acceso a los campesinos a las filas del clero, privilegio condicionado, no obstante, por una limitación gubernativa: para ser promovido a un empleo eclesiástico, un hijo de campesino necesitaba la especial dispensa del gobernador.

Los futuros popes se educaban en veintenas de seminarios, cuya antesala eran las escuelas teológicas. Por su categoría en el sistema estatal de educación, los seminarios se aproximaban a las escuelas secundarias o institutos, con la diferencia de que en ellos los estudiantes laicos, ¡se suponían ser simplemente débiles pilares para la Teología! En la vieja Rusia, los famosos bursy eran proverbiales por el salvajismo horrible de sus costumbres, su pedagogía medieval y la ley del puño, para no citar la suciedad, el frío y el hambre. Todos los vicios censurados por la Sagrada Escritura florecían en aquellos planteles de piedad. El escritor Pomyalovsky se ganó un lugar permanente en la literatura rusa como un autor veraz y despiadado de Bocetos de la Escuela Teológica (Ocherki Bursy, 1862). No puede uno menos de citar en esta sazón las palabras que a propósito del mismo Pomyalovsky escribía su biógrafo: "Aquel período de su vida escolar alimentó en él la confianza, el disimulo, la animosidad y el odio a quienes le rodeaban." Verdad es que las reformas del reinado de Alejandro II aportaron ciertas mejoras aun en la zona más rancia de

la enseñanza eclesiástica. Sin embargo, no más lejos que en la última década del pasado siglo, las escuelas teológicas, especialmente en la remota Transcaucasia, seguían siendo los puntos más negros del mapa "cultural" de Rusia.

El Gobierno zarista rompió hace mucho tiempo, no sin derramamiento de sangre, la independencia de la Iglesia georgiana, sometiéndola al Sínodo de San Petersburgo. Pero la hostilidad hacia los rusificadores continuó latente entre los grados inferiores del clero georgiano. El vasallaje de su Iglesia conmovió la tradicional religiosidad de los georgianos y preparó el terreno para la influencia de la socialdemocracia, no sólo en las ciudades, sino también en el campo, en las aldeas. La atmósfera culterana de las escuelas teológicas resaltaba más aún, pues no sólo tenían por misión rusificar a sus pupilos, sino prepararlos para el papel de directores o policías espirituales. Un hálito de enconada hostilidad impregnó las relaciones entre profesores y alumnos. La enseñanza se daba en lengua rusa: el georgiano quedaba relegado a una vez por semana, y no pocas veces se desdeñaba como lengua de una raza inferior.

En 1890, seguramente poco después de morir su padre, Soso, que entonces tenía once años, entró con una cartera de percal bajo el brazo en la escuela teológica. Según sus condiscípulos, el chiquillo puso gran empeño en aprender su catecismo y sus oraciones. Gogojiya hace observar que gracias a "su extraordinaria memoria", Soso recordaba las lecciones literalmente de oírlas al maestro, sin necesidad de repasarlas. En realidad, la memoria de Stalin (al menos su memoria para retener teorías) es francamente mediocre. Pero, de todos modos, para recordar en clase no era necesario prestar excesiva atención. Por entonces, el orden sacerdotal era, sin duda alguna, la ambición suprema del mismo Soso. La resolución estimulaba sus aptitudes y su memoria. Otro condiscípulo, Kapanadze, testifica que durante los trece años de internado y en los treinta y cinco de su actividad pedagógica, nunca tuvo ocasión de encontrar a "un discípulo tan capaz y bien dotado" como José Djugashvili. Y el mismo Iremashvili, que escribió su libro no en Tiflis, sino en Berlín, afirma que Soso era el mejor alumno de la escuela teológica. En otros testimonios hay, no obstante, importantes zonas oscuras. "Durante los primeros años, en los grados preparatorios -dice Glurdzhidze-, José estudió soberbiamente, y con el tiempo, al revelar aptitudes brillantes cada vez mayores, llegó a ser uno de los mejores alumnos." En este artículo, que presenta todas las señales de un panegírico escrito por orden superior, la circunspecta frase "uno de los mejores", indica claramente que José no era el mejor, ni superior al resto de la clase, ni extraordinario. De idéntica naturaleza son los recuerdos de otro condiscípulo, Elisabedashvili. "José -dice- era uno de los más inteligentes y uno de los más listos." En una palabra, no era el más listo. Así nos vemos inclinados a sospechar que, o bien varió su posición escolar en los diversos grados o cursos, o bien algunos de los autores de memorias, pertenecientes por su parte a la retaguardia de la instrucción, no eran duchos en seleccionar a los mejores alumnos.

Sin pronunciarse definitivamente en cuanto a su clasificación exacta en su clase, Gogojiya manifiesta que en desarrollo y conocimientos rayaba "muy por encima de sus condiscípulos". Soso leía todo cuanto encontraba en la biblioteca de la escuela, incluso los clásicos georgianos y rusos, que, naturalmente, eran cuidadosamente cernidos por las autoridades. Después de los exámenes de grado, José fue recompensado con un diploma de

mérito, "lo que en aquellos días era una proeza extraordinaria, pues su padre no era clérigo y ejercía el oficio de zapatero". ¡Un rasgo notable!

En conjunto, las memorias escritas en Tiflis sobre "la juventud del Maestro" son más bien insípidas. "Soso nos llevaba al coro, y con su voz vibrante y armoniosa nos dirigía al cantar las queridas canciones nacionales." Jugando a la pelota, "José sabía escoger a los mejores, y por eso ganaba siempre nuestro grupo". "José aprendió a dibujar espléndidamente." Pero ninguna de estas cualidades llegó a convertirse en verdadero talento: José no consiguió ser cantante, ni artista, ni brillar en el deporte. Menos convincentes resultan aún menciones como las siguientes: "José Djugashvili era notable por su gran modestia, y era un camarada afectuoso y sensible." "Nunca hacía sentir a nadie su superioridad", y otras por el estilo. Si todo ello es cierto, hay que convenir en que, con los años, José se transformó en lo contrario.

Los recuerdos de Iremashvili son incomparablemente más vigorosos y verosímiles. Pinta a su tocayo como un muchacho delgaducho, musculoso, lleno de pecas, sumamente resuelto, reservado y voluntarioso, capaz de conseguir siempre lo que se proponía, ya se tratara de dominar a sus compañeros de juego, ya de tirar piedras o escalar rocas. Aunque Soso era decididamente un fervoroso amante de la Naturaleza, los seres vivos no despertaban sus simpatías. La compasión por la gente o los animales le era extraña. "Nunca le vi llorar." "Soso sólo tenía una sarcástica sonrisa para las alegrías y los pesares de sus camaradas." Todo ello puede haberse pulido ligeramente en la memoria, como una piedra en el torrente; pero no es invención.

Iremashvili comete un error indubitable al atribuir a José una conducta rebelde ya en la escuela de Gori. Soso sufría casi a diario, según él, castigo como cabecilla de las protestas de los escolares, y particularmente por gritar contra "el odioso inspector Butyrski". Pero los autores de las memorias oficiales, esta vez sin propósito premeditado, retratan a José como un alumno ejemplar, incluso en conducta, durante todos esos años. "Habitualmente era serio, perseverante -escribe Gogojiya-, y le disgustaban las jugarretas y las diabluras. Terminada la escuela, iba corriendo a su casa, y siempre se le veía enfrascado en la lectura de un libro." Según el mismo Gogojiya, la escuela pagaba a José un estipendio mensual, lo que hubiera sido completamente imposible en el caso de haber faltado alguna vez al respeto a sus superiores y, sobre todo, al "odiado inspector Butyrski". Todos los demás autores de memorias sitúan el comienzo de los modales rebeldes de José en la época de sus días de Seminario en Tiflis. Pero, aun así, ninguno consigna nada alusivo a que participara en protestas ruidosas. La explicación de los fallos memorísticos de Iremashvili y los de algunos otros, con referencia al lugar y al tiempo de determinadas peripecias, está sin duda en el hecho de que todos los participantes consideraban el Seminario de Tiflis como continuación directa de la escuela teológica. Más difícil de comprender es el hecho de que ninguno, salvo Iremashvili, mencione rechiflas dirigidas por José. ¿Es una simple aberración de la memoria? ¿O es que José desempeñaba en algunos "conciertos" un papel encubierto, del que sólo unos pocos tenían noticia? Ello no estaría, ni mucho menos, en desacuerdo con el carácter del futuro conspirador.

No se tiene seguridad en cuanto al momento en que José rompió con la fe de sus padres. Según el mismo Iremashvili, Soso, en unión de otros dos chicos de la escuela,

cantaba gustoso en la iglesia del pueblo durante las vacaciones estivales, aunque ya entonces (esto es, en los últimos cursos de la escuela) la religión era para él cosa pretérita. Glurdzhidze recuerda a su vez que José, cuando tenía trece años, le dijo un día: "Sabes, nos están engañando. No hay Dios..." En respuesta al grito de asombro de su interlocutor, José le insinuó haber leído un libro en el que se demostraba que "hablar de Dios es vana palabrería". ¿Qué libro era aquél? "Darwin. Tienes que leerlo." La referencia a Darwin añade un matiz de incredulidad al episodio. Un niño de trece años, en una ciudad remota, difícilmente podía haber leído a Darwin y sacado de su obra conclusiones ateístas. Según manifestaciones del mismo Stalin, emprendió el camino de las ideas revolucionarias a los quince años; es decir, cuando ya estaba en Tiflis. Verdad es que pudo haber roto con la religión antes; pero, asimismo, es posible que Glurdzhidze, trasladado también de la escuela teológica al Seminario, confunda las fechas, anticipándose en unos años. Repudiar a Dios, en cuyo nombre se perpetraban las crueldades de que eran objeto los alumnos, no fue seguramente muy difícil. En todo caso, la energía interna necesaria para ello se vio recompensada cuando los instructores y las autoridades sintieron hundirse bajo sus pies el fundamento moral. De allí en adelante ya no pudieron hacer violencia sólo por el hecho de ser los más fuertes. La expresiva fórmula de Soso, "nos están engañando", arroja una luz clara sobre su mundo interior, independientemente de la fecha en que la conversión tuviera lugar, y de que fuese en Gori o en Tiflis, uno o dos años más tarde.

En cuanto a la época del ingreso de José en el Seminario, diversas publicaciones oficiales dan a elegir entre tres fechas: 1892, 1893 y 1894. ¿Cuánto tiempo permaneció en el Seminario? Seis años, contesta El Calendario Comunista. Cinco, dice el bosquejo biográfico escrito por el secretario de Stalin. Cuatro años, asegura su antiguo condiscípulo Gogojiya. La tablilla conmemorativa del edificio en que estuvo instalado el antiguo Seminario consigna, en cuanto es posible descifrarlo de una fotografía, que el "Gran Stalin" estudió dentro de aquellas paredes desde el 1.º de setiembre de 1894 hasta el 21 de julio de 1899; por consiguiente, cinco años. ¿Es posible que la biografía oficial silencie la última fecha por considerar que presenta el seminarista Djugashvili demasiado grandullón? En todo caso, preferimos fiarnos de la tablilla conmemorativa, pues sus fechas se basan muy probablemente en los documentos del mismo Seminario.

Con el certificado de buena conducta en la escuela de Gori en su cartera, José se encontró a los quince años por vez primera, en otoño de 1894, en la gran ciudad, que no podía menos de confundir su imaginación, Tiflis, la antigua capital de los reyes de Georgia. No es exagerado decir que la ciudad, entre asiática y europea, dejó en el joven José una huella que perduró el resto de su vida. En el curso de su historia de casi mil quinientos años, Tiflis cayó varias veces en manos de sus enemigos, fue demolida quince veces, y en varias ocasiones arrasada hasta sus cimientos mismos. Los árabes, los turcos y los persas, que penetraron en ella a pura fuerza, dejaron profunda impresión en la arquitectura y las costumbres del pueblo, y las trazas de aquella influencia han persistido hasta hoy. Se levantaron barrios europeos después de conquistar Georgia los rusos, convirtiéndose la antigua capital en sede provincial y centro administrativo de la región transcaucásica. Tiflis contaba con más de 150.000 habitantes el año en que José ingresó en el Seminario. Los rusos, la cuarta parte de esa cifra, eran disidentes religiosos desterrados, muy numerosos en Transcaucasia, o funcionarios militares y civiles. El comercio y la industria estaban

concentrados en manos de los armenios, que desde antiguo constituían el sector más numeroso (38 por 100) y el más próspero de la población. Los georgianos, relacionados con las aldeas, y que, como los rusos, sumaban la cuarta parte del vecindario aproximadamente, formaban la capa inferior de artesanos, traficantes y funcionarios civiles y militares subalternos. "Junto a calles que ofrecen un carácter europeo contemporáneo... -consigna una descripción de la ciudad publicada en 1901-, se cobija un laberinto de callejuelas angostas, tortuosas y sucias, puramente asiáticas, como las plazuelas y bazares, encuadrados por tenderetes abiertos de tipo occidental, puestos, cafés, barberías y repletos de una bulliciosa multitud de faquines, aguadores, recaderos, jinetes, reatas de mulas y asnos de carga, caravanas de camellos, etcétera." La falta de alcantarillado, la insuficiencia de agua, los estíos tórridos, el cáustico y porfiado polvo de las calles, el alumbrado de petróleo en el centro de la ciudad y la ausencia de faroles en todas las calles periféricas..., tales eran las características del centro administrativo y cultural de Transcaucasia al cambiar el siglo.

"Fuimos introducidos en una casa de cuatro pisos -refiere Gogojiya, que llegó en unión de José al Seminario-, y en los enormes aposentos de nuestro dormitorio, que albergaban de veinte a treinta personas. El edificio era el Seminario Teológico de Tiflis." Gracias a sus afortunados estudios de la escuela teológica de Gori, José Djugashvili fue admitido en el Seminario provisto de todo, incluso ropas, calzado y libros de texto, lo cual, insistimos, hubiera sido totalmente imposible si se hubiese revelado como rebelde. ¡Quién sabe si las autoridades llegaron a confiar en que pudiese convertirse en ornato de la Iglesia georgiana! Como en la escuela preparatoria, la enseñanza se daba allí en lengua rusa. La mayoría de los profesores eran rusos de nacimiento y rusificadores por deber. Se admitía a georgianos como instructores en el caso de que demostraran un celo redoblado. El rector era ruso, fray Hermógenes; el inspector, georgiano, fray Abashidze, la persona más siniestra y detestable del Seminario. Iremashvili, que ha hecho la información más completa del establecimiento, recuerda:

"La vida en la escuela era triste y monótona. Encerrados día y noche entre muros de cuartel, nos sentíamos prisioneros obligados a permanecer allí años enteros sin haber cometido delito alguno. Todos estábamos desalentados y de mal temple. Ahogados por las habitaciones y pasillos que nos aislaban del mundo exterior, la alegría juvenil nunca lograba afirmarse. Cuando, de tarde en tarde, el temperamento de la juventud se manifestaba, era inmediatamente sofocado por los monjes y monitores. La inspección escolar zarista prohibía leer literatura y periódicos georgianos. Temían que llegara a inspirarnos ideas de libertad e independencia para nuestra tierra, y que infectaran nuestras tiernas almas con las nuevas doctrinas del socialismo. Aun las pocas obras literarias que las autoridades seglares permitían llegar a nosotros nos eran prohibidas por las eclesiásticas so pretexto de que éramos futuros popes. Las obras de Tolstoi, Dostoievski, Turgeniev y otros clásicos, permanecían inaccesibles para nosotros."

Los días de seminario pasaron como en una prisión o en un cuartel. La vida escolar comenzaba a las siete de la mañana. Rezos, té, clases. Más rezos. Clases, con pausas, hasta las dos de la tarde. Rezos. Comida, pobre e insuficiente. Permiso para salir de las paredes del Seminario sólo se concedía en el intervalo de las tres y las cinco. Después de esa hora

se cerraban las puertas. Pasar lista. A las ocho, té. Preparación de lecciones. A las diez (después de rezar de nuevo), cada cual iba a su catre. "Era como si estuviésemos atrapados en una cárcel de piedra", confirma Gogojiya. Durante los oficios de domingos y festivos, los estudiantes se pasaban tres y cuatro horas seguidas de "pie, siempre plantados en la misma losa del pavimento de la iglesia, cargando el cuerpo sobre un pie cuando el otro ya estaba entumecido, bajo la severa mirada de los monjes, que no los perdían de vista. "Aun el más piadoso se hubiera olvidado de rezar a influjos de la interminable ceremonia. Tras los gestos devotos ocultábamos nuestros pensamientos a los monjes de guardia.

Los métodos pedagógicos del Seminario tenían todo cuanto los jesuitas han inventado para doblegar las almas infantiles, pero en una forma más primitiva, cruda y, por consiguiente, menos eficaz. Lo más notable era que la situación del país mal podía estimular el espíritu de humildad. En casi todos los sesenta Seminarios de Rusia había estudiantes que, generalmente por influencia de los universitarios, colgaban sus hábitos aun antes de haber tenido tiempo de vestírselos, y sentían profundo desprecio por el escolasticismo teológico, leían novelas didácticas, periódicos radicales rusos y demostraciones populares de Darwin y Marx. En el Seminario de Tiflis, el fermento revolucionario, alimentado por fuentes nacionalistas y de política general, gozaba ya de cierta tradición. En tiempos pretéritos se había traducido en acres conflictos con los profesores, expresiones descaradas de indignación, y aun en la muerte violenta de un rector. Diez años antes de matricularse Stalin en el Seminario, Silvestre Dzhibladze había matado a su profesor, por aludir con desprecio al idioma georgiano. Posteriormente, Dzhibladze fue uno de los fundadores del movimiento socialdemócrata en el Cáucaso, y se contó entre los maestros de José Djugashvili.

En 1885 vio Tiflis surgir sus primeros círculos socialistas, en donde los graduados del Seminario ocuparon al punto los primeros puestos. Al lado de Silvestre Dzhibladze encontramos allí a Noé Jordania, el futuro dirigente de los mencheviques de Georgia; a Nicolás Chkheidze, futuro diputado de la Duma y presidente del Soviet de Petrogrado durante el mes de la Revolución de febrero de 1917, y a varios otros que estaban destinados a desempeñar un notable papel en el movimiento político del Cáucaso y del país entero. El marxismo en Rusia pasaba entonces todavía por su fase de intelectualidad. En el Cáucaso, el Seminario Teológico se convirtió en el foco principal de la infección marxista, simplemente porque en Tiflis no había Universidad. En distritos retirados y no industriales, como Georgia, el marxismo se aceptó en una forma particularmente abstracta, por no decir escolástica. Los seminaristas tenían al menos cierta práctica en el uso de deducciones lógicas. Pero en la base de la conversión al marxismo estaba, naturalmente, el profundo descontento social y nacional del pueblo, que impedía a los jóvenes bohemios a buscar la salida por la ruta revolucionaria.

José no tuvo ocasión de abrir nuevos caminos en Tiflis, a pesar de los intentos de los Plutarco soviéticos para presentar el asunto bajo este aspecto. El golpe asestado por Dzhibladze, reverberaba aún dentro de los muros del Seminario. Los antiguos seminaristas estaban ya al frente de la opinión pública, sin perder contacto por ello con su madrastra, el Seminario. Bastaba una ocasión, un encuentro personal, un simple empellón, para que los jóvenes descontentos, irritados, altaneros, que sólo necesitaban un pretexto, una fórmula

para encontrarse a sí mismos, derivaran naturalmente hacia la senda revolucionaria. La primera etapa por esta ruta tenía que ser una ruptura con la religión. Si es posible que de Gori llevase el muchacho consigo residuos de fe, de seguro es que se disiparan en el Seminario. A partir de entonces, José perdió decididamente toda su afición a la Teología.

"Su ambición -escribe Iremashvili- alcanzaba tales alturas que se nos adelantaba mucho en sus realizaciones." Si esto es verdad, se refiere sólo a un lapso muy breve. Glurdzhidze advierte que de los estudios del programa del Seminario, "José prefería la historia civil y la lógica", ocupándose en los otros temas sólo en la proporción suficiente para salir airoso de los exámenes. Habiéndose enfriado respecto a la Historia Sagrada, se interesó por la literatura profana, las ciencias naturales y los problemas sociales. Le ayudaban estudiantes de las clases adelantadas. "Al descubrir en José Djugashvili capacidad y espíritu investigador, comenzaron a platicar con él y a procurarle revistas y libros", relata Gogojiya. "El libro era el compañero inseparable de José, quien no se separaba de él ni durante las comidas", asevera Glurdzhidze. En general, la avidez por la lectura era su característica principal durante aquellos años de germinación. Después de la retirada final por la noche, y de haber apagado los monjes todas las luces, los jóvenes conspiradores sacaban las velas de sus escondites y a su luz vacilante se embebían en sus libros. José, que había pasado muchas noches sin dormir entregado a la lectura, comenzó a tener mal aspecto y a parecer soñoliento. "Cuando empezaba a toser -refiere Iremashvili-, yo solía quitarle los libros y apagarle la vela." Glurdzhidze recuerda que los estudiantes devoraban a hurtadillas obras de Tolstoi, Dostoievski, Shakespeare, Shelley, la Historia de la Cultura, de Lippert, los escritos del publicista radical ruso Pisarev... "A veces leíamos en la iglesia durante la misa, ocultándonos en los bancos."

Por aquel tiempo, los artículos sobre literatura nacional de Georgia causaron sobre Soso la más profunda impresión. Iremashvili describe las primeras explosiones del temperamento revolucionario, en las que un idealismo todavía fresco se asociaba al súbito despertar de la ambición. "Soso y yo -evoca Iremashvili- hablábamos frecuentemente del desgraciado sino de Georgia. Nos sentíamos arrebatados por las obras del poeta Shota Rustaveli..." Llegó a ser modelo para Soso el personaje Koba, héroe de la novela Nunu, por el autor georgiano Kazbek. En su lucha contra las autoridades zaristas, los montañeses oprimidos son derrotados a causa de una traición, y pierden sus últimos restos de libertad, mientras que el caudillo de la rebelión lo sacrifica todo, incluso su vida, en aras de su país y de su mujer, Nunu. Desde entonces, Koba "se trocó en divinidad para Soso... Deseaba convertirse en otro Koba, luchador y héroe, tan famoso como el mismo Koba..." José se apodó con el nombre del adalid de los montañeses, y no quería que se le llamara por otro. "Su faz resplandecía de orgullo y alegría cuando le llamábamos Koba. Soso conservó aquel sobrenombre durante muchos años, y fue también su primer seudónimo cuando comenzó a escribir y a hacer propaganda para el Partido... Aún hoy, todo el mundo en Georgia le llama Koba, o Koba-Stalin." Respecto al entusiasmo del joven José por el problema nacional de Georgia, los biógrafos oficiales nada dicen. En sus escritos, Stalin aparece al punto como un consumado marxista. Sin embargo, no es difícil comprender que en el ingenuo "marxismo de aquel período inicial, convivían en paz nebulosas ideas de socialismo con el romanticismo nacionalista de Koba".

En el curso de aquel año, según Gogojiya, José se desenvolvió y maduró tanto, que en su segundo año comenzó a capitanear un grupo de camaradas en el Seminario. Si Beria, el más oficial de los historiadores, dice verdad, "en 1896-1897, Stalin dirigía dos círculos marxistas en el Seminario Teológico de Tiflis". Stalin mismo nunca fue dirigido por nadie. Mucho más probable es la referencia de Iremashvili. Diez seminaristas, entre ellos Soso Djugashvili, organizaron, según él, un círculo socialista clandestino. "El estudiante más viejo, Devdariyani, a quien se encomendó la dirección, se entregó a su tarea con toda seriedad." Redactó, o más bien recibió de sus inspiradores de fuera del Seminario, un programa conforme al cual los miembros del círculo se comprometían a transformarse, en el término de seis años, en consumados dirigentes socialdemócratas. El programa comenzaba por Cosmogonía y terminaba con una sociedad comunista. En las reuniones secretas del círculo se leían documentos, acompañados de un acalorado cambio de opiniones. No todo se limitaba, según dice Gogojiya, a la propaganda oral. José "fundó y editó" en lengua georgiana un periódico manuscrito que aparecía dos veces al mes y circulaba de mano en mano. El vigilante inspector Abashidze, encontró una vez, al registrar a José, "una libreta con un artículo para nuestra revista manuscrita". Tales publicaciones estaban estrictamente prohibidas, cualesquiera que fuesen los temas tratados, no sólo en los institutos de enseñanza teológica, sino también en los seglares. Puesto que el resultado del descubrimiento de Abashidze se redujo a una "admonición" y a una mala nota en conducta, hemos de pensar que la revista aquella debía de ser bastante inocua. Es digno de tenerse en cuenta que Iremashvili, tan meticuloso, nada dice acerca de la revista.

En el Seminario, José tuvo que resentirse de su pobreza más sensiblemente que en la escuela preparatoria. "...No tenía dinero -dice a este propósito Gogojiya-, mientras que nosotros recibíamos de nuestros padres paquetes y algunos fondos para pequeños gastos. Durante las horas en que se podía salir del recinto de la escuela, José no podía proporcionarse ninguna de las cosas accesibles a los hijos de familias más acomodadas que la suya. Tanto más desenfrenados eran sus sueños y planes para el futuro, y más notorio el efecto producido sobre sus instintos en su trato con sus compañeros de Seminario."

"De muchacho y en su juventud -atestigua Iremashvili- era buen amigo de aquellos que se sometían a su dominante voluntad." Pero sólo de éstos. Cuanto más imperativo era contenerse en presencia de sus preceptores, tanto más se afirmaba su despotismo en el círculo de sus camaradas. El círculo secreto, cerrado al mundo exterior, se convirtió en el escenario natural en que José probó sus fuerzas y la resistencia de los demás. "Le parecía algo inconcebible -escribe Iremashvili- que cualquiera de los otros estudiantes pudiera ser director y organizador de grupo..., ya que él leía la mayoría de los documentos." Quienquiera que se atreviese a refutarle o a intentar explicarle algo, despertaba al instante su "enemistad inclemente". José sabía cómo perseguir y cómo tomar venganza. Sabía asestar el golpe en los puntos débiles. En tales circunstancias, la solidaridad inicial del círculo no podía durar mucho. En su lucha por dominar, Koba, "con su cinismo altivo y venenoso, inyectaba querellas personales en la sociedad de sus amigos". Estas quejas relativas a su "cinismo venenoso", su insolencia y su carácter vengativo, se repiten muchas, muchísimas veces durante la vida de Koba.

En la biografía, más bien fantástica, escrita por Essad-Bey, se dice que, al parecer, antes de sus días de Seminario, José llevó una vida errante en Tiflis en compañía de kintos (héroes de la calle, charlatanes, copleros y atracadores), y que de esa época le quedaron sus maneras rudas y su habilidad para soltar reniegos. Todo esto es enteramente falso. Desde la escuela teológica, José fue directamente al Seminario, de modo que no hubo intervalo posible para el vagabundeo. Pero lo curioso es que el epíteto kinto no ocupa el último lugar en el diccionario caucásico. Significa tanto como arbitrista hábil, cínico, persona capaz de las más bajas connivencias. En el otoño de 1923 oí por primera vez tal apelativo con referencia a Stalin de labios del antiguo bolchevique georgiano Felipe Majaradze. ¿No es posible que este apodo se le aplicara en su época juvenil, dando origen así a la leyenda relativa al capítulo callejero de su vida?

El mismo biógrafo habla de la "mano dura" con que al parecer José Djugashvili se aseguró el triunfo en las ocasiones en que los medios pacíficos no resultaban adecuados. Eso es difícil de creer. La arriesgada "acción directa" no fue nunca condición del carácter de Stalin, muy probablemente tampoco en aquellos remotos años. Prefería y sabía hacer que otros lucharan en serio, mientras él se ocultaba en la sombra o detrás de la cortina. "Lo que le valió prosélitos -expone Iremashvili- era el miedo a su cólera brutal y a sus malignas burlas. Sus partidarios sucumbían a su caudillaje porque se sentían seguros bajo su dominio... Sólo esos tipos humanos realmente pobres de espíritu e inclinados a las contiendas podían ser amigos suyos..." Las consecuencias inevitables sobrevinieron en seguida. Algunos miembros del círculo se retiraron, y otros fueron perdiendo gradualmente interés en las discusiones. "En el curso de unos años se formaron dos grupos, a favor y en contra de Koba; la lucha por una causa se trocó en una repugnante querella personal..." ésta fue la primera gran "querella" en la senda de la vida de José, pero no la última. Le esperaban aún otras muchas.

No es posible dejar de decir aquí, aun anticipándonos considerablemente, que Stalin, siendo ya secretario general del Partido Comunista, después de pintar en una de las sesiones del Comité Central con negros colores las intrigas y querellas personales que se estaban desarrollando en los diversos comités locales del Partido, añadió de manera inopinada: "Pero estas querellas tienen también su lado positivo, pues llevan a la dirección monolítica." Sus oyentes se miraron unos a otros, sorprendidos; el orador continuó su informe sin inmutarse. La esencia de tal "monolitismo", aun en sus años juveniles, no siempre estuvo identificada con la idea. Dice Iremashvili: "No le preocupaba encontrar y determinar la verdad; solía atacar o defender lo que anteriormente había sostenido o condenado. La victoria y el triunfo eran para él mucho más preciosos."

No es posible poner en claro la índole de las opiniones de José en aquellos días, pues no dejó huellas escritas. Según manifiesta Iremashvili, su tocayo era partidario de las acciones más violentas y de "la dictadura de la minoría". La participación de una imaginación intencionada en el esfuerzo de la memoria es aquí innegable: a fines del pasado siglo, no existía siquiera la cuestión de "dictadura". "Los extremismos de Koba no tomaron forma -continúa Iremashvili- en virtud de un estudio objetivo, sino como producto natural de su ansia personal de poder y su ambición despiadada, que le dominaba física y espiritualmente." Tras el indudable prejuicio en los asertos del antiguo menchevique debe

uno saber encontrar el meollo de la verdad. En la vida espiritual de Stalin, el objetivo personal, práctico, estuvo siempre por encima de la verdad teórica, y su voluntad ha intervenido siempre con predominio sobre el intelecto.

José Djugashvili no sólo no se hizo pope, como su madre había soñado, sino que ni siquiera obtuvo el certificado que le hubiera podido abrir las puertas de ciertas universidades provinciales. Cómo sucedió esto, y por qué, es objeto de varias versiones no fáciles de conciliar. En unas Memorias escritas en 1929, que ostensiblemente tratan de borrar la desfavorable impresión de las que escribió en 1923, Abel Yenukidze manifiesta que en el Seminario, José empezó a leer libros secretos de tendencias perniciosas. No escapó tal crimen a la atención del inspector y, en consecuencia, el peligroso alumno "salió disparado del Seminario". El historiador oficial caucásico, Beria, nos dice que Stalin "fue expulsado por no inspirar confianza". Naturalmente, nada hay de extraño en ello; tales expulsiones eran cosa frecuente. Lo que parece extraño es que hasta ahora no se hayan publicado documentos del Seminario relativos al caso. Que no han sido destruidos por el fuego ni arrebatados por el torbellino de los años revolucionarios resulta evidente al menos por la tablilla conmemorativa antes mencionada y más aún por el silencio absoluto que se ha guardado sobre su suerte. ¿Es que no se dejan publicar por contener datos poco propicios o porque refutan ciertas leyendas de origen más reciente?

Lo más frecuente es encontrar la afirmación de que Djugashvili fue expulsado por dirigir un círculo socialdemócrata. Su antiguo condiscípulo del Seminario, Elisabedashvili, que no es testigo muy de fiar, nos informa que en los círculos socialdemócratas "organizados según instrucciones y bajo la dirección de Stalin" había "de ciento a ciento veinte seminaristas". Si esto se refiere a los años 1905-1906, en que todas las aguas se habían desbordado y todas las autoridades se hallaban en extremo desconcierto, pudiera prestársele crédito. Pero tratándose del año 1899, semejante cifra puede tildarse de fantástica. Si la organización hubiese contado con tantos miembros, el desenlace no se hubiera limitado a la mera expulsión; la intervención de los guardias hubiera sido totalmente inevitable. Lejos de eso, José no fue arrestado inmediatamente, sino que estuvo en libertad casi tres años después de salir del Seminario. Por lo tanto, la versión que asegura ser los círculos socialdemócratas la causa de su expulsión, ha de rechazarse definitivamente.

Gogojiya expone este desenlace con mucha más cautela, sin apartarse mucho, según su costumbre, del fundamento de los hechos. "José dejó de prestar atención a sus lecciones -escribe-, estudiaba sólo para obtener notas suficientes y para aprobar a fin de curso. El feroz monje Abashidze se extrañaba de que el talentoso y bien preparado Djugashvili, dotado de una memoria privilegiada, sólo consiguiera notas mediocres... y consiguió obtener una decisión por la que se le expulsaba del Seminario." En cuanto a lo que hizo recelar al monje, cabe "recelar" también otras cosas. De las palabras de Gogojiya se deduce, desde luego, que José fue expulsado del Seminario por haber descuidado sus estudios, resultado de haber roto con la superciencia teológica. La misma conclusión puede sacarse del relato de Kapanadze sobre lo ocurrido cuando estudiaba en el Seminario de Tiflis: "ya no era el asiduo estudiante que había sido hasta entonces". Ha de advertirse que Kapanadze,

Glurdzhidze y Elisabedashvili soslayan por entero el asunto de la expulsión de José del Seminario.

Pero lo más asombroso es la circunstancia de que la madre de Stalin, en la última etapa de su vida, cuando los historiadores oficiales y los periodistas empezaron a interesarse por ella, negó categóricamente que hubiese habido tal expulsión. Cuando entró en el Seminario el muchacho de quince años, era notable, según dice la madre, por su excelente salud; pero el afán con que estudiaba llegó a agotarle al extremo de que los médicos temieron que enfermara de tuberculosis. Ekaterina añadía que su hijo no deseaba dejar el Seminario, y que ella "se le llevó" contra su voluntad. Esto no es muy verosímil. Por mala salud pudo interrumpir sus estudios una temporada, sin abandonar definitivamente la escuela ni renunciar a una carrera que colmaba las esperanzas de su madre. Además, en 1899, tenía José ya veinte años, no se distinguía por su docilidad, y es difícil que su madre pudiese intervenir en su destino de un modo tan sencillo. Finalmente, después de salir del Seminario, José no volvió a Gori a guarecerse bajo las alas protectoras de su madre, lo que hubiera sido natural de haber estado realmente enfermo, sino que se quedó en Tiflis, sin ocupación ni recursos. La vieja Keke no dijo toda la verdad cuando habló con los periodistas. Puede suponerse que por entonces la madre consideraba la expulsión de su hijo como una gran desgracia para ella misma, y como el suceso había ocurrido en Tiflis, ella había asegurado a sus vecinos de Gori que su hijo no fue expulsado, sino que salió voluntariamente del Seminario a causa de su estado de salud. Además, la anciana debió pensar que no era decoroso para "el director" del Estado el hecho de que le expulsaran de una escuela en su juventud. Casi no hace falta buscar otras razones más recónditas para la persistencia con que Keke repetía: "No lo expulsaron; me lo llevé yo misma."

Pero acaso tampoco fue José expulsado en el estricto sentido de la palabra. Tal versión, quizá la más verosímil, procede de Iremashvili. Según él, las autoridades del Seminario, viéndose defraudadas en sus esperanzas, comenzaron a tratar a José con creciente despego y a censurarle constantemente. "Así sucedió que Koba, convencido de la esterilidad de todo estudio serio, se convirtió gradualmente en el peor alumno del Seminario. Solía replicar a los reproches de sus profesores con su risita envenenada y desdeñosa." El certificado que las autoridades del Seminario le dieron para pasar del sexto curso al último era tan malo, que el mismo Koba decidió irse de allí el año anterior al del examen final. Aceptando esta explicación, se comprende en el acto por qué Yenukidze escribió "salió disparado del Seminario", evitando las expresiones, más precisas, de "fue expulsado" o "dejó el Seminario"; por qué la mayoría de sus condiscípulos nada dicen con relación a un episodio tan importante de la vida escolar de José; por qué no se han publicado documentos; por qué, finalmente, su madre creyó tener derecho a decir que su hijo no había sido expulsado, aun cuando ella diera al asunto cierto matiz distinto, transfiriendo la responsabilidad de su hijo a ella misma. Desde el punto de vista de la caracterización personal de Stalin o de su biografía política, los detalles de su ruptura con el Seminario apenas tienen interés. Pero no son mal ejemplo de las dificultades que la historiografía totalitaria opone a la investigación aun de detalles tan secundarios.

José entró en la escuela teológica preparatoria a la edad de once años, en 1890, pasó luego al Seminario, cuatro años después, y salió de él en 1899, de manera que estuvo nueve

años en escuelas eclesiásticas. Los georgianos se hacen pronto adultos. José ya era un hombre hecho al dejar el Seminario, "sin diploma -escribe Gogojiya-, pero con opiniones definidas y firmes sobre la vida". Este largo período de estudios teológicos no pudo dejar de ejercer una influencia profunda en su carácter, en su modo de pensar y en su estilo, que constituye una parte esencial de su personalidad.

No cuesta mucho creer que desde el momento en que José rompió en su interior con la religión, el estudio de homiléctica y la liturgia se le hicieron insoportables. Lo que es difícil comprender es cómo pudo llevar una vida doble durante tanto tiempo. Si hemos de dar crédito al relato de que a la temprana edad de trece años Soso había enfrentado a Darwin con la Biblia, hemos de convenir en que, a partir de entonces, durante siete largos años, estudió pacientemente Teología, aunque cada vez con menos fruición. Stalin mismo situaba la iniciación de su ideología revolucionaria en los quince a dieciséis años, en plena adolescencia. Es muy posible que se apartara de la religión dos o tres años antes de volverse hacia el socialismo. Pero aun admitiendo que ambos cambios ocurrieron simultáneamente, veremos que el joven ateo continuó, durante cinco años, explorando los arcanos de la ortodoxia.

Ciertamente, en las instituciones de enseñanza zaristas muchos jóvenes librepensadores se vieron obligados a llevar una doble vida. Pero esto se refiere principalmente a universidades, donde el régimen se distinguía, a pesar de todo, por una libertad considerable, y la hipocresía oficial estaba reducida a un mínimo ritual. En las escuelas secundarias, esta divergencia era más difícil de sostener, pero no solía durar más de un año o dos, y luego el joven veía ante sí las puertas de la Universidad, con su relativa libertad académica. La situación docente seglar, donde los alumnos están sujetos a vigilancia sólo una parte del día, y la llamada "Religión" era tan sólo una de las asignaturas secundarias; sino en una institución religiosa cerrada, donde todo en su vida se hallaba sometido a las exigencias de la Iglesia y donde no daba un paso a espaldas de los monjes. Para soportar este régimen durante siete, o siquiera cinco años, se necesitaba una cautela extraordinaria y excepcionales aptitudes de disimulo. Durante los años de su permanencia en el Seminario, nadie advirtió el menor signo de protesta expresa, ningún atrevido acto de insubordinación por su parte. José se reía de sus profesores a hurtadillas, pero nunca se mostró imprudente en su misma cara. No agredió a ningún pedagogo patriotero, como había hecho Dzhibladze; lo más que hizo fue contestar "con una risita desdeñosa". Su hostilidad era reservada, solapada, vigilante. El seminarista Pomyalovsky, durante su vida de interno, fue infectado, según oímos, de "recelo, reserva, enemistad y odio hacia el medio circundante". Casi la misma actitud, pero aún más pronunciada, dice Iremashvili, era característica de Koba. En 1899 dejó el Seminario, llevando consigo "una hostilidad rencorosa y feroz contra la administración docente, contra la burguesía, contra todo cuanto existía en el país y encarnaba el zarismo. Odio contra toda autoridad".

CAPITULO II
REVOLUCIONARIO PROFESIONAL

En 1883, cuando Soso iba entrando en su cuarto año de edad, Bakú, la capital petrolífera del Cáucaso, estaba unida por ferrocarril con el puerto de Batum, en el mar Negro. A su espinazo de cordilleras asociaba la región otro de ferrocarriles. Después de la industria del petróleo empezó a medrar la del manganeso. En 1896, cuando Soso comenzaba a soñar con el sobrenombre de Koba, surgió la primera huelga en los talleres ferroviarios de Tiflis.

En el desarrollo de las ideas, como en la industria, el Cáucaso iba a la zaga de Rusia central. Durante la segunda mitad del último decenio del siglo, y comenzando en San Petersburgo, la tendencia dominante de la intelectualidad radical señalaba hacia el marxismo. Mientras Koba aún languidecía en la enmohecida atmósfera de la Teología seminarista, el movimiento socialdemócrata había logrado alcanzar grandes dimensiones. Una oleada tempestuosa de huelgas se extendía a lo largo y a lo ancho de todo el país. Al principio, los primeros cientos, y luego miles de intelectuales y trabajadores sufrieron prisión y destierro. Se había abierto un nuevo capítulo en el movimiento revolucionario.

En 1901, cuando Koba fue elegido miembro del Comité de Tiflis, había, aproximadamente, cuarenta mil obreros industriales en Transcaucasia ocupados en nueve mil empresas, sin contar los talleres artesanos. Un número insignificante, si se tiene en cuenta la superficie y las riquezas de esta región, bañada por dos mares; de todos modos, ya estaban sentadas las piedras angulares de la propaganda socialdemócrata. Los pozos de petróleo de Bakú, las primeras extracciones de manganeso de Chitaur, las actividades vivificantes de los ferrocarriles, todo ello dio ímpetu, no sólo al movimiento huelguístico de los obreros, sino también al pensamiento teórico de la intelectualidad georgiana. El periódico liberal Kvali (El Surco) registró, con sorpresa más que con hostilidad, la aparición en el escenario político de representantes del nuevo movimiento: "Desde 1893, algunos jóvenes que simbolizan una singular tendencia y propugnan un programa único han venido colaborando en publicaciones georgianas; defienden la teoría del materialismo económico." Para distinguirlos de la nobleza progresista y de la burguesía liberal, que habían dominado durante la década anterior, se dio a los marxistas el remoquete de Mesamedasi, que significa "el tercer grupo". A la cabeza del mismo figuraba Noé Jordania, el futuro jefe de los mencheviques ucranianos y también de la efímera democracia georgiana.

Los intelectuales pequeñoburgueses de Rusia, que aspiraban a librarse de la opresión del régimen policiaco y de la torpeza de aquel hormigueo impersonal que era la

vieja sociedad, tuvieron que saltarse las etapas intermedias a causa del retraso extremo en que estaba sumido el país. El protestantismo y la democracia, bajo cuya bandera se habían producido las revoluciones de los siglos XVII y XVIII en el Occidente, llevaban mucho tiempo transformadas en doctrinas conservadoras. Los bohemios semimendicantes del Cáucaso no podían ser ya sugestionados por abstracciones liberales. Su hostilidad a las clases privilegiadas exigía una teoría nueva, que no hubiese incurrido aún en concesiones. La hallaron en el socialismo occidental, en su expresión científica más sublime, el marxismo. Ya no se litigaba sobre la igualdad ante Dios o ante la Ley, sino sobre la igualdad económica. En realidad, recurriendo a la remota perspectiva socialista, los intelectuales aseguraban su lucha antizarista contra el escepticismo de los experimentos desalentadores de la democracia occidental. Estas condiciones y circunstancias determinaron el carácter del marxismo ruso y más aún del caucásico, que era sumamente limitado y primitivo, por haberlo adaptado a las necesidades políticas de intelectuales retrasados de provincia. Falto de realismo teórico, aquel marxismo prestó, sin embargo, un señalado servicio a los intelectuales, al inspirarlos en su lucha contra el zarismo.

El lado crítico del marxismo de la última década del siglo XIX estaba orientado en primer lugar contra el estéril populismo, que mostraba un supersticioso miedo al desarrollo capitalista, esperando encontrar en Rusia rumbos históricos privilegiados, "excepcionales". La defensa de la misión progresiva del capitalismo pasó a ser entonces el tema principal del marxismo y de los intelectuales, quienes no pocas veces ponían en segundo término el programa de la lucha de clases proletaria. En la Prensa legal, Noé Jordania predicaba asiduamente la unidad de los intereses "de la nación"; en relación con esto pensaba en la necesidad de unir el proletariado y la burguesía contra la autocracia. La idea de tal unión había de convertirse más tarde en la piedra angular de, la política menchevique, y a la postre fue causa de su ruina. Los historiadores oficiales del Soviet continúan aún tomando nota de la idea de Jordania, presentándola de múltiples maneras, aunque se haya perdido hace mucho tiempo en el curso de la contienda. Al mismo tiempo, cierran sus ojos al hecho de que tres décadas más tarde Stalin aplicaba esa misma política menchevique no sólo en China, sino en España, y aun en Francia, y en circunstancias incomparablemente menos propicias que las reinantes cuando la Georgia feudal yacía bajo las plantas del zarismo.

Pero aun en aquellos días, las ideas de Jordania no fueron universalmente aceptadas. En 1895, Sasha Tsulukidze que fue más tarde uno de los más destacados propagandistas del ala izquierda, ingresó en el Mesame-dasi. Murió tuberculoso a los veintinueve años, dejando tras él multitud de trabajos periodísticos que prueban su gran preparación marxista y su talento literario. En 1897, las filas de Mesame-dasi fueron engrosadas por Lado Ketsjoveli, quien, como Koba, había sido alumno de la escuela teológico de Gori y del Seminario de Tiflis. Pero era algunos años mayor que Koba, a quien había servido de guía durante las primeras etapas de su carrera revolucionaria. Yenukidze recordaba en 1923, cuando los autores de Memorias aún disfrutaban de la libertad suficiente, que Stalin "ensalzó muchas veces con admiración los extraordinarios talentos del difunto camarada Ketsjoveli, que aun en aquellos días sabía plantear cuestiones correctamente conforme al espíritu del marxismo revolucionario". Ese testimonio, especialmente la referencia a la "admiración, refuta los relatos posteriores de que ya entonces era Koba el dirigente y Tsulukidze y Ketsjoveli tan sólo sus "auxiliares". Puede también añadirse que los artículos

del joven Tsulukidze, en su contenido y forma, son muy superiores en todo a cuanto escribió Koba dos o tres años después.

Habiendo ocupado su puesto en el ala izquierda del Mesame-dasi, Ketsjoveli atrajo a su seno al joven Djugashvili en el curso del año siguiente. En aquella época no era una organización revolucionaria, sino un círculo de personas de opiniones coincidentes agrupadas en torno al periódico legal Kvali, que en 1898 pasó de manos de los liberales a las de los marxistas jóvenes, conducidos por Jordania.

"Con frecuencia visitábamos en secreto las oficinas del Kvali -relata Iremashvili-. Koba fue con nosotros varias veces, pero después se burló de los miembros del Consejo editorial." Las diferencias de opinión en el campo marxista a la sazón, aunque elementales, no por eso dejaban de tener importancia. El ala moderada no creía realmente en la revolución, y menos en que estuviera próxima, y contaba con el persistente "progreso", deseando unirse con los liberales burgueses. El ala izquierda, por el contrario, sinceramente confiaba en un levantamiento revolucionario, de las masas, y era partidaria, por lo tanto, de una política más independiente. En esencia, el ala izquierda estaba integrada por demócratas revolucionarios que se entregaban a una natural oposición frente a los semiliberales "marxistas". En virtud de su anterior ambiente y de su carácter personal, era natural que Soso se inclinase instintivamente hacia el ala izquierda. Un demócrata plebeyo, de tipo provinciano, armado de una doctrina "marxista" bastante primitiva; así fue cómo se incorporó al movimiento revolucionario, y así continuó en lo esencial hasta el fin, a pesar de la órbita fantástica de su sino personal.

En 1898, siendo aún seminarista, Koba se puso en contacto con trabajadores y entró en la organización socialdemócrata. "Una noche, Koba y yo -recuerda Iremashvili- fuimos en secreto desde el Seminario de Mtatsminda a una casita reclinada sobre una roca, y que pertenecía a un obrero de los ferrocarriles de Tiflis. Tras nosotros llegaron ocultamente otros del Seminario que compartían nuestras opiniones. También acudieron con nosotros a una organización obrera socialdemócrata de ferroviarios." Stalin mismo habló de ello en 1926, en un mitin celebrado en Tiflis:

"Recuerdo el año 1898, en que se me confió el primer círculo de trabajadores de los talleres ferroviarios. Recuerdo cómo en casa del camarada Sturua, en presencia de Silvestre Dzhibladze (que en aquel tiempo era uno de mis maestros...) y de otros aventajados trabajadores de Tiflis, recibí lecciones de trabajo práctico... Aquí, en el círculo de estos camaradas, recibí mi primer bautismo de fuego revolucionario; aquí, en el círculo de estos camaradas, me convertí en discípulo de la revolución..."

En los años 1898-1900, en los talleres ferroviarios y en diversas fábricas de Tiflis estallaron huelgas con la activa participación y, a veces, bajo la dirección de los jóvenes socialdemócratas. Entre los obreros se distribuían proclamas impresas a mano con cepillos de limpiabotas en una imprenta subterránea. El movimiento seguía aún desarrollándose dentro del espíritu del "economismo".

Parte del trabajo ilegal recayó sobre Koba; no es fácil determinar cuál fuese aquella parte. Pero, por lo visto, ya había conseguido convertirse en un iniciado en el mundo del subsuelo revolucionario.

En 1900, Lenin, que acababa de regresar de su destierro de Siberia, marchó al extranjero con el expreso designio de fundar un periódico revolucionario, para convocar con su ayuda al partido disperso y encarrilarlo definitivamente hacia el esfuerzo revolucionario. Simultáneamente, un viejo agitador, el ingeniero Víctor Kurnatovsky, confidencialmente iniciado en dichos planes, se trasladó de Siberia a Tiflis. él fue, y no Koba, como aseguran los historiadores bizantinos, quien sacó a la socialdemocracia de Tiflis de sus limitaciones "economistas" e impulsó sus actividades por una senda más revolucionaria.

Kurnatovsky había iniciado su actividad revolucionaria con el partido terrorista Narodnaya Volya (Voluntad Popular). En la época de su tercer destierro, hacia fines del siglo, él, que ya era marxista, estrechó relaciones con Lenin y su círculo. El periódico Iskra (La Chispa), fundado por Lenin en el extranjero, y cuyos adictos comenzaron a ser conocidos por el calificativo de iskrovitas, tuvo en la persona de Kurnatovsky su principal representante en el Cáucaso. Los trabajadores viejos de Tiflis lo recuerdan: "En todas las controversias y discusiones, los camaradas acudían a Kurnatovsky. Sus conclusiones y decisiones se aceptaban siempre sin debate." De ese testimonio extrae uno la importancia que en el Cáucaso tenía aquel incansable e inflexible revolucionario, cuyo sino personal era una combinación de dos elementos: lo heroico y lo trágico.

En 1900, indudablemente por iniciativa de Kurnatovsky, se constituyó el Comité del partido socialdemócrata de Tiflis. Estaba compuesto exclusivamente de intelectuales. Koba, que evidentemente sucumbió poco después, como muchos otros, al prestigio de Kurnatovsky, no fue todavía miembro de aquel Comité, el cual dicho sea de paso, no sobrevivió mucho tiempo. Desde mayo hasta agosto, una oleada de huelgas afectó a los establecimientos comerciales de Tiflis; entre los huelguistas de los talleres ferroviarios figuraban el cerrajero Kalinin, futuro presidente de la República Soviética, y otro trabajador ruso, Alliluyev, futuro suegro de Stalin.

Mientras tanto, en el Norte, por iniciativa de unos estudiantes universitarios, comenzó un ciclo de demostraciones callejeras. Una gran manifestación de 1.º de mayo movilizó en 1900, en Jarkov, a la mayoría de los obreros de la ciudad, y levantó un eco de asombro y alborozo por todo el país. Otras ciudades siguieron el ejemplo. "La socialdemocracia comprendió -escribió el general Spiridovich, de la gendarmería- la tremenda significación agitadora de salir a la calle.

A partir de entonces tomó para sí la iniciativa de las manifestaciones atrayendo a ellas un número cada vez mayor de trabajadores. No pocas veces, las manifestaciones callejeras tuvieron su origen en huelgas." Tiflis no permaneció en calma mucho tiempo. La fiesta de 1.º de mayo (no olvidemos que aún regía en Rusia el calendario antiguo) estaba fijada para el 22 de abril de 1901, en que tuvo lugar una manifestación callejera en el corazón de la ciudad, con la participación de unas dos mil personas. En un encuentro con la policía y los cosacos, resultaron heridos catorce manifestantes y detenidos más de cincuenta. Iskra no, dejó de señalar la gran importancia sintomática de la manifestación de Tiflis: "A partir de aquel día comenzó en el Cáucaso un abierto movimiento revolucionario."

Kurnatovsky, que tenía a su cargo la labor de preparación, había sido detenido la noche del 22 de marzo, un mes antes de la manifestación. Aquella noche se hizo un registro en el observatorio donde Koba estaba empleado; pero no lo cogieron porque pudo escapar a tiempo. La administración policiaca resolvió "...localizar al citado José Djugashvili e interrogar al acusado". De este modo pasó Koba al "estado de ilegalidad" y vino a ser un "agitador profesional" para largo tiempo. Tenía entonces veintiún años. Aún quedaban dieciséis años hasta que la victoria pudiera lograrse. Habiéndose librado de la detención, Koba pasó las primeras semanas siguientes escondido en Tiflis, y así pudo arreglárselas para tomar parte en la manifestación de 1.º de mayo. Beria lo consigna así categóricamente, y añade, como siempre, que Stalin la dirigió "en persona". Por desgracia, no inspira crédito Beria. Pero en este caso existe también el testimonio de Iremashvili, aunque éste no estaba entonces en Tiflis, sino en Gori, ejerciendo la profesión de maestro. "Koba, que era uno de los dirigentes a quienes se buscaba -dice-, pudo esconderse escapando de la plaza del mercado cuando estaban a punto de detenerle... Se marchó a su ciudad hogareña de Gori. No podía vivir con su madre, porque allí era donde primero acudirían en su busca; de modo que tuvo que estar oculto en el mismo Gori. Secretamente, durante las horas de la noche, vino con frecuencia a visitarme.

Desde Gori, Koba regresó evidentemente en forma clandestina a Tiflis, pues, según informes de la administración de policía armada (gendarmería), "en otoño de 1901, Djugashvili fue elegido miembro del Comité de Tiflis..., participó en dos sesiones del mismo, y hacia fines del año fue destinado a hacer propaganda en Batum...". Como los gendarmes no tenían otro norte que el de atrapar revolucionarios, y, gracias a la agencia confidencial solían estar bien informados, podemos considerar demostrado que en 1898-1901 no desempeñó Koba el papel dirigente en Tiflis tal como se le ha atribuido en años recientes; hasta el otoño de 1901, ni siquiera fue miembro de su Comité local, sino uno de los propagandistas, esto es, un dirigente de círculos.

Hacia fines de 1901, Koba se trasladó de Tiflis a Batum, en las riberas del mar Negro, cerca de la frontera turca. Este traslado puede explicarse por una doble necesidad: la de ocultarse a los ojos de la policía de Tiflis y la de introducir propaganda revolucionaria en las provincias. Las publicaciones mencheviques dan, sin embargo, otra razón. Según ellas, desde los primeros tiempos de sus actividades en círculos de obreros, Djugashvili atrajo la atención hacia su persona por sus intrigas contra Dzhibladze, principalmente de la organización en Tiflis. A pesar de haber sido advertido, continuó propagando calumnias "con el fin de minar a los auténticos y reconocidos representantes del movimiento y de lograr una posición preeminente". Juzgado ante un tribunal del Partido, Koba fue considerado culpable de una calumnia impropia de un camarada y expulsado de la organización por unanimidad. Apenas hay posibilidad de confirmar este relato, que procede, no hay que olvidarlo, de los adversarios más enconados de Stalin. Los documentos de la gendarmería de Tiflis (en todo caso, los publicados hasta hoy) no dicen nada acerca de que José Djugashvili fuese expulsado del Partido, antes bien mencionan su designación "para hacer propaganda" en Batum. Por consiguiente, podríamos dar de lado la versión menchevique, sin más reparos si otro testigo no indicase que su traslado a Batum fue consecuencia de cierto desagradable incidente.

Uno de los primeros y más conscientes historiadores del movimiento obrero en el Cáucaso fue T. Arkomed, cuya obra se publicó en Ginebra en 1910. En ella se refiere al enojoso conflicto que surgió en la organización de Tiflis por el otoño de 1901 sobre la cuestión de incluir en el Comité representantes elegidos de los obreros: "Contra ello se pronunció cierto joven, que en todo intervenía y de todo sabía, quien, aduciendo consideraciones de conspiración, falta de preparación y de conciencia de clase entre los trabajadores, se mostró opuesto a que entrasen obreros a formar parte del Comité. Volviéndose a los obreros, terminó su intervención con estas palabras: "Aquí se adula a los obreros; y yo os pregunto: ¿Hay entre vosotros siquiera uno o dos trabajadores aptos para el Comité? ¡Decid la verdad, con la mano sobre el corazón!"" Pero los trabajadores, sin hacer caso del orador, votaron incluyendo a sus representantes en el Comité. Arkomed no mencionaba el nombre del "joven metomentodo", porque en aquellos días las circunstancias no permitían revelar nombres. En 1923, al reimprimir el libro la editorial soviética, el nombre continué callado, y nos inclinamos a creer que no por inadvertencia. Pero el mismo libro contiene una valiosa clave indirecta. "El joven camarada a quien me refiero -continúa Arkomed- trasladó sus actividades de Tiflis a Batum, de donde los trabajadores de Tiflis recibieron informes a propósito de su indecorosa conducta, su agitación hostil perturbadora contra la organización de Tiflis y sus trabajadores." Todo ello es parecido a lo que nos decía Iremashvili respecto a las querellas en el círculo del Seminario. El "joven" semeja mucho a Koba. No cabe duda de que se alude a él, pues muchas reminiscencias prueban que fue el único miembro del Comité de Tiflis trasladado a Batum en noviembre de 1901. Por lo tanto, es probable que el camino en su esfera de actividad obedeciera a que Tiflis se le hizo intolerable. Si no efectivamente "expulsado", pudo haber sido trasladado simplemente para sanear la atmósfera en Tiflis. Ello explica, a su vez, la "actitud incorrecta" de Koba frente a la organización de Tiflis, y los rumores subsiguientes sobre su expulsión. Anotemos al mismo tiempo la causa del conflicto: Koba trataba de proteger "el aparato" (la máquina política) contra la presión de abajo.

Batum, que a comienzos del siglo tenía una población aproximada de treinta mil habitantes, era un importante centro industrial del Cáucaso, con arreglo a las normas de aquellos días. El número de obreros empleados en las fábricas se aproximaba a once mil. La jornada de trabajo, como era costumbre entonces, pasaba de catorce horas, y los salarios eran mezquinos. No es de extrañar, pues, que el proletario respondiese fácilmente a la propaganda revolucionaria. Como en Tiflis, Koba no tuvo necesidad de empezar desde la nada: ya desde 1896 existían círculos ilegales en Batum. En cooperación con el trabajador Kandelyaki, Koba extendió la red de estos círculos. En una reunión celebrada la víspera del Año Nuevo, todos se unieron en una sola organización, a la que, sin embargo, no se dieron prerrogativas de Comité, y permaneció dependiente de Tiflis. Esto, evidentemente, fue una de las causas de los nuevos razonamientos a que aludía Arkomed. Koba, por regla general, no podía soportar sobre él la autoridad de nadie.

A principios de 1902, la organización de Batum consiguió montar una imprenta clandestina, muy primitiva, instalada en la vivienda de Koba. Esta violación directa de las reglas de conspiración se debió sin duda a la escasez de recursos materiales. "Un cuartucho atestado, alumbrado a medias por un quinqué. En una mesita redonda está sentado Koba, escribiendo. A un lado suyo está la prensa, en la que se afanan los tipógrafos. Los tipos se

distribuyen en cajas de cerillas y de cigarrillos y en trozos de papel. Stalin alarga con frecuencia a los cajistas lo que acaba de escribir." Así es cómo evoca la escena uno de los miembros de la organización. Debe añadirse que el texto de la proclama estaba aproximadamente al mismo nivel que la técnica con que se imprimía. Poco después, con la cooperación del agitador armenio Kamo, se trajeron de Tiflis algo semejante a una prensa de imprimir, una caja registradora y tipos de imprenta. El taller se amplió y se hizo más eficaz. El nivel de las proclamas lo mismo. Pero ello en nada les restaba influencia.

El 25 de febrero de 1902, la gerencia de la instalación petrolífera de Rotschild fijó un aviso anunciando el despido de 389 obreros. En respuesta, se declaró una huelga el 27. El trastorno afectó también a otras fábricas. Hubo choques con rompehuelgas y esquiroles. El jefe de policía pidió al gobernador que le ayudase mandando tropas. El 7 de marzo, la policía detuvo a 32 obreros. A la mañana siguiente, unos 400 obreros de la empresa Rotschild se reunieron ante la prisión, pidiendo la libertad de los detenidos o la detención de todos. La policía trasladó a los reunidos a cuarteles de deportación. Por entonces, el sentimiento de solidaridad iba soldando cada vez más íntimamente a las masas trabajadoras de Rusia, y esta nueva unidad se afirmaba de diversos modos cada vez más en los más desolados rincones del país; la revolución estaba ya a tres años de distancia... Al día siguiente, 9 de marzo, tuvo lugar una manifestación más importante. A los cuarteles se acercó, según el sumario, "una gran, multitud de trabajadores, con sus dirigentes a la cabeza, avanzando en ordenadas filas, cantando, alborotando y silbando". Aquella multitud se componía de un par de millares de personas. Los obreros Jimiryants y Gogoberidze, como parlamentarios, pidieron que las autoridades militares dieran suelta a los detenidos o los arrestase a todos. La multitud, como el tribunal reconoció más tarde, "iba en actitud pacífica y sin armas". Pero las autoridades supieron acabar con aquella actitud. Los obreros contestaron al intento de los soldados de despejar la plaza a culatazos, arrojando piedras. La tropa comenzó a disparar, ocasionando catorce muertos y cincuenta y cuatro heridos. El suceso conmovió a todo el país; al comienzo del siglo, los nervios humanos reaccionaban con mucha más sensibilidad que hoy a la matanza en masa.

¿Cuál fue el papel de Koba en la manifestación? No es fácil decirlo. El biógrafo de Stalin en lengua francesa, Barbuse, que escribió al dictado del Kremlin, asegura que Koba ocupó su puesto a la cabeza de la manifestación de Batum "como blanco de tiro". Esta frase aduladora contradice no sólo el testimonio de los archivos policíacos, sino el carácter mismo de Stalin, quien nunca y en ninguna parte ocupó su puesto "como blanco de tiro" (cosa innecesaria en absoluto, dicho sea de pasada). La editorial del Comité Central, que está a las órdenes directas de Stalin, dedicó en 1937 un volumen íntegro a la manifestación de Batum, o más bien a la parte que Stalin tomó en ella. Sin embargo, las 240 primorosas páginas complican la cuestión todavía más, porque los "recuerdos" dictados difieren completamente de los relatos parciales publicados con anterioridad. "El camarada Soso estuvo siempre con nosotros", afirma Gogoberidze. El viejo trabajador de Batum, Darajvelidze, dice que "Soso iba en medio del tempestuoso mar de trabajadores, encabezando directamente el movimiento; él personalmente retiró de entre la multitud al obrero G. Kalandadze, que resultó herido en un brazo durante el tiroteo, y se lo llevó a su casa". No es admisible que quien dirige una manifestación abandone su puesto para salvar a un hombre herido; la misión de un camillero puede confiarse a cualquiera de los

manifestantes menos responsables. Ninguno de los otros autores, y son veintiséis en total, menciona este dudoso episodio. Pero, en resumidas cuentas, esto es un simple pormenor. Los relatos que señalan a Koba como cabeza directa de la manifestación quedan refutados de un modo más concluyente por la circunstancia de que la manifestación citada, según se puso bien claro durante el juicio, tuvo lugar sin dirección de ningún género. A pesar de la insistencia del fiscal, el tribunal zarista reconoció que aun los obreros Gogoberidze y Jimiryants, que iban efectivamente al frente de la multitud, sólo eran simples manifestantes, como los demás. El nombre de Djugashvili, a pesar del gran número de sus defensores y testigos propicios, ni siquiera fue mencionado una sola vez en el curso de la vista. La leyenda se derrumba así ella sola. La participación de Koba en los acontecimientos de Batum fue aparentemente de índole oscura.

Después de la manifestación, Koba, según dice Beria, desarrolló un "intensísimo" trabajo, escribiendo proclamas, organizando su impresión y distribución, transformando el cortejo mortuorio en honor de las víctimas del 9 de marzo en una "grandiosa demostración política", con otras faenas por el estilo. Por desgracia, estas exageraciones prescritas no cuentan con nadie que las sostenga. En aquellos días, Koba era buscado por la policía y difícilmente pudo haber desplegado una "intensísima" actividad en una ciudad pequeña, donde, según el mismo escritor, había papel prominente ante los ojos de la multitud manifestante, la policía, las tropas y los curiosos de la calle. En la noche del 5 de abril, durante una reunión del grupo dirigente del Partido, Koba fue detenido con otros colaboradores y sometido a prisión. Aquello fue el principio de una larga serie de tediosos días.

Unos documentos publicados revelan en este respecto un episodio sumamente interesante. Tres días después de la detención de Koba, durante la entrevista regular entre los presos y sus visitantes, alguien arrojó por una ventana al patio de la prisión dos notas, contando con que uno de los visitantes pudiese recogerlas y llevarlas a su destino. Una de ellas contenía la petición de buscar al maestro de escuela Soso Iremashvili, en Gori, y decirle que "Soso Djugashvili había sido arrestado y le ruego que inmediatamente informe de ello a su madre, de modo que si el gendarme le preguntase: "¿Cuándo se marchó su hijo de Gori?", contestara que había estado allí "todo el verano y el invierno hasta el 15 de marzo"". La segunda nota, dirigida al maestro Elisabedashvili, se refería a la necesidad de continuar las actividades revolucionarías. Los dos trozos de papel fueron interceptados por los guardianes de la prisión, y el capitán de gendarmería a caballo Djakeli, sin gran dificultad, se dio cuenta de que el autor era Djugashvili y de que había "tomado parte prominente en las revueltas obreras de Batum". Djakeli envió inmediatamente al jefe de la gendarmería de Tiflis una demanda de registro de la casa de Iremashvili, de interrogatorio de la madre de Djugashvili y la búsqueda y arresto de Elisabedashvili. Nada dicen los documentos de las consecuencias de estas operaciones.

Nos sirve de alivio saludar en las páginas de una publicación oficial un nombre que ya nos es familiar: Soso Iremashvili. Ciertamente, Beria le había mencionado ya entre los nombres del círculo del Seminario, pero diciendo muy poco acerca de las relaciones entre ambos Soso. Sin embargo, la índole de una de las notas interceptadas por la policía es una prueba incontestable de que el autor de las Memorias a que nos hemos referido más de una

vez tenía intimidad con Koba. Es a este tocayo suyo y compañero de la infancia a quien el preso confía el encargo de advertir a su madre. Asimismo, confirma el hecho de que Iremashvili gozaba también de la confianza de Keke, quien, según él nos dice, le llamaba de niño "su segundo Soso". La nota disipa las últimas dudas relativas a la veracidad de sus Memorias, tan valiosas, a las que para nada se refieren los historiadores soviéticos. Las instrucciones que Koba, según confirman sus propias declaraciones durante el interrogatorio, trataba de transmitir a su madre, tenían como finalidad burlar a los gendarmes respecto al momento de su llegada a Batum, sustrayéndose así del inminente juicio. No hay por qué ver nada perjudicial en tal sentido, como es lógico. Engañar a los gendarmes era norma obligada en ese juego tan serio que se llama conspiración revolucionaria. Sin embargo, no es posible pasar por alto sin extrañeza la inconsciencia con que Koba expuso al peligro a dos de sus compañeros. El aspecto puramente político de su acción merece atención no menor. Sería natural esperar de un agitador que acaba de contribuir a preparar una manifestación de tan trágico desenlace, el deseo de compartir el banquillo de los acusados con los trabajadores rasos. No por consideraciones sentimentales, sino por arrojar luz política sobre los sucesos y condenar el proceder de las autoridades, es decir, por utilizar la tribuna de la sala de vistas para fines de propaganda revolucionaria. Tales ocasiones no eran demasiado frecuentes. La falta de tal deseo en Koba puede explicarse sólo por su estrechez de miras. Es evidente que no acertó a comprender la significación política de la manifestación, y que su móvil principal fue sustraerse a las consecuencias.

Y hasta la intriga ideada para engaitar a los gendarmes no hubiera servido de nada, si, en efecto, Koba hubiese encabezado la manifestación dirigiéndola y ofreciéndose como "blanco de tiro". En tal caso, veintenas de testigos le hubieran reconocido inevitablemente. Koba sólo hubiera escapado con bien del juicio si su participación en el acto hubiera permanecido secreta, anónima. En realidad, sólo un agente de policía, Chjiknadze, atestiguó en la investigación preliminar que había visto a Djugashvili "entre la multitud" estacionada ante la cárcel. Pero el testimonio de un solo policía no significa gran peso como prueba. En todo caso, a pesar de ese testimonio y de haber sido interceptadas las dos notas de Koba, no fue procesado en virtud de la manifestación. El juicio se celebró un año más tarde y duró nueve días. La dirección política de los debates jurídicos fue relegada íntegramente al tierno arbitrio de abogados liberales. Cierto es que salieron del paso con penas mínimas para los veintiún encartados, pero sólo a costa de disminuir la importancia revolucionaria de los acontecimientos de Batum.

El agente de policía que detuvo a los dirigentes de la organización de Batum caracterizaba a Koba en su informe como uno "que había sido expulsado del Seminario Teológico, vivía en Batum sin documentos escritos ni ocupación definida, y sin residencia propia, el vecino de Gori, José Djugashvili". La referencia a la expulsión del Seminario no es de índole documental, pues un simple agente no podía tener archivos a su disposición, y probablemente no hacía más que repetir rumores en su informe escrito; mucho más importante es la alusión al hecho de que Koba no tenía pasaporte, ocupación definida ni residencia fija; las tres típicas características del troglodita revolucionario.

En las viejas y abandonadas prisiones provinciales de Batum, Kutais y nuevamente Batum, Koba pasó más de un año y medio. En aquellos días, tal era el lapso obligado de encierro en espera de la investigación y el exilio. El régimen de las prisiones, como el del país en conjunto, era una mezcla de bárbaro y paternal.

Unas relaciones apacibles y aun familiares con la administración de la cárcel desembocaban a veces en súbitas protestas tempestuosas, durante las cuales los presos golpeaban con las botas las paredes de sus celdas, vociferaban, silbaban, rompían las escudillas y todos los enseres. Cuando se calmaba la tormenta, volvía una temporada de sosiego. Lolua se refiere concisamente a una de estas explosiones en la cárcel de Kutais "por iniciativa y bajo la dirección de Stalin". No hay razón para dudar de que Koba tomase parte prominente en conflictos carcelarios, y que en contactos con el personal de la prisión supiera defenderse y defender a los demás.

"Metodizó su vida en la cárcel -escribía Kalandadze treinta y cinco años más tarde-. Se levantaba por la mañana temprano, hacía gimnasia, y luego se entregaba al estudio del idioma alemán y de la literatura sobre economía..." No es difícil, ni mucho menos, imaginarse una lista de esos libros: composiciones populares, esto es, vulgarizaciones sobre ciencias naturales; algo de Darwin; la Historia de la Cultura, de Lippert; acaso Buckle y Draper en traducciones del setenta y pico; las Biografías de Grandes Hombres en la edición de Pavlenkov; las doctrinas económicas de Marx, explicadas por el profesor ruso Sieber; algo de Historia rusa, el famoso libro de Beltov sobre materialismo histórico (bajo este seudónimo aparecía el emigrado Plejanov en la literatura legal); finalmente, la ponderada investigación del desarrollo del capitalismo ruso, publicada en el año 1899, y escrita por el desterrado V. Ulianov, el futuro N. Lenin, bajo su seudónimo legal de V. Ilin. Allí estaban todos estos libros, poco más o menos. En los conocimientos teóricos del joven agitador había, naturalmente, grandes claros. Pero no parecía estar mal pertrechado contra las enseñanzas de la Iglesia, los argumentos del liberalismo y, especialmente, los prejuicios del populismo.

En el curso de la última década del siglo pasado, las teorías del marxismo triunfaron sobre las del populismo, y esta victoria tuvo su apoyo en los éxitos capitalistas y en el desarrollo del movimiento obrero. Sin embargo, las huelgas y manifestaciones de los obreros estimularon el despertar de la aldea, lo que, a su vez, trajo como consecuencia un resurgir de la idea populista entre la intelectualidad de las ciudades. Así, al comenzar el siglo comenzó a desarrollarse con bastante rapidez aquella híbrida tendencia revolucionaria que constaba de unas migajas de marxismo, repudiaba las expresiones románticas Zemlia y Svoboda (Tierra y Libertad) y Narodnaia Volia (La Voluntad del Pueblo), adjudicándose el título más europeo de Partido Socialista Revolucionario (Partido S-R [Essar]). La lucha contra el "economismo" había terminado fundamentalmente en el invierno de l902-1903. Las ideas de la Iskra hallaron una confirmación demasiado convincente en los éxitos de la agitación política y de las manifestaciones callejeras. A partir de 1902, Iskra dedicó cada vez más espacio a atacar el programa ecléctico de los socialistas revolucionarios y los métodos de terrorismo individual que predicaban. La apasionada polémica entre los "peligrises" y los grises llegó a todos los rincones del país, incluso a las prisiones, naturalmente. En más de una ocasión, Koba se vio obligado a discutir con sus nuevos

adversarios; es de creer que lo hiciera con éxito suficiente; Iskra le proporcionaba para ello excelentes argumentos.

Como Koba no fue procesado ni sometido a juicio en virtud de la manifestación, su interrogatorio corrió a cargo de los gendarmes. Los métodos de investigación secreta, como los del régimen carcelario, diferían mucho de uno a otro lugar del país. En la capital, los gendarmes eran más cultos y circunspectos; en las provincias se acentuaba su rudeza. En el Cáucaso, con sus costumbres arcaicas y sus relaciones sociales de tipo colonial, los gendarmes recurrían a las formas de violencia más brutales, sobre todo cuando trataban con víctimas desvalidas, inexpertas y pobres de espíritu.

"Presiones, amenazas, tormentos, falsificación de declaraciones de testigos, soborno de testigos falsos, forja e inflación de casos, dando decisiva y absoluta importancia a los informes de los agentes secretos..., tales eran las características especiales del método a que se atenían los gendarmes en los casos a ellos encomendados."

Arkomed, que escribió las anteriores líneas, dice que el gendarme Larrov solía recurrir a métodos inquisitoriales para obtener "confesiones" que sabía de antemano ser falsas. Estos procedimientos policíacos dejaron seguramente una impresión duradera en Stalin, pues treinta años después había de aplicar los métodos del capitán Larrov en una escala colosal. De los recuerdos de la cárcel de Lolua sacamos en consecuencia, en otro aspecto, que "el camarada Soso no era partidario de hablar de vy (vos) a sus camaradas", alegando que los servidores del zar se dirigían así a los agitadores cuando los enviaban al patíbulo. En realidad, el uso del ty (tú) era corriente en los círculos revolucionarios, especialmente en el Cáucaso. Pocas décadas más tarde, Koba habría de enviar al patíbulo a no pocos de sus antiguos camaradas, con los que, a diferencia de los "servidores de los zares", había estado tuteándose desde sus años jóvenes. Pero de esto ya hablaremos detenidamente mucho más adelante.

Es sorprendente que aún no se hayan publicado los registros de los interrogatorios a que la policía sometió a Koba con ocasión de aquel primer encarcelamiento, como tampoco los referentes a sus detenciones sucesivas. Por lo general, la organización de Iskra ordenaba a sus miembros que se negasen a declarar. Los agitadores solían escribir: "Soy desde hace tiempo socialdemócrata por convicción; rechazo y niego los cargos de que se me acusa; renuncio a declarar ni a tomar parte en ninguna investigación secreta." Sólo tratándose de una vista pública, a la cual sólo acudían las autoridades en casos excepcionales, aparecían los iskrovitas con banderas desplegadas. La negativa a declarar, perfectamente justificada desde el punto de vista de los intereses del Partido en conjunto, en ciertos casos hacía bastante difícil la situación del detenido. En abril de 1902, Koba, según hemos visto, trató de probar la coartada valiéndose de una treta que ponía en riesgo la seguridad de otros. Puede suponerse que en otras ocasiones, pensara también en el éxito de su propia sutileza más que en las normas de conducta obligatorias para todos. En consecuencia, es probable que toda la serie de sus declaraciones ante la policía no constituyan un historial muy halagüeño, ni tampoco muy heroico. ésta es la única explicación posible del hecho de que no se hayan publicado los informes de las declaraciones de Stalin ante la policía.

La inmensa mayoría de los agitadores eran sometidos a penas de lo que llamaban "orden administrativo". A base de los informes de la gendarmería, la "Conferencia Especial" de San Petersburgo, compuesta de cuatro funcionarios de alta categoría de los Ministerios del Interior y de Justicia, pronunciaba veredictos en ausencia de los acusados, y el Ministerio del Interior los confirmaba. El 25 de julio de 1903, el gobernador de Tiflis recibió de la capital un fallo de este género, ordenándole desterrar a dieciséis prisioneros políticos a la Siberia oriental, bajo la vigilancia directa de la policía. Los nombres se ordenaban, como era costumbre, según la gravedad del delito o la culpabilidad del delincuente, y el lugar específico de destierro en Siberia era proporcionalmente mejor o peor. Los primeros dos lugares de aquella lista correspondieron a Kurnatovsky y Franchesky, que fueron sentenciados a cuatro años; otras catorce personas fueron desterradas por tres años, figurando en primer lugar Silvestre Dzhibladze, a quien ya conocemos, y José Djugashvili en undécimo lugar. Los jefes de la gendarmería no le consideraban, por lo visto, muy importante entre los agitadores.

En noviembre, Koba, con otros desterrados, fue trasladado desde Batum al Gobierno de Irkutsk. Transportados de una parada de penados a otra, estuvieron casi tres meses de camino. Mientras tanto, la revolución borbotaba, y cada cual trataba de huir lo antes posible. A comienzos de 1904, el sistema de destierro se había convertido en una criba. En la mayoría de los casos no era muy difícil escapar; cada provincia tenía sus propios "centros" secretos, que suministraban pasaportes falsos, dinero y direcciones. Koba permaneció en la aldea de Novaya Uda no más de un mes, es decir, justamente el tiempo necesario para echar una ojeada, encontrar los indispensables contactos y trazar un plan de acción. Alliluyev, padre de la segunda mujer de Stalin, manifiesta que durante su primera tentativa de fuga, Koba salió con la cara y las orejas congeladas y tuvo que regresar en busca de ropas de más abrigo. Una sólida troika siberiana, guiada por un auriga de confianza, le condujo a toda prisa por la carretera nevada a la próxima estación de ferrocarril. El viaje de regreso a través de los Urales no duró tres meses, sino alrededor de una semana.

La revolución siguió adelante. La primera generación de la socialdemocracia rusa, encabezada por Plejanov, comenzó su actividad crítica y propagandística al comenzar la penúltima década del siglo pasado. Los precursores se contaban entonces uno a uno; luego, por docenas. La segunda generación, guiada por Lenin (catorce años más joven que Plejanov), entró en la liza política a principios de la década siguiente, final del siglo. Los socialdemócratas ya eran unos centenares. La tercera generación, compuesta de gente diez años más joven que Lenin, se alistó en la contienda revolucionaria a fines del siglo pasado y comienzos del actual. A esa generación, formada ya por millares, pertenecían Stalin, Rikov, Zinoviev, Kamenev, el autor de este libro y otras muchos más.

En marzo de 1898, en la ciudad provinciana de Minsk, se reunieron los representantes de nueve Comités locales y fundaron el partido obrero socialdemócrata ruso. No tardaron en ser detenidos todos los participantes. Es muy posible que las resoluciones del Congreso se recibieran en seguida en Tiflis, donde el seminarista Djugashvili se proponía incorporarse a la socialdemocracia. En Congreso de Minsk, preparado por los contemporáneos de Lenin, proclamó simplemente el Partido, pero no lo creó. Un golpe

fuerte de la policía zarista resultó bastante para destruir los débiles nexos del Partido por largo tiempo. En el transcurso de los pocos años siguientes, el movimiento, que principalmente tenía raíces económicas, las fijó en diferentes Localidades. Los jóvenes socialdemócratas solían desarrollar sus actividades sin salir del sitio de residencia, hasta que los detenían y enviaban al destierro. Era excepcional que fuesen de otra ciudad activistas o delegados del Partido. La transición al estado ilegal para soslayar el peligro de detención era casi desconocida entonces no se tenía la experiencia ni los medios técnicos para ello, ni tampoco los necesarios contactos.

A partir de 1900, Iskra comenzó a establecer una organización centralizada. Sin duda alguna, el director durante aquel período fue Lenin, quien, con todo derecho, relegó a segundo término a "los viejos" capitaneados por Plejanov. La construcción del Partido halló sus cimientos en el vuelo incomparablemente más amplio del movimiento obrero que levantó la nueva generación revolucionaria, considerablemente más numerosas que aquella de donde había emergido el mismo Lenin. La tarea inmediata de Iskra fue elegir entre los trabajadores locales las personas de más brío y utilizarlas en la creación de un aparato central capaz de dirigir la lucha revolucionaria en todo el país. El número de adictos a la Iskra era considerable y crecía por momentos. Pero el número de iskrovistas auténticos, de agentes de confianza del centro enclavado en el extranjero, era limitado por necesidad: no excedía de veinte a treinta personas. Lo más Característico del iskrovista era su apartamiento de la propia ciudad, del propio Gobierno, de la propia provincia, con objeto de estructurar el Partido. En el diccionario del Iskra, "localismo" era sinónimo de atraso, mezquindad, casi de retroceso. "Unidos en un compacto grupo conspirador de agitadores profesionales -escribía el general Spiridovich, de la gendarmería-, iban de un lugar a otro, adonde quiera que hubiese Comités de Partido, se ponían en contacto con sus miembros, les entregaban literatura ilegal, les ayudaban a montar imprentas clandestinas y recogían a la vez información para la Iskra. Se introducían en los Comités locales, hacían su propaganda contra el "economismo", eliminaban a sus adversarios ideológicos, y de este modo sometían los Comités a su influencia" El gendarme jubilado da en estas líneas una caracterización bastante exacta de los iskrovistas. Eran miembros de una orden errante, por encima de las organizaciones, en las cuales sólo veían un palenque donde ejercitar su influencia.

Koba no tomó parte en aquella labor de responsabilidad. Fue primero un socialdemócrata en Tiflis, como después en Batum; esto es, un agitador de vía estrecha local. El contacto del Cáucaso con Iskra y con Rusia central se estableció mediante Krassin, Kurnatovsky y otros. Toda la labor de unificar los Comités y grupos locales en un Partido centralizado se hizo sin el concurso de Koba. Esta circunstancia (que se funda sin la más ligera sombra de duda en la correspondencia de entonces, las memorias y otros documentos) es muy importante para valorar el desarrollo político de Stalin; éste avanzaba lentamente, vacilando, a tientas.

En febrero de 1902, se confiaba en celebrar en Kiev un conclave de los iskrovistas que eran agentes del centro del extranjero. "A aquella conferencia -escribe Pyatnitsky- acudieron representantes de todas partes de Rusia." Al descubrir que se les vigilaba, comenzaron a salir apresuradamente de la ciudad en todas direcciones. Sin embargo, todos

fueron detenidos, unos en Kiev y otros en ruta. Pocos meses después practicaron la famosa evasión de, aquella cárcel. Koba, que por entonces trabajaba en Batum, no fue invitado a la reunión de Kiev y, sin duda, nada sabía de ella.

El provincialismo político de Koba se aclara en forma muy instructiva por sus relaciones con el cuerpo extranjero o, más bien, por la falta de toda relación con el mismo. A mediados del siglo anterior, los emigrados seguían desempeñando casi invariablemente el papel dominante en el movimiento revolucionario ruso. Entre detenciones constantes, destierros y ejecuciones en la Rusia zarista, los sitios frecuentados por aquellos hombres, teóricos, publicistas y organizadores de lo más sobresaliente, eran los únicos sectores continuamente activos del movimiento, y así, por la naturaleza de las cosas, dejaban su impronta en él. El Consejo de redacción de Iskra se convirtió incuestionablemente a principios de siglo en el centro de la socialdemocracia. De allí emanaban no sólo las consignas políticas, sino también las instrucciones prácticas. No había agitador que no anhelase pasar lo antes posible algún tiempo en el extranjero para ver y oír a los dirigentes, para revisar y pulir sus propias opiniones para establecer contacto permanente con la Iskra y, por su mediación, con los trabajadores clandestinos dentro de la misma Rusia. V. Kozhevnikova, que en cierta época estuvo junto a Lenin ocupado en trabajo exterior, habla de cómo "desde el destierro y el camino hacia el destierro comenzó una huida general al extranjero, para encaminarse a las oficinas editoriales de Iskra... y volver otra vez a Rusia, al trabajo activo". El joven menestral Nogin (por escoger un ejemplo entre cien) se escapó en abril de 1903 del destierro al extranjero, "para ponerse al corriente de la vida -según escribía a un amigo suyo-, para leer y aprender". Pocos meses más tarde volvía ilegalmente a Rusia como agente de la Iskra. Los diez participantes en la mencionada evasión de la cárcel de Kiev, entre ellos el futuro diplomático del Soviet, Litvinov, se encontraron pronto al otro lado de las fronteras. Uno tras otro, todos ellos fueron volviendo a Rusia, para preparar el Congreso del Partido. Respecto a estos y otros agentes de confianza, Krupskaia escribe en sus memorias: "Iskra sostenía una activa correspondencia con todos. Vladimiro Ilich leía todas las cartas. Conocíamos al detalle lo que hacía cada agente de la Iskra, y con ellos discutíamos contactos y les informábamos de las detenciones y demás incidentes." Entre esos agentes los había contemporáneos de Lenin y también de Stalin. Pero, hasta entonces, Koba no figuraba en la capa superior de los agitadores, diseminadores del centralismo, constructores de un partido unificado. Seguía siendo un "activista local", caucásico, provincial congénito.

En junio de 1903, el Congreso del Partido, preparado por Iskra, se reunió, por fin, en Bruselas. Bajo la presión de los diplomáticos zaristas y la policía belga, que obsequiosamente les servía, tuvo necesidad de trasladar la sede de sus deliberaciones a Londres. El Congreso adoptó el programa trazado por Plejanov, y tomó resoluciones en cuanto a táctica; pero cuando se pasó a cuestiones de organización, surgieron inesperadas diferencias de criterio entre los mismos iskrovistas, que dominaban en el Congreso. Ambos bandos, incluso los "duros" o radicales, dirigidos por Lenin, y los "blandos" o moderados, encabezados por Martov, supusieron al principio que las diferencias no eran fundamentales. Tanto más sorprendente, pues, fue el choque entre las dos tendencias. El Partido, que acababa de unificarse, hallóse de pronto a punto de hundirse.

"Ya en 1903, estando preso, y habiéndose enterado por camaradas que regresaban del segundo Congreso de las serias diferencias de opinión entre bolcheviques y mencheviques, Stalin se unió resueltamente a los bolcheviques." Así se lee en una biografía escrita al dictado de Stalin, que viene a ser una instrucción para historiadores del Partido. Pero sería muy poco cauto considerar tal instrucción con excesiva confianza. En el Congreso que condujo a la ruptura, había tres delegados del Cáucaso. ¿Con quién de ellos se encontró Koba, y cómo habló con él precisamente, si se hallaba confinado y solitario? La sola confirmación de esta versión de Stalin viene de Iremashvili: "Koba, que siempre sido partidario entusiasta de los métodos violentos leninistas -escribe-, inmediatamente se pronunció por los bolcheviques y se convirtió en su más afamado paladín y adalid en Georgia." Sin embargo, este testimonio, a pesar de su carácter categórico, peca de flagrante anacronismo. Antes del Congreso, nadie, incluyendo al mismo Lenin, había propugnado los "violentos métodos leninistas" en oposición a los métodos de los miembros del Consejo de redacción que habían de ser los futuros jefes del menchevismo. En el Congreso, los debates no versaron sobre métodos revolucionarios; no habían surgido aún diferencias tácticas de opinión. Iremashvili se equivoca, sin duda; y no es extraño: Koba estuvo preso todo el año 1903, de modo que Iremashvili no pudo recoger directamente impresiones suyas. En general, aunque sus observaciones psicológicas y sus recuerdos de hechos reales son en absoluto convincentes y casi siempre confirmables, sus observaciones políticas ya no son tan de fiar. Parece como si le faltara el instinto y el fondo necesarios para comprender la evolución de las tendencias revolucionarias en pugna; en esa esfera nos ofrece conjeturas retrospectivas, dictadas por sus propias opiniones de tiempos más recientes.

La disputa del segundo Congreso se extendió, en realidad, a la cuestión de quién había de ser miembro del Partido; si éste había de incluir solamente a los que ya lo eran de la organización ilegal, o a quienquiera que sistemáticamente participara en la lucha revolucionaria bajo la dirección de Comités locales. En el momento de la discusión, dijo Lenin: "Yo no estimo la diferencia de opinión entre nosotros tan esencial que de ella dependa la vida o la muerte de nuestro Partido. Estamos muy lejos de hundirnos por una cláusula deficiente en nuestros reglamentos." Hacia el final del Congreso hubo también debate sobre la cuestión de personal del Consejo de redacción de Iskra y del Comité Central; y nunca traspasaron las diferencias de criterio estos reducidos límites. Lenin trató de fijar límites precisos y explícitos al Partido, una composición compacta del Consejo de redacción y una disciplina severa. Martov y sus amigos preferían una organización más holgada, algo más parecido a un círculo familiar. No obstante, ambas partes estaban sólo tanteando sus respectivos caminos, y a pesar de la aspereza del conflicto, nadie pensó que aquellas diferencias de opinión fuesen "sumamente serias". Según una observación que Lenin hizo más tarde, la lucha en el Congreso fue algo así como una "anticipación".

Lunacharsky, el primer dirigente soviético en materia de educación, escribía poco después:

"La dificultad mayor en aquella disputa consistió en que el segundo Congreso, al hendir el Partido, no había sondeado aún las diferencias realmente profundas que existían entre los martovistas, por un lado, y los leninistas, por otro. Estas diferencias parecían girar entonces en tomo a un párrafo de los estatutos del Partido y del personal del Consejo de

redacción. Muchos se sentían desconcertados por la insignificancia del motivo que condujo al cisma."

En el Cáucaso, en atención a su atraso social y político, lo ocurrido en el Congreso se comprendió aún peor que en otros sitios. Verdad es que los tres delegados caucásicos, en el ardor de la pasión, se unieron a la mayoría en Londres. Pero es significativo que los tres se hicieron más tarde mencheviques: Topuridze abandonó a la mayoría al final del mismo Congreso; Zurabov y Knunyants se pasaron a los mencheviques en el curso de los años siguientes. La famosa imprenta ilegal del Cáucaso, donde predominaban las simpatías bolcheviques, siguió siendo el órgano central del Partido. "Nuestras diferencias de opinión -escribe Yenukidze- no se reflejaban para nada en nuestro trabajo." Sólo después del tercer Congreso del Partido, es decir, no hasta mediados de 1905, pasó la imprenta a poder del Comité Central bolchevique. Por consiguiente, no hay razón para dar crédito a la aserción de que Koba, encerrado en una prisión remota, pudiera valorar, desde luego, las diferencias como "sumamente serias". Nunca fue su fuerte la previsión. Y no seria difícil censurar a un joven agitador, aun menos circunspecto y suspicaz, que hubiera partido para Siberia sin tomar posiciones en la lucha interna del Partido.

Desde Siberia, Koba volvió directamente a Tiflis; este hecho no puede menos de causar asombro. Fugitivos totalmente desconocidos, rara vez volvían a sus residencias habituales, donde la policía, siempre vigilante, no tardaría en localizarlos y vigilarlos, especialmente tratándose, no de San Petersburgo o Moscú, sino de una pequeña ciudad de provincia como Tiflis. Pero el joven Djugashvili no se había desprendido aún de su cordón umbilical caucásico; el lenguaje usado en su propaganda seguía siendo georgiano casi exclusivamente. Además, no se consideraba foco de la atención de la policía. Aún no se había propuesto probar sus aptitudes en la Rusia central. No era conocido fuera del país, ni tampoco intentó salir de él. Además, al parecer, había otro motivo le retenía en Tiflis; si Iremashvili no se confunde en su cronología, por entonces ya se había casado Koba. Durante su encierro y deportación, su joven esposa se había quedado en Tiflis.

La guerra con el Japón, que habla empezado en enero de 1904, debilitó al principio el movimiento obrero, pero a fines de aquel año le infundió un ímpetu antes desconocido. Las derrotas militares del zarismo disiparon rápidamente los alardes patrioteros al principio habían invadido los círculos liberales y algunos estudiantiles. El derrotismo, aunque con un coeficiente variable, crecía en predominio, no sólo entre las masas revolucionarias, sino hasta la burguesía, de oposición. A pesar de todo ello, la socialdemocracia, antes del inminente cataclismo, pasó por meses de estancamiento y de indisposición interna. Las diferencias entre bolcheviques y mencheviques, exageradas por indefinidas aún, poco a poco empezaron a rezumar a través de los dañados confines del cuartel general del Partido, e invadieron todo el campo de la estrategia revolucionaria.

"El trabajo de Stalin durante el período 1904-1905 se volvió bajo la bandera de una enconada lucha contra el menchevismo", expone su biógrafo oficial. "Literalmente en sus propias espaldas sostuvo lo más duro de la lucha con los mencheviques en el Cáucaso, desde 1904 hasta 1908", escribe Yenukidze en sus memorias, recientemente revisadas, Beria afirma que después de su fuga desde el destierro, Stalin "organizó y dirigió la lucha contra los mencheviques, quienes, después del segundo Congreso del Partido, durante la

ausencia de Stalin, desarrollaron particular actividad". Estos autores quieren evidenciar demasiado. Si tuviéramos que admitir como artículo de fe la declaración de que ya en los años 1901-1903, Stalin estaba desempeñando un puesto de dirección en la socialdemocracia caucásica, en que se había unido a los bolcheviques en 1903, y de que en febrero de 1904 había comenzado su pugna contra el menchevismo, entonces habríamos de detenernos estupefactos ante los insignificantes resultados conseguidos con tanto esfuerzo de su parte; en vísperas de la revolución de 1905, los bolcheviques georgianos se contaban literalmente uno a uno. La referencia de Beria de que los mencheviques desarrollaron articular actividad "durante la ausencia de Stalin" suena casi a ironía. La Georgia pequeñoburguesa, incluyendo a Tiflis, siguió tiendo la fortaleza del menchevismo durante una veintena de años, sin tener para nada en cuenta la presencia o la ausencia de nadie en particular. En la revolución de 1905, los trabajadores y campesinos de Georgia siguieron como un solo hombre a la facción menchevique; en las cuatro Dumas, Georgia estuvo representada invariablemente por mencheviques; en la revolución de febrero de 1917, el menchevismo georgiano proporcionó en toda Rusia dirigentes de calibre nacional: Tseretelli, Chjiedze y otros. Finalmente, aun después de establecido el Gobierno soviético en Georgia, el menchevismo seguía ejerciendo allí considerable influencia, que se manifestó más tarde en el levantamiento de 1924. "¡Toda Georgia debe ser arrasada!", decía Stalin, resumiendo las lecciones de la sublevación georgiana en la sesión del Buró político de otoño de 1924, esto es, veinte años después de haber él "iniciado una enconada lucha contra el menchevismo". Por consiguiente, sería más correcto y más justo para Stalin no exagerar el papel de Koba durante los primeros años del siglo.

Koba volvió del destierro como miembro del Comité del Cáucaso, para el cual había sido elegido en su ausencia, durante su estancia en presidio, en una conferencia de las organizaciones de Transcaucasia. Es posible que a principio de 1904 una mayoría de los miembros del Comité simpatizara ya con la mayoría del Congreso de Londres; pero eso por sí solo no indica que la simpatía estuviese con Koba. Las organizaciones locales del Cáucaso tendían claramente hacia los mencheviques. El Comité Central conciliador del Partido, que presidía Krassin, era por entonces opuesto a Lenin. La Iskra estaba enteramente en manos de los mencheviques. En estas condiciones, el Comité caucásico, con sus tendencias bolcheviques, parecía suspendido en el aire. Pero Koba prefería pisar terreno firme. Apreciaba el aparato más que la idea.

La información oficial sobre las actividades de Koba en 1904, es sumamente borrosa y poco verosímil. Deja en duda si desarrolló alguna actividad en Tiflis, y, en este caso, en qué consistió su labor. Es difícilmente admisible que un evadido de Siberia pudiera exhibirse en círculos obreros, donde eran muchos los que le conocían. Es probable que precisamente por eso se trasladara Koba a Bakú ya en junio. En cuanto a su trabajo allí, se nos informa con las frases de rigor: "Dirigió la lucha de los bolcheviques de Bakú", "puso en evidencia a los mencheviques". ¡Ni un simple hecho, ni un solo recuerdo específico! Si Koba escribió algo durante aquellos meses, es que se ha omitido su publicación, y seguramente no por olvido.

Por otra parte, los intentos tardíos de presentar a Stalin como fundador de la socialdemocracia de Bakú, no tiene ningún fundamento. Los primeros círculos de

trabajadores en la humosa y triste ciudad envenenada por la pendencia entre tártaros y armenios 1896. La base de una organización más completa fue obra, tres años más tarde, de Abel Yenukidze, en colaboración con Lado Ketsjoveli; organizó el Comité de Bakú, que simpatizaba con los iskrovistas. Gracias a los esfuerzos de los hermanos Yenukidze, muy relacionados con Krassin, se montó una gran imprenta clandestina en Bakú en 1903, y esta imprenta desempeñó un importante papel en la labor preparatoria de la primera revolución. En aquella imprenta, bolcheviques y mencheviques trabajaron juntos fraternalmente hasta mediados de 1905. Cuando el viejo Abel Yenukidze, durante muchos años secretario general del Comité Ejecutivo Central de la Unión Soviética, cayó en desgracia con Stalin, fue obligado en 1935 a revisar de nuevo sus Memorias de 1923, sustituyendo hechos bien probados por meros asertos respecto al papel inspirador y director de Soso en el Cáucaso y particularmente en Bakú. Su condescendencia no salvó a Yenukidze de su sino, ni tampoco añadió un solo rasgo de vida a la biografía de Stalin.

Cuando primero apareció Koba en el horizonte de Bakú, en junio de 1904, la organización socialdemócrata local tenía en su haber un historial de ocho años de actividad revolucionaria. La "Ciudad negra" había intervenido eficazmente en el movimiento obrero durante los años precedentes. La primavera había abatido sobre Bakú una huelga general que desencadenó un alud de huelgas y manifestaciones por todo el sur de Rusia. Vera Zasulitch fue quien primero apreció estos avances al principio de la revolución. Por el carácter más proletario de Bakú, especialmente en comparación con Tiflis, los bolcheviques consiguieron asegurarse allí una posición firme antes que en ningún otro lugar del Cáucaso. El mismo Majaradze, que había usado el vocablo de la jerga de Tiflis, kinto, con referencia a Stalin, dice que en el otoño de 1904 se creó en Bakú, "bajo la dirección inmediata de Soso, una organización especial para trabajo revolucionario entre los atrasados obreros de la industria petrolífera, tártaros, azerbaijanos y persas". Ese testimonio despertaría menos dudas si Majaradze lo hubiera hecho constar en la primera edición de sus Memorias y no diez años después, cuando, bajo el látigo de Beria, volvió a escribir la historia entera de la socialdemocracia caucásica. El proceso de su gradual acercamiento a la "verdad" oficial tuvo su complemento en la proscripción de todas las ediciones anteriores de su obra como engendro del Espíritu Perverso, y su retirada de la circulación.

Al volver de Siberia, Koba encontró, sin duda, a Kamenev que había conocido en Tiflis y era allí uno de los primeros jóvenes adeptos de Lenin.

Es posible que fuese Kamenev, recién Regado del extranjero, quien contribuyese a convertir a Koba al bolchevismo. Pero el nombre de Kamenev fue borrado de la historia del Partido pocos años antes de que el mismo Kamenev fuese fusilado a pretexto de una fantástica acusación. De todos modos, la verdadera historia del bolchevismo caucásico comenzó, no al regresar Koba del destierro, sino en el otoño de 1904. Esta fecha se confirma en diversos aspectos, aun por parte de autores oficiales, de no verse obligados a referirse específicamente a Stalin. En noviembre de 1904 se celebró una conferencia bolchevique en Tiflis, a la que acudieron quince delegados de organizaciones locales caucásicas, en su mayoría grupos insignificantes. Se aprobó una resolución so del Partido. Este pidiendo la convocatoria de un nuevo Congreso del Partido. Este acto era una abierta declaración de guerra, no sólo contra los mencheviques, sino también contra el conciliador

Comité Central. Si Koba hubiese tomado parte en esta primera conferencia de los bolcheviques del Cáucaso, Beria y los otros historiadores no hubieran dejado de consignar que la conferencia se había celebrado "Por iniciativa y bajo la dirección del camarada Stalin". El silencio absoluto sobre el particular significa que Koba, a la sazón en el Cáucaso, no participó en la conferencia, o, en otras palabras, que ni una sola organización bolchevique le envió como delegado. La conferencia eligió un Buró, y Koba no fue incluido como miembro del mismo. Todo ello hubiera sido inconcebible de haber desempeñado algún puesto prominente entre los bolcheviques del Cáucaso.

Víctor Taratuta, que asistió a la conferencia como delegado de Batum y más tarde fue miembro del Comité Central del Partido, nos da una indicación bastante clara e incuestionable respecto a quién era por entonces el dirigente de los bolcheviques caucásicos. "En la conferencia regional del Cáucaso, que tuvo lugar a fines de 1904 o primeros de 1905 -escribe-, conocí al camarada Kamenev, León Borisovich, en su calidad de dirigente de las organizaciones bolcheviques del Cáucaso. En aquella conferencia regional, el camarada Kamenev fue elegido propagandista móvil, encargado de recorrer el país en todos sentidos, a fin de propugnar la convocatoria de un nuevo Congreso del Partido. Al mismo tiempo, se delegó en él para que visitara a los Comités de todo el país y estableciese contacto con nuestros centros del extranjero por aquella época." Este autorizado testimonio no dice una sola palabra acerca de la participación de Koba.

En tales circunstancias no podía existir, naturalmente, motivo alguno para incluir a Koba en el centro general ruso de los bolcheviques, el "Buró de los Comités de la Mayoría", compuesto de diecisiete miembros, formado con objeto de convocar el Congreso. Kamenev fue elegido miembro de aquel organismo como representante del Cáucaso. Entre los demás miembros del Buró que llegaron luego a ser famosos dirigentes del Soviet, encontramos los nombres de Rikov y Litvinov. No es ocioso advertir que Kamenev y Rikov tenían dos o tres años menos que Stalin. En conjunto, el Buró estaba compuesto de representantes de la "tercera" generación. Koba volvió por segunda vez a Bakú en diciembre de 1904, esto es, poco después de celebrada la conferencia bolchevique del Cáucaso. La víspera de su llegada estalló una huelga general en los campos y fábricas de petróleo, cogiendo por sorpresa a toda Rusia. Las organizaciones del Partido no habían aprendido indudablemente a comprender todavía la índole del carácter insurreccional de las masas, agravado por el primer año de guerra. La huelga de Bakú precedió inmediatamente al famoso domingo sangriento de San Petersburgo, la trágica marcha de los trabajadores dirigidos por el famoso pope Gapon al Palacio de Invierno, el 22 de enero de 1905. Una de las "Memorias" fabricadas en el año 1935, menciona vagamente que Stalin dirigió el Comité de huelga de Bakú y que todo aconteció bajo sus orientaciones. Pero según el mismo autor, Koba llegó a Bakú después de comenzar la huelga y permaneció en la ciudad sólo diez días en total. En realidad, fue allí con una misión especial, que probablemente tenía algo que ver con preparativos para el Congreso. Por aquel tiempo es posible que se hubiera decidido ya en favor del bolchevismo.

El mismo Stalin trató de retrasar la fecha de su incorporación a los bolcheviques. No satisfecho con la declaración de que se había hecho bolchevique antes de salir de la cárcel, declaró en 1924, en la noche conmemorativa de los cadetes del Kremlin, que había

establecido contacto con Lenin por vez primera durante el tiempo de su primera deportación:

"Conocí al camarada Lenin en 1903. No fue, naturalmente, un encuentro personal, sino por correspondencia, en el curso de un cambio de cartas. Pero dejó en mí una impresión indeleble, que he conservado en todas las manifestaciones de mí trabajo dentro del Partido. Por entonces estaba yo en Siberia, deportado. ' El conocimiento de las actividades revolucionarias del camarada Lenin a principios de la última década- del siglo, y especialmente desde 1901, después de aparecer Iskra, me infundió la convicción de que en el camarada Lenin teníamos un hombre extraordinario.

"No le consideraba entonces sólo como un dirigente del Partido, sino como a su verdadero creador, porque únicamente él conocía la sustancia interna del Partido y sus necesidades perentorias. Cuando le comparaba con los otros dirigentes de nuestro Partido, me parecía siempre que los compañeros de armas del camarada Lenin (Plejanov, Martov, Axelrod y otros) quedaban todos una cabeza por debajo del camarada Lenin; que, comparado con ellos, Lenin no sólo era uno de los dirigentes, sino un dirigente de máxima categoría, un águila de las montañas que no conocía el miedo en la batalla que audazmente guiaba al Partido hacia delante por los caminos inexplorados del movimiento revolucionario ruso. Aquella impresión se infiltró tan hondamente en mi espíritu que sentí la necesidad de escribir sobre ello a uno de mis amigos íntimos, que por entonces estaba en la emigración, pidiéndole una respuesta. Poco después, estando ya deportado en Siberia (hacia fines de 1903) recibí una entusiasta contestación y una carta sencilla, pero de gran contenido, del camarada Lenin, a quien, por lo visto, mi amigo había enseñado la mía. La carta del camarada Lenin era relativamente breve, pero sometía las prácticas de nuestro Partido a una crítica resuelta e impávida, y exponía en forma clara y convincente por demás todo el plan de trabajo del Partido para el período inmediato. Sólo Lenin era capaz de escribir una carta sobre los temas más complicados de un modo tan sencillo, tan terminante y decidido, que cada frase parecía perfectamente audible. Aquella carta sencilla y audaz corroboró mi convencimiento de que en Lenin teníamos el águila montañera de nuestro Partido. No puedo perdonarme que, llevado del hábito de un viejo activista clandestino, hube de quemar la carta del camarada Lenin con muchas otras. Mis relaciones con el camarada Lenin comenzaron entonces."

La cronología de esta manifestación, tan típica de Stalin por su primitivismo psicológico y de estilo, no es únicamente lo erróneo de ella. Koba no llegó al punto de su destierro hasta enero de 1904; por consiguiente, no pudo recibir allí la carta aludida en 1903. Además, no aparece muy claro dónde y precisamente cómo escribió "a uno de sus amigos íntimos" del extranjero, puesto que antes de salir deportado pasó en la cárcel año y medio. Las personas desterradas nunca sabían de antemano adónde se las deportaba; por consiguiente Koba no pudo comunicar previamente su dirección en Siberia a su amigo emigrado, y ciertamente, tampoco hubo tiempo para escribir una carta desde el destierro y recibir respuesta del extranjero en un solo mes que Koba pasó en el destierro. Según la versión del propio Stalin, la carta de Lenin no tenía carácter personal, sino programático. Ejemplares de aquel tipo de carta enviaba invariablemente Krupskaia a diversas direcciones, en tanto que el original se conservaba en los archivos del Partido en el

extranjero. Es muy poco probable que en aquella ocasión se hiciera una excepción en obsequio de un joven caucásico desconocido. Pero los archivos no contienen el original de aquella carta, cuya copia Koba quemó "llevado del hábito de un viejo activista clandestino" (por entonces tenía exactamente veinticuatro años). Pero más sorprendente es el hecho de que Stalin nada diga respecto a su respuesta a Lenin. Habiendo recibido una carta del dirigente a quien, según él mismo confiesa, veneraba como a un dios, es de razón que Koba le hubiese contestado en el acto. Sin embargo, nada dice de esto Stalin, y no por casualidad: los archivos de Lenin y Krupskaia no contienen la respuesta de Stalin. Naturalmente, puede haber sido interceptada por la policía; pero en tal caso, la copia se hubiese conservado en los archivos del departamento de policía y reproducido en la Prensa soviética años después. Además, aquellas relaciones no se habrían limitado a una sola carta. Un joven socialdemócrata no hubiera dejado de considerar sumamente precioso para él un contacto permanente con el dirigente de su Partido, con su "águila montañera". En cuanto a Lenin, estimaba muy valioso todo contacto con Rusia, y contestaba meticulosamente todas las cartas. Pero no ha salido a relucir correspondencia alguna entre Lenin y Koba en el curso de estos últimos años. Todo lo que expone mueve a perplejidad, todo, salvo sus propósitos.

El año 1904 fue, quizá, el más difícil de la vida de Lenin, exceptuando los últimos años de su enfermedad. Sin desearlo ni preverlo, rompió con todos los dirigentes más conocidos de la socialdemocracia rusa, y durante mucho tiempo después no pudo encontrar a uno solo capaz de remplazar a sus antiguos compañeros de lucha. Los literatos bolcheviques se reclutaron despacio y con gran esfuerzo, y no podían equipararse a los redactores del Iskra. Lyadov, uno de los más activos bolcheviques de aquellos días, y que en 1904 estaba con Lenin en Ginebra, recordaba veinte años después: "Llegó Olminsky, llegó Varovsky, y también Bogdanov..., aguardábamos la llegada de Lunacharsky, del que Bogdanov aseguraba que se uniría a nosotros en seguida." Estos hombres iban regresando del destierro, precedidos de su reputación y esperados. Pero al movilizar el cuadro de redacción del periódico faccionario, nadie sugirió a Koba como posibilidad. Y hoy se le pinta como prominente líder bolchevique de aquella época. El primer número del periódico Vperyod (Adelante) apareció por fin el 22 de diciembre, en Ginebra. Koba no tuvo absolutamente ninguna participación en aquel trascendente episodio de la vida de su facción. Ni siquiera se puso en contacto con los redactores. El periódico no contenía artículos suyos, ni tampoco información de su procedencia. Esto sería increíble de haber sido por entonces dirigente de los bolcheviques del Cáucaso.

Por último, existe testimonio directo y documental en apoyo de la conclusión que sacábamos a base de pruebas circunstanciales. En un informe extenso y sumamente interesante a propósito José Djugashvili, escrito en el año 1911, por el jefe del Departamento de Policía Secreta de Tiflis, Karpov, se dice lo siguiente:

"Ha tenido actividad en la organización socialdemócrata desde 1902, primero como menchevique, y luego como bolchevique."

El informe de Karpov es el único documento entre los que conocemos que declare explícitamente que durante cierto lapso posterior al cisma, Stalin fue menchevique. El periódico de Tiflis, Zarya Vostoka, que fue lo bastante despreocupado para publicar ese documento en su número de 23 de diciembre de 1925, no pensó en dar explicaciones sobre

el mismo, o no estaba en condiciones de darlas. Es seguro que el culpable sería cruelmente castigado por tal desliz. Es muy significativo que ni el mismo Stalin juzgase conveniente refutar tal informe. Ni uno siquiera de los biógrafos e historiadores oficiales del Partido volvió a referirse a documento tan importante, en tanto que se reproducían, repetían y refotografiaban insignificantes trocitos de papel. Supongamos por un instante que la gendarmería de Tiflis, que en todo caso había de ser la mejor informada sobre el particular, hubiera facilitado informes erróneos. Entonces surge la pregunta suplementaria: ¿cómo fue posible un error semejante? Si Koba hubiera sido, en efecto dirigente de los bolcheviques en el Cáucaso, el Departamento de Policía Secreta no habría dejado de saberlo. Sólo era posible cometer un error de tal bulto en materia de caracterización política con referencia a algún neófito verde o alguna figura de tercer orden, pero nunca a propósito de un "dirigente". Así, el único documento que por azar encontró acceso a las prensas, derrumba de un terrible soplo el mito oficial alimentado con tanto esfuerzo. ¡Y cuántos otros documentos semejantes se conservan bien guardados en cámaras refractarias, o bien han sido solícitamente relegados a las llamas!

Puede parecer que hemos gastado demasiado tiempo y esfuerzo en llegar a una conclusión muy modesta. ¿No es en realidad lo mismo que Koba se uniese a los bolcheviques a mediados de 1903, o que lo hiciera en vísperas de 1905? Pero esa modesta conclusión, aparte del hecho de que incidentalmente descubre ante nosotros la mecánica de la historiografía y la iconografía del Kremlin, es de considerable importancia para comprender debidamente la personalidad política de Stalin. La mayoría de quienes han escrito sobre él aceptan su transición al bolchevismo como algo inherente a su carácter, como cosa evidente, natural. Pero tal concepto es definitivamente parcial. Cierto es que la firmeza y la resolución predisponen a una persona a aceptar los métodos del bolchevismo. Pero estas características, por sí solas, no bastan para decidir. Había muchas personas de carácter firme entre los mencheviques y los socialistas revolucionarios. Y, en cambio, entre los bolcheviques no era raro encontrar personas débiles de espíritu, La psicología y el carácter no lo son todo en la índole del bolchevique que, en primer término, es una filosofía de la historia y una concepción política. En ciertas condiciones históricas, los trabajadores son empujados en la ruta del bolchevismo por todo el cuadro de sus circunstancias sociales. Esto sucede con independencia de la solidez o flaqueza de los caracteres individuales. Un intelectual necesitaba intuición política excepcional e imaginación teórica, fe nada común en el proceso histórico dialéctico y en los atributos revolucionarios de la clase trabajadora, para ligar seria y firmemente su destino al del partido bolchevique en los días en que el bolchevismo no era más que una anticipación histórica. La mayoría preponderante de los intelectuales que se incorporaron al bolchevismo en el período de su auge revolucionario lo abandonaron en los años siguientes. Era más difícil para Koba alistarse, pero asimismo era más difícil apartarse de él, pues no tenía imaginación teórica ni intuición histórica, ni don de la previsión, del mismo modo que, en cambio, carecía en absoluto de volubilidad. En una situación compleja, frente a nuevas consideraciones, Koba prefiere esperar la ocasión, mantenerse al margen o retirarse. En todos los casos en que por necesidad ha de elegir entre la idea y la máquina política, invariablemente se decide siempre por la máquina. El programa tiene que crear primero toda su burocracia antes de que Koba pueda guardarle el menor respeto. Falta de confianza en las masas, igual que en los individuos, es la base de su

naturaleza. Su empirismo le empuja siempre a elegir el camino de la menor resistencia. Por eso, en general, en todos los grandes momentos de crisis de la historia, este revolucionario miope adopta una posición oportunista que le lleva muy cerca de los mencheviques y, en ocasiones, hasta le sitúa a la derecha de ellos. Al mismo tiempo, está constantemente inclinado a favorecer las acciones más decididas para resolver los problemas que ya ha dominado. En todas las circunstancias, la violencia bien organizada le parece el camino más corto entre dos puntos. Aquí conviene bosquejar una analogía. Los terroristas rusos eran en esencia pequeñoburgueses demócratas, pero eran sumamente resueltos y audaces. Los marxistas solían decir a propósito de ellos que eran "liberales con una bomba". Stalin siempre ha sido lo que sigue siendo hoy: un político de la "mediocridad áurea" que no vacila en recurrir a las medidas más extremas. Estratégicamente es un oportunista; tácticamente, un "revolucionario". En suma, un oportunista con una bomba.

Poco después de su salida del Seminario, Koba estuvo desempeñando un puesto de tenedor de libros o algo parecido en el Observatorio de Tiflis. A pesar de su "mísero salario", le gustaba aquella ocupación, según nos informa Iremashvili, porque le dejaba mucho tiempo libre para actividades revolucionarias. "Para él, lo menos importante era su personal bienestar." Nada pedía a la vida, pues le parecía incompatible toda exigencia con los principios socialistas. Tenía integridad suficiente para hacer sacrificios por su ideal. Koba era fiel al voto de pobreza que hacen sin ostentación ni ruido todos los jóvenes que se alistan en la clandestinidad revolucionaria. Además, a diferencia de muchos otros que así proceden, estaba acostumbrado a carecer de comodidades desde niño. "Le visité varias veces en su cuartucho pobre y mal amueblado de la Mijailovskaya -relata el insustituible segundo Soso-. A diario vestía Koba una sencilla blusa negra y la corbata negra que entonces era distintivo de todos los socialdemócratas. En el invierno se echaba por encima una vieja capa parda. A la cabeza nunca llevó otra cosa que la gorra rusa de visera. Aunque al dejar Koba el Seminario no estaba en muy buenos términos con la mayoría de los jóvenes marxistas del mismo, de vez en cuando hacían éstos una colecta, a pesar de todo, para aliviarle en sus apuros." Barbusse nos entera de que en 1900, esto es, un año después de abandonar el Seminario, José se encontró totalmente sin recursos: "Sus camaradas le procuraron medios para adquirir alimentos." Los documentos policíacos indican que Koba siguió empleado en el Observatorio hasta marzo de 1901, en que se vio obligado a ocultarse. Su empleo, como hemos oído, apenas le rendía lo suficiente para subsistir. "... Su sueldo apenas le alcanzaba para vestir con decencia -sigue diciendo Iremashvili-. Pero es lo cierto que él tampoco hacía nada por llevar la ropa por lo menos limpia y arreglada. Nunca se le podía ver sino con una blusa sucia y las botas sin cepillar. Detestaba desde el fondo de su corazón todo cuanto le pudiese recordar al burgués." La blusa sucia, las botas sin cepillar, el pelo revuelto eran también características generales de todos los jóvenes agitadores, especialmente en las provincias.

Al pasar en marzo de 1901 al estado ilegal, Koba se convirtió en un revolucionario profesional. A partir de entonces ya no tuvo nombre, por tener muchos. En diversos períodos, y en ocasiones al mismo tiempo, se llamó "David", "Koba", "Nizehradze", "Chizhijov", "Ivanovich", "Stalin". Análogamente, los gendarmes le aplicaban sus apodos particulares. El más persistente de ellos fue el de "Ryaboi", que aludía a su cara picada de

viruelas. En adelante Koba sólo volvería al estado legal en la prisión o en el destierro, esto es, entre dos períodos de trabajo "subterráneo".

"Nunca se apartó de la unidad de propósito -escribía Yenukidze sobre el joven Stalin en sus Memorias corregidas-. Todas sus acciones, choques, amistades, se dirigían a un objetivo definido... Stalin nunca buscó la popularidad personal -añade-, y limitaba el círculo de sus relaciones a los trabajadores avanzados y a los agitadores profesionales." La finalidad de esta muletilla repetida en muchas Memorias oficiales, es explicar por qué, hasta el momento mismo de su exaltación al poder, Stalin permaneció ignorado de las masas de la nación y aun de los miembros del Partido en general. La buscaba con ansia, sin poder encontrarla. Desde el principio, la falta de popularidad le tuvo amarrado. Precisamente su incapacidad para ganarse fama en un ataque frontal, empujaba su vigorosa personalidad hacia caminos extraviados y tortuosos.

Desde bien pronto, el joven Koba había aspirado a dominar a las gentes, que en su mayoría se le antojaban más débiles que él mismo. Pero no era más instruido, ni más discreto, ni más elocuente que otros. No poseía ni uno solo de estos atributos que proporcionan simpatía. Ahora bien, era más rico que otros en fría persistencia y en sentido práctico. No se rendía a los impulsos; más bien sabía cómo someterlos a sus cálculos. Esa característica se reveló ya siendo un muchacho en la escuela. "Generalmente, José contestaba a las preguntas sin apresurarse -escribe Glurdzhide-. Si su respuesta estaba bien fundada en todos sus aspectos, la daba sin demora; si no, se reservaba durante un rato más o menos breve." Aparte de la exageración que supone lo de "bien fundada en todos sus aspectos", estas palabras hacen alusión a un rasgo bastante notable del joven Stalin que le dio una ventaja indiscutible entre los jóvenes revolucionarios, en su mayor parte impulsivos, precipitados e ingenuos.

Aun en aquellos primeros tiempos, Koba no vacilaba en enfrentar unos con otros a sus adversarios, en calumniarlos y en urdir intrigas contra todo aquel que, en algún sentido, pareciese superior a él o pudiese ser un obstáculo a su avance. La falta de dio pábulo a una atmósfera escrúpulos morales del joven Stalin dio sospecha y de rumores siniestros sobre él. Mucho de lo que para nada le afectaba, comenzaba a serle achacado. El socialista revolucionario Vereschak, que estuvo en estrecho contacto con Stalin en la cárcel, refirió en la Prensa de los emigrados, en 1928, que, al parecer, después de ser expulsado José Djugashvili del Seminario, el director recibió de él una denuncia relativa a un antiguo camarada de su grupo revolucionario. Cuando José fue obligado a responder de esta acusación ante la organización de Tiflis, parece ser que no sólo confesó haber sido el autor de la denuncia, sino que consideró aquello como algo meritorio; así, en vez de transformarse en popes y maestros, los expulsados se verían obligados a ser, según sus argumentos, agitadores activos. Todo este episodio, calcado por ciertos biógrafos crédulos, tiene todas las trazas de una invención. Una organización revolucionaria sólo puede mantener su existencia siendo inexorable con cuanto se refiera lo más mínimo a indicios de denuncia, provocación o traición. La más leve indulgencia en esa esfera, supone para ella el principio de la gangrena. Si Soso hubiera resultado culpable de recurrir a tales medios, mezcla de una parte de Maquiavelo con dos partes de Judas, es absolutamente inadmisible que el Partido hubiese tolerado en sus filas un momento más. Iremashvili, que por entonces

pertenecía al mismo círculo seminarista que Koba, nada sabe de tal episodio. él, por su parte, consiguió graduarse y se hizo maestro. Ahora bien, no es un simple accidente que un invento tan ruin se relacione con el nombre de Stalin. Nada semejante se ha rumoreado a propósito de ninguno de los otros revolucionarios antiguos.

La juventud de la generación revolucionaria coincidió con la juventud del movimiento obrero. Era la época de la gente entre los dieciocho y los treinta años. Los revolucionarios de más edad eran pocos y parecían viejos. El movimiento, hasta entonces, carecía en absoluto de vividores, vivía de su fe en el futuro y de su espíritu de sacrificio. No existía aún rutina, fórmulas estereotipadas, gestos teatrales, trucos oratorias hechos de antemano. La lucha, naturalmente, era sobrado patética, tímida y torpe. Hasta las palabras "Comité", "Partido", eran cosa nueva, con una aureola de frescura primaveral, y sonaban en oídos jóvenes como inquietante y seductora melodía. Quien se afiliaba en una organización sabía que le esperaba la cárcel seguida del destierro a pocos meses de plazo. El colmo de su ambición era estar en la brecha el mayor tiempo posible antes de ser detenidos; mantenerse firmes frente a los gendarmes; aliviar en lo posible la situación de los camaradas; leer, durante la prisión, el mayor número posible de libros; escaparse cuanto antes del destierro al extranjero; adquirir allí conocimientos útiles, y volver después a la actividad revolucionaria dentro de Rusia.

Los revolucionarios profesionales creían cuanto predicaban. Podían no haber tenido otro incentivo para emprender la ruta del Calvario. La solidaridad bajo la persecución no era una palabra vacía, y aumentaba su valor el desprecio hacia la cobardía y la deserción. "Dando vueltas en mi mente al sinnúmero de camaradas a quienes tuve ocasión de conocer -escribe Eugenia Levisstkaya, refiriéndose a la organización clandestina de Odesa de 1901 a 1907-, no acierto a recordar ni un solo hecho reprensible o despreciable, ni una sola decepción o mentira. Había rozamientos, diferencias faccionales de opinión; pero esto era todo. En cierta medida, cada cual se vigilaba moralmente, se hacía mejor y más tratable en aquella familia de afectos." Odesa no era una excepción, naturalmente. Los jóvenes y las jóvenes que se entregaban por entero al movimiento revolucionario, sin pedir nada en cambio, no eran los peores representantes de su generación, La Orden de los "revolucionarios profesionales" no sale perdiendo en nada al compararla con cualquier otro grupo social.

José Djugashvili fue miembro de esa Orden, y compartió parte de sus atributos; muchos, pero no todos. Vio la finalidad de su vida en derribar los poderes existentes. El odio a ellos era en su espíritu infinitamente más activo que el amor a los oprimidos. La prisión, el destierro, los sacrificios, las privaciones no le asustaban. Sabía mirar al peligro cara a cara. Al mismo tiempo, se daba cuenta muy bien de ciertos defectos suyos, como son su torpeza, su falta de talento, la general mediocridad de su continente físico y moral. Su arrogante ambición estaba impregnada de envidia y malevolencia. Su impertinencia corría parejas con su espíritu vengativo. El destello ictérico de su mirada inducía a las personas sensibles a la cautela. Ya en sus días de colegio se hizo notar por su maña en advertir las flaquezas de los demás y por insistir sobre ellas despiadadamente. El ambiente del Cáucaso resultó sumamente favorable para fomentar estos atributos básicos de su carácter. Sin perder pie en medio de sus entusiastas, sin enardecerse entre quienes se inflamaban

fácilmente y con igual facilidad se enfriaban, aprendió pronto en la vida a apreciar las ventajas de la entereza fría, de la circunspección y, especialmente, de la astucia, que, en su caso, se transformó sutilmente en marrullería. Especiales circunstancias históricas habrían de investir de primera importancia estos atributos esencialmente secundarios.

CAPITULO III
LA PRIMERA REVOLUCIÓN

De acuerdo con nuestras conjeturas, Koba no se unió a los bolcheviques hasta algún tiempo después de la Conferencia de noviembre, celebrada en Tiflis. Aquella Conferencia acordó tomar parte activa en los preparativos, ya en curso, de un nuevo Congreso del Partido obrero socialdemócrata. Sin objeción alguna aceptamos la simple aserción de Beria según la cual Koba había salido de Bakú en diciembre en viaje de propaganda en favor de dicho Congreso. Esto no es improbable. Era evidente para todos que el Partido estaba escindido en dos. Por aquel tiempo, la fracción bolchevique había adquirido tal fuerza, que desde el punto de vista de organización era superior a la menchevique. Forzado a elegir entre ambas, verosímilmente Koba se decidió por la primera. Pero nos veríamos en dificultades para probar de modo positivo que Koba era ya miembro de la facción bolchevique a fines de 1904. Beria llega al extremo de exhibir varias citas de octavillas publicadas por aquellos días, pero no se atreve a afirmar que Koba escribiera ninguna de ellas. Esa tímida reticencia respecto a la paternidad de tales octavillas es más elocuente que las palabras. Los pasajes que Beria reproduce de prospectos escritos por otros que no son Koba, sirven, naturalmente, al propósito explícito de llenar una laguna en la biografía de Stalin.

Entretanto, las diferencias de opinión entre mencheviques y bolcheviques pasaron del terreno de los Estatutos del Partido al dominio de la estrategia revolucionaria. La campaña de banquetes emprendida por trabajadores del zemstvo y otros liberales, intensificada durante el otoño de 1904, en parte porque las aturdidas autoridades zaristas eran demasiado negligentes para intervenir en ello, planteó resueltamente la cuestión de las relaciones entre la socialdemocracia y la burguesía de oposición. El plan menchevique abogaba por una tentativa para transformar a los obreros en un coro democrático corno pedestal de solistas liberales, un coro suficientemente considerado y circunspecto, no sólo para "abstenerse de asustar" a los liberales, sino más aún, para reforzar la fe de los liberales en ellos mismos. Lenin acometió en el acto su ofensiva. Ridiculizó la mera idea de semejante plan, esto es, la idea de prestar un apoyo diplomático a una oposición impotente, abandonando la lucha revolucionaria contra el zarismo. La victoria de la revolución sólo puede asegurarse por la presión de las masas. Sólo un atrevido programa social puede levantar a las masas por la acción; y precisamente eso es lo que temen los liberales. "Hubiéramos sido unos locos preocupándonos de sus temores." Un pequeño folleto de Lenin, que apareció en noviembre de 1904, templó los ánimos de sus camaradas y tuvo gran influencia en el desarrollo de las ideas tácticas del bolchevismo. ¿No sería este folleto el que decidió la conversión de Koba? No nos atrevemos a contestar afirmativamente. En

años posteriores, siempre que tuvo ocasión de situarse por su cuenta con relación -a los liberales, invariablemente se ha inclinado hacia la noción menchevique de la importancia de "abstenerse de asustar" a los liberales. (Así lo prueban las revoluciones de Rusia en 1917, de China, de España y dondequiera.) No es de excluir la posibilidad, sin embargo, de que en vísperas de la primera revolución, el plebeyo demócrata pareciese estar sinceramente indignado con el plan oportunista, que despertó gran descontento aun entre las masas mencheviques. Debe decirse que, en conjunto, entre los intelectuales radicales no había tenido tiempo de extinguirse la tradición de mantener una actitud desdeñosa hacia el liberalismo Pero también es posible que sólo el domingo sangriento de San Petersburgo y la oleada de huelgas que barrió el país en su estela pudiese haber movido al cauto y suspicaz caucásico a sumarse al bolchevismo.

Los dos viejos bolcheviques Stopani y Lehman, en sus Memorias, minuciosamente detalladas enumeran a todos los revolucionarios con quienes tuvieron ocasión de tratar en Bakú y Tiflis fines de 1904 y principios de 1905; Koba no está en esa lista. Lehman cita a la gente que "estaba a la cabeza" de la Unión caucásica; tampoco figura Koba aquí. Stopani nombra a los bolcheviques que, unidos a los mencheviques, dirigieron la famosa huelga de Bakú en diciembre de 1904; Koba sólo está entre los que no menciona. Y, sin embargo, Stopani debía de saber a qué atenerse, puesto que él mismo fue miembro de aquel Comité de huelga. Las Memorias de ambos autores se publicaron en el periódico oficial de historia comunista, y tanto el uno como el otro, lejos de ser "enemigos del pueblo", eran buenos stalinistas pero ambos escribieron sus obras en 1925, antes de que la falsificación planeada por indicación superior se constituyera en sistema. En un artículo publicado no más lejos de 1926, Taratuta, antiguo miembro del Comité Central bolchevique, al tratar de "La Víspera de la Revolución de 1905 en el Cáucaso", no hace mención alguna de Stalin. En los comentarios a la correspondencia de Lenin y Krupskaia con la organización del Cáucaso, el nombre de Stalin no aparece ni una sola vez en el curso de las cincuenta nutridas páginas. Es sencillamente imposible hallar alrededor de la última parte de 1904 y la primera de 1905, traza alguna de las actividades de quien hoy se pinta como el padre y fundador del bolchevismo caucásico.

Tampoco pretende esta conclusión oponerse a la más reciente de las interminables aseveraciones acerca de la implacable campaña de Stalin contra los mencheviques. Todo lo que hace falta para reconciliar estas aparentes contradicciones, es correr la fecha un par de arios, lo cual no es muy difícil, puesto que no hay necesidad de citar documentos ni de recelar refutaciones. Por otra parte, no hay motivos para dudar que, una vez tomada su decisión, Koba emprendió su lucha contra los mencheviques del modo más áspero, crudo y desaprensivo que pueda concebirse. Aquella inclinación hacia los procedimientos disimulados y las intrigas de que se le había acusado cuando formaba parte de los círculos seminaristas, o en su tiempo de propagandista del Comité de Tiflis o de miembro del grupo de Batum, encontraba ahora una expresión más amplia y atrevida en la lucha de facciones.

Beria cita Tiflis, Batum, Chituary, Kutais y Poti como lugares en que Stalin había sostenido debates contra Noé Jordania, Heraclio Tseretelli, Noé Ramishvili y otros dirigentes mencheviques, así como contra los anarquistas y los federalistas. Pero Beria prescinde caballerosamente de las fechas, y no sin intención. En realidad, la primera de esas

discusiones, que fija con cierta apariencia de exactitud, tuvo lugar en mayo de 1905. La situación es exactamente la misma que en el caso de los escritos publicados por Koba. Su primera composición bolchevique, un folletito de escasas páginas, apareció en mayo de 1905, bajo el título un tanto singular de Pequeñeces sobre diferencias de Partido. Beria estima necesario advertir, sin decir el motivo, que este folleto se escribió "a principios de 1905", descubriendo así de modo más flagrante que nunca su intento de cerrar la brecha de dos años. Uno de los corresponsales, evidentemente Litvinov, que no conocía a ningún georgiano, informó sobre la aparición en Tiflis de un folleto "que causó sensación". Esta "sensación" puede explicarse sólo por la circunstancia de que el auditorio georgiano nada había oído hasta entonces fuera de la voz de los mencheviques. En sustancia, dicho folleto no es más que un sumario ampuloso de los escritos de Lenin. No es extraño que no se haya vuelto a imprimir. Beria cita de él pasajes meticulosamente seleccionados, que explican fácilmente por qué el autor mismo se satisfacía en echar sobre ese folleto, como sobre los demás trabajos literarios suyos de la época, el velo del olvido.

En agosto de 1905, Stalin reprodujo el capítulo "¿Qué hacer?", de la obra de Lenin que trataba de explicar la correlación del movimiento obrero elemental con la conciencia de clase socialista. Según la exposición de Lenin, el movimiento obrero, abandonado a sus propios recursos, propendía irrevocablemente al oportunismo; la conciencia de clase revolucionaria se aportaba a los trabajadores desde fuera, por medio de los intelectuales marxistas. No es lugar éste de criticar tal concepto, que en su integridad más corresponde a una biografía de Lenin que a la de Stalin. El mismo autor de "¿Qué hacer?" reconoció más tarde el carácter tendencioso, y, en consecuencia, lo erróneo de su teoría, que había intercalado a modo de paréntesis como una batería en la batalla contra el "economismo", y su respeto por la naturaleza elemental del movimiento obrero. Después de su rompimiento con Lenin, Plejanov dio a conocer una crítica tardía, pero tanto más dura, a propósito de "¿Qué hacer?" La cuestión de introducir conciencia de clase revolucionaria en el proletariado "desde fuera" volvió a estar sobre el tapete. El órgano central del Partido bolchevique anotó "el espléndido planteamiento de la cuestión" relativa a la introducción de la conciencia de "clase desde el exterior" en un artículo anónimo aparecido en un periódico de Georgia. Aquel elogio se cita hoy como una especie de testimonio de la madurez de Koba como "teórico". En realidad, no se trataba más que de una de tantas observaciones alentadoras que solía hacer notar por su defensa de las ideas de los dirigentes de su propia facción. En cuanto a la calidad del artículo, puede dar una idea suficiente la cita siguiente que figura en la traducción de Beria al ruso:

"La vida contemporánea está montada según normas capitalistas. En ella existen dos grandes clases: la burguesía y el proletariado; entre ambas está entablada una lucha a vida o muerte. Las circunstancias de la vida empujan a la primera a sostener el orden capitalista. Las mismas circunstancias impelen a la otra para minar y destruir el orden capitalista. En correspondencia con estas dos clases, hay una doble conciencia de clase, burguesa y socialista. La segunda se ajusta a la situación del proletariado... Pero, ¿qué significación puede tener por sí sola la conciencia de clase socialista, si no se difunde entre el proletariado? ¡Se queda reducida a una frase vacía, y nada más! Las cosas tomarán un rumbo bien distinto cuando esa conciencia de clase se abra paso entre las filas del

proletariado: éste se dará entonces cuenta de su situación y marchará cada vez más de prisa hacia la realización del sistema de vida socialista..."

Y así sucesivamente. Artículos tales se han salvado del olvido que merecían sólo por el destino ulterior de quien los escribió. Sin embargo, es perfectamente obvio que no explican por sí mismos semejante destino, más bien lo hacen más enigmático.

Después de romper con el Consejo de redacción de Iskra, Lenin, que por entonces tenía cuarenta y cuatro años, vivió durante meses vacilante (lo que era doblemente difícil para él, por estar tan en contradicción con su carácter), hasta que se convenció de que sus adeptos eran relativamente numerosos y su joven autoridad bastante fuerte. La culminación afortunada de las disposiciones para el nuevo Congreso atestiguaba sin la menor duda que las organizaciones socialdemócratas eran preponderantemente bolcheviques. El Comité Central conciliador, dirigido por Krassin, acabó capitulando ante el Buró "ilegal" de los Comités de la Mayoría, y participó en el Congreso que no pudo evitar. Así, el tercer Congreso, que se reunió en abril de 1905 en Londres, y del que los mencheviques se mantuvieron deliberadamente apartados, contentándose con una Conferencia en Ginebra, vino a ser el Congreso constituyente del bolchevismo. Los veinticuatro delegados, votantes y los catorce consultivos eran, sin excepción, aquellos bolcheviques que habían sido fieles a Lenin desde el momento de la escisión en el segundo Congreso y habían levantado a los Comités del Partido contra la autoridad conjunta de Plejanov, Axelrod, Vera Zasulich, Martov y Potresov. En este Congreso quedó legitimada aquella opinión sobre las fuerzas en movimiento de la Revolución rusa que Lenin desarrolló en el curso de su honrada lucha contra sus antiguos maestros y más íntimos colaboradores en la Iskra, y que desde entonces adquirió mayor significación práctica que el programa del Partido trazado en común con los mencheviques.

La malhadada y oprobiosa guerra contra el Japón iba acelerando la desintegración del régimen zarista. Después de la primera oleada grande de huelgas y demostraciones, el tercer Congreso pudo reflejar la proximidad del desenlace revolucionario. "Toda la historia del pasado año ha demostrado -decía Lenin en su informe a los delegados reunidos- que hemos menospreciado la importancia y la inevitabilidad de la revolución." El Congreso dio resueltamente un paso adelante sobre el problema agrario al reconocer la necesidad de ayudar al movimiento campesino entonces en curso, incluso hasta el extremo de confiscar las tierras de los hacendados. Más concretamente que nunca, perfiló la perspectiva general de la lucha revolucionaria y la conquista del Poder, particularmente en cuanto al Gobierno revolucionario como organizador, de la guerra civil. Como dijo Lenin: "Aunque nos apoderemos de San Petersburgo y guillotinemos a Nicolás, habremos de enfrentamos con varias Vendées." El Congreso emprendió, con más bríos que nunca, los preparativos técnicos para la insurrección. "Sobre la cuestión de crear grupos especiales de combate -dijo Lenin- he de decir que los considero indispensables."

Cuanta más importancia se da al tercer Congreso, más se advierte la ausencia de Koba en él. Por aquel tiempo tenía en su haber unos siete años de actividad revolucionaria, incluso cárcel, destierro y evasión. Si hubiera sido persona de alguna entidad entre los bolcheviques, seguramente su historial le hubiera asegurado al menos su candidatura para delegado. Además, Koba estuvo en libertad todo el año 1905 y, según Beria, "tomó la parte

más activa en la organización del tercer Congreso de los bolcheviques". Si esto es verdad, indudablemente tendría que haber sido jefe de la delegación caucásica. Entonces, ¿por qué no lo fue? Si por enfermedad u otra causa de excepción no hubiese podido salir al extranjero, los biógrafos oficiales hubieran sabido encontrar el modo de decirlo así. Su silencio sobre el caso se explica sólo porque no tienen a su disposición ni una leve explicación fidedigna de la ausencia del "líder de los bolcheviques del Cáucaso" en un Congreso de tanta importancia histórica. Los asertos de Beria a propósito de "la parte más activa" que Koba tomó en la organización del Congreso es una de tantas frases sin sentido de que está repleta la historiografía oficial soviética. En un artículo dedicado al XIII aniversario del tercer Congreso, el bien informado Osip Pyatnitsky no dice absolutamente nada sobre la participación de Stalin en los preparativos para el Congreso, mientras que el historiador cortesano Yaroslavsky se limita a una vaga observación, cuya sustancia es que el trabajo de Stalin en el Cáucaso "tuvo indudablemente considerable importancia" para el congreso, sin esclarecer la índole exacta de tal importancia. Sin embargo, de cuanto hemos podido averiguar hasta ahora, la situación aparece evidente: después de vacilar durante bastante tiempo, Koba se unió a los bolcheviques poco antes del tercer Congreso; no tomó parte en la Conferencia de noviembre en el Cáucaso; nunca fue miembro del Buró establecido por aquella y siendo un recién llegado, no le era dable esperar una credencial de delegado. La delegación estaba constituida por Kamenev, Nevsky, Tsjakaya y Dzhaparidze; éstos eran los dirigentes del bolchevismo caucásico por aquella época. Su ulterior destino afecta a nuestra narración hasta cierto punto: Dzhaparidze fue fusilado dieciocho años más tarde por Stalin; Nevsky fue tildado de "enemigo del pueblo" por orden de Stalin, y desapareció sin (tejar rastro; y sólo el anciano Tsjakaya se ha sobrevivido a sí mismo.

El aspecto negativo de las tendencias centrípetas del bolchevismo se pusieron por primera vez de relieve en el tercer Congreso de la socialdemocracia rusa. Los hábitos peculiares de una máquina política se iban ya formando en la clandestinidad. Ya iba surgiendo como tipo el joven burócrata revolucionario. Las condiciones de conspiración, es cierto, ofrecían escaso margen, para formalidades democráticas tales como electividad, responsabilidad y control. Pero no cabe duda de que los hombres del Comité restringieron estas limitaciones mucho más de lo necesario, y eran más intransigentes y severos con los trabajadores revolucionarios que con ellos mismos, prefiriendo imponer su voluntad aun en aquellas ocasiones que requerían prestar atento oído a la voz de las masas. Krupskaia observa que, como en los Comités bolcheviques, tampoco en el mismo Congreso hubo apenas delegados obreros. Los intelectuales predominaban. El "hombre de Comité -escribía Krupskaia- solía ser persona presumida; estaba poseído de la enorme influencia que las actividades del Comité ejercían sobre las masas; por regla general, al "hombre de Comité" no reconocía democracia alguna dentro del Partido; intrínsecamente, sentía desdén por el "centro extranjero", que rabiaba y gritaba y armaba trifulcas: "debería probar las condiciones del trabajo en Rusia para variar...". Al mismo tiempo, no era partidario de innovaciones: el "hombre de Comité" no deseaba adaptarse, ni sabía cómo hacerlo, a situaciones que cambiaban rápidamente". Esta concisa, pero expresiva caracterización ayuda muchísimo a comprender la psicología política de Stalin, pues él era el "hombre de Comité" por antonomasia. Ya en 1901, al comienzo de su carrera revolucionaria en Tiflis, se opuso a que entraran trabajadores en su Comité. Como "práctico" (esto es, como

empirista político), reaccionaba con indiferencia, y luego con desdén, frente a los emigrados, frente al "centro extranjero". Desprovisto de cualidades personales para influir directamente en las masas, se aferraba con redoblada tenacidad a la máquina política. El jefe de su universo era su Comité (el de Tiflis, el de Bakú, el caucásico, antes de llegar a ser el Comité Central). Con el tiempo, su ciega lealtad a la máquina del Partido habría de desarrollarse con extraordinaria fuerza; el hombre de Comité se hizo hombre supermáquina, secretario general del Partido, genuina representación de la burocracia e incomparable director de ella.

En el folleto Nuestros problemas políticos, escrito por mí en 1904, y que contiene no poco de prematuro y erróneo en mi crítica de Lenin, hay, no obstante, páginas que ofrecen una caracterización bastante justa del modo de pensar de los "hombres de Comité" de aquellos días, que "se habían adelantado a la necesidad de contar con los trabajadores después de haber encontrado éstos apoyo en los "principios del centralismo"". La pugna que Lenin se vio obligado a sostener el año siguiente en el Congreso contra los altos y poderosos "hombres de Comité", confirmó cumplidamente la justeza de mi crítica. "Los debates asumieron un carácter más apasionado -refiere Lyadov, uno de los delegados-. Comenzaron a surgir allí agrupamientos, como teóricos y prácticos, "literarios" y "hombres de Comité". En el curso de estas disputas, el trabajador Rikov uno de los más jóvenes, se destacó resueltamente. Consiguió reunir en tomo suyo una mayoría de, los "hombres de Comité". Las simpatías de Lyadov estaban con Rikov. "No pude contenerme -exclamó Lenin en sus concluyentes observaciones- al oír que no había obreros aptos para miembros de Comité." Recordemos aquí la insistencia de Koba al pedir trabajadores de Tiflis que reconociesen "con la mano sobre el corazón" que entre ellos ninguno había en condiciones de recibir las órdenes sagradas de la casta sacerdotal. "La cuestión se está dilatando -persistía Lenin-. Evidentemente hay una enfermedad en el Partido." Esta enfermedad era el despotismo de la máquina política, el comienzo de la burocracia.

Lenin comprendía mejor que nadie la necesidad de una organización centralizada; pero veía en ella, sobre todo, una palanca para realzar la actividad de los trabajadores avanzados. La idea de hacer un fetiche de la máquina política no sólo le era ajena, sino que repugnaba a su naturaleza. En el Congreso se burló de la tendencia de casta de los "hombres de Comité", desde un principio, y le declaró apasionada guerra. "Vladimiro Ilich estaba muy excitado -confirma Krupskaia-, y otro tanto sucedía con los hombres de Comité." En aquella ocasión, éstos consiguieron el triunfo, y a su frente Rikov, futuro sucesor de Lenin en el cargo de presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo. La resolución de Lenin proponiendo que cada Comité constase necesariamente de una mayoría de obreros, no pudo aprobarse. Y también contra la voluntad de Lenin, los hombres de Comité acordaron colocar el Consejo de redacción en el extranjero bajo el control del Comité Central. Un año antes, Lenin hubiera preferido una escisión a consentir en que la dirección del Partido dependiese del Centro ruso, expuesto a los registros policíacos e inestable por eso en su composición. Pero entonces estaba persuadido de que la palabra decisiva sería la suya. Habiéndose fortalecido en la lucha contra los antiguos dirigentes autoritarios de la Socialdemocracia rusa, estaba mucho más seguro de sí mismo que en el segundo Congreso, y más sereno, en consecuencia. Si, como dice Krupskaia, se excitó durante los debates, o más bien parecía excitado, tanto más circunspecto se mantuvo en las

medidas de organización que acometió. No sólo aceptó en silencio su derrota respecto a dos cuestiones sumamente importantes, sino que incluso ayudó a incluir a Rikov en, el Comité Central. No tenía la menor duda de que la Revolución, la gran maestra de las masas en cuestiones de Iniciativa y empresa, sería bastante para derrumbar, simultáneamente y sin gran dificultad, el juvenil y ya inestable conservadurismo de la máquina política del Partido.

Además de Lenin, para el Comité Central fueron elegidos el ingeniero Leónidas Krassin y el naturalista A. A. Bogdanov, físico y filósofo, coetáneos de Lenin ambos; Postolovsky, que abandonó poco después el Partido, y Rikov. Los suplentes eran el "literario" Rumyantsev y los dos prácticos Gussev y Bour. No hace falta decir que nadie pensó en proponer a Koba para miembro del primer Comité Central bolchevique.

En 1934, el Congreso del Partido Comunista de Georgia, sirviéndose como base del informe de Beria, declaró que "nada de cuanto hasta ahora se ha escrito refleja el verdadero y auténtico papel del camarada Stalin, quien realmente dirigió la lucha de los bolcheviques en el Cáucaso durante buen número de años". El Congreso no explicó los pormenores. Pero todos los viejos autores de Memorias e historiadores habían sido proscritos, y algunos incluso fusilados. Luego, para rectificar todas las iniquidades del pasado, se decidió fundar un "Instituto Stalin" especial. Así té dio Origen a una purga inexorable de todos los viejos pergaminos, que inmediatamente se cubrieron de nuevos textos. Jamás ha habido bajo la bóveda celeste una invención de falsedades en tan gran escala. Mas la situación del biógrafo no queda por eso totalmente desamparada.

Sabemos que Koba volvió del destierro a Tiflis en febrero de 1904, siempre invariable y triunfalmente "dirigiendo la actividad de los bolcheviques". Con la excepción de breves escapadas, pasó la mayor parte de los años 1904 v 1905 en Tiflis. Según las Memorias más recientes, los obreros solían decir: "Koba está desollando vivos a los mencheviques." Sin embargo, parece ser que los mencheviques de Georgia apenas se resintieron de tal intervención quirúrgica. Sólo en la segunda mitad del año 1905 entraron los bolcheviques de Tiflis en la fase de "formar en línea" y "pensaron" en editar noticiarios. ¿Cuál era, pues, la índole de la organización a que Koba perteneció durante la mayor parte de 1904 y la primera mitad de 1905? Si no es que se mantuvo apartado por completo del movimiento obrero, lo que es increíble, a pesar de todo cuanto hemos oído de Beria, tiene que haber sido miembro de la organización menchevique. A principios de 1906, el número de prosélitos de Lenin en Tiflis había aumentado hasta trescientos; pero los mencheviques contaban con unos tres mil. La simple correlación de fuerzas condenaba a Koba a una oposición literaria en el punto crítico del desarrollo revolucionario.

"Dos años (1905-1907) de labor revolucionaria entre los trabajadores de la industria petrolífera -atestigua Stalin- me endurecieron." Es decididamente improbable que en un texto cuidadosamente redactado y revisado de su propio discurso, el orador sólo acertase a confundirse respecto al lugar exacto en que estuvo durante el año en que el país sufrió su bautismo de fuego revolucionario, y también durante el año 1906, en que toda Rusia continuaba en las angustias de las convulsiones y vivía en constante temor del desenlace. ¡Tales acontecimientos no se pueden olvidar! Es imposible librarse de la impresión de que Stalin evitó deliberadamente aludir a la primera revolución porque sencillamente nada tenía

que decidirse acerca de ella. Como Bakú le ofrecía un fondo más hermoso que Tiflis, retrospectivamente se trasladó a Bakú dos años y medio antes de lo que era justo. En verdad, no tiene por qué temer objeciones de historiadores soviéticos. Pero la pregunta: "¿Qué hizo en realidad Koba durante 1905?", sigue sin contestar.

El primer año de la Revolución se inició con el fusilamiento de los trabajadores de San Petersburgo cuando marchaban con una petición al zar. El llamamiento escrito por Koba con ocasión de los sucesos de 22 de enero tiene por remate el siguiente conjuro:

Juntemos nuestras manos y agrupémonos en torno a los Comités, de nuestro Partido. No debemos olvidar un solo minuto que los Comités del Partido pueden guiarnos dignamente, que sólo ellos pueden iluminar nuestra ruta hacia la Tierra Prometida...

Y así por el estilo. ¡Qué seguridad hay en la voz de este "hombre de Comité"! Durante aquellos mismos días, horas quizá, Lenin escribía en un artículo de uno de sus colaboradores la siguiente arenga a las masas insurgentes:

¡Abrid paso al furor y al odio que se han acumulado en vuestros corazones durante tantos siglos de explotación, sufrimiento y martirio!

Todo Lenin está en la anterior frase. Odia y se rebela en unión de las masas, siente la rebelión en sus huesos, y no pide a los rebeldes que obren sólo con el permiso de los "Comités". El contraste entre estas dos personalidades en su actitud frente a lo que unía a ambas políticamente (frente a la Revolución) no podía expresarse más concisa ni más expresivamente.

La creación de los Soviets comenzó cinco meses después del tercer Congreso, en el que no había habido sitio para Koba. La iniciativa partió de los mencheviques, quienes, sin embargo, nunca pensaron en la dirección que su hechura había de tomar. La facción menchevique predominaba en los Soviets. Los mencheviques de filas fueron arrastrados por los acontecimientos revolucionarios; los dirigentes cavilaban perplejos sobre la súbita oscilación a la izquierda de su propia facción. El Comité de San Petersburgo de los bolcheviques se asustó al principio ante la innovación de una representación neutral de las masas en armas, y nada pudo encontrar mejor que ofrecer al Soviet su ultimátum: adoptar inmediatamente un programa socialdemócrata o disolverse. El Soviet de San Petersburgo en su totalidad incluso el contingente de obreros bolcheviques, acogieron este ultimátum sin inmutarse y no hicieron caso de él. Sólo después de llegar Lenin en noviembre se produjo un cambio radical en la política de los "hombres de Comité" hacia el Soviet. Pero el ultimátum había causado estragos al debilitar decididamente la posición de los bolcheviques. En aquel trance, como en los demás, las provincias siguieron el ejemplo de la capital. Por aquel tiempo, las profundas diferencias de criterio al estimar la importancia histórica de los Soviets había comenzado ya. Los mencheviques trataban de evaluar el Soviet simplemente como una forma fortuita de representación obrera: un "parlamento proletario", un "órgano de autonomía revolucionaria", etc. Todo aquello era sumamente vago. Lenin, por el contrario, sabía escuchar atentamente a las masas de San Petersburgo que llamaban al Soviet "el Gobierno proletario", y al punto dio su verdadero valor a aquella nueva forma de organización, considerándola la palanca de la lucha por el Poder.

En los escritos de Koba del año 1905, escasos en forma y contenido, no encontramos absolutamente nada a propósito de los Soviets. Esto no obedece sólo a que no los hubiera en Georgia, sino simplemente a que no paró mientes en ellos, no les dio importancia. ¿No es sorprendente? El Soviet, como máquina política poderosa, debió de haber causado impresión en el futuro secretario general a primera vista. Pero es que lo miraba como una máquina política extraña, que representaba directamente a las masas. El Soviet no se sometía a la disciplina del Comité, y requería métodos de dirección más complejos y flexibles. En cierto modo, el Soviet era un potente competidor del Comité. Así, durante la Revolución de 1905, Koba estuvo de espaldas a los Soviets. En lo esencial, estuvo de espaldas a la Revolución misma, como cobijado a su sombra.

La razón de su resentimiento era su incapacidad para hallar su propia ruta hacia la Revolución. Los biógrafos y artistas moscovitas se esfuerzan constantemente por presentar a Koba a la cabeza de una u otra manifestación, "como blanco de tiro", como fogoso orador, como tribuno. Todo eso es puro embuste. Aun en sus años últimos, Stalin no llegó a ser un orador; nadie le ha oído pronunciar discursos "fogosos". En todo el año 1907, cuando todos los oradores del Partido, comenzando por Lenin, iban por todas partes roncos de tanto hablar, Stalin no tomó parte en un solo mitin. No podía ser de otro modo en 1905. Stalin no era orador ni aun en la escala modesta en que lo eran otros jóvenes revolucionarios del Cáucaso, como Knunyants, Zurabov, Kamenev, Tseretelli. En una reunión del Partido, a puerta cerrada, sabía explicar bastante bien ideas que había hecho firmemente suyas.

Pero no tenía nada de agitador. Solía hacerse violencia para emitir frases con gran dificultad, sin tonalidad, calor ni énfasis. La debilidad orgánica de su naturaleza, el lado inverso de su pujanza, consiste en su absoluta incapacidad de entusiasmarse, de elevarse sobre el nivel rutinario de las trivialidades, de hacer surgir un vínculo vital entre él mismo y su auditorio, destacar entre su auditorio lo mejor de su persona. Y como no sabía enardecerse, tampoco era capaz de enardecer a otros. La fría malevolencia no es bastante para adueñarse del alma de las masas.

El año 1905 tuvo sellados sus labios. El país que había estado callado durante mil años comenzó a hacerse oír por primera vez. Todo aquel que era capaz de expresar su aborrecimiento contra la burocracia y el zar encontraba oyentes infatigables y agradecidos. No cabe duda de que Koba también ensayaría; pero la comparación con otros oradores extemporáneos resultó adversa para él. No podía soportar aquello. Aunque insensible a los sentimientos ajenos, Koba es en extremo susceptible, muy delicado en sus propios afectos y, por muy extraño que parezca, caprichoso hasta la extravagancia. Sus reacciones son primitivas. Como se figure olvidado o descuidado por alguien, se siente propenso a volver la espalda a los hechos y a las personas, acurrucarse en un rincón, fumarse malhumorado una pipa y soñar en la venganza. Por eso, en 1905 se retiró a la sombra con secreto resentimiento y se convirtió en una especie de redactor. Pero Koba estaba lejos de ser periodista. Discurre despacio, sus juicios son extremadamente simplistas y su estilo demasiado laborioso e infecundo. Cuando desea producir un efecto contundente, recurre a expresiones soeces. Ninguno de los artículos que escribió entonces hubiera sido aceptado por un Consejo de redacción algo escrupuloso o exigente. Verdad es que las publicaciones

clandestinas no solían ser notables por sus excelencias literarias, pues en su mayor parte estaban escritas por gentes que recurrían a la pluma por necesidad y no por ser aquélla su profesión. De todos modos, Koba no se destacó. Su estilo revelaba un esfuerzo por lograr una sistemática exposición del tema; pero aquel esfuerzo se manifestaba generalmente por una disposición esquemática de material, la enumeración de argumentos, preguntas retóricas artificiales y pesadas repeticiones recargando el aspecto didáctico. La ausencia de ideas propias, de forma original, de vívida imaginación, marca una por una sus líneas con el sello de lo trivial. Aquí tenemos a un autor que nunca expresa libremente sus propios pensamientos, sino que tímidamente hace uso de los ajenos. La palabra "tímidamente" puede parecer extraña aplicada a Stalin: y, no obstante, le caracteriza en su titubeante estilo de escritor con suma precisión, desde sus tiempos del Cáucaso hasta los actuales.

Naturalmente, sería equivocado suponer que tales artículos no encauzaban hacia la acción. Eran muy necesarios. Respondían a una necesidad perentoria. Su fuerza provenía de la necesidad, pues expresaban las ideas y consignas de la Revolución. Para el lector de la masa, que no podía hallar nada de aquel género en la Prensa burguesa, aquello era nuevo y flamante. Pero su pasajera influencia se limitaba al círculo para el cual eran escritos. Ahora, es imposible leer esas frases formuladas de una manera seca, torpe y no siempre gramaticalmente correctas, singularmente decoradas con las flores artificiales de la retórica, sin sentirse cohibidos, turbados, molestos, ni reír a veces al observar destellos de un humorismo inconsciente. Todos los escritores bolcheviques, destacados u oscuros de la capital o de las provincias, colaboran en el primer periódico legal de los bolcheviques, Novaya Zhizn (Vida Nueva), que comenzó a publicarse en octubre de 1905, en San Petersburgo, bajo la orientación de Lenin. Pero el nombre de Stalin no figuraba entre ellos. Fue Kamenev, y no Stalin, el designado para representar al Cáucaso como redactor en aquel periódico. Koba no nació escritor, y nunca ha llegado a serio. Que utilizara la pluma con más diligencia de la acostumbrada durante 1905, sólo pone de relieve el hecho de que el otro método de comunicar con las masas aún era en él menos innato.

Muchos de los hombres del Comité resultaron cortos de talla para el período de mítines interminables, huelgas tumultuosas, manifestaciones callejeras. Los agitadores tenían que arengar a las multitudes en la plaza pública, escribir repentizando, tomar graves decisiones en el momento mismo. Ninguna de las tres cosas puede contarse entre las aptitudes de Stalin; su voz es tan débil como su imaginación; el don de improvisar es ajeno a este pensador de torpe mente, que avanza a tientas. Otras luminarias mucho más brillantes apagaron sus modestas luces en el firmamento caucásico. Por eso contempló la Revolución con envidiosa alarma, y casi con hostilidad; no era su elemento. "Continuamente -escribe Yenikidze-, además de ir a mitines y atender un montón de asuntos en los locales del Partido, pasaba las horas sentado en su pequeño cubil, lleno de libros y periódicos, o en la redacción, igualmente "espaciosa", del periódico bolchevique." Basta evocar por un momento el torbellino del "año loco" y recordar la grandeza de su patetismo, para valorar debidamente este retrato de un joven solitario y ambicioso, que se encerraba, pluma en ristre, en un cuartucho (que seguramente tampoco estaría excesivamente aseado), entregado a la estéril búsqueda de la frase esquiva que en cierta tenue medida pudiera estar a tono con el momento.

Los sucesos se sucedieron incesantes. Koba permaneció al margen, descontento de todo el mundo y de sí mismo. Todos los bolcheviques de nota, entre ellos muchos que por aquellos años eran los dirigentes del movimiento en el Cáucaso (Krassin, Postolovsky, Stopani, Lehman, Halperin, Kamenev, Taratuta y otros), dieron de lado a Stalin, sin mencionarle en sus Memorias, y él mismo nada tiene que decir acerca de los otros. Algunos como Kurnatovsky y Kamenev, indudablemente estuvieron en relación con él en el curso de sus actividades revolucionarias. Otros pueden haberle conocido, pero no le conceptuaron distinto del promedio de los "hombres de Comité". Ni uno siquiera de ellos le distinguió tan sólo con una palabra de estimación o de camaradería, y tampoco dio a los futuros biógrafos oficiales el menor punto de apoyo en forma de una referencia benévola.

En 1926, la Comisión oficial de historia del Partido publicó una edición revisada (esto es, adaptada a la nueva tendencia posleninista) de materiales de origen sobre el año 1905. Entre más de cien documentos, unos treinta eran artículos de Lenin; otros tantos eran artículos de diversos autores. Y, a pesar del hecho de que la campaña contra el trotskismo se aproximaba por entonces al paroxismo do su furor, el Consejo de redacción de fieles creyentes no pudo menos de incluir en la antología cuatro artículos míos. Sin embargo, en las 455 páginas del libro no figura una sola línea de Stalin. En el índice alfabético, que comprendía varios centenares de nombres, sin omitir a ninguno de los destacados de algún modo durante los años revolucionarios, el de Stalin no aparece siquiera una vez; sólo Ivanovich se menciona como asistente a la Conferencia del Partido en Tammerfors, en diciembre de 1905. Es de notar que en 1926 el Consejo de redacción aún no sabía que Ivanovich y Stalin eran la misma persona. Esos detalles imparciales son mucho más convincentes que todos los panegíricos retrospectivos.

Stalin parece estar al margen del año revolucionario, 1905. Su noviciado transcurrió durante los años prerrevolucionarios, que pasó en Tiflis, Batum y luego en la cárcel y deportado o desterrado. Según su propia confesión, se hizo "aprendiz" en Bakú, eso es, en 1907-1908. Así queda el período de la primera Revolución totalmente eliminado como período de entrenamiento en el desarrollo del futuro "operario". Dondequiera que interviene como autobiógrafo, Stalin no menciona aquel año grande, que dio personalidad y moldeó a los más distinguidos líderes de la vieja generación. Esto debía tenerse siempre presente, pues dista mucho de ser accidental, en su autobiografía, el siguiente año revolucionario de veras, 1917, había de constituir un punto tan nebuloso como el de 1905. Nuevamente encontramos a Koba, ahora Stalin, en una modesta oficina de redacción, esta vez Pravda, de San Petersburgo, escribiendo sin apresuramiento comentarios insípidos sobre hechos llenos de sabor. Aquí hay un revolucionario constituido de manera que una revolución auténtica de las masas le trastorna haciéndole saltar de su rutina y despidiéndole a un lado. Nunca fue tribuno, ni estratega o dirigente de una rebelión, sino tan sólo un burócrata de la revolución. Por eso, para encontrar campo adecuado a sus peculiares talentos, se vio condenado a pasar el tiempo en un estado semicomatoso hasta que se aplacaron los furiosos torrentes de aquel acontecimiento.

La escisión entre mayoría y minoría se había ratificado en el tercer Congreso, que declaró a los mencheviques "una porción escondida del Partido". éste se hallaba en un estado de extrema desunión cuando los sucesos preliminares de otoño de 1905 ejercieron su

beneficiosa influencia y en cierto modo suavizaron la hostilidad entre ambas facciones. En vísperas dé su partida del destierro en Suiza, tan largo tiempo esperada para ir a Rusia en octubre de aquel año, Lenin escribió a Plejanov una afectuosa y conciliadora carta, en la que se refería a su antiguo maestro y oponente, como "el ascendiente más eficaz entre los socialdemócratas rusos", y solicitaba su cooperación, declarando que "nuestras diferencias tácticas de opinión van siendo rápidamente orilladas por la misma revolución...". Y así era. Pero no por mucho tiempo, pues la misma revolución no resistió gran cosa.

No cabe duda de que en un principio los mencheviques tuvieron más iniciativa que los bolcheviques para establecer y utilizar organizaciones de masas. Pero como partido político, flotaban tan sólo con la corriente, y casi se ahogaron en ella. Los bolcheviques, en cambio, se ajustaron más despacio al curso del movimiento; pero lo enriquecieron con sus vibrantes consignas, producto de su estimación realista de las fuerzas revolucionarias. Los mencheviques predominaban en el Soviet; pero la dirección general de la política del Soviet se desenvolvía por lo general sobre pautas bolcheviques. Oportunistas hasta la misma medula de sus huesos, los mencheviques fueron transitoriamente capaces de adaptarse aún a la propia subversión revolucionaria; pero no supieron guiarla ni permanecer fieles a sus tareas históricas durante el reflujo de la Revolución.

Después de la huelga general de octubre (que arrancó el manifiesto constitucional de manos del zar, y engendró en los distritos obreros un ambiente de optimismo y audacia), las tendencias unitarias cobraron irresistible vigor en ambas facciones. Por todas partes surgieron Comités federativos o de unificación de bolcheviques y mencheviques. Los dirigentes sucumbieron a esta tendencia. Como paso preliminar hacia la fusión completa, cada facción convocó su Conferencia previa. Los mencheviques se reunieron en San Petersburgo hacia fines de noviembre. En aquella ciudad, las "libertades" de nuevo cuño se respetaban aún. Pero los bolcheviques se reunieron en diciembre, cuando la reacción estaba de nuevo en todo su apogeo y se vieron obligados a celebrar su conclave en tierra finesa, en Tammerfors.

De primera intención, la Conferencia bolchevique se concibió como un Congreso extraordinario del Partido. Pero la huelga ferroviaria, el levantamiento de Moscú y toda una serie de incidentes excepcionales en las provincias, obligaron a muchos delegados a quedarse en casa, haciendo la representación muy poco representativa. Los cuarenta y un delegados que llegaron al punto de destino llevaban el mandato de veintiséis organizaciones con un total de votos de cuatro mil, aproximadamente. La cifra parece insignificante para un Partido que se proponía derribar al zarismo y asumir su puesto en el inminente Gobierno revolucionario. Pero aquellos cuatro mil habían aprendido ya a expresar la voluntad de centenares de miles. Sin embargo, por su escaso número, el Congreso se transformó en una sencilla Conferencia. Koba, usando el seudónimo de Ivanovich, y el obrero Telia fueron como representantes de las organizaciones bolcheviques de Transcaucasia. Los bulliciosos sucesos que acontecían por entonces en Tiflis no impidieron a Koba abandonar su redacción.

Las minutas de las discusiones de Tammerfors, que se desenvolvían mientras San Petersburgo estaba siendo cañoneado, no se han podido hallar. La memoria de los delegados, abrumada por la grandeza de los episodios de aquellos días, ha retenido bien

poco. "Es una lástima que las minutas de aquella Conferencia no se hayan conservado -escribía Krupskaia treinta años después-. ¡Fue una reunión tan entusiasta! Se celebró en el momento crítico de la revolución, cuando todos los camaradas se disponían para la lucha. Hicieron prácticas de tiro entre las sesiones... Ninguno de los delegados a la Conferencia podría haber olvidado aquello. Estaban allí Lozvsky, Baransky, Yarolavsky y muchos otros. Recuerdo a esos camaradas porque sus informes sobre la situación en sus distritos fueron de excepcional interés." Krupskaia no nombra a Ivanovich; no se acordaba de él. En las Memorias de Gorev, miembro de la Mesa de la Conferencia, leemos esto: "Entre los delegados estaban Sverdlov, Lozovsky, Stalin, Nevsky y otros." No carece de interés el orden en que se citan estos nombres. También es sabido que Ivanovich, que habló en favor del boicot de las elecciones a la Duma del Estado, fue elegido miembro del Comité encargado de dicho asunto.

La marejada levantaba olas tan altas, que aun los mencheviques, asustados por sus propios errores oportunistas recientes, no se atrevían a confiarse del todo a la frágil tabla del parlamentarismo. En interés de la agitación propusieron tomar parte solamente en la fase inicial de las elecciones, sin llegar a ocupar sus asientos en la Duma. La tendencia predominante entre bolcheviques era de "boicot activo". En su peculiar estilo, Stalin describía la posición de Lenin por entonces, en la sencilla celebración del quincuagésimo aniversario de éste, con las siguientes palabras:

"Recuerdo cómo aquel gigante, Lenin, reconoció por dos veces los errores de sus métodos. El primer episodio sucedió en. Finlandia, en 1905, en diciembre, con ocasión de la Conferencia de bolcheviques de toda Rusia. Entonces se planteó la cuestión de la conveniencia de boicotear la Duma de White... Abierta la discusión, comenzaron el ataque los provincianos, los de Siberia, los del Cáucaso. Pero, ¡cuál no fue nuestra sorpresa cuando al final de nuestros discursos, Lenin se adelantó y declaró que él había sido partidario de participar en las elecciones, pero que ahora vela su error y estaba dispuesto a apoyar nuestro bando! Nos quedamos perplejos. Aquello produjo la impresión de una descarga eléctrica. Y le dedicamos una estruendoso ovación."

Nadie más ha mencionado aquella "descarga eléctrica" ni la "estruendoso ovación" de cincuenta pares de manos. Sin embargo, es posible que la versión que da Stalin de la ocurrencia sea exacta. En aquellos días, la "firmeza" bolchevique aún no se había llegado a asociar con la flexibilidad táctica, especialmente entre los "prácticos" desprovistos de fondo y de perspectiva mental. El mismo Lenin podría haber flaqueado: la presión de los provincianos pudo habérsele figurado la presión de los elementos revolucionarios mismos. Pero fuera eso así o de otro modo, la Conferencia resolvió "tratar de minar esta Duma policíaca, rechazando toda participación en ella". Lo único extraño del caso es que Stalin continuara viendo en 1920 el "error" de Lenin en su inicial tendencia a tomar parte en las elecciones; por aquel tiempo, Lenin había llegado a reconocer por entonces que su verdadero error consistió en haberse allanado a la pretensión del boicot.

Koba tenía exactamente veintiséis arios cuando, al fin, pudo abrir a picotazos la cáscara de su huevo provincial y emergió en la órbita del Partido como conjunto. En verdad aquella salida suya no fue apenas advertida, y hubieron de pasar otros siete años antes de que llegara a ser miembro del Comité Central. No obstante, la Conferencia de Tammerfors

constituyó un importante hito en su vida. Visitó San Petersburgo, conoció a la plana mayor del Partido, observó su mecanismo, se comparó con otros delegados, tomó parte en los debates, fue elegido por un Comité y (según hace constar en su biografía oficial) "se asoció definitivamente con Lenin". Por desgracia nuestra, se conoce muy poco a este propósito.

Fue posible reunir el Congreso de unificación en Estocolmo, pero no antes de abril de 1906. Por aquel tiempo, el Soviet de San Petersburgo había sido detenido, aplastada la sublevación de Moscú y el rulo de la represión había rodado sobre todo el partido. Los mencheviques se desbandaron hacia la derecha. Plejanov expresó su estado de ánimo con su alígera frase: "¡No debimos alzarnos en armas!" Los bolcheviques siguieron fieles a su método de insurrección. Sobre los restos de la revolución, el zar convocaba la primera Duma, en la cual se advirtió claramente desde el primer día la victoria de los liberales sobre la reacción francamente monárquica. Los mencheviques, que apenas una semana antes hablan sostenido un semiboicot de la Duma, ahora ponían sus esperanzas en las conquistas constitucionales, abandonando la lucha revolucionaria. Por la época del Congreso de Estocolmo, el apoyo de los liberales les parecía la más importante tarea de la Socialdemocracia. Los bolcheviques esperaban el ulterior desarrollo de las revueltas campesinas, confiando en que ayudarían a la lucha del proletariado para reanudar la ofensiva barriendo al mismo tiempo la Duma del zar. En oposición a los mencheviques, continuaron defendiendo el boicot. Como siempre después de una derrota, las diferencias de opinión tomaron en seguida un carácter agudo. Con tan malos auspicios comenzó sus sesiones el Congreso de unificación.

El número de delegados votantes en el Congreso era de 113, de ellos 62 mencheviques y 42 bolcheviques. Como teóricamente cada delegado representaba a 300 socialdemócratas organizados, puede decirse que todo el Partido tenía unos 33.000 miembros, de los cuales 19.000 eran mencheviques y 14.000 bolcheviques. Considerando la vehemencia con que se trabajaban las elecciones, estas cifras se consideran indudablemente exageradas. En todo caso, cuando el Congreso se reunió, el Partido no estaba creciendo, sino do lo contrario. De los 113 delegados, Tiflis tenía once, de ellos diez mencheviques y un solo bolchevique. Aquel único bolchevique era Koba, por seudónimo Ivanovich. La relación de fuerzas se expresa aquí en la exacta terminología de aritmética simple. Beria tuvo la temeridad de afirmar que "bajo la dirección de Stalin", los bolcheviques del Cáucaso habían aislado a los mencheviques de las masas. Estas cifras poco lo confirman. Y, además, los mencheviques caucásicos, bien trabados, desempeñaron un enorme papel en su propia facción dentro del Congreso.

La participación de Ivanovich en el Congreso, bastante activa, se reflejó en las actas. Pero, a menos de saber durante su lectura que Ivanovich era Stalin, no prestaría uno la más mínima atención a sus discursos y observaciones. No más lejos de diez años, nadie citaba esos discursos, y aun los historiadores del Partido no habían caído en la cuenta de que Ivanovich y el secretario general del Partido eran una misma persona. Ivanovich fue incorporado a uno de los Comités técnicos designados para revisar los nombramientos de los delegados al Congreso. Aparte su significación, dicho nombramiento era sintomático: Koba estaba en su verdadero elemento cuando se trataba de sutilezas de la máquina. A este propósito, los mencheviques le acusaron por dos veces de mentir en el curso de su informe.

Es imposible responder de la objetividad de los mismos acusadores; pero tampoco puede dejarse de consignar que tales incidentes fueron siempre asociados al nombre de Koba.

En la medula del programa del Congreso estaba la cuestión agraria. El movimiento campesino había sorprendido al Partido virtualmente dormitando. El viejo programa agrario, que apenas había hecho intrusiones en las grandes propiedades, se vino abajo. La confiscación de las tierras de los hacendados se hacía inminente. Los mencheviques estaban luchando por la "municipalización", esto es, la transferencia de la tierra a las manos de los órganos democráticos de la administración local autónoma. Lenin se pronunciaba por la nacionalización de la tierra, pero Stalin recomendaba no fiarse del futuro Gobierno central ni armarle con las heredades del pueblo. "Esa república -decía- con que Lenin ha soñado, una vez establecida no se mantendría para siempre. No podemos obrar a base de que en un próximo futuro se ha de establecer en Rusia la misma clase de orden democrático que en Suiza, en Inglaterra y en Estados Unidos. Considerando las posibilidades de restauración, la nacionalización es peligrosa..." ¡Así de circunspectas y modestas eran las expectativas del fundador del marxismo rojo! En su opinión, la transferencia de la tierra a las manos del Estado sólo hubiera sido admisible en el caso de que el Estado mismo perteneciese a los trabajadores. "...La apropiación del Poder nos hace falta -decía Plejanov- cuando estamos haciendo una revolución proletaria. Pero como la revolución inminente ahora sólo puede ser pequeñoburguesa, estamos obligados a renunciar a la toma del Poder." Plejanov subordinaba la cuestión de la lucha por el Poder (y aquello era el talón de Aquiles de su estrategia doctrinal) a una definición o más bien a una nomenclatura sociológica a priori de la revolución, y no a la correlación real de sus fuerzas inherentes.

Lenin luchaba por la incautación de las tierras de los hacendados por Comités de campesinos revolucionarios y por sancionar tal incautación desde la Asamblea constitucional por medio de una ley sobre nacionalización. "Mi programa agrario -esribió y decía- es enteramente un programa de insurrección campesina y la realización completa de la revolución democrática burguesa." Sobre el punto básico seguía de acuerdo con Plejanov: la Revolución no sólo comenzaría, sino que culminaría también como revolución burguesa. El líder del bolchevismo no sólo consideraba a Rusia incapaz de establecer el socialismo independientemente (nadie hubiera sido capaz de plantear tal cuestión antes de 1924), sino que creía imposible retener siquiera las futuras conquistas democráticas en Rusia sin una revolución socialista en Occidente. Precisamente en aquel Congreso de Estocolmo fue donde expresó este criterio con más claridad. "La Revolución (democrática burguesa) rusa puede vencer con sus propias fuerzas -dijo-, pero de ningún modo podrá retener y reforzar sus conquistas con su propia mano. No puede lograrlo, a menos que se produzca un levantamiento socialista en Occidente." Sería equivocado pensar que, en concordancia con la reciente interpretación de Stalin, Lenin pensaba en el peligro de la intervención militar desde el exterior. No, él hablaba de la inevitabilidad de una restauración desde dentro, a consecuencia de que el campesino, convertido en propietario, se volviera contra la revolución después del levantamiento agrario. La restauración es igualmente ineludible en el caso de municipalizar, nacionalizar o dividir la tierra, pues el pequeño propietario rural, en cualquiera y en todas las formas de posesión y propiedad sigue siendo el sostén principal de la restauración. "Después de la victoria completa de la revolución democrática -insistía Lenin-, el pequeño propietario se volverá inevitablemente

contra el proletario, y cuanto antes se derroque al enemigo común del proletariado y del pequeño propietario, tanto más pronto volverá... Nuestra revolución democrática no tiene otra fuerza de reserva que el proletariado socialista de Occidente."

Ahora bien, para Lenin, que colocaba el sino de la Democracia rusa en dependencia directa del socialismo europeo, el llamado "objetivo final" no estaba separado del levantamiento democrático por una época histórica indefinida. Dentro mismo del período de lucha por la democracia aspiraba él a desplegar los puntos de apoyo para el avance más rápido hacia la meta socialista. El sentido de la nacionalización de la tierra estaba en el hecho de que abría una ventana hacia el futuro: "En la época de la revolución democrática y de la sublevación campesina -decía-, no es posible limitarse a la mera confiscación de la tierra de los hacendados. Es necesario ir más allá, asestar el golpe fatal a la propiedad privada de la tierra con el fin de allanar el camino a, la lucha por el socialismo."

Ivanovich no estaba de acuerdo con Lenin en esta cuestión crucial de la Revolución. En aquel Congreso se manifestó resueltamente contra la nacionalización y en favor de distribuir las tierras confiscadas entre los campesinos. Hasta hoy, pocas personas en la Unión Soviética conocen esta diferencia de opinión, que está enteramente recogida en las páginas de las actas, porque a nadie se permite ni siquiera citar o comentar el discurso de Ivanovich durante el debate sobre el programa agrario. Y, no obstante, es digno de nota. "Puesto que estamos sellando una unión revolucionaria pasajera con el campesino en lucha -decía Stalin-, como justamente por eso no podemos desconocer las demandas de ese campesinado, hemos de apoyarlas, si en conjunto y de modo general no están en pugna con las tendencias de desenvolvimiento económico y con el progreso de la revolución. Los campesinos piden el reparto; este reparto no es incompatible con los fenómenos aludidos (?); por lo tanto, debemos defender la completa confiscación y distribución. Desde este punto de vista, la nacionalización y la municipalización son igualmente inaceptables." Años después, Stalin había de decir que en Tammerfors, Lenin había pronunciado un insuperable discurso acerca de la cuestión agraria, que había despertado general entusiasmo, sin revelar que él, no sólo había hablado en contra del programa agrario de Lenin, sino que lo había declarado "igualmente" inaceptable que el de Plejanov. (Además, en 1924, pretendía haberse sentido fuertemente impresionado por él en 1906.)

En primer lugar, el solo hecho de que un joven caucásico, que no conocía Rusia en absoluto, se atreviese a contender de modo tan irresponsable con el dirigente de su facción sobre el programa agrario, campo en el cual la autoridad de Lenin era considerada particularmente formidable, no puede menos de suscitar sorpresa. El precavido Koba, por regla general, no gustaba de aventurarse por el hielo no explorado ni de quedar en minoría. Solía participar en los debates sólo cuando sentía que la mayoría estaba tras él, o, como años más tarde, cuando la máquina le aseguraba la victoria, sin tener en cuenta la mayoría. Tanto más imperiosos tuvieron que ser los motivos que le impelieron a hablar en aquella ocasión en defensa del reparto de la tierra, no muy popular. Esos motivos, en la medida en que es posible descifrarlo treinta años y pico después, eran dos, y ambos característicos de Stalin.

Koba vino a la revolución como demócrata plebeyo, provinciano y empirista. Las ideas de Lenin sobre la índole internacional de la revolución le eran a la vez remotas y

extrañas. Buscaba garantías" más próximas. El acceso individualista a la propiedad de la tierra se imponía más sutilmente y encontraba una expresión mucho más espontánea entre los georgianos que entre los demás rusos, porque los primeros no tenían experiencia directa con los predios comunales. De donde el hijo de campesinos de la aldea de Didi-Lilo concluía que dotando a esos pequeños propietarios de parcelas adicionales de tierra, ellos serían la garantía principal frente a la contrarrevolución. Se ve, pues, claramente que, en su caso, el "divisionismo" no era una convicción doctrinal (de hecho, se inclinaba más bien a rechazar convicciones derivadas de doctrinas, con la mayor facilidad), sino antes bien su programa orgánico, en perfecta armonía con las inclinaciones fundamentales de su naturaleza, su educación y su medio social. En efecto, veinte años más tarde, hemos de descubrir en él una reversión atávica al "divisionismo".

Casi tan inconfundible se revela el segundo motivo de Koba. A sus ojos, el prestigio de Lenin se había reducido patentemente a causa de la derrota de diciembre: él siempre daba más importancia al hecho que a la idea. En aquel Congreso, Lenin estaba en minoría; Koba no podía ganar a su lado. Aquello sólo disminuía considerablemente su interés por el programa de nacionalización. Tanto bolcheviques como mencheviques consideraban la distribución de la tierra como mal menor en parangón con el programa de la facción de enfrente. Por lo tanto, Koba tenía motivos para esperar que la mayoría del Congreso vendría a concertarse a la postre sobre la base del mal menor. Así, las inclinaciones orgánicas del demócrata radical coincidieron con los cálculos tácticos del arbitrista. Pero Koba erró en sus cálculos: los mencheviques tenían una mayoría sobrada, de modo que no necesitaban decidirse por el mal menor, supuesto que querían el mayor.

Es importante anotar para posterior referencia que durante el Congreso de Estocolmo, siguiendo las huellas de Lenin, Stalin conceptuaba la unión del proletariado con los campesinos como "pasajera", limitada simplemente a tareas democráticas comunes. Ni siquiera se le ocurrió mantener que el campesinado como tal podría en todo momento llegar a ser un aliado de los obreros en la causa de la revolución social. Veinte años más tarde, aquella "incredulidad" en el campesinado habría de proclamarse la herejía principal del "trotskismo". En efecto, mucho había de reaparecer alterado en este aspecto veinte años después. Declarando el programa agrario de los mencheviques y el de los bolcheviques "igualmente inaceptables" en 1906, Stalin consideraba la división de la tierra "no en pugna con las tendencias de desenvolvimiento económico". En lo que realmente pensaba era en las tendencias del desenvolvimiento capitalista. En cuanto a la inminente revolución socialista, a la que no dedicó ni un solo pensamiento serio en aquellos días, estaba completamente seguro de que habrían de transcurrir veinte años antes de que tuviera probabilidad de realizarse, y entretanto el capitalismo, con sus leyes naturales, se encargaría de concentrar y proletarizar la estructura económica de la aldea. No sin razón se refería Koba en sus folletos a la remota meta socialista con las bíblicas palabras "la Tierra de Promisión".

El principal informe por parte de los partidarios del reparto no fue, como es natural, el del virtualmente desconocido Ivanovich, sino el del más autorizado bolchevique, Suvorov, quien desarrolló el punto de vista de su grupo con amplitud suficiente. "Se dice que ésta es una medida burguesa -argüía-, y si es posible que ayudemos a los campesinos

deberemos hacerlo sólo en ese sentido. Comparada con la servidumbre, la independencia económica del campesinado representa un paso adelante; pero más tarde se ha de ver desbordado por nuevos progresos." La transformación socialista de la sociedad estará en condiciones de intervenir sólo cuando el desarrollo capitalista deje "rezagados" (esto es, arruinado y expropiado) al labrador independiente creado por la revolución burguesa.

El autor original del programa de la división de la tierra no era, naturalmente, Suvorov, sino el historiador radical Rozhkov, que se había unido a los bolcheviques poco antes de la revolución. Si no apareció como informante en el Congreso, es porque entonces estaba en la cárcel. Según el parecer de Rozhkov, desarrollado en su polémica contra el autor del presente libro, no sólo Rusia, sino hasta los países más adelantados estaban lejos de hallarse aprestados para una revolución socialista. El capitalismo mundial aún tiene la perspectiva de una larga etapa de trabajo progresivo, cuya culminación se perdía en las tinieblas del futuro. Para subvertir los obstáculos que se oponen al esfuerzo creador del capitalismo ruso, el más atrasado de los sistemas capitalistas, el proletariado estaba condenado a pagar el precio de la división de la tierra si quería unirse con los campesinos. El capitalismo sabría hacer luego tabla rasa de tales ilusiones de nivelación agraria concentrando gradualmente la tierra en las manos de los terratenientes más poderosos y progresivos. Lenin había calificado a los defensores de este programa, que directamente predicaba confianza en el labrador burgués, de "rozhkovistas", de acuerdo con el nombre de su dirigente. No es superfluo añadir que el mismo Rozhkov, cuya actitud era seria en cuestiones de doctrina, se pasó durante los años de reacción al lado de los bolcheviques.

En la primera votación, Lenin se unió a los partidarios del reparto, según él mismo explicó, "a fin de no disgregar votos contra la municipalización". Consideraba el programa de división como mal menor, agregando, sin embargo, que si bien el reparto ofrecía cierta defensa contra la restauración de los hacendados ricos y el zar, por desgracia, podría crear también la base de una dictadura bonapartista. Acusó a los partidarios del reparto de ser "parciales al juzgar el movimiento campesino sólo desde el punto de vista del pasado y del presente, sin tener en cuenta el futuro" del socialismo. Había mucha confusión y no poco individualismo disfrazado de misticismo en el modo de apreciar los campesinos la tierra como "de Dios" o "de nadie"; pero inherente a tal apreciación había una tendencia progresiva y era por eso necesario descubrir cómo apoderarse de ella y aprovecharla contra el orden social burgués. Los partidarios de la división no sabían cómo hacerlo. "Los prácticos... vulgarizarán este programa..., harán de un error pequeño otro mayor... Gritarán a la multitud campesina que la tierra es de nadie, de Dios, del Gobierno, encomiarán las ventajas del reparto, y así difamarán y vulgarizarán el marxismo." En labios de Lenin, la palabra "prácticos" significa, en este caso, revolucionarios de estrechas miras, propagandistas de lindas formulitas. Aquel golpe da tanto más en el clavo si consideramos que en el curso del siguiente cuarto de siglo Stalin había de calificarse orgullosamente a sí mismo de "práctico", a diferencia de los "literarios" y de los "emigrados". Llegaría a proclamarse teórico sólo después de que la máquina política asegurara su victoria práctica y le pusiera a cubierto de toda crítica.

Plejanov tenía razón, naturalmente, cuando situaba el problema agrario en directa e inseparable relación con la cuestión del Poder. Pero también Lenin comprendía la

naturaleza de aquella conexión, y bastante más a fondo que Plejanov. Según él lo expresaba, para hacer posible la nacionalización, la revolución tenía forzosamente que establecer la "dictadura democrática del proletariado y de los campesinos", que distinguía estrictamente de la dictadura socialista del proletario. A diferencia de Plajanov, Lenin creía que la revolución agraria sería consumada, no por manos liberales, sino por manos plebeyas, o no se consumaría en absoluto. Sin embargo, la índole de la "dictadura democrática" que él predicaba quedaba algo confusa y paradójica. Según Lenin, si los representantes de los pequeños propietarios llegaran a obtener una posición dominante en un Gobierno revolucionario (eventualidad improbable de una revolución burguesa del siglo XX), ese mismo Gobierno amenazaría convertirse en instrumento de fuerzas reaccionarias. Pero aceptar la proposición de que el proletariado estaba obligado a tomar posesión del Gobierno a la zaga de la revolución agraria, derriba las barreras entre la revolución democrática y la revolución socialista, pues la una se encajaría naturalmente en la otra haciéndose así la revolución "permanente". Lenin no disponía de respuesta a punto frente a este argumento. Pero no hace falta decir que Koba, el "práctico" y el "divisionista", mostraba un olímpico desdén por la perspectiva de la revolución permanente.

Arguyendo contra los mencheviques en defensa de los Comités revolucionarios de campesinos como instrumentos para apoderarse de las tierras de los hacendados, Ivanovich decía: "Si la liberación del proletariado puede ser obra del proletariado mismo, la liberación de los campesinos puede ser igualmente obra de los mismos campesinos." En realidad, esta fórmula simétrica es una parodia del marxismo. La misión histórica del proletariado proviene en gran medida justamente de la incapacidad de la pequeña burguesía para liberarse por sus propias fuerzas. La revolución campesina es imposible, desde luego, sin la activa participación de los campesinos en forma de destacamentos armados, Comités locales, etc. Pero la suerte de la revolución campesina se decide no en la aldea, sino en la ciudad. Resto informe del medievalismo en la sociedad contemporánea, el campesino no puede tener una política independiente; necesita un director extrínseco. Dos clases nuevas compiten para adueñarse de esa dirección. Si el campesinado siguiera a la burguesía liberal, la revolución se detendría a mitad de camino, para retroceder a renglón seguido. Y si encontraba su guía en el proletariado, la revolución ha de traspasar necesariamente los límites burgueses. Precisamente en esta peculiar correlación de clases dentro de una sociedad burguesa históricamente demorada se fundaba la perspectiva de la revolución permanente.

Sin embargo, nadie en el Congreso de Estocolmo defendió esta perspectiva, que yo traté de esclarecer de nuevo mientras ocupaba una celda de la cárcel de San Petersburgo. EI levantamiento había sido ya sofocado: la Revolución retrocedía. Los mencheviques suspiraban por formar un bloque con los liberales. Los bolcheviques estaban en minoría; y, además, divididos. La perspectiva de revolución permanente se hallaba en riesgo. Habría de tener que esperar otra oportunidad pareja once años. Por sesenta dos votos contra cuarenta y dos, y seis abstenciones, el Congreso adoptó de programa de municipalización de los mencheviques. Aquello no significó absolutamente nada en el futuro curso de los acontecimientos. Los campesinos hicieron oídos sordos a tal programa, y los liberales no lo velan con buenos ojos. En 1917, los campesinos aceptaron la nacionalización de la tierra como aceptaron el Gobierno de, los Soviets y la dirección de los bolcheviques.

El Congreso de Estocolmo, llamado "de unificación", como ya hemos dicho, logró reunir las dos facciones principales del Partido y las organizaciones nacionales: la socialdemocracia de Polonia y Lituania, la socialdemocracia lapona y la Liga judía. Justificó, pues, su nombre. Pero su importancia real, como dijo Lenin, estaba más bien en el hecho dé que "contribuyó a hacer más patente la hendedura entre las alas derecha e izquierda de la socialdemocracia". Si la escisión en el segundo Congreso no fue más que un "anticipo" y pudo remediarse más tarde, la "unificación" en el Congreso de Estocolmo no pasó de ser un hito en el camino hacia la escisión final y definitiva que ocurrió seis años después. Sin embargo, durante aquel Congreso, Lenin estaba muy lejos de pensar que tal cisma fuese inevitable. La experiencia de los turbulentos meses de 1905, en que los mencheviques habían dado un fuerte viraje hacia la izquierda, estaba aún muy reciente. A pesar de que luego, como escribe Krupskaia, "enseñaron francamente la oreja", Lenin, según ella afirma, siguió confiando en que "el nuevo auge de la oleada revolucionaria, del que no tenía la menor duda, los abrumaría, obligándoles a reconciliarse con la línea bolchevique". Pero el nuevo auge de la Revolución no se presentó.

Inmediatamente después del Congreso, Lenin escribió un llamamiento al Partido, en el que se consignaba una crítica resumida pero nada ambigua, de la resoluciones adoptadas. El llamamiento iba suscrito por delegados pertenecientes a "la antigua facción de bolcheviques", que se consideraba disuelta en el papel. Lo más notable es que de los cuarenta y dos bolcheviques que asistieron al Congreso, sólo veintiséis firmaron aquel documento. La firma de Ivanovich no figura en él, ni tampoco la de quien encabezaba el grupo, Suvorov. Al parecer, los partidarios del reparto atribuían tanta importancia a sus diferencias de opinión con Lenin que no quisieron aparecer junto a él ante el Partido, a pesar de aludirse a la cuestión de la tierra con mucha moderación en aquel llamamiento. Sería inútil buscar comentarios sobre este hecho en las actuales publicaciones oficiales del Partido. Pero tampoco hizo Lenin ni una sola referencia a ninguna de las Intervenciones de Ivanovich en su extenso informe impreso acerca del Congreso de Estocolmo, en el que daba minuciosa cuenta de los debates y mencionaba a los principales oradores, mencheviques y bolcheviques; evidentemente, Lenin no consideraba los discursos de Ivanovich tan esenciales para el debate como se ha querido presentarlos treinta años después. La posición de Stalin dentro del Partido (exteriormente, en todo caso) no había cmbailo. Nadie le propuso para el Comité Central, compuesto de siete mencheviques y de los tres bolcheviques Krassin, Rikov y Desnitsky. Después del Congreso de Estocolmo, igual que antes del mismo, Koba siguió siendo un activista del Partido de "calibre meramente caucásico".

Durante los dos últimos meses del año revolucionario, el Cáucaso era una caldera en ebullición. En diciembre de 1905, el Comité de huelga, que se había hecho cargo del ferrocarril y el servicio postal en Transcaucasia, comenzó, a regular el transporte y la vida económica de Tiflis. Los suburbios estaban en poder de los trabajadores armados; pero no por mucho tiempo. Las autoridades rechazaron prontamente a sus enemigos. El Gobierno de Tiflis quedó sometido a la ley marcial. Hubo encuentros sangrientos en Kutais, Chituary y otras poblaciones. Georgia occidental pasaba por las angustias de una sublevación de campesinos. El 10 de diciembre, el jefe de policía Shirnkin, del Cáucaso, informaba al director de su Departamento en San Petersburgo: "El Gobierno de Kutais está en situación

difícil..., los gendarmes han sido desarmados, los rebeldes se han apoderado del sector occidental del ferrocarril, y ellos mismos se encargan de expender los billetes y de asegurar el orden público... No he recibido informes de Kutais. Los gendarmes han sido retirados de la línea y se han concentrado en Tiflis. Los correos enviados con despachos son registrados por los revolucionarios, que les confiscan la documentación; la situación allí es insufrible... El gobernador general está enfermo de agotamiento nervioso... Mandaré detalles por correo y, de no ser posible, por un mensajero..."

Todos estos sucesos no ocurrieron por generación espontánea. La iniciativa, conjunta de las masas sublevadas era, naturalmente, la causa más importante; y a cada paso se necesitaban elementos para emplearlos como agentes, organizadores, jefes... Koba no estaba entre ellos. Sin apresurarse, comentaba los acontecimientos después de ocurridos. Sólo eso pudo permitirle ir a Tammerfors en los momentos de mayor agitación. Nadie advirtió su ausencia, ni tampoco su regreso.

La pugna se había decidido al aplastarse la sublevación de Moscú. Por entonces, los trabajadores de San Petersburgo, agotados por las luchas y los cierres de fábricas anteriores, se tenían ya en actitud pasiva. Pacificado Moscú fueron luego sofocadas las rebeliones de Transcaucasia, de la región transbáltica y de Siberia. La reacción volvía por sus fueros. Los bolcheviques se resistían, sin embargo, a reconocerlo así, tanto más cuanto que el oleaje tardío del temporal aún se agitaba en medio del general reflujo. Todos los partidos revolucionarios estaban resueltos a creer que la novena ola estaba a punto de romper. Cuando algunos de los más escépticos seguidores de Lenin le sugirieron la posibilidad de que la reacción se hubiese afirmado, respondió: "¡Seré el último en admitirlos!" Los latidos de la Revolución rusa seguían teniendo aún su expresión más patética en huelgas obreras, eterno método básico de movilizar a las masas. El número de huelguistas bajó de cerca de tres millones en 1905 a alrededor de un millón en 1906; la aguda regresión no podía ser más patente.

Según la explicación de Koba, el proletariado había sufrido una derrota episódica, "ante todo porque no tenía armas, o muy pocas a lo sumo; ¡por mucha conciencia de clase que se tenga, no se puede responder a las balas con las manos nada más!" Evidentemente, esa explicación simplificaba más de la cuenta el problema. Es natural que resulta bastante duro "responder" a les balas con las manos nada más. Pero había otras causas más profundas de la derrota. Los campesinos no se levantaron en su totalidad; el levantamiento fue mucho menor en el centro del país que en los aledaños. El Ejército no estaba ganado sino a medias. El proletariado no conocía aún bien su propia fortaleza, ni la de su contrario. El año 1905 pasó a la historia (y en ello reside su inmensa importancia) como "el ensayo general". Pero Lenin sólo pudo caracterizarlo así después del hecho. En 1906, él mismo confiaba en una súbita revelación. En enero, Koba, parafraseando a Lenin, escribía en términos por demás simplistas, como de costumbre: "Tenemos que rechazar de una vez y para siempre toda vacilación, prescindir de vaguedades y asumir irrevocablemente el punto de vista de atacar... Un Partido unido, una sublevación armada organizada por el Partido, y la política de ataque; esto es lo que pide de nosotros el triunfo de la sublevación." Ni siquiera los mencheviques se atrevían a decir en voz alta que la Revolución había terminado. En el Congreso de Estocolmo, Ivanovich tuvo oportunidad, de declarar sin

riesgo de contradicción: "Y así, estamos en vísperas de una nueva explosión... Nadie entre nosotros lo duda." En rigor, por entonces la "explosión" era ya cosa del pasado. La "política de ataque" se iba haciendo cada vez más la política de choques de Guerrillas y de golpes dispersos. El país estaba extensamente inundado de las llamadas "expropiaciones": asaltos armados a Bancos, tesorerías y otras reservas de dinero.

La disgregación de la Revolución iba extinguiendo la iniciativa de ataque, y ésta pasaba a manos del Gobierno, que por entonces se esforzaba en calmar sus propios nervios deshechos. En otoño e invierno, los partidos revolucionarios comenzaron a resurgir de la ilegalidad. Las justas continuaron a visera levantada. Los agentes de la policía zarista vinieron a conocer al enemigo por su fisonomía, en conjunto e individualmente. El reinado del terror comenzó el 3 de diciembre de 1905, con la detención del Soviet de San Petersburgo. Todos los comprometidos que no pudieron esconderse cayeron a su tiempo en las garras de la policía. El triunfo del almirante Dubassov sobre los combatientes de Moscú añadió más ruindad a los actos corrientes de represión. Entre enero de 1905 y la convocatoria de la primera Duma el 27 de abril (10 de mayo) de 1906, el Gobierno zarista, según cálculos aproximados, había matado a más de catorce mil hombres, ejecutado a más de mil, herido a veinte mil y detenido, deportado y encarcelado a unos sesenta mil. La mayoría de las víctimas sucumbieron en diciembre de 1905 y durante los primeros meses de 1906. Koba no se ofreció como "blanco de tiro". No fue herido, ni deportado o detenido. Ni siquiera tuvo necesidad de esconderse. Permaneció como antes en Tiflis. Esto no puede explicarse en modo alguno como habilidad personal o accidente afortunado. Le fue posible acudir a la Conferencia de Tammerfors secretamente, a hurtadillas. Pero no era posible en absoluto conducir el movimiento de masas de 1905 a escondidas. Ningún "afortunado accidente" pudo haber preservado a un agitador activo en el pequeño Tiflis. En realidad, Koba se mantuvo apartado de los importantes sucesos a tal punto que la policía no fijó en él su atención. A mediados del año 1906 continuaba vegetando en la redacción de un periódico bolchevique legal.

Mientras tanto, Lenin estaba oculto en Finlandia, en Kuokalla, en constante contacto con San Petersburgo y con todo el país. Los otros miembros del Centro bolchevique estaban con él. Allí se recogieron los rotos hilos de la organización ilegal para entrelazarlos de nuevo. "De todos los rincones de Rusia -escribía Krupskaia- venían camaradas, con los cuales discutíamos nuestra labor." Krupskaia menciona varios nombres, incluso el de Sverdlov, quien "goza de, enorme influencia" en los Urales, el de Vorochilov, y otros más. Pero, a pesar de las ominosas imprecaciones de la crítica oficial, no menciona una sola vez a Stalin durante aquel período. Y no porque se guarde de citar su nombre; por el contrario, siempre que tenía el más ligero fundamento de hecho, se esforzaba por destacarlo. Es que, sencillamente, en su memoria no guardaba de él el menor recuerdo.

La primera Duma fue disuelta el 8 de julio de 1906. La huelga de protesta que los partidos del ala izquierda propugnaron no llegó a materializarse; los trabajadores habían aprendido que una huelga por sí sola no bastaba, y que no había tampoco fuerzas para otra cosa. El intento de los revolucionarios de estobar la movilización de los reclutas del Ejército fracasó lamentablemente. La sublevación de la fortaleza de Sveaborg, con participación de los bolcheviques, resultó un estallido aislado, y fue dominada pronto. La

reacción ganaba fuerzas. El Partido fue hundiéndose cada vez más en la clandestinidad. "Desde Kuokalla, Ilich dirigía de hecho toda la actividad de los bolcheviques", escribía Krupskaia. Y cita de nuevo cierto número de nombres y episodios, sin aludir tampoco a Stalin. Ni se le menciona con relación a la sesión de noviembre del Partido, en Terioki, donde se decidía la cuestión relativa a las elecciones a la segunda Duma. Koba no fue a Kuokalla. No hay el menor vestigio de la pretendida correspondencia entre Lenin y él durante el año 1906. Tampoco hubo contacto personal entre ambos, a pesar de haber coincidido en Tammerfors. El segundo encuentro en Estocolmo no los aproximó más. Krupskaia, hablando de un paseo por la capital de Suecia en que participaron Lenin, Rikov, Stroyev, Alexinsky y otros, no dice nada de que Stalin estuviese entre ellos. También es posible que las relaciones personales recién iniciadas sufrieran un eclipse a causa de las diferencias de opinión sobre el problema agrario; Ivanovich no firmó el llamamiento, y por eso Lenin no mencionó a Ivanovich en su informe.

De conformidad con los acuerdos adoptados en Tammerforx y en Estocolmo, los bolcheviques del Cáucaso se unieron con los mencheviques. Koba no fue elegido miembro del Comité Regional Unificado. Pero entonces, si hemos de creer a Beria, le hicieron miembro del Buró bolchevique del Cáucaso, que existía secretamente en el año 1906, paralelo al Comité Oficial del Partido. Sin embargo, no hay pruebas de la actividad de aquel Buró ni del papel que en el mismo cupo a Koba. Una cosa es cierta: las ideas sobre organización del "hombre de Comité" de los días del período Tiflis-Batum sufrieron un cambio si no en su esencia, sí al menos en su forma de expresión. Ya no se atrevió Koba a pedir a los trabajadores que confesasen no estar aún suficientemente maduros para prestar servicio en Comités. Los Soviets y los Sindicatos elevaban a los trabajadores revolucionarios al primer plano de importancia, y generalmente demostraban estar mucho mejor preparados para guiar a las masas que la mayoría de los intelectuales de la clandestinidad. Como Lenin había previsto, los "hombres de Comité" se vieron obligados a cambiar de opinión bastante de prisa, o, al menos, de argumentos. Ahora defendía Koba en la Prensa la necesidad de democracia del Partido; más aún, de la clase de democracia en que la "masa misma decide lo que ha de hacerse y actúa por sí misma". La mera democracia electiva no era suficiente. "Napoleón III fue elegido por sufragio universal; pero, ¿quién no sabe que este emperador elegido fue el máximo sojuzgador del pueblo?" Si Besoshvili (seudónimo de Koba por aquel entonces) hubiese previsto su propio porvenir, se hubiera guardado bien de referirse a un plebiscito bonapartista. Pero había muchas cosas que él no previó. Su don de previsión era bueno pata corta distancia solamente. En ello estribaba, como veremos, no sólo su debilidad, sino también su fuerza, al menos para cierta época.

Las derrotas del proletariado forzaron al marxismo a retirarse a posiciones defensivas. Enemigos y adversarios, enmudecidos durante los meses de tormenta, volvieron a levantar la cabeza. La izquierda, como la derecha, hicieron responsable al materialismo y a la dialéctica de la furia de la reacción. A la derecha, los liberales, los demócratas, los populistas; a la izquierda, los anarquistas. El anarquismo no intervino para nada en el movimiento de 1905. Sólo hubo tres facciones en el Soviet de San Petersburgo: mencheviques, bolcheviques y essars. Los anarquistas encontraron mejor caja de resonancia en la atmósfera de desilusión que siguió a la caída de los Soviets. El reflujo dejó también su

huella en el atrasado Cáucaso, donde en muchos aspectos las condiciones eran más propicias al anarquismo que en ningún otro lugar del país. Como parte de su defensa de las posiciones marxistas entonces atacadas, Koba escribió en su idioma vernáculo una serie de artículos periodísticos sobre el terna Anarquismo y Socialismo. Estos artículos que atestiguan las buenas intenciones de su autor, no se prestan a la reproducción porque, en realidad, constituyen a su vez una reproducción de trabajos ajenos. Ni tampoco es fácil escoger citas de ellos, pues están levemente embadurnados de un gris uniforme que justamente dificulta más la selección de ninguna expresión característica. Baste decir que estos trabajos suyos nunca volvieron a publicarse.

A la derecha de los mencheviques georgianos, que continuaban teniéndose por marxistas, surgió el partido de los federales, una parodia local entre essars y cadetes. Besoshvili, muy justamente, denunció la tendencia de aquel partido a transacciones y maniobras cobardes, aunque al hacerlo recurrió a figuras de dicción bastante aventuradas: "Como es bien sabido -escribía-, cada animal tiene su color definido. Pero la naturaleza del camaleón no se conforma con eso; con un león, adopta el color de un león; con un lobo, de un lobo; con una rana, de una rana, según el color que más le convenga..." Un zoólogo protestaría quizá contra una calumnia tan ofensiva para el camaleón. Pero, puesto que la crítica bolchevique era justa en esencia, podemos olvidar el estilo de quien falló en sus intentos de ser pope de aldea.

Todo esto es cuanto hay que decir sobre las actividades de Koba-Ivanovich-Besoshvili durante la primera Revolución. No es mucho, ni siquiera en el sentido puramente cuantitativo. Sin embargo, el autor se ha esforzado seriamente en no omitir nada digno de nota. El caso es que el intelecto de Koba, carente de imaginación, no era muy productivo. La disciplina del trabajo intelectual le era extraña. Se necesitaban móviles personales preponderantes para estimularle a una atención sostenida y sistemática. No halló móviles así en la Revolución, que le arrojó al margen. Por eso sus aportaciones a aquel movimiento resultan tan lamentablemente minúsculas en comparación con lo que la Revolución contribuyó a su medro personal.

CAPITULO IV
EL PERIODO DE REACCIÓN

La vida personal de los revolucionarios clandestinos estaba siempre relegada a un segundo término, reprimida. Pero persistía. Como las palmeras en un paisaje de Diego Rivera, el amor se abría camino hacia el sol desde debajo de pesadas rocas. Casi siempre estaba identificado con la revolución. Las mismas ideas, los mismos afanes, el mismo riesgo, un aislamiento en común del resto del mundo, unidos por sólidos lazos. Las parejas se sumían unidas en la ilegalidad, eran separadas por la cárcel, y volvían a buscarse al volver del destierro. Conocemos poca cosa de la vida personal de Stalin, pero lo poco que conocemos es tanto más valioso por la luz que arroja sobre su personalidad como hombre.

"Se casó en 1903 -nos dice Iremashvili-. Su matrimonio, según sus puntos de vista, fue venturoso. Verdad es que resultaba difícil advertir en su propia casa aquella igualdad de sexos que defendía como forma básica del matrimonio en el nuevo Estado. Pero no estaba en su carácter compartir Iguales derechos con ninguna otra persona. Su matrimonio fue afortunado porque su mujer, que no podía competir con él en cuestiones generales de mentalidad, le consideraba un semidiós, y porque, siendo georgiana, había sido criada en la sacrosanta tradición que hacía de la mujer georgiana esencialmente una esclava doméstica. Las características que atribuye a la mujer de Koba son las mismas que atribuía a su madre, Keke: "Aquella mujer genuinamente georgiana... de todo corazón cuidaba del bienestar de su marido. Se pasaba noches sin cuento en ardientes plegarias, aguardando el regreso de su Soso, ocupado en secretas conferencias. Rogaba por que Koba se apartase de sus ideas, que no eran gratas a Dios, y se reintegrase a una apacible vida doméstica de trabajo y contento."

No sin extrañeza, nos enteramos por estas líneas de que Koba, que había renegado de la religión a los trece años, se casó luego con una mujer ingenua y profundamente religiosa. Eso puede parecer un caso vulgar y corriente en un medio burgués estable, en que el marido, se tiene por agnóstico o se distrae con ritos masónicos, mientras que su mujer, después de consumar su postrer adulterio, se arrodilla devotamente en el confesionario ante su director espiritual. Pero entre los revolucionarios rusos, tales asuntos eran muchísimo más importantes. No había un anémico agnosticismo en el meollo de su filosofía revolucionaria, sino un ateísmo militante. ¿Cómo podían tener la menor tolerancia personal frente a la religión, inextricablemente ligada a todo aquella que se habían comprometido a combatir arrostrando continuos riesgos? Entre los trabajadores, que se casan pronto, podrían encontrarse no pocos casos de un marido que se hace revolucionario después de la boda, mientras que la mujer continúa tercamente aferrada a la vieja fe. Pero aun esto solía dar lugar a conflictos dramáticos. El marido mantenía su nueva vida oculta y secreta, y cada vez se iba alejando más de ella. En otros casos, el marido conseguía convertir a su mujer a

sus propias opiniones, apartándola del parecer de sus propios familiares. Los trabajadores jóvenes solían quejarse con frecuencia de que les era difícil encontrar muchachas emancipadas de las viejas supersticiones. Entre la juventud estudiantil, la elección de pareja era mucho más fácil. Casi no se daban ejemplos de intelectual revolucionario que se casara con una creyente; y no porque hubiera normas que lo dispusieran así. Pero tales cosas no, estaban de acuerdo con las costumbres, las ideas y los sentimientos de esas gentes. Koba fue indudablemente una rara excepción.

Al parecer, la disparidad de opiniones no dio lugar a ningún conflicto dramático. "Este hombre, de espíritu tan inquieto, que se sentía constantemente vigilado, bajo la constante mirada de la policía secreta zarista, en todos sus pasos y en todo cuanto hacía, no podía encontrar cariño más que en su empobrecido hogar. Sólo su mujer, su hijo y su madre escapan al rencor que prodigaba a todos los demás." El idílico cuadro familiar que traza Iremashvili permite deducir que Koba era tolerante hasta la indulgencia con las creencias de su compañera. Pero como eso está en contradicción con su carácter tiránico, lo que parece tolerancia debe ser indiferencia moral. Koba no buscaba en su mujer una amiga capaz de compartir sus ideas o, al menos, sus ambiciones. Le bastaba encontrar en ella una mujer sumisa y amante. Por sus opiniones era marxista y por sus sentimientos y necesidades espirituales, era hijo del osetino Bezo, de Didi-Lilo. No solicitaba de su mujer más de lo que su padre había hallado en Keke.

La cronología de Iremashvili, que no puede equivocarse, es más de fiar en cuestiones personales que en el campo de la política. Pero la fecha que da del matrimonio suscita alguna duda. él lo fija en 1903, y Koba fue preso en abril de 1902 y volvió del destierro en febrero de 1904. Es posible que el enlace se efectuara en la cárcel. Tales casos no eran raros. Pero también es posible que la boda se celebrara sólo después de su fuga del destierro, a principios de 1904. En tal caso, una boda eclesiástica ofrecía ciertas dificultades para quien ya se encontraba en "estado ilegal"; no obstante, considerando las costumbres primitivas de por entonces, especialmente en el Cáucaso, las dificultades policíacas no eran imposibles de salvar. Si Koba se casó después de su deportación, esto puede explicar en parte su pasividad política durante 1904.

La mujer de Koba (ni siquiera sabemos su nombre) murió en 1907, según ciertos informes, de pulmonía. Por entonces, ambos Sosos no estaban ya en buenas relaciones. Iremashvili se lamenta: "Lo más recio de su lucha se dirigió desde entonces contra nosotros, sus antiguos amigos. Nos atacaba en todo mitin y en toda discusión del modo más salvaje y desconsiderado, tratando de sembrar veneno y odio contra nosotros en todas partes. De haberle, sido posible, nos hubiera exterminado a sangre y fuego... Pero la inmensa mayoría de los marxistas georgianos continuaron con nosotros, y aquello era lo que más le enardecía y ponía furioso." Ahora bien, las costumbres georgianas eran tan dominantes, por lo visto, que la enemistad política no impidió a Iremashvili visitar a Koba al morir su mujer, para darle el Pésame: "Estaba muy decaído, pero me recibió amistosamente, como en otros tiempos. La cara pálida de aquel hombre reflejaba la profunda pena que le causó la muerte de la fiel compañera de su vida. Su aflicción... debía de ser muy grande y tenaz, pues era incapaz de contenerla ya ante los extraños."

La difunta fue enterrada según todas las regias del rito ortodoxo. Sus parientes insistieron en ello, y Koba no se opuso. "Cuando el modesto cortejo llegó a la puerta del cementerio -refiere Iremashvili-, Koba me apretó fuertemente la mano, y señalando el féretro, dijo: "Soso, esa criatura ablandó mi corazón de piedra; al morir, se lleva con ella todo el afecto que aún sentía por mis semejantes." Y, poniéndose la mano derecha, sobre el pecho, añadió: "¡Está todo tan vacío, tan inexplicablemente vacío aquí dentro!"" Estas palabras pueden sonar a teatralmente patéticas e inhumanas pero no es improbable que sean ciertas, no sólo por referirse a un hombre joven abrumado por su primer pesar sincero, sino también porque en ocasiones futuras hemos de encontrar de nuevo en Stalin la misma propensión al énfasis forzado, rasgo no raro en personas de carácter rudo. La torpeza de estilo con que expresa sus sentimientos, procedía de sus prácticas de homiléctica en el Seminario.

Al morir, su mujer dejó a Koba un niñito de finas y delicadas facciones. En 1919-1920 era alumno del Instituto de Tiflis, donde Iremashvili ejercía de profesor. Poco después su padre trasladó a Yasha (Jaime) a Moscú. Volveremos a encontrarle en el Kremlin. Todo esto es cuanto conocemos de aquel matrimonio, que en materia de tiempo encaja bastante bien en el cuadro de la primera Revolución. No es coincidencia fortuita: los ritmos de la vida personal del revolucionario estaban demasiado estrechamente trabados con los de los grandes acontecimientos.

"A partir del día en que enterraron a su mujer -insiste Iremashvili- perdió el último vestigio de sentimientos humanos. Su corazón se llenó del odio inexplicablemente maligno que su cruel padre había comenzado a engendrar en él cuando todavía era un niño. Reprimía con sarcasmo sus impulsos morales cada vez más espaciados. Implacable consigo mismo, se hizo implacable con los demás." Así era durante el período de la reacción, que entretanto se había enseñoreado del país.

El comienzo de las huelgas de masas en la segunda mitad de la postrera década del siglo, significaba la proximidad de la revolución. Pero el promedio de huelguistas era aún menos de 50.000 al año. En 1905, ese número ascendió de un salto a 2.750.000; en 1906 bajó a un millón; en 1907, a 750.000, incluyendo las de ensayo. éstas fueron las cifras de los ellos de la Revolución. ¡Nunca antes había presenciado el mundo una oleada de huelgas semejante! El período de reacción comenzó en 1908. El número de huelguistas bajó al punto a 174.000; en 1909, a 64.000; en 19101 a 30.000. Pero mientras el proletariado iba estrechando rápidamente sus filas, los campesinos a quienes había levantado no sólo continuaban, sino que reforzaban su ofensiva. La devastación de las haciendas de los terratenientes se extendió particularmente durante los meses en que funcionó la primero Duma. Sobrevino una serie de motines de soldados. Después de sofocados los intentos de sublevación de Sveaborg y Kronstadt en julio de 1906, el monarca se hizo osado, instituyó Consejos de Guerra y, con ayuda del Senado, adulteró la ley electoral. Pero no consiguió el objeto pretendido. La segunda Duma resultó más radical que la primera.

En febrero de 1907, Lenin caracterizó la situación política del país con las siguientes palabras: "La ilegalidad más desenfrenada y cínica... La ley electoral más reaccionaria de Europa. El cuerpo de representantes populares más revolucionario de Europa en el país más atrasado." De ahí su conclusión: "Estamos en vísperas de una nueva crisis revolucionaria

más amenazadora." Esta conclusión no se confirmó. Aunque la revolución aún tenía fuerza bastante para dejar sus huellas en la liza del seudoparlamentarismo zarista, estaba ya quebrantada. Sus convulsiones iban siendo cada vez más tenues.

El partido socialdemócrata atravesaba un proceso análogo. Continuaba creciendo en número de miembros, pero su influencia sobre las masas declinaba. Cien socialdemócratas ya no eran capaces de sacar a la calle tantos trabajadores como diez socialdemócratas lo hubieran sido el año precedente. Los diversos aspectos de un movimiento revolucionario, como proceso histórico homogéneo y, en general, como acontecimiento de valor persistente, no son uniformes ni armónicos en contenido o en movimiento. No sólo los trabajadores, sino también los pequeñoburgueses intentaron vengar su derrota por el zarismo en campo abierto; votando en favor de las izquierdas; pero ya no eran capaces de una nueva insurrección. Privados del aparato de los Soviets y de contacto directo con las masas, que pronto sucumbieron a una negra apatía, los trabajadores más activos sintieron la necesidad de un partido revolucionario. Así, esta vez el ala izquierda de la Duma y el crecimiento de la socialdemocracia eran síntomas del descenso de la revolución, no de su auge.

El quinto Congreso del Partido, celebrado en Londres, en mayo de 1907, fue de notar por el número de personas que concurrieron a él. En la nave de la Iglesia "socialista" había 302 delegados (un delegado por cada 500 miembros del Partido), medio centenar con voz consultiva, y no pocos invitados. De éstos, 90 eran bolcheviques y 85 mencheviques. Las delegaciones nacionales formaban el "centro" entre estos dos flancos. En el Congreso anterior estuvieron representados 13.000 bolcheviques y 18.000 mencheviques (un delegado por cada 300 miembros del partido). Durante los doce meses transcurridos entre el Congreso de Estocolmo y el de Londres, la sección rusa del Partido había aumentado de 31.000 a 77.000 miembros, esto es, dos veces y media. Era inevitable que la agudeza mayor de la pugna faccional repercutiese en el número. Pero, indudablemente, los trabajadores avanzados continuaron engrosando las filas del Partido durante aquel año. Al mismo tiempo, el ala izquierda se reforzó con mucha más rapidez que su antagonista. En el Soviet de 1905, los mencheviques preponderaban; los bolcheviques eran una modesta minoría. A principios de 1906, las fuerzas de ambas facciones en San Petersburgo eran aproximadamente iguales. Durante el intervalo entre la primera y la segunda Duma, los bolcheviques comenzaron a adelantarse. En tiempos de la segunda Duma, habían alcanzado un completo predominio entre los trabajadores avanzados. A juzgar por la índole de los acuerdos tomados, el Congreso de Estocolmo fue menchevique y bolchevique el de Londres.

La desviación del Partido hacia la izquierda fue tenida en cuenta por las autoridades. Poco antes del Congreso, el Departamento de Policía instruía a sus dependencias locales que "los grupos mencheviques, en su estado actual de ánimo, no representan un peligro tan serio como los bolcheviques". En el informe regular de la marcha del Congreso presentado al Departamento de Policía por uno de sus agentes en el extranjero, se hacía la siguiente apreciación: "Entre los oradores que en el curso de la discusión intervinieron en favor del punto de vista revolucionario, se cuentan, Stanislav (bolchevique), Trotsky, Pokrovsky (bolchevique) y Tyszko (socialdemócrata polaco); en defensa del criterio oportunista,

Martov y Plejanov (dirigentes de los mencheviques). Hay claros indicios -continuaba el agente de la Ojrana- de que los socialdemócratas están girando hacia métodos revolucionarios de lucha... El menchevismo, que floreció gracias a la Duma, declinó a su hora, cuando la Duma demostró su impotencia, dando amplio campo al bolchevismo, o, más bien, a las tendencias revolucionarias extremistas." En realidad, como ya se ha indicado, el sesgo sentimental del proletariado era mucho más complicado e inconsistente. Así, mientras que la vanguardia, sostenida por su propia experiencia, se desvió hacia la izquierda, la masa, descorazonada por las derrotas, viró hacia la derecha. El hálito de la reacción se cernía ya por encima del Congreso. "Nuestra Revolución atraviesa momentos de prueba -dijo Lenin en la sesión del 12 de mayo-. Necesitamos toda la fortaleza y la resolución, toda la cautela y la perseverancia de un partido proletario unido, si hemos de resistir frente a los insidiosos caprichos de la duda, la defección, la apatía, el sometimiento."

"En Londres -escribía un biógrafo francés-, Stalin conoció a Trotsky. Pero éste apenas reparó en él. El líder del Soviet de San Petersburgo no es de las personas que entablan fácilmente relaciones o entran en intimidad sin una afinidad espiritual genuina." Sea esto o no cierto, el hecho es que no me enteré de la asistencia de Koba al Congreso de Londres, sino por el libro Suvarin, y más tarde lo vi confirmado en las actas oficiales. Como en Estocolmo, Ivanovich no figuraba entre los 302 delegados con derecho a voto, sino entre los 42 cuya participación era sólo a título consultivo o deliberante. ¡El bolchevismo era aún tan débil en Georgia que Koba no pudo reunir los 500 votos necesarios en todo Tiflis! "Ni siquiera en la ciudad nativa de Koba y mía, Gori -escribe Iremashvili-, había un solo bolchevique." El absoluto predominio de los mencheviques en el Cáucaso fue confirmado en el curso de los debates del Congreso por el rival de Koba, Sha'umyan, dirigente bolchevique del Cáucaso y futuro miembro del Comité Central. "Los mencheviques caucásicos -se lamentaba-, aprovechando su aplastante peso numérico y su dominio oficial en el Cáucaso, hacen cuanto pueden por impedir que los bolcheviques sean elegidos." En una declaración firmada por el mismo Sha'umyan e Ivanovich, leemos: "Las organizaciones mencheviques caucásicas se componen casi enteramente de la pequeña burguesía de la ciudad y del campo." De los 18.000 miembros de Partido en el Cáucaso, no eran trabajadores más de seis mil; pero aun de éstos, la mayoría estaban de parte de los mencheviques.

La designación de Koba como delegado meramente consultivo fue acompañada de un incidente no exento de mordacidad. Cuando tocó a Lenin el turno de presidir el Congreso, propuso que se adoptara sin discusión un acuerdo de la Comisión de credenciales recomendando conceder participación deliberante a cuatro delegados, entre ellos a Ivanovich. El infatigable Martov vociferó desde su sitio: "Quisiera saber a quién se concede voz deliberante. Quiénes son esos hombres, de dónde vienen, etc." A lo que respondió Lenin: "Ciertamente no lo sé, pero el Congreso puede confiar en la opinión unánime del Comité de Credenciales." Es muy posible que Martov tuviera alguna información secreta respecto a la índole específica del historial de Ivanovich, ya hablaremos de esto con más detalle, y que por esto precisamente Lenin se apresurara a cortar la ominosa alusión refiriéndose a la unanimidad de la Comisión de credenciales. En todo caso, Martov juzgó oportuno referirse a "esos hombres" como si no fueran nadie: "Quiénes son, de dónde

vienen, etc.", mientras que Lenin, por su parte, no sólo no hizo objeciones a tal caracterización, sino que la confirmó. En 1907, Stalin era aún totalmente desconocido, no sólo del Partido en general, sino, incluso, de los trescientos delegados del Congreso. El acuerdo del Comité de admisión fue adoptado con la abstención de un buen número de delegados.

Pero es muy de notar el hecho de que Koba no hizo uso ni una sola vez del derecho de palabra que se le había concedido. El Congreso duró cerca de dos semanas y las discusiones fueron sumamente extensas y prolijas. Pero el nombre de Ivanovich no se hace constar siquiera una vez entre los numerosos oradores. Su firma aparece sólo en dos breves informes de bolcheviques caucásicos a propósito de sus conflictos locales, con los mencheviques, y aun esto sólo en tercer lugar. No dejó otras señales de su presencia en el Congreso. Para apreciar debidamente lo que esto significa, es necesario conocer la mecánica de tramoya del Congreso. Cada una de las facciones y de las organizaciones nacionales se reunían por separado durante los intervalos de las sesiones oficiales, trazaban su propia línea de conducta y designaban de su seno a quienes habían de intervenir. De modo que en el curso de tres semanas de debates, en que tomaron parte todos los miembros del Partido de algún renombre, la facción bolchevique no juzgó oportuno confiar una sola intervención a Ivanovich.

Hacia el final de una de las últimas sesiones del Congreso habló un joven delegado de San Petersburgo. Todos habían abandonado rápidamente sus asientos y nadie le escuchaba. El orador se vio obligado a subirse en una silla para llamar la atención. Pero, a pesar de circunstancias tan desfavorables, consiguió atraerse un corro cada vez más crecido de delegados, y no tardó mucho en calmarse el auditorio. Aquel discurso hizo del novicio un miembro del Comité Central. Ivanovich, condenado al silencio, tomó nota del éxito del recién llegado (Zinoviev sólo tenía veintiún años), probablemente horro de simpatía, pero no de envidia. Ni un alma hizo el menor caso del ambicioso caucásico, con su derecho de voz no utilizado. El bolchevique Gandurin, soldado de fila en el Congreso, consignó en sus Memorias: "Durante las pausas solíamos rodear a uno u otro de los principales activistas, abrumándolos a preguntas." Gandurin menciona entre los delegados a Litvinov, Vorochilov, Tomsky y otros bolcheviques relativamente oscuros de por entonces; pero no a Stalin, ni siquiera una, vez. Y, sin embargo, escribió sus Memorias en 1931, cuando era mucho más difícil olvidar a Stalin que recordarle.

Entre los miembros electos del nuevo Comité Central, los bolcheviques eran Myeshkovsky, Rozhkov, Teodorovich y Nogin, con Lenin, Bogdanov, Krassin, Zinoviev, Rikov, Shanter, Sammer, Leitheisen, Taratuta y A. Smirnov, como suplentes. Los más destacados dirigentes de la facción fueron elegidos suplentes porque interesaba promover a la vanguardia a las personas capaces de trabajar en Rusia. Pero Ivanovich no estaba entre los titulares ni entre los suplentes. No seria justo buscar la razón de ello en las tretas de los mencheviques; en realidad, cada bando eligió a sus propios candidatos. Algunos de los bolcheviques del Comité Central, como Zinoviev, Rikov, Taratuta y A. Smirnov, eran de la misma generación que Ivanovich y aún más jóvenes.

En la sesión final de la facción bolchevique, después de clausurado el Congreso, se eligió un Centro secreto bolchevique, el llamado "C. B.", compuesto de quince miembros.

Entre ellos estaban los teóricos y los "literarios" de la época y del futuro, como Lenin, Bogdanov, Pokrovsky, Rozhkov Zinoviev y Kamenev, así como los más conocidos organizadores: como Krassin, Rikov, Dubronsky, Nogin y otros. Ivanovich tampoco pertenecía a aquel grupo. No puede negarse la importancia de este hecho. Stalin no podía ser elegido miembro del Comité Central sin ser conocido de todo el Partido. Otro obstáculo (admitámoslo por esta vez) era que los mencheviques caucásicos estaban particularmente en contra suya. Pero si hubiera tenido algún peso e influencia dentro de su propio bando no hubiera podido menos de incorporarse al centro de dirección bolchevique, que tan necesitado estaba de un representante autorizado del Cáucaso. El mismo Ivanovich soñaría, sin duda, en lograr un puesto en el "C. B."; pero no lo hubo para él.

En vista de todo esto, ¿para qué fue Koba a Londres, en suma? No pudo levantar el brazo como delegado con voto. Resultó innecesario como deliberante. Ciertamente, no desempeñó ningún papel en las reuniones reservadas de la facción bolchevique. Es inconcebible que acudiese allí por mera curiosidad, para escuchar y echar una ojeada. Tendría otras misiones. Pero, ¿cuáles fueron éstas?

El Congreso terminó el 19 de mayo. No más tarde del 1 de junio, el primer ministro Stolypin planteó a la Duma su petición de expulsar inmediatamente a cincuenta y cinco diputados socialdemócratas y sancionar el arresto de dieciséis de ellos. Sin esperar la autorización de la Duma, la policía procedió a practicar detenciones en la noche del 2 de junio. Al día siguiente, la Duma fue suspendida, y en el curso de este acto de fuerza por parte del Gobierno se promulgó una nueva ley electoral. En todo el país hubo simultáneas detenciones en masa, cuidadosamente preparadas, con ferroviarios entro los sometidos a custodia, en un esfuerzo por prevenir una huelga general. Los motines en la Flota del mar Negro y en un regimiento, de Kiev, no pasaron de una intentona. La monarquía triunfaba. Cuando Stolypin se miró al espejo, contempló en él la imagen de san Jorge, victorioso.

La desintegración evidente de la revolución trajo consigo varias crisis en el Partido y en el mismo bando bolchevique, decidido por gran mayoría en favor de la posición boicotista. Esto era casi una reacción instintiva contra la violencia gubernamental, pero, al mismo tiempo, era un intento de disimular su propia impotencia con un gesto radical. Mientras reposaba después del Congreso de Finlandia, Lenin reflexionó sobre el asunto en todos sus aspectos, y se decidió resueltamente en contra del boicot. Su situación dentro de su propio bando llegó a ser bastante difícil. No era cosa fácil pasar de los días de apogeo revolucionario a los tediosos de dificultades y obstáculos. "Con excepción de Lenin y Rozhkov -escribía Martov-, todos los representantes de talla de la facción bolchevique (Bogdanov, Kamenev, Lunacharsky, Volsky y otros) estaban por el boicot." La cita es, en cierto modo, interesante, pues incluye entre los representantes de talla no sólo a Lunacharsky, sino incluso al olvidado Volsky, pero se olvida de Stalin. En 1924, cuando el periódico histórico oficial de Moscú reprodujo el testimonio de Martov, no se le ocurrió al Consejo de redacción mostrar interés por el parecer de Stalin en aquella ocasión.

Sin embargo, Koba estaba entre los boicotistas. Además de testimonios directos sobre el caso, que, por otra parte, proceden de mencheviques, hay cierta evidencia indirecta que es la más convincente: ni siquiera uno de los historiadores oficiales presentes dice una sola palabra a propósito de la posición de Stalin cuanto a las elecciones a la tercera Duma.

En un folleto titulado Sobre el boicot a la tercera Duma, publicado poco después de la Revolución, y en el que Lenin defendía la participación en las elecciones, fue Kamenev quien defendió el punto de vista de los partidarios del boicot. Hubiera sido tanto más fácil para Koba conservar el incógnito, cuanto que a nadie se le hubiera ocurrido en 1907 pedirle que se manifestara por medio de un artículo. El viejo bolchevique Piryeiko recuerda que los boicotistas "reconvinieron al camarada Lenin por su menchevismo". No hay motivo para dudar de que Koba no se quedó atrás en su círculo de íntimos con epítetos bastante incisivos en ruso y en georgiano. En cuanto a Lenin, pidió a su facción desembarazo y habilidad para afrontar las realidades. "El boicot es una declaración de abierta guerra contra el antiguo Gobierno, un ataque directo contra é1. A menos de un amplio resurgir revolucionario... no hay que contar con el éxito del boicot." Mucho más tarde, en 1920, Lenin escribía: "Fue un error... para los bolcheviques haber boicoteado la Duma en 1906." Fue un error, porque después de la derrota de diciembre era imposible esperar una ofensiva revolucionaria en el futuro inmediato; por consiguiente, no tenía sentido despreciar una tribuna como la Duma para movilizar las filas de la Revolución.

En la Conferencia del Partido que se celebró en Finlandia, en julio, los nueve delegados bolcheviques, con excepción de Lenin, se pronunciaron por el boicot. Ivanovich no tomó parte en aquella Conferencia. Los boicotistas tuvieron su portavoz en Bogdanov. El acuerdo afirmativo sobre la cuestión de participar en las elecciones se tomó por los votos unidos de "los mencheviques, los de la Liga judía (budistas), los polacos, uno de los letones y un bolchevique", escribía Dan. "Un bolchevique", esto es, Lenin. "En una casita de verano -recuerda Krupskaia-, Ilich defendió ardientemente su posición; Krassin subía en su bicicleta, y parado ante la ventana, escuchaba con atención a Ilich. Luego, sin entrar en la casa, se alejaba meditabundo..." Krassin se alejó de aquella ventana por más de diez años. No volvió al Partido sino después de la Revolución de octubre, y ni siquiera inmediatamente. Poco a poco, a influjo de nuevas lecciones, los bolcheviques fueron sumándose al parecer de Lenin, aunque, como veremos, no en su totalidad. En silencio, Koba también repudió el boicotismo. Sus discursos en el Cáucaso en favor del boicot han quedado magnánimamente relegados al olvido.

La tercera Duma comenzó su infausta actividad en el mes de noviembre. La alta burguesía y los terratenientes ricos se habían asegurado de antemano una mayoría en ella. Entonces empezó el período más sombrío de la vida de "Rusia renovada". Las organizaciones obreras fueron dispersadas, sofocada la Prensa revolucionaria, y los Consejos de Guerra iban a la zaga de las expediciones de castigo. Pero Más terrible que los golpes exteriores era la reacción interior. La deserción alcanzó carácter de masas. Los intelectuales dejaban la política por la ciencia, el arte, la religión y el misticismo erótico. El toque final de este cuadro fue la epidemia de suicidios. El trastrueque de valores iba en primer lugar, dirigido contra los partidos revolucionarios y sus dirigentes. El brusco cambio de actitud halló una reflexión brillante en los archivos del Departamento de Policía, donde censuraban las cartas dudosas, conservando así las más interesantes para la historia.

En Ginebra, Lenin recibió una carta de San Petersburgo que decía lo siguiente: "La calma reina por arriba y por abajo, pero el silencio de abajo está infectado. Bajo su capa asoma tal ira que hará bramar a los hombres, porque tienen que hacerlo. Pero, de momento,

hasta nosotros sufrimos lo más necio de esa ira..." Un tal Zajarov escribía a un amigo suyo de Odesa: "Hemos perdido en absoluto la fe en aquellos a quienes en tanto teníamos... ¡Imagínate que, a fines de 1905, Trotsky decía seriamente que la revolución política había culminado en un éxito grande, y que sería inmediatamente seguida por el comienzo de la revolución social...! ¿Y qué decir de la portentosa táctica de la revolución armada que tanto han divulgado los bolcheviques...? De veras, he perdido toda fe en nuestros dirigentes y en todos los llamados intelectuales revolucionarios." Ni siquiera la Prensa liberal y la radical se guardaron de herir a los vencidos con su sarcasmo.

Las deserciones se producían no sólo entre los intelectuales, no sólo entre los que llegan hoy para alejarse mañana, y para quienes el movimiento no era más que una causa a medio camino, sino incluso entre los trabajadores avanzados, que habían sido uña y carne del Partido durante años. La religiosidad, por un lado, y la embriaguez, el juego y otros factores por el estilo, por otro, medraban más que nunca entre las capas atrasadas de la clase trabajadora. En la mejor preparada, comenzaban, a imponer el tono los individualistas, que se esforzaban por elevar su situación personal, cultural y económica por encima de la masa de sus compañeros de trabajo. Los mencheviques encontraban su sostén en esa capa de la aristocracia obrera, compuesta principalmente de metalúrgicos y tipógrafos. Los trabajadores de las capas medias, a quienes la revolución había acostumbrado a leer periódicos, acusaban una mayor estabilidad. Pero, habiéndose incorporado a la vida política bajo la dirección de intelectuales, al quedarse solos se sintieron como petrificados y no hacían más que marcar el paso.

No todo el mundo desertó. Pero los revolucionarios que no estaban dispuestos a rendirse tropezaron con insuperables obstáculos. Una organización ilegal necesita un ambiente de simpatía y una renovación constante de reservas. En una atmósfera de decadencia, no sólo era duro, sino virtualmente imposible atenerse a las reglas indispensables de conspiración y mantener contactos revolucionarios. "El trabajo clandestino continuaba lánguidamente. Durante 1909 hubo incursiones policíacas contra las imprentas del Partido en Rostov del Don, Moscú, Tyumen, San Petersburgo... -y en otros puntos-, los repuestos de proclamas en San Petersburgo, Bialystok, Moscú; los archivos del Comité Central en San Petersburgo. En todos estos lances, el Partido perdía excelentes activistas." Esto lo refiere casi en tono de lamentación el general de la gendarmería Spiridovich.

"No tenemos gente -escribía Krupskaia con tinta invisible en Odesa, en los comienzos de 1909-. Todos están desperdigados por las cárceles y los centros de deportación." Los gendarmes hicieron usado de la carta, y aumentó la población visible el texto disimulado de la carta, y aumentó la población de los presidios. La escasez de afiliados revolucionarios condujo inevitablemente a un descenso en los valores del Comité. La insuficiencia de selección hizo posible que los agentes secretos subieran los escalones de la jerarquía ilegal. Con un sencillo ademán, el provocador condenaba al arresto a todo revolucionario que estorbara su avance. Las; tentativas de purgar la organización de elementos dudosos conducían inmediatamente a prisiones en masa. Una atmósfera de sospecha y recíproco recelo paralizaba toda iniciativa. Después de un buen número de detenciones hábilmente calculado, el provocador Kukushin a principios de 1910, se

convirtió en cabeza de la organización en el distrito de Moscú. "El ideal de la Ojrana está en vías de realización -escribía un participante activo del movimiento-. Agentes secretos están al frente de todas las organizaciones de Moscú." La situación en San Petersburgo no era mucho mejor. "La dirección parecía haberse desbaratado, no había modo de restaurarla, la provocación nos roía las entrañas, las organizaciones disminuían... En 1909, Rusia tenía aún cinco o seis organizaciones activas; pero incluso ellas no tardaron en hundirse en la inactividad. El número de miembros de la organización del distrito de Moscú, que era de 500 hacia fines de 1908, bajó a 250 a mediados del siguiente año, y a 150 seis meses después; en 1910 la organización dejó de existir.

El ex diputado de la Duma, Samoilov, refiere cómo a principios de 1910 la organización de Ivanov-Voznesensk, que hasta entonces había sido bastante influyente y activa, se desmembró. Poco después de ella se desvanecieron los sindicatos. Sus puestos fueron ocupados por cuadrillas de las Centurias negras. El régimen prerrevolucionario iba siendo gradualmente restaurado en las factorías textiles, lo que significaba rebajas de jornales, multas abusivas, despidos y otras gangas por el estilo. "Los trabajadores que seguían trabajando lo aguantaban en silencio." Pero no podía haber vuelta al orden pasado. En el extranjero, Lenin señalaba las cartas de los trabajadores, que al hablar de la renovada opresión y persecución por parte de los fabricantes, añadían: "¡Esperad, 1905 ha de volver!"

Al terror de arriba correspondía el terror de abajo. La lucha de los derrotados insurrectos continuó convulsivamente por mucho tiempo en forma de dispersas explosiones locales, incursiones de guerrillas y actos de terrorismo individuales o de grupo. El curso de la revolución se caracterizaba con notable claridad por estadísticas del terror. En 1905 fueron asesinadas 233 personas; 168 en 1906, y 1.231 en 1907. El número de heridos seguía una progresión algo distinta, desde que los terroristas habían aprendido a tener puntería. La ola terrorista alcanzó su culminación en 1907. "Había días -escribe un observador liberal- en que varios actos importantes de terror iban acompañados de veintenas de otros de menor cuantía y de asesinatos de oficiales subalternos... Había laboratorios de bombas en todas las ciudades, y a veces destrozaban a sus mismos inexpertos fabricantes...", y continúa en este tono. La alquimia de Krassin se democratizó intensamente.

En suma, el trienio de 1905 a 1907 es particularmente notable por los actos de terrorismo y las huelgas. Pero lo que, destaca es la divergencia entre sus informes estadísticos: en tanto que el número de actos terroristas subía con la misma rapidez. Evidentemente, el terrorismo individual crecía conforme declinaba el movimiento de masas. Pero el terrorismo no podía crecer indefinidamente. El ímpetu desencadenado por la revolución estaba destinado a consumirse en terrorismo como se había consumido en otras esferas de actividad. En efecto, los 1.231 asesinatos de 1907 disminuyeron a 400 en 1908 y a un centenar en 1909. La proporción creciente de los simples heridos mostraba, además, que ahora los disparos procedían de aficionados sin ejercicio, en su mayoría adolescentes novatos.

En el Cáucaso, con sus románticas tradiciones de bandidaje y sangrientas querellas aún bastante vivas, la guerra de guerrillas encontró buen número de impávidos partidarios. Más de un millar de estos actos de sino de toda índole se produjeron en Transcaucasia

solamente entre 1905 y 1907, los años de la primera Revolución. Destacamentos de combatientes encontraron también buen campo de actividades en los Urales, bajo la dirección de los bolcheviques, y en Polonia bajo la bandera, del Partido Socialista polaco. El 2 de agosto de 1906, veintenas de policías y soldados sucumbieron en las calles de Varsovia y otras ciudades polacas. Según la explicación de los dirigentes, la finalidad de esos ataques era "mantener despierto el ánimo revolucionario del proletariado". El jefe de aquellos dirigentes era José Pilsudski, el futuro libertador de Polonia, y su opresor. Comentando los sucesos de Varsovia, Lenin escribía: "Aconsejamos a los grupos combatientes de nuestro Partido que cesen en su inactividad e inicien algunas operaciones de guerrillas..." "Y estas llamadas de los dirigentes bolcheviques -comenta el general Spiridovich-, no quedaron desatendidas, a pesar de la acción antagonista del Comité Central (menchevique)."

De gran importancia en los sangrientos choques de los terroristas con la policía era la cuestión de dinero, nervio de toda guerra, incluso civil. Antes del manifiesto constitucional de 1905, el movimiento revolucionario estaba sostenido principalmente por la burguesía liberal y los intelectuales radicales. Eso sucedía así también en el caso de los bolcheviques, a quienes la oposición liberal juzgaba simplemente como demócratas revolucionarios algo más osados. Pero cuando la burguesía puso sus esperanzas en la futura Duma, comenzó a mirar a los revolucionarios como un obstáculo a sus afanes de avenirse con la monarquía. Aquel cambio de actitud asestó un potente golpe a los fondos de la revolución. Los cierres de fábricas y el paro interrumpieron la aportación de dinero a los trabajadores. Entretanto, las organizaciones revolucionarias habían desarrollado grandes máquinas políticas con sus propias imprentas, editoriales, cuadros de agitadores y, por último, destacamentos de choque en constante penuria de armamento. En tales circunstancias, no había manera de seguir sufragando los gastos de la revolución como no fuera procurándose fondos a viva fuerza. La iniciativa, como casi siempre, vino de abajo. Las primeras expropiaciones se desenvolvieron más bien pacíficamente, a menudo con una tácita inteligencia entre los "expropiadores" y los empleados de las instituciones expropiadas. Así está la historia de los empleados de la Compañía de Seguros "Nadezhda" (Esperanza) animando a los vacilantes expropiadores con las palabras: "¡No os apuréis, camaradas!" Pero este idílico período no duró mucho. Tras la burguesía, los intelectuales, incluso los empleados bancarios, se apartaron de la revolución. Aumentaban las bajas por ambos lados. Faltas de apoyo y simpatía, las "organizaciones combatientes" se desvanecieron pronto como el humo o se disgregaron con la misma rapidez.

Un ejemplo típico de cómo hasta los destacamentos más disciplinados degeneraron, se encuentra en las Memorias del ya citado Samoilov el primer diputado en la Duma por los trabajadores textiles de Ivanovo-Voznesensk. El destacamento, actuando al principio "bajo las directivas del Centro del Partido", comenzó a "obrar mal" durante el segundo semestre de 1906. Cuando ofreció al Partido sólo la mitad del dinero robado en una fábrica (después de asesinar al cajero), el Comité del Partido se negó a aceptarlo y reprendió a los combatientes. Pero ya era demasiado tarde; se disgregaron rápidamente y pronto se redujo toda su actuación "a ataques de bandidaje del tipo criminal más vulgar". Siempre con grandes sumas de dinero, los combatientes comenzaron a preocuparse de francachelas, en el curso de las cuales caían a menudo en manos de la policía. Así, poco a poco, todo el

destacamento de combatientes tuvo un final ignominioso. "Sin embargo, hemos de admitir -escribe Samoilov-, que en las filas había no pocos... camaradas genuinamente afectos, leales a la causa de la revolución, y algunos de corazón limpio como el cristal..."

El propósito original de las organizaciones combatientes era asumir la dirección de las masas rebeldes, enseñándoles a usar armas y asestar al enemigo eficaces golpes. El principal teorizante, si no el único, en ese campo de actividades, era Lenin. Después de aplastada la insurrección de diciembre, el primer problema era qué había de hacerse con las organizaciones de combate. Lenin fue al Congreso de Estocolmo con un esbozo de acuerdo, por el que, aun reconociendo el interés de las actividades de las guerrillas y como parte de la preparación para la futura gran ofensiva contra el zarismo, permitía las llamadas "expropiaciones" de fondos "bajo el control del Partido". Pero los bolcheviques retiraron esta proposición suya obligados por la presión de la disconformidad dentro de su propio seno. Por una mayoría de sesenta y cuatro votos por cuatro en contra y veinte abstenciones, se aprobó la proposición menchevique, por la que se prohibían categóricamente las "expropiaciones" de personas e instituciones particulares, tolerando la confiscación de fondos del Estado sólo en el caso de que los órganos del Gobierno revolucionario se instituyesen en una localidad dada; es decir, sólo en conexión directa con un levantamiento popular. Los veinticuatro delegados que se abstuvieron o votaron en contra de esta resolución componían la mitad leninista irreconciliable de la facción bolchevique.

Como, es natural, no se trataba de una cuestión de moralidad abstracta. Todas las clases y todos los partidos examinan el problema del asesinato no desde el punto de vista del mandamiento bíblico, sino desde el punto de vista de la conveniencia de los intereses históricos en juego. Cuando el Papa y sus cardenales bendecían las armas de Franco, ninguno de los Gobernantes conservadores sugirió la idea de encarcelarlos por incitar al homicidio. Los moralistas oficiales se alzan contra la violencia cuando ésta es revolucionaria. En cambio, quienquiera que luche efectivamente contra la opresión de clase tiene que reconocer por fuerza la revolución. Y quien reconoce la revolución reconoce la guerra civil. Por último, "la guerra de guerrillas es una ineludible forma de lucha... Siempre que transcurran más o menos largos intervalos entre encuentros de más volumen de una guerra civil" [Lenin]. Desde el punto de vista de los principios generales de la lucha de clases, todo esto era completamente irrefutable. Las divergencias vinieron con la evaluación de Circunstancias históricas concretas. Cuando entre dos batallas importantes de la guerra civil transcurren dos o tres meses, ese intervalo tiene que colmarse con actuación de guerrillas contra el enemigo. Pero si la "pausa" se prolonga años enteros, entonces la guerra de guerrillas deja de ser una preparación para la batalla, y se convierte en una simple convulsión consecutiva a la derrota. No es fácil, ciertamente, determinar el momento de la ruptura.

Las cuestiones de boicotismo y de actividades guerrilleras estaban íntimamente relacionadas. Es permisible boicotear las asambleas representativas sólo en el caso de que el movimiento de masas sea suficientemente fuerte para derrumbarlas o para pasarlas por alto. Pero cuando las masas están en plena retirada, la táctica del boicot pierde su sentido revolucionario. Lenin comprendió esto y lo explicó mejor que otros. Ya en 1906 repudiaba el boicot de la Duma. Después del golpe del 3 de junio de 1907, entabló una lucha decidida

contra los boicotistas precisamente porqué a la pleamar había sucedido la bajamar. Era incuestionable que las actividades guerrilleras se habían convertido en puro anarquismo, cuando hacía falta utilizar hasta el palenque del "parlamentarismo" zarista para preparar el terreno a la movilización de las masas. En el apogeo de la guerra civil, las actividades de las guerrillas aumentaron y estimulaban así el movimiento de masas; en el período de reacción intentaron remplazarlo, pero, de hecho, lo que hicieron fue desconcertar al Partido y acelerar su disgregación. Olminsky, uno de los más relevantes compañeros de armas de Lenin, arroja luz crítica sobre aquel período desde la perspectiva de los tiempos del Soviet. "No pocos de los mejores jóvenes -escribía- perecieron en el cadalso; otros degeneraron, y otros perdieron su fe en la revolución. Al mismo tiempo, la gente en general comenzó a confundir a los revolucionarios con bandidos vulgares. Más tarde, cuando comenzó a reanimarse el movimiento obrero revolucionario, este resurgir fue más lento en las ciudades donde las "exse" (expropiaciones) habían sido más numerosas. (Como ejemplo puedo citar Bakú y Saratov.)" Tengamos presente esta referencia a Bakú.

La suma total de las actividades de Koba durante los años de la primera Revolución parece ser tan insignificante, que, queramos o no, se suscita la pregunta: ¿Es posible que fuera esto todo? En el vértice de los sucesos que pasaban a su alrededor, Koba no hubiera podido menos de acudir a procedimientos de acción que le hubieran permitido demostrar su valía. La participación de Koba en actos de terrorismo y expropiación no puede dudarse. Y sin embargo, es difícil determinar el carácter de tal participación.

"El principal inspirador e inspector general... de la actividad combatiente -escribe Spiridovich- era Lenin mismo, ayudado por gente de confianza muy adicta a él." ¿Quién era esa gente? El antiguo bolchevique Alexinsky, que al estallar la guerra se hizo especialista en desenmascarar a los bolcheviques, consignó en la Prensa extranjera que dentro del Comité Central había un "pequeño Comité cuya existencia ignoraban no sólo la policía zarista, sino hasta los miembros del Partido. Aquel pequeño Comité constituido por Lenin, Krassin y una tercera persona... se ocupaba especialmente de la hacienda del Partido". Ocuparse de finanzas significaba para Alexinsky dirigir las expropiaciones. La "tercera persona" no nombrada era el naturalista, físico, economista y filósofo Bogdanov, a quien ya conocemos. Alexinsky no tenía por qué ser reticente sobre la participación de Stalin en las operaciones de combate. Nada dice de ello porque nada se sabe a este propósito. Por aquellos años Alexinsky no sólo estaba en estrechas relaciones con el Centro bolchevique, sino en contacto con el mismo Stalin. Por regla general, aquel difamador decía más de lo que sabía.

Las notas a las obras de Lenin dicen a propósito de Krassin: "Guió la oficina técnica de combate del Comité Central." Krupskaia escribió a su vez: "Los miembros del Partido se enteran ahora de la importante labor que Krassin realizó en la época de la Revolución de 1905, armando a los combatientes, inspeccionando la fabricación de explosivos, etc. Todo ello se hacía en secreto, sin la menor ostentación, pero empleando en tal empeño una enorme energía. Vladimiro Ilich sabía de aquella labor de Krassin más que nadie, y desde entonces siempre le alababa." Vointinsky, que durante la primera Revolución fue un bolchevique destacado, escribía: "Tengo una clara impresión de que Nikitich [Krassin] era el único hombre, dentro de la organización bolchevique, a quien Lenin miraba con genuino

respeto y absoluta confianza." Es cierto que Krassin concentró sus esfuerzos principalmente en San Petersburgo. Pero si Koba hubiera llevado a cabo en el Cáucaso operaciones de tipo similar, Krassin, Lenin y Krupskaia no hubieran dejado de enterarse de ello. Sin embargo, Krupskaia, que para mostrar su lealtad trató de mencionar a Stalin con la mayor frecuencia posible, no dijo nunca nada respecto a su participación en las actividades combatientes del Partido.

El 3 de julio de 1938, Pravda, de Moscú, casi inesperadamente, declaró que "el auge sin precedentes del movimiento revolucionario en el Cáucaso" en 1905 estaba relacionado con la "dirección de las organizaciones más militantes de nuestro Partido, creadas allí por vez primera directamente por el camarada Stalin". Pero la simple aserción oficial de que Stalin tuvo algo que ver con las "organizaciones más militantes" se refiere al principio de 1905, antes de que surgiese el problema de la expropiación; no da informes sobre la labor real de Koba; finalmente, es dudoso por la naturaleza misma de las cosas, pues no había organización bolchevique en Tiflis ni la hubo hasta la segunda mitad de 1905.

Veamos lo que dice Iremashvili sobre el particular. Hablando con indignación sobre actos terroristas, "exes" y otros parecidos, declara: "Koba fue el iniciador de los crímenes cometidos por los bolcheviques en Georgia, que redundaron en provecho de la reacción." Después de la muerte de su mujer, cuando Koba "perdió los últimos residuos de sentimiento humano", se volvió "un apasionado defensor y organizador... del estúpido y sistemático asesinato de príncipes, popes y burgueses". Ya hemos tenido ocasión de convencemos de que el testimonio de Iremashvili deja más que desear a medida que pasa de los asuntos personales al terreno político, y de la infancia y la juventud a años más maduros. Los vínculos políticos entre estos dos amigos de los años mozos terminaron al comienzo de la primera Revolución. Sólo por azar el día 17 de octubre, cuando se publicó el Manifiesto constitucional, Iremashvili vio en las calles de Tiflis (vio, pero no oyó) que Koba, suspendido de un farol de hierro (aquel día todo el mundo se encaramaba a los faroles), arengaba a una multitud. Como él era menchevique, sólo de segunda o tercera mano podía averiguar Iremashvili qué clase de actividades terroristas eran las de Koba. Por consiguiente, este testimonio es poco fidedigno. Iremashvili cita dos ejemplos: la famosa expropiación de Tiflis en 1907, que tendremos ocasión de discutir más adelante, y la muerte del popular escritor georgiano príncipe Chavchavadze. Con referencia a la expropiación, que situó erróneamente en 1905, observa Iremashvili: "Koba pudo burlar a la policía en aquella ocasión también; no hubo pruebas suficientes que demostraran su iniciativa en aquel cruel atentado. Pero aquella vez el Partido Socialdemócrata de Georgia expulsó a Koba oficialmente... " Iremashvili no aduce la menor prueba de que Stalin tuviese nada que ver con el asesinato del príncipe Chavchavadze, limitándose a esta observación equívoca: "Indirectamente, Koba era partidario de la violencia. Fue el instigador de todos los crímenes aquel agitador transido de odio." Los recuerdos de Iremashvili en esta parte interesan únicamente por arrojar luz sobre la reputación de Koba entre sus adversarios políticos.

El documentado autor de un artículo publicado en un periódico alemán Volksstimme (La Voz del Pueblo), de Mannheim, 2 de setiembre de 1932, muy probablemente un menchevique georgiano, hace resaltar que tanto los amigos como los

enemigos exageraban mucho las aventuras terroristas de Koba. "Es verdad que Stalin poseía una extraordinaria habilidad e inclinación "m organizar ataques de tal lava... Pero en tales asuntos solía desempeñar el papel de organizador, inspirar, inspector, pero no el de participante directo." Por consiguiente, ciertos biógrafos pecan de inexactos al representarle "corriendo de un lado a otro con bombas y revólveres y realizando las más arriesgadas empresas". La historia de la pretendida a participación de Koba en el asesinato del dictador militar de Tiflis, general Gryaznov, el 17 de enero de 1906, parece ser una especie de invención. "Aquel hecho fue ejecutado de acuerdo con la decisión del Partido Socialdemócrata de Georgia (mencheviques), por medio de terroristas del Partido especialmente designados a tal efecto. Stalin, como otros bolcheviques, no tenía influencia alguna en Georgia y no tomó parte directa ni indirecta en el asunto." Este testimonio del autor anónimo merece consideración. Pero en su aspecto positivo es virtualmente equívoco: si bien reconoce en Stalin "extraordinaria habilidad e inclinación" para expropiaciones y asesinatos, no expone dato alguno en apoyo de tal caracterización.

El viejo terrorista bolchevique georgiano, Kotè Tsintsadze, testigo concienzudo y veraz, afirma que Stalin, descontento de la irresolución de los mencheviques en el asunto del atentado para asesinar al general Gryaznov, invitó a Kotè a ayudarle a organizar con tal objeto un destacamento de combate por su cuenta. El mismo Kotè recuerda que en 1906 se le ocurrió organizar un grupo armado de bolcheviques para robar las cajas del Estado. "Nuestros camaradas de relieve, especialmente Koba-Stalin, aprobaron mi iniciativa." Este testimonio tiene doble interés: en primer lugar, muestra que Tsintsadze consideraba a Koba "un camarada de relieve", esto es, un dirigente local; y en segundo, nos da margen para sacar la conclusión de que en estos asuntos no pasaba Koba de aprobar las iniciativas de otros.

Contra la resistencia del Comité Central menchevique, pero con la activa cooperación de Lenin, los grupos armados del Partido consiguieron convocar una Conferencia especial en Tammerfors, en noviembre del año 1906. Entre los principales participantes de esa Conferencia estaban revolucionarios que más tarde desempeñaron un papel importante o notable dentro del Partido, como Krassin, Yarolavsky, Zemachka, Lalayants, Trilisser y otros. Stalin no se encuentra entre ellos, aunque por entonces estaba en libertad en Tiflis. Puede suponerse que prefería no arriesgarse presentándose en la conferencia, atendiendo a consideraciones de conspiración. Sin embargo, en ella, tomó parte importante Krassin, que por aquel tiempo estaba a la cabeza de las actividades combativas del Partido y por su fama estaba expuesto a mayor riesgo que ningún otro.

El 18 de marzo de 1918 (esto es, pocos meses después de plantado el régimen soviético), el dirigente menchevique Julius Martov escribió en un periódico de Moscú: "Que los bolcheviques caucásicos se dedicaron a toda clase de empresas arriesgadas de índole expropiatoria es cosa que tenía que conocer bien el mismo ciudadano Stalin, que a su tiempo fue expulsado de la organización de su Partido por tener algo que ver con las expropiaciones." Stalin juzgó necesario hacer comparecer a Martov ante el tribunal revolucionario: "Nunca en mi vida -dijo al tribunal y a los presentes que llenaban la sala- tuve que ser juzgado por la organización de mi Partido, ni expulsado de ella. Eso es un libelo infame." Pero Stalin nada dijo a propósito de expropiaciones "Con acusaciones como

la de Martov, tiene derecho uno a presentarse sólo con documentos en la mano. Pero es deshonroso arrojar fango a base de rumores, sin tener la menor prueba." ¿Dónde está la fuente política de la indignación de Stalin? No es ningún secreto que los bolcheviques en conjunto estuvieron relacionados con las expropiaciones: Lenin las defendió abiertamente en la Prensa. En cambio, la expulsión de una organización menchevique apenas podría considerarse por parte de un bolchevique como antecedente vergonzoso, especialmente diez años después. Por lo tanto, Stalin pudo no tener motivo alguno que le indujese a negar las "acusaciones" de Martov si hubiesen correspondido a la actualidad. Por otra parte, provocar a un adversario diestro e ingenioso a comparecer en juicio en tales condiciones era exponerse a darle una ocasión de ponerle en evidencia. ¿Significaba esto entonces que las acusaciones de Martov eran falsas? Hablando en general, Martov, llevado de su temperamento de periodista y su antipatía hacia los bolcheviques, había traspasado más de una vez los límites que debiera haberle trazado la nobleza, de su carácter. Pero en este caso, el punto de debate era el juicio. Martov se mantuvo categórico en su afirmación, y pidió que fueran citados varios testigos: "En primer lugar, el conocido hombre público, socialdemócrata georgiano, Isidoro Ramishvili, que presidía el tribunal revolucionario que decidió la participación de Stalin en la expropiación del vapor Nicolás I en Bakú; Noé Jordania; el bolchevique Sha'umyan, y otros miembros del Comité del distrito transcaucásico, en 1907-1908. En segundo lugar, un grupo de testigos encabezado por Gukovsky, actual comisario de Hacienda, bajo cuya presidencia se juzgó el caso de la tentativa de asesinato del trabajador Zharinov, quien, ante la organización del Partido, había acusado al Comité de Bakú y a su líder Stalin de estar relacionados con una expropiación." En su respuesta, Stalin nada dijo respecto a la expropiación del vapor ni a la tentativa de asesinato de Zharinov, a la vez que insistía: "Nunca fui juzgado; si Martov lo dice, es un ruin calumniador."

En el sentido estrictamente legal de la palabra, era imposible expulsar a "expropiadores", puesto que ya, ellos se habían separado prudentemente del Partido, anticipándose. Pero era posible plantear la cuestión de su reingreso. La expulsión inmediata sólo podía servir de norma para los instigadores que quedaban en las filas del Partido; ahora bien, al parecer no había cargos directos contra Koba. Es, pues, posible que hasta cierto punto Martov estuviera en lo cierto al afirmar que Koba había sido expulsado; "en principio", así había sido. Pero también Stalin tenía razón: individualmente nunca había sido juzgado. No era cosa fácil para el tribunal resolver el litigio, especialmente por falta de testigos. Stalin se negaba a que los citasen, alegando la dificultad y la inseguridad de comunicaciones con el Cáucaso en aquellos críticos días. El tribunal revolucionario no escudriñó el fondo del asunto, declarando que la difamación no entraba en sus atribuciones, pero sentenció a Martov a "censura social" por insultar al Gobierno soviético ("el Gobierno de Lenin y Trotsky", cómo decía irónicamente la revista de la causa en la publicación menchevique). Es imposible no detenerse con aprensión ante el alegato del atentado contra la vida del trabajador Zharinov por su protesta contra las expropiaciones. Aunque nada conocemos sobre este episodio, proyecta un reflejo ominoso sobre el futuro.

En 1925, el menchevique Dan escribía que expropiadores tales como Ordzhonikidze y Stalin en el Cáucaso proveían de recursos a la facción bolchevique; pero esto es simplemente una repetición de lo que Martov había dicho, y sin duda a base de los mismos

informes. No hay nadie que nos suministre datos concretos. Sin embargo, no faltaron tentativas para descorrer la cortina que cubre aquel período romántico de la vida de Koba. Con la insinuante ligereza que le caracteriza, Emil Ludwig solicitó de Stalin durante su entrevista en el Kremlin que le contase "todo" acerca de sus aventuras de juventud, por ejemplo, del robo de un Banco. En respuesta, Stalin entregó a su curioso interlocutor un folleto biográfico en el que se suponía que constaba todo; pero allí no había una sola palabra sobre robos.

El mismo Stalin nada ha dicho nunca ni en parte alguna, ni siquiera una palabra, sobre sus aventuras combativas. Difícil es decir por qué. Nunca se ha distinguido por su modestia autobiográfica. Lo que no considera propio para dicho por él, lo encarga decir a otros. A partir de su vertiginosa ascensión, puede haber obedecido su silencio a la consideración de "prestigio" gubernamental. Pero en los primeros años que siguieron a la Revolución de octubre, tales consideraciones le eran completamente ajenas. Los antiguos combatientes nada dijeron de ello en letra impresa durante aquel período en que Stalin aún no era el inspirador y rector de los recuerdos históricos. Su reputación como organizador de actividades bélicas no encuentra apoyo en otros documentos: ni en archivos policíacos ni en declaraciones de traidores o renegados. Verdad es que Stalin tiene a buen recaudo los expedientes de la policía; pero si los archivos de la gendarmería contuviesen datos concretos sobre Djugashvili como expropiador, los castigos a que hubiera sido sometido serían inmensamente más duros que los que allí constan.

De todas las hipótesis, sólo una tiene cierta verosimilitud. "Stalin no se refiere, ni permite que lo hagan otros, a actos terroríficos relacionados de un modo cualquiera con su nombre -escribe Suvarin-; en otro caso, resultaría inevitablemente claro que eran los demás quienes tomaban parte en ellos, mientras él se reservaba solamente la misión de inspeccionarlos desde lejos." Al mismo tiempo, es muy posible (y ello concuerda con el carácter de Koba) que atenuando y acentuando en caso necesario, con suma circunspección se atribuye lo que en realidad no tiene derecho a alegar como realización propia. Era imposible verificar su labor en las condiciones de conspiración clandestina. De aquí la ausencia de interés por parte suya en cuanto a extenderse en pormenores. En cambio, los participantes efectivos en expropiaciones y las personas próximas a él no mencionan a Koba en sus Memorias, simplemente porque nada tienen que decir. Otros combatieron; Stalin era el inspector a distancia.

Con referencia al Congreso de Londres, Ivanovich escribió lo siguiente en su periódico ilegal de Bakú:

"De los acuerdos mencheviques, sólo el relativo a las actividades de guerrillas se aprobó, y eso por accidente: los bolcheviques no recogieron el guante en aquella ocasión, o más bien no deseaban llevar la pugna al extremo límite, simplemente por el deseo de dar a los mencheviques al menos una ocasión de alegrarse por algo."

La explicación sorprende por absurda: "por dar a los mencheviques una ocasión de alegrarse"; tan filantrópico solicitud no figura entre las costumbres de Lenin. En realidad, los bolcheviques "no recogieron el guante" sólo porque en aquella ocasión tenían enfrente no sólo a los mencheviques, los budistas y las izquierdas, sino también a sus íntimos

aliados, los polacos. Además, había serias discrepancias entre los mismos bolcheviques a propósito de las expropiaciones. Sin embargo, sería equivocado suponer que el autor del artículo hablaba demasiado por hablar, sin móviles ulteriores. Lo cierto es que encontraba necesario quitar relieve a la decisión del Congreso a los ojos de los combatientes. Esto, como es natural, no da tampoco sentido a una explicación que de él. Y, sin embargo, éstos son los métodos de Stalin: siempre que se propone ocultar sus móviles, no vacila en recurrir a las tretas más toscas. Y no pocas veces, la misma evidente tosquedad de sus argumentos basta para sus fines, librándole de la necesidad de buscar motivos más hondos. Un miembro consciente del Partido se hubiera contentado con encogerse de hombros con enfado después de leer que Lenin había dejado de recoger el guante para "dar a los mencheviques algo que les alegrase"; pero el sencillo luchador convino alegremente en que la restricción "accidental" contra las expropiaciones no era para tomarse en serio. Para la siguiente operación de guerra bastaba aquello.

A las nueve menos cuarto de la mañana del 12 de junio (1907), en la plaza de Erivan, en Tiflis, tuvo lugar un ataque excepcionalmente audaz contra un convoy de cosacos que acompañaban un carruaje cargado de dinero. El desarrollo de la operación estaba calculado con la precisión de un reloj. En sucesión apropiada se lanzaron varias bombas de enorme potencia. Hubo numerosos disparos de revólver. La valija del dinero (341.000 rublos) desapareció con los atacantes. La policía no pudo capturar a uno solo de ellos. Tres hombres del convoy resultaron muertos en el acto, y unas cincuenta personas heridas, la mayoría leves. El principal organizador de la sorpresa, protegido por un uniforme de oficial, iba y venía por la plaza observando todos los movimientos de la escolta y de los atacantes, a la vez que con atinadas observaciones mantenía alejado al público de la escena del ataque en curso, para que no hubiese víctimas innecesarias. En el momento crítico, cuando podía creerse que todo estaba perdido, el seudooficial se hizo cargo del saco de dinero con gran serenidad y de momento lo ocultó en un canapé perteneciente al director del Observatorio, del mismo Observatorio en que, el joven Koba había estado en otro tiempo empleado como tenedor de libros. Este dirigente era el guerrillero armenio Petrosyan, que llevaba el sobrenombre de Kamo.

Habiendo llegado a Tiflis a fines del pasado siglo, cayó en manos de propagandistas, entre ellos de Koba. Como apenas sabía ruso, Petrosyan insistió una vez en preguntar a Koba: "¿Kamo (en vez de komu, que significa "¿a quién?") he de llevar esto?" Koba se echó a reír: "¡Eh, tú! Kamo, kamo...!" De esa indelicada chanza provino un alias revolucionario que llegó a ser histórico. Así nos lo define la viuda de Kamo, Medvedeva, sin añadir nada más sobre las relaciones entre los dos hombres. Pero sí habla del profundo afecto que Kamo sentía por Lenin, a quien visitó en 1906 por primera vez en Finlandia. "Aquel luchador intrépido, de ilimitada audacia y fuerza de voluntad inquebrantable -escribe Krupskaia-, era al mismo tiempo una persona en extremo sensible, algo ingenua, y un camarada cariñoso. Apreciaba apasionadamente a Ilich, Krassin y Bogdanov... Se hizo amigo de mi madre, a quien hablaba de su tía y de sus hermanas. Kamo fue a menudo de Finlandia a San Petersburgo, siempre con armas, y cada vez mi madre le sujetaba cuidadosamente los revólveres a la espalda." Esto es tanto más notable cuanto que la madre de Krupskaia era viuda de un oficial zarista y no renunció a la religión hasta edad muy avanzada.

En los círculos del Partido, la participación personal de Koba en la expropiación de Tiflis se ha considerado hace mucho tiempo como indudable. El antiguo diplomático soviético Bessedovsky, que había oído muchos relatos en salones burocráticos de segunda y tercera categoría, dice que Stalin, "según instrucciones de Lenin", no tomaba parte directa en las expropiaciones, pero que al parecer, "más tarde alardeaba de haber sido él quien elaboró el plan de acción hasta en sus menores detalles, y que él arrojó la primera bomba desde el tejado de la casa del príncipe Sumbatov". Difícil es decir si efectivamente ha alardeado Stalin de su participación o si es Bessedovsky el que alardea tan sólo de estar bien informado. En todo caso, durante la época del Soviet nunca confirmó ni negó Stalin estos rumores. Es evidente que no le disgustaba en modo alguno haber asociado a su nombre el trágico romanticismo de las expropiaciones, en la inconsciencia de la juventud. En 1932 no tenía yo aún la menor duda sobre el papel director de Stalin en el ataque armado de la plaza de Erivan, y aludí a ello incidentalmente en uno de mis artículos. Sin embargo, un estudio más minucioso de las circunstancias de aquellos me obliga a rectificar mi opinión sobre la verdad tradicional.

En la cronología aneja al XII volumen de las obras de Lenin, con fecha de 12 de junio de 1907, leemos: "Expropiación de Tiflis (341.000 rublos), organizada por Kamo-Petrosyan." Y esto es todo. En una antología dedicada a Krassin, en que se habla mucho de la famosa imprenta ilegal del Cáucaso y de las actividades marciales del Partido, no se menciona una sola vez a Stalin. Un viejo militante, bien enterado de las actividades de aquel período, escribe: "Los planes para todas las expropiaciones organizadas por este último (Kamo) en las cancillerías de Kvirili y Dushet y en la plaza de Erivan se trazaron y fueron estudiadas por él en unión de Nikitich (Krassin)." Tampoco una palabra de Stalin. Ni una sola vez figura éste en el libro de Bibineishvili, que contiene todos los pormenores de la preparación y prácticas de las expropiaciones. De estas omisiones se deduce evidentemente que Koba no estaba en contacto directo con los miembros de los destacamentos, ni los instruía, y que, por lo tanto, no era organizador de los actos en el verdadero sentido de la palabra, ni cabe suponerlo, realizador directo de los mismos.

El Congreso de Londres finalizó el 27 de abril. La expropiación de Tiflis tuvo lugar el 12 de junio (25 de n. c.), mes y medio después. Stalin dispuso de demasiado poco tiempo desde su vuelta del extranjero hasta el día del suceso para inspeccionar la preparación de una empresa tan complicada. Es más probable que los combatientes se hubieran seleccionado y reunido en el curso de varias aventuras precedentes del mismo jaez. Es posible que estuvieran a la expectativa aguardando la decisión del Congreso. Algunos de ellos pudieran haber dudado respecto al concepto que a Lenin merecían las expropiaciones. Los combatientes esperaban la señal. Stalin pudo muy bien llevársela. ¿Pero fue esta participación aún más lejos?

Nada sabemos virtualmente sobre las relaciones entre Kamo y Koba. Kamo sentíase inclinado a apreciar a la gente. Pero nadie habla de su afecto por Koba. La reticencia en cuanto a sus relaciones hace pensar que no existía tal afecto, sino más bien conflictos, nacidos de los intentos de Koba por dominar a Kamo o atribuirse lo que no tenía derecho a pretender. Bibineishvili dice en su libro sobre Kamo que "un desconocido misterioso" apareció en Georgia después del establecimiento del Soviet, y con falsos pretextos se

apoderó de la correspondencia de Kamo y otro material valioso. ¿Quién necesitaba esto, y con qué fin? Los documentos, así como el hombre que huyó con ellos, desaparecieron sin dejar rastro. ¿Sería demasiado temerario suponer que Stalin, por medio de uno de sus agentes, haya arrebatado a Kamo ciertas pruebas que por uno u otro motivo juzgase molestas? Esto no excluye, naturalmente, la posibilidad de una estrecha colaboración entre ambos por el mes de junio de 1907; ni hay nada que nos impida admitir que la relación entre ellos pueda haberse enfriado después del "asunto" de Tiflis, en que Koba pudo bien ser el consejero de Kamo en cuanto a la elaboración de los detalles finales. Además, el consejero podía haber alentado, en el extranjero, una versión sumamente espaciosa de su propia intervención. Después de todo, no es más difícil atribuirse la dirección de una expropiación que la dirección de la Revolución de octubre. Y Stalin no vacilaría en hacer incluso esto último.

Barbusse declara que en 1907, Koba fue a Berlín y estuvo allí algún tiempo "conversando con Lenin". El autor no sabe de qué clase de conversaciones se trataba. El texto del libro de Barbusse contiene errores en su mayor parte. Pero la referencia al viaje de Berlín nos llama la atención tanto más cuanto que en el diálogo con Ludwig, Stalin también habla de haber estado en Berlín en 1907. Si Lenin hizo un viaje a propósito para dicha entrevista a la capital de Alemania, en ningún caso pudo ser para "conversaciones" teóricas. La reunión pudo haber tenido lugar inmediatamente antes o con más probabilidades inmediatamente después del Congreso, y casi de seguro se dedicó a la expropiación en proyecto, los medios para transportar el dinero, etc. ¿Por qué estas negociaciones se realizaron en Berlín y no en Londres? Es muy verosímil que Lenin juzgara imprudente encontrarse con Ivanovich en Londres, donde estaba completamente a la vista de los otros delegados y de numerosos espías zaristas y de otras especies atraídos por el Congreso. También es posible que se pensase en que asistiese a aquellas conferencias una tercera persona que nada tenía que ver con el Congreso.

De Berlín regresó Koba a Tiflis, pero poco después se trasladó a Bakú, desde donde, según Barbusse, "marchó de nuevo al extranjero para entrevistarse con Lenin". Uno de los caucásicos de confianza (Barbusse estuvo en el Cáucaso, y durante su estancia tomó notas de varios relatos que le preparó Beria) dijo al parecer algo sobre las dos entrevistas de Stalin con Lenin en el extranjero, con el fin de ensalzar la intimidad de sus relaciones. La cronología de esas entrevistas es muy significativa: una precede a la expropiación, y la otra la sigue muy de cerca. Esto determina, suficientemente su finalidad. La segunda entrevista se relacionaba con el problema: ¿continuar o detenerse?

Iremashvili escribe: "La amistad de Koba-Stalin con Lenin comenzó ahí." La palabra "amistad" es patentemente inadecuada. La distancia que separaba a estos dos hombres excluía toda amistad personal. Pero parece ser que precisamente por entonces comenzaron a tratarse. Si se admite la suposición de que Lenin había convenido previamente con Koba los planes para la expropiación de Tiflis, es muy natural que estuviera lleno de admiración por el hombre a quien consideraba director de aquel golpe. Es probable que al leer el telegrama dando cuenta de la captura del botín sin perder un solo revolucionario, Lenin exclamara para sí, o dijera a Krupskaia: "¡Espléndido georgiano!" éstas son las palabras que hemos de encontrar en una de sus cartas a Gorki. El entusiasmo

por quienes demostraban arrojo o simplemente tenían éxito al llevar a cabo alguna misión que se les confiara, fue muy característico de Lenin hasta su última hora. Por encima de todo apreciaba a los hombres de acción. Basando su opinión sobre Koba en el relato que éste le hiciera de las expropiaciones del Cáucaso, Lenin llegó a considerarle, por lo visto, como una persona capaz de hacer algo útil o de dirigir a otros sin vacilar. Y quedó convencido de que el "espléndido georgiano" habría de ser útil.

El botín de Tiflis no sirvió para nada. Toda la suma estaba en billetes de quinientos rubios. No había posibilidad de poner en circulación papel moneda de tanto valor nominal. Después de la propaganda adversa recibida de la desgraciada escaramuza de la plaza de Erivan, era insensato tratar de cambiar aquellos billetes en ningún Banco ruso. La operación se transfirió al extranjero. Pero el provocador Jitomirsky, que previno a tiempo de ello a la policía, participó en la organización de las operaciones de cambio. El futuro comisario de Asuntos Exteriores, Litvinov, fue detenido al intentar cambiar parte de los billetes en París. Olga Ravich, que más tarde se casó con Zinoviev, cayó en manos de la policía de Estocolmo. El futuro comisario popular de Sanidad, Semashko, fue detenido en Ginebra, al parecer por azar. "Yo era uno de los bolcheviques -escribía- que por entonces se oponían por principio a las expropiaciones." Los contratiempos a que dio lugar el cambio de aquel dinero aumentaron el número de aquellos bolcheviques: "La gente en Suiza -dice Krupskaia- estaba muy asustada. No hablaba más que de los expropiadores rusos. Hablaban de aquéllos con horror en la pensión donde Ilich y yo acudíamos a comer." Es digno de notar que Olga Ravich, lo mismo que Semashko, desaparecieron durante las recientes "purgas" del Soviet.

La expropiación de Tiflis no podía en modo alguno considerarse como un choque de guerrillas entre dos batallas de una guerra civil. Lenin no podía menos de ver que la insurrección había sido diferida hasta un nebuloso futuro. En cuanto a él afectaba, el problema consistía entonces en intentar simplemente procurar medios de sostenimiento al Partido a expensas del enemigo, para cubrir el período inmediato de incertidumbre. Lenin no pudo resistir la tentación; aprovechó una oportunidad favorable, una "excepción" afortunada. En este sentido, hay que reconocer francamente que la idea de la expropiación de Tiflis llevaba consigo un apreciable tanto de aventura que, como norma, era ajeno a los métodos políticos de Lenin. Con Stalin sucedía lo contrario. Las consideraciones históricas amplias tenían poco valor para él. El acuerdo del Congreso de Londres era sólo un fastidioso trozo de papel, que podía reducirse a la nada con una burda treta. El éxito justificaría el riesgo. Suvarin arguye que no es lícito desviar la responsabilidad del líder de la facción a una figura secundaria. No se trata aquí de desviar la responsabilidad. Los bolcheviques, en mayoría, eran por entonces adversarios de Lenin en el asunto de las expropiaciones. Ellos, en contacto directo con los destacamentos de choque, poseían elementos de juicio propios muy convincentes, de que Lenin carecía por su condición de emigrado. Sin las rectificaciones de abajo, el dirigente de máximo talento está expuesto a cometer crasos errores. El hecho es que Stalin no figuraba entre los que conceptuaban inadmisibles las acciones de guerrilla en la fase de retirada revolucionaria. Y eso no era por casualidad. Para él, el Partido era ante todo una máquina. La máquina requería recursos financieros para subsistir, y éstos podían obtenerse con ayuda de otra máquina

independiente de la vida y de la lucha de las masas. Allí se encontraba Stalin en su propio elemento.

Las consecuencias de esta trágica aventura, que sirvió de remate a una fase entera de la vida del Partido, fueron muy serias. La querella a propósito de la expropiación de Tiflis envenenó las relaciones internas del Partido y aun de la facción bolchevique misma durante mucho tiempo. Desde entonces, Lenin cambió de frente y se puso más resueltamente que nunca en contra de la táctica de expropiaciones, que por una temporada se convirtió en herencia del ala "izquierda" entre los bolcheviques. Por última vez, el Comité Central del Partido revisó oficialmente el "asunto" de Tiflis en enero del año 1910, a instancias reiteradas de los mencheviques. El acuerdo condenó severamente la expropiación como una violación inadmisible de la disciplina del Partido, aun reconociera que los participantes no habían tenido propósito de perjudicar el movimiento obrero, sino que procedieron "guiados solamente por una falsa comprensión de los intereses del Partido". No se expulsó a nadie ni se mencionó ningún nombre. Así fue amnistiado Koba en unión de otros, como "guiado por una falsa comprensión de los intereses del Partido".

Mientras tanto, seguía la disgregación de las organizaciones revolucionarias. No más tarde de octubre de 1907; el "literario" menchevique Petressov escribía a Axelrod: "Estamos pasando por una completa disgregación y una desmoralización extrema... No sólo no hay organización alguna, sino tampoco elementos para ella. Y esta falta de existencia se encomia incluso como principio..." Esta alabanza de la disgregación como principio se convirtió pronto en la tarea de la mayoría de los dirigentes del menchevismo, incluyendo al propio Potressov. Declaraban liquidado de una vez y para siempre al Partido ilegal, y calificaban de utopía revolucionaria el intento de reorganizarlo. Martov insistía en que eran precisamente "lances escandalosos como el del cambio de los billetes de Tiflis los que forzaban a los elementos más activos de la clase trabajadora y a los partidos más adictos" a evitar todo contacto con una máquina política ilegal. Los mencheviques, conocidos ahora por los liquidadores, veían en el espantoso desarrollo de la provocación otro argumento de peso en favor de la "necesidad" de renegar de la clandestinidad mefítica. Atrincherándose en los sindicatos, las instituciones educativas y las sociedades de previsión, continuaron su labor como propagandistas culturales, no como revolucionarios. Para salvaguardar sus tareas, los funcionarios de las filas obreras comenzaron a recurrir a la matización protectora. Evitaban la lucha huelguística para no comprometer los sindicatos, apenas tolerados. En la práctica, la legalidad a cualquier precio significaba repudiar en absoluto los métodos revolucionarios.

Los liquidadores estuvieron en vanguardia durante los años más desolados. "Sufrían menos por persecuciones policíacas -escribe Olminsky-. Tenían a muchos de los escritores, a buena parte de los lectores y, en conjunto, a la mayoría de los intelectuales. Eran los gallitos, y bien lo cacareaban." Las tentativas del bando bolchevique, cuyas filas iban aclarándose sin cesar, por conservar su máquina ilegal, tropezaban a cada paso con circunstancias hostiles. El bolchevismo parecía definitivamente acabado. "Toda la evolución de esos tiempos -escribía Martov- convierte en una patética utopía revolucionaria la formación de cualquier secta de partido duradera." En aquel pronóstico fundamental, Martov, y con él todo el menchevismo ruso, se equivocaron radicalmente. Las perspectivas

y las consignas de los liquidadores resultaron ser la utopía reaccionaria. No había sitio para un trabajo abierto de partido en el régimen del 3 de junio. Aun al partido de los liberales le negaron la inscripción. "Los liquidadores han prescindido del partido ilegal -escribía Lenin-, pero no han cumplido la obligación de fundar tampoco uno legal." Precisamente por mantenerse el bolchevismo leal a las tareas de la revolución en el período de su decadencia y degradación, preparó su inusitado resurgimiento en los años del nuevo brote revolucionario.

Mientras tanto, en el polo opuesto al de los liquidadores, en el ala izquierda de la facción bolchevique, se formó un grupo extremista que tercamente se negó a reconocer el cambio de situación y continué defendiendo la táctica de acción directa. Después de las elecciones, las diferencias de parecer que surgieron acerca del boicot a la Duma condujeron a la formación del bando "revoquista", que pedía la retirada de los diputados socialdemócratas de la Duma. Los revoquistas eran sin duda el suplemento simétrico de los liquidadores. Mientras que los mencheviques siempre y en todas partes, aun bajo el ímpetu irresistible de la revolución juzgaban necesario participar en cualquier parlamento, aunque fuese puramente fortuito y modelado por el zar los revoquistas pensaban que boicoteando el parlamento establecido a consecuencia de la derrota de la Revolución serían capaces de dar vida a una nueva presión de masas. Puesto que las descargas eléctricas van acompañadas de truenos, los "irreconciliables" intentaban producir descargas eléctricas por medio de truenos artificiales.

El período de los laboratorios de dinamita ejercía aún su poderosa influencia sobre Krassin. Aquel hombre sagaz y comprensivo se unió por algún tiempo a la secta de los revoquistas, para abandonar por completo la Revolución años después. Bogdanov, otro de los más íntimos colaboradores de Lenin en la trinidad secreta bolchevique, se desvió asimismo hacia la izquierda. Pero Lenin no se inmutó. En el verano de 1907, la mayoría de la facción era partidaria del boicot. En la primavera de 1908, los revoquistas eran ya minoría en San Petersburgo y en Moscú. La preponderancia de Lenin se hacía evidente sin la menor duda. Koba tomó en, seguida nota de ello. Su desgraciada experiencia con el problema agrario, al ponerse abiertamente en contra de Lenin, lo hizo más circunspecto. Sin ruido y discretamente renegó de sus compañeros de boicot. Desde entonces, su conducta regular en cada viaje consistió en permanecer apartado mientras cambiaba de posición.

El continuo cuarteamiento del Partido en grupos diminutos, que libraban ásperas batallas en el vacío, despertó en algunos un ansia de reconciliación, de concordia, de unidad a toda costa. Fue precisamente entonces cuando apareció en vanguardia otro aspecto de "trotskismo"; no la teoría de la revolución permanente, sino la "reconciliación" del Partido. De esto es necesario hablar, aunque sea concisamente, para ayudar a comprender el subsiguiente conflicto entre stalinismo y trotskismo. En el año 1904 (esto es, desde el momento en que se manifestaron diferencias de opinión sobre el carácter de la burguesía liberal), rompí con la minoría del segundo congreso (los mencheviques), y durante los siguientes trece años no pertenecí a ninguna facción. Mi posición en el conflicto interno del Partido vino a ser la siguiente: mientras los intelectuales revolucionarios dominasen entre los bolcheviques y también entre los mencheviques, y mientras ambos bandos no se aventurasen más allá de la revolución democrático burguesa, no había motivo para un

cisma entre ellos; en la nueva revolución, por la presión de las masas trabajadoras, ambas facciones se verían impelidos en todo caso a asumir una posición revolucionaria idéntica, como hicieron en 1905. Ciertos críticos del bolchevismo siguen considerando mi antigua posición conciliadora como la voz de la prudencia Y, sin embargo, su falsedad profunda ha quedado demostrado hace mucho tiempo, tanto en la teoría como en la práctica. Una sencilla conciliación de bandos sólo es posible a base de una especie de línea "intermedia". Pero, ¿dónde está la garantía de que esa línea diagonal trazada artificialmente coincida con las necesidades del desarrollo objetivo? La tarea de los políticos científicos consiste en deducir un programa y una táctica del análisis de la lucha de clases, no del paralelogramo (siempre en movimiento) de fuerzas tan secundarias y transitorias como son las facciones políticas. Verdad es que la posición de la reacción era tal que contraía la actividad política de todo el Partido dentro de límites sumamente estrechados. Por entonces, podría parecer que las diferencias de opinión eran de poca monta y que los dirigentes emigrados exageraban su importancia. Pero precisamente durante el período de reacción era cuando el Partido revolucionario no estaba en condiciones de ejercitar a sus cuadros sin una perspectiva más amplia. La preparación para el mañana era un elemento muy significativo en la política del momento. La política de conciliación descansaba en la esperanza de que en el curso mismo de los acontecimientos impondría la táctica necesaria. Pero aquel optimismo fatalista significaba en la práctica no sólo repudiar la lucha faccional, sino la idea misma de un partido, porque si "el curso de los acontecimientos" es capaz de dictar directamente a las masas la política justa, ¿para qué sirve ninguna unificación especial de la vanguardia proletaria, la elaboración de un programa, la elección de líderes, el ejercitarse en un espíritu de disciplina?

Más adelante, en 1911, Lenin observaba que el conciliatorismo estaba indisolublemente unido a la esencia misma de la tarea histórica del Partido durante los años de la contrarrevolución. "Algunos socialdemócratas -escribía- incurrieron en aquel período en el afán conciliador, partiendo de los motivos más diversos. La exposición más consistente de esta tendencia procede de Trotsky, casi el único que trató de aducir un fundamento teórico de tal política." Precisamente porque en esos años el conciliatorismo se hizo epidémico, Lenin vio en- él la amenaza máxima para el desenvolvimiento de un partido revolucionario. Le constaba bien que los conciliadores alegaban "los motivos más diversos", oportunistas tanto como revolucionarios. Pero en su cruzada contra aquella peligrosa tendencia se negaba todo derecho a establecer distinciones entre, varias fuentes subjetivas. Por el contrario, atacó con redoblada furia a los conciliadores cuyas posiciones básicas estaban más cerca del bolchevismo. Soslayando el conflicto público con el ala conciliativista del mismo bando bolchevique, Lenin tuvo a bien dirigir sus polémicas contra el "trotskismo", especialmente porque yo, como queda dicho, trataba de suministrar "un fundamento teórico" al conciliatorismo. Las citas de aquella violenta polémica habían de prestar más tarde a Stalin un servicio que difícilmente hubiera esperado nunca.

La labor de Lenin durante los años de reacción (minuciosa y detenida en los detalles, audaz en su amplitud de intención), constituirá siempre una gran lección de preparación revolucionó "Aprendimos en el tiempo de la revolución -escribía Lenin en julio de 1909- a hablar francés, esto es..., a despertar la energía y la amplitud de la lucha directa de masas. Ahora, en la época del estancamiento, de reacción, de disgregación, hemos de

aprender a hablar alemán, esto es..., a obrar despacio..., ganando pulgada a pulgada." El líder de los mencheviques, Martov, escribió en 1911: "Lo que hace dos o tres años antes sólo en principio reconocían los dirigentes del movimiento abierto, esto es, los liquidadores, a saber, la necesidad de montar el Partido "en alemán... ahora se reconoce como tarea para cuya realización práctica es ahora el momento de disponemos." Aunque Lenin y Martov habían comenzado a "hablar alemán", su lenguaje era completamente distinto en realidad. Para Martov, "hablar alemán" significaba adaptarse al semiabsolutismo ruso con idea de "europeizarlo" gradualmente; para Lenin, esa expresión quería decir tanto como utilizar, mediante el partido ilegal, las mínimas posibilidades legales de preparar una nueva revolución. Como demostró la subsiguiente degeneración oportunista de la socialdemocracia alemana; los mencheviques reflejaron con más exactitud el espíritu "del habla alemana" en política. Pero Lenin comprendió mucho más acertadamente el curso objetivo de la evolución en Alemania como en Rusia: la época de reformas pacíficas iba siendo remplazada por la de las catástrofes.

En cuanto a Koba, no sabía francés ni alemán. Sin embargo, todas sus inclinaciones le impelían hacia la posición de Lenin. Koba no buscaba el palenque abierto como los oradores y los periodistas del menchevismo, porque el palenque abierto dejaba al aire sus atributos débiles más bien que los sólidos. Ante todo, necesitaba una máquina centralizada. Pero en las condiciones de un régimen contrarrevolucionario aquella máquina no podía ser más que ilegal. Aunque Koba carecía de perspectiva hist6rica, estaba más que ampliamente dotado de perseverancia. Durante los años de reacción no fue uno de las decenas de millares que desertaron del Partido, sino uno de los poquísimos centenares que, a pesar de todo, permanecieron leales a él.

Poco antes del Congreso de Londres, los jóvenes Zinoviev, que había sido elegido miembro del Comité Central, y Kamenev, que fue miembro del Centro Bolchevique, tuvieron que emigrar. Koba se quedó en Rusia. Más tarde alardeaba de ello como de una hazaña extraordinaria. En realidad, no era así. La selección de sitio y clase de trabajo dependía en poquísimo de la voluntad de cada individuo. Si el Comité Central hubiese visto en Koba un joven teórico y publicista capaz de dedicarse a cosas de más monta en el extranjero, indudablemente le hubiera ordenado emigrar y no habría tenido ocasión ni deseos de renunciar. Pero nadie le llamó al extranjero. Desde que en las altas esferas del Partido se fijaron en él fue tenido siempre por un "práctico", esto es, por un revolucionario subalterno, útil en principio la actividad organizadora regional. Y Koba mismo, que había ensayado sus propias aptitudes en los Congresos de Tammerfors. Estocolmo y Londres, se sentía poco inclinado a unirse a los emigrados, entre los cuales se le hubiera relegado a tercer término. Después, al morir Lenin, la necesidad se transformó en virtud, y la palabra "emigrado" sonó en los labios de la nueva burocracia casi como había sonado en los de los conservadores de tiempos del zarismo.

Al volver al destierro, Lenin tuvo la impresión, según sus propias palabras, de que iba hundiéndose en su tumba. "Aquí estamos horriblemente aislados de todo... -escribía desde París en el otoño de 1909-. Estos años han sido realmente difíciles..." En la Prensa burguesa de Rusia comenzaron a aparecer artículos en desdoro de la emigración, que, al parecer, compendiaban la revolución vencida, repudiada por los círculos cultivados. En el

año 1912, Lenin replicó a aquellos libelos en el periódico bolchevique de San Petersburgo: "Sí, hay mucho duro que soportar en el ambiente de la emigración... Hay aquí más necesidad y pobreza que en parte alguna. Entre nosotros es particularmente elevada la proporción de suicidios... Sin embargo, sólo aquí y en ninguna otra parte se han planteado y considerado las más importantes cuestiones fundamentales de la Democracia rusa en su conjunto durante los años de confusión e interregno." Las ideas directrices de la Revolución de 1917 estaban siendo preparadas en el transcurso de las tediosas y agotadoras batallas de los grupos de emigrados. En aquella labor, Koba no tomó la más mínima parte.

Desde el otoño de 1907 hasta marzo de 1908, Koba siguió desplegando actividad revolucionaria en Bakú. Es imposible fijar la fecha de su traslado allí. Es posible que saliera de Tiflis en el mismo momento en que Kamo se hallaba cargando su, última bomba: la circunspección era el aspecto dominante del carácter de Koba. Bakú, ciudad de muchas y diversas razas, que a principios de siglo tenía ya una población de, más de cien mil habitantes, seguía creciendo con rapidez, atrayendo a la industria petrolífera masas de tártaros de Azerbaiján. Las autoridades zaristas contestaron, no sin cierto éxito, al movimiento revolucionario de 1905 instigando a los tártaros contra los armenios, más adelantados. Sin embargo, la revolución ganó incluso a los atrasados azerbaijanos. Tardíamente, en relación con el resto de la comarca, participaron en masa en las huelgas de 1907.

En la "ciudad negra", Koba pasó unos ocho meses, de los que ha de deducirse el tiempo que invirtió en su viaje a Berlín. "Bajo la dirección del camarada Stalin -escribe Beria, no muy sobrado de inventiva-, la organización bolchevique de Bakú creció, tomó fuerzas y se templó durante su lucha contra los mencheviques." Koba era enviado a regiones donde los adversarios eran especialmente fuertes. "Bajo la dirección del camarada Stalin, los bolcheviques quebrantaron la influencia de los mencheviques y los essars...", y así sucesivamente. Poco más sabemos por Alliluyev. La concentración de fuerzas bolcheviques después del destrozo ocasionado por la policía, tuvo lugar, según él, "bajo la inmediata dirección y con la activa ayuda del camarada Stalin... Su talento organizador, su entusiasmo genuinamente revolucionario, su inagotable energía, firme voluntad y persistencia bolchevique...", etc. Por desgracia, las Memorias del suegro de Stalin están escritas en 1937. La fórmula de "bajo la inmediata dirección y con la activa ayuda" traslucen sin la menor duda la marca de fábrica de Beria. El essar Vereshchak, que trabajaba por entonces en Bakú y observaba a Koba con ojos de adversario político, reconoce en él un talento organizador excepcional, pero niega en absoluto que tenga influencia alguna personal entre los trabajadores. "Su personalidad -escribe- producía mala impresión a primera vista. Koba lo sabía muy bien. Nunca hablaba abiertamente en mítines de masas... La presencia de Koba en este o el otro distrito obrero era siempre cosa secreta, y sólo se advertía por la renovada actividad de los bolcheviques." Esto es más verosímil. Ya tendremos ocasión de encontrar de nuevo a Vereshchak.

Las memorias de bolcheviques escritas antes de la era totalitaria dan el primer puesto en la organización de Bakú no a Koba, sino a Sha'umyan y a Dzhaparidze, dos revolucionarios excepcionales muertos por los ingleses durante la ocupación de Transcaucasia por ellos, el 20 de setiembre de 1918. "De los viejos camaradas de Bakú -

dice Karimpan, biógrafo de Sha'umyan-, los camaradas A. Yenukidze, Koba (Stalin), Timofei (Spandaryan), Alyosha (Dihaparidze) eran entonces activistas. La organización bolchevique... tenía una amplia base de trabajo en el Sindicato de los trabajadores de la industria petrolífera. El verdadero organizador y secretario de todo el trabajo de Sindicato era Alyosha (Dzhaparidze)"; Yenukidze se menciona delante de Koba; el papel principal se asigna a Dzhaparidze. Más adelante: "Ambos (Sha'umyan y Dzhaparidze) eran los dirigentes más queridos del proletariado de Bakú." Aún no se le había ocurrido a Karimyan, que escribía esto en 1924, nombrar a Koba entre "los dirigentes más queridos".

El bolchevique Stopani, de Bakú, nos cuenta cómo le llegó a absorber en 1907 el trabajo de Sindicato, "la tarea más candente para el Bakú de aquellos días". El Sindicato estaba dirigido por los bolcheviques. En él "desempeñaba prominente papel el insustituible Alyosha (Dzhaparidze), y algo menor el camarada Koba (Djugashvili), quien dedicaba el máximo esfuerzo sobre todo al trabajo de partido, que le estaba confiado...". Stopani no especifica en qué consistía este "trabajo de partido", aparte de "la tarea más candente" de dirigirlos Sindicatos. Pero hace una observación casual muy interesante relativa a disensiones entre los bolcheviques de Bakú. Todos ellos convenían en la necesidad de "consolidar" de un modo organizado la influencia del Partido en los Sindicatos, pero en cuanto "al grado y a la forma de aquella consolidación había también discordia entre nosotros mismos: teníamos nuestra propia "izquierda" (Koba - Stalin) y "derecha" (Alyosha-Dzhaparidze y otros, incluyéndome yo); las divergencias no versaban sobre cuestiones fundamentales, sino sobre táctica o métodos de establecer aquel contacto". Las palabras de Stopani, deliberadamente vagas (Stalin era ya entonces muy poderoso) nos permiten imaginar sin posible error la disposición real de las figuras. Por la oleada tardía del movimiento huelguístico, el Sindicato había adquirido una importancia primordial. Los dirigentes del mismo resultaron ser, naturalmente, aquellos que sabían hablar a las masas y guiarlas: Dzhaparidze y Sha'umyan. Relegado de nuevo a segundo término, Koba se atrincheró en el Comité clandestino. La lucha del Partido por asegurarse creciente influencia dentro del Sindicato, significaba para Koba que los dirigentes de las masas, Dzhaparidze y, Sha'umyan, habían de someterse a su predominio. En la contienda por esta especie de "consolidación" de su propio poder personal, Koba, según se desprende claramente de las palabras de Stopani, levantó contra sí a todos los dirigentes bolcheviques. La actividad de las masas no era favorable a los planes del intrigante solapado.

Llegó a ser excepcionalmente agria la rivalidad entre Koba y Sha'umyan. Las cosas llegaron a tal extremo que después de la detención de Sha'umyan, según el testimonio de los mencheviques georgianos, los trabajadores sospechaban que Koba hubiese denunciado a su contendiente a la policía, y solicitaron que le juzgase un tribunal del Partido. Su campaña terminó sólo al ser detenido Koba. No es probable que los acusadores tuviesen pruebas definidas. Su sospecha puede haberse basado en algunas coincidencias circunstanciales. Baste decir, de todos modos, que los camaradas del Partido de Koba le juzgaban capaz de hacerse confidente, si a ello le arrastraba una ambición contraria. ¡Tales cosas no se han dicho nunca de otro alguno!

Respecto al sostenimiento económico del Comité de Bakú en la época en que Koba formaba parte de él, hay pruebas circunstanciales, pero no indudables, ni mucho menos,

referentes a la "expropiación" armada; tributos financieros impuestos a los industriales bajo amenaza de muerte o de incendiar sus pozos de petróleo; fabricación y circulación de moneda falsa, y otros arbitrios por el estilo. Es difícil decidir si estos hechos, que realmente se produjeron, se achacaban a la iniciativa de Koba ya en aquellos remotos años, o si la mayoría de ellos tuvieron relación por primera vez con su nombre mucho después. En todo caso, la participación de Koba en empresas tan arriesgadas, no hubiera podido ser directa; de otro modo, se hubiera descubierto sin remedio. Lo más probable es que guiase las operaciones militantes como había tratado de guiar el Sindicato, desde el margen. Merece tenerse en cuenta, a este propósito, que se conoce muy poco de la vida de Koba durante aquel, período de Bakú. Los insignificantes episodios que se consignan siempre tienden a realzar la fama del "Maestro", pero su actividad revolucionaria sólo se refleja en frases de sentido general. El grado de omisión no puede ser accidental.

El essar Vereshchak, siendo aún joven, ingresó en el año 1909 en la llamada cárcel Bailov, de Bakú, donde pasó tres años y medio. Koba, que fue detenido el 25 de marzo, estuvo allí seis meses y salió después deportado; regresó a los nueve meses a Bakú, clandestinamente; le volvieron a detener en marzo de 1910, y estuvo nuevamente medio año preso en aquella cárcel, junto a Vereshchak. En 1912, ambos camaradas de presidio se encontraron otra vez en Narym, Siberia. Finalmente, después de la Revolución de febrero, Vereshchak, delegado entonces de la guarnición de Tiflis, coincidió con su antiguo conocido en el primer Congreso de los Soviets en Petrogrado.

Después del auge de la estrella política de Stalin, Vereshchak hizo un relato detallado de su vida conjunta en prisiones, que se publicó en la Prensa de los emigrados. Acaso no todo es fidedigno en su narración, ni convincentes todos sus juicios. Así, Vereshak asegura, sin duda por referencias, que el mismo Koba había reconocido que "por móviles revolucionarios" había traicionado a varios de sus compañeros seminaristas; ya se ha apuntado la inverosimilitud de tal aserto. Lo que el autor populista discurre acerca del marxismo de Koba es sumamente ingenuo. Pero Vereshchak tuvo la inapreciable ventaja de observar a Koba en un ambiente en que, se quiera o no, llegan a atrofiarse las costumbres y condiciones de la coexistencia culta. Destinada para albergar cuatrocientos presos, la cárcel de Bakú alojaba por entonces más de mil quinientos. Los reclusos dormían en las celdas atestadas, en los corredores, en los rellanos y los peldaños de las escaleras. No podía haber aislamiento de ninguna clase en tales condiciones de aglomeración. Todas las puertas, salvo las de las celdas de castigo, estaban abiertas de par en par. Los presos comunes y los políticos iban y venían libremente de una celda a otra, de pabellón a pabellón, o paseaban por el patio. "Era imposible sentarse o echarse sin pisar a alguien." En tales circunstancias, se veían unos a otros, y algunos a sí mismos, bajo aspectos completamente inesperados. Aun personas frías y retraídas, descubrían rasgos de carácter que en la vida ordinaria solían mantener ocultos.

"Koba era una persona sumamente sectaria -escribe Vereshchak-. No tenía principios generales ni fondo de educación adecuado. Por su mismo carácter, había sido siempre una persona poco culta, tosca. Todo esto se hallaba asociado en él a una astucia peculiarmente estudiada, que al principio velaba, aun para quien fuese muy buen observador, los otros rasgos disimulados bajo éste." Por "principios generales", el autor

parece entender principios morales: como populista, era un adicto a la escuela del socialismo "ético". Vereshchak se vio sorprendido por la flema de Koba. En aquella prisión era una costumbre cruel la de poner frenético al adversario en las llamadas discusiones, a tuertas o a derechas; a esto lo llamaban "hinchar la burbuja". "Nunca fue posible hacer perder a Koba la serenidad... -afirma Vereshchak-; nada era capaz de exasperarle..."

Aquel juego era inocente comparado con el que corría de cuenta de las autoridades. Entre los presos había personas condenadas a muerte más o menos recientemente, y que aguardaban de un momento a otro la culminación de su destino. Los condenados comían y dormían con los demás. A la vista de todos se llevaban por la noche y los colgaban en el patio de la prisión, de modo que desde las celdas "se oían los gritos y gemidos de los ahorcados". Todos los presos padecían por efecto de la tensión nerviosa. "Koba dormía profundamente -dice Vereshchak-, o estudiaba tan tranquilo esperanto (estaba convencido de que el esperanto era el idioma del porvenir)." Sería necio creer que Koba era indiferente, a las ejecuciones; pero tenía nervios resistentes. No sentía por los demás como por él mismo. Nervios como los suyos eran de por sí una buena cualidad.

A pesar del caos, de los ahorcados, de los conflictos personales y de partido, la cárcel de Bakú era una importante escuela revolucionaria. Koba destacaba entre los dirigentes marxistas. No participaba en discusiones particulares, y prefería hablar en público, signo seguro de que en educación y experiencia Koba era superior a la mayoría de sus compañeros de prisión. "El aspecto exterior de Koba y su brusquedad polémica hacían siempre desagradable su presencia. Sus peroratas carecían de donaire, y en cuanto a forma era una exposición seca y formalista." Vereshchak recuerda cierta discusión "agraria", durante la cual Ordzhonikidze, compañero de Koba, "dio un bofetón a su antagonista, el essar Elías Kartesevadz, y fue por eso cruelmente golpeado por los otros essars". Esto no es invención: Ordzhonikidze era muy fogoso, y conservó su predilección por los argumentos físicos hasta el tiempo en que llegó a ser un prominente dignatario soviético. Una vez Lenin propuso expulsarle del Partido por esta causa.

Vereshchak estaba asombrado de la "memoria mecánica" de Koba, cuya cabeza pequeña, de "frente poco desarrollada", contenía, al parecer, todo el Capital de Marx. "El marxismo era su elemento; en eso era invencible... Sabía arreglarlo todo con las fórmulas apropiadas de Marx. Aquel hombre causaba una fuerte impresión en la gente joven del Partido poco versada en política." Vereshchak mismo estaba entre los "poco versados". El bagaje marxista de Koba debió de parecer demasiado imponente a es joven populista, educado en la doméstica sociología literaria rusa. En realidad, era bastante modesto. Koba no tenía curiosidad teórica, perseverancia en el estudio ni disciplina mental, Ni siquiera es justo hablar de su "memoria mecánica". Es estrecha empírica, utilitaria, pero, a despecho de la preparación seminarista, no tiene nada de mecánica. Es una memoria de campesino, exenta de vuelo y de síntesis, pero firme y tenaz, especialmente en encono. No es nada cierto que Koba tuviera la cabeza repleta de citas preparadas para todas las ocasiones. Koba no fue nunca un erudito ni escolástico. A través de Plejanov y Lenin recogió del marxismo las expresiones más elementales relativas a la lucha de clases y la importancia secundaria de las ideas con relación a los factores materiales. Aunque por su cuenta simplificó hasta el exceso estas proposiciones, nunca fue capaz de aplicarlas con éxito contra los populistas, ni

siquiera como una persona armada de un revólver anticuado puede luchar con éxito contra un individuo provisto de un bumerang. Koba permaneció, en esencia, indiferente a la doctrina marxista.

Durante su encierro en las cárceles de Batum y Kutais, según recordamos, Koba intentó descubrir los misterios de la lengua alemana: por entonces, la influencia de la socialdemocracia alemana sobre la rusa era sumamente grande. Pero Koba tuvo aún menos fortuna con el idioma de Marx que con su doctrina. En la prisión de Bakú empezó a aprender esperanto como "lengua del porvenir". Este rasgo expone muy significativamente la calidad del equipo intelectual de Koba, que en la esfera del estudio buscaba siempre la línea de mínima resistencia. Aunque pasó ocho años en la cárcel y en el destierro, nunca consiguió aprender una sola lengua extranjera, sin exceptuar su malhadado esperanto.

Por regla general, los presos políticos evitaban la compañía de los criminales. Koba, por el contrario, "siempre se exhibía con rufianes, chantajistas, y andaba entre los rateros". Se sentía en pie de igualdad con ellos. "Siempre le hacía impresión la gente expedita en los "negocios". Y la política era para él un "negocio" en que convenía saber a ciencia cierta hacer y deshacer." He aquí una observación muy pertinente. Pero esta misma observación refuta mejor que todo lo demás las observaciones sobre su "memoria mecánica", llena de citas preparadas. La compañía de gente de miras intelectuales más elevadas que las suyas era fastidiosa para Koba. En el Politburó del tiempo de Lenin casi siempre pasaba las horas sentado, hosco e irritable. Por el contrario, se hacía más sociable, sosegado y humano entre personas de mentalidad primitiva, no refrenados por ninguna predilección de orden intelectual. Durante la guerra civil, cuando ciertas secciones del Ejército, habitualmente los cuerpos de Caballería, se desbordaban lanzándose a la bravata y la violencia, Lenin solía decir: "¿No haríamos mejor mandando a Stalin allá? él sabe cómo hay que hablar a gente de ésa."

Koba no era el iniciador de protestas o manifestaciones carcelarias, pero siempre apoyaba a los iniciadores. "Esto le convertía en un excelente camarada a los ojos de los encerrados." También es pertinente esta observación. Koba nunca fue un iniciador de nada ni en parte alguna. Pero era muy capaz de utilizar la iniciativa de otro, empujar a los iniciadores, reservándose la libertad de decisión. Esto no quiere decir que le faltase valor; simplemente, es que prefería no malgastarlo. El régimen carcelario era una mezcla de laxitud y crueldad. Los reclusos gozaban de considerable libertad dentro de los muros de la prisión. Pero cuando se trasponía cierta ilusoria barrera, la administración recurría a la fuerza militar. Vereshchak nos refiere que en 1909 (sin duda quiere decir 1908), el primer día de Resurrección, una compañía del Regimiento de Salyan maltrató a todos los presos políticos, sometiéndolos a una carrera de baquetas. "Koba marchaba sin bajar la cabeza aguantando los culatazos, con un libro en las manos. Y cuando se dio la voz de escapar, Koba forzó las puertas de su celda con el cubo del agua sucia, despreciando la amenaza de las bayonetas." Aquel hombre reservado (aunque en raras ocasiones), era capaz de un cierto furor.

El "historiador" moscovita Yaroslavsky plagiaba a Vereshchak como sigue: "Stalin pasó las baquetas entre los soldados leyendo a Marx..." El nombre de Marx se introduce aquí por igual razón que se pone una rosa en las manos de la Virgen María. Toda la

historiografía del Soviet está hecha con rosas de éstas. Koba, con un libro de Marx aguantando culatazos, se ha convertido en tema de enseñanza soviética, en prosa y en verso. Pero tal conducta no era en modo alguno excepcional. Las palizas carcelarias, como el heroísmo del cautiverio, estaban en el orden del día. Pyatnitsky refiere que después de detenerle en Wilno, en 1902, siendo aún muchacho, la policía propuso enviarle al funcionario de policía del distrito, famoso por sus vapuleos, a fin de arrancarle una declaración. Pero el agente más veterano replicó: "Nada dirá allí tampoco. Es de la Iskra." Ya en aquellos lejanos días, los revolucionarios de la escuela de Lenin tenían fama de ser firmes. Para asegurarse de que Kamo había perdido realmente la sensibilidad, como se alegaba, los médicos le clavaban alfileres bajo las uñas, y sólo después de resistir como duro diariamente tales pruebas durante años enteros, le declararon, al fin, loco incurable. ¿Qué valor tienen unos cuantos culatazos, en comparación con esto? No hay por qué menospreciar el valor de Koba, pero debe confinarse dentro de los límites de su tiempo y lugar.

Por las condiciones del encierro, Vereshchak no tuvo dificultad en advertir cierta particularidad de Stalin que le permitió seguir ignorando durante tan largo tiempo. "ésta era su habilidad para iniciar sigilosamente a otros, mientras él permanecía al margen." Luego siguen dos ejemplos. En una ocasión estaban golpeando a un joven georgiano en un pasillo del pabellón de "políticos". La injuriosa palabra "provocador" resonaba por todo el edificio. únicamente los soldados de la guardia consiguieron poner fin al escarmiento; el cuerpo ensangrentado fue conducido en una camilla al hospital. ¿Era un provocador, en efecto? Y si lo era, ¿por qué no lo mataron? "En la cárcel de Bailov, los provocadores, como se probase que lo eran, no solían escapar con vida -advierte Vereshchak, de pasada-. Nadie sabía nada ni acertaba a explicarse aquello, y sólo mucho después nos enceramos de que el rumor había partido de Koba." Nunca se supo si el golpeado era realmente un provocador. ¿No pudo haber sido sencillamente uno de los trabajadores que se oponían a las expropiaciones, o el que acusó a Koba de haber denunciado a Sha'umyan?

Otro ejemplo. En los peldaños de la escalera que daba acceso al pabellón de "políticos", cierto preso conocido por "el griego" apuñaló a un joven trabajador recién ingresado en la cárcel. El "griego" mismo consideraba a su víctima como un confidente, aunque no le conocía de antes. Este suceso sangriento, que conmovió a toda la cárcel, continuó siendo un misterio durante mucho tiempo. Al cabo, el "griego" comenzó a insinuar que, por lo visto, le habían "descarriado" con mala intención: el descarrío era obra de Koba.

Vereshchak menciona además, esta vez sin duda por referencias, diversas y arriesgadas empresas de Koba durante sus actividades en Bakú: la organización de falsificaciones, el robo de tesorerías del Estado y otras análogas.

"Nunca fue juzgado por ninguno de estos asuntos, aunque los falsificadores y los expropiadores estaban en la cárcel lo mismo que él." Si los otros hubieran conocido su misión, alguno de ellos le habría traicionado inevitablemente. "La habilidad de ejecutar sus planes por medio de los demás, permaneciendo por su parte completamente ignorado, hacía de Koba un taimado arbitrista que no reparaba en medios y se hurtaba a la justificación pública y a la responsabilidad."

Así aprendemos más de la vida de Koba en la cárcel que de sus actividades fuera de ella. Pero en ambos sitios sigue siendo fiel a sí mismo. Entre discusiones con los populistas y alguna que otra charla con atracadores, no se olvidaba de su organización revolucionaria. Beria nos informa de que Koba consiguió establecer contacto regular desde la cárcel con el Comité de Bakú. Esto es muy posible: donde no había separación entre presos comunes y políticos, y éstos comunicaban entre sí, era imposible quedar totalmente aislado del exterior. Uno de los números del periódico ilegal se preparó en su totalidad dentro de la prisión. El pulso de la revolución, aunque muy debilitado, continuaba latiendo. La cárcel puede no haber estimulado el interés de Koba por la teoría; pero tampoco quebró su espíritu combativo.

El 20 de setiembre, Koba fue trasladado a Solvychegodsk, en la parte norte de la provincia de Vologda. Aquello era un destierro privilegiado; sólo por dos años, y no en Siberia, sino en Rusia europea; no en un poblado, sino en una pequeña ciudad de dos mil habitantes, con grandes oportunidades para huir. Esto significaba que los gendarmes no tenían pruebas de gravedad siquiera moderada contra Koba. Dado el reducidísimo coste de la vida en aquellos confines remotos, no era muy difícil para los desterrados arreglarse con los contados rublos al mes que el Gobierno les concedía; para extraordinarios recibían ayuda de sus amigos y de la Cruz Roja revolucionaria. No sabemos cómo pasó Koba sus nueve meses en Solvychegodsk, lo que allí hizo ni si estudió. No se han publicado documentos de ningún género: ni sus ensayos, ni sus diarios, ni sus cartas. En el "caso de José Djugashvili", se lee: "grosero, imprudente, irrespetuoso con sus superiores". La "irresponsabilidad" era atributo común a todos los revolucionarios; la "grosería", el suyo personal.

En la primavera de 1909, Alliluyev, que ya estaba en San Petersburgo, recibió una carta de Koba, entonces en el destierro, preguntándole por su dirección. "A fines de aquel verano huyó Stalin del destierro y fue a San Petersburgo, donde le encontré por casualidad en una de las calles del distrito de Lityeiny." Sucedió que Stalin no encontró a Alliluyev en su casa ni en su lugar de trabajo, y se vio obligado a vagar por las calles durante mucho tiempo sin tener dónde refugiarse. "Cuando le encontré de improviso en la calle estaba sumamente cansado." Alliluyev procuró a Koba alojamiento en casa de un conserje de uno de los regimientos de la guardia, simpatizante de la revolución. "Allí vivió Stalin tranquilamente una temporada, vio a algunos miembros de la facción bolchevique de la tercera Duma, y luego se marchó al Sur, a Bakú."

¡Otra vez a Bakú! No es fácil que hacia allí le empujara el patriotismo local. Sería más acertado suponer que Koba no era conocido en San Petersburgo, que los diputados de la Duma no le hicieron mucho caso, que nadie le pidió quedarse ni le ofrecieron la ayuda que tan indispensable era a un residente ilegal. "Al regresar a Bakú, se consagró de nuevo con energía a reforzar las organizaciones bolcheviques... En octubre de 1909 fue a Tiflis, y organizó y dirigió la lucha de la organización bolchevique local contra los liquidadores mencheviques." El lector reconocerá sin duda el estilo de Beria.

En la Prensa ilegal, publicó Koba varios artículos, que sólo interesan por haberlos escrito el futuro Stalin. A falta de cosa más notable, actualmente se atribuye excepcional importancia a la correspondencia escrita por Koba en diciembre de 1909 para el periódico

extranjero del Partido. Al parangonar el activo centro industrial de Bakú con Tiflis, paralizada con sus funcionarios públicos, tenderos y artesanos, su "Carta del Cáucaso" explica muy bien el dominio de los mencheviques en Tiflis, en términos de estructura social. Sigue luego una polémica contra el perenne dirigente de la socialdemocracia georgiana, Jordania, que de nuevo proclamaba la necesidad de "unir las fuerzas de la burguesía y del proletariado". Los obreros debían renunciar a su política de intransigencia, porque, como decía Jordania, "cuanto más débil sea la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía, tanto mayor será la victoria de ésta...". Koba oponía a esto la proposición diametralmente antagónica: "Cuanto más se apoye la revolución en la lucha de clases del proletariado, que conducirá a los pobres de la aldea contra los terratenientes y la burguesía liberal, más completo será el triunfo de la revolución." Todo esto era perfectamente justo en esencia, pero no contenía una sola palabra nueva; a partir de la primavera de 1905, tales polémicas se repitieron innumerables veces. Si esta correspondencia tuvo algún valor para Lenin, no fue por la ampulosa reproducción de sus propios pensamientos, sino porque era una voz viviente de Rusia en una época en que se habían extinguido la mayoría de ellas. Sin embargo, en 1937, esta "Carta del Cáucaso" fue proclamada "el ejemplo clásico del la táctica leninista-stalinista". "En nuestros escritos y en todas nuestras enseñanzas -escribe uno de tales panegiristas-, no poca luz se ha proyectado sobre este artículo, extraordinario por su fondo, su riqueza deductiva y su importancia histórica." Lo más generoso es darlo de lado.

"En marzo y abril de 1910 fue posible al fin -nos informa el mismo historiador, un tal Rabichev-, crear una filial (collegium) rusa del Comité Central. Entre sus miembros se contaba Stalin. Pero, antes de que dicha filial comenzara a trabajar, sus componentes fueron detenidos." Si esto es verdad, Koba, al menos en la forma, se incorporó al Comité Central en 1910. ¡Un hito de importancia en su biografía! Pero no lo es. Quince años antes que Rabichev, el viejo bolchevique Germanov (Frumkin) refería lo siguiente: "En la conferencia entre el autor de estas línea y Nogin se decidió proponer que el Comité Central confirmase la siguiente lista de cinco nombres como Sección rusa del Comité Central: Nogin, Dubrovinsky, Malinovsky, Stalin y Milyutin." Por consiguiente, no se trataba de una decisión del Comité Central, sino solamente del proyecto de los bolcheviques. "Ambos conocíamos a Stalin -sigue diciendo Germanov- como uno de los mejores y más activos trabajadores de Bakú. Nogin fue a Bakú para cambiar impresiones con él; pero, por diversas razones, Stalin no pudo asumir el cargo de miembro del Comité Central." Germanov nada dice del motivo exacto de la dificultad. Dos años más tarde, el mismo Nogin escribió, con relación a su viaje a Bakú, lo que sigue: "... en la clandestinidad más profunda se hallaba Stalin (Koba), muy conocido en el Cáucaso en aquellos días, y obligado a permanecer escondido en los campos petrolíferos de Balajana." De aquí se desprende que Nogin no llegó siquiera a ver a Koba.

La reticencia respecto a las razones que impidieron a Stalin entrar en la filial rusa del Comité Central sugiere algunas deducciones interesantes. El año 1910 fue el período de máxima degeneración del movimiento y de más fusión de tendencias conciliatorias. En enero se celebró en París un pleno del Comité Central, y en él los conciliadores ganaron una batalla muy inestable. Se decidió restaurar el Comité Central en Rusia, con participación de los liquidadores. Nogin y Germanov eran conciliadores bolcheviques. El

resurgimiento de la Sección "rusa" (esto es, del que había de actuar ilegalmente en Rusia) era tarea de Nogin. A falta de figuras prominentes, se hicieron varias tentativas para atraer a las de provincias. Entre éstas se contaba Koba, a quien Nogin y Germanov conocían "como uno de los mejores trabajadores de Bakú". Sin embargo, nadie pensó en él. El documentado autor del artículo alemán a que nos hemos referido en otro lugar manifiesta que aunque "los biógrafos oficiales bolcheviques tratan de presentar (sus) expropiaciones y expulsión del Partido como inexistentes..., sin embargo, los mismos bolcheviques dudaban de situar a Koba en ningún puesto notable de dirección". Puede suponerse con seguridad que el motivo del fracaso de la misión de Nogin fue la reciente participación de Koba en "actividades militantes". El pleno de París había tildado a los expropiadores de personas guiadas por "una falsa comprensión de los intereses del Partido". Luchando por la legalidad, los mencheviques no podían consentir de ningún modo en colaborar con un declarado cabecilla de expropiadores. Nogin vino a comprender esto, al parecer, sólo en el curso de sus negociaciones con destacados mencheviques del Cáucaso. No se organizó filial ninguna con Koba entre sus miembros. Adviértase que de los conciliadores que protegían a Stalin, Germanov es de los desaparecidos sin dejar rastro; en cuanto a Nogin, sólo su muerte prematura en 1924 le salvó de la suerte de Rikov, Tomsky, Germanov y otros amigos íntimos suyos.

La actividad de Koba en Bakú tuvo sin duda mucho más éxito que en Tiflis, ya desempeñara allí un papel de primero, segundo o tercer orden. Pero la idea de que la organización de Bakú fue la única fortaleza inexpugnable del bolchevismo es un mito. A fines de 1911, Lenin mismo dio accidentalmente pie a este mito citando la organización de Bakú junto a la de Kiev, entre las "ejemplares y progresivas de Rusia en 1910 y 1911", esto es, en los años de la disgregación total del partido y del comienzo de su resurgimiento. "La organización de Bakú existió sin interrupción durante los años difíciles del dominio reaccionario, y desempeñó una parte sumamente activa en todas las manifestaciones del movimiento obrero", dice una de las citas del volumen XV de las obras de Lenin. Ambas opiniones, que actualmente se relacionan muy de cerca con las actividades de Koba, han resultado ser completamente erróneas al investigar los hechos. A decir verdad, después de resurgir, Bakú pasó por las mismas fases de declinación que los demás centros industriales del país, algo más tarde, pero, en cambio, de un modo mucho más rudo.

Stopani escribe en sus Memorias.- "A partir de 1910, la vida del Partido y del Sindicato de Bakú se extinguió por completo." Quedaron restos desperdigados del Sindicato languideciendo por algún tiempo, pero aun éstos tenían a su frente una mayoría de mencheviques. "Pronto se apagó virtualmente toda actividad bolchevique, gracias a constantes fracasos por detenciones, falta de activistas y desorden general" La situación era aún peor en 1911. Ordzhonikidze, que visitó en marzo de 1912, cuando la marea iba comenzando a subir de nuevo apreciablemente por todo el país, escribió desde el extranjero: "Ayer pude reunir por fin a unos cuantos trabajadores... No hay organización, esto es, del centro local; por lo tanto, nos tuvimos que contentar con conferencias en privado..." Estos dos testimonios son suficientes. Recordemos además la aseveración de Olminsky, ya citada, de que "el resurgimiento fue más remiso en las ciudades donde las "exes" habían sido más numerosas (como ejemplo, puedo citar Bakú y Saratov)". El error de Lenin al evaluar la organización de Bakú es un ejemplo corriente del error de un

emigrado que ha de juzgar desde lejos a base de informaciones parciales o inciertas, entre las cuales podían contarse las noticias excesivamente optimistas suministradas por el mismo Koba.

El cuadro general así trazado es bastante claro. Koba no tomó parte activa en el movimiento sindical, que en aquel tiempo era palenque principal de la contienda (Kariyan, Stopani). No habló en los mítines de trabajadores (Vereshchak), sino que se hallaba en "la más profunda clandestinidad" (Nogin). No pudo, "por diversos motivos", entrar a formar parte de la filial rusa del Comité Central (Germanov). En Bakú, las "exes" habían sido más numerosas que en parte alguna (Olminsky), igual que los actos de terrorismo individual (Vereshchak). Se atribuía a Koba la dirección inmediata de las actividades "militantes" de Bakú (Vereshchak, Martov y otros). Tales actividades exigían sin duda apartarse de las masas y sumirse en la más "profunda clandestinidad". Durante algún tiempo, la existencia de la organización ilegal se sostuvo con los medios obtenidos del robo de dinero. De ahí que fuese más fuerte el golpe de la reacción y el resurgimiento más atrasado. Esta conclusión no tiene sólo importancia biográfica, sino también teórica, pues contribuye a proyectar claridad sobre ciertas leyes generales del movimiento de masas.

El 24 de marzo de 1919, el capitán de gendarmes Martynoc declaró haber arrestado a José Djugashvili, conocido por el alias de Koba, miembro del Comité de Bakú, trabajador sumamente activo, que ocupaba una posición dirigente (admitiendo que el documento no haya sido corregido por mano de Beria). Con relación a este arresto, otro gendarme informaba de oficio: "En vista de la persistente participación de Djugashvili en la actividad revolucionaria, y de sus "dos escapatorias", él, capitán Galimbatovski, "se permitía proponer el castigo más severo"." Pero no hay que pensar que se refiera con esto a la ejecución: "el castigo más severo" en el orden administrativo significaba la deportación a puntos remotos, de Siberia por término de cinco años.

Entretanto, Koba permanecía en la cárcel de Bakú, que conocía muy bien. La situación política del país y el régimen penitenciario habían sufrido profundos cambios en el curso del año y medio transcurrido. Alboreaba el 1910. La reacción estaba triunfando en toda la línea. No sólo el movimiento de masas, sino también las expropiaciones, el terrorismo y los actos de desesperación individual disminuyeron. La cárcel se hizo más severa y reposada. No había siquiera conversaciones ni discusiones colectivas. Koba tuvo tiempo bastante para aprender esperanto, si es que no había perdido la ilusión por el idioma del porvenir. El 27 de agosto, por orden del gobernador general del Cáucaso, se prohibió a Djugashvili vivir en Transcaucasia durante los siguientes cinco años. Pero las propuestas del capitán Galimbatovski, que por lo visto no pudo alegar cargos muy graves, encontraron oídos sordos en San Petersburgo: Koba fue enviado de nuevo a la provincia de Vologda para cumplir el resto de su destierro de dos años.

CAPITULO V
EL NUEVO DESPERTAR

Durante unos cinco años (1906-1911), Stolypin tuvo el país bajo sus plantas, y agotó todos los recursos de la reacción. El régimen del 3 de junio supo hacer exhibición de su incapacidad en todas las esferas, pero sobre todo en el dominio del problema agrario. Stolypin tuvo que descender de las combinaciones políticas al club policíaco. Y como para poner más de relieve la absoluta quiebra de su sistema, el asesino de Stolypin procedía de las filas de su misma escolta secreta.

En 1910 la renovación de la industria pasó a ser un hecho indiscutible. Los partidos revolucionarios se encontraban ante esta cuestión: ¿Qué efecto tendrá este cambio de situación en las condiciones políticas del país? La mayoría de los socialdemócratas mantenían su actitud esquemática: la crisis revoluciona a las masas, y el resurgimiento de la industria las pacifica. Ambos bandos, bolcheviques como mencheviques, tenían, pues, a menospreciar o a negar rotundamente este resurgimiento que había comenzado realmente. La excepción era el periódico de Viena Pravda, que, a pesar de sus ilusiones conciliatorias, defendía la idea muy justa de que las consecuencias políticas de la renovación, como de la crisis, lejos de ser automáticas, cada vez se determinan de nuevo, según el curso de la lucha precedente y la situación global del país. Así, a la zaga del renacimiento industrial, en el curso del cual se había podido desarrollar una lucha huelguística muy amplia, un súbito decaimiento de la situación podría requerir un despertar revolucionario inmediato, siempre que concurriesen las demás condiciones necesarias. Por otra parte, después de un largo período de lucha revolucionaria terminada en derrota, una crisis industrial, dividiendo y debilitando al proletariado, podría destruir por completo su espíritu de combate. O bien, un resurgimiento industrial consecutivo a un largo período de reacción es capaz de reanimar el movimiento obrero, en gran parte a modo de lucha económica, después de lo cual la nueva crisis puede desviar la energía de las masas hacia carriles políticos.

La guerra ruso-japonesa y las sacudidas de la revolución impidieron al capitalismo ruso participar en el resurgimiento industrial del mundo entero durante el período 1903-1907. Entretanto, las constantes batallas revolucionarias, derrotas y represiones habían agotado la resistencia de las masas. La crisis industrial mundial, que se inició en 1907, prolongó por otros tres años la ya larga depresión, y lejos de mover a los obreros a emprender una nueva lucha, los dispersó y debilitó más que nunca. Bajo los golpes de los cierres patronales, del paro y de la miseria, las fatigadas masas se desanimaron definitivamente. Tal fue la base material de las "proezas" de la reacción de Stolypin. El proletariado necesitaba la fuente renovadora de otro resurgimiento industrial para recuperar

su fuerza, llenar sus filas y sentirse otra vez el indispensable factor en la producción, lanzándose a una nueva lucha.

A fines de 1910 hubo manifestaciones callejeras (cosa no vista hacía mucho tiempo), en relación con las muertes del liberal Morumtsev, que había sido presidente de la primera Duma, y de León Tolstoy. El movimiento estudiantil entró en una fase nueva. Superficialmente (tal es la habitual aberración del idealismo histórico), podría haberse creído que la delgada capa de los intelectuales era el lugar de incubación de la insurrección política, y que por la fuerza de su ejemplo estaba comenzando a atraer a la capa superior de los trabajadores. En realidad, la ola del resurgimiento no iba de la cúspide a la base, sino al contrario. Gracias al revivir de la industria, la clase trabajadora iba gradualmente saliendo de su estupor. Pero antes de que los cambios, químicos que habían transformado a las masas se hicieran perceptibles, pasaron a los estudiantes por medio de los grupos sociales intercalados. Como la juventud estudiantil era más fácil de impulsar, la renovación se manifestó ante todo en forma de alborotos estudiantiles. Pero el observador debidamente preparado podía ver de antemano que las manifestaciones de los intelectuales no eran más que un síntoma de procesos mucho más profundos e importantes dentro del mismo proletariado.

Efectivamente, la gráfica del movimiento huelguístico comenzó a ascender. Verdad es que el número de huelguistas en 1911 no excedió de un centenar de millares (el año anterior no había llegado a la mitad de esa cifra siquiera), pero la lentitud del resurgimiento mostraba qué intenso era el estupor que se imponía vencer. De todos modos, a fines del año los distritos obreros presentaban un aspecto muy distinto que a su comienzo. Después de las fructíferas cosechas de 1909 y 1910, que dieron ímpetu al renacimiento industrial, vino una desastrosa recolección en 1911, que, sin detener el resurgimiento, condenó a veinte millones de campesinos a morir de hambre. La inquietud, iniciada en las aldeas, volvió a poner el problema campesino en primer término. La Conferencia bolchevique de enero de 1912 tenía justo motivo para referirse a "la iniciación del renacimiento político". Pero la ruptura súbita no se produjo hasta la primavera de 1912, después de la famosa matanza de obreros en el río Lena. En la profunda taiga, a más de cinco mil millas de San Petersburgo y a más de cuatrocientas del ferrocarril más próximo, los parias de las minas de oro, que cada año proporcionaban millones de rublos a los bolsillos de accionistas ingleses y rusos, reclamaban la jornada de ocho horas, aumento de salarios y abolición de multas. Los soldados, conducidos desde Irkutsk, hicieron fuego contra la multitud desarmada: 150 muertos, 250 heridos; sin la menor asistencia médica, veinte de éstos murieron.

Durante el debate de los sucesos del Lena, en la Duma, el ministro del Interior, Makarov, estúpido funcionario, no peor ni mejor que otros contemporáneos suyos, declaró, con el aplauso de los diputados de la derecha: "¡Esto es lo que ocurrió y lo que volverá a ocurrir de nuevo!" Estas palabras de asombroso descaro produjeron una descarga eléctrica. Primero de las fábricas de San Petersburgo y luego de todo el país empezaron a llegar noticias de declaraciones y manifestaciones de protesta, por teléfono y por telégrafo. La repercusión de los sucesos del Lena sólo podía compararse con la oleada de indignación que había agitado a las masas trabajadoras siete años antes, después del domingo

sangriento. "Tal vez desde los días de 1905 -escribía un periódico liberal- no habían vuelto a estar tan animadas las calles de la capital."

En aquellos días estaba Stalin en San Petersburgo, libre, entre dos temporadas de destierro. "Los disparos del Lena rompieron el hielo del silencio -escribía en el periódico Zvezda (La Estrella), al que habremos de referirnos más adelante-, y el río del resentimiento popular ha comenzado a moverse... Todo cuanto hay de malo y destructivo en el régimen contemporáneo, todo cuanto ha atormentado a la desdichada Rusia, se ha fundido en el solo hecho de los sucesos del Lena. Por eso los disparos del Lena han servido de señal a huelgas y manifestaciones."

Las huelgas afectaron a unos 300.000 trabajadores. La huelga del 1.º de mayo llevó a la formación a 400.000. Según datos oficiales, el número de huelguistas ascendió en 1912 a 725.000. El número total de obreros subió no menos del veinte por ciento durante los años del renacimiento industrial, y en virtud de la febril concentración de la producción, su papel en la economía asumía una importancia aún mayor. El revivir de la clase trabajadora repercutió en todas las demás capas de la población. La aldea hambrienta se agitó portentosamente. Llamaradas de descontento se observaron en el Ejército y en la Armada. "En Rusia, el resurgimiento revolucionario -escribía Lenin a Gorki en agosto de 1912-, no es sino resueltamente revolucionario."

El nuevo movimiento no era una repetición del pasado, sino su continuación. En 1905, la potente huelga de enero había ido acompañada de una ingenua petición al zar. En 1912, los trabajadores presentaron desde un principio la consigna de una república democrática. Las ideas, las tradiciones y la experiencia organizadora del año 1905, enriquecida por las duras lecciones aprendidas durante los años de la reacción, fertilizaron el nuevo período revolucionario. Desde el primer instante, la misión directora correspondió a los trabajadores. Dentro de la vanguardia proletaria, la dirección correspondió a los bolcheviques. Esto, en esencia, determinó el carácter de la futura revolución, aunque los bolcheviques mismos no tenían aún clara conciencia de ello. Al reforzar al proletariado y asegurar para él un papel de enorme importancia en la vida económica y política del país, el resurgimiento industrial consolidó los cimientos para la perspectiva de la revolución permanente. La limpieza de los establos del viejo régimen no podía realizarse de otro modo que con la escoba de la dictadura proletaria. La revolución democrática sólo podía vencer transformándose en la revolución socialista, esto es, sobreponiéndose a sí misma.

La tercera deportación de Koba duró del 23 de setiembre de 1910 al 6 de julio de 1911, en que fue puesto en libertad después de cumplir el resto de su condena de dos años. Un par de meses empleó en la ruta de Bakú a Solvychegodsk, con paradas en varias cárceles del trayecto. Por lo tanto, esta vez Koba pasó más de ocho meses residiendo como desterrado. Virtualmente nada se sabe respecto a su vida en Solvychegodsk, los libros que leyera, los problemas que le interesaban. De dos de sus cartas de entonces resulta que recibía publicaciones del extranjero y pudo seguir la vida del partido, o más bien había alcanzado una fase aguda. Plejanov, con un grupo inconsecuente de adictos, rompió de nuevo con sus mejores amigos y acudió en defensa del Partido ilegal contra los liquidadores. Aquélla fue la última llamarada de radicalismo en la vida de este hombre insigne, que iba ya acercándose rápidamente a su declinación. Así surgió el sorprendente,

paradójico y fugaz bloque de Lenin con Plejanov. En cambio, hubo aproximación entre los liquidadores (Martov y otros), los progresistas (Bogdanov, Lunacharsky) y los conciliadores (Trotsky). Este segundo bloque, enteramente horro de fundamento en principios, se encontró formado en cierto modo con sorpresa de los mismos participantes en él. Los conciliadores seguían aspirando a "conciliar" a los bolcheviques con los mencheviques; y como el bolchevismo, en la persona de Lenin, rechazaba rotundamente la idea de toda clase de acuerdo con los liquidadores, se desviaron naturalmente los conciliadores hacia la posición de unirse o asociarse con los mencheviques y los progresistas. El cemento de aquel bloque episódico, como Lenin escribió a Gorki, era "el aborrecimiento al Centro bolchevique por su lucha sin cuartel en defensa de sus ideas". La cuestión de los dos bloques era objeto de viva discusión en las mermadas filas del Partido por aquellos días.

El 31 de diciembre de 1910, Stalin escribió a París: "Camarada Simeón: Ayer recibí tu carta por mediación de unos camaradas. Ante todo, saludos fervorosos para Lenin, Kamenev y otros." Este saludo no se ha vuelto a imprimir a causa del nombre de Kamenev. Luego sigue su opinión acerca de la situación del Partido. "A mi juicio, la línea del bloque (Lenin-Plejanov) es la única normal posible... En el plan del bloque se ve claramente la mano de Lenin (es un hombre listo, y sabe dónde le aprieta el zapato). Pero esto no quiere decir que sea bueno cualquier bloque viejo. El bloque trotskista (hubiera debido decir "síntesis") no es más que pútrida desaprensión... El bloque Lenin-Plejanov es vital por basarse en principios profundos, por fundarse en la unidad de criterios sobre el modo de reanimar al Partido. Pero precisamente por ser un bloque, y no una fusión, justamente por eso los bolcheviques necesitan su propia facción." Todo esto coincidía con el modo de pensar de Lenin, y era en esencia una simple paráfrasis de sus artículos, algo así como una autorrecomendación en cuanto a principios. Habiendo proclamado además, como de pasada, que "lo principal" era, ante todo, no la emigración, sino el trabajo práctico en Rusia, Stalin se apresuraba seguidamente a explicar que el trabajo práctico significa "la aplicación de principios". Reforzada así su posición por insistencia sobre la palabra mágica "Principios", Koba iba concretando más: "...En mi opinión -escribe-, nuestra tarea primordial, que no admite dilaciones, es organizar un grupo central (ruso), que coordine el trabajo ilegal. Ese grupo es necesario como el aire, como el pan." No había nada nuevo en el plan mismo. Lenin había hecho tentativas más de una vez, desde el Congreso de Londres, para restablecer el núcleo ruso del Comité Central, pero hasta entonces la dispersión del Partido había condenado todo al fracaso. Koba proponía que se convocase una Conferencia de activistas del Partido. "Es muy posible que esta misma Conferencia haga destacar los elementos apropiados para el grupo Central propuesto." Habiendo manifestado su propósito de desviar el centro de gravedad del Partido del extranjero a Rusia, Koba se esforzaba seguidamente por mitigar toda posible aprensión por parte de Lenin: "Habrá que proceder firmemente y sin contemplaciones, desafiando los reproches de los liquidadores, los trotskistas y los progresistas..." Con calculada modestia escribía a Propósito del grupo central de su proyecto: "Llámelo como quiera ("Sección rusa del Comité Central" o "Grupo auxiliar del Comité Central"), el nombre no importa." La pretendida indiferencia tenía por objeto disimular la ambición personal de Koba. "En cuanto a mí, tengo seis meses por delante. Cuando termine, puede disponer de mí. Si hacen mucha falta organizadores, trataré

de largarme en seguida." La finalidad de la carta era evidente: Koba, sugería su propia candidatura. Deseaba llegar, por lo menos, a miembro del Comité Central.

La ambición de Koba, nada censurable, se vio inesperadamente revelada por otra carta suya dirigida a los bolcheviques de Moscú." Soso el caucásico os escribe -así comenzaba la carta-. Me recordaréis de 04 (1904), en Tiflis y Bakú. En primer lugar, mis afectuosos saludos a Olga, a ti, a Germanov. I. M. Golubev, con quien estoy pasando mis días en el destierro, me ha hablado de vosotros mucho. Germanov me conoce por K... b... a (él lo entenderá)." Es curioso que ya en 1911, Koba se viese obligado a hacerse recordar de los viejos miembros del Partido recurriendo a indicaciones indirectas y puramente accidentales, todavía era desconocido y se veía en riesgo de que lo olvidaran fácilmente. "Estoy terminando (el destierro); para julio de este año -continuaba-. Ilich y Co. me llaman a uno de dos centros, sin aguardar a que cumpla aquí. Sin embargo, me gustaría terminar (una persona legal tiene más oportunidades)... Pero si la necesidad apremia (estoy esperando su respuesta), entonces, naturalmente, saldré como pueda... Nos consumimos de inacción, yo estoy literalmente ahogándome."

Desde el punto de vista de la circunspección elemental, esta parte de la carta parece asombrosa. Un desterrado, cuyas cartas corren siempre peligro de caer en manos de la policía, sin razón alguna aparente envía por correo, a miembros del Partido con quienes apenas tiene confianza, información acerca de su correspondencia conspiratoria con Lenin, relativa al hecho de que urge escapar del destierro, y que, en caso de necesidad, "recurriría, naturalmente, a la fuga". Como veremos luego, la carta cayó efectivamente en manos de los gendarmes, quienes sin gran trabajo identificaron al remitente y a todas las personas a quienes mencionaba. No puede menos de ocurrirse una explicación de tal imprudencia: el afán de alardear. "Soso el caucásico", que acaso no hubiera sido bastante advertido en 1904; no puede resistir la tentación de informar a los bolcheviques de Moscú que Lenin mismo le ha incluido entre los activistas centrales del Partido. Sin embargo, el motivo de la jactancia es sólo secundario. La clave de esta misteriosa carta está en su final:

"Acerca de la "tempestad en un vaso de agua, del extranjero ya hemos oído algo, claro está: los bloques de Lenin-Plejanov, por un lado, y de Trotsky-Martov-Bordanov, por otro. La actitud de los trabajadores hacia el primero, por lo que sé, es favorable. Pero, en general, los trabajadores comienzan a mirar desdeñosamente a la emigración: "dejadles subir por la pared lo que se les antoje; en cuanto a nosotros, todos apreciamos el interés del momento..., trabajar; lo demás vendrá por sí mismo. Esto creo que es lo mejor"."

¡Sorprendentes líneas! La lucha de Lenin contra los liquidadores y los conciliadores no es para Stalin, más que una "tempestad en un vaso de agua". "Los trabajadores (y con ellos Stalin) comienzan a mirar con desdén a la emigración, incluyendo a la plana mayor de los bolcheviques. Cada cual aprecia el interés del momento..., trabajar; lo demás vendrá por sí mismo." El interés del momento, por lo visto, ninguna relación guardaba con la lucha teórica que estaba trazando el programa del movimiento.

Año y medio después, cuando, bajo la influencia del comienzo del empuje, la lucha entre los emigrados se hizo más aguda que nunca, el sentimental semibolchevique Gorki se lamentaba en una carta a Lenin de las "querellas" en el extranjero, la tempestad en un vaso

de agua. "En cuanto a las querellas entre socialdemócratas -le contestó Lenin en tono de reprobación-, eso es una queja favorita de los burgueses, los liberales, los essars, cuya actitud frente a cuestiones de fondo dista mucho de ser seria, y gustan de ir a remolque de otros, de jugar a la diplomacia, de sostenerse con eclecticismo..." "La misión de los que comprenden el arraigo que en las ideas encierran tales querellas... -insistía en una carta posterior-, es ayudar a la masa a buscar esas raíces, y no justificar a la masa en su tendencia a contemplar esos debates como "asunto personal de los generales"." "En Rusia ahora -persistía Gorki por su parte-, entre los trabajadores hay mucho de bueno..., la juventud, pero está muy hostil frente a la emigración..." Lenin replicó: "Esto es verdad, sin duda. Pero la culpa no es de los "dirigentes"... Lo que está roto debe ligarse; pero es de poco mérito, aunque inútil, increpar a los líderes..." Parece como si en sus reprimidas refutaciones a Gorki estuviese Lenin refutando con indignación a Stalin.

Una cuidadosa confrontación de las dos cartas de Stalin, que su autor nunca imaginó expuestas a cotejo, es sumamente valiosa para ahondar en su carácter y en sus métodos. Su actitud real en cuanto a "principios" se expresa con mucha más veracidad en la segunda carta: "trabajar; el resto vendrá por sí mismo". Esencialmente, tal era la actitud de más de un Conciliador no superdotado. Stalin recurría a las expresiones crudamente desdeñosas al referirse a la "emigración", no sólo porque la rudeza es una parte integrante de su naturaleza, sino ante todo por que contaba con la simpatía de los prácticos, especialmente de Germanov. Conocía bien cómo era éste por Golubev, que acababa de ser deportado desde Moscú. Las actividades en Rusia iban bastante mal, la organización ilegal había declinado hasta lo ínfimo, y los prácticos estaban muy propicios a cargarlo todo sobre los emigrados por armar tanto ruido sin motivos serios.

Para comprender el objetivo práctico disimulado tras la doble maniobra de Stalin, recordaremos que Germanov, que había propuesto varios meses antes la candidatura de Koba para el Comité Central, estaba por su parte en relación estrecha con otros conciliadores de influencia asimismo entre los próceres del Partido. Koba estimó provechoso demostrar a aquel grupo su solidaridad con él. Pero le constaba bien la solidez de la Influencia de Lenin, y por eso comenzaba con una declaración de su lealtad a los "principios". En su carta a París se acomodaba a la posición irreconciliable de Lenin, porque Stalin tenía miedo de Lenin; en su carta a los moscovitas, los ponía frente a Lenin, quien "subía por la pared" sin un motivo justo. La primera carta era una absurda reproducción de los artículos de Lenin contra los conciliadores; la segunda repetía los argumentos de éstos contra Lenin. Y todo ello en un lapso de veinticuatro horas.

Es cierto que la carta al "camarada Simeón" contiene la cautelosa frase de que el centro en el extranjero "no lo es todo, ni siquiera lo principal". "Lo principal es organizar actividades en Rusia." En cambio, en la carta a los moscovitas se contiene lo que al parecer no es más que una insinuación casual: la actitud de los trabajadores respecto al bloque Lenin-Plejanov, "por lo que yo sé, es, favorable". Pero lo que en una carta es rectificación subsidiaria, sirve en la otra como punto de partida para desarrollar el razonamiento contrario. La finalidad de los vagos apartes, que casi son reservas mentales, es suavizar la contradicción entre ambas cartas. Aunque, en realidad, lo que hacen es traicionar la culpable conciencia de su autor.

La técnica de cualquier intriga, aunque sea primitiva, es suficiente dentro de su objetivo. De propósito no escribió directamente Koba a Lenin, prefiriendo hacerlo a "Simeón". Esto le permitía referirse a Lenin en tono de intimidad admirativa, sin hacer ineludible para él calar en lo esencial de la cuestión. Sin duda, los móviles efectivos de Koba no eran un misterio para Lenin. Pero su método era el propio de un político. Un revolucionario profesional que en el pasado había dado pruebas de fuerza de voluntad y resolución sentía ahora anhelos de adelantar dentro de la máquina del Partido. Lenin tomó nota de aquello. Por otra parte, también Germanov recordó que en la persona de Koba los conciliadores tendrían un, aliado. Así consiguió sus fines; en todo caso, de momento. Koba tenía muchas condiciones para convertirse en un miembro destacado del Comité Central. Su ambición estaba bien fundada. Pero eran sorprendentes los métodos de que se valía el joven agitador para acercarse a su meta..., los de duplicidad, falacia y deliberado cinismo.

En la vida de conspiración, las cartas comprometedoras se destruían; el contacto personal con gente del extranjero era raro, de modo que Koba no podía temer que sus dos cartas llegasen a ser cotejadas. El mérito de haber conservados estos inapreciables documentos humanos para el futuro pertenece a los censores del servicio de Correos del zar. El 23 de diciembre de 1925, cuando el régimen totalitario estaba aún lejos de haber alcanzado su actual automatismo, el periódico de Tiflis Zarya Vostova, tuvo la insensatez de publicar una reproducción de la carta de Koba a los moscovitas, tomada de los archivos policíacos. ¡No es difícil imaginarse el rapapolvo que le valió al malhadado Consejo de redacción semejante traspiés! Después no se volvió a reimprimir la carta, y ni uno solo de los biógrafos oficiales vuelve a mencionarla.

A pesar de la terrible necesidad de organizadores, Koba no "se dio a la fuga en seguida", esto es, no se escapó, sino que esta vez cumplió su condena hasta el final. Los periódicos contenían información sobre mítines estudiantiles y manifestaciones callejeras. No menos de diez mil personas se apiñaron en la Perspectiva Nevsky. Los trabajadores comenzaron a juntarse con los estudiantes. "¿No es éste el comienzo del cambio?", preguntaba Lenin en un artículo, unas semanas antes de recibir la carta que le envió Koba desde el destierro. Durante los primeros meses de 1911, el resurgimiento se hizo indiscutible, pero Koba, que ya tenía en su haber tres fugas, se estuvo tranquilo esta vez aguardando el término de su destierro. El despertar de la nueva primavera parecía haberle dejado frío. Recordando sus peripecias de 1905, ¿tendría acaso temor de una nueva resurrección?

Todos los biógrafos, sin excepción, hacen referencia a la nueva fuga de Koba. En realidad, no había necesidad de tal fuga; su destierro caducaba en julio de 1911. El periódico Ojrana, de Moscú, al mencionar de pasada a José Djugashvili aludía a él esta vez como uno que "cumplía su condena de destierro administrativo en la; ciudad de Solvychegodsk". La Conferencia de los miembros bolcheviques del Comité Central, que entretanto se celebraba en el extranjero, designó una comisión especial para preparar una Conferencia del Partido, y parece ser que Koba entró a formar parte de ella con otros cuatro camaradas. Después del destierro, fue a Bakú y a Tiflis, para agitar a los bolcheviques locales e inducirlos a participar en la Conferencia. No había entonces organizadores formales en el Cáucaso, por lo que hubo de empezar desde casi la nada absoluta. Los

bolcheviques de Tiflis aprobaron el llamamiento que escribió Koba sobre la necesidad de un partido revolucionario:

"Por desgracia, además de los aventureros políticos, los provocadores y otra gentualla, los trabajadores avanzados en nuestra propia causa de reformar nuestro partido socialdemócrata, se ven obligados a tropezar con un nuevo obstáculo en nuestras filas, a saber, con gentes de mentalidad burguesa."

Esto se refería a los liquidadores. La proclama terminaba con una metáfora característica de nuestro autor:

"Las sombrías nubes sangrientas de la negra reacción que se cierne sobre el país comienzan a dispersarse, comienzan a ser reemplazadas por las tormentosas nubes del furor y la indignación del pueblo. El fondo negro de nuestra vida es sacudido por los relámpagos, mientras allá a lo lejos flamea la aurora, y la tempestad se acerca..."

El objeto de aquella proclama era dejar sentada la urgencia de organizar el grupo de Tiflis y asegurar así para los poco bolcheviques locales la participación en la inmediata Conferencia.

Koba abandonó legalmente la provincia de Vologda. Es dudoso que fuera en condiciones legales del Cáucaso a San Petersburgo: era costumbre prohibir durante una temporada a los desterrados que viviesen en ciudades importantes. Pero, con permiso o sin él, el provinciano salió por último hacia el territorio de la capital. El Partido comenzaba justamente a despertar de su letargo. Sus mejores elementos estaban en la prisión, en el destierro, o habían emigrado. Por esto precisamente se necesitaba a Koba en San Petersburgo. Pero su primera estancia en la capital fue breve. Sólo dos meses pasaron entre el fin de su destierro y su nueva detención, y, de este lapso, tres a cuatro semanas debió de invertir en su viaje al Cáucaso. Nada sabemos acerca de la adaptación de Koba a su nuevo ambiente ni de cómo empezó a trabajar en el nuevo marco de actividad.

La única reminiscencia de aquel período es la brevísima información que Koba envió al extranjero relativa a la reunión secreta de los cuarenta y seis socialdemócratas del distrito de Viborg. El pensamiento principal de un discurso pronunciado por un prominente liquidador fue el siguiente: que "en un sentido de partido no se necesitan organizaciones", pues para la actividad abierta bastaba sólo con tener "grupos de iniciación" que se ocuparan de organizar charlas públicas y reuniones legales sobre materias de seguros del Estado, política municipal, etc. Según la nota de Koba, este plan de los liquidadores para adaptarse a la monarquía seudoconstitucional encontró una cordial resistencia en todos los trabajadores, incluyendo a los mismos mencheviques. Al final de la reunión, todos, con la excepción del orador principal, votaron en favor de un partido revolucionario ilegal.

Lenin o Zinoviev pusieron a este mensaje de San Petersburgo la siguiente nota editorial:

"La correspondencia del camarada K merece la máxima atención de todos aquellos que aprecien al Partido... No podría esperarse una repulsa mejor a las opiniones y esperanzas de nuestros pacificadores y conciliadores. ¿Es excepcional el incidente descrito por el camarada K? No, es típico..."

Sin embargo, raramente "recibe el Partido una información tan definida, y por ello damos las gracias al camarada K". Con relación a este episodio periodístico, la Enciclopedia Soviética escribe:

"Las cartas y los artículos de Stalin atestiguan la inconmovible unidad de esfuerzo combativo y línea política que ligaba a Lenin y al genio que fue su compañero de armas."

Para llegar a esta conclusión fue necesario publicar una tras otra varias ediciones de la Enciclopedia, liquidando entretanto a no escaso número de editores.

Alliluyev, nos refiere que un día de primeros de setiembre, al regresar a su casa, observó que había espías en la puerta, y al subir la escalera hacia su piso, encontró allí a Stalin y a otro bolchevique georgiano. Cuando Alliluyev les habló de la "cola" que dejaba abajo, Stalin contestó, no muy cortésmente: "Y eso, ¿qué te importa...? ¡Algunos camaradas se están volviendo unos zamacucos, unos burgueses asustadizos! " Pero los espías resultaron serlo efectivamente. El 9 de setiembre detuvieron otra vez a Koba, y el 22 de diciembre ya estaba en su lugar de destierro; esta vez la capital de la provincia de Vologda, es decir, en mejores condiciones que antes. Es probable que este destierro fuese sólo como castigo por estancia ilegal en San Petersburgo.

El Centro bolchevique del extranjero continuaba enviando emisarios a Rusia para preparar la Conferencia. El contacto entre los grupos socialdemócratas locales se fue estableciendo lentamente, y se interrumpía con frecuencia. Sin embargo, la simpatía con que la idea de celebrar una Conferencia era acogida por los trabajadores progresivos mostró, desde luego, según dice Olminsky, que "los trabajadores toleraban simplemente el liquidacionismo, pero por dentro estaban muy lejos de desearlo". A pesar de las circunstancias extraordinariamente difíciles, los emisarios consiguieron ponerse en contacto con un gran número de grupos locales clandestinos. "Era como una ráfaga de aire fresco", escribía el mismo Olminsky.

A la Conferencia convocada en Praga el 5 de enero de 1912 asistieron quince delegados de una veintena de organizaciones ilegales, en su mayor parte poco numerosas. Los informes de los delegados ofrecían un cuadro bastante claro de la situación del Partido; las pocas organizaciones locales se componían casi exclusivamente de bolcheviques, con una gran proporción de provocadores que traicionaban la organización tan pronto como empezaba a sostenerse en pie. Particularmente sombría era la situación en el Cáucaso. "No hay organización de ningún género en Chiatury -informaba Ordzhonikidze acerca del único punto industrial de Georgia-. Ni tampoco la hay en Batum." En Tiflis "sucede lo mismo. Durante estos últimos años no hubo una simple octavilla ni trabajo ilegal en absoluto...". A pesar de la evidente flaqueza de los grupos locales, la Conferencia reflejó el nuevo espíritu de optimismo. Las masas iban poniéndose en movimiento, y el Partido sentía el viento propicio en su velamen.

Las decisiones adoptadas en Praga señalaron la ruta al Partido por una larga temporada. En primer lugar, la Conferencia reconoció como necesario crear núcleos socialdemócratas rodeados por una red tan extensa como fuese posible de toda índole de asociaciones obreras legales. La mala cosecha, que hizo padecer hambre a veinte millones de campesinos, confirmó una vez más, según la Conferencia, "la imposibilidad de

conseguir ninguna clase de desenvolvimiento burgués en Rusia mientras su política estuviese dirigida... por la clase de terratenientes de mentalidad feudal". "La tarea de la conquista del Poder por el proletariado, dirigiendo a los campesinos, es, como siempre, la tarea de la revolución democrática en Rusia." La Conferencia declaró fuera del Partido a la facción de los liquidadores, y apelaba a todos los socialdemócratas, "sin distinción de tendencias ni matices", para declarar la guerra a los liquidadores en nombre de la reconstitución del Partido ilegal. Habiéndose desarrollado por completo sin intervención de los mencheviques, la Conferencia de Praga inició la era de la existencia independiente del partido bolchevique, con su propio Comité Central.

La Historia novísima del Partido, publicada en 1938 bajo la dirección editorial de Stalin, afirma:

"Los miembros de aquel Comité Central eran Lenin, Stalin, Ordzhonikidze, Sverdlov, Goloschekin y otros. Stalin y Sverdlov fueron elegidos en ausencia, pues por entonces estaban deportados."

Pero en la colección oficial de documentos del Partido (1926) leemos:

"La Conferencia eligió un nuevo Comité Central, compuesto de Lenin, Zinoviev, Ordzhonikidze, Spandaryan, Víctor (Ordinsky), Malinovsky y Goloschekin."

La Historia no incluye en el Comité Central a Zinoviev ni al provocador Malinovsky, pero sí a Stalin, que no estaba en la antigua lista. La explicación de este enigma puede proyectar alguna claridad sobre la posición de Stalin en el Partido por aquellos días, así como sobre los actuales métodos de historiografía moscovita. En realidad, Stalin no fue elegido en la Conferencia, sino que le hicieron miembro del Comité Central poco después de ella, por medio de lo que se llamaba cooptación. La mencionada fuente oficial lo dice bien claramente:

"Más tarde, los camaradas Koba (Djugashvili-Stalin) y Vladimir (Belostotsky, antiguo obrero de los talleres Putilov) entraron por cooptación en el Comité Central."

Asimismo, de acuerdo con los materiales de la Ojrana, de Moscú, Djugashvili fue elegido miembro del Comité Central después de la Conferencia, a base del derecho de cooptación reservado para los miembros del mismo. La misma información se halla en todos los libros de consulta del Soviet, sin excepción, hasta el año 1929, en que se publicó fa instrucción de Stalin, que revolucionó toda la ciencia histórica. En la publicación conmemorativa de 1937 dedicada a la Conferencia, leemos:

"Stalin no pudo participar en los trabajos de la Conferencia de Praga porque a la sazón estaba confinado en Solvychegodsk. Por entonces, Lenin y el Partido conocían ya a Stalin como dirigente de importancia... Por eso, de acuerdo con la proposición de Lenin, los delegados a la Conferencia eligieron a Stalin para el Comité Central, en ausencia."

La cuestión de si Stalin fue elegido en la Conferencia o designado más tarde por cooptación del Comité Central, puede parecer de escasa importancia. Pero no es así en realidad. Stalin deseaba ser nombrado miembro del Comité Central. Lenin creía necesario que se le nombrara. La selección de candidatos disponibles era tan limitada que hasta segundas figuras entraron a formar parte del Comité Central. Y, sin embargo, Koba no fue

elegido. ¿Por qué? Lenin estaba lejos de ser un dictador en su Partido. Además, un Partido revolucionario no hubiera tolerado dictaduras. Después de algunas negociaciones preliminares con los delegados, Lenin, por lo visto, juzgó más conveniente no plantear la candidatura de Koba. "Cuando en 1912, Lenin llevó a Stalin al Comité Central del Partido -escribe Dmitrievsky-, produjo indignación. Nadie se opuso abiertamente. Pero entre ellos se manifestaron disgustados." La información del antiguo diplomático, que por lo general no merece crédito, tiene interés no obstante por reflejar recuerdos y chismes burocráticos. Indudablemente Lenin tropezó con una oposición seria. Sólo podía hacer una cosa: esperar a que la Conferencia terminase y acudir luego al pequeño círculo dirigente, que, o bien confiaba en la recomendación de Lenin o compartía su apreciación respecto al candidato. Así entró por primera vez Stalin en el Comité Central, por la puerta trasera.

La historia relativa a la organización interna del Comité Central ha sufrido metamorfosis análogas.

"El Comité Central..., a propuesta de Lenin, creó un buró del Comité Central, presidido por el camarada Stalin, para guiar la actividad del Partido en Rusia. Además de Stalin, formaban parte del buró ruso del Comité Central, Sverdlov, Spandaryan, Ordzhonikidze y Kalinin."

Así lo dice Beria, a quien, mientras estaba yo redactando este capítulo, nombraba Stalin jefe de su policía secreta; sus esfuerzos eruditos no quedaron así sin recompensa. En vano buscaríamos, en cambio, una confirmación documental de tal aserto, que se repite en la última Historia. En primer lugar, nadie era designado "presidente" de instituciones del Partido: no existía en absoluto tal método de elección. Según los viejos libros oficiales de referencia, el Comité Central un "Buró o Comisión compuesta de Ordzhonikidze, Spandaryan, Stalin y Goloschekin". La misma lista figura también en las notas a las obras de Lenin. Entre los papeles de la Ojrana, de Moscú, los primeros tres ("Timogei, Sergo y Koba") se mencionan como miembros, del Buró ruso del Comité Central por sus alias. No carece de interés que en todas las listas antiguas figure siempre Stalin en último o penúltimo lugar, lo que no hubiera sucedido, desde luego, de haber sido colocado "a la cabeza" o nombrado "presidente". Goloschekin, expulsado de la máquina del Partido en una de últimas purgas, fue asimismo borrado del Buró en 1912, ocupando su puesto el afortunado Kalinin. La Historia se vuelve arcilla, en manos del alfarero.

El 24 de febrero, Ordzhonikidze informó a Lenin que en Vologda había visitado a Ivanovich (Stalin): "Legamos a un acuerdo completo. Está satisfecho del giro que tomaron las cosas." Esto se refiere a la decisión de la Conferencia de Praga. Koba se enteró de que, por fin, había sido elegido por cooptación miembro del "centro" recién creado. El 28 de febrero se escapó del destierro, en su nueva calidad de miembro del Comité Central. Después de una breve estancia en Bakú, siguió hasta San Petersburgo. Dos meses antes había cumplido treinta y dos años.

La promoción de Koba del palenque provincial al nacional, coincidió con el resurgir del movimiento obrero y el desarrollo relativamente extenso de la Prensa obrera. Por presión de las fuerzas clandestinas, las autoridades zaristas perdieron su aplomo al principio. La mano del censor flaqueaba. Las posibilidades legales se hicieron más amplias.

El bolchevismo se lanzó a la plaza pública, al principio con un semanario, y luego con un diario. Al punto aumentaron las ocasiones y los modos de influir sobre los trabajadores. El Partido continuaba en la sombra, pero los cuadros de redacción de sus periódicos se convirtieron por el momento en los mandos legales de la revolución. El nombre de la Pravda en San Petersburgo, dio color a todo un período del movimiento obrero, en que comenzó a llamarse a los bolcheviques pravdistas. Durante los dos años y medio de existencia del periódico, el Gobierno lo suspendió ocho veces, pero cada vez reaparecía bajo un nombre similar. En algunas de las cuestiones más decisivas, Pravda se veía a menudo obligada a contenerse con rebajas e insinuaciones. Pero sus agitaciones y proclamas clandestiná4 decían con toda claridad lo que abiertamente era forzoso falsear o callar. Además, entretanto, los obreros avanzados habían aprendido a leer entre líneas. Una circulación de cuarenta mil ejemplares puede parecer demasiado modesta comparada con las cifras usuales en Europa occidental o en Norteamérica; pero en la hipersensibilidad acústica política de la Rusia zarista, el periódico bolchevique, por medio de sus suscriptores directos y de sus lectores, hallaba un eco propicio entre cientos de miles de trabajadores. Así la joven generación revolucionaria se agrupó en torno a Pravda bajo la dirección de aquellos veteranos que habían resistido los años de redacción. "La Pravda de 1912 estaba sentando los cimientos de la victoria del bolchevismo en 1017", escribió más tarde Stalin, aludiendo a su propia participación en aquella actividad.

Lenin, a quien todavía no había llegado la noticia de la fuga de Stalin, se quejaba el 15 de marzo: "Nada de Ivanovich..., ¿qué le ocurre? ¿Dónde está? ¿Cómo se encuentra...?" Había escasez de hombres. No se disponía de personas apropiadas, ni siquiera en la capital. En la misma carta, Lenin escribía que era "endiabladamente" necesaria una persona ilegal en San Petersburgo, "porque las cosas no marchan bien allí. Hay una guerra dura y terrible. No tenemos información ni dirección, ni inspección del periódico". "Lenin estaba sosteniendo "una guerra dura y terrible" en el Consejo de redacción de Zvezda (La Estrella), que titubeaba en librar batalla a los liquidadores. "Apresuraos a luchar con Zhivoye Dyelo (La Causa Vital), periódico de los liquidadores, y el triunfo está asegurado. De otro modo, pasaremos grandes apuros. No os asustéis de las polémicas..." Lenin insistía de nuevo en marzo de 1912. Aquél era el motivo cardinal de todas sus cartas por aquellos días.

"¿Qué ocurre? ¿Dónde está? ¿Cómo se encuentra?", podemos repetir muy bien con Lenin. La misión real de Stalin (como de costumbre, tras la cortina) no es fácil de determinar: hay que examinar a fondo hechos y documentos. Sus deberes como miembro del Comité Central en San Petersburgo (esto es, como uno de los dirigentes oficiales del Partido) abarcaban, naturalmente, la Prensa ilegal también. Pero antes de las instrucciones a los "historiadores", tal circunstancia quedó relegada a un olvido absoluto. La memoria colectiva tiene sus propias leyes, que no siempre coinciden con los reglamentos del Partido. Zvezda se fundó en diciembre de 1910, cuando se hicieron notar los primeros indicios del resurgimiento. "Lenin, Zinoviev y Kamenev -consigna la noticia oficial- estaban muy estrechamente asociados, disponiendo lo necesario para publicarlo y editarlo desde el extranjero." El cuadro de redacción de las obras de Lenin menciona a once personas entre sus colaboradores principales en Rusia, olvidándose de incluir a Stalin entre ellos. Pero no hay duda de que pertenecía a la redacción del periódico en virtud de su posición influyente.

El mismo olvido (hoy podría denominarse sabotaje de memoria) es característico de todas las antiguas Memorias y obras de referencia. Incluso en una edición especial que en 1927 dedicó Pravda a su propio XV aniversario, ni un solo artículo, ni el editorial siquiera, cita el nombre de Stalin. Estudiando las viejas publicaciones, llega uno hasta dudar de sus propios ojos.

La única excepción se encuentra en las valiosas Memorias de Olminsky, uno de los más íntimamente asociados con Zvezda y Pravda, quien describe la misión de Stalin con las siguientes palabras:

"Stalin y Sverdlov aparecieron en San Petersburgo varias veces después de haber escapado del destierro... La presencia de ambos en San Petersburgo (hasta su nueva detención) fue breve, pero cada vez consiguió producir considerable efecto en el trabajo del periódico, la facción, etc."

Esta sencilla afirmación, incorporada además no al texto principal, sino en una nota al pie, probablemente caracteriza la situación con gran exactitud. Stalin solía presentarse de vez en cuando en San Petersburgo por temporadas cortas, apremiando a la organización, a la facción de la Duma, al periódico, para desaparecer luego. Sus apariciones eran excesivamente transitorias, y su influencia muy del estilo de la maquinaria del Partido, y sus ideas y artículos demasiado vulgares para haber dejado una impresión perdurable en la memoria de nadie. Cuando la gente escribe Memorias sin que nadie le coaccione, no recuerda las funciones oficiales de los burócratas, sino la actividad vital del pueblo que alienta, hechos reales, fórmulas tajantes, proposiciones originales. Stalin no se distinguió por nada de esto. No es extraño que la copia gris no se recordase al lado del vívido original. Ciertamente, Stalin no se limitaba a parafrasear a Lenin. Ligado por su apoyo a los conciliadores, continuó ateniéndose simultáneamente a las dos líneas que nos son familiares por sus cartas de Solvychegodsky: con Lenin contra los liquidadores; con los conciliadores, contra Lenin. La primera política era descarada, y subterránea la otra. Tampoco la lucha de Stalin contra el Centro de los emigrados inspiró a los autores de Memorias, aunque por una razón diferente: todos ellos, activa o pasivamente, tomaron parte en la "conspiración" de los conciliadores contra Lenin, y por eso prefieren dar vuelta rápida a esa página de la historia del Partido. Sólo después de 1929, la posición oficial de Stalin como presentante del Comité Central se convirtió en base de la nueva interpretación del período histórico anterior a la guerra.

Stalin no podía haber dejado la impronta de su personalidad en el periódico por la sencilla razón de que no es periodista por naturaleza. Desde abril de 1912 a febrero de 1913, según los cálculos de uno de sus íntimos asociados, publicó en la Prensa bolchevique "no menos de una veintena de artículos", que vienen a ser dos artículos mensuales por término medio. Y eso en la pleamar de los acontecimientos, cuando la vida planteaba nuevos problemas cada día de excitación. Verdad es que en el curso de aquel año pasó Stalin casi seis meses desterrado. Pero era más fácil colaborar en Pravda desde Solvychegodsk o Vologda que desde Cracovia, de donde Lenin y Zinoviev enviaban artículos y cartas a diario. La pereza, una desordenada cautela, la falta absoluta de recursos literarios, y, finalmente, una indolencia oriental extrema se combinaban para mantener la pluma de Stalin poco menos que improductiva. Sus artículos, algo más firmes de tono que

durante los años de la primera Revolución, continuaban ostentando el sello indeleble de la mediocridad.

"A continuación de las manifestaciones económicas de los trabajadores -escribía Zvezda el 15 de abril-, vinieron sus manifestaciones políticas. Tras las huelgas por subida de salarios, vinieron protestas, mítines, huelgas políticas fundadas en los atropellos del Lena... No hay duda de que las fuerzas subterráneas del movimiento liberador han comenzado a actuar. ¡Os saludamos, primeras golondrinas!"

La imagen de las "golondrinas" como símbolo de "las fuerzas subterráneas" es típica del estilo de nuestro autor. Pero, después de todo, está claro lo que quiere decir. Sacando "conclusiones" de los llamados "sucesos del Lena", Stalin analiza (como siempre, esquemáticamente, sin mirar la realidad viviente) la conducta del Gobierno y de los partidos políticos, acusa a la burguesía de derramar "lágrimas de cocodrilo" por el fusilamiento de los indefensos trabajadores, y concluye con esta adminición: "Ahora que ya ha pasado la primera oleada de la crecida, las fuerzas tenebrosas que han tratado de ocultarse tras una cortina de lágrimas de cocodrilo, comienzan de nuevo a dejarse ver." A pesar del llamativo efecto de esta metáfora, "la cortina de lágrimas de cocodrilo", que parece particularmente singular en contraste con el fondo más bien llano del texto, el artículo hace constar en líneas generales lo que aproximadamente había que decir y que veintenas de otros hubieran dicho también. Pero es justamente la "tosquedad" de su exposición (no sólo de su estilo, sino del mismo análisis) lo que hace la lectura de los escritos de Stalin tan insoportable como la música discordante a un oído delicado. En una proclama ilegal escribía:

"Es hoy, el día 1.º de mayo, cuando la Naturaleza despierta del sopor invernal, los bosques y las montañas están cubiertos de césped, los campos y las praderas tapizados de flores, y el sol comienza a calentar con más intensidad, y el gozo de la renovación se siente en el aire, mientras la Naturaleza se entrega a la danza y a la alegría; es precisamente hoy cuando los trabajadores decidieron proclamar ante el mundo que ellos traen a la Humanidad primavera y liberación de los grillos del capitalismo... El océano del movimiento obrero se extiende cada vez más... El mar de la cólera proletaria se agita en encrespadas olas... Seguros de su victoria, fuertes y serenos, marchan arrogantes por la ruta hacia la tierra prometida, por la ruta hacia el socialismo esplendoroso." Aquí tenemos la revolución de San Petersburgo hablando en el lenguaje de las homilécticas de Tiflis.

La oleada de huelgas se dilató, y se multiplicaron los contactos con los trabajadores. El semanario ya no pudo hacer frente a las necesidades del movimiento. Zvezda comenzó a recoger dinero para un periódico diario. "A fines del invierno de 1912 -escribe el antiguo diputado Poletayev-, Stalin, que había huido del destierro, llegó a San Petersburgo. La labor de organizar un periódico obrero se hizo más intensa." En su artículo de 1922 sobre el X aniversario de Pravda, Stalin mismo escribía:

"Era a mediados de abril de 1912, por la noche, en la morada de Poletayev, donde dos diputados de la Duma (Pokrovsky y Poletayev), dos literatos (Olminsky y Baturin) y yo, miembro del Comité Central..., nos pusimos de acuerdo, sobre el programa de Pravda y dispusimos la primera edición del periódico."

La responsabilidad de Stalin en cuanto al programa de Pravda resulta así reconocida por él mismo. La esencia de aquel programa puede concretarse en las palabras: "trabajo; el resto vendrá por sí mismo". Cierto es que Stalin fue detenido el 22 de abril, fecha de salida del primer número de Pravda. Pero durante casi tres meses, Pravda se mantuvo fiel al programa elaborado de acuerdo con Stalin. La palabra "liquidador" se suprimió en el léxico del periódico.

"Una guerra inconciliable con el liquidacionismo era indispensable -escribe Krupskaia-. Por eso estaba Vladimiro Ilich tan inquieto cuando, desde el primer momento, Pravda suprimió persistentemente en sus columnas toda polémica con los liquidadores. Escribió cartas airadas a Pravda." Una parte de ellas (evidentemente, sólo una pequeña parte) ha logrado ver la luz. "En ocasiones, aunque esto era raro -se lamenta en otro lugar-, los artículos de Ilich se perdían sin dejar rastro. Otras veces, sus artículos eran retenidos, no se publicaban en el acto. Y entonces era cuando Ilich se ponía nervioso y escribía a Pravda cartas inflamadas, por cierto sin gran fruto."

La lucha con el cuadro de redacción de Pravda fue una continuación directa de la sostenida con el de Zvezda. "Es nocivo, desastroso y ridículo ocultar las diferencias de opinión a los trabajadores", escribía Lenin el 11 de julio de 1912. Unos días después pedía que el secretario del Consejo de redacción, Molotov, el actual vicepresidente del Consejo de Comisarios del Pueblo y Comisario popular de Negocios Extranjeros, explicara por qué el periódico "suprime persistente y sistemáticamente de mis artículos y de los de otros colegas toda mención de los liquidadores". Entretanto, se aproximaban las elecciones para la cuarta Duma. Lenin advertía: "Las elecciones en las asambleas de trabajadores de San Petersburgo irán sin duda acompañadas por una lucha en toda la línea contra los liquidadores. ésta habrá de ser la decisión más vital para los trabajadores avanzados. ¡Y, sin embargo, su periódico continuará mudo, soslayando la palabra "liquidador"...! Esquivar estas cuestiones es tanto como suicidarse."

Desde su retiro de Cracovia, Lenin se daba perfecta cuenta de la tácita, pero persistente conspiración de los prebostes conciliadores del Partido. Pero estaba firmemente convencido de que tenía razón. La rápida reavivación del movimiento obrero estaba obligada a plantear francamente los problemas fundamentales de la revolución, dejando sin puntos de apoyo no sólo a los liquidadores, sino también a los conciliadores. La fortaleza de Lenin no estaba tanto en su habilidad para construir una máquina (aunque sabía hacerlo también), como en su aptitud para utilizar en el crítico momento la energía viviente de las masas a fin de vencer las limitaciones y la característica conservadora, de toda máquina política. Así ocurrió también en este caso. Ante la creciente presión de los trabajadores y el látigo de Cracovia, Pravda, a regañadientes y entre continuos remoloneos, comenzó a abandonar su posición de neutralidad dilatoria.

Stalin pasó poco más de dos meses en la cárcel de San Petersburgo. El 2 de julio, salió de allí para su nuevo destierro de cuatro años, esta vez al otro lado de los Urales, en la parte septentrional de la provincia de Tomsk, región de Narym, famosa por sus bosques, lagos y pantanos. Vereshchak, a quien ya conocemos, volvió a coincidir con Koba en la aldea de Kolpashevo, donde el último pasó varios días en ruta para su destierro. Allí estaban Sverdlov, I. Smirnov, Lashevich, todos ellos bolcheviques clásicos. No era fácil

predecir entonces que Lashevich fuese a morir deportado por Stalin, y Smirnov fusilado por orden suya, y que sólo una muerte prematura salvaría a Sverdlov de un sino análogo. "La llegada de Stalin a la región de Narym -escribía Vereshchak- avivó la actividad de los bolcheviques y se señaló por un pequeñísimo número de fugas." Después de otros, el mismo Stalin se escapó también. "Se fue casi de descaradamente en el primer vapor de primavera..." En realidad, la fuga de Stalin tuvo lugar a fines de verano. Era la cuarta vez que se escapaba.

Después de volver a San Petersburgo, el 12 de setiembre, encontró allí las cosas considerablemente alteradas. Había en curso huelgas tumultuosas. Los trabajadores afluían a las calles con consignas revolucionarias. La política de los mencheviques estaba totalmente desacreditada. La influencia de Pravda aumentaba por momentos. Además, las elecciones a la Duma se acercaban. Ya se había marcado desde Cracovia en tono para la campaña electoral, y escogido las bases de argumentación. Los bolcheviques consagrados a las elecciones luchaban separados de los liquidadores y en contra de éstos. Los trabajadores habían de confundirse en un solo grupo bajo la bandera de las tres consignas principales de la revolución democrática: república, jornada de ocho horas y confiscación de las fincas rústicas. Liberar a los pequeñoburgueses demócratas de la influencia de los liberales, atraer a los campesinos al lado de los obreros..., tales eran las ideas capitales del programa electoral de Lenin. Combinando una minuciosa atención a los detalles con un vuelo audaz de pensamiento, Lenin era prácticamente el único marxista que había estudiado a fondo todas las posibilidades y trampas de la ley electoral de Stolypin. Después de inspirar políticamente la campaña para las elecciones, la dirigía técnicamente un día tras otro. Para ayudar a San Petersburgo, enviaba desde el extranjero artículos e instrucciones, preparaba concienzudamente a emisarios.

Safarov, hoy uno de los ausentes, en su viaje de Suiza a San Petersburgo, durante la primavera de 1912, se detuvo en Cracovia, donde se enteró de que Inessa, un conspicuo activista del Partido muy adicto a Lenin, iba también a la capital para tomar parte, en la campaña de las elecciones. "Durante un par de días, por lo menos, Lenin nos llenó bien la cabeza de instrucciones." La elección de los representantes de las asambleas de trabajadores en San Petersburgo se había fijado para el 16 de setiembre. Inessa y Safarov fueron detenidos el 14. "Pero la policía no sabía aún -escribía Krupskaia- que Stalin, huido del destierro, acababa de llegar el 12. Las elecciones a compromisarios de los trabajadores fueron un gran éxito." Krupskaia no dijo "gracias a Stalin". Se limitó a poner dos frases juntas, como medida de autodefensa pasiva. "En mítines extemporáneos celebrados en diversas fábricas -leemos en una nueva edición de las Memorias del diputado de la primera Duma, Badayev (pues no consta en la primera edición)-, Stalin, que acababa de escaparse del destierro en Narym, habló." Según Alliluyev, que escribió sus Memorias ya en 1937, "Stalin tuvo a su cargo directo toda la enorme campaña electoral para la cuarta Duma... Como vivía ilegalmente en San Petersburgo, sin un cobijo permanente definido, y no queriendo molestar a ninguno de sus íntimos camaradas durante las altas horas de la noche, después de un mitin de trabajadores que se había demorado y también a causa de consideraciones de orden conspiratorio, Stalin solía pasar el resto de la noche en alguna taberna, tomando un vaso de té". También allí se las arreglaba a veces "para dar unas cabezadas, sentado en la taberna que olía a humo de majorka (tabaco malo)".

Stalin no pudo ejercer gran influencia en el resultado de las elecciones durante las primeras fases de la campaña, cuando era necesario ponerse en contacto directo con los votantes, no sólo porque era un orador mediocre, sino porque no tuvo más que cuatro días disponibles. Lo compensó desempeñando un papel importante en las siguientes fases del complicado sistema electoral, siempre que era necesario desplegar a los representantes de los trabajadores y manejarlos tirando de los hilos desde detrás de la cortina, contando con el aparato ilegal. En aquella actividad, Stalin se mostró indudablemente más apto que nadie.

Un documento importante de la campaña electoral era "la instrucción de los trabajadores de San Petersburgo a su diputado". En la primera edición de sus Memorias, Badayev manifiesta que dicha instrucción fue fruto colectivo, aunque la última mano fuese de Stalin, como representante del Comité Central... "Creemos -se dice en la instrucción- que Rusia vive en vísperas de inminentes movimientos de masas, probablemente mucho más fundamentales que los de 1905... Como en 1905, el iniciador de estos movimientos será la clase más progresiva de la sociedad rusa, el proletariado ruso. Su aliado sólo puede ser el sufrido trabajador del campo, profundamente interesado por la liberación de Rusia." Lenin escribió a Pravda, al Consejo de redacción: "Publicad sin falta... esta instrucción... en caracteres grandes y en sitio preferente." La asamblea de representantes provinciales adoptó la instrucción bolchevique por una enorme mayoría de votos. En aquellos agitados días, Stalin figuró también más activamente como publicista; conté cuatro artículos suyos en Pravda en una sola semana.

Los resultados de las elecciones en San Petersburgo, como en todos los distritos industriales, en general, fueron muy favorables. Los candidatos bolcheviques fueron elegidos en seis de las provincias más importantes, que comprendían en conjunto unas cuatro quintas partes de la clase trabajadora. Los siete liquidadores sólo tuvieron los votos de la pequeña burguesía de las ciudades. "En contraste con las elecciones de 1907 -escribía Stalin en su correspondencia al órgano central publicado en el extranjero-, las elecciones de 1912 coincidieron con el resurgir revolucionario entre los trabajadores." Precisamente por esta razón, los obreros, que estaban muy lejos de la tendencia boicotista, lucharon activamente por sus derechos de sufragio. La Comisión gubernamental hizo un intento de invalidar las elecciones en algunas de las más importantes fábricas de San Petersburgo. Los obreros contrarrestaron la tentativa con una huelga unánime, de protesta, que consiguió su propósito. "No es superfluo añadir -continúa diciendo el autor de esta correspondencia- que la iniciativa en esta campaña electoral fue la del representante del Comité Central." Aquí la referencia es del mismo Stalin. Sus conclusiones políticas respecto a dicha campaña eran: "La Socialdemocracia revolucionaria vive y es potente; ésta es la primera conclusión. Los liquidadores están en plena quiebra política; ésta es la segunda conclusión." Y era verdad.

Los siete mencheviques, más bien intelectuales, trataron de situar a los seis bolcheviques, trabajadores con poca experiencia política, bajo su control. A fines de noviembre, Lenin escribió personalmente a Wassilyev (Stalin): "Si los seis nuestros proceden de las asambleas de trabajadores, no deben someterse en silencio a una partida de siberianos. Los seis deben manifestarse con una protesta categórica, si tratan de dominarlos..." La respuesta de Stalin a aquella carta, como a otras, sigue guardada bajo siete llaves. Pero la llamada de Lenin no encontró simpatía; los mismos seis estaban por la

unidad con los liquidadores, que habían sido declarados "fuera del Partido" por encima de su propia independencia política. En una resolución especial publicada en Pravda, la facción unida reconocía que "la unidad de la Socialdemocracia es una urgente necesidad", se pronunciaba en favor de fusionar Pravda con el periódico de los liquidadores, Lootch' (El Rayo), y a modo de paso en tal dirección recomendaba a todos sus miembros que colaborasen en ambos periódicos. El 18 de diciembre, el menchevique Lootch' publicaba triunfalmente los nombres de los cuatro diputados bolcheviques (por haber rehusado los otros dos) en su lista de colaboradores; los nombres de los miembros de la facción menchevique se publicaron a la vez en lo más alto de Pravda. De nuevo había ganado el conciliatorismo, lo que en esencia significaba una derrota para el espíritu y la letra de la Conferencia de Praga.

Pronto apareció en la lista de colaboradores de Lootch' otro nombre más: el de Gorki. Aquello hacía pensar en una conjura. "¿Y cómo ocurrió que usted se uniera con Lootch'??? -escribía Lenin a Gorki, con tres signos de interrogación-. ¿Es posible que vaya siguiendo las huellas de los diputados? ¡Pero es que ellos han caído sencillamente en una trampa!" Stalin estaba en San Petersburgo durante este efímero triunfo de los conciliadores, ejerciendo el control del Comité Central sobre la facción y sobre Pravda. Nadie ha dicho una palabra relativa a su protesta contra decisiones que asestaban un cruel golpe a la política de Lenin, señal cierta de que tras las escenas de las maniobras conciliatorias se ocultaba el mismo Stalin. Justificando después su culpable conducta, el diputado Badayev escribía: "Como en todas las demás ocasiones, nuestra decisión... se tomó de acuerdo con la actitud de los círculos del Partido en que tuvimos entonces ocasión de tratar de nuestras actividades..." Esta excusa indirecta alude al Buró del Comité Central en San Petersburgo, y en primer término a Stalin. Badayev solicita en tono circunspecto que el desdoro no se desvíe de los dirigentes a los dirigidos.

Hace varios años se observó en la Prensa soviética que no se había aclarado bastante la historia de la lucha interna de Lenin con la fracción de la Duma y con el cuadro de redacción de Pravda. En estos últimos arios se ha hecho lo posible por hacer más difícil tal esclarecimiento. Todavía no se ha publicado por completo la correspondencia de Lenin relativa a aquel período crítico. A disposición de los historiadores sólo estaban los documentos que por una u otra razón han salido de los archivos antes de instituirse el control totalitario. Sin embargo, aun de estos fragmentos diseminados se destaca un cuadro intachable. La hurañía de Lenin sólo era el reverso de su perspicacia realista. Insistía en la división por la línea que en última instancia había de convertirse en la línea de batalla de la guerra civil. El empirista Stalin era incapaz, por constitución, de asumir un punto de vista de gran amplitud. Enérgicamente combatió a los liquidadores durante la campaña electoral para conseguir sus propios diputados; se trataba de asegurar un importante punto de apoyo. Pero una vez realizada aquella tarea de organización, no conceptuaba necesario levantar otra "tempestad en un vaso de agua", especialmente en vista de que incluso los mencheviques, bajo la influencia de la marejada revolucionaria, parecían dispuestos a hablar un lenguaje diferente. ¡En verdad, no valía la pena de "trepar por la pared"! En cuanto a Lenin, toda su política se encaminaba a la educación revolucionaria de las masas. La lucha de la campaña electora nada significaba para él mientras después de la elección permanecieran unidos los diputados socialdemócratas en la Duma. Creía necesario dar a los

trabajadores todas las oportunidades posibles (a cada paso, en cada acto) para convencerse de que en todas las cuestiones fundamentales los bolcheviques se diferenciaban claramente de los demás grupos políticos, sin excepción. éste era el principal punto de litigio entre Cracovia y San Petersburgo.

Los titubeos de la facción de la Duma estaban íntimamente relacionados con la política de Pravda. "Durante aquel período -escribía Badayev en 1930-, Stalin, que se hallaba en la ilegalidad, dirigía Pravda." El documentado Savelyev escribía asimismo: "Como estaba en la ilegalidad, Stalin llevaba personalmente el periódico durante el otoño de 1912 y el invierno de 1912-1913. Sólo durante un breve intervalo dejó de hacerlo por ir al extranjero, a Moscú y a otros sitios." Estos informes de testigos directos, concordantes con todas las circunstancias de hecho, no pueden reputarse. Pero no era cierto que Stalin llevase el periódico en el sentido real de la palabra. Quien lo llevaba era Lenin. A diario enviaba artículos, de otros, proposiciones, instrucciones, rectificaciones. Stalin, lento de ideas, no podía de ningún modo seguir el paso de aquella corriente activa de sugerencias e iniciativas, de las cuales nueve décimas partes se le antojaban superfluas o exageradas. En lo esencial, el Consejo de redacción mantenía una posición defensiva. No tenía ideas políticas propias, y trataba simplemente de mellar el cortante filo de la política de Cracovia. Y Lenin, no sólo sabía cómo preservar el corte bien afilado, sino cómo afilarlo de nuevo. En tales condiciones, Stalin vino a ser naturalmente el inspirador secreto de la oposición de los conciliadores a la presión de Lenin.

"Nuevos conflictos -afirma el cuadro de redacción de las obras de Lenin (Bujarin, Molotov, Savelyev)- surgieron a consecuencia de la debilidad de la posición adoptada contra los liquidadores al final de la campaña electoral y también respecto a la invitación hecha a los progresistas para colaborar en Pravda. Estas relaciones empeoraron aún en enero de 1913, después de salir J. Stalin de San Petersburgo..." La expresión, por demás considerada, "empeoraron aún", atestigua que aún antes de salir Stalin, las relaciones de Lenin con el cuadro de redacción no se caracterizaban por lo amistosas pero Stalin evitaba de todos modos convertirse en "blanco de tiro".

Los miembros del cuadro de redacción eran figuras de escasa influencia en el sentido de Partido, y algunos de ellos figuras ocasionales. No hubiera sido difícil para Lenin conseguir su sustitución. Pero tenían su apoyo en la actitud de los primates del Partido y en la persona del representante del Comité Central. Un conflicto violento con Stalin, estrechamente relacionado con el Consejo de redacción y la facción de la Duma, hubiera constituido una sacudida dentro de la plana mayor del Partido. Por eso, a pesar de toda su persistencia, la política de Lenin fue circunspecta. El 13 de noviembre estaba "seriamente molesto" para reprochar al cuadro de redacción que hubiese dejado de publicar un artículo sobre el Congreso Socialista Internacional de Basilea. "No hubiera sido muy difícil escribir este artículo, y el cuadro de redacción de Pravda sabía que el Congreso iba a abrirse el domingo. " Stalin, sin duda, se quedó sorprendido de veras. ¿Un Congreso internacional? ¿En Basilea? Aquello estaba muy lejos de sus preocupaciones. Pero el foco principal no eran los errores incidentales, a despecho de su insistencia, sino más bien la divergencia fundamental de criterios en cuanto al curso del desarrollo del Partido. La política de Lenin tenía sentido sólo para quien estuviese dotado de una perspectiva

revolucionaria audaz; desde el punto de vista de la circulación del periódico o de la construcción de una máquina, no podía parecer sino el colmo de la extravagancia. En lo profundo de su corazón, Stalin continuaba considerando al "emigrado" Lenin como a un sectario.

No podemos dejar de anotar un delicado episodio que ocurrió por entonces. Durante aquellos años, Lenin estaba muy necesitado. Cuando Pravda se levantó, el cuadro de redacción fijó para su inspirador y colaborador principal una retribución, que, a pesar de su modestia, era su principal sostén. Pero cuando, el conflicto llegó al punto más agudo, los fondos dejaron de enviársele. Aunque era sumamente escrupuloso en cuestiones de tal índole, Lenin se vio obligado a recordarles con alguna insistencia su propia situación. "¿Por qué no se me envían mis honorarios? El retraso me pone en un verdadero aprieto, y agradeceré que no se prolongue más." La retención del dinero no puede interpretarse fácilmente como una especie de represalia financiera (aunque más tarde, ya en el Poder, Stalin no vaciló en recurrir a tales métodos una y otra vez). Pero aun tratándose de un caso de simple descuido, da una idea clara de las relaciones entre San Petersburgo y Cracovia. En realidad, distaban mucho de ser cordiales.

La indignación con Pravda se pone de relieve en las cartas de Lenin que siguen inmediatamente a la marcha de Stalin para Cracovia, a fin de tomar parte en la Conferencia preparada en el cuartel general del Partido. Se impone la irresistible impresión de que Lenin estaba esperando justamente que Stalin partiera para desbaratar el nido de conciliadores de San Petersburgo, reservándose al mismo tiempo la posibilidad de una inteligencia pacífica con Stalin. En el momento de quedar al margen el adversario más influyente, Lenin desató un ataque devastador contra el cuadro de redacción de San Petersburgo. En su carta de 12 de enero, dirigida a una persona de su confianza en dicha capital, se refiere a la "imperdonable estupidez" cometida por Pravda con relación al periódico de los trabajadores de la industria textil, insistiendo en que se corrija "su estupidez" y en otros extremos por el estilo. La carta está escrita enteramente en la letra de Krupskaia. Además, de su puño y letra, añade Lenin lo siguiente: "Recibimos una carta estúpida y descarada del Consejo de Redacción. No la contestaremos. Tienen que marcharse... Estamos sumamente fastidiados por la ausencia de noticias referentes al plan de reorganización del cuadro de redacción... Reorganización, pero mejor aún expulsión completa de todos los que van con retraso, eso es lo que hace muchísima falta. Se está llevando de un modo absurdo. Elogian al Bund y al Zeit (una Publicación oportunista judía), que es sencillamente infame. No saben cómo proceder contra Lootch', y su actitud en cuanto a los artículos (se refiere a los suyos) es monstruosa. Sencillamente, he perdido la paciencia..." El tono de la carta muestra que la indignación de Lenin (y sabía muy bien contenerse cuando era necesario) había llegado a su limite. La crítica despiadada del periódico se refería a todo el período en que la responsabilidad de su inspección directa correspondía a Stalin. La identidad de la, persona que escribió la "carta estúpida y descarada" del "Consejo de redacción" no se ha descubierto aún, y seguramente no, es por casualidad. Es difícil que Stalin la escribiera: es demasiado cauto y, además, probablemente había salido ya de San Petersburgo en aquella fecha. Más verosímil es que su autor fuese Molotov, secretario del Consejo de redacción, tan inclinado a la rudeza como Stalin, y carente además de la flexibilidad de éste.

La resolución con que Lenin puso entonces mano en el conflicto crónico resulta evidente de otras líneas de su carta: "¿Qué se ha hecho respecto a la fiscalización del dinero? ¿Quién recibió los fondos de suscripción? ¿En poder de quién están? ¿A cuánto ascienden?" Al parecer, Lenin no excluía la posibilidad de una ruptura, y se interesaba por guardar por sí mismo los recursos financieros. Pero no se llegó a la ruptura; los desconcertados conciliadores difícilmente se hubieran atrevido a pensar en ello. La resistencia pasiva era su única arma. Ahora, incluso ésta se les iba a arrancar de las manos.

Replicando a la pesimista carta que le escribió Shklovsky desde Berna, y arguyendo que los asuntos de los bolcheviques no iban tan mal como parecía, Krupskaia comenzaba reconociendo que, "desde luego, Pravda se lleva mal". Esa frase suena como cosa evidente, como algo indiscutible. "Todo el mundo está en aquella redacción, y la mayoría no saben escribir... Las protestas de los trabajadores contra Lootch' no se han publicado, para evitar polémicas." Sin embargo, Krupskaia promete "reformas portantes" para pronto. Esta carta lleva fecha de 19 de enero. Al día siguiente, Lenin escribió a San Petersburgo, por medio de Krupskaia: "... tenemos que planear nuestro propio cuadro de redacción de Pravda y echar al actual. Las cosas están muy mal. La falta de una campaña por la unidad desde abajo es estúpida y ruin... ¿Puede llamarse redactores a esa gente? No son hombres, sino lamentables guiñapos, y están echando a perder la causa". éste es el estilo a que acudía Lenin cuando quería dar a entender que estaba dispuesto a luchar hasta el límite.

Abrió un fuego de paralelas desde baterías cuidadosamente situadas contra el conciliatorismo de la facción de la Duma. Ya el 3 de enero escribía a San Petersburgo: "Es imprescindible que se publique la carta de los trabajadores de Bakú que os remitimos..." La carta pide que los diputados bolcheviques rompan con Lootch'. Refiriéndose, a que en el curso de cinco años 105 liquidadores "han estado reiterando en todas las formas que, el partido ha muerto", los trabajadores de Bakú preguntaban: "¿Por qué tienen ahora tanta prisa por unirse con un cadáver?" La pregunta da justamente en mitad del blanco. "¿Cuándo se separarán los cuatro diputados de Lootch'?" Lenin insistía por su parte "¿Hemos de esperar mucho tiempo...? Hasta del lejano Bakú protestan veinte trabajadores." No estará de más presumir que, no habiendo podido conseguir por correspondencia que los diputados rompieron con Lootch', Lenin comenzó a movilizar discretamente las filas rusas mientras Stalin continuaba en San Petersburgo. Sin duda, por iniciativa suya protestaban los trabajadores de Bakú (no por casualidad escogió Lenin esta ciudad), y, además, enviaban su protesta, no a la redacción de Pravda, a cuyo frente estaba Koba, dirigente de allí, sino a Lenin, en Cracovia. La compleja maraña del conflicto queda flagrante. Lenin avanza. Stalin maniobra. Con los conciliadores renqueando, aunque no sin la inconsciente ayuda de los liquidadores, que cada vez exponían su oportunismo, Lenin consiguió al poco tiempo inducir a los diputados bolcheviques a que renunciasen mediante protesta como colaboradores de Lootch'. Pero siguieron sometidos a la mayoría liquidacionista de la facción de la Duma.

Preparándose para lo peor, incluso para una escisión, Lenin, como siempre, hizo cuanto pudo por conseguir su objetivo político con el menor trastorno y las menos víctimas posible. Por eso, precisamente, pidió primero que Stalin saliese de Rusia, y le hizo luego comprender que lo mejor para él sería permanecer alejado de Pravda durante las futuras

"reformas". Entretanto, se envió a San Petersburgo a otro miembro del Comité Central, Sverdlov, el futuro, primer presidente de la República de los Soviets. Aquel hecho significativo ha sido atestiguado oficialmente. "Con el fin de reorganizar el Consejo de redacción -afirma una nota al pie en el volumen XVI de las obras de Lenin-, el Comité Central envió a Sverdlov a San Petersburgo." Lenin le escribió: "Hoy nos enteramos del comienzo de las reformas en Pravda. Mil gracias, felicitaciones y auspicios de éxito... No puedes imaginarte lo cansados que estamos de trabajar con un cuadro de redacción enteramente hostil."

Con estas palabras, en las que acumulaba acrimonia con un suspiro de alivio, Lenin ajustaba cuentas con el Consejo de redacción por todo el período de las dificultades, durante el cual, como se nos ha informado, "Stalin llevaba efectivamente el periódico".

"El autor de estas líneas recuerda muy bien -escribía Zinoviev en 1934, cuando la espada de Damocles pendía ya sobre su cabeza- qué acontecimiento fue la llegada de Stalin a Cracovia..." Lenin estaba doblemente satisfecho, porque, durante la ausencia de Stalin de San Petersburgo, podría realizar su delicada operación allí y porque probablemente le sería posible hacerlo sin originar una convulsión dentro del Comité Central. En su concisa y cauta reseña de la estancia de Stalin en Cracovia, Krupskaia, como insinuándolo, observaba: "Ilich estaba entonces muy nervioso a causa de Pravda; también lo estaba Stalin. Estuvieron hablando sobre el modo de arreglar las cosas." Estas líneas tan significativas, a pesar de su deliberada vaguedad, es todo lo que al parecer queda de un texto más elocuente retirado a instancias del censor. En relación con circunstancias que ya conocemos, apenas cabe duda de que Lenin y Stalin "estaban nerviosos" por diferentes motivos, cada uno tratando de defender su política. Sin embargo, la lucha era demasiado desigual: Stalin tuvo que ceder terreno.

La conferencia a que fue llamado duró desde el 28 de diciembre hasta el 1 de enero de 1913, y a ella asistieron trece personas, miembros del Comité Central, de la fracción de la Duma y dirigentes locales destacados. Además de los problemas de política general derivados del resurgimiento revolucionario, la conferencia se ocupó de las agudas cuestiones de la vida interna del Partido: la fracción de la Duma, la Prensa del Partido, la actitud hacia los liquidadores y hacia la consigna de "unidad". Los informes principales fueron los de Lenin. Debe suponerse que los diputados de la Duma y Stalin se vieron obligados a, escuchar no pocas verdades amargas, aunque se expresaran en tono cordial. Parece ser que Stalin se mantuvo pacífico en la conferencia; sólo eso puede explicar el hecho de que en la primera edición de sur Memorias (1929), el deferente Badayev dejara incluso de mencionarle entre los participantes. Guardar silencio en momentos de apuro es, además, el método favorito de Stalin. Los registros y otros documentos de la conferencia "no se han encontrado aún". Es muy probable que se adoptaran medidas especiales para asegurarse de que no se encontraran. En una de las cartas de Krupskaia, de aquel período, se dice lo siguiente: "En esta conferencia, los informes de procedencia local fueron muy interesantes. Todo el mundo decía que las masas aumentaban... Durante las elecciones se ha puesto en evidencia que había organizaciones obreras espontáneas en todas partes... En su mayoría, no están en contacto con el Partido, pero son del Partido en espíritu." En cuanto a

Lenin, indicaba en una carta a Gorki que la conferencia "había sido un gran éxito" y "daría sus frutos". Por encima de todo, su preocupación era afirmar la política del Partido.

No sin un deje de ironía, el Departamento de Policía informaba a su agencia del extranjero que, a pesar de su último informe, el diputado Poletayev no estuvo presente en la conferencia, y que sí asistieron a ella las siguientes personas, Lenin, Zinoviev, Krupskaia; diputados Malinovsky, Petrovsky, Dadayev; Lobov, el trabajador Medvedev, el teniente de artillería Troyanovsky y su mujer, y Koba. No carece de interés el orden en que se citan los nombres: en la lista del Departamento, el de Koba figura en último lugar. En las notas a las obras de Lenin (1929), se le menciona en quinto lugar, después de Lenin, Zinoviev, Kamenev y Krupskaia, aunque Zinoviev, Kamenev y Krupskaia llevaban entonces bastante tiempo en desgracia. En las listas de la nueva era, Stalin ocupa siempre el segundo lugar, inmediatamente detrás de Lenin. Estas barajaduras reflejan bastante bien la índole de su carrera política.

Con esta carta, el Departamento de Policía de San Petersburgo trataba de demostrar que allí estaban mejor enterados de lo que pasaba en Cracovia que su agente en el extranjero. No es extraño que uno de los papeles de importancia en la reunión estuviese confiado a Malinovsky, cuya personalidad real como provocador sólo era conocida de los conspicuos del Olimpo policíaco. Verdad es que ciertos socialdemócratas que le conocieron tuvieron sospechas de él ya en los años de la redacción, pero no les fue posible apoyar sus aprensiones con pruebas, y aquéllas fueron extinguiéndose. En enero de 1912, los bolcheviques de Moscú delegaron en Malinovsky para que asistiese a la Conferencia de Praga. Lenin acogió con ansia a este trabajador enérgico y capaz, y contribuyó a presentar su candidatura a las elecciones de la Duma. Por su parte, la Policía apoyó también a su agente deteniendo a todos sus posibles rivales. Este representante de los trabajadores moscovitas impuso al punto su autoridad en la fracción de la Duma. En cuanto recibía de Lenin los textos preparados de sus intervenciones parlamentarias, Malinovsky transmitía los manuscritos para su revisión al director del Departamento de Policía. éste trató al principio de introducir enmiendas, pero el régimen de la fracción bolchevique confinaba la autonomía de cada diputado dentro de límites muy estrechos. En consecuencia, aunque Malinovsky era el mejor informador de la Ojrana, el agente de la Ojrana llegó a ser el orador más militante de la fracción socialdemócrata.

Las sospechas sobre Malinovsky volvieron a despertarse en el verano de 1913 entre varios prominentes bolcheviques; pero, por falta de pruebas, se dejó nuevamente de lado el asunto. Luego, el mismo Gobierno se inquietó por la posible exposición y el consiguiente escándalo público a que daría lugar el caso. Por orden de sus superiores, en mayo de 1914, Malinovsky presentó al presidente de la Duma una declaración de su deseo de renuncia a su mandato de diputado. Se difundieron de nuevo los rumores sobre su papel, y más insistentes, negando esta vez a las columnas de la Prensa. Malinovsky marchó al extranjero, visitó a Lenin y solicitó que se hiciera una investigación. Al parecer, había trazado cuidadosamente su línea de conducta en colaboración con sus superiores de la Policía. Dos días después, el periódico del Partido de San Petersburgo publicaba un telegrama que, indirectamente, declaraba que el Comité Central, después de haber investigado el caso Malinovsky, estaba convencido de su integridad personal. Al cabo de unos días más, se

publicó un acuerdo en el sentido de que por su renuncia voluntaria al mandato de diputado, Malinovsky "se colocaba fuera de las filas de los marxistas organizados".

En el lenguaje del periódico legal, aquello significaba la expulsión del Partido.

Los adversarios de Lenin le sometieron a un prolongado y cruel tiroteo por "cubrir" a Malinovsky. La participación de un agente de la Policía en la fracción de la Duma, y especialmente en el Comité Central era, como es natural, una calamidad para el Partido. En realidad, Stalin había sido desterrado la última vez a causa de la traición de Malinovsky. Pero en aquellos días, las sospechas, complicadas en ocasiones con la hostilidad de facción, envenenaban la atmósfera de la clandestinidad. Nadie presentó pruebas concretas contra Malinovsky. Después de todo, era imposible condenar a un miembro del Partido a la muerte política (y acaso a la muerte física) a base de una vaga sospecha. Y como Malinovsky ocupaba una posición de responsabilidad y la reputación del Partido dependía en cierto modo de su reputación, Lenin creyó deber suyo defender a Malinovsky con la energía que era siempre su característica. Después del derrumbamiento de la monarquía, el hecho de haber servido Malinovsky en el Departamento de Policía se probó de manera concluyente. Después de la Revolución dé octubre, el provocador, que volvió a Moscú desde un campo alemán de prisioneros de guerra, fue fusilado por orden del tribunal.

A pesar de la falta de hombres, Lenin no tenía prisa por que Stalin regresara a Rusia. Era necesario completar "las importantes reformas" en San Petersburgo antes de su vuelta. En cambio, Stalin estaba más bien deseoso de reintegrarse al lugar de sus anteriores trabajos después de la Conferencia de Cracovia, que, siquiera en forma indirecta, había condenado resueltamente su política. Como de costumbre, Lenin hizo cuanto pudo por proporcionar al vencido una retirada honrosa. La, venganza era totalmente, ajena a su carácter. Para mantener a Stalin en el extranjero durante el período crítico, Lenin le interesó en el estudio y solución del problema de las nacionalidades menores; un arreglo muy propio del espíritu de Lenin.

Un natural del Cáucaso, con sus docenas de nacionalidades semicultas y primitivas, pero en rápida marcha hacia el progreso, no necesitaba que le demostraran la importancia del problema de las nacionalidades. La tradición de independencia nacional continuaba floreciente en Georgia; de ahí había recibido el mismo Koba su primer impulso revolucionario. Su propio seudónimo evocaba la lucha de su país por la independencia nacional. Verdad es que, según Iremashvili, durante los años de su primera Revolución, se había enfriado algo respecto al problema georgiano, "La liberación nacional... ya no significaba nada para él. No le apetecía señalar límite alguno a sus ansias de poder. Rusia y el mundo entero habían de ser en adelante su aspiración." Evidentemente, Iremashvili se anticipa a los hechos y actitudes de una época muy posterior. Pero no cabe duda de que, convertido en bolchevique, Koba abandonó el romanticismo nacionalista, que continuaba viviendo en paz y armonía con el socialismo sin bríos de los mencheviques georgianos. Ahora bien, tras repudiar la idea de la independencia de Georgia, Koba no podía, como muchos gran-rusos, permanecer indiferente por completo al problema de las

nacionalidades, porque las relaciones entre georgianos, armenios, tártaros, rusos y otros, complicaban constantemente las actividades revolucionarias en el Cáucaso.

En sus opiniones, Koba se hizo internacionalista. ¿Pero le pasó lo mismo en sus sentimientos? El gran-ruso Lenin no podía tolerar ninguna chanza o anécdota que pudiese herir la sensibilidad de una nacionalidad oprimida. Stalin conservaba aún mucho del campesino de la aldea de Didi-Lilo. Durante los años prerrevolucionarios no se atrevió, naturalmente, a jugar con los prejuicios nacionales, como hizo más tarde, cuando ya estaba en el Poder. Pero esa disposición se traslucía ya entonces en pequeñeces. Refiriéndose a la preponderancia de judíos en la facción menchevique del Congreso de Londres en 1907, Koba escribía:

"A propósito de eso, uno de los bolcheviques observó bromeando (creo que fue el camarada Alexinsky) que los mencheviques eran una facción judía, mientras que los bolcheviques eran rusos auténticos, y que, por lo tanto, no estaría de más que los bolcheviques instigásemos un pogrom en el Partido."

Es imposible no asombrarse aún ahora de que en un artículo destinado a los trabajadores del Cáucaso, donde la atmósfera estaba cargada de animosidades nacionalistas, Stalin se aventurase a reproducir una chanza de tan sospechoso gusto. Además, no se trataba de una cuestión de accidental falta de tacto, sino de cálculo consciente. En el mismo artículo, el autor se solaza airosamente a propósito del acuerdo del Congreso relativo a expropiaciones, con, el fin de disipar las dudas de los luchadores del Cáucaso. Hay que suponer confiadamente que la facción menchevique en Bakú estaba por entonces dirigida por judíos, y que con la chuscada alusiva al pogrom, el autor trataba de desacreditar a sus adversarios políticos a los ojos de los trabajadores atrasados. Aquello era más fácil que ganárselos mediante la persuasión y la educación, y que Stalin siempre y en todo buscaba la línea de menor resistencia. Puede agregarse que tampoco fue accidental la "broma" de Alexinsky; aquel ultrabolchevique se hizo más tarde un declarado reaccionario y antisemita.

Naturalmente, en sus actividades políticas, Koba mantenía la posición oficial del Partido. Pero, antes de su viaje al extranjero, sus artículos políticos nunca habían sobrepasado el nivel de la propaganda cotidiana. Sólo ahora, por iniciativa de Lenin, se enfrentó con el problema de las nacionalidades desde un punto de vista teórico y político más amplio. El conocimiento directo de las intrincadas relaciones nacionales en el Cáucaso le hacía sin duda más fácil orientarse en aquel complicado terreno, en el que las teorías abstractas eran particularmente peligrosas.

En dos países de la Europa de anteguerra, la cuestión nacional era de importancia política excepcional: en la Rusia zarista y en la Austria-Hungría de los Habsburgo. En cada uno de ellos, el partido de los trabajadores creó su propia escuela. En la esfera de las teorías, la socialdemocracia austríaca, en las personas de Otto Bauer y Karl Renner, consideraba la nacionalidad independiente del territorio, la economía y la clase, transformándola en una especie de abstracción limitada por lo que llamaban "carácter nacional". En el campo de la política nacional, como, por lo demás, en los restantes, no se aventuraba más allá de una rectificación del statu quo. Temiendo hasta la idea de

desmembrar la monarquía, la socialdemocracia austríaca se esforzaba por adaptar su programa nacional a los límites del Estado mosaico. El programa de la llamada "economía cultura nacional" requería que los ciudadanos de una misma nacionalidad, aunque estuvieran dispersos por todo el territorio austrohúngaro y, a pesar de las divisiones administrativas del Estado, se unieran, sobre la base de atributos puramente personales, en una sola comunidad, para resolver sus tareas "culturales" (el teatro, la Iglesia, la escuela, etc.). Aquel programa era artificial y utópico, puesto que trataba de separar la cultura del territorio y la economía en una sociedad desgarrada por contradicciones sociales; era al mismo tiempo reaccionario, puesto que conducía a una desunión forzada en varias nacionalidades de los obreros de un único Estado, minando así su pujanza de clase.

El problema nacional era particularmente agudo en Polonia, agravado por el destino histórico de ese país. El llamado P. S. P. (Partido Socialista Polaco), Encabezado por José Pilsudski, propugnaba con ardor la independencia de Polonia; el "socialismo" del P. S. P. no era, más que un vago, apéndice de su nacionalismo militante. En cambio, la socialdemocracia polaca, que acaudillaba, Rosa Luxemburgo, contraponía a la consigna de la independencia polaca la petición de autonomía para la región, polaca como parte integrante de la Rusia democrática. Luxemburgo partía de la consideración de que en la época del imperialismo era imposible económicamente separar Polonia de Rusia..., e innecesario en la época del socialismo. El "derecho de autodeterminación" era para ella una huera abstracción. La polémica sobre el particular se prolongó durante años. Lenin insistía en que el imperialismo no reinaba de modo análogo o uniforme en todos los países, regiones o esferas de la vida; en que la herencia del pasado representaba una acumulación y una compenetración de varias épocas históricas; en que si bien el capitalismo de los monopolios se destaca sobre todas las cosas, no sustituye a todo; en que, a pesar del dominio del imperialismo, los numerosos problemas nacionales conservaban todo su vigor, y en que, contando con las coyunturas interna y mundial, Polonia podía hacerse independiente aun en la época del imperialismo.

El problema de las nacionalidades estaba considerablemente agudizado en Rusia durante la época de reacción. "La oleada de nacionalismo militante -escribía Stalin- llamaba la atención desde arriba por numerosos actos de represión cometidos por las autoridades, que descargaban su venganza sobre Estados Unidos a causa de su amor a la libertad, levantando en respuesta una marea de nacionalismo desde abajo, que a veces se transformaba en franco patrioterismo." Esta fue la época del juicio ritual del asesinato contra el judío Bayliss, de Kiev. Retrospectivamente, a la luz de las últimas hazañas de la civilización, sobre todo en Alemania y en la Unión Soviética, aquel juicio parece hoy casi un experimento humanitario. Pero en 1913 desazonó a todo el mundo. El veneno del nacionalismo comenzaba a afectar a muchas secciones de la clase trabajadora también. Alarmado, Gorki escribió a Lenin sobre la necesidad de contrarrestar este fanatismo patriotero. "Respecto al nacionalismo, estamos enteramente de acuerdo -replica Lenin- en que hemos de hacerle frente más seriamente que nunca. Tenemos aquí un espléndido georgiano que está escribiendo un largo artículo para Proveshcheniye, (Ilustración), después de acumular todo el material austríaco y de otros sitios. Nos atendremos a él." Se refería a Stalin. Gorki, relacionado desde antiguo con el Partido, conocía bien a todos sus cuadros de dirección. Pero Stalin le era, sin duda, totalmente desconocido, puesto que

Lenin hubo de recurrir a una expresión tan impersonal, aunque halagadora, como la de "un espléndido georgiano". Por cierto que ésta es la única ocasión en que Lenin caracteriza a un prominente revolucionario ruso por la marca de su nacionalidad. Naturalmente, no pensaba en Georgia, sino en el Cáucaso: el factor de primitivismo atraía sin duda a Lenin; no es, pues, de extrañar que tratase a Kamo con tanta ternura.

Durante su estancia de dos meses en el extranjero, Stalin escribió un ensayo breve, pero tajante, titulado El marxismo y el problema nacional. Como estaba destinado a una revista legal, el artículo hacía gala de un vocabulario comedido, a pesar de lo cual se advertían perfectamente sus tendencias revolucionarias. El autor comenzaba por oponer la definición historicomaterialista de nación a la psicología abstracta que animaba a la escuela austríaca. "La nación -escribía- es una comunidad permanente, formada a lo largo de la historia, de lengua, territorio, vida económica y composición psicológica, que se sustenta en la comunidad de cultura." Esta definición combinada, que asocia los atributos psicológicos de una nación a las condiciones geográficas y económicas de su desarrollo, no sólo es teóricamente correcta, sino prácticamente fecunda, pues, según ella, la solución del problema del destino de cada nación hay que buscarlo por la fuerza en el sentido de cambiar las condiciones materiales de su existencia, comenzando por el territorio. El bolchevismo nunca se abscribió a la adoración fetichista de unas fronteras estatales. Políticamente, lo que importaba era reconstruir el imperio zarista, esa prisión de naciones, en el orden territorial político y administrativo, de acuerdo con las necesidades y los deseos de las mismas naciones.

El Partido del proletariado no recomienda a las diversas nacionalidades que permanezcan dentro de los límites de cierto Estado ni que se separen de él; esto es asunto de cada una de ellas. Pero se obliga a ayudarlas a realizar su auténtica voluntad nacional. En cuanto a la posibilidad de separarse de un Estado, esto depende de circunstancias históricas nacionales y de la correlación de fuerzas. "Nadie puede decir -escribía Stalin- que la guerra de los Balcanes sea el final y no el comienzo de complicaciones. Es tan posible semejante combinación de circunstancias internas y externas, que una u otra nacionalidad dentro de Rusia juzgue necesario postular y resolver el problema de su propia independencia. Y, naturalmente, no es misión de los marxistas poner barreras en tales casos. Pero, por esta misma razón, los marxistas rusos no pueden prescindir del derecho de las naciones a la autodeterminación."

Los intereses de las naciones que voluntariamente se queden dentro de los límites de la Rusia democrática serán preservados por medio de "las autonomías de unidades autodeterminadas, tales como Polonia, Lituania, Ucrania, el Cáucaso, etc. La autonomía regional conduce a una utilización más ventajosa de las riquezas naturales de la región; no divide a los ciudadanos conforme a pautas nacionales, y les permite agruparse en partidos de clase". La autoadministración territorial de regiones en todas las esferas de la vida social se opone a la extraterritorial (esto es, platónica) de nacionalidades en cuestiones de "cultura" solamente.

Sin embargo, de importancia sumamente inmediata y aguda, desde el punto de vista de la lucha del proletariado, era el problema de las relaciones entre los trabajadores de diversas nacionalidades dentro del mismo Estado. El bolchevismo se pronuncia por una

completa e indivisible unificación de los trabajadores en todas las nacionalidades en el Partido y en el Sindicato, a base de centralismo democrático. "El tipo de organización no ejerce su influencia sobre la labor práctica solamente, sino que imprime un sello indeleble sobre toda la vida espiritual del trabajador. El trabajador vive la vida de su organización, dentro de la cual se desarrolla espiritualmente y es educado... El tipo internacional de organización es una escuela de sentimientos de camaradería, de la máxima agitación en pro del internacionalismo."

El sitio de honor en este estudio se dedicaba a una polémica contra su antiguo adversario Noé Jordania, quien durante los años de la reacción comenzó a inclinarse hacia el programa austríaco. Ejemplo tras ejemplo, Stalin demostraba que la economía cultural nacional, "por lo común... se hace aún más insensata y ridícula desde el punto de vista de las condiciones reinantes en el Cáucaso". No menos resuelta era su crítica de la política de la Liga judía, organizada a base del principio nacional, y no sobre el territorial, y que tendía a imponer tal sistema a todo el Partido. "Una de dos: o el federalismo de la Liga, y entonces hay que reconstruir la Socialdemocracia rusa sobre la base de "dividir" a los trabajadores por nacionalidades, o un tipo internacional de organización, y entonces hay que reconstruir la Liga según el principio de la economía territorial... No hay término medio: los principios vencen, nunca pueden conciliarse."

El marxismo y el problema nacional es, indudablemente, la obra teórica de más importancia (más bien la única) de Stalin. A base de aquel solo artículo, que ocupaba cuarenta páginas impresas, su autor merece ser reconocido como un destacado teorizante. Lo que desconcierta un poco es que no haya escrito nada ni remotamente comparable en calidad, antes ni después. La clave del misterio está en que aquel trabajo de Stalin fue enteramente inspiración de Lenin, y se escribió bajo su incesante inspección, dirigiéndolo él línea por línea.

Dos veces en su vida rompió Lenin con colaboradores íntimos que eran teóricos de primera fila. La primera vez en 1903-l904, en que se apartó de todas las viejas autoridades de la socialdemocracia rusa (Plejanov, Axelrod, Zasulich) y de los destacados marxistas jóvenes, Martov y Potressov; la segunda, durante los años de la reacción, cuando le abandonaron Bogdanov, Lunacharsky, Pokrovsky, Rozhkov, todos ellos escritores calificados. Zinoviev y Kamenev, sus colaboradores íntimos, no eran teóricos. En tal sentido, el nuevo resurgimiento revolucionario encontró a Lenin embarrancado. No es extraño que se aferrase con afán a cualquier camarada joven que pudiera ser útil para trazar un problema cualquiera del programa del Partido.

"Esta vez -recuerda Krupskaia-, Ilich habló mucho con Stalin sobre el problema nacional, y estaba contento de encontrar a alguien seriamente interesado en la cuestión y que conocía el terreno que pisaba. Ya anteriormente, Stalin vivió en Viena alrededor de dos meses, estudiando allí el problema de las nacionalidades, y se relacionó mucho con nuestro público vienés, con Bujarin, con Troyanovsky." Algo quedó por decir. "Ilich habló mucho con Stalin", lo que significa que le dio ideas matrices, le aclaró todos los aspectos de la cuestión, explicó los conceptos dudosos, sugirió la literatura, repasó los primeros borradores e hizo correcciones... "Recuerdo, -refiere la misma Krupskaia- la actitud de Ilich para con autores inexpertos. Pensaba en la sustancia, en lo fundamental, ideando el mejor

modo de ayudar, de encaminarlos bien. Pero lo hacía con una especial delicadeza de modo que el autor, en cada caso, no se diera cuenta de que le corregían. Verdaderamente, Ilich sabía cómo ayudar a la gente en sus tareas. Si, por ejemplo, quería encomendar la redacción de un artículo a alguien, y no tenía la seguridad de que el designado supiera escribirlo bien, lo primero que hacía era entablar con él una detallada conversación sobre el tema, desarrollando sus propios argumentos, despertando el interés de su interlocutor, sonsacándole a conciencia y luego sugería: "¿No te gustaría escribir un artículo sobre este tema?" Y el autor ni siquiera advertía cuánto le había ayudado la conversación preliminar con Ilich, ni se daba cuenta de que en su artículo incorporaba incluso las palabras y expresiones favoritas de Ilich." Krupskaia, como es natural, no nombra a Stalin. Pero esta caracterización de Lenin como inspirador y guía de jóvenes autores figura precisamente en el capítulo de sus Memorias en que hace mención del trabajo de Stalin sobre el problema de las nacionalidades: Krupskaia se vio no pocas veces forzada a recurrir a arbitrios indirectos para proteger de la usurpación a lo menos una parte de los derechos intelectuales de Lenin.

El proceso del artículo de Stalin se nos representa con suficiente claridad. Primero, conversaciones preliminares con Lenin en Cracovia, esbozo de las ideas dominantes y del material de consulta. Luego, la estancia en Viena, en el corazón mismo de la "escuela austríaca". Como no sabía alemán, Stalin no podía sacar partido de sus fuentes de consulta. Pero allí estaba Bujarin, que indiscutiblemente dominaba la teoría, conocía idiomas, así como la literatura relativa a la materia, y también era ducho en revolver papeles. Bujarin, como Troyanovsky, tenía instrucciones de Lenin de ayudar al "espléndido" pero poco educado georgiano. Evidentemente, la selección de los extractos más importantes fue tarea suya. La construcción lógica del artículo, no exenta de pedantería, se debe muy probablemente a la influencia de Bujarin, inclinado a métodos de profesor, a diferencia de Lenin, para quien el interés político o polémico determinaban la estructura de una composición. La influencia de Bujarin no fue más allá, pues en el problema de las nacionalidades se hallaba más cerca de Rosa Luxemburgo que de Lenin. En cuanto a la aportación de Troyanovsky, nada sabemos de cierto; pero de entonces data el comienzo de su contacto con Stalin, que algunos años más tarde, cuando cambiaron las circunstancias, valió al insignificante e inestable Troyanovsky uno de los puestos diplomáticos de más responsabilidad.

De Viena, Stalin volvió con su material a Cracovia. Allí se reanudó la intervención de Lenin, director atento e incansable. La huella de su pensamiento y de su pluma se descubre fácilmente a cada página. Ciertas frases, mecánicamente incorporadas por el autor, o ciertas líneas, evidentemente escritas por el revisor, parecen inesperadas o incomprensibles sin referirse a las obras correspondientes de Lenin. "No es el problema nacional, sino el agrario el que decide la suerte del progreso en Rusia -escribe Stalin sin más explicaciones-. El problema nacional le está subordinado." Este juicio exacto y profundo sobre los efectos relativos de los problemas agrario y nacional en el curso de la Revolución rusa es enteramente de Lenin, quien lo dilucidó innumerables veces durante los años de la reacción. En Italia y en Alemania, la lucha por la liberación nacional y la unificación era en otro tiempo el meollo de la revolución burguesa. No sucedía lo mismo en Rusia, donde la nacionalidad dominante, los gran-rusos, no sufrían opresión nacional, sino que oprimían a los demás; pero nadie, sino la vasta masa campesina de la misma Gran

Rusia había experimentado la profunda opresión de la servidumbre. Ideas tan complejas y tan seriamente consideradas nunca hubieran sido expuestas por su verdadero autor como de pasada, como una generalidad sin demostraciones ni comentarios.

Zinoviev y Kamenev, que vivieron largo tiempo junto a Lenin, adquirieron no sólo sus ideas, sino hasta sus modos de hablar, e incluso el carácter de letra. No puede decirse otro tanto de Stalin. Naturalmente, también él vivía de las ideas de Lenin, pero a distancia, lejos de él, y no se servía de ellas sino cuando las necesitaba pata sus propios fines independientes. Era demasiado tenaz, demasiado obstinado, demasiado torpe y demasiado orgánico para adquirir los métodos literarios de su maestro. Por eso, las correcciones que Lenin introdujo en su texto, para citar al poeta, parecen "remiendos flamantes en destrozados andrajos". La exposición de la escuela austríaca como "una forma refinada de nacionalismo" es, sin duda, de Lenin, como muchas otras fórmulas sencillas y pertinentes. Stalin no escribía de ese modo. Con referencia a la definición de Otto Bauer, según la cual la nación es "una comunidad relativa de carácter", leemos en el artículo: "Entonces, ¿en qué difiere la nación de Bauer del "espíritu nacional" místico y vano de los espiritualistas?" Esta frase es de Lenin, Nunca, ni antes ni después, ha sabido Stalin expresarse así. Y en otro lugar, cuando, refiriéndose a las rectificaciones eclécticas de Bauer respecto a su propia definición de nación, el artículo comenta: "Así, la teoría cosida con hilos idealistas se refuta a sí misma", no puede uno menos de reconocer la pluma de Lenin. Lo mismo cabe decir de la caracterización del tipo internacional de organización obrera como "una escuela de sentimientos de camaradería". Stalin no escribía de esa manera. En cambio, en todo el artículo, a pesar de sus numerosos recovecos, es inútil buscar camaleones que adopten el aspecto de conejos, golondrinas subterráneas, ni cortinas de lágrimas: Lenin ha extirpado todas estas filigranas seminaristas. El manuscrito original con sus correcciones puede estar oculto, ciertamente. Pero es imposible de todo punto ocultar la mano de Lenin, como es imposible ocultar el hecho de que en todos los años de su prisión y destierro, nunca hizo Stalin nada que ni remotamente semeje a lo que escribió en el curso de pocas semanas en Viena y en Cracovia.

El 8 de febrero, estando aún Stalin en el extranjero, Lenin felicitó al Consejo de redacción de Pravda "por la enorme mejora que el periódico había experimentado en todos sus aspectos, según se ha podido apreciar en los últimos días". La mejora se refería a la cuestión de principios, y se manifestaba principalmente por la intensificación de la lucha contra los liquidadores. Según Samoilov, quien ejercía entonces funciones de verdadero redactor era Sverdlov; viviendo en estado ilegal, y sin salir nunca de la morada de un diputado "inmune", se ocupaba todo el día con los manuscritos del periódico. "Además, era un excelente camarada en los asuntos personales también." Así es la verdad, Samoilov no dice nada parecido de Stalin, con quien estuvo en estrecho contacto y a quien guarda gran respeto. El 10 de febrero, la policía entró en el piso "inmune", detuvo a Sverdlov y no tardó en desterrarle a Siberia, sin duda a causa de la denuncia de Malinovsky. Hacia fines de febrero, Stalin, que había regresado de San Petersburgo, se instaló en el domicilio de los mismos diputados: "él llevaba la batuta en la vida de nuestra fracción (de la Duma) y del periódico Pravda -relata Samoilov-, y asistía, no sólo a todas las conferencias que

preparábamos en nuestro piso, sino muchas veces, arriesgándose mucho, también a las sesiones de la fracción socialdemócrata, donde sostenía nuestra línea de argumentación contra los mencheviques e intervenía en varias otras cuestiones, prestándonos gran ayuda."

Stalin encontró en San Petersburgo muy cambiada la situación. Los trabajadores avanzados apoyaban firmemente las reformas de Sverdlov, inspiradas por Lenin. Pravda contaba con una nueva redacción. Los conciliadores habían sido pospuestos. Stalin no pensó siquiera en defender las posiciones de las que había sido separado dos meses antes. No entraba en sus cálculos. Ahora le interesaba sólo salir airoso del trance. El 26 de febrero publicó en Pravda un artículo en el que convocaba a los trabajadores para "levantar su voz contra los esfuerzos separatistas dentro de la fracción, viniesen de donde vinieran". En esencia, el artículo formaba parte de la campaña para preparar el cisma de la fracción de la Duma, cargando a la vez la culpa sobre los adversarios. Desligado ya de su propio historial, Stalin trataba de expresar su nuevo propósito con la fraseología vieja. De ahí su ambigua expresión sobre tentativas para escindir la fracción, "viniesen de donde vinieran".

En todo caso, es evidente para quien lea el artículo que, después de asistir a la escuela de Cracovia, el autor se esforzaba en cambiar de línea y deslizarse en la nueva política con la máxima discreción posible. Pero no tuvo prácticamente oportunidad de hacerlo, pues en seguida le detuvieron.

En marzo, la organización bolchevique, bajo el patrocinio legal de Pravda, organizó un concierto y una velada recreativa. Stalin "deseaba ir allí", relata Samoilov, con idea de ver a muchos camaradas. Pidió consejo a Malinovsky. ¿Era prudente ir?, ¿no sería arriesgado? El pérfido consejero replicó que, a su parecer, no había peligro. Sin embargo, el mismo Malinovsky se encargó de que lo hubiera. Tan pronto como llegó Stalin, el vestíbulo se llenó de espías. Los camaradas trataron de conducirle por la entrada al escenario, después de vestirle con una capa de mujer. Pero fue detenido. Esta vez para desaparecer de la circulación durante cuatro arios exactamente.

Dos meses después de aquella detención, Lenin escribió a Pravda: "Os felicito cordialmente por vuestro éxito..., la mejora es enorme y considerable. Esperemos que sea permanente, definitiva y última..., ¡si un maleficio no la desbarata!" Con propósito de completar, no podemos menos de citar asimismo la carta que Lenin envió a San Petersburgo en octubre de 1913, cuando ya Stalin estaba en el lejano destierro y Kamenev al frente del Consejo de redacción: "Aquí todos están satisfechos del periódico y del director. En todo este tiempo no he oído una sola palabra de censura..., todo el mundo está contento, y yo especialmente, pues he resultado profeta. ¿Te acuerdas? -Y al final de la carta-: Querido amigo, toda la atención se dedica ahora a la lucha de los seis por sus derechos. Te ruego que ayudes con todas tus fuerzas para que ni el periódico ni la opinión pública marxista no vacilen ni un solo momento."

Todas las pruebas mencionadas conducen a una conclusión ineludible: en opinión de Lenin, el periódico marchaba muy mal cuando Stalin estaba encargado de él. Durante aquel período, la fracción de la Duma se inclinaba hacia el conciliatorismo. El periódico comenzó a enderezarse políticamente sólo cuando Sverdlov, en ausencia de Stalin, introdujo "importantes reformas". El periódico mejoró cuando Kamenev se hizo cargo de

él. Asimismo bajo su dirección, los diputados de la Duma consiguieron su independencia política.

Malinovsky intervino activamente, incluso por partida doble, en la tarea de escindir la fracción. El general Spiridovich, de la Gendarmería, escribió a este propósito: "Malinovsky, siguiendo las directivas de Lenin y del Departamento de Policía, libró en octubre de 1913... la contienda final entre los "siete" y los "seis"." Después, los mencheviques, por su parte, se complacían una y otra vez en recalcar la "coincidencia" de la política de Lenin con la del Departamento de Policía. Ahora que el curso de los acontecimientos ha pronunciado su propio veredicto, el viejo argumento ha perdido su significación. El Departamento de Policía esperaba que la escisión de la Socialdemocracia debilitaría el movimiento obrero. En cambio, Lenin contaba con que sólo una escisión aseguraría a los trabajadores la dirección revolucionaria. Los maquiavelos de la Policía se equivocaron. Los mencheviques estaban condenados a la insignificancia. Los bolcheviques vencieron en toda la línea.

Stalin se dedicó a un trabajo intensivo en San Petersburgo y en el extranjero antes de su último arresto. Ayudó a llevar la campaña electoral para la Duma, dirigió Pravda, participó en una importante conferencia de la plana mayor del Partido fuera del país, y escribió su ensayo sobre el problema de las nacionalidades. Aquel semestre fue sin duda de gran importancia para su desenvolvimiento personal. Por primera vez asumía responsabilidad por actividades dentro de la capital, por primera vez se puso en contacto con políticos de relieve, por primera vez tuvo trato íntimo con Lenin. Aquella sensación de supuesta superioridad, que era parte tan esencial de él como "práctico" realista, no pudo menos de sufrir una conmoción al hallarse junto al gran "emigrado". Su propia estimación habría de hacerse más crítica y sobria, su ambición más precavida y circunspecta. Su vanidad herida debió de colorearse a impulsos de la envidia, mitigada sólo por la cautela.

CAPITULO VI
GUERRA Y DESTIERRO

Al ver en la calle a un hombre en cuclillas y haciendo extraños ademanes, Tolstoi dedujo que estaba contemplando a un chiflado; pero, acercándose, se cercioró de que el hombre realizaba una labor necesaria: afilaba un cuchillo con una piedra.

Lenin citaba con gusto este ejemplo. Las interminables discusiones, querellas de bandería, cismas entre bolcheviques y mencheviques, polémicas y divergencias dentro de la misma facción bolchevique, todo ello parecía al observador al margen como actividades de dementes. Pero el toque de los acontecimientos demostró que aquella gente estaba realizando trabajos necesarios; la batalla no estaba empeñada por sutilezas escolásticas, como se imaginaban los aficionados, sino por las cuestiones más fundamentales del movimiento revolucionario.

Gracias a las minuciosas y precisas definiciones de ideas y al trazado de claros contornos políticos, sólo Lenin y sus discípulos se hallaban en situación de enfrentarse con el nuevo resurgimiento revolucionario. De ahí la ininterrumpida serie de éxitos que rápidamente aseguraron el dominio del movimiento obrero a los pravdistas. La mayoría de la vieja generación había abandonado la lucha durante los años de la reacción. "Lenin no tiene más que muchachos", solían decir desdeñosamente los liquidadores. Pero en aquello veía Lenin la gran ventaja de su Partido. La revolución, como la guerra, carga la mayor parte de su tarea sobre los hombros de la juventud. El partido socialista que no sea capaz de atraer a los adolescentes, nada tiene que esperar.

En su correspondencia secreta, la policía zarista que se enfrentaba con los partidos revolucionarios no se hacía vanas ilusiones respecto a los bolcheviques. "Durante los últimos diez años -escribía el director del Departamento de Policía en 1913-, el elemento, más enérgico, más intrépido, capaz de luchar sin tregua, con persistencia y continua organización, es el formado por las organizaciones y las personas que se concentran en torno a Lenin... El corazón y el alma permanentes de la organización del Partido y de sus empresas importantes están en Lenin... La facción de los leninistas es siempre la mejor organizada de todas, la más fuerte en simplicidad de propósito, la de más recursos para propagar sus ideas entre los trabajadores... Cuando en estos dos últimos años el movimiento obrero comenzó a hacerse más fuerte, Lenin y sus adeptos se acercaron a los trabajadores más que los otros, y él fue quien primero lanzó consignas puramente revolucionarias... Los círculos bolcheviques, sus núcleos y organizaciones, están hoy diseminados por todas las ciudades. Se han establecido contactos y correspondencia permanentes con casi todos los centros fabriles. El Comité Central funciona casi regularmente, y está por entero en manos

de Lenin... En vista de ello, nada hay sorprendente en el hecho de que actualmente se está agrupando todo el Partido clandestino alrededor de las organizaciones bolcheviques, y que estas últimas constituyan en realidad el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia." Apenas puede agregarse nada a estas manifestaciones.

La correspondencia de la plana mayor del extranjero adquirió un nuevo tono optimista. Krupskaia escribía a Shklovsky a principios de 1913: "Todos los contactos son algo diferentes de los de antes. En cierto modo se nota que uno trabaja con gente de ideas afines... Los asuntos del bolchevismo marchan mejor que nunca." Los liquidadores, que se preciaban de su realismo y no más lejos de ayer se mofaban de Lenin como jefe de una secta degenerada, se encontraron de repente lanzados al margen y aislados. Desde Cracovia, Lenin vigila incansable todas las manifestaciones del movimiento obrero, registrando y clasificando todos los hechos que pudieran permitirle tomar el pulso al proletariado. De los detenidos cálculos hechos en Cracovia respecto a colectas de dinero para la Prensa obrera, se deducía claramente que en San Petersburgo el 86 por 100 de los trabajadores que sabían leer estaba en favor de Pravda, y sólo 14 por 100 al lado de los liquidadores; aproximadamente la misma proporción de fuerzas existía en Moscú; en las provincias atrasadas, los liquidadores estaban algo mejor, pero, en resumen, las cuatro quintas partes de los trabajadores progresivos simpatizaban con Pravda. ¿Qué valor podían tener los llamamientos abstractos a la unidad de facciones y tendencias, si la política justa opuesta a tales "facciones y tendencias" había conseguido, en el curso de tres años, congregar en torno al bolchevismo a la inmensa mayoría de los trabajadores avanzados? Durante las elecciones para la cuarta Duma, en que emitían los votos todos los electores, y no únicamente los socialdemócratas, el 67 por 100 de los representantes obreros se pronunciaron por los bolcheviques. Durante el conflicto entre las dos facciones de la fracción de la Duma en San Petersburgo, cinco mil votos fueron para los diputados bolcheviques, y sólo 521 para los mencheviques. Los liquidadores quedaron completamente deshechos en la capital. Una relación análoga de fuerzas se registraba en el movimiento sindical: de los trece sindicatos de Moscú, ni uno pertenecía a los liquidadores; de los veinte de San Petersburgo, sólo cuatro, los menos proletarios y menos importantes, se encontraban parcial o totalmente en poder de los mencheviques. A principios de 1914, durante las elecciones de representantes en las fundaciones benéficas para enfermos, los boletos de los candidatos de Pravda vencieron en toda la línea. Todos los grupos hostiles al bolchevismo (liquidadores, revoquistas, conciliadores de todo orden) resultaron ser completamente incapaces de arraigar en la clase obrera. De aquí extrajo Lenin sus conclusiones: "Sólo en el curso de la lucha contra estos grupos puede formarse en Rusia el verdadero partido socialdemócrata de los trabajadores."

En la primavera de 1914, Emilio Vandervelde presidente entonces de la II Internacional, estuvo en San Petersburgo para documentarse en persona sobre el conflicto de las facciones dentro de la clase trabajadora. El escéptico oportunista midió las controversias de los bárbaros rusos por el rasero del parlamentarismo belga. Los mencheviques, dijo a su vuelta, querían organizarse legalmente y solicitar el derecho de coalición; los bolcheviques querían exigir la inmediata proclamación de la república y la expropiación de la tierra. Este desacuerdo se le antojaba "más bien pueril" a Vandervelde. Lenin no pudo por menos de sonreír con amargura. Pronto sobrevinieron sucesos que

hicieron posible contrastar sin error hombres e ideas. Las "pueriles" diferencias de opinión entre los marxistas y los oportunistas se extendieron gradualmente por todo el movimiento obrero mundial.

"La guerra entre Austria y Rusia -escribía Lenin a Gorki a principios de 1913-, sería una cosa muy útil para la revolución (en toda la Europa occidental), pero no es muy posible que Franz-Josef y Nikki nos den esta oportunidad." Y, sin embargo, la dieron, aunque sólo año y medio después.

Entretanto, la coyuntura industrial había sobrepasado su, cenit. Los primeros temblores subterráneos de la crisis se comenzaba a sentir. Pero no detuvieron la marcha huelguística. Antes al contrario, le imprimieron un carácter más agresivo. Poco más de seis meses antes de estallar la guerra, había casi un millón y medio de huelguistas. La última explosión fuerte ocurrió la víspera de la movilización. El 3 de julio, la policía de San Petersburgo disparaba contra una muchedumbre de trabajadores. En respuesta a un llamamiento del Comité bolchevique, las fábricas más importantes se declararon en huelga en señal de protesta. Hubo unos doscientos mil huelguistas. Por todas partes se celebraban mítines y manifestaciones, y hasta intentaron algunos levantar barricadas. Entre el tumulto de estos acontecimientos en la capital que se convirtió en un campamento militar llegó el presidente Poincaré para dar los últimos toques a los tratos con su "coronado" amigo, y tuvo ocasión de atisbar de soslayo el laboratorio de la Revolución rusa. Pero pocos días después el Gobierno se aprovechó de la declaración de guerra para borrar del mapa las organizaciones y la Prensa de los obreros. La primera víctima fue Pravda. La idea grata del Gobierno zarista era sofocar la revolución con una guerra.

La aserción de ciertos biógrafos de que Stalin fue el autor de la teoría "derrotistas, o de la fórmula para "transformar la guerra imperialista en guerra civil", es pura invención, y atestiguan la falta de comprensión del carácter intelectual y político de Stalin. Con nada se avenía menos que con el espíritu de innovación política y de audacia teórica. Nunca se anticipaba a nada ni se ponía delante de nadie. Como era un empírico, siempre se asustaba de sentar conclusiones a priori, prefiriendo contar hasta diez antes de meter la tijera. Dentro del revolucionario bulle siempre un burócrata conservador. La II Internacional era una máquina política poderosa. Jamás se hubiera resuelto Stalin a romper con ella por propia iniciativa. La elaboración de la doctrina bolchevique relativa a la guerra es en su integridad parte intrínseca del historial de Lenin. Stalin no contribuyó a ello con una sola palabra, como tampoco lo hizo a la doctrina de la revolución. No obstante, para explicarse la conducta de Stalin durante los años de deportación, y especialmente durante las primeras críticas semanas consecutivas a la Revolución de febrero, así como su ruptura subsiguiente con todos los principios de bolchevismo, es necesario bosquejar brevemente el sistema de perspectivas que Lenin había elaborado ya al principio de la guerra y que gradualmente había hecho adoptar a su Partido.

La primera cuestión planteada por la catástrofe europea era la de si los socialistas podían hacerse cargo de la "defensa de la patria". No se trataba de si el socialista individual había de cumplir sus deberes de soldado. No podía hacer otra cosa. La deserción nunca fue una política revolucionaria. Lo que se trataba es de decidir si un partido socialista podía apoyar políticamente la guerra, esto es, votar los presupuestos militares, suspender su lucha

contra el Gobierno, hacer agitación en pro de la "defensa de la patria". Lenin contestaba: "No, no debe hacerlo, no tiene derecho a hacerlo; no porque hubiese guerra, sino porque era una guerra reaccionaria, un degollamiento sangriento provocado por los propietarios de esclavos para dividir el mundo."

La formación de Estados nacionales en el continente europeo abarcaba una época que comenzó aproximadamente con la gran Revolución Francesa y terminó con la paz de Versalles de 1871. Durante aquel período, las guerras para establecer o defender Estados nacionales como condición previa para el desarrollo de las fuerzas productivas y de la cultura tuvieron un carácter histórico progresivo. Los revolucionarios no sólo podían, sino que estaban obligados por el deber de sostener políticamente dichas guerras. De 1817 a 1914, el capitalismo europeo, lograda su madurez sobre la base de Estados nacionales, se sobrevivió, transformándose en capitalismo monopolista o imperialista. "El imperialismo es el estado del capitalismo que después de colmar sus posibilidades, tiende a declinar." La causa de esta declinación está en el hecho de que las fuerzas productivas se ven igualmente reprimidas por la armazón de la propiedad privada y por las fronteras del Estado nacional. Buscando una salida, el imperialismo se afana en dividir y subdividir el mundo. A las guerras nacionales suceden las guerras imperialistas. Y estas últimas son de índole reaccionario, compendio del histórico callejón sin salida, del estancamiento, de la corrupción del capitalismo monopolizador.

El imperialismo sólo puede existir porque hay naciones atrasadas en nuestro planeta, países coloniales y semicoloniales. La lucha de estos pueblos oprimidos por la unidad y la independencia nacional tiene un doble carácter progresivo, pues, por una prepara condiciones favorables de desarrollo para su propio uso, y por otro asesta rudos golpes al imperialismo. De donde se deduce, en parte, que en una guerra entre una república democrática, imperialista, civilizada, y la monarquía bárbara y atrasada de un país colonial, los socialistas deben estar enteramente al lado del país oprimido, a pesar de ser monárquico, y en contra del país opresor, por muy "democrático" que sea.

El imperialismo cubre sus propósitos de saqueo (incautación de colonias, mercados, fuentes de materias primas, esferas de influencia) bajo las ideas de "proteger la paz contra los agresores", "defender la patria", "defender la democracia", y otras parecidas. Estas ideas son falsas hasta la medula. "La cuestión de si fue uno u otro grupo quien golpeó o declaró la guerra el primero -escribía Lenin en marzo de 1915-, no tiene significación alguna cuando se trata de determinar la táctica de los socialistas. Las frases que giran en torno a la "defensa de la patria", "resistir a la invasión enemiga", "guerra de defensa", y otras parecidas, son una completa engañifa para los pueblos de ambos bandos..." En cuanto afecta al proletariado, la importancia histórica objetiva de la guerra es lo único que tiene sentido: ¿qué clase la está librando, y con qué fines?, y no las argucias de la diplomacia, que sabe cómo pintar al enemigo en su papel de agresor.

Igualmente espúreas son las referencias de los imperialistas a los intereses de la democracia y de la cultura. Puesto que la guerra se sostiene por ambas partes, no para defender la patria, la democracia y la cultura, sino por el ansia de repartirse el mundo y sostener la esclavitud colonial, ningún socialista tiene derecho a preferir un campo imperialista a otro. De nada serviría conjeturar, "desde el punto de vista del proletariado, si

la derrota de esta u otra nación sería un mal menor para el socialismo". Sacrificar en nombre de ese supuesto "mal menor" la independencia política del proletariado es traicionar el futuro de la Humanidad.

La política de "unidad nacional" significa en tiempos de guerra, aún más que en tiempo de paz, la ayuda a la reacción y la eternización de la barbarie imperialista. Rehusar tal ayuda, que es un deber elemental socialista, no constituye, empero, sino el lado negativo o pasivo del socialismo. Eso sólo no basta. La tarea del partido del proletariado es divulgar "una variada propaganda de la revolución socialista, que abarque el Ejército y el teatro de la guerra, una propaganda que revele la necesidad de volver los cañones, no contra nuestros propios hermanos, los esclavos a sueldo arrancados a otros países, sino contra los Gobiernos y partidos reaccionarios y burgueses, de todos los países".

¡Pero la lucha revolucionaria en tiempo de guerra puede acarrear la derrota del propio Gobierno! Lenin no se asusta por tal conclusión. "En todos los países, la lucha contra el propio Gobierno que sostiene la guerra imperialista no debe detenerse ante la posibilidad de la derrota del país a consecuencia de la agitación revolucionaria." Ahí está la esencia de la llamada teoría del "derrotismo". Los adversarios poco escrupulosos trataron de interpretar esto en el sentido de que Lenin admitía la posibilidad de colaboración entre los internacionalistas y los imperialistas extranjeros en aras de la victoria sobre la reacción de la nación propia. En realidad, de lo que se trataba era de la lucha general del proletariado del mundo entero contra el imperialismo mundial, por medio de la lucha simultánea del proletariado de cada país contra su propio imperialismo como directo y principal antagonista. "Desde el punto de vista de los intereses de las masas laboriosas y de la clase trabajadora de Rusia -escribía Lenin a Shlvapnikov en octubre del año 1914-, nosotros los rusos no podemos abrigar la menor duda, en absoluto, de que ahora y de una vez, el mal menor sería... la derrota del zarismo en la presente guerra..."

Es imposible luchar contra la guerra imperialista con piadosas lamentaciones pro paz al modo de los pacifistas. "Una de las formas de defraudar a la clase trabajadora es el pacifismo y la predicación abstracta de la paz. Bajo el capitalismo, y especialmente en su fase imperialista, las guerras son inevitables." La paz acordada entre imperialistas será un mero respiro hasta la próxima guerra. Sólo una lucha revolucionaria de masas contra la guerra y el imperialismo engendrado por ella puede asegurar una paz auténtica. "Sin una serie de revoluciones, la llamada paz democrática es una utopía positivista."

La lucha contra las ilusiones del pacifismo es uno de los elementos más importantes de la doctrina de Lenin. Rechazaba con particular aversión la petición de "desarme" como utopía flagrante bajo el capitalismo, capaz sólo de desviar la atención de los trabajadores de la necesidad de armarse. "La clase oprimida que no se esfuerce por aprender el manejo de los cañones y por tener cañones, merece ser tratada como una manada de esclavos." Y más adelante: "Nuestra consigna debe ser armar al proletariado para vencer, expropiar y desarmar a la burguesía... Sólo después que el proletariado haya desarmado a la burguesía podrá arrojar las armas a la chatarra, sin traicionar su histórica misión en todo el mundo..." Lenin no está conforme con la simple consigna "paz", a la que opone la de "transformar la guerra imperialista en guerra civil". La mayoría de los dirigentes de los partidos obreros se encontraron durante la guerra al lado de su propia burguesía. Lenin bautizó tal tendencia

con el nombre de "socialchauvinismo": socialismo verbal, patrioterismo o chauvinismo en los hechos. La traición al internacionalismo no caía, sin embargo, del cielo, sino que era la inexcusable continuación y desarrollo de la política de adaptación reformista al Estado capitalista. "El contenido de ideas políticas en el oportunismo y el socialchauvinismo es la misma cosa: colaboración de clases en vez de la lucha de clases, repudio de la necesidad revolucionaria de luchar, ayuda al "propio" Gobierno en una situación difícil, en vez de aprovechar esas dificultades para la revolución."

El período final de la prosperidad capitalista anterior a la guerra (1909-1913) afirmó el nexo especialmente robusto que atraía a la capa superior del proletariado hacia el imperialismo. De los beneficios suplementarios que la burguesía arrancaba de las colonias y de los paises atrasados, algunos gruesos bocados caían en el regazo de la aristocracia obrera y también en el de la burocracia obrera. Su patriotismo venía así dictado por su directo interés egoísta en la política del capitalismo. Durante la guerra, que puso de manifiesto todas las relaciones sociales, "los oportunistas y los patrioteros derivaban su enorme poder de su unión con la burguesía, los Gobiernos y los Estados Mayores". Los oportunistas se pasaron en definitiva al campo de la clase enemiga.

La tendencia intermedia, y acaso la más extendida dentro del socialismo, el llamado centro (Kautsky y otros), que en tiempo de paz titubeaba entre reformismo y marxismo, se convirtió casi en prisionero de los socialchauvinistas bajo la capa de frases pacifistas. En cuanto a las masas, se encontraron faltas de preparación, y defraudadas por su propia máquina de partido, que habían pasado décadas enteras construyendo. Habiendo efectuado la evaluación sociológica y política de la burocracia obrera de la II Internacional, Lenin no se detuvo a mitad de camino. "La unidad con los oportunistas es la unidad de los trabajadores con "su propia" burguesía nacional y la escisión de la clase trabajadora revolucionaria internacional." De aquí su conclusión sobre la necesidad, inmediata y de definitiva, de cortar todo contacto con los socialchauvinistas. "Es imposible realizar las tareas del socialismo ahora, es imposible lograr la movilización internacional efectiva de los trabajadores, sin la ruptura resuelta con el oportunismo -así como con el centrismo-, esa tendencia burguesa dentro del socialismo." Hasta el nombre del Partido ha de cambiarse. ¿No es mejor repudiar el mancillado y desacreditado nombre de "Socialdemócratas" y volver al viejo nombre marxista de "Comunistas"? ¡Ya es hora de romper con la II Internacional y fundar la III!

Ahí radicaba la diferencia de opinión que tan sólo dos o tres meses antes de la guerra había parecido "pueril" a Emilio Vandervelde. El presidente de la II Internacional se había convertido mientras tanto en un patriótico ministro de su rey.

El Partido bolchevique era la sección más revolucionaria (de hecho la única revolución) de la II Internacional. Sin embargo, ni el Partido bolchevique encontró desde un principio su ruta en el laberinto de la guerra. Por regla general, la confusión fue más penetrante y duradera entre las autoridades del Partido, que sostenían un contacto directo con la opinión pública burguesa. La fracción bolchevique de la Duma dio de pronto un rápido viraje hacia la derecha, uniéndose a los mencheviques en una declaración equívoca. En efecto, el documento leído en la Duma el 26 de julio hacía protestas de ser ajenos al "falso patriotismo a pretexto del cual las clases rectoras sostenían su política de pillaje",

pero al mismo tiempo prometía que el proletariado "defendería los bienes culturales del pueblo contra toda usurpación, viniese de dondequiera, tanto del interior como del exterior". Bajo el subterfugio de "defender la cultura", la fracción adoptaba una posición patriótica.

Las tesis de Lenin sobre la guerra no llegaron a San Petersburgo hasta principios de setiembre. La recepción que encontraron en el seno del Partido estuvo lejos de ser una aprobación general. La mayoría de las objeciones afectaban a la consigna de Lenin referente al "derrotismo", que, según Shlyapnikov, originó "perplejidad". La fracción de la Duma, que dirigía entonces Kamenev, trató una vez más de suavizar las acusadas aristas de las fórmulas de Lenin. Lo mismo ocurrió en Moscú y en las provincias. "La guerra sorprendió a los bolcheviques sin preparación -atestigua la Ojrana de Moscú-, y durante mucho tiempo... no lograron ponerse de acuerdo en su actitud frente a la guerra..." Los bolcheviques de Moscú escribían en clave a Estocolmo para retransmisión a Lenin, que "a pesar del respeto que le profesaban, su consejo de vender la casa (consigna de "derrotismo") no había dado en la cuerda sensible". En Saratov, según el dirigente local Antonov, "los trabajadores de las tendencias bolchevique, menchevique y essar no estaban de acuerdo con la posición derrotista. Antes bien..., eran (con raras excepciones) decididos defensistas." Entre los trabajadores avanzados, la situación era más favorable. En las fábricas de San Petersburgo aparecieron inscripciones con el siguiente texto: "Si Rusia gana, no estaremos mejor, nos oprimirán más que nunca." Y Samoilov escribía: "Los camaradas de Ivanovo-Voznesensk se dieron cuenta, con el instinto de clase de los proletarios, de cuál era... la ruta, acertada, y por ella marcharon ya desde los primeros meses de la guerra."

Sin embargo, sólo unos cuantos individuos consiguieron formular su opinión. Detenciones en masa desbarataron las organizaciones socialdemócratas. El aplastamiento de la Prensa diseminó a los trabajadores. Tanto más importante llegó a ser, en consecuencia, la misión de la fracción de la Duma. Repuestos del primer movimiento de pánico, los diputados bolcheviques comenzaron a desarrollar importantes actividades ilegales. Pero fueron detenidos no más tarde del 4 de noviembre. El cargo principal contra ellos consistía en los documentos de la dirección del Partido en el extranjero. Las autoridades acusaron a los diputados detenidos de traición. Durante las investigaciones preliminares, Kamenev y los diputados, con la sola excepción de Muranov, repudiaron la tesis de Lenin. En el juicio, que se celebró el 10 de febrero, los defensores mantuvieron la misma línea. La declaración de Kamenev afirmando que los documentos que se le mostraban "contradecían decididamente su propio criterio sobre la actual guerra", no fue dictada sólo por el cuidado de su propia seguridad; esencialmente expresaba la actitud de toda la capa superior del Partido frente al derrotismo. Con gran indignación de Lenin, la táctica puramente defensista de los defensores debilitó en extremo la eficacia agitadora del juicio. La defensa legal pudo haber ido de la mano con una ofensiva política. Pero Kamenev, que era un político inteligente y bien educado, no había nacido para afrontar situaciones extraordinarias. Los fiscales, por su parte, hicieron todo lo que pudieron. Rechazando el cargo de traición, uno de ellos, Pereverzev, profetizó en la vista que la lealtad de los diputados obreros a su clase se mantendría en la memoria de las futuras generaciones; mientras que sus flaquezas (falta de preparación, sometimiento a sus

consejeros intelectuales, etc.), "todo eso se desvanecerá como una cáscara hueca, junto con la imputación infamante de traición".

Por obra de una de esas chanzas sádicas que la historia nunca se cansa de prodigar, a nadie sino a Pereverzev, en su calidad de ministro de Justicia en el Gobierno de Kerensky, cupo en suerte la misión de acusar a los dirigentes bolcheviques de traición al Estado y espionaje, ayudándose para ello de cínicas falsificaciones, a las que ni el acusador zarista hubiera sido capaz de recurrir. Sólo el acusador de Stalin, Vichinsky, sobrepasó en tal sentido al ministro de Justicia demócrata.

A pesar de la equivocada táctica de los defensores, el solo hecho del juicio de los diputados obreros asestó un golpe tremendo al mito de la "paz civil" y puso en pie a la capa de trabajadores que había pasado por la escuela de la revolución. "Unos 40.000 trabajadores compran Pravda -escribía Lenin en marzo de 1915-, y muchos más lo leen... Es imposible destruir esa capa. Vive... y se alza sola entre las masas populares, en su mismo corazón, como propagadora del internacionalismo de los que trabajan, de los explotados, de los oprimidos." El despertar de las masas comenzó pronto, pero su influencia se abrió paso lentamente hacia afuera. Sujetos al servicio militar, los trabajadores estaban ligados de manos y pies. Toda violación de la disciplina suponía para ellos la inmediata evacuación al frente, acompañados de una nota de la policía, que era tanto como una sentencia de muerte. Eso sucedía sobre todo en San Petersburgo, donde la vigilancia era doblemente rigurosa.

Entretanto, las derrotas del ejército zarista seguían su curso. La hipnosis de patriotismo y la hipnosis de temor fueron gradualmente cediendo. Durante la segunda mitad de 1915 estallaron varías huelgas esporádicas, fundadas en los precios altos de la región textil de Moscú, pero no alcanzaron desarrollo. Las masas estaban descontentas, pero se mantenían pacíficas. En mayo de 1916 fulguraron algunas revueltas aisladas entre los reclutas de las provincias. Surgieron desórdenes por causa de los alimentos en el Sur, y se propagaron en seguida a Kronstadt, la fortaleza que guardaba el acceso a la capital. Finalmente, hacia fines de diciembre, tocó el turno a San Petersburgo. La huelga política afectó a no menos de doscientos mil trabajadores de una vez, con la incuestionable participación de las organizaciones bolcheviques. El hielo estaba roto. En febrero comenzó una serie de huelgas y revueltas tumultuosas, que culminaron rápidamente en una sublevación durante la cual la guarnición de la capital se pasó a los trabajadores. "El curso alemán de desarrollo" con que contaban los liberales y los mencheviques no se convirtió en realidad. De hecho, los mismos alemanes se apartaron pronto del llamado "método alemán"... En el remoto destierro, Stalin se veía condenado a hacer conjeturas sobre el triunfo de la insurrección y la abdicación del zar.

Sobre las treinta mil millas cuadradas que aproximadamente componen la superficie de la región de Turujansk, situada en la parte septentrional de la provincia de Yeniseisk, se desparramaba una población de diez mil almas poco más o menos, rusos y de otras comarcas. Los pequeños poblados de dos a diez casas, rara vez más, se hallaban separados entre sí por cientos de millas. Como el invierno dura allí ocho meses cumplidos, la agricultura no existe. Los habitantes pescan y cazan, pues abundan ambas clases de alimentos. Stalin llegó a aquella inhospitalaria región a mediados de 1913, y encontró allí a Sverdlov. Al poco tiempo recibió Alliluyev una carta en la que Stalin le pedía que metiera

prisa al diputado Badayev para que enviase el dinero remitido por Lenin desde la emigración... "Stalin explicaba detalladamente que necesitaba dinero en seguida para procurarse los alimentos necesarios, petróleo y otros efectos."

El 25 de agosto, el Departamento de Policía avisaba a la gendarmería de Yeniseisk de la posibilidad de que los deportados Sverdlov y Djugashvili trataran de escaparse. El 18 de diciembre, el Departamento pedía por teléfono al gobernador de Yeniseisk que tomase medidas para prevenir la fuga. En enero, el Departamento telegrafió, a la gendarmería de Yeniseisk, advirtiéndoles que Sverdlov y Djugashvili, además de los cien rublos ya recibidos, estaban a punto de recibir otros cincuenta para organizar su fuga. En marzo, los agentes de la Ojrana acababan de oír que Sverdlov había sido visto en Moscú. El gobernador de Yeniseisk se apresuró a informar que ambos deportados "están presentes en persona, y se han tomado medidas para impedir que se fuguen". En vano escribió Stalin a Alliluyev que Lenin había enviado el dinero para petróleo y otras cosas necesarias; el Departamento sabía de buena fuente (por Malinovsky mismo) que estaba preparando su fuga.

En febrero de 1914, Sverdlov escribía a su hermana: "José Djugashvili y yo vamos a ser trasladados cien verstas (unas setenta millas) al Norte, ochenta verstas (unas cincuenta y cinco millas) por encima del Círculo Glacial ártico. La vigilancia es más severa. Hemos sido separados del despacho de Correos, y las cartas nos llegan una vez al mes por mediación de un "peatón" que con frecuencia se retrasa. De echo, sólo recibimos correo, ocho o nueve veces al año..." El nuevo lugar que les fue designado era la olvidada colonia de Kureika. Pero aquello no era bastante. "Por recibir dinero, Djugashvili había sido privado de su asignación por cuatro meses. él y yo necesitamos dinero. Pero no lo podéis enviar a nuestro nombre." Al intervenir la asignación, la policía aliviaba el presupuesto zarista y mermaba a la vez las posibilidades de fuga.

En su primera carta desde Kureika, Sverdlov describía claramente su método de vida en compañía de Stalin. "Mi instalación en la nueva residencia es mucho peor. En primer lugar, ya no vivo solo en el cuarto. Somos dos. Está conmigo el georgiano Djugashvili, a quien ya conocía de antes, pues estuvimos una vez desterrados juntos en otro sitio. Es un buen muchacho, pero es demasiado individualista en materias de la vida cotidiana, en tanto que yo creo en el orden, aparente al menos. Por eso estoy nervioso a veces. Pero esto no es tan importante. Mucho peor es que no hay separación ninguna entre nosotros y la familia de nuestros patronos. Tenemos la habitación junto a la suya, y no hay entrada independiente. Como es natural, los chiquillos pasan con nosotros muchas horas. A veces nos estorban. Además, también, caen por aquí algunas personas mayores del pueblo. Vienen, se sientan permanecen sosegados una media hora, y de repente se levantan: "Bueno, tengo que irme, adiós." Apenas se han marchado, viene otro visitante, y se repite la escena. Se presentan como de intento a la hora mejor para estudiar, al caer la tarde. No lo comprendo: de día tienen que trabajar. Hemos tenido que abandonar nuestros planes anteriores y distribuir de otro modo el horario, dejando de estudiar hasta bien pasada la medianoche. No tenemos una gota de petróleo; usamos velas, y como dan poca luz para mi vista, ahora estudio siempre de día. En realidad, no es mucho lo que estudio. Virtualmente,

no tenemos libros..." Así vivían el futuro presidente de la República de los Soviets y el futuro dictador de la Unión Soviética.

Lo que nos interesa más de la carta precedente es la reprimida caracterización de Stalin como "un buen muchacho, pero demasiado individualista". La primera parte de esta declaración tiene por evidente objeto moderar el efecto de la segunda. "Un individualista en materias de la vida cotidiana" significa en este caso un hombre que, obligado a vivir en compañía de otra persona, no tiene en cuenta para nada las costumbres e intereses de ésta. Un vislumbrar de orden, en el que Sverdlov insistía inútilmente, exigía cierta voluntaria autolimitación por parte del compañero de cuarto. Sverdlov era por naturaleza una persona considerada. Samoilov atestigua que era "un magnífico camarada" en su trato personal. En el carácter de Stalin no había la más ligera sombra de moderación. Además, es posible que hubiese buena porción venganza en su comportamiento; no olvidemos que fue Sverdlov el designado para liquidar el cuerpo de redacción de Pravda con que había contado Stalin frente a la posición de Lenin. Stalin nunca olvidaba tales cosas; nunca olvidaba nada. La publicación; de la correspondencia completa de Sverdlov desde Turujansk, prometida en 1924, jamás se realizó; al parecer, contenía la historia del subsiguiente empeoramiento de las relaciones entre ambos.

Schweitzer (esposa de Spandaryan, tercer miembro del Comité Central que emprendió el viaje hacia Kureika en vísperas de la guerra, después de haber sido trasladado Sverdlov de allí) dice que en el cuarto de Stalin "la mesa estaba atestada de libros y grandes pilas de periódicos, y de una cuerda tendida en un rincón pendían varios aparejos de pesca y caza de su propia elaboración". Sin duda, la queja de Sverdlov relativa a la escasez de libros había servido de estímulo para la acción: los amigos contribuyeron a engrosar la biblioteca de Kureika. Los utensilios "de su propia elaboración" no podían ser, naturalmente, un rifle y municiones de arma de fuego. Eran redes de pesca y trampas para conejos y otros bichos por el estilo. Más tarde, Stalin no llegó a ser tampoco un tirador ni un cazador, en el sentido deportista de la palabra. Efectivamente, a juzgar por aspectos generales, es más fácil imaginársela colocando trampas por la noche que disparando una escopeta contra un pájaro a la luz del día.

Para comunicaciones postales y de otro orden, Kureika dependía del pueblo de Monastyrskoye, de dónde los hilos conducían a Yeniseisk y más allá, hasta Krasnoyarsk. El antiguo deportado Gaven, hoy desaparecido también, nos refiere que la comuna de Yeniseisk estaba en contacto con la vida política, clandestina y legal. Se mantenía desde allí correspondencia con las otras regiones de deportados, así como con Krasnoyarsk, que a su vez comunicaba con los Comités de San Petersburgo y de Moscú, y suministraba a los deportados documentos clandestinos. Aun en el Círculo ártico la gente se interesaba por los intereses del Partido, dividida en grupos, discutiendo hasta enronquecer y a veces hasta el punto de odiarse cordialmente. Sin embargo, los deportados sólo comenzaron a diferir en principios a mediados del año 1914 después de llegar a la región de Turujansk el tercer miembro Comité Central, el entusiasta Spandaryan.

En cuanto a Stalin, se mantuvo retraído. Según Shumyatsky, "Stalin... se reconcentró en sí mismo. Preocupado de la caza y la pesca, vivía en una soledad casi completa... Prácticamente no necesitaba relacionarse con la gente, y sólo de vez en cuando

solía visitar a su amigo Suren Spandaryan en el pueblo de Monastyrskoye, para volver varios días más tarde a su covacha de anacoreta. Era parco en sus descoyuntadas observaciones sobre tal o cual asunto, cuándo por azar asistía a reuniones organizadas por los deportados". Estas líneas suavizadas y embellecidas en una de las versiones posteriores (incluso la "covacha" se convirtió por algún motivo en "laboratorio"), deben entenderse en el sentido de que Stalin cortó toda relación personal con la mayoría de los deportados, y los rehuía. No es extraño que terminaran asimismo sus relaciones con Sverdlov: en las monótonas circunstancias del destierro, hasta personas más adaptables que él no eran capaces de evitar la discordia.

"La atmósfera moral... -escribía discretamente Sverdlov en una de sus cartas que casualmente vio la luz-, no es muy favorable... Unas cuantas disputas (desavenencias personales), posibles sólo en una atmósfera de cárcel y destierro, a pesar de su nimiedad han producido bastante efecto sobre mis nervios...." A causa de tales "disputas", Sverdlov gestionó su traslado a otra colonia. Otros bolcheviques se apresuraron a abandonar Kureika: Goloschekin y Medvedev, que ahora figuran asimismo entre los ausentes. Colérico, brusco, consumido por la ambición, Stalin no era fácil de conllevar.

Los biógrafos exageran sin duda cuando dicen que esta vez la fuga era físicamente imposible, aunque es natural que ofreciera serias dificultades. Las fugas anteriores de Stalin no lo fueron en el verdadero sentido de la palabra, sino salidas ilegales del lugar de destierro. Alejarse de Solvychegodsk, en Vologda, incluso de Narym, no suponía gran esfuerzo, una vez resuelto el interesado a prescindir de su "estado legal". La región de Turujansk era muy diferente: había que efectuar un viaje bastante dificultoso con renos o perros, o con un bote en verano, o bien escondido bajo las tablas de la cala de un buque, contando con que el capitán del mismo tuviera alguna simpatía por los deportados políticos; en una palabra, el desterrado en Turujansk que quisiera escaparse se exponía a graves riesgos. Pero que estas dificultades no eran insuperables lo demuestra mejor que todo el hecho de que durante aquellos años varias personas lograron escaparse de aquella comarca. Cierto es que después de enterarse el Departamento de Policía de su plan de fuga, Sverdlov y Stalin fueron sometidos a vigilancia especial. Pero los "guardias" árticos, notoriamente remisos y fáciles de ganar por el vino, nunca habían retraído a otros a escapar de allí. Los deportados de Turujansk gozaban de suficiente amplitud de movimientos para ello. "Stalin iba a menudo al Pueblo de Monastyrskoye -escribe Schweitzer-, donde los desterrados solían reunirse, y a tal objeto empleaba subterfugios tanto legales como ilegales." La vigilancia no hubiera podido ser muy activa en las norteñas soledades sin límite. Durante todo el primer año, Stalin parecía haber estado orientándose y tomando medidas preparatorias sin gran apresuramiento: era precavido. Pero en julio del año siguiente estalló la guerra. Los peligros de la existencia ilegal en las condiciones de un régimen de tiempo de guerra se añadían a las dificultades físicas y políticas de una fuga. Aquel riesgo acrecentado fue precisamente lo que retrajo a Stalin a escaparse, como muchos otros.

"Esta vez -escribe Schweitzer-, Stalin decidió continuar deportado. Allí continuó su trabajo, sobre el problema nacional, y terminó la segunda parte de su libro." Shumyatsky menciona también la obra de Stalin sobre dicho tema. Stalin escribió efectivamente un artículo sobre la cuestión de las nacionalidades durante los primeros meses de su destierro:

a este respecto contamos con el testimonio categórico de Alliluyev. "El mismo año (1913), a principios de invierno -escribe-, recibí otra carta de Stalin... Un artículo sobre la cuestión nacional, que Stalin me pedía transmitir a Lenin, venía también en el sobre." El ensayo no podía ser muy extenso, puesto que iba dentro de un sobre de carta ordinario. Pero, ¿qué se hizo de aquel artículo? Durante todo el año 1913, Lenin continuó desarrollando y definiendo el problema de las nacionalidades. No hubiera podido menos de acoger con avidez aquel nuevo esfuerzo de Stalin. El silencio acerca de la suerte que corriera el artículo mencionado prueba simplemente que se consideró inadecuado para publicarlo. Su empeño por seguir independientemente la línea de razonamiento que le había sido sugerida en Cracovia le había extraviado, por lo visto, de modo que Lenin no vio posibilidad de revisar el artículo. Sólo así puede explicarse el hecho sorprendente de que durante los siguientes tres años y medio de deportación no hiciera el ofendido Stalin ningún intento más por aparecer en la Prensa bolchevique.

En el destierro, como en la cárcel, los grandes acontecimientos parecen particularmente increíbles. Según Shumyatsky, "las noticias de la guerra asombraban a nuestros hombres, algunos de los cuales tomaron notas sumamente erróneas..." "Las tendencias defensistas tenían muchos partidarios entre los deportados; todo el mundo andaba desorientado", escribe Gaven. No era de extrañar: incluso en San Petersburgo, recientemente convertido, en Petrogrado, los revolucionarios no estaban muy seguros de sí mismos. "Pero la autoridad de Stalin entre los bolcheviques era tan grande -declara Schweitzer-, que su primera carta a los deportados puso fin a todas sus dudas y afirmó a los vacilantes." ¿Adónde ha ido aquella carta? Tales documentos se copiaban al pasar de mano en mano, circulando por todas las colonias de desterrados. No es posible que se perdieran todas las copias; las que cayeron en manos de la policía han debido hallarse en sus archivos. Si la "carta" histórica de Stalin no aparece, es sencillamente porque no se escribió nunca. A pesar de toda su vulgaridad, el testimonio de Schweitzer es un trágico documento humano. Escribió esta camarada sus Memorias en 1937, veinte años después de los sucesos, por encargo imperioso. La colaboración política que se vio obligada a prestar a Stalin correspondía en realidad, aunque en escala más modesta, a su marido, el indomable Spandaryan, muerto en el destierro en 1916. Naturalmente, Schweitzer sabe de sobra lo que ocurrió. Pero el mecanismo de la falsificación trabajaba de manera automática.

Más ajustadas a los hechos son las Memorias de Shumyatsky, publicadas unos trece años antes del artículo de Schweitzer. Shumyatsky atribuía la parte directiva en la lucha con los patrioteros a Spandaryan. "Fue uno de los primeros en adoptar una posición inflexible de "derrotismo", y en las raras reuniones de los camaradas apostrofaba sarcásticamente a los socialpatriotistas..." Incluso en la edición de mucho después, Shumyatsky, caracterizando la general confusión de ideas, conservó la frase: "El difunto Spandaryan vio la cuestión clara y distintamente..." Los otros, por lo que se deduce, no la vieron con tanta claridad. Cierto es que Shumyatsky, que nunca estuvo en Kureika, se apresuraba a añadir que "Stalin, completamente aislado en su covacha, sin la menor vacilación se ajustó a una línea derrotista", y que las cartas de Stalin "apoyaron a Suren en su lucha contra los adversarios". Pero la veracidad de esta inserción, que tiende a asegurar a Stalin el segundo lugar entre los "derrotistas", se debilita considerablemente al decir el mismo Shumyatsky: "Sólo hacia fines de 1914 y principios de 1915, después de haber podido ir Stalin a

Monastyrskoye para ayudar a Spandaryan, dejó de ser éste objeto de los ataques de posición." ¿Es que Stalin adoptó abiertamente su posición internacionalista sólo después de hablar con Spandaryan, y no desde el principio de la guerra? En su intento de enmascarar el prolongado silencio de Stalin, pero en realidad subrayándolo más que nunca, Shumyatsky eliminó en la nueva edición toda referencia al hecho de que la visita de Stalin a Monastyrskoye ocurrió "sólo hacia fines de 1914 y principios de 1915". De hecho, el viaje fue a fines de febrero de 1915, cuando merced a la experiencia de siete meses de guerra, no sólo los vacilantes, sino también muchos activos "patrioteros", habían acertado a librarse de los efectos del narcótico. En realidad, no podía haber sido de otra manera. Los dirigentes bolcheviques de San Petersburgo, Moscú y las provincias, acogieron las tesis de Lenin con perplejidad y alarma. Ni uno solo las aceptó en su integridad. Por consiguiente, no había el menor motivo para que la mente de Stalin, lenta y cautelosa, llegase por sí sola a las conclusiones que significaban una completa subversión en el movimiento obrero.

Durante todo su destierro, sólo se han llegado a conocer dos documentos en que se refleje la posición de Stalin frente a la guerra: una carta personal suya a Lenin y su firma en una declaración colectiva del grupo bolchevique. La carta personal, escrita el 27 de febrero desde el pueblo de Monastyrskoye, es la primera comunicación de Stalin a Lenin en el transcurso de toda la guerra y, al parecer, la única. La reproducimos íntegra:

Mis saludos, camarada Ilich, calurosos y cordiales. Y también a Zinoviev y a Nadezha Konstantinovna. ¿Cómo va usted, cómo va de salud? Yo vivo como siempre, barrenando y acercándome a la mitad de mi condena. Es cansado esto, pero no hay mas remedio. ¿Qué pasa por ahí? Está más animado por esos sitios... Hace poco leí los artículos de Kropotkin. El viejo loco debe de haber perdido el juicio por completo. También he leído un articulito de Plejanov en Ryech; es un chismoso incorregible. Ej-mah! ¿Y los liquidadores, con sus agentes diputados de la Libre Sociedad Económica? No hay nadie que los sacuda, ¡el diablo me lleve! ¿Es posible que se salgan sin su merecido? Háganos dichosos anunciándonos que pronto aparecerá un periódico que les dé un buen vapuleo, a intervalos regulares y sin fatigarse. Si se le ocurre escribir, ésta es la dirección: Territorio de Turujanks, provincia de Yeniseik, pueblo de Monastyrskoye, para Suren Spandaryan. Suyo, Koba. Timofeyi (Spandaryan) suplica que transmitan sus agrios saludos a Guesde, Sembat y Vandervelde, por sus gloriosos (¡ja, ja!) cargos de ministros.

Esta carta, manifiestamente influida por conversaciones con Spandaryan, ofrece en esencia muy poco, para justipreciar la posición política de Stalin. El proyecto Kropotkin, teórico de la anarquía pura, se hizo un furibundo chauvinista al comenzar la guerra. Plejanov a quien hasta los mencheviques repudiaron por completo, no hizo mejor papel. Vandervelde, Guesde y Sembat eran blancos muy visibles en su calidad de ministros burgueses. La carta de Stalin no hace la menor alusión a los nuevos problemas que por entonces ocupaban las mentes de los marxistas revolucionarios. La actitud frente al pacifismo, las consignas de "derrotismo" y de "transformar la guerra imperialista en guerra civil", el problema de formar una nueva Internacional..., tales eran los centros de rotación de innumerables debates. Las, ideas de Lenin distaban mucho de ser populares. ¿Qué hubiera sido más natural en Stalin que sugerir, a Lenin su conformidad con él, si existía realmente tal conformidad? Si hemos de creer a Schweitzer, fue allí, en Monastyrskoye,

donde Stalin se enteró de las tesis de Lenin. "Es difícil de expresar -escribe en el estilo de Beria- con qué sentimiento de alegría, confianza y triunfo leyó Stalin las tesis de Lenin, que confirmaban sus propias ideas..." ¿Por qué entonces no dejó traslucir absolutamente nada sobre estas tesis en su carta? Si hubiera trabajado independientemente sobre los problemas de la nueva Internacional, no habría podido evadirse de cambiar al menos unas palabras con su maestro sobre sus propias conclusiones, o de consultarle sobre alguna de las cuestiones más arduas. Pero nada hay que lo revele. Stalin asimilaba de las ideas de Lenin las que se ajustaban a sus propias miras. El resto se le antojaba la música indecisa del futuro, cuando no una remota "tempestad en un vaso de agua". Con tales perspectivas llegó más tarde, la Revolución de febrero (marzo de 1917).

La carta expedida desde Monastyrskoye, pobre de contenido, con su tono artificial de airosa baladronada (¡el diablo me lleve!, ¡ja, ja!", etc.), revela mucho más de lo que su autor hubiese querido. "Es cansado esto, pero no hay más remedio." Un hombre capaz de vivir una intensa vida intelectual no escribe de ese modo. "Si se le ocurre escribir, ésta es la dirección..." Un hombre que efectivamente aprecia un intercambio de ideas teóricas no escribe así. La carta lleva el característico triple sello: astucia, estupidez y vulgaridad. No hubo correspondencia sistemática con Lenin durante sus cuatro años de destierro, a pesar de la importancia que atribuía Lenin a contactos con personas de ideas afines y de su propensión a sostener relaciones epistolares.

En otoño de 1915, Lenin preguntó al emigrado Karpinsky: "Tengo que pedirle un gran favor: averigüe el nombre de "Koba" -(¿José Dj.?, no nos acordamos). ¡Muy importante!" Karpinsky replicó: "José Djugashvili." ¿De qué se trataba: un nuevo giro, o una carta? La necesidad de preguntar para recordar su nombre demuestra en efecto que no había correspondencia continua.

El otro documento que lleva la firma de Stalin es una petición de un grupo de deportados al Consejo de redacción de un periódico legal dedicado a los seguros obreros.

"Voprosy Strajovaniya debería dedicar también toda su solicitud y diligencia a la causa de asegurar a la clase trabajadora de nuestro país con ideas contra las predicaciones antiproletarias y archipútridas de los señores Potressovs, Levitskies y Plejanovs, que se oponen radicalmente a los principios del internacionalismo."

Esto era indudablemente una declaración contra el socialpatrioterismo, pero también dentro de los límites de ideas comunes no sólo entre bolcheviques, sino incluso entre los mencheviques izquierdistas. La carta, que, a juzgar por su estilo, debe de estar escrita por Kamenev, llevaba fecha de 12 de marzo de 1916, es decir, de una época en que la presión patriótica llevaba ya tiempo en reflujo.

En 1915, Lenin trató de publicar en Moscú una antología marxista legal, para expresar, al menos con sordina o doble sentido, la posición del Partido bolchevique ante la guerra. El censor retuvo la analogía, pero los artículos se conservaron y aparecieron después de la revolución. Junto a Lenin hallamos entre los autores al literato Stepanov, Olminsky (de quien ya hemos hablado), Milutin, bolchevique relativamente novicio y al conciliador Nogin, todos ellos emigrados. También hallamos un artículo titulado Sobre la, escisión de la Socialdemocracia alemana, por Sverdlov. Pero no hay nada en esta antología

de la pluma de Stalin, que vivía en las mismas condiciones de destierro que Sverdlov. Esto puede explicarse, bien por recelar Stalin hallarse en desacuerdo con los otros, o bien por haberle molestado que no aceptasen su artículo sobre las nacionalidades: la vidriosidad y el capricho eran condiciones tan suyas como la cautela.

Shumyatsky manifiesta que Stalin fue llamado a filas mientras estaba en el destierro, al parecer en 1916, cuando ya movilizaban a las quintas viejas (entonces iba a cumplir Stalin treinta y siete años), pero no se le admitió en el Ejército a causa de su brazo izquierdo anquilosado. Pacientemente estuvo matando el tiempo más allá del Círculo ártico, pescando, poniendo sus trampas a los conejos, leyendo y posiblemente escribiendo también. "Es cansado esto, pero no hay más remedio." Un recluso taciturno, colérico, no era ni mucho menos la figura central entre los deportados. "Más clara que otras muchas -escribe Shumyatsky, adicto a Stalin-, en la memoria de los turujanitas se destaca la monumental figura de Suren Spandaryan, el intransigente marxista revolucionario y magnífico organizador." Spandaryan llegó a Turujansk en vísperas de la guerra, un año después que Stalin. "¡Qué sosiego y qué paz hay aquí! -solía observar con ironía-. Todo el mundo está de acuerdo con los demás en todo: los essars, los bolcheviques, los mencheviques, los anarquistas... ¿No sabéis que el proletariado de San Petersburgo está con el oído atento a la voz de los desterrados...?" Suren fue el primero que adoptó una posición antipatriotera e hizo que todos le escuchasen. Pero en influencia personal sobre sus camaradas, Sverdlov mantenía el primer puesto. "Animado y sociable", extrovertido incapaz de reconcentrarse en el egocentrismo, Sverdlov siempre reunía a los demás, recogía importantes noticias y las hacía circular por las diversas colonias de deportados, y organizó una cooperativa de éstos a la vez que efectuaba observaciones sistemáticas en la estación meteorológica. Las relaciones entre Spandaryan y Sverdlov, llegaron a estar tirantes. Los deportados se agruparon en tomo a estas dos figuras. Aunque ambos grupos luchaban unidos contra la administración, las rivalidades "por esferas de influencia", según expresión de Shumyatsky, nunca cesaron. No es fácil averiguar hoy en qué principios se basa aquella discordia. Antagonista de Sverdlov, Stalin apoyaba a Spandaryan discretamente a un brazo de distancia.

En la primera edición de sus Memorias, Shumyatsky escribía: "La administración de la región se dio cuenta de que Suren Spandaryan era el más activo de los revolucionarios, y le consideraba el líder de todos. " En una edición posterior, se suprimió esta frase para incluir a dos personas: Sverdlov y Spandaryan. El agente Kibirov, con quien al parecer entabló Stalin relaciones amistosas, hacía objeto de una vigilancia insistente a Spandaryan y a Sverdlov, considerándolos "los cabecillas de todos los deportados". Perdido por un momento el hilo oficial, Shumyatsky se olvidó por completo de mencionar a Stalin en tal calidad. La razón no es difícil de comprender. El nivel general de los deportados en Turujansk era considerablemente superior al promedio. Allí se encontraban a la vez los hombres que constituían el núcleo esencial del centro ruso: Kamenev, Stalin, Spandaryan, Sverdlov, Goloschekin y varios otros bolcheviques destacados. No había máquina política alguna en el destierro, y era imposible dirigir desde el anónimo, tirando de las cuerdas detrás de la cortina. Todos estaban bien a la vista de los otros. La astucia, la firmeza y la persistencia no bastaban para ganar a aquella gente tan experimentada: había que ser culto, pensador independiente y polemista experto. Spandaryan, al parecer, se distinguía por el

superior atrevimiento de sus ideas, Kamenev por su más amplia preparación escolar y universalidad de criterio, Sverdlov por su grande actividad, iniciativa y flexibilidad. Por eso Stalin se "reconcentró en sí mismo", limitándose a observaciones monosilábicas, que Shumyastky se acordó de tildarlas de "agudas" sólo en una posterior edición de su trabajo.

¿Estudió Stalin en el destierro? En este caso, ¿qué estudió? Ya había pasado hacía tiempo la edad en que uno se contenta con lecturas sin objeción ni selección. Sólo podía avanzar estudiando cuestiones políticas específicas, tomando notas, tratando de formular sus propias ideas por escrito. Pero aparte de la referencia a su artículo sobre el problema de las nacionalidades, nadie tiene una sola palabra que decir sobre la vida intelectual de Stalin durante esos cuatro años. Sverdlov, que no era ningún técnico ni literato, escribió cuatro artículos en aquella época, hacía traducciones de lenguas extranjeras y colaboraba regularmente en la Prensa de Siberia. "De ese modo mis asuntos no marchan mal", escribía en tono optimista a un amigo suyo. Después de la muerte de Ordzhonikidze, que no tenía predilección ninguna por la teoría, su viuda escribió a propósito de los últimos años de cárcel de su marido: "Estudiaba y leía sin tregua. Largos extractos de cuanto había leído durante aquella temporada se conservaban en el grueso cuaderno forrado de hule enviado a Sergo por las autoridades de la cárcel." Todo revolucionario llevó consigo de la cárcel y el destierro tales cuadernos forrados de hule. Verdad es que muchos se perdieron durante fugas y registros. Pero de su último destierro Stalin pudo haber salvado lo que hubiese querido en las mejores condiciones, y en los años siguientes no fue él precisamente el sometido a registros, sino, por el contrario, el que sometía a otros a tales pruebas. A pesar de eso, es inútil buscar el menor rastro de su vida intelectual durante todo aquel período de soledad y ocio. Durante cuatro años (los años del revivir del movimiento, revolucionario en Rusia, de la Primera Guerra Mundial, del colapso de la Socialdemocracia internacional, de una lucha vehemente de ideas sobre el socialismo, de la cimentación de la nueva Internacional), es imposible que no empuñara Stalin la pluma para nada. Y, sin embargo, en todo cuanto escribió después no parece haber una sola línea que pudiera haber servido para aumentar su reputación de última hora. Los años de guerra, los años de abrir paso a la Revolución de octubre, son un espacio en blanco en la historia de las ideas de Stalin.

El internacionalismo revolucionario halló su expresión acabada en los puntos de la pluma del "emigrado" Lenin. El palenque de un solo país, y además, de la atrasada Rusia, era demasiado limitado para permitir la evaluación justa de una perspectiva mundial. Así como el emigrado Marx tuvo necesidad de Londres, que en su tiempo era el centro del capitalismo, para integrar la filosofía alemana y la Revolución Francesa con la economía inglesa, también Lenin, durante el transcurso de la guerra, hubo de estar en el punto focal de los acontecimientos europeos y mundiales, con el fin de deducir las conclusiones revolucionarias decisivas de las premisas del marxismo. Manuilsky, el dirigente oficial de la Internacional Comunista después de Bujarin y antes de Dimitrov, escribía en 1922: "Sotsial-Democrat (El Socialdemócrata), publicado en Suiza por Lenin y Zinoviev, y el Golps (La Voz) de París y Noshe Stovo (Nuestro Pueblo), publicado por Trotsky, serán para el futuro historiador de la III Internacional los fragmentos básicos de los cuales se forjó la nueva ideología revolucionaria del proletariado internacional." Se admite gustosamente que Manuilsky exageraba el papel de Trotsky. Sin embargo, no tuvo ni

siquiera un pretexto para nombrar a Stalin. Pero luego, diez años más tarde, haría lo imposible por rectificar semejante omisión.

Tranquilizados por los monótonos ritmos de la nevada soledad, los deportados estaban lejos de esperar los sucesos que acontecían en febrero (marzo) de 1917. Todos se vieron sorprendidos, a pesar de que siempre mantuvieron la fe puesta en lo inevitable de la revolución. "Al principio -escribe Samoilov-, parecía que hubiésemos olvidado de pronto nuestras diferencias de opinión... Las discordias políticas y las recíprocas antipatías hubiéranse dicho disipadas..." Esta interesante confesión se ve confirmada en todas las publicaciones, discursos y medidas prácticas de aquella época. Derrumbáronse las barreras entre bolcheviques y mencheviques, entre internacionalistas y patriotas. Todo el país estaba inundado de un conciliatorismo alegre, pero miope y verbalista. La gente se tambaleaba en el tumulto de frases heroicas, principal elemento de la Revolución de febrero, en especial durante sus primeras semanas. Grupos de deportados afluían de todos los confines de Siberia, confundidos en una sola corriente y avanzaban hacia el Oeste en una atmósfera de exultante embriaguez.

En uno de los mítines de Siberia, Kamenev, que ocupaba la presidencia en unión de liberales, populistas y mencheviques, como más tarde se dijo, estampó con ellos su firma en un telegrama felicitando al gran duque Miguel Romanov por su renuncia al trono, magnánima en apariencia, pero cobarde en realidad, en espera de la decisión de la Asamblea constituyente. No es imposible que Kamenev, saturado de sentimentalismo, tuviera por acertado no molestar a sus colegas de Mesa con una repulsa descortés. En la enor7ne confusión de aquellos días nadie paraba mientes en ello, y Stalin, a quien nadie pensó en elegir para la presidencia, no protestó contra el desliz de Kamenev hasta el momento en que entre ambos surgió una lucha sin cuartel.

El primer punto de la ruta en que se reunieron trabajadores en considerable número fue Krasnoyarsk. Allí existía ya un Soviet de diputados. Los bolcheviques locales, que eran miembros de la organización general en unión de los mencheviques, esperaban instrucciones de los dirigentes que pasaban por allí. Envueltos por completo en la oleada de unificación, aquellos dirigentes ni siquiera pensaron en establecer una organización bolchevique independiente. ¿Para qué? Los bolcheviques, como los mencheviques, estaban decididos a apoyar al Gobierno provisional, a cuyo frente estaba el príncipe liberal Lvov. También se sofocaron las diferencias de opinión respecto a la guerra: ¡era necesario defender la Rusia revolucionaria! En tal estado de ánimo caminaban hacia Petrogrado, Stalin, Kamenev y otros. "La ruta a lo largo del ferrocarril -recuerda Samoilov-, era algo extraordir4rio y tumultuoso, un cúmulo de manifestaciones de bienvenida, mítines y actos análogos." En la mayoría de las estaciones recibía a los deportados el vecindario entusiasmado, con bandas militares entonaban la Marsellesa; el día de la Internacional no había alboreado aún. En las estaciones férreas de importancia se celebraron banquetes de gala. Los amnistiados tuvieron que hablar, "hablar, sin descanso". Muchos se quedaron afónicos, enfermaron de fatiga, rehusaron salir de sus vehículos; "pero aun en ellos no se les dejaba en paz".

Stalin no perdió su voz, pues no pronunció discursos. Había muchos otros, oradores expertos, entre ellos el diminuto Sverdlov, con su potente voz de bajo. Stalin permanecía al

margen, adusto, alarmado por el desbordamiento de la naturaleza de la manera verbal, y malévolo, como de costumbre. Otra vez le daban de lado las personas de calibre muy inferior. Ya contaba con una historial de casi una veintena de años de actividad revolucionaria, entrecortado por detenciones inevitables y reanudado al huir una y otra vez. Casi diez años habían pasado desde que Koba abandonara "la ciénaga estancada" de Tiflis por la industrial Bakú. Había trabajado en la capital de la industria petrolífera unos ocho meses, había pasado alrededor de seis meses en la cárcel de Bakú, y otros nueve en el destierro de Vologda. Un mes de actividad ilegal le valió dos meses de castigo. Después de huir, había vuelto al trabajo clandestino cerca de nueve meses, seguidos de seis meses de encierro y nueve de deportación, una proporción algo más favorable. Al final del destierro, menos de dos meses de trabajo ilegal, casi tres meses de cárcel, otros dos de confinamiento en la provincia de Vologda: dos meses y medio de castigo por cada mes de actividad. Dos meses más de clandestinidad, casi cuatro de prisión y destierro. Otra fuga. Más de medio año de labor revolucionaria, y luego, otra vez el presidio y el destierro, del que sólo le libró la Revolución de febrero: cuatro años. En resumen, de sus diecinueve años de participación en el movimiento revolucionario, pasó dos años y nueve meses deportado. No era mala proporción; la mayoría de los revolucionarios profesionales pasaron en las cárceles períodos mucho más largos.

Durante esos diecinueve años, Stalin no destacó como una figura de primera ni segunda fila. Era desconocido. Refiriéndose en 1911 a la carta interceptada dirigida por Koba desde Solvychegodsk a Moscú, el jefe de la Ojrana de Tiflis escribió un informe detenido de José Djugashvili que no contenía hechos de nota ni rasgos relevantes, salvo acaso la mención de que Soso, alias "Koba", había comentado su carrera como menchevique. Al mismo tiempo, refiriéndose a Gurgen (Tsjakaya), a quien incidentalmente, se mencionaba en la misma carta, el gendarme advertía que este último "era desde mucho antes uno de los revolucionarios de importancia...". Según dicho informe Gurgen fue detenido "en unión del famoso revolucionario Bogdan Knunyants". éste era no sólo georgiano como Koba, sino de la misma edad que él. En cuanto a la "fama" de Djugashvili mismo, no hay ni la más remota insinuación de tal.

Dos años más arde, caracterizando en pormenor la estructura del Partido bolchevique y de su plana mayor, el director del parlamento de Policía hacía constar de pasada que Sverdlov y "un tal, José Djugashvili" habían sido elegidos por cooptación miembros del Buró del Comité Central. La expresión "un tal" indica que el nombre de Djugashvili nada sugería al jefe de Policía en 1913, a pesar de una fuente de información como la de Malinovsky. Hasta hace poco, la biografía revolucionaria de Stalin, que termina en 1917, no tenía ningún relieve. Veintenas de revolucionarios profesionales, si no centenares, habían hecho la misma clase de labor que él, unos mejor y otros peor. Los laboriosos investigadores moscovitas han calculado que durante el trienio 1906-1909, Koba escribió sesenta y seis proclamas y artículos periodísticos, o sea menos de dos al mes. Ninguno de estos; artículos, que eran tan sólo una refundición de ideas ajenas para sus lectores del Cáucaso, fue traducido del georgiano ni reimpreso en los órganos importantes del Partido o de la facción. No hay artículo de Stalin ni referencia al mismo en ninguna lista de colaboradores de las publicaciones de San Petersburgo, Moscú o del extranjero en aquel

período, legales o ilegales, ni de periódicos, revistas o antologías. Continúa considerado, no como escritor marxista, sino como propagandista Y organizador de menor cuantía.

En 1912, cuando sus artículos comenzaron a aparecer más o menos regularmente en la Prensa bolchevique de San Petersburgo, Koba adoptó el seudónimo de Stalin, derivado de staly (acero), igual que antes Rosenfeld tomara el de Kamenev inspirándose en la voz ameny (piedra): era moda entre los bolcheviques jóvenes elegir seudónimos que evocaran dureza. Los artículos con la firma de Stalin no atrajeron la atención de nadie: carecen de personalidad, como no sea lo burdo de la exposición. Fuera del estrecho círculo de dirigentes bolcheviques, nadie sabía quién era su autor, y apenas había quien se interesara por saberlo. En enero de 1913, Lenin escribió en una bien meditada nota sobre el bolchevismo, para la famosa obra de referencia bibliográfica de Rubakin: "Los principales escritores bolcheviques son: G. Zinoviev, V. Ilich, Yu, Kamenev, P. Orlovsky y otros." No se le podía ocurrir a Lenin mencionar a Stalin entre los "principales escritores" del bolchevismo, aunque precisamente entonces se hallaba en el extranjero, consagrado a su artículo sobre "nacionalidades".

Stalin sale a relucir por primera vez a los ojos de la policía, como a los del Partido, no como una personalidad, sino como miembro del Centro bolchevique. En los informes de la gendarmería, como en las Memorias revolucionarias, no se le cita personalmente como iniciador, como escritor en relación con sus ideas o sus actos, sino siempre como parte de la máquina del Partido, como miembro del Comité local, como miembro del Comité Central, como colaborador de un periódico, como uno de tantos en una lista de nombres, y nunca en primer lugar.

No es chocante que se encontrara en el Comité Central mucho más tarde que otros de su edad, y no por elección, sino mediante cooptación.

Desde Perm dirigieron a Lenin, en Suiza, el siguiente telegrama: "Saludos fraternales. Salimos hoy para Petrogrado. Kamenev, Muranov, Stalin." La idea de enviar el telegrama salió, naturalmente, de Kamenev. Stalin firmó el último. Aquella trinidad se encontraba ligada por lazos de solidaridad. La amnistía había liberado las mejores fuerzas del Partido, y Stalin pensaba turbado en la capital revolucionaria. Necesitaba de la relativa popularidad de Kamenev y del título de diputado de Muranov. Así, los tres llegaron juntos a un Petrogrado sacudido por la revolución. "Su nombre -escribe Ch. Windecke, uno de sus biógrafos alemanes- era entonces conocido en círculos limitados del Partido. No le saludaron, como saludó a Lenin un mes más tarde... una animada multitud con banderas rojas y música. No le saludaron, como dos meses después saludó a Trotsky, que acudía a toda prisa de América, una diputación que salió a recibirle a mitad de camino y le llevó a hombros. él llegó sin aclamaciones ni ruidos y se puso a trabajar... Fuera de las fronteras de Rusia, nadie tenía idea de su existencia."

CAPITULO VII
EL AÑO 1917

Este fue el año más importante en la vida del país y de la generación de revolucionarios a que pertenecía José Djugashvili. Como piedra de toque, aquel año puso a prueba ideas, partidos, hombres.

En San Petersburgo, llamada desde entonces Petrogrado, Stalin halló un estado de cosas que no había esperado. El bolchevismo había dominado el movimiento obrero antes de estallar la guerra, especialmente en la capital. En marzo de 1917, los bolcheviques en el Soviet eran una minoría insignificante. ¿Cómo había ocurrido aquello? La imponente masa que había participado en el movimiento de 1911-1914 no ascendía realmente más que a una pequeña fracción de la clase trabajadora. La Revolución había hecho ponerse en pie a millones de hombres, no a centenares de miles solamente. A causa de la movilización, casi un cuarenta por ciento de esos trabajadores eran gente nueva. Los veteranos estaban en el frente, poniendo su parte en el fermento revolucionario; sus puestos en las fábricas pasaban a extraños novatos recién venidos del campo, mozos y mozas de labranza. Estos novicios tenían que pasar por los mismos trances revolucionarios, aunque más breves, que la vanguardia del período precedente. La Revolución de febrero en Petrogrado fue dirigida por trabajadores bien pertrechados de conciencia de clase, bolcheviques en su mayoría, pero no por el Partido bolchevique. La dirección en manos de bolcheviques de la base podía asegurar la victoria a la insurrección, pero no el Poder al Partido.

Menos propicios aún se presentan los asuntos en las provincias. La avenida de alborozadas ilusiones y de fraternización promiscua, asociada a la candidez política de las masas recién despiertas, abonaban las condiciones apropiadas para el florecimiento del socialismo pequeñoburgués, del menchevismo y del populismo. Los trabajadores (y a su zaga, también los soldados) elegían para el Soviet a quienes, por lo menos de palabra, no sólo eran opuestos a la monarquía, sino también al régimen burgués. Los mencheviques y los populistas, que habían acogido en su seno a la totalidad de los intelectuales, contaban con un infinito número de agitadores, y todos ellos proclamaban la necesidad de unión, fraternidad y otras virtudes cívicas igualmente atractivas. Los portavoces del Ejército eran en su mayoría los essars, esos tradicionales protectores del campesinado, que se bastaban solos para apuntalar aquella autoridad del Partido entre los proletarios de la última vendimia. Por consiguiente, el predominio de los partidos acomodadizos parecía asegurado..., al menos para ellos.

Lo peor de todo es que el curso de los acontecimientos había sorprendido al Partido bolchevique en plena siesta. Ninguno de sus dirigentes probados y acreditados estaba en la

capital. El Buró del Comité Central en Petrogrado sólo constaba de dos trabajadores, Shlyapnikov y Zalutsky, y un estudiante, Molotov. El "manifiesto" que publicaron en nombre del Comité Central después de la victoria de febrero "convocaba a los trabajadores de instalaciones y fábricas y a las tropas insurrectas asimismo, para que eligieran inmediatamente sus representantes en el Gobierno provisional revolucionario". Sin embargo, los autores de aquel "manifiesto" no atribuían importancia práctica a su llamamiento. Muy lejos de sus intenciones estaba emprender una lucha independiente por la conquista del Poder. Más bien estaban dispuestos a resignarse al papel más modesto de oposición izquierdista por muchos años todavía.

Desde el principio las masas repudiaron a la burguesía liberal, considerándola poco distinta de la nobleza y de la burocracia. Era cosa descartada, por ejemplo, que los trabajadores o los soldados votasen a un cadete. El poder estaba por completo en manos de los complacientes socialistas, respaldados por el pueblo en armas. Pero, faltos de confianza en sí mismos, los transaccionistas cedieron sus poderes a la burguesía. Esta última era detestada por las masas, y se hallaba políticamente aislada. El régimen se basaba en un quid pro quo. Los trabajadores, y no únicamente los bolcheviques, veían en el Gobierno provisional un enemigo. En los mítines de fábricas se aprobaban por unanimidad los acuerdos exigiendo la cesión del Poder gubernamental a los Soviets. El bolchevique Dingelstead, otra víctima ulterior de la purga, ha dejado escrito: "No había una sola reunión de trabajadores capaz de negarse a adoptar un acuerdo que nosotros propusiésemos..." Pero, cediendo a la presión de los transaccionistas, el Comité de Petrogrado del Partido bolchevique suspendió su campaña. Los trabajadores avanzados hicieron lo posible por sacudirse la tutela de los de arriba, pero no sabían cómo parar los eruditos argumentos de aquellos acerca del carácter burgués de la revolución. Varios matices de opinión entrechocaron dentro del propio bolchevismo, pero no se sacaron las necesarias deducciones de los diversos debates. El Partido atravesaba una etapa de insondables caos. "Nadie sabía cuáles eran las consignas de los bolcheviques -recordaba más tarde el destacado bolchevique Antonov, de Saratov-. Era un espectáculo deplorable."

Los veintidós días que pasaron entre la llegada de Stalin de Siberia (domingo, 12 [25] de marzo) y la de Lenin de Suiza (lunes, 3 [16] de abril) tienen excepcional interés por la luz que arrojan sobre la contextura política de Stalin. Se vio de repente empujado a un campo de lucha abierta. Ni Lenin ni Zinoviev estaban aún en Petrogrado. Kamenev sí, el Kamenev comprometido por su reciente conducta en la vista de su causa, y generalmente conocido por sus tendencias oportunistas. También estaba el joven Sverdlov, apenas notorio en el Partido, más organizador que político. El fogoso Spandaryan ya no existía; había sucumbido en Siberia. Como en el año 1912, de nuevo era Stalin, si no el principal, al menos uno de los dos principales bolcheviques en Petrogrado. El Partido, desorientado, esperaba instrucciones claras. No era ya posible evadir las decisiones permaneciendo quietos. Stalin tenía que dar la respuesta a las cuestiones más urgentes: sobre los Soviets, el Gobierno, la guerra, la tierra. Sus respuestas se publicaron, y hablan por ellas mismas.

Tan pronto como llegó a Petrogrado, que era un solo mitin monstruo de masas en aquellos días, Stalin se dirigió inmediatamente al cuartel general bolchevique. Los tres miembros del Buró Central, ayudados por varios escritores, estaban tomando acuerdos

sobre el sesgo que había de darse al periódico. Aunque tenían la dirección del Partido en sus manos, ellos no acertaban a llevar adelante la tarea. Dejando a los demás enronquecer dirigiendo arengas en los mítines de obreros y soldados, Stalin se atrincheró en las oficinas del Partido. Hacía más de cuatro años, tras la Conferencia de Praga, que había sido incluido por cooptación en el Comité Central. Desde entonces había pasado mucha agua por la presa. Pero el deportado Kureika tuvo la mafia de apoderarse de la máquina del Partido; seguía considerando válido su viejo mandato. Ayudado por Kamenev y Muranov, apartó ante todo de la dirección al Buró "izquierdista" del Comité Central y al Consejo de redacción de Pravda. Y lo hizo sin contemplaciones, pues no tenía miedo de hallar resistencias y le corría prisa demostrar que era el amo.

"Los camaradas que llegaron -escribía más tarde Shlyapnikov- se mostraron exigentes y negativos en su actitud hacia nuestra labor." No les pareció mal por su falta de brío y su indecisión, sino, al contrario, por su persistente esfuerzo en trazar la línea entre ellos y los transaccionistas. Como Kamenev, Stalin estaba más cerca de la mayoría del Soviet. Pravda, después de pasar a manos del nuevo Consejo de redacción, declaraba ya el 15 (28) de marzo que los bolcheviques apoyarían resueltamente al Gobierno provisional "siempre que éste se opusiera a la reacción o a la contrarrevolución". La paradoja de esta declaración está en que el único agente importante de la contrarrevolución era el Gobierno provisional. La posición de Stalin respecto a la guerra era del mismo temple; mientras el Ejército alemán permaneciese fiel a su emperador, el soldado ruso debía "continuar firme en su puesto, contestando un tiro con otro, una descarga con otra". ¡Como si todo el problema del imperialismo consistiese en el emperador! El artículo era de Kamenev, pero Stalin no opuso la menor objeción a él. Si alguna diferencia acusó con Kamenev en aquellos días, consistió precisamente en expresarse de un modo más evasivo aún que él. "Todo derrotismo -explicaba en Pravda-, o más bien lo que la Prensa venal estigmatiza bajo ese nombre tras el escudo de la censura zarista, había muerto tan pronto como el primer regimiento revolucionario apareció en las calles de Petrogrado."

Esto era una franca desautorización de Lenin, que había predicado el derrotismo fuera del alcance de la censura zarista, y al mismo tiempo una reafirmación de lo declarado por Kamenev en el juicio contra la fracción de la Duma. Pero en esta ocasión iba refrendado por Stalin. En cuanto al "primer regimiento revolucionario", todo lo que significaba su aparición era el tránsito del barbarismo bizantino a la civilización imperialista.

"El día en que apareció transformado Pravda... -relata Shlypnikov-, fue un día de triunfo para los defensistas. Todo el palacio Taurid, desde la Comisión de la Duma al Comité Ejecutivo, el corazón mismo de la democracia revolucionaria, resonaban con una sola noticia: el triunfo de los bolcheviques moderados y sensatos sobre los extremistas. En el propio Comité Ejecutivo nos saludaron con maliciosas sonrisas... Cuando aquel número de Pravda llegó a las fábricas, sembró allí la confusión y la indignación entre los miembros de nuestro Partido y sus simpatizantes, y una satisfacción maligna entre nuestros adversarios... La indignación en los distritos de las afueras fue enorme, y cuando los trabajadores se enteraron de que Pravda era llevada a remolque por tres de sus antiguos directores recién venidos de Siberia, pidieron que se les expulsara del Partido."

La reseña de Shlypnikov fue retocada y suavizada por él mismo en el año 1925, a instancias de Stalin, Kamenev y Zinoviev, el "triunvirato" que entonces regía el Partido. Pero describe con bastante claridad los primeros pasos de Stalin en el palenque de la Revolución y el modo de reaccionar frente a ellos la clase trabajadora. La enérgica protesta de los viborgitas que Pravda hubo de publicar bien pronto en sus propias columnas, obligó al Consejo de redacción a formular en adelante sus opiniones de un modo más circunspecto, aunque no a cambiar de política.

La política del Soviet se vela cada vez más adulterada por la transacción y el error. Lo que las masas necesitaban ante todo era encontrar a alguien que llamase a las cosas por su verdadero nombre; esto es, naturalmente, la suma v compendio de la política revolucionaria. Todo el mundo rehuía hacerlo, temiendo quebrantar la delicada estructura del poder dual.

El mayor volumen de falsedades se acumuló en torno al asunto de la guerra. El 14 (27) de marzo, el Comité Ejecutivo propuso al Soviet la redacción del manifiesto A los Pueblos del Mundo. Este documento exhortaba a los trabajadores de Alemania y de Austria-Hungría a negarse "a servir de instrumento de conquista y violencia en manos de reyes, terratenientes y banqueros". Pero los mismos dirigentes del Soviet no tenían la menor intención de romper con los reyes de la Gran Bretaña y de Bélgica, con el emperador del Japón y con los banqueros y terratenientes, suyos y de los países de la Entente. El periódico del ministro de Negocios Extranjeros, Miliukov, señalaba con satisfacción que "en aquel llamamiento se desplegaba la ideología compartida por nosotros y nuestros aliados". Aquello era verdad..., y se ajustaba exactamente al espíritu de los ministros socialistas franceses desde el comienzo de las hostilidades. Prácticamente a la misma hora, Lenin escribía a Petrogrado: por intermedio de Estocolmo, que la revolución estaba amenazada por el riesgo de continuar la vieja política imperialista encubierta tras nuevas frases revolucionarias. "Prefiero incluso romper con todo el mundo dentro del Partido antes de someterme al socialpatriotismo..." Pero en aquellos &u las ideas de Lenin no contaban con un solo campeón.

Además de apuntar un triunfo al imperialista Miliukov sobre los demócratas pequeñoburgueses, la adopción unánime del citado manifiesto por el Soviet de Petrogrado significaba el de Stalin y Kamenev sobre los bolcheviques del ala izquierda. Todos inclinaron la cabeza ante la disciplina de la hipocresía política. "Damos nuestro cordial parabién -escribía Stalin en Pravda- al llamamiento del Soviet del día de ayer... Este llamamiento, si llega a las grandes masas, restituirá indudablemente a cientos de trabajadores a su olvidada consigna: ¡Trabajadores de todos los países del mundo, uníos!" En realidad, no eran llamamientos de parecido jaez lo que faltaba en el Oeste, y toda su utilidad consistía en ayudar a las clases dominantes a mantener el espejismo de una guerra por la democracia.

El artículo de Stalin sobre el manifiesto, no sólo aclara perfectamente su posición sobre este extremo, sino su manera de pensar en general. Su oportunismo orgánico, forzado por el momento y las circunstancias a buscar apoyo temporal en principios revolucionarios abstractos, prescinda de tales principios cuando llegaba la ocasión. Comenzaba su artículo repitiendo casi a la letra la argumentación de Lenin de que, aun después de derribado el

zarismo, la participación de Rusia en la guerra continuaría siendo imperialista. Sin embargo, al llegar al terreno de las conclusiones prácticas, no sólo encontraba plausible el manifiesto socialpatriótico y le atribuía virtudes equivocas, sino que, en pos de Kamenev, rechazaba como improcedentes la movilización revolucionaria de las masas contra la guerra. "Ante todo -escribía-, es innegable que la mera consigna "¡Abajo la guerra!" es completamente inaplicable como solución práctica..." Y la solución que sugería era: "presionar al Gobierno provisional exigiéndole que inmediatamente exprese estar dispuesto a emprender negociaciones de paz...". Con ayuda de una "presión" amistosa sobre la burguesía, para quien la conquista es la finalidad integral de la guerra, Stalin pretendía conseguir la paz "sobre la base de la autodeterminación de las naciones". Desde el comienzo de la guerra, Lenin había estado dirigiendo sus propios golpes más duros precisamente contra esta especie de utopismo positivista. No hay "presión" bastante para que la burguesía deje de ser burguesa: hay que derrocarla, sencillamente. Pero Stalin rehuía llegar a esta conclusión, de puro miedo, exactamente lo mismo que los transaccionistas.

La Conferencia de bolcheviques de toda Rusia, convocada por el Buró del Comité Central, se inauguró en Petrogrado el 28 de marzo, a, la vez que la Conferencia de los Soviets más importantes de Rusia. Aunque había pasado ya un mes desde la Revolución, el Partido estaba aún en las angustias de una extrema confusión, aumentada aún por la dirección impuesta durante las dos últimas semanas, La diferenciación de las tendencias políticas no había cristalizado aún. En el destierro había requerido la llegada de Spandaryan; ahora, el Partido tenía que esperar la llegada de Lenin. Chauvinistas furibundos como Voitinsky y Eli'ava, entre otros, continuaban llamándose bolcheviques y tomaron parte en la Conferencia del Partido junto a los que se tenían por internacionalistas. Los patriotas daban aire a sus sentimientos del modo más explícito y atrevido que los semipatriotas, que constantemente se retractaban y daban excusas. Como una mayoría de los delegados pertenecían al Pantano (expectantes, de opinión intestable), su portavoz natural fue Stalin. "Todos pensamos lo mismo del Gobierno provisional", dijo el delegado Vassiliev, de Saratov. "No hay diferencias en cuanto a medidas prácticas entre Stalin y Voitinsky", convino Krestinsky alborozado. No más tarde del día siguiente, Voitinsky se unió a los mencheviques, y siete meses después luchó al frente de un destacamento de cosacos contra los bolcheviques.

Al parecer, la conducta de Kamenev en el acto de la vista no se había olvidado. Es posible que los delegados hablaran también del misterioso telegrama al gran duque. Tal vez Stalin se tomó la molestia de recordar a los otros estos errores de su amigo. Sea como fuere, el caso es que no fue Kamenev, sino Stalin, mucho menos conocido, quien resultó delegado para exponer el principal informe político sobre la actitud frente al Gobierno provisional. Se ha conservado el acta de aquel informe; es un documento que no tiene precio para historiadores y biógrafos. Su tema era el problema central de la Revolución, esto es, las relaciones entre los Soviets apoyados directamente por los trabajadores armados y los soldados, y el Gobierno burgués, que sólo existía por merced de los dirigentes de los Soviets. "El Gobierno -decía Stalin en parte- está escindido en dos órganos, ninguno de los cuales tiene plena soberanía... Cierto es que el Soviet ha tomado la iniciativa de los cambios revolucionarios; el Soviet es el único dirigente revolucionario del pueblo en armas, el órgano que controla el Gobierno provisional. El Gobierno provisional se ha encargado de la

tarea de reforzar de manera efectiva las realizaciones del pueblo revolucionario. El Soviet moviliza las fuerzas y ejerce el control, en tanto que el Gobierno provisional, inseguro y claudicante, se reserva el papel de defensor de las conquistas que el pueblo ya ha conseguido." ¡Este extracto vale por todo un programa!

El informante exponía las relaciones entre las dos clases básicas de la sociedad como una división de trabajo entre dos "órganos". Los Soviets, esto es, los trabajadores y los soldados, hacen la Revolución; el Gobierno, es decir, los capitalistas y los hacendados rurales, la "fortifican" o consolidan. Durante 1905-1907, Stalin mismo había escrito una y otra vez, parafraseando a Lenin: "La burguesía rusa es antirrevolucionaria; no puede ser primer móvil, y menos directora de la Revolución; es enemiga jurada de la Revolución, y con ella habrá que librar una lucha tenaz." Y la idea política mentora del bolchevismo no había sido anulada en, sentido alguno por la marcha de la Revolución de febrero. Miliukov, el jefe de la burguesía liberal, dijo en la conferencia de, su partido pocos días antes del levantamiento: "Estamos caminando sobre un volcán... Sea cual fuere el carácter del Gobierno (bueno o malo), necesitamos un Gobierno fuerte, ahora más que nunca." Cuando el levantamiento comenzó, a pesar de la resistencia de la burguesía, no les quedó a los liberales más recurso que asentarse en el terreno preparado por su triunfo. Ningún otro, sino Miliukov, que habiendo declarado la víspera ser preferible una monarquía rasputiniana que una erupción volcánica, dirigía ahora el Gobierno provisional que, en concepto de Stalin, había de "fortificar" las conquistas de la Revolución, pero que, en realidad, hacía todo lo posible por estrangularla. Para las masas insurgentes, el sentido de la Revolución estaba en la abolición de las antiguas formas de propiedad, que precisamente el Gobierno provisional defendía. Stalin presentaba la lucha irreconciliable de clases que, a despecho de todos los esfuerzos de los transaccionistas, se iba haciendo cada vez más violenta para convertirse en guerra civil, como una mera división de trabajo entre dos máquinas políticas. Ni siquiera el menchevique de izquierda, Martov, habría planteado el caso de tal manera. Esta era la teoría de Tseretelli (y Tseretelli era el oráculo de los transaccionistas) en su más vulgar forma de expresión: fuerzas "moderadas" y otras más "resueltas" actúan en un palenque llamado "democracia", y se dividen la tarea, unas "conquistando" y las otras "consolidando". Aquí, preparada para nosotros, tenemos la fórmula de la futura política staliniana en China (1924-1927), en España (1936-1939), y, en general, en todos sus malhadados "Frentes Populares".

"No nos conviene forzar ahora el curso de los acontecimientos -continuaba el informante- acelerando la secesión de las capas burguesas... Tenemos que ganar tiempo frenando la secesión de las capas intermedias de la burguesía para estar dispuestos a la lucha contra el Gobierno provisional." Los delegados escuchaban estos argumentos con vagos recelos. "No espantar a la burguesía" había sido siempre la consigna de Plejanov, y, en el Cáucaso, de Jordania. El bolchevismo alcanzó su madurez luchando fieramente contra aquella tendencia. Es imposible "frenar la secesión" de la burguesía sin frenar a la vez la lucha de clases proletaria; en esencia, ambas cosas son simplemente los dos aspectos de un mismo proceso. "La cháchara sobre la cuestión de no asustar a la burguesía... -había escrito Stalin mismo en 1913, poco antes de ser detenido-, sólo suscitaba sonrisas, porque era evidente que la tarea de la Socialdemocracia no era sólo "asustar" a la mismísima burguesía, sino desalojarla en la persona de sus abogados, los cadetes." Incluso es difícil

comprender cómo ningún antiguo bolchevique podía haber olvidado los catorce años de historia de su facción para recurrir en el momento más crítico a la más odiosa de las fórmulas mencheviques. La explicación ha de encontrarse en el modo de discurrir de Stalin; no tiene capacidad para las ideas generales, v su memoria no las conserva. Las usa de vez en cuando, según se necesitan, y las arroja a un lado sin el menor remordimiento, casi como un reflejo. En su artículo de 1913 se refería a las elecciones para la Duma. "Desalojar" a la burguesía significaba sólo arrebatar actas a los liberales. La referencia del momento afectaba a la deposición revolucionaria de la burguesía. Aquélla era una faena que Stalin relegaba al remoto futuro. Por lo pronto, justamente igual que los mencheviques, creía necesario "no espantarlos".

Después de leer la resolución del Comité Central, que había contribuido a redactar, Stalin declaró más bien de improviso que no estaba totalmente de acuerdo con la resolución propuesta por el Soviet de Krasnoyarsk. El secreto significado de esta maniobra no está claro. En su viaje desde Siberia, Stalin pudo haber participado en la redacción del acuerdo del Soviet de Krasnoyarsk. Es posible que, dándose cuenta de la actitud de los delegados, pensara lo mejor no disentir de Kamenev en lo más mínimo. Sin embargo, la resolución de Krasnoyarsk aún era de calidad peor que el documento de Petrogrado: "...poner bien de manifiesto que la única fuente del poder y la autoridad del Gobierno provisional, es la voluntad popular, a la que el Gobierno provisional debe someterse en absoluto, y sostener al Gobierno provisional... sólo en tanto siga la pauta de satisfacer los anhelos de la clase trabajadora y del campesinado revolucionario". La panacea acarreada de Siberia resultaba muy sencilla: la burguesía "debe someterse en absoluto" al pueblo y "seguir la pauta" de los obreros y campesinos. Pocas semanas más tarde, la fórmula de apoyar a la burguesía "en tanto, etc., habría de convertirse en el blanco de las burlas de todos los bolcheviques. Pero ya algunos de los delegados protestaban contra la idea de apoyar al Gobierno del príncipe Lvov; sólo el pensarlo chocaba con excesiva crudeza con la constante tradición del bolchevismo. Al día siguiente, el socialdemócrata Steklov partidario también de la fórmula del "en tanto, etc.", y al mismo tiempo miembro de la "Comisión de contacto" inmediata a las esferas rectoras, tuvo en la Conferencia de los Soviets la poca habilidad de pintar las maquinaciones reales del Gobierno provisional con tan negras tintas (oposición a las reformas sociales, esfuerzos en favor de la monarquía y de las anexiones), que la Conferencia de los bolcheviques se apartó alarmada de la fórmula de apoyo. "Ahora se ve - dijo el delegado moderado Nogin, expresando los sentimientos de muchos otros- que no debemos discutir el apoyo, sino la oposición." El delegado del ala izquierda, Skrypnik, manifestó el mismo criterio: "Mucho ha cambiado desde el informe que ayer hizo Stalin... El Gobierno provisional está intrigando contra el pueblo y la Revolución..., y, no obstante, la resolución habla de apoyo." El alicaído Stalin, cuya manera de apreciar la situación no podía resistir la prueba del tiempo siquiera veinticuatro horas, "propuso instruir al Comité para alterar la cláusula relativa al apoyo". Pero la Conferencia adoptó un acuerdo mejor: "Por una mayoría contra cuatro, se suprime de la resolución la cláusula relativa al apoyo."

Pudiera pensarse que, en adelante, todo el esquema del informante sobre la división del trabajo entre el proletariado y la burguesía quedaría relegado al olvido. En realidad, de la resolución desaparecieron las palabras, pero no la idea. El temor de "espantar a la burguesía" subsistió. En sustancia, la resolución era una apelación al Gobierno provisional

exhortándole a "emprender la lucha más enérgica para liquidar por completo el viejo régimen", en el mismo momento en que se disponía a emprender "la lucha más enérgica" para restaurar la monarquía. La conferencia no se arriesgó más allá de una presión amistosa sobre los liberales. No se hablaba para nada de una lucha independiente para la conquista del Poder, aunque no fuese más que en aras de objetivo democráticos. Como de propósito para exponer a la luz más atrayente el verdadero espíritu encerrado en las resoluciones aprobadas, Kamenev declaró en la Conferencia de los Soviets, que se celebraba al mismo tiempo, que en cuanto a la cuestión del Poder, tenía el "gusto" de agregar el voto de los bolcheviques a la resolución oficial que había sido presentada y patrocinada por el dirigente derechista menchevique Dan. A la vista de estos hechos, la escisión de 1903, que hizo permanente la Conferencia de Praga en 1913, debe de haber parecido una ligera disención.

Así, pues, no fue por casualidad por lo que en la sesión del día siguiente la Conferencia bolchevique estaba discutiendo la propuesta del dirigente menchevique de la derecha, Tseretelli, de fusionar los dos partidos. Stalin reaccionó a ello con simpatía: "Debíamos hacerlo. Es necesario definir nuestras proposiciones en cuanto a los términos de una unificación. ésta no es posible sino sobre la línea de Zimmerwald-Kienthal". Se aludía con estas palabras a la "línea" de dos conferencias socialistas celebradas en Suiza, donde habían preponderado pacifistas moderados. Molotov, que dos semanas antes había sido reprendido por su izquierdismo, salió al paso con tímidas objeciones: "Tseretelli desea unir elementos divergentes... La unidad sobre tal línea equivocada..." Más resuelta fue la protesta de Zalutsky: "Sólo un posibilista puede sentirse impulsado por el mero deseo de unidad, no un socialdemócrata... Es imposible unirse sobre la base de una adhesión superficial a Zimmerwald-Kienthal... Es necesario proponer una plataforma definida." Pero Stalin que había sido tildado de posibilista, se atuvo a lo suyo: "No debemos anticiparnos a señalar discrepancias. La vida del Partido es imposible sin que las haya. Hemos de dirimir estas menudas discordias dentro del Partido." Apenas puede uno creer a sus ojos: Stalin calificaba las diferencias con Tseretelli, inspirador del bloque dominante del Soviet, de menudas discordias que podían "dirimirse" dentro del Partido. La discusión tuvo lugar el 1 (14) de abril. Tres días después, Lenin había de declarar guerra a muerte a Tseretelli. Y dos meses después, Tseretelli estaría desarmando y deteniendo a bolcheviques

La conferencia de marzo de 1917 es de extraordinaria importancia en cuanto a percepción del estado de ánimo de los miembros prominentes del Partido bolchevique inmediatamente después de la Revolución de febrero, y particularmente de Stalin, que acababa de regresar de Siberia después de cuatro años de cavilar por su cuenta. De la sucinta crónica de las actas, emerge como un vulgar demócrata y un provinciano obligado por el sesgo de la hora a adoptar el color marxista. Sus artículos y discursos de esas semanas proyectan una luz clara y sin manchas sobre su posición durante los años de guerra: si hubiera derivado lo más mínimo hacia las ideas de Lenin durante su permanencia en Siberia, como alegan Memorias escritas veinte años después de los hechos, no se habría hundido de modo tan irremediable en el fango del oportunismo como lo hizo en marzo de 1917. La ausencia de Lenin y la influencia de Kamenev, hicieron posible que Stalin apareciese al estallar la revolución como realmente era, mostrando sus características más hondamente arraigadas: desconfianza en las masas, falta total de imaginación, miopía, propensión a buscar la línea de menor resistencia. Por eso, la conferencia de marzo, en la

que Stalin se reveló a sí mismo tan explícitamente como político, se suprime hoy de la historia del partido, y sus actas se guardan bajo siete llaves. En 1923 se prepararon secretamente tres copias para los miembros da, "triunvirato": Stalin, Zinoviev y Kamenev. Sólo en 1926, cuando Zinoviev y Kamenev se unieron a la oposición contra Stalin, pude procurarme de ellos este notable documento, lo que me permitió publicarlo en el extranjero, en ruso y en inglés.

Pero, después de todo, este documento no difiere en nada esencial de sus artículos en Pravda, a los que sirve tan sólo de suplemento. Ni una simple declaración, propuesta o protesta en que Stalin opusiera más o menos articuladamente el punto de vista bolchevique a la política de los demócratas pequeñoburgueses ha llegado hasta nosotros de aquellos días. Un testigo presencial de aquellos tiempos, el menchevique de izquierda Sujanov (autor del manifiesto A los Trabajadores del Mundo, ya mencionado), escribía en sus inestimables Notas sobre la Revolución: "Además de Kamenev, los bolcheviques tenían entonces a Stalin en el Comité Ejecutivo... Durante su rara actuación... daba (y no sólo a mí) la impresión de una mota gris que, de vez en cuando, se hacía levemente visible, sin dejar rastro. Realmente, de él no hay nada más que decir." Tal descripción, que hemos de reconocer bastante parcial, costó a Sujanov la vida tiempo después.

El 3 (16) de abril, después de atravesar Alemania en guerra, Lenin, Krupskaia, Zinoviev y otros cruzaban la frontera de Finlandia y llegaron a Petrogrado... Un grupo de bolcheviques, con Kamenev al frente, acudieron a recibir a Lenin en Finlandia. Stalin no estaba entre ellos, y este ligero dato muestra mejor que nada la inexistencia de cuanto significara intimidad personal entre él y Lenin. "Tan pronto como llegó Vladimiro Ilich y se sentó en la otomana -refiere Raskolnikov-, la emprendió con Kamenev: "¿Qué habéis estado escribiendo en Pravda? Hemos visto varios números, y nos pusieron de muy mal humor..."" Durante los años que pasó junto a Lenin en el extranjero, Kamenev se había acostumbrado a aquellas duchas frías. No eran obstáculo para que estimase a Lenin, y aun le adorase por entero con su vehemencia, su profundidad, su sencillez, sus salidas, que le hacían reír aun antes de oírlas, y su carácter de letra, que imitaba sin darse cuenta de ello. Muchos años más tarde, alguien recordaba que durante el viaje, Lenin había preguntado por Stalin. Aquella pregunta natural (Lenin preguntaría indudablemente por todos los miembros de la plana mayor bolchevique), sirvió después como punto de partida para urdir una película soviética.

Un reseñador minucioso y consciente de la revolución escribió lo siguiente acerca de la primera aparición de Lenin en público ante los bolcheviques reunidos al efecto: "Nunca olvidaré aquel discurso que, como el trueno, conmovió y asombró no a mí solamente, un hereje a quien la casualidad había llevado allí sino incluso a todos los creyentes. Seguro es que nadie se esperaba aquello".

No se trataba de un trueno retórico, que no era cosa del agrado de Lenin, sino de todo el sesgo de sus ideas. "¡No necesitamos una república parlamentaria, ni una democracia burguesa; no necesitamos Gobierno alguno que no sea el Soviet de los diputados de los obreros, los soldados y los campesinos pobres!" En la coalición de los socialistas con la burguesía liberal (esto es, en el "frente popular" de nuestros días), Lenin sólo veía traición al pueblo. Hizo despiadada mofa de la frase de moda "democracia

revolucionaria", que confundía en una mezcolanza a los trabajadores y a la pequeña burguesía, a populistas, mencheviques y bolcheviques. Los partidos transaccionistas que predominaban en los Soviets no eran para él aliados, sino enemigos irreconciliables. "¡Sólo aquello -advierte Sujanov- era suficiente entonces para que al auditorio le diese vueltas la cabeza!"

El Partido estaba tan falto de preparación para Lenin como lo había estado para la Revolución de febrero. Todos los juicios, consignas y giros verbales acumulados durante las cinco semanas de revolución quedaron reducidos a añicos. "Atacó resueltamente las tácticas de los grupos situados a la cabeza del Partido y de los camaradas individuales, ya antes de llegar -escribe Raskolnikov, refiriéndose ante todo a Stalin y Kamenev-. Los activistas más responsables del Partido estaban presentes. Pero aun para ellos resultó algo totalmente nuevo el discurso de Ilich." No hubo discusión. Estaban todos demasiado confusos para ello. Ninguno quiso exponerse a los golpes de aquel intrépido líder. Por los rincones cuchicheaban que Ilich había pasado demasiado tiempo en el extranjero, que había perdido contacto con Rusia, que no comprendía la situación, y, lo que es peor, que se había pasado a la oposición del trotskismo. Stalin, informante de la víspera en la Conferencia, permanecía callado. Se daba cuenta de haber cometido un terrible error, mucho más grave que en aquella ocasión del Congreso de Estocolmo en que había defendido la división de la tierra, o un año después, cuando transitoriamente formó entre los boicotistas. Decididamente, lo mejor era no prodigarse. Nadie se inquietaba por conocer la opinión de Stalin sobre el asunto, en modo alguno. Después, nadie pudo recordar la menor cosa para sus memorias de lo que Stalin hizo durante las semanas que sucedieron.

Entretanto, Lenin, estaba lejos de perder el tiempo: pasaba revista a la situación con sus perspicaces ojos, atormentaba a sus amigos con preguntas, y sonsacaba a los trabajadores. Al día siguiente mismo presentó al Partido un resumen de sus impresiones, que vinieron a ser más tarde el documento más- importante de la Revolución, famoso por el nombre de Las tesis del 4 de abril. Lenin no sólo no se asustaba de "espantar" a los liberales sino tampoco a los miembros del Comité Central bolchevique, no jugaba al escondite con los presuntuosos dirigentes del partido bolchevique. Ponía al desnudo la lógica de la guerra de clases. Arrojando a un lado la cobarde y fútil fórmula del "en tanto, etc.", situó al Partido frente a la tarea de incautarse del Gobierno. Pero lo primero y principal era determinar quién fuese el enemigo. Los monárquicos de las centurias negras, acurrucados en sus rincones y encrucijadas, no tenían la menor importancia. La plana mayor de la contrarrevolución burguesa se componía del Comité Central del partido cadete y del Gobierno provisional que él inspiraba. Pero este último existía por gracia de los social-revolucionarios y los mencheviques, que, a su vez, ejercían el Poder por la credulidad de las masas. En tales condiciones no había que pensar en la aplicación de violencias revolucionarias. Lo primero que interesaba era conquistar a las masas. En lugar de unirse y fraternizar con los populistas y los mencheviques, era necesario desenmascararlos ante los trabajadores, los soldados y los campesinos como agentes de la burguesía. "El Gobierno auténtico es el Soviet de delegados de los trabajadores... Nuestro Partido es una minoría en el Soviet... ¡No se puede evitar! A nosotros toca explicar, pacientemente con persistencia, de un modo sistemático, lo erróneo de su táctica. Mientras no seamos más que una minoría, nuestra tarea consiste en criticar, para desengañar a las masas." Todo aquel programa era

sencillo y seguro, y cada clavo estaba firmemente clavado. Estas tesis llevaban sólo una firma: "Lenin". Ni el Comité Central del Partido ni el Consejo de redacción de Pravda consintieron en poner su rúbrica al pie de aquel explosivo documento.

El mismo 4 de abril, Lenin compareció ante la misma Conferencia del Partido en que Stalin había explicado su teoría de la división pacífica del trabajo entre el Gobierno Provisional y los Soviets. El contraste era demasiado cruel. Para moderarlo, Lenin, abandonando su costumbre, no sometió a análisis las resoluciones que se habían tomado, sino que les volvió la espalda. Lo que hizo fue elevar la Conferencia a un plano mucho más alto. Le hizo ver nuevas perspectivas que los supuestos líderes no habían sospechado siquiera. "¿Por qué no os apoderasteis del Poder?", preguntaba el nuevo ponente, y procedió a resumir las explicaciones de rigor: la revolución se consideraba burguesa, estaba sólo en su fase inicial; la guerra creaba dificultades imprevistas, y otras por el estilo. Todo eso es desatinado. El punto está en que el proletariado no tiene suficiente conciencia ni está bien organizado. Esto debe admitirse. La fuerza material está en manos del proletariado, pero la burguesía se halla alerta y preparada. Lenin desvió la cuestión de la esfera de seudo objetivismo en que Stalin, Kamenev y otros trataban de ocultar las tareas de la revolución, a la esfera de apercibimiento y acción. El proletariado había dejado de incautarse del Poder en febrero, no porque la toma del Poder estuviese proscrita por la Sociología, sino porque su incapacidad permitió a los transaccionistas defraudar al proletariado en interés de la burguesía..., ¡y eso era todo! "Incluso nuestros bolcheviques -continuó, sin mencionar nombres para nada- muestran confianza en el Gobierno. Esto sólo puede explicarse por haberse embriagado con la revolución. Es el fin del socialismo... Si esto es así, no puedo seguir adelante. Prefiero quedarme en minoría." No era difícil para Stalin y Kamenev reconocer la alusión a ellos. Todos los presentes se dieron cuenta de quiénes eran los aludidos por el informante. Los delegados no tenían la menor duda Lenin hablaba en serio al decir que se apartaba. Aquello e muy distinto de la fórmula "en tanto, etc.".

El eje de la cuestión relativa a la guerra se desvió con no menos resolución. El Gobierno provisional había medio prometido una república. Pero, ¿cambiaba esto el carácter de la guerra? Francia llevaba mucho tiempo de república, y lo había sido más de una vez, pero su participación en la guerra seguía siendo imperialista. La índole de la guerra se determina por el carácter de la clase que gobierna. "Cuando las masas declaran que no quieren ningún género de conquista, yo lo creo. Cuando Guchkov y Lvov declaran que no quieren conquistas, mienten con todo descaro." Este sencillo juicio es profundamente científico y, al mismo tiempo, comprensible para todos los soldados de las trincheras. Lenin asestó luego un golpe directo al llamar a Pravda por su verdadero nombre. "Pedir de un Gobierno de capitalistas que repudie las anexiones es una simpleza, una burla a voces..." Estas palabras afectaban directamente a Stalin. "Es imposible terminar esta guerra sin una paz de violencia, a menos que el capitalismo sea derrocado." Y, sin embargo, los partidarios de la transacción seguían apoyando a los capitalistas, y Pravda los apoyaba a ellos. "La petición del Soviet... no contiene una sola palabra que revele conciencia de clase. Toda ella es pura fraseología." Esto se refería a aquel mismo manifiesto saludado por Stalin como la voz del internacionalismo. Las frases pacifistas, a la vez que mantenían las viejas alianzas, los viejos tratados, los viejos objetivos, sólo tenían por finalidad engañar a las masas. "Lo que es único en Rusia es la transición inconcebiblemente rápida de la violencia

irreprimible a la decepción más sutil." Tres días antes, Stalin había declarado estar dispuesto a unirse con el partido de Tseretelli. "Re oído que existe en Rusia una tendencia a la unificación; la unidad con un defensista es traición al socialismo. Creo que es mejor quedarse solo, como Liebknecht, ¡uno contra ciento diez!" Ya no se podía tolerar siquiera llevar el mismo nombre de los mencheviques, el nombre de Socialdemocracia. "Por mi parte, propongo que cambiemos de nombre el Partido, que en adelante nos llamemos Partido Comunista." Ni uno siquiera de los asistentes a la Conferencia, ni el mismo Zinoviev, que acababa de llegar con Lenin, apoyó esta propuesta, que perecía una ruptura sacrílega con su propio pasado.

Pravda, que continuaba dirigiendo Kamenev y Stalin, declaró que las tesis de Lenin reflejaban su personal opinión, que no compartía el Buró del Comité Central, y que Pravda continuaría su política de siempre. Aquella declaración llevaba la firma de Kamenev. Stalin le apoyaba con su silencio. Tuvo que permanecer así durante mucho tiempo. Las ideas de Lenin le parecían ilusiones de un emigrado, pero él permanecía atento esperando la reacción del Partido. "Debe reconocerse abiertamente -escribía más tarde el bolchevique Angarsky, que había pasado por la misma evolución que los otros- que muchos de los viejos bolcheviques... mantenían las opiniones bolcheviques de 1905 respecto al carácter de la Revolución de 1917, y que no era cosa fácil repudiar tales opiniones." En realidad, no se trataba de "muchos de los viejos bolcheviques", sino de todos, sin excepción. En la Conferencia de marzo, donde se reunieron los cuadros del Partido de todo el país, no se alzó una sola voz en favor de esforzarse en recabar el Poder para los Soviets. Todos ellos tenían que reeducarse. De los dieciséis miembros del Comité de Petrogrado, sólo dos apoyaron las tesis, y aun no lo hicieron desde el primer momento. "Muchos de los camaradas insinuaron -recordaba Tsijon- que Lenin había perdido contacto con Rusia, que no tenía en cuenta las condiciones actuales, etcétera." El bolchevique de provincias, Lebedev, refiere que al principio los bolcheviques condenaban la agitación de Lenin, "que parecía utópica y que se explicaba sólo por su prolongada falta de contacto con la vida rusa". Uno de los inspiradores de tales juicios fue sin duda Stalin, que siempre había mirado con desdén a los emigrados". Algunos años después, Raskolnikov recordaba que "la llegada de Vladimiro Ilich planteó un marcado Rubicón en la táctica de nuestro Partido... La tarea de tomar posesión del poder del Estado se concebía como un ideal remoto... Se consideraba suficiente apoyar al Gobierno provisional en una u otra forma... El Partido no tenía dirigente de autoridad capaz de soldarle en una firme unidad y llevarlo adelante." En 1922, no podía habérsele ocurrido a Raskolnikov ver a Stalin el "dirigente de autoridad". Escribía el trabajador de los Urales, Markov, a quien la revolución había encontrado junto a su torno: "Nuestros dirigentes marchaban a tientas hasta que llegó Vladimiro Ilich... La posición de nuestro Partido fue haciéndose clara al aparecer sus famosas tesis." "Recordad la recepción dispensada a las tesis de abril de Vladimiro Ilich -decía Bujarin poco después de morir Lenin-, cuando parte de nuestro propio Partido las miraba como una traición virtual a la ideología marxista consagrada." Esa "parte de nuestro propio Partido" era toda su dirección, sin exceptuar a: nadie. "Con la llegada de Lenin a Rusia en 1917 -escribía Molotov en 1924-, nuestro Partido comenzó a pisar terreno firme... Hasta aquel momento sólo había ido caminando inseguro y vacilante... El Partido carecía de la claridad y la resolución que requería el momento revolucionario..." Antes que los demás, de un modo

más concluyente y preciso, Ludmila Stahl define el cambio ocurrido. "Hasta la llegada de Lenin, todos los camaradas erraban en la oscuridad...", decía el 4 (17) de abril de 1917, en el momento más culminante de la crisis del Partido. "Al ver la inventiva independiente del pueblo no podíamos menos de tenerla en cuenta... Nuestros camaradas se contentaban con meros preparativos para la Asamblea Constituyente, a base de métodos parlamentarios, y no admitían siquiera la posibilidad de ir más lejos. Aceptando las consignas de Lenin, haremos lo que la vida misma nos empuja a hacer."

El rearme del Partido en abril fue un rudo golpe para el prestigio de Stalin. Había venido de Siberia con la autoridad de un viejo bolchevique, con la categoría de miembro de Comité Central, ayudado por Kamenev y Muranov. También él inició su propio estilo de "rearme", rechazando la política de los dirigentes locales como excesivamente radical y comprometiéndose mediante varios artículos de Pravda, un informe en la Conferencia y la resolución del Comité de Krasnoyarsk. En medio de esta actividad, que por su misma índole era labor de un dirigente, apareció Lenin. Se presentó en la Conferencia como entra un inspector en el aula. Después de escuchar varias frases volvió la espalda al maestro y con una esponja mojada borró del encerado todos sus fútiles garabatos. Los sentimientos de asombro y protesta -de los delegados se resolvieron en una expresión admirativa. Pero Stalin no tenía admiración que ofrecer. Había sido el suyo un golpe muy duro, una sensación de desamparo y de profunda envidia. Le habían humillado delante de todo el Partido mucho más que en la Conferencia reservada de Cracovia después de su desgraciada dirección de Pravda. Era inútil luchar contra ello. También él entreveía ahora nuevos horizontes que no hubiera sido capaz de presentir el día antes. No le quedaba otro remedio que rechinar los dientes y aparentar calma. El recuerdo de la revolución provocada por Lenin en abril del año 1917, quedó grabado para siempre en su conciencia, y allí se enconó. Se apoderó de las actas de la conferencia de marzo y trató de ocultarlas al Partido y a la historia. Pero aquello no puso arreglo en nada. Seguía habiendo en las bibliotecas colecciones de Pravda. Además, aquellas ediciones de Pravda se reimprimieron más tarde, y los artículos de Stalin hablaban por sí mismos. Durante los primeros años de régimen soviético, innumerables Memorias referentes a la crisis de abril llenaron todos los periódicos históricos y las ediciones conmemorativas de los diarios. Todo ello tenía que ser retirado gradualmente de la circulación, falseado y sustituido por nuevo material. La misma palabra "rearme" del Partido, usada por mí casualmente, en 1922, fue a su tiempo objeto de ataques cada vez más furiosos de Stalin y sus satélites.

Verdad es que en 1924 Stalin aún estimó lo más sensato admitir, con la debida indulgencia para sí mismo, el error de sus métodos al comienzo de la Revolución, "El Partido -escribía- aceptó la política de presionar desde los Soviets al Gobierno en la cuestión de la paz y no decidió al momento dar un paso hacia adelante... hacia la nueva consigna del poder para los Soviets... Aquélla fue una posición profundamente errónea, pues multiplicaba las ilusiones pacifistas, vertía agua en el molino del defensismo y estorbaba la educación revolucionaria de las masas. Yo compartía aquella posición errónea en aquella ocasión con otros camaradas del Partido, y no la repudié por completo hasta mediados de abril, después de suscitar las tesis de Lenin." Este reconocimiento público, necesario para proteger su propia retaguardia en su lucha contra el trotskismo, que comenzaba por entonces, resultó muy limitado dos años más tarde. En 1926, Stalin negaba

categóricamente el carácter oportunista de su política en marzo de 1917 ("¡No es cierto, camaradas eso no es más que comadreo!") y admitía solamente que tuvo "algunas vacilaciones..., pero, ¿quién entre nosotros no las tuvo pasajeramente?". Cuatro años después, Yarolavsky, que en su calidad de historiador mencionó el hecho de que Stalin había asumido al iniciarse la revolución "una posición errónea", se vio sometido a una feroz persecución de todos lados. Ya no era tolerable mencionar siquiera "vacilaciones momentáneas". ¡El ídolo del prestigio es un monstruo voraz! Finalmente, en la "historia" del Partido, dirigida por el mismo Stalin, éste se atribuye la posición de Lenin, cargando las propias opiniones a sus enemigos. Kamenev y ciertos activistas de la organización de Moscú, como Rikov, Bubnov, Nogin, proclama esta notable historia, "se mantuvieron en la posición semimenchevique de apoyo condicional al Gobierno provisional y a la política de los defensistas. Stalin, que acababa de regresar del destierro, Molotov y otros así como la mayoría del Partido, defendían la política de no confiar en el Gobierno provisional y se manifestaban contra el defensismo", y así por el estilo. De este modo, por cambios graduales del hecho a la ficción, lo negro se convirtió en blanco. Semejante método, que Kamenev llamó "dosificar la mentira", transpira en toda la biografía de Stalin, y halla su expresión cumbre y al mismo tiempo su colapso en los juicios de Moscú.

Analizando las ideas básicas de las dos facciones de la Socialdemocracia en 1909, escribía yo: "Los aspectos antirrevolucionarios del menchevismo se destacan ya en toda su fuerza; las características antirrevolucionarias del bolchevismo son una amenaza de gran peligro sólo en el caso de un triunfo revolucionario." En marzo de 1907, después de derrocado el zarismo, los antiguos cuadros del Partido llevaron estas características antirrevolucionarias del bolchevismo a su extrema expresión: hasta la distinción entre bolchevismo y menchevismo parecía haberse esfumado. Era imperativo un rearme radical del Partido. Lenin, el único hombre de talla para la tarea, lo hizo en el curso de abril. Al parecer, Stalin no deseaba oponerse en público a Lenin; pero tampoco salió en su favor. Sin meter mucho ruido, se desligó de Kamenev como diez años antes había abandonado a los boicotistas y como en la Conferencia de Cracovia dejó a, los conciliadores entregados a su suerte. No estaba habituado a defender idea alguna que no prometiese un éxito inmediato. La Conferencia de la organización de Petrogrado celebró sesiones desde el 14 al 22 de abril. Aunque ya predominaba la influencia de Lenin, los debates eran bastante movidos en ocasiones. Entre los que intervinieron se cuentan Zinoviev, Tomsky, Molotov y otros bolcheviques muy conocidos. Stalin ni siquiera se dejó ver; sin duda trataba de refugiarse en el olvido una temporada.

La Conferencia de toda Rusia se reunió en Petrogrado el 24 de abril. Se proponía dilucidar todos los asuntos que quedaron en suspenso en la Conferencia de marzo. Unos 150 delegados representaban a 79.000 miembros del Partido, de ellos, 15.000 de la capital. No es una marca desdeñable para un Partido antipatriótico que apenas había salido de la ilegalidad. La victoria de Lenin se apreció desde un principio en las elecciones a la Presidencia de cinco miembros, pues entre los elegidos no estaban Kamenev ni Stalin, los dos responsables de la política oportunista de marzo. Kamenev tuvo suficiente valor para pedir la concesión de un informe de minoría en la Conferencia. "Reconociendo que formalmente y de hecho el remanente clásico del feudalismo, la propiedad de la tierra por los hacendados, no ha sido aún liquidada..., es demasiado pronto para aseverar que la

democracia burguesa ha agotado todas sus posibilidades." Tal fue la idea básica de Kamenev y de Rikov, Nogin, Dzerhinsky, Angarsky y otros. "El ímpetu para la revolución social -decía Rikov-, debió haber venido del Oeste." La revolución democrática no había terminado, decían los oradores de la oposición, apoyando a Kamenev. Era verdad. Sin embargo, la misión del gobierno provisional no consistía en dar cima a la revolución, sino en invertir su curso. Por consiguiente, la revolución democrática sólo podría completarse bajo el mando de la clase trabajadora. Los debates eran animados, pero apacibles, puesto que en lo esencial todo había sido decidido de antemano y Lenin hacía lo posible por facilitar la retirada de sus antagonistas.

Durante estos debates, Stalin intervino con una breve declaración contra su aliado de ayer. En su informe de minoría, Kamenev arguyó que no exigiendo nosotros la caída inmediata del Gobierno provisional lo procedente era pedir autoridad sobre él; de otro modo, las masas no nos comprenderían. Lenin opuso que el "control" del proletariado sobre un Gobierno burgués, especialmente en tiempos de revolución, sería ficticio o se reduciría a una simple colaboración con aquél. Stalin creyó llegado el momento de hacer constar su disconformidad con Kamenev. Para dar una especie de explicación sobre su cambio de actitud, se sirvió de una nota emitida el 19 de abril por el ministro de Negocios Extranjeros, Miliukov.

La extrema franqueza imperialista de este último, empujó literalmente a los soldados a la calle y originó una crisis gubernamental. El concepto de Lenin acerca de la revolución se basaba en la correlación de clases, y no en una nota diplomática o de otros actos del Gobierno. Pero Stalin no estaba interesado en ideas generales. Todo lo que necesitaba era un pretexto evidente para cambiar de postura con el menor quebranto para su vanidad. Estaba "dosificando" su retirada. Al principio, según decía, "era el Soviet quien trazó el programa, mientras que ahora lo hacía el Gobierno provisional". Después de la nota de Miliukov, "el Gobierno se adelanta al Soviet, y éste pierde terreno. Hablar entonces de control era desatinar". Aquello: sonaba a forzado y falso. Pero surtió efecto: Stalin se las compuso de este modo para separarse a tiempo de la oposición, que obtuvo sólo siete votos al hacer el escrutinio.

En su informe sobre la cuestión de las minorías nacionales, Stalin hizo todo lo posible por salvar el bache entre su informe de marzo, que veía el origen de la opresión nacional meramente en la aristocracia hacendada, y la nueva posición el Partido estaba asimilando. "La opresión nacional -dijo, arguyendo inevitablemente contra sí mismo- no sólo está sostenida por la aristocracia terrateniente, sino también por otra fuerza: los grupos imperialistas, que aplican el método de esclavizar a las naciones, aprendido en las colonias, a su propio país también..." Además, la gran burguesía lleva tras ella a "la pequeña burguesía, a parte de los intelectuales y a parte de la aristocracia del trabajo, que disfrutan asimismo de los despojos de este latrocinio". éste era el tema en que precisamente había insistido Lenin durante los años de guerra. "Así -continuaba el informe-, hay todo un coro de fuerzas sociales que apoyan la opresión nacional." Para poner fin a tal opresión, era necesario "apartar a este coro de la escena política". Situando en el poder a la burguesía imperialista, la Revolución de febrero no preparaba ciertamente el camino para la liberación de las minorías nacionales. Por ejemplo, el Gobierno provisional se resistía con

todas sus fuerzas a los intentos de ampliar la autonomía de Finlandia. "¿A qué lado hemos de estar? Sin duda alguna, al lado del pueblo finés..." El ucraniano Pyatakov y el polaco Dzerzhinsky se pronunciaron en contra del programa de autodeterminación nacional, como utópico y reaccionario. "No deberíamos plantear la cuestión nacional -decía con ingenuidad Dzerzhinsky- porque ésta retrasa el momento de la revolución social. Por consiguiente, propondría suprimir de la resolución el punto relativo a la independencia de Polonia." "La Socialdemocracia -replicó Stalin-, puesto que sigue una ruta que conduce a la revolución socialista, debe apoyar el movimiento revolucionario de los nacionalistas contra el imperialismo." Entonces, por primera vez en su vida, dijo Stalin algo a propósito de "una ruta que conduce a la revolución socialista". La hoja del calendario juliano llevaba aquel día la fecha de 29 de abril de 1917.

Habiendo asumido las prerrogativas de un Congreso, la Conferencia eligió nuevo Comité Central, compuesto de Lenin, Zinoviev, Kamenev, Milutin, Nogin, Sverdlov, Smilga, Stalin, Fedorov; y como suplentes Teodorovich Bubnov, Glebov-Avilov y Pravdin. De los 133 delegados, por alguna razón sólo 109 tomaron parte en la votación secreta con pleno voto; es posible que algunos de ellos se hubieran marchado ya de la capital. Lenin obtuvo 104 votos (¿sería acaso Stalin uno de los delegados que no le dio el suyo?); Zinoviev, 101; Stalin, 97, y Kamenev, 95. Por primera vez era elegido Stalin para el Comité Central por el procedimiento usual del Partido. Iba ya a cumplir los treinta y ocho años. Rikov, Zinoviev y Kamenev tenían veintitrés o veinticuatro cuando fueron elegidos por Congresos del Partido para formar parte de la plana mayor bolchevique.

En la Conferencia hubo un intento de dejar a Sverdlov fuera del Comité Central. Lenin habló de ello después del fallecimiento de aquél, juzgándolo como una notoria equivocación suya. "Por fortuna -añadió-, nos rectificaron desde abajo." Es difícil que Lenin tuviese motivo alguno para oponerse a la candidatura de Sverdlov; sólo le conocía por correspondencia como un revolucionario profesional incansable. No es improbable que la oposición procediera de Stalin, que no había olvidado cómo Sverdlov anduvo enderezando entuertos tras él en San Petersburgo y reorganizando Pravda; su vida en común en Kureika no consiguió más que agravar su enemistad. Stalin nunca olvidaba nada. Al Parecer, trató de vengarse en la Conferencia, y de un modo u otro (no podemos sino figurárnoslo) consiguió ganarse el apoyo de Lenin. Pero su tentativa no dio resultado. Si en 1912, Lenin tropezó con la resistencia de los delegados cuando trató de incorporar a Stalin al Comité Central, esta vez no fue menor la que le opusieron para no excluir a Sverdlov. De los miembros de este Comité Central elegido en la Conferencia de abril, sólo Sverdlov llegó a morir de muerte natural. Todos los demás (con excepción del mismo Stalin), así como los cuatro suplentes, han sido oficialmente fusilados o suprimidos sin trámites oficiales.

Sin Lenin nadie hubiera sabido afrontar aquella situación sin precedentes; todos estaban esclavizados por viejas fórmulas. Pero trepar hasta la consigna de la dictadura democrática suponía ahora, según decía Lenin, "pasar realmente por encima de la pequeña burguesía". Es muy posible que la ventaja de Stalin sobre los demás estuviese en su falta de escrúpulos para hacerlo así y en su disposición a acercarse a los transaccionistas y a fusionarse con los mencheviques. No le imponía lo más mínimo la reverencia a las viejas

fórmulas. El fetichismo ideológico le era extraño; así, sin el menor remordimiento, renegó de la teoría, largo tiempo sostenida, del papel contrarrevolucionario de la burguesía rusa. Como siempre, Stalin actuaba de un modo empírico, presionado por su oportunismo natural, que siempre le había empujado a buscar la línea de menor resistencia. Pero no había estado solo en su postura; en el curso de las tres semanas que precedieron a la llegada de Lenin, su expresión traducía fielmente las ocultas convicciones de muchos de los "viejos bolcheviques".

No debe olvidarse que la máquina política del partido bolchevique se componía principalmente de la intelectualidad, que era de origen y ambiente pequeñoburgués, y marxista en sus ideas y en sus relaciones con el proletariado. Los trabajadores que pasaban a ser revolucionarios profesionales se unieron a aquel grupo con mucho afán, y dentro de él perdieron su identidad. La peculiar estructura social de la máquina del Partido y su autoridad sobre el proletariado (ambas nada accidentales, y sí dictadas por estricta necesidad histórica) fueron, una vez más, causa de la vacilación del Partido, y finalmente se convirtieron en origen de su degeneración. El Partido persistía en la doctrina marxista, que expresaba los intereses históricos del proletariado en conjunto; pero los seres humanos de la máquina del Partido asimilaban sólo proporciones dispersas de tal doctrina, de acuerdo con su propia experiencia, relativamente limitada. Muchas veces, como se lamentaba Lenin, sólo aprendían maquinalmente fórmulas hechas de antemano, y cerraban los ojos a los cambios de situación. En la mayoría de los casos, carecían de diario contacto independiente con las masas obreras, así como de apreciación comprensiva del proceso histórico. De este modo, quedaban expuestos a la influencia de las otras clases. Durante la guerra, los capitostes del Partido se vieron seriamente afectados por tendencias transaccionistas emanadas de círculos burgueses, en tanto que los trabajadores bolcheviques de la base desplegaban una estabilidad mucho más firme para resistir el histerismo patriótico que se había propagado por todo el país.

Al abrir un amplio campo de acción a procesos revolucionarios, la revolución estaba dando mucha más satisfacción a los "revolucionarios profesionales" de todos los partidos que a los soldados de las trincheras, a los campesinos de las aldeas y a los trabajadores de las fábricas de municiones. Los oscuros hombres de la clandestinidad de la víspera se convertían de repente en figuras políticas rectoras. En vez de Parlamentos tenían Soviets y estaban en libertad de discutir y gobernar. Por lo que a ellos afecta, las contradicciones de clase que habían sido causa de la revolución parecían haberse liquidado bajo los rayos del sol democrático. Por eso, casi en todas partes de Rusia, bolcheviques y mencheviques se dieron la mano. Incluso donde continuaron separados, como en Petrogrado, los apremios hacia la unidad eran resueltamente imperiosos en ambas organizaciones. Mientras tanto, en las trincheras, en los pueblos y en las fábricas, los antagonismos crónicos tomaban un carácter abierto y más intenso, presagio de guerra civil más que de unidad. Como sucede con frecuencia, se abría una profunda sima entre las clases en movimiento y los intereses de las máquinas de partido. Hasta los cuadros del Partido bolchevique, que tenían la ventaja de una excepcional preparación revolucionaria, estaban decididamente resueltos a dar de lado a las masas e identificar sus propios y especiales intereses con los de la máquina al día siguiente mismo del derrocamiento de la monarquía. ¿Qué podía, pues, esperarse de aquellos cuadros cuando se convirtiesen en una burocracia estatal todopoderosa? No es

verosímil que Stalin dedicase, un solo pensamiento a esta cuestión. Era carne de la carne de la máquina, y el más duro de sus huesos.

Pero, ¿por qué milagro consiguió Lenin cambiar en pocas semanas el curso del Partido, llevándolo por otro cauce? La respuesta debe buscarse simultáneamente en dos direcciones: los atributos personales de Lenin y la situación objetiva. Lenin era fuerte, no sólo porque comprendía las leyes de la lucha de clases, sino porque tenía el oído perfectamente acordado a la agitación de las masas en movimiento. Para él no era tanto la máquina del Partido como la vanguardia del proletariado. Estaba convencido en absoluto de que millares de aquellos trabajadores que habían sobrellevado lo más duro del trabajo ilegal estarían ahora a su lado. Las masas, a la sazón, eran más revolucionarias que el Partido, y el Partido más revolucionario que su máquina. Ya en marzo, la actitud real de los trabajadores y de los soldados se había manifestado en forma tumultuosa, y difería mucho de las instrucciones dictadas por todos los partidos, incluyendo al bolchevique. La autoridad de Lenin no era absoluta, pero sí enorme, porque toda la experiencia recogida confirmaba su presencia. Por el contrario, la autoridad de la máquina del Partido, como su conservadurismo estaba en formación por entonces. Lenin ejercía influencia, no tanto como individuo, sino como encarnación de la influencia de la clase sobre el Partido y del Partido sobre su máquina. En tales circunstancias, quien trataba de resistir perdía pronto pie. Los vacilantes se alineaban con los de enfrente, y los precavidos se unían a la mayoría. Así, con pérdidas relativamente escasas, Lenin consiguió orientar a tiempo al Partido y prepararlo para la nueva revolución.

Cada vez, que los dirigentes del bolchevismo tenían que actuar sin Lenin incurrían en error, inclinándose por lo común a la derecha. Entonces surgía Lenin como un deus ex machina, y señalaba el camino recto. ¿Significa esto que Lenin lo fuese todo dentro del Partido bolchevique, y los demás nada? Tal conclusión, muy extendida en los círculos democráticos, es sumamente parcial, por ello falsa. Lo mismo pudiera decirse de la ciencia. La mecánica sin Newton y la biología sin Darwin parecieron no ser nada durante muchos años. Esto es a la vez cierto y falso. Represe la labor de miles de hombres de ciencia sencillos al reunir los hechos, agruparlos, plantear los problemas y preparar el terreno para las soluciones inteligentes de un Newton o un Darwin. Y cada solución, a su vez, afectaba a la labor de otros miles de investigadores modestos. Los genios no crean la ciencia; no hacen sino acelerar el proceso de la reflexión colectiva. El Partido bolchevique tenía un dirigente de genio, y no por accidente. Un revolucionario de la contextura y los arrestos de Lenin sólo podía estar al frente del partido más intrépido, capaz de llevar sus ideas y acciones a su lógica conclusión. Pero el genio en sí es la más rara de las excepciones. Un dirigente genial se orienta más aprisa, aprecia la situación más plenamente, ve más allá que los otros. Era inevitable que se abriese una ancha sima entre el líder genial y sus más íntimos colaboradores. Hasta puede concederse que en cierto grado la perspicacia de Lenin actuase como freno sobre el desarrollo de la confianza de sus colaboradores en sus propias aptitudes. Sin embargo, esto no significa que Lenin lo fuese "todo y que el Partido sin Lenin no fuese nada. Sin el Partido, Lenin se hubiese visto tan desvalido como Newton y Darwin sin el trabajo científico colectivo. Por consiguiente, no se trata de efectos especiales inherentes al bolchevismo, y producto probable de la centralización, la disciplina, etc., sino del problema del genio dentro del proceso histórico. Los escritores que intentan

desacreditar el bolchevismo sobre la base de que el Partido bolchevique tuvo la fortuna de contar con un dirigente genial, no hacen otra cosa que confesar su propia vulgaridad mental.

La dirección bolchevique hubiera llegado a encontrar el camino recto sin Lenin, pero despacio, a costa de fricciones y luchas intestinas. Los conflictos de clase habrían seguido condenando y rechazando las consignas insípidas de la vieja guardia bolchevique. Stalin, Kamenev y los demás segundones se hallaban ante la alternativa de dar una expresión consistente a las tendencias de la vanguardia proletaria o de desertar pasándose al otro lado de la barricada. No hemos de olvidar que Shlyapnikov, Zalutsky y Molotov trataron de seguir un rumbo más izquierdista desde el primer momento de la revolución.

Pero esto no quiere decir que el verdadero camino se hubiese encontrado de todos modos. El factor tiempo desempeña un papel decisivo en política, especialmente en una revolución. La lucha de clases difícilmente ha de esperar indefinidamente a que los dirigentes políticos descubran lo que procede hacer. El líder genial es importante porque, al abreviar el plazo de aprendizaje mediante lecciones objetivas, permite al Partido influir en el desarrollo de los acontecimientos en el instante adecuado. Si Lenin no hubiera llegado a primeros de abril, sin duda el Partido habría ido tanteando su ruta hasta coincidir tal vez con la orientación señalada en sus Tesis. Pero, ¿existía ningún otro capaz de haber preparado al Partido para el desenlace de octubre? Esta interrogación no puede contestarse categóricamente. Una cosa es cierta: en esta situación (que exigía oponer resueltamente a la perezosa máquina del Partido las masas e ideas de movimiento), Stalin no habría podido actuar con la necesaria iniciativa creadora, y hubiera sido más bien freno que impulsor. Su poder comenzó sólo cuando se hizo posible aparejar a las masas con ayuda de la máquina.

Es difícil seguir el rastro de las actividades de Stalin durante los dos meses siguientes. De pronto se vio replegado a una posición de tercer orden. El mismo Lenin estaba ahora directamente encargado del cuadro de redacción de Pravda casi a diario (no por intervención desde lejos, como antes de la guerra), y Pravda marcaba el compás a todo el Partido. Zinoviev era dueño y señor en materia de agitación. Stalin no participaba aún en mítines. Kamenev, algo mohíno ante la nueva política, representaba al Partido en el Comité Ejecutivo Central del Soviet y en el terreno -del Soviet. Stalin desapareció prácticamente de aquella liza y apenas se le vio ni aun en Smolny. Sverdlov asumió la alta dirección de la actividad organizadora más destacada, señalando tareas a los activistas del Partido, tratando con los de provincias, resolviendo conflictos. Además de sus obligaciones corrientes en Pravda y su asistencia a las sesiones del Comité Central, se confiaron a Stalin eventuales misiones de carácter administrativo, técnico o diplomático, nada numerosas, por cierto. Perezoso por naturaleza, Stalin puede trabajar a presión sólo cuando están en juego sus propios intereses; de otro modo, prefiere fumar una pipa y pasar el rato. Durante una temporada se sintió muy a disgusto. En todas partes se encontraba sustituido por hombres más importantes o mejor dotados. Su vanidad sentía en lo vivo la punzada de los días de marzo y abril. Violando su propia integridad, fue lentamente dando vuelta al rumbo de sus ideas. Pero, a fin de cuentas, sólo dio media vuelta.

En la Conferencia de las organizaciones militares bolcheviques celebrada en junio, después de los discursos políticos fundamentales de Lenin y Zinoviev, Stalin informó sobre

"el movimiento nacionalista en los regimientos de este matiz". En el Ejército activo, influido por el despertar de las nacionalidades oprimidas, hubo una espontánea reagrupación de unidades armadas de acuerdo con la nacionalidad. Así surgieron regimientos ucranianos, musulmanes, polacos, etc. El Gobierno provisional se opuso abiertamente a esta "desorganización del Ejército", mientras que los bolcheviques, como siempre, se pusieron de parte de las nacionalidades oprimidas. El discurso de Stalin no se conserva; pero difícilmente podía agregar nada nuevo.

El primer Congreso de los Soviets de toda Rusia, el 3 de junio, se prolongó durante casi tres semanas. Los veinte o treinta delegados bolcheviques de las provincias, perdidos entre la masa de transaccionistas, constituían un grupo nada homogéneo y sujeto aún a las corrientes de marzo. No era fácil acaudillarlos. En este Congreso hizo una referencia de interés un populista a quien ya conocemos, y que en alguna ocasión pudo observar a Koba en una cárcel de Bakú. "Trataré de esforzarme para comprender el papel de Stalin y Sverdlov en el Partido bolchevique -escribía Vereshchak en el año 1928-. Mientras que Kamenev, Zinoviev, Nogin y Krylenko se hallaban sentados a la mesa presidencial del Congreso, y Lenin, Zinoviev y Kamenev eran los principales oradores, Sverdlov y Stalin dirigían en silencio a la fracción bolchevique. Ellos eran la fuerza táctica. Entonces me di cuenta por vez primera del pleno significado del hombre." Vereshchak no estaba equivocado. Stalin era muy valioso tras la cortina, preparando a la fracción para votar. Nunca recurrió a argumentos de principios. Pero se daba maña para convencer a los dirigentes de talla normal, excepcionalmente a los de provincias; si bien incluso en esa tarea el lugar preeminente correspondía a Sverdlov, que era presidente permanente de la fracción bolchevique en el Congreso.

Entretanto, el Ejército venía siendo objeto de una preparación "moral" para la ofensiva, que enervaba a las masas en la retaguardia como en el frente. La fracción bolchevique protestó resueltamente contra aquella aventura militar y vaticinó la catástrofe. La mayoría del Congreso apoyó a Kerensky. Los bolcheviques decidieron responder con una manifestación callejera, pero mientras se estudiaba el asunto se exteriorizaron diferencias de opinión. Volodarsky, sostén principal del Comité de Petrogrado, no estaba seguro de que los trabajadores quisieran echarse a la calle. Los representantes de las organizaciones militares insistieron en que los soldados no saldrían sin armas. Stalin opinó que "existía fermento entre los soldados, pero no se advertía lo mismo entre los trabajadores"; no obstante, suponía que era necesario oponer resistencia al Gobierno. La manifestación se acordó por último para el domingo, 10 de junio. Los transaccionistas estaban alarmados, y en nombre del Congreso prohibieron la manifestación. Los bolcheviques se sometieron. Pero, asustados de la mala impresión que su propio veredicto causó entre las masas, el propio Congreso convocó una manifestación general para el 18 de junio. El resultado fue inesperado: todas las fábricas y todos los regimientos se presentaron con letreros bolcheviques. Aquello fue un rudo golpe para la autoridad del Congreso. Los trabajadores y los soldados de la capital se dieron cuenta de su propio poder. Dos semanas más tarde intentaron hacerlo efectivo. Así se desarrollaron los "días de julio", lindero el más importante entre las dos revoluciones.

El 4 de mayo escribía Stalin en Pravda: "La Revolución crece en anchura y profundidad... Las provincias marchan a la cabeza del movimiento. Así como Petrogrado iba delante en los primeros días de la Revolución, ahora comienza a quedarse rezagado." Exactamente dos meses después, los "días de julio" demostraban que las provincias iban muy a la zaga de Petrogrado. Lo que Stalin tenía presente al escribir así eran las organizaciones, no las masas. "Los Soviets de la capital -observaba Lenin ya en la Conferencia de abril- dependen políticamente más del Gobierno central burgués que los Soviets provinciales." Mientras que el Comité ejecutivo Central trataba con todas sus fuerzas de concentrar el poder en manos del Gobierno, los Soviets provinciales, constituidos por mencheviques y essars, en muchos casos se incautaron de los gobiernos locales contra la voluntad de éstos, y aun intentaron regular la vida económica. Pero el "atraso" de las instituciones soviéticas en la capital obedecía al hecho de que el proletariado de Petrogrado había ido tan lejos, que el radicalismo de sus peticiones asustaba a los demócratas pequeñoburgueses. Cuando se discutía el asunto de la manifestación de julio, Stalin argüía que los trabajadores no tenían deseos de refriega. Este argumento quedó desmentido por los mismos días de julio, en que, desafiando la proscripción de los transaccionistas y aun las advertencias del Partido bolchevique, el proletariado se volcó en las calles, dando el hombro a la guarnición. Ambos errores de Stalin son característicos suyos, sin duda alguna: no respiraba el ambiente de lo s mítines obreros, no estaba en contacto con las masas ni confiaba en ellas. La información le llegaba a través de la máquina. Pero las masas eran incomparablemente más revolucionarias que el Partido, que, a su vez, lo era más que sus hombres de Comité. Como en otras ocasiones, Stalin expresaba las inclinaciones conservadoras de la máquina del Partido, y no la fuerza dinámica de las masas.

A primeros de julio, Petrogrado estaba ya por completo de parte de los bolcheviques. Informando al nuevo embajador francés de la situación actual de la capital, el periodista Claude Anet señalaba por encima del Neva hacia el distrito de Viborg, donde estaban concentradas las fábricas más importantes: "Allí, Lenin y Trotsky son los amos. Los regimientos de la guarnición eran bolcheviques o vacilaban en la misma dirección. Si Lenin y Trotsky quisieran apoderarse de Petrogrado, ¿quién podría impedírselo?" Tal pintura de la situación era justa. Pero aún no era posible tomar el poder porque, a pesar de lo que Stalin había escrito en mayo, las provincias estaban a gran distancia detrás de la capital.

El 2 de julio, en la Conferencia bolchevique de todas las ciudades rusas, donde Stalin representaba al Comité Central, dos soldados de ametralladoras aparecieron muy excitados declarando que sus regimientos habían acordado salir a la calle inmediatamente, armados por completo. La Conferencia se pronunció contra tal decisión. Stalin, en nombre del Comité Central, sostuvo este parecer de la Conferencia. Trece años después, Pestkovsky, uno de los colaboradores de Stalin y oposicionista contrito, recordaba esta conferencia. "Allí conocí a Stalin. El local en que se celebraba la Conferencia no podía albergar a todos los concurrentes; parte del público seguía el curso de los debates desde el pasillo, a través de la puerta abierta. Yo estaba entre aquella parte del público, y, por consiguiente, no pude oír el informe muy bien... Stalin intervino en nombre del Comité Central. Como hablaba en voz baja, no percibí gran cosa de lo que dijo desde mi sitio del

pasillo. Pero sí me di cuenta de una cosa: cada frase de Stalin era tajante y rotunda, y sus declaraciones se distinguían por la claridad con que las formulaba..."

Los miembros de la Conferencia se separaron y fueron a sus regimientos y fábricas para disuadir a las masas de una manifestación pública. "Alrededor de las cinco -informaba Stalin después del suceso-, en la sesión del Comité Ejecutivo Central, declaré, oficialmente, en nombre suyo en la Conferencia, que decidíamos no salir." No obstante, la manifestación se efectuaba alrededor de las seis. "¿Tenía el Partido derecho a lavarse las manos... y quedar al margen...? Como Partido del proletariado, debimos haber intervenido en su manifestación pública y haberle dado un carácter pacífico y organizado, sin tender a una toma del poder por las armas." Algo más tarde, dijo Stalin en un Congreso del Partido, a propósito de los días de julio: "El Partido no deseaba la manifestación; el Partido deseaba dar tiempo a que la política de la ofensiva en el frente se desacreditara. Sin embargo, hubo manifestación, provocada por el caos en que se hallaba el país, por las órdenes de Kerensky y por el envío de destacamentos al frente." El Comité Central decidió dar a la manifestación un carácter pacífico. "A la cuestión planteada por los soldados de si era permisible salir con armas, el Comité Central contestó que no. Pero los soldados replicaron que no podían salir desarmados..., que llevarían las armas solamente para su propia defensa."

Sobre este punto, sin embargo, nos encontramos con el enigmático testimonio de Dyemyan Byendy. En un tono muy alborozado, el laureado poeta dijo en 1929 que en las oficinas de Pravda llamaron a Stalin por teléfono desde Kronstadt, y éste, respondiendo a lo que le preguntaban, respecto a si saldrían con armas o sin ellas, dijo: "¿Fusiles...? ¡Vosotros sabréis! Los oficinistas siempre llevamos encima nuestras armas, los lápices, adonde quiera que vamos. ¡En cuanto a vosotros y vuestras armas, es cosa vuestra...!" Probablemente, el lance está estilizado; pero se percibe un grano de verdad en ello. Por lo general, Stalin se sentía inclinado a menospreciar la disposición de los trabajadores y los soldados a luchar: siempre recelaba de las masas. Pero tan pronto estallaba una trifulca, fuese en una plaza de Tiflis, en la cárcel de Bakú o en las calles de Petrogrado, invariablemente se inclinaba a darle el carácter de máxima violencia posible. ¿La decisión del Comité Central? Podía perfectamente volverse del revés por medio de la palabra de los lápices. Con tondo, no debe exagerarse la importancia de aquel episodio. La pregunta procedía sin duda del Comité Central del Partido de Kronstadt. En cuanto a los marineros, habrían salido armados de todos modos.

Sin degenerar en insurrección, los días de julio traspasaron el marco de una simple manifestación. Hubo disparos de provocación desde ventanas y tejados. Se produjeron algunos choques armados sin plan ni finalidad, pero con muchos muertos y heridos. Los marineros de Kronstadt se apoderaron accidentalmente a medias de la fortaleza de Petropavlosk y el palacio de Taurid estuvo sitiado. Los Bolcheviques demostraron ser los dueños de la situación, pero deliberadamente repudiaron la insurrección como una aventura. "Podríamos haber tomado el Poder el 3 y el 4 de julio -dijo Stalin en la Conferencia de Petrogrado-. Pero contra nosotros se hubieran levantado los frentes, las provincias, los Soviets. Sin el apoyo en las provincias, nuestro Gobierno hubiera estado sin manos ni pies." Falto de una finalidad inmediata, el movimiento fue extinguiéndose. Los trabajadores volvieron a sus fábricas y los soldados a sus cuarteles. Quedaba el problema de

la fortaleza de Petropavlosk, que seguía ocupada por los kronstadtitas. "El Comité Central me envió como delegado a la fortaleza -ha dicho Stalin-, donde pude convencer a los marineros presentes para que rehuyesen el combate... Como representante del Comité Ejecutivo Central, fui con Bogdanov (menchevique) a ver a Kozmin (oficial comandante). Estaba preparado a luchar... Le persuadimos a que no recurriese a la fuerza... Era evidente para mí que el ala derecha quería sangre para dar una "lección" a los trabajadores, soldados y marineros. Pero pudimos malograr sus deseos." Stalin logró desempeñar con éxito su delicada misión sólo porque no era una figura odiosa a los ojos de los transaccionistas: el odio de éstos se dirigía hacia otras personas. Además, era capaz como nadie de adoptar en tales negociaciones el tono de un bolchevique moderado, que huía de los excesos y propendía a la transigencia. Seguramente, nada dijo de su consejo a los marineros, a propósito de "los lápices".

A pesar de la evidencia de los hechos, los transaccionistas calificaron la manifestación de julio de sublevación armada, y acusaron a los bolcheviques de conspirar. Cuando el movimiento había pasado ya, llegaron del frente tropas reaccionarias. En la Prensa se publicaron noticias basadas en los "documentos" del ministro de Justicia, Pereverzev, según los cuales Lenin y sus colaboradores eran colaboradores declarados del Estado Mayor alemán. Comenzaron días de calumnia, persecuciones y tumulto. Las oficinas de Pravda fueron destruidas. Las autoridades promulgaron una orden de detención contra Lenin, Zinoviev y otros responsables de la "insurrección". Los burgueses y los transaccionistas, en su Prensa, pedían, amenazadores, que los culpables se entregaran en manos de la justicia. Hubo conferencias en el Comité Central de los bolcheviques: ¿Comparecería Lenin ante las autoridades, para dar franca batalla a los calumniadores, o era mejor que se ocultase? ¿Llegaría el asunto hasta un Consejo de Guerra? No faltaron los titubeos, inevitables en medio de una solución de continuidad tan brusca en la situación.

La cuestión de quién "salvó" a Lenin en aquellos días y quién deseaba "hundirle" ocupa no poco espacio en la literatura soviética, Dyemyan Bynedy dijo hace algún tiempo que acudió precipitadamente con un coche a ver a Lenin, diciéndole que no imitara a Cristo "entregándose por sí mismo a sus enemigos". BronchBruyevich, el ex gerente del Sovnakon (Consejo de Comisarios del Pueblo), contradijo en absoluto a su amigo, diciendo en la Prensa que Dyemyan Byedny pasó aquellas horas críticas en su residencia campestre de Finlandia. La alusión a que el honor de haber convencido a Lenin "correspondía a otros camaradas", indica claramente que Bronch se vio obligado a molestar a su buen amigo para dar satisfacción a alguien más influyente.

En sus Memorias, dice Krupskaia: "El 7 de julio visité a Ilich en su habitación del piso de los Alliluyev, en compañía de María Ilinichna (la hermana de Lenin). En aquel preciso momento Ilich estaba indeciso. Exponía un argumento tras otro en pro de la necesidad de comparecer en juicio. María Ilinichna le contradijo con vehemencia. "Gregory Zinoviev y yo hemos decidido presentarnos. Ve a decírselo a Kamenev", me dijo Ilich. Lo hice apresuradamente. "Despidámonos -me dijo Vladimiro Ilich-, es posible que no nos volvamos a ver." Nos despedimos. Fui a ver a Kamenev y le di el mensaje de Vladimiro

Ilich. Por la noche, Stalin y otros disuadieron a Ilich de presentarse, y así le salvaron la vida."

Ordzhonikidze ha descrito con más detalle estas horas de prueba. "Comenzó la furiosa caza de nuestros dirigentes... Algunos camaradas sostenían el punto de vista de que Lenin no debía ocultarse, sino comparecer... Así razonaban muchos bolcheviques prominentes. Encontré a Stalin en el palacio Taurid. Fuimos juntos a ver a Lenin..." Lo primero que salta a la vista es el hecho de que en aquellos momentos en que se desarrollaba "una furiosa caza de los dirigentes del Partido", Ordzhonikidze y Stalin se encontraran tranquilamente en el palacio Taurid, cuartel general enemigo, y salieran de allí sin quebranto. El mismo argumento se reprodujo en el piso de Alliluyev: ¿Entregarse o esconderse? Lenin suponía que no se le juzgaría en público. Más categórico que los demás contra la presentación se manifestó Stalin: "Los junkers (cadetes de la Academia Militar) no le llevarán siquiera a la cárcel, le matarán en el camino..." En aquel momento llegó Stassova y les informó de un nuevo rumor: de que Lenin, según los informes del Departamento de Policía, era un agente provocador. "Aquellas palabras produjeron en Lenin una profundísima impresión. Contrajo nerviosamente el rostro y declaró categóricamente que debía ir a la cárcel." Ordzhonikidze y Nogin fueron enviados al palacio Taurid para tratar de arrancar de los partidos del Gobierno la garantía de que Ilich no sería linchado... por los junkers. Pero los espantados mencheviques estaban buscando garantías para ellos mismos. Stalin, por su parte, informó en la Conferencia de Petrogrado: "Personalmente, planteé la cuestión de hacer una declaración a Lieber y Anisinov (mencheviques, miembros del Comité Ejecutivo Central del Soviet), y ellos replicaron que no podían dar garantías de ningún género." Después de esa tentativa en el campo enemigo, se decidió que Lenin abandonara Petrogrado y se ocultase con toda seguridad. "Stalin se encargó de organizar la partida de Lenin."

La razón que asistía a los adversarios de la entrega de Lenin a las autoridades se demostró más tarde por el relato del jefe de las tropas, general Polovtsev. "El oficial enviado a Terioki (Finlandia) con la misión de capturar a Lenin me preguntó si deseaba recibir a aquel caballero en una sola pieza o en varias... Le contesté sonriendo que los detenidos suelen tratar de huir." Para los organizadores de intrigas judiciales, no se trataba en aquel caso de hacer "justicia", sino de atrapar a Lenin y darle muerte, dos años más tarde hicieron en Alemania con Karl Liebnecht y Rosa Luxemburgo. Stalin estaba aún más convencido que los otros de lo inevitable de una sangrienta represalia; tal solución concordaba en absoluto con su propio modo de pensar. Además, estaba lejos de inquietarse por lo que dijese la "opinión pública". Otros, incluso el mismo Lenin y Zinoviev, vacilaban. Nogin y Lunacharsky se pusieron en contra de la entrega en el curso del día, después de haber sido partidarios de ella al principio. Stalin se mantuvo con más tenacidad que los otros, y demostró estar en lo cierto.

Veamos ahora lo que el postrer historiógrafo soviético ha hecho de este episodio dramático. "Los mencheviques, los essar y Trotsky, que luego se convirtió en un bandido fascista -dice una publicación oficial de 1938-, pedían que Lenin compareciese voluntariamente en juicio. También pensaban lo mismo los que más tarde se han revelado como enemigos del pueblo, los mercenarios fascistas Kamenev y Rikov. Stalin les hizo

frente con tesón", etc. En realidad, personalmente no intervine en aquellas conferencias, pues en aquellos momentos yo me tuve que ocultar también. El 10 de julio me dirigí por escrito al Gobierno de los mencheviques y los essars, declarando mi completa solidaridad con Lenin, Zinoviev y Kamenev, y el 22 de julio fui detenido. En una carta a la Conferencia de Petrogrado, Lenin consideraba necesario hacer constar particularmente que "durante los difíciles días de julio (Trotsky) supo estar a la altura de la situación". Stalin no fue detenido, ni aun formalmente inculpado en este caso, por la sencilla razón de que políticamente no existía por lo que afectaba a las autoridades y a la opinión pública. Durante la enconada persecución contra Lenin, Zinoviev, Kamenev, el que esto escribe y otros, Stalin apenas fue objeto de mención en la Prensa, auque era redactor de Pravda y firmaba sus artículos. Nadie prestaba la más mínima atención a estos artículos, ni se interesaba por su autor.

Lenin se escondió primero en casa de Alliluyev, y luego fue a Sestroretsk, donde vivió con el trabajador Emelyanov, en quien tenía plena confianza, y a quien se refiere con respeto, sin mencionar su nombre, en uno de sus artículos. "Cuando Vladimiro Ilich partió para Sestroretsk (la noche del 11 de julio), el camarada Stalin y yo -relata Alliluyev- le acompañamos a la estación de Sestroretsk. Durante su estancia en la tienda de Razliv, y después en Finlandia, Vladimiro Ilich enviaba notas a Stalin por mediación mía de vez en cuando. Las notas me llegaban a casa; y como había que contestarlas inmediatamente, Stalin vino a vivir con nosotros en agosto y ocupó la misma habitación en que había estado oculto Vladimiro Ilich durante los días de julio." Allí, por lo visto, conoció a su futura mujer, Nadezhda (Esperanza), hija de Alliluyev, una adolescente a la sazón. Otro de los activistas bolcheviques veteranos, Rahia, finés rusificado, refirió en letras de molde cómo Lenin le encargó en cierta ocasión de "llevarle a Stalin la siguiente noche. Me dijo que le encontraría en la redacción de Pravda. Estuvieron hablando largo rato". Con Krupskaia, Stalin fue durante aquella temporada un importante instrumento de enlace entre el Comité Central y Lenin, quien indudablemente confiaba en él por completo como conspirador precavido. Por otra parte, todo contribuía de un modo natural a confiarle tal misión: Zinoviev estaba oculto, Kamenev y yo en presidio, y Sverdlov encargado de la labor organizadora. Stalin tenía más libertad que otros, y no era tan conocido de la Policía.

Durante el período de reacción que siguió al movimiento de julio, el papel de Stalin creció considerablemente en importancia. Pestkovsky escribía en sus Memorias apologéticas, a propósito de las actividades de Stalin durante el verano de 1917: "Las masas obreras de Petrogrado no conocían apenas a Stalin entonces. Ni él buscaba tampoco la aclamación popular. Como no tenía aptitudes de orador, evitaba intervenir en mítines de masa. Pero no había Conferencia del Partido ni reunión organizadora seria que transcurriera sin un discurso político de Stalin. Por eso los activistas del Partido le conocían bien. Cuando se suscitó la cuestión de presentar candidatos bolcheviques de Petrogrado para la Asamblea Constituyente, los activistas del Partido le propusieron en uno de los primeros puestos." El nombre de Stalin en la lista de Petrogrado figuraba en sexto lugar... Todavía en 1936, para explicar por qué Stalin no gozaba de popularidad, seguía juzgándose necesario advertir que carecía de "talento retórico". Hoy, semejante expresión sería totalmente inadmisible. Stalin ha sido proclamado ídolo de los trabajadores de Petrogrado y orador clásico. Pero es cierto que, aún no presentándose ante las masas, Stalin, en compañía de

Sverdlov, desempeñaron en julio y agosto una labor de suma responsabilidad en la oficina central, en reuniones y conferencias, en contactos con el Comité de Petrogrado, etc.

En cuanto al director del Partido durante aquel lapso, Lunacharsky escribía en 1923: "...Hasta los días de julio, Sverdlov estuvo, por decirlo así, en la oficina central de los bolcheviques, encargado de todo, con Lenin, Zinoviev y Stalin. Durante los días de julio se puso a la cabeza." Así es la verdad. En medio de la dura ofensiva que se abatió sobre el Partido, aquel hombrecillo moreno, con sus lentes, se comportaba como si nada hubiera pasado. Continuó señalando a cada cual su respectiva tarea, animaba a los que lo requerían, daba consejos, y cuando hacía falta, también órdenes. Era el auténtico "secretario general" del año revolucionario, aunque no llevara ese título. Pero era el secretario de un Partido cuyo líder político indiscutible, Lenin, permanecía en la clandestinidad. Desde Finlandia, Lenin escribía artículos, cartas, minutas de resoluciones, sobre las cuestiones políticas fundamentales. Aunque el hecho de hallarse alejado le condujese no raras veces a errores de táctica, ello le permitía definir con tanta mayor seguridad la estrategia del Partido. La dirección cotidiana recaía sobre Sverdlov y Stalin, y sobre los miembros más influyentes del Comité Central que permanecían en libertad. El movimiento de masas, entretanto, había disminuido mucho. La mitad del Partido se había acogido a la ilegalidad. En correspondencia, había crecido la preponderancia de la máquina. Dentro de la máquina, el papel de Stalin se amplió automáticamente. Esta ley rige invariablemente a lo largo de toda su biografía política, y forma, como si dijéramos, su venero principal.

En los días 21 y 22 de julio se celebró en Petrogrado una conferencia de importancia excepcional, que permaneció ignorada de las autoridades y de la Prensa. Después del trágico fracaso de la arriesgada ofensiva, comenzaron a llegar a la capital, cada vez con más frecuencia, delegados del frente, con protestas contra la supresión de libertades en el Ejército y contra la prosecución de la guerra. No fueron admitidos ante el Comité Ejecutivo Central, porque los transaccionistas nada tenían que decirles. Los soldados que venían del frente se conocieron lino unos a otros en los pasillos y en las antesalas, y cambiaban impresiones sobre los magnates del Comité Ejecutivo Central con vigorosas palabras de soldados. Los bolcheviques, que tenían habilidad para introducirse por todas partes, aconsejaron a los enfurecidos delegados que se entrevistasen con los trabajadores, los soldados y los marineros de la capital. La conferencia así provocada reunió a representantes de 29 regimientos del frente, de 90 fábricas de Petrogrado, de marineros de Kronstadt y de varias guarniciones circunvecinas. Los soldados del frente hablaron de la estúpida ofensiva, de la matanza, y de la colaboración entre los comisarios transaccionistas y los oficiales reaccionarios, que se habían vuelto de nuevo arrogantes. Aunque la mayoría de los soldados del frente continuaban considerándose essars, la enérgica resolución propuesta por los bolcheviques se aprobó por unanimidad. Desde Petrogrado, los delegados regresaron a las trincheras como agitadores incomparables para una revolución de trabajadores y campesinos. Podría parecer que los papeles de dirección en la organización de esta notable Conferencia correspondieron a Sverdlov y Stalin.

La Conferencia de Petrogrado, que en vano había intentado disuadir a las masas de manifestarse, se prolongó, después de una larga interrupción, hasta la noche del 20 de julio. El curso de sus actividades arroja considerable luz sobre la labor de Stalin y su puesto en el

Partido. La dirección de organización en nombre del Comité Central corría a cargo de Sverdlov, quien sin pretensiones ni falsa modestia dejó la esfera de las teorías y las cuestiones importantes de política a otros. La conferencia se ocupó principalmente de examinar la situación política derivada del desastre de julio. Volodarsky, miembro prominente del Comité de Petrogrado, declaró al empezar: "En este momento sólo Zinoviev puede informar... Sería bueno oír a Lenin..." Nadie mencionó a Stalin. La Conferencia, interrumpida bruscamente por el movimiento de masas, no se reanudó hasta el 6 de julio. Pero entonces, Zinoviev y Lenin estaban escondidos, y el informe fundamental sobre política correspondió a Stalin, en sustitución de Zinoviev. "A mi parecer -dijo-, de momento, la contrarrevolución nos ha vencido. Estamos aislados, traicionados por los mencheviques y los essars, que se han confabulado..." El punto principal para el informante era la victoria de la contrarrevolución burguesa. Sin embargo, era un triunfo inestable; mientras la guerra continuase, mientras el colapso económico no se hubiera superado, mientras los campesinos no hubieran recibido su parte de tierra, "habría seguramente crisis, las masas se echarán una y otra vez a la calle y, además, tendremos choques violentos. El período apacible de la revolución ha pasado...". De ahí que la consigna: "Todo el Poder para los Soviets", no fuese ya práctica. Los Soviets Transaccionistas habían ayudado a la contrarrevolución burguesa militarista a aplastar a los bolcheviques y a desarmar a los obreros y a los soldados, y de ese modo habían perdido su derecho al Poder. La víspera misma habrían podido apartar al Gobierno provisional con un simple decreto; dentro de los Soviets, los bolcheviques podrían haberse asegurado el Poder en sencillas elecciones parciales. Pero aquello no era ya posible. Ayudada por los transaccionistas, la contrarrevolución se había pertrechado. Los Soviets no eran más que una mera pantalla de la contrarrevolución. ¡Sería bobo pedir el Poder para esos Soviets! "No es la institución lo que importa, sino la política de clase que desarrolle." La conquista pacífica del Poder había dejado de ser cuestión discutible. No cabía ya más que prepararse para un alzamiento armado, que se haría posible tan pronto como los aldeanos más humildes, y con ellos los soldados de los frentes, se aliasen con los trabajadores. Pero esta atrevida perspectiva estratégica iba seguida de una directiva táctica en extremo prudente para el período inmediato. "Nuestra tarea es reunir fuerzas, reforzar las organizaciones ya existentes, y prevenir a las masas contra manifestaciones prematuras: Esta es la línea táctica general del Comité Central."

Aunque muy elemental en la forma, este informe contenía un estudio completo de la situación desarrollada en los últimos días. Los debates agregaron poca cosa al contenido del informe. En 1927, el Consejo de edición de las actas consignaba: "Las proposiciones básicas de este informe se han convenido con Lenin y trazado de acuerdo con el artículo de Lenin, Tres crisis, que aún no ha habido ocasión de editar." Además, los delegados sabían, seguramente por mediación de Krupskaia, que Lenin había escrito tesis especiales para el informante. "El grupo de los asistentes a la conferencia -dicen las actas- solicitó que las tesis de Lenin se hicieran públicas. Stalin manifestó que las tesis no estaban en su poder..." La petición de los delegados era bien comprensible: el cambio de orientación era tan radical que deseaban oír la auténtica voz de su líder. Pero lo que no se comprende es la contestación de Stalin: Si había dejado las tesis en casa, pudo haberlas presentado en la siguiente sesión; sin embargo, las tesis no aparecieron nunca. La impresión así creada fue la

de que se habían sustraído a la Conferencia. Aún es más sorprendente el hecho de que las "tesis de julio", al contrario de todos los demás documentos escritos por Lenin en la clandestinidad, no se hayan publicado hasta la fecha. Como el único ejemplar estaba en posesión de Stalin, es de presumir que las perdiera. Sin embargo, él mismo nada dice de haberlas extraviado. El Consejo de edición mencionó expresamente la suposición de que las tesis de Lenin estuvieran redactadas con sujeción al espíritu de sus artículos Tres crisis y Sobre consignas, escritos antes de la Conferencia, pero publicados después en Kronstadt, donde seguía habiendo todavía libertad de Prensa.

En efecto, una yuxtaposición de textos demuestra que el informe de Stalin no era más que una sencilla exposición de ambos artículos, sin una sola palabra de su propia cosecha. Evidentemente, Stalin no había leído los artículos e ignoraba su existencia; pero se sirvió de las tesis, que eran idénticas a los artículos en cuanto a contenido, y esta circunstancia explica suficientemente por qué el informante "olvidó" llevar las tesis de Lenin a la Conferencia y por qué no se ha conservado el documento. El carácter de Stalin hace esta hipótesis no solamente admisible, sino probable.

Dentro del Comité de la Conferencia, donde se agitaba una furiosa contienda, Volodarsky, que se negó a admitir que la contrarrevolución había logrado un triunfo decisivo en julio, consiguió atraerse a la mayoría. La resolución que salió entonces del Comité no fue ya defendida por Stalin ante la Conferencia, sino por Volodarsky. Stalin no solicitó informe de minoría, ni tomó parte en el debate. Entre los delegados había confusión. Al cabo, la resolución de Volodarsky fue apoyada por 28 delegados contra 3 y 28 abstenciones. El grupo de los delegados de Viborg explicó su abstención por el hecho de que "las tesis de Lenin no se había hecho públicas, y la resolución no había sido defendida por el informante". La alusión a la ocultación indebida de las tesis no puede ser más clara. Stalin nada dijo. Había sufrido una doble derrota, pues además de suscitar descontento ocultando las tesis, no había podido conseguir para ellas mayoría.

En cuanto a Volodarsky, seguía defendiendo en sustancia el esquema bolchevique para la Revolución del año 1905: primero, la dictadura democrática; luego, la inevitable ruptura con el campesinado; y, en el caso de triunfar el proletariado en el Oeste, la lucha por la dictadura socialista. Stalin, con la ayuda de Molotov y de otros varios, defendió la nueva concepción de Lenin: la dictadura del proletariado, con el concurso de los campesinos más pobres, era lo único que podía asegurar la solución de las tareas de la revolución democrática y al mismo tiempo abrir la era de las transformaciones sociales. Stalin tenía razón oponiéndose a Volodarsky, pero no supo demostrarlo. En cambio, al negarse a reconocer que la contrarrevolución burguesa hubiera ganado una victoria decisiva, Volodarsky demostró estar más en lo cierto que Lenin y Stalin. Aquel debate estaba destinado a reproducirse en el Congreso del Partido varios días después. La Conferencia terminó aprobando una proclama escrita por Stalin: "A todos los trabajadores", que decía, entre otras cosas: "... Los corrompidos mercenarios y cobardes calumniadores osan acusar abiertamente a los dirigentes de nuestro Partido de "traición...". ¡Nunca como ahora han sido los nombres de nuestros dirigentes tan queridos y tan familiares a la clase trabajadora como en este momento, en que la imprudente chusma burguesa lanza contra ellos fango! Aparte Lenin, las principales víctimas de la persecución y de la calumnia eran

Zinoviev, Kamenev v el que esto escribe. Estos nombres eran especialmente caros a Stalin "cuando la chusma burguesa" lanzaba fango contra ellos.

La Conferencia de Petrogrado fue como una especie de ensayo general para el Congreso del Partido que se reunió el 27 de julio. Por entonces, casi todos los Soviets del distrito de Petrogrado estaban en manos de los bolcheviques. En los centros de los Sindicatos, lo mismo que en los Comités de fábricas y almacenes, la influencia de los bolcheviques había llegado a dominar. Los preparativos de organización del Congreso estaban concentrados en manos de Sverdlov. La preparación política derivaba de Lenin, desde su escondite ilegal. En las cartas al Comité Central y publicadas en la Prensa bolchevique, que comenzaba a publicarse de nuevo, dilucidaba la situación bajo diversos aspectos. él fue quien redactó las minutas de las resoluciones fundamentales para el Congreso, pesando con cuidado todos los razonamientos en entrevistas efectuadas clandestinamente con los diversos informantes.

El Congreso se denominó de "Unificación", porque en él había de tener lugar la fusión en el Partido de la organización común a los distritos de Petrogrado (Mezhrayonnaya), a la que pertenecían Joffe, Uritsky, Ryazanov, Lunacharsky, Pokrovsky, Manuilsky, Yurenev, Karajan y el autor, así como otros revolucionarios que de un modo u otro se incorporaron a la historia de la Revolución soviética. "Durante los años de la guerra -dice una nota de pie de página en las obras de Lenin-, los de la organización interdistritos (Mezhrayontsy) estuvieron muy en contacto con el Comité bolchevique de San Petersburgo." En la época del Congreso, la organización sumaba unos cuatro mil trabajadores.

Noticias del Congreso, que se reunió semilegalmente en dos diferentes distritos obreros, se publicaron en los periódicos. En los círculos gubernamentales se habló de disolverlo. Pero, al llegar a los hechos, Kerensky decidió que era mejor dejar tranquilo el distrito de Viborg. En cuanto al público en general, no conocía a los organizadores del Congreso. Entre los bolcheviques asistentes al mismo, que después se hicieron famosos, se cuentan Sverdlov, Bujarin, Stalin, Molotov, Vorochilov, Ordzhonikidze, Yurenev, Manuilsky... La mesa presidencial estaba formada por Sverdlov, Olmisky, Lomov, Yurenev y Stalin. Aun así, con las figuras más destacadas del bolchevismo ausentes, figura Stalin en último lugar. El Congreso resolvió enviar saludos a "Lenin, Trotsky, Zinoviev, Lunacharsky, Kamenev, Kollontai y a todos los demás camaradas detenidos o perseguidos". Estos fueron elegidos para la presidencia de honor. La edición de 1938 sólo registra la elección de Lenin.

Sverdlov informó sobre la labor de organización del Comité Central. Desde la Conferencia de abril, el Partido había aumentado de 80.000 a 240.000 miembros, es decir, había triplicado la cifra. Este crecimiento bajo los golpes de julio, era reconfortante. Asombrosa por su insignificancia era la circulación conjunta de la Prensa bolchevique: ¡sólo 320.000 ejemplares para un país tan inmenso! Pero la exaltación revolucionaria es eléctrica: las ideas bolcheviques se abrieron paso en la conciencia de millones.

Stalin repitió dos de sus informes, sobre la actividad política del Comité Central y sobre el estado del país. Refiriéndose a las elecciones municipales, en las que los bolcheviques lograron alrededor del veinte por ciento de los votos en la capital, Stalin manifestó: "El Comité Central... hizo lo posible por luchar, no sólo contra los cadetes, fuerza de la contrarrevolución, sitio también contra los mencheviques y los essars, quienes de grado o por fuerza iban a la zaga de los cadetes." Mucha agua había pasado por el puente desde los días de la Conferencia de marzo, cuando Stalin había considerado a mencheviques y essars como parte de "la democracia, revolucionaria" y confiando en los cadetes para "consolidar" las conquistas de la Revolución.

Contra la costumbre, las cuestiones relativas a la guerra, al patriotismo socialista, al colapso de la II Internacional y a los grupos dentro del socialismo mundial, se excluyeron del informe político y se confiaron a Bujarin, ya que Stalin no sabía desenvolverse en materia de política internacional. Bujarin manifestó que la campaña por la paz mediante "presión" sobre el Gobierno provisional y los otros Gobiernos de la Entente había resultado infructuosa por completo, y que solo la caída del Gobierno provisional podía traer consigo un modo rápido de liquidar democráticamente la guerra. Después de intervenir Bujarin, Stalin hizo un informe sobre las tareas del Partido. Los debates versaron conjuntamente sobre amos informes, aunque pronto se advirtió que los dos informantes no se hallaban de acuerdo.

"Algunos camaradas han opinado -decía Stalin- que porque el capitalismo está poco desarrollado en nuestro país es una utopía plantear el problema de la revolución socialista. Hubieran tenido razón de no haber habido guerra, ni desplome, de no haberse desmoronado hasta los cimientos mismos de la economía nacional. Pero hoy, esas cuestiones de intervención en la esfera económica se plantean en todos los países como cuestión imperativa..." Además, "en ninguna parte tenían los trabajadores organizaciones tan vastas como los Soviets... Todo esto excluye la posibilidad de que las masas obreras renuncien a intervenir en la vida económica. Ahí radica el fundamento realista para plantear la cuestión de la revolución socialista en Rusia."

Durante los debates, Bujarin trató en parte de defender el viejo esquema bolchevique: en la primera revolución, el proletariado ruso marcha unido con el campesino, en nombre de la democracia; en la segunda revolución, unido con el proletariado de Europa, en nombre del socialismo. "¿Cuál es el sentido de la perspectiva de Bujarin? -replicó Stalin-. Según él estamos trabajando por una revolución campesina durante la primera fase. Pero eso... no puede menos de coincidir con la revolución de los trabajadores. Es imposible que la clase obrera, vanguardia de la revolución, deje de combatir, además, por sus propias reivindicaciones. Por eso considero el esquema de Bujarin inconsistente." Esto era rigurosamente cierto. La revolución campesina no podía ganar sino colocando al proletariado en el Poder. El proletariado no podía tomarlo sin iniciar la revolución socialista. Stalin empleó contra Bujarin las mismas reflexiones que, expuestas por primera vez en los comienzos de 1905, fueron calificadas de "utópicas" hasta abril de 1917. Pero a los pocos años, Stalin habría de olvidar tales argumentos por él defendidos en el VI Congreso; en su lugar, juntamente con Bujarin habría de revivir la fórmula de la "dictadura

democrática", que desempeñaría importante papel en el programa del Komintern y tendría una influencia fatal en el movimiento revolucionario de China Y de otros países.

En una publicación de 1938, relativa al VI Congreso, leemos: "Lenin, Stalin, Sverdlov, Dzerzhinsky y otros, fueron elegidos miembros del Comité Central." Sólo tres difuntos se citan al lado de Stalin. Sin embargo, las actas del Congreso nos informan que se eligieron 21 miembros y 10 suplentes para el Comité Central. Por la semiilegalidad en que se hallaba el Partido, los nombres de las personas elegidas por voto secreto, no se dieron a conocer en el Congreso, con excepción de los cuatro que obtuvieron el número mayor de votos, Lenin, 133 de un posible 134; Zinoviev, 132; Kamenev, 131. Además, fueron elegidos los siguientes: Nogin, Kollontai, Stalin, Sverdlov, Rikov, Bobnov, Artem, Uritsky, Milutin, Berzin, Dzerzhinsky, Kerestinsky, Muranov, Smilga, Sokolnikov y, Sha'umyan. Los nombres se han ordenado según el número de votos recibidos. Los de ocho suplentes, a saber: Lomov, Joffe, Strassova, Yakovieva, Dzhaparidze, Kisselev, Preobrazhenky y Skrypink, se han podido reconstituir definitivamente.

El Congreso terminó sus sesiones el 3 de agosto. Al siguiente día salió de la cárcel Kamenev. Desde entonces, no sólo habló regularmente en instituciones soviéticas, sino que ejerció una influencia inconfundible sobre la política general del Partido y sobre la personalidad de Stalin. Aunque en diverso grado ambos se habían adaptado a la nueva línea, no les era fácil liberarse de sus propios hábitos mentales. Siempre que podía, Kamenev redondeaba las agudas aristas de la política de Lenin. Stalin no hacía objeciones; sencillamente se mantenía a cubierto de posibles daños. Un conflicto abierto surgió corno resultado de la Conferencia socialista de Estocolmo, convocada a la iniciativa de los socialdemócratas alemanes. Los patriotas transaccionistas rusos, inclinados a agarrarse a un clavo ardiendo, vieron en aquella Conferencia una oportunidad excelente para "luchar por la paz". Pero Lenin, que había sido acusado de inteligencia con el Estado Mayor alemán, se declaró resueltamente opuesto a toda participación en tal empresa, patrocinada sin posible duda por el Gobierno alemán. En la sesión del Comité Ejecutivo Central del 6 de agosto, Kamenev se manifestó partidario de intervenir en la Conferencia. Stalin no pensó siquiera en defender la posición del Partido en el Proletariom (que era entonces el nombre de Pravda); lejos de eso, retuvo sin publicar un enérgico artículo de Lenin contra Kamenev, que no apareció sino diez días más tarde, y sólo por insistentes demandas de su autor, reforzadas por su apelación a otros miembros del Comité Central. Sin embargo, aun entonces, Stalin no se puso francamente de parte de Kamenev.

Inmediatamente después de la liberación de Kamenev, el ministro democrático de Justicia hizo correr un rumor que le acusaba de mantener ciertas relaciones con la policía secreta del zar. Kamenev solicitó una investigación. El Comité Central encargó a Stalin "discutir con Gotz (uno de los dirigentes essars) el caso de Kamenev". Ya en otras ocasiones se le habían confiado gestiones análogas: "discutir con el menchevique Bogdanov el caso de los kronstadtitas", "discutir" con el menchevique Anissimov el asunto de las garantías para Lenin. Como permanecía detrás del escenario, Stalin estaba mejor situado que otros para toda clase de misiones escabrosas. Además, el Comité Central siempre estaba seguro de que discutiendo con adversarios, Stalin no se dejaría engañar por nadie.

"El silbido de reptil de la contrarrevolución -escribía Stalin el 13 de agosto, refiriéndose a la calumnia contra Kamenev- va haciéndose oír otra vez. La odiosa serpiente de la reacción proyecta de nuevo sus venenosos colmillos desde detrás de la esquina. Y después de morder, volverá a recogerse en su tenebroso cubil...", y así, sucesivamente, en el estilo de los "camaleones" de Tiflis. Pero el artículo es interesante, no sólo por su estilo. "La infame añagaza, la bacanal de mentiras y calumnias, la desvergonzada defraudación, el fraude y la falsificación de baja estofa -continuaba el autor- alcanzan proporciones hasta ahora desconocidas en la historia... Al principio trataron de manchar a las probadas figuras revolucionarias con el dictado de espías alemanes, y, visto su fracaso, pretenden convertirlos ahora en espías zaristas. Así intentan estigmatizar a quienes llevan dedicando toda su vida consciente a la causa de la lucha revolucionaria contra el régimen zarista... como lacayos del zarismo... La intención política de todo ello es evidente: los jefes de la contrarrevolución están decididos a toda costa a incapacitar a Kamenev y a extirparlo en su calidad de uno de los líderes reconocidos del proletariado revolucionario." Es una pena que este artículo no figurase en el material del fiscal Vichinsky durante la causa contra Kamenev en 1936.

La reanimación del movimiento de masas y la vuelta a la actividad de los miembros del Comité Central que habían estado temporalmente alejados de ella, naturalmente desalojó a Stalin de la posición de prominencia en que había permanecido durante el Congreso de julio. Desde entonces, sus actividades se desenvolvieron en la oscuridad, desconocido de las masas, inadvertido por el enemigo. En 1924, la Comisión de historia del Partido publicó una copiosa crónica de la Revolución en varios volúmenes. Las 422 páginas del IV tomo, que tratan de agosto a septiembre, registran todos los sucesos, ocurrencias, disputas, resoluciones, discursos, artículos, etc., que en algún sentido merecen anotarse. Sverdlov, entonces prácticamente desconocido, aparece citado tres veces en dicho volumen; Kamenev, 46 veces; yo, que estuve todo el mes de agosto y los primeros días de septiembre preso, 31 veces; Lenin, que estaba oculto, 16 veces; Zinoviev, que compartió la suerte de Lenin, 6 veces; Stalin no se menciona una sola vez. Su nombre no se incluye siquiera en el índice de 500, aproximadamente, que lleva el libro. En otras palabras, en el transcurso de aquellos dos meses, la Prensa no se ocupó de nada de cuanto hiciera, ni de un solo discurso que pronunciara, y ni uno solo de los participantes más o menos destacados en los acontecimientos de aquellos días le nombró siquiera una vez.

Afortunadamente, es posible seguir el papel de Stalin en la vida del Partido, o más bien de su plana mayor, examinando más o menos detenidamente las actas del Comité Central relativas a siete meses (agosto de 1917 a febrero de 1918), pues se han conservado, aunque ciertamente incompletas. Durante la ausencia de los dirigentes políticos, Milutin, Smilga, Glebov, figuras de escasa influencia, pero más aptas para presentarse en público que Stalin, actuaban como delegados en conferencias y congresos. El nombre de Stalin rara vez suena en decisiones del Partido. Uritsky, Sokolnikov y Stalin fueron delegados para organizar un Comité de elecciones a la Asamblea Constituyente. Los mismos tres recibieron encargo de redactar la "resolución de la Conferencia de Estocolmo". Stalin fue delegado para negociar con una imprenta acerca de la reaparición del órgano central. También figuró en otro Comité para redactar una resolución, etc. Después del Congreso de julio, se aprobó una moción de Stalin para organizar el trabajo del Comité Central con

sujeción al principio de "estricta asignación de funciones". Sin embargo, tal moción fue más fácil de aprobar que de llevar a la práctica: la marcha de los acontecimientos hizo que continuaran confundidas las funciones y trastocadas las decisiones. El 2 de septiembre el Comité Central designó Consejos le redacción para el semanario y el diario, y en ambos figuraba Stalin. El 6 de septiembre (después de salir yo de la cárcel), Stalin y Riazanov fueron sustituidos en el Consejo de redacción del periódico teórico por Kamenev y por mí. Pero aquella decisión no pasó tampoco de las actas. En realidad, ambas publicaciones no editaron más que un número cada una, y el Consejo de redacción efectivo fue distinto por completo del designado.

El 5 de octubre, el Comité Central nombró un Comité para redactar un esbozo de programa del Partido con destino a la Convención inmediata. Componíamos aquel Comité, Lenin, Bujarin, yo, Kamenev, Sokolnikov y Kollontai. Stalin no fue incluido en él, no porque hubiese oposición a su candidatura, sino simplemente porque a nadie se le ocurría su nombre cuando se trataba de redactar un documento teórico del Partido de gran importancia. Pero el Comité de programas no se reunió ni una sola vez. Había tareas muy distintas en el orden del día. El Partido venció en la insurrección y llegó al Poder sin un programa definido. Aun en las cuestiones puramente de Partido, los acontecimientos no encontraron siempre gente a la altura de la perspicacia y de los planes de la jerarquía del Partido. El Comité Central designaba Consejos de redacción, Comités, grupos de tres, de cinco, de siete, que, antes de poder reunirse, quedaban desbaratados por nuevos sucesos, y cada cual se olvidaba de lo resuelto el día anterior. Además, por razones de conspiración, las actas se mantenían bien escondidas, y nadie hacía a ellas la menor alusión.

Algo extrañas eran las ausencias de Stalin, relativamente frecuentes. Faltó seis veces en veinticuatro sesiones del Comité Central, durante agosto, septiembre y la primera semana de octubre. La lista de participantes en otras sesiones, no aparece. Esta falta de puntualidad, es tanto más inexcusable en Stalin cuanto que no intervino en la labor del Soviet y de su Comité Ejecutivo Central, ni habló nunca en reuniones públicas. Evidentemente, él no daba entonces a su propia participación en las sesiones del Comité Central la importancia que hoy se le atribuye. En varios casos, su ausencia se explica, sin duda, por susceptibilidad e irritación: siempre que no puede imponer su criterio se siente inclinado a pasar el berrinche escondido y pensando en el desquite. Es de interés el orden en que se reseña en las actas la asistencia de los miembros del Comité Central: 13 de septiembre: Trotsky, Kamenev, Stalin, Sverdlov y otros; 15 de septiembre: Trotsky, Kamenev, Rikov, Nogin, Stalin, Sverdlov y otros; 20 de septiembre: Trotsky, Uritskl, Bubnov, Bujarin y otros (Stalin y Kamenev, ausentes); 21 de septiembre: Trotsky, Kamenev, Stalin, Sokolnikov y otros; 23 de septiembre: Trotsky, Kamenev, Zinoviev, etc. (Stalin, ausente). El orden de los nombres no estaba regulado, naturalmente, en ocasiones, se alteraba. Pero no es casual, especialmente cuando se considera que en el período anterior el nombre de Stalin, figuraba a veces en primer término. Claro es que éstas son cuestiones triviales. Pero nada de más importancia puede encontrarse con relación a Stalin; además, estas menudencias reflejan imparcialmente la vida diaria del Partido y el lugar que en ella ocupaba Stalin.

Cuanto mayor campo abarcaba el movimiento, más pequeña era la posición de Stalin dentro de él, y más difícil que destacase entre los miembros habituales del Comité Central. En octubre, el mes decisivo del año decisivo, Stalin descolló aún menos que de ordinario. El Comité Central truncado, su única base sustancial, estuvo exento de confianza en sí mismo durante esos meses. Sus decisiones quedaban con demasiada frecuencia anuladas por la iniciativa de fuera. En junto, la máquina del Partido no se vio nunca firmemente cimentada en el torbellino revolucionario. Cuanto más amplia y profunda era la influencia de las consignas bolcheviques, tanto más difícil era para los hombres del Comité captar el movimiento. A medida que los Soviets iban cayendo bajo la influencia del Partido, la máquina iba quedándose más falta de sitio. ésa es una de las paradojas de la revolución.

Transfiriendo a 1917 situaciones que cristalizaron, mucho después, cuando las aguas de la marea habían refluido a su cauce, muchos historiadores, aun de los más concienzudos, se expresan como si el Comité Central hubiera encarrilado directamente la política del Soviet de Petrogrado, que se hizo bolchevique a principios de septiembre. En realidad, no sucedió así. Las actas muestran de modo indiscutible que con excepción de algunas sesiones plenarias, en las que Lenin, Zinoviev y yo participamos, el Comité Central no intervino políticamente. No asumió la iniciativa en ningún asunto de importancia. Muchas decisiones del Comité Central de aquella fecha quedaron flotando en el aire, por haber chocado con las decisiones del Soviet. Las resoluciones más importantes de éste se transformaban en acción antes de que el Comité Central tuviera tiempo de estudiarlas Sólo después de conquistado el Poder, terminada la guerra civil y establecido un régimen estable, podría ir al Comité Central empezando a concentrar la dirección de la actividad soviética en sus manos. Entonces le llegaría el turno a Stalin.

El 8 de agosto, el Comité Central emprendió una vigorosa campaña contra la Conferencia del Gobierno convocada por Kerensky en Moscú, y descaradamente amañada en provecho de la burguesía. La Conferencia se inauguró el 12 de agosto bajo la tensión de la huelga general que traducía la protesta de los trabajadores de Moscú. Al no ser admitidos en la Conferencia, los bolcheviques encontraron un medio más eficaz de exhibir su fuerza. La burguesía estaba asustada y furiosa. Habiéndose rendido Riga a los alemanes el 21, el comandante en jefe, Kornilov, inició su marcha sobre Petrogrado el 25, con el propósito de instaurar una dictadura personal. Kerensky, que se había equivocado en sus cálculos respecto a Kornilov, declaró al comandante en jefe "traidor a la patria". Incluso en aquel momento crítico, el 27 de agosto, Stalin no compareció en el Comité Ejecutivo Central del Soviet. Sokolnikov se presentó allí en nombre de los bolcheviques. Hizo constar que los bolcheviques estaban dispuestos a tratar de las medidas militares procedentes con los órganos de la mayoría del Soviet. Los mencheviques y los essars aceptaron la oferta, dando las gracias y rechinando los dientes, porque los soldados y los trabajadores seguían ahora a los bolcheviques. La rápida e incruenta liquidación del motín de Kornilov restauraron por completo el Poder que los Soviets habían perdido parcialmente en julio. Los bolcheviques volvieron a exhibir la consigna de "Todo el Poder para los Soviets". En la Prensa, Lenin propuso un arreglo a los transaccionistas: que los Soviets se incautasen del Poder y garantizasen completa libertad de propaganda, y los bolcheviques se mantendrían en

absoluto dentro de la legalidad soviética. Los transaccionistas, belicosos, rehusaron pactar con los bolcheviques, y siguieron buscando sus aliados en la derecha.

La despótico repulsa de los transaccionistas sólo sirvió para fortificar a los bolcheviques. Como en 1905, la preponderancia que la primera oleada revolucionaria aportó a los mencheviques se disipó pronto en la atmósfera de la aleccionadora lucha de clases. Pero en oposición a la tendencia observada en la primera Revolución, el crecimiento del bolchevismo correspondía ahora más bien a la subida que a la declinación del movimiento de masas. El mismo proceso esencial adoptaba forma distinta en los pueblos: del partido Essar, dominante entre el campesinado, se desgajó un ala izquierda, que trató de ir al compás de los bolcheviques. Las guarniciones de las ciudades grandes estaban casi por completo del lado de los trabajadores. "Realmente, los bolcheviques trabajaron con afán y sin descanso -atestiguaba Sujanov, menchevique izquierdista-. Estaban entre las casas, junto al torno, diariamente, de contrato... La masa vivía y respiraba con los bolcheviques. Estaba en las manos del Partido de Lenin y Trotsky." En las manos del Partido, pero no en las manos de la máquina del Partido.

El 31 de agosto, el Soviet de Petrogrado aprobó, por primera vez, una resolución política de los bolcheviques. Decididos a no ceder, los transaccionistas determinaron probar de nuevo su fuerza. Nueve días después la cuestión se dilucidó en el Soviet. La antigua presidencia y la política de coalición obtuvieron 414 votos frente a 519 y 67 abstenciones. Los mencheviques y los essars recogían la cosecha de su política de pactos con la burguesa. Los Soviets dieron la bienvenida al nuevo Gobierno de coalición que organizaron con un acuerdo que di a conocer yo como nuevo presidente. "El nuevo Gobierno... entrará en la historia de la revolución como el Gobierno de la guerra civil... El Congreso de los Soviets en Rusia organizará un Gobierno genuinamente revolucionario." Aquélla era una declaración franca de guerra a los transaccionistas que habían rechazado nuestra propuesta de "transacción".

La Conferencia llamada democrática, convocada por el Comité Ejecutivo Central del Soviet, ostensiblemente para contrarrestar la Conferencia del Gobierno, pero en realidad para sancionar la misma vieja coalición desacreditada, comenzó en Petrogrado el 14 de septiembre. Los transaccionistas perdían los estribos. Unos días antes, Krupskaia fue secretamente a ver a Lenin a Finlandia. En un vagón de ferrocarril lleno de soldados, no se hablaba de coalición, sino de insurrección. Cuando le referí a Ilich esta conversación de los soldados, se quedó pensativo; después, se hablara de lo que se hablase, aquella expresión preocupada no se borró de su cara. Era evidente que estaba diciendo una cosa y pensando en otra muy distinta: en la insurrección y en el modo de prepararse para ella.

El día en que se inauguró la Conferencia democrática (el más necio de todos los seudoparlamentos de la democracia), Lenin escribió al Comité Central del Partido sus famosas cartas Los bolcheviques deben tomar el Poder y El marxismo y la insurrección. Esta vez pedía que se actuara inmediatamente: sublevación de regimientos y fábricas, detención del Gobierno y de la Conferencia democrática, e incautación del Poder. Naturalmente, el plan no podía llevarse a efecto aquel mismo día; pero orientó el

pensamiento y la actividad del Comité Central hacia nuevos rumbos. Kamenev insistió en que se rechazara categóricamente la proposición de Lenin... ¡por desastrosa! Temiendo que estas cartas pudieran circular por el Partido lo mismo que en el Comité Central, Kamenev consiguió reunir seis votos en favor de que se destruyeran todos los ejemplares, salvo el destinado a los archivos. Stalin propuso "enviar las cartas a las más importantes organizaciones y sugerir que se discutieran". El comentario más moderno pone de relieve que la finalidad de la proposición de Stalin era "organizar la influencia de los Comités locales del Partido sobre el Comité Central y que le apremiaran a realizar las directivas de Lenin". De haber sido esto cierto, Stalin se hubiera pronunciado desde un principio en pro de las instrucciones de Lenin, oponiéndose a la propuesta de Kamenev. Pero aquello estaba lejos de su pensamiento. La mayoría de los hombres de Comité en provincias eran más derechistas que el Comité Central. Enviarles las cartas de Lenin sin el aval del Comité Central era tanto como expresar la disconformidad de éste con ella. La proposición de Stalin se hizo para ganar tiempo, y, en caso de conflicto, asegurarse la posibilidad de alegar que los Comités locales estaban indecisos. El Comité Central quedó paralizado por efecto <-le las vacilaciones. Se decidió diferir el asunto de las cartas de Lenin para la próxima sesión. Lenin estaba esperando la respuesta con febril impaciencia. Pero Stalin ni siquiera se presentó en la siguiente sesión, que no se celebró hasta cinco días después, y el asunto de las cartas tampoco figuraba en el orden del día. Cuanto más calor hay en la atmósfera, más fríos son los manejos de Stalin.

La Conferencia democrática resolvió organizar, de acuerdo con la burguesía, una especie de institución representativa, a la que Kerensky prometió asignar funciones consultivas. ¿Cuál debería ser la actitud de los bolcheviques respecto a este Consejo de la República o Parlamento previo? Esta fue al punto la cuestión crítica de táctica entre los bolcheviques. ¿Participarían en él, o harían caso omiso de su existencia, en su marcha hacia la insurrección? Como informante del Comité Central en la futura fracción del Partido dentro de la Conferencia democrática, propuse la idea de un boicot. El Comité Central, que se dividió en dos mitades sobre este punto discutible (nueve en favor del boicot y ocho en contra), transfirió la cuestión a la facción para que ella decidiera. Con el fin de explicar los puntos de vista contradictorios "se propusieron dos informes: el de Trotsky y el de Rikov". En realidad -insistía Stalin en 1925-, hubo cuatro informantes: dos en favor del boicot al Parlamento previo (Trotsky y Stalin), y dos partidarios de la participación (Kamenev y Nogin)." Esto es casi cierto: Cuando la fracción decidió terminar los debates, se convino en permitir que por cada bando hablara, además, otro representante: Stalin por los boicotistas, y Kamenev (pero no Nogin) por los partidarios de participar. Rikov y Kamenev, obtuvieron 77 votos; Stalin y yo, 50. La derrota de la táctica del boicot se debió a los de provincias, cuya separación de los mencheviques era reciente en muchos puntos del país.

En el aspecto superficial puede parecer que las discrepancias no tenían gran relieve. Pero es lo cierto que se trataba de si el Partido estaba en condiciones de servir de oposición en una república burguesa o de atribuirse la tarea de tomar el Poder por asalto. Stalin recordaba después su intervención como informante por considerar de importancia el episodio dentro de la historiografía oficial. El obsequioso editor añadía de su cosecha que yo me había pronunciado por una posición intermedia". En ediciones sucesivas se ha suprimido mi nombre por completo. La nueva historia proclama: "Stalin se alzó

resueltamente contra la participación en el Parlamento previo." Pero, además del testimonio de las actas, está el de Lenin. "Hemos de boicotear el Parlamento previo -escribía el 23 de septiembre-. Iremos... a las masas. Tenemos que darles una consigna clara y justa: derribar la pandilla bonapartista de Kerensky y a su pretendido Parlamento previo." Y en una nota al pie: "Trotsky estaba por el boicot. ¡Bravo, camarada Trotsky!" Pero, naturalmente, el Kremlin ha prescrito la eliminación de todos esos pecados en la nueva edición de las obras de Lenin.

El 7 de octubre, la fracción bolchevique se retiró con ostentación del Parlamento previo. "Apelamos al pueblo. ¡Todo el Poder para los Soviets!" Aquello significaba predicar la insurrección. El mismo día, en la sesión del Comité Central, se decretó organizar una Oficina de Información sobre el modo de combatir la contrarrevolución. Este nombre, deliberadamente vago, cubría una tarea concreta: reconocer y preparar la insurrección. Sverdlov, Bubnov y yo fuimos encargados de organizar dicha Oficina. Por el laconismo de las reseñas y la ausencia de otros documentos, el autor se ve obligado a fiarse a este propósito de su memoria. Stalin rehusó participar en ella, recomendando en su lugar a Bubnov, persona de escasa autoridad. Su actitud era de reserva, cuando no de escepticismo, respecto a la idea en sí. él era partidario de una insurrección; pero no creía que los trabajadores y los soldados estuvieran ya en condiciones de actuar. Vivía aislado no sólo de las masas, sino también de su representación dentro del Soviet, y se contentaba con las impresiones reflejadas por la máquina del Partido. Por lo que se refiere a las masas, las experiencias de julio no habían pasado sin dejar huella. La presión ciega había desaparecido para dejar sitio a la precaución. En cambio, la confianza en los bolcheviques aparecía ya matizada de recelos: ¿serán capaces de hacer lo que han prometido? Los agitadores bolcheviques se quejaban a veces de cierta frialdad por parte de las masas hacia ellos. Y es que las masas se iban cansando de esperar, de tanta indecisión y de meras palabras. Pero en la máquina aquel cansancio se calificaba con frecuencia de "falta de ánimos de lucha". De ahí la sombra de escepticismo que se advertía en muchos hombres del Comité. Además, incluso los más arrojados sienten algo de frío en la boca del estómago en vísperas de una insurrección. No siempre se reconoce así, pero es la verdad. El mismo Stalin se hallaba en un estado de ánimo algo equívoco. No se le olvidaba abril, con su terrible fracaso de ciencia "práctica". En compensación, Stalin confiaba en la máquina mucho más que en las masas. En todas las ocasiones de más importancia, se aseguraba votando con Lenin. Pero no mostraba ninguna iniciativa en favor de los acuerdos aprobados, se abstenía de emprender ninguna acción decisiva, preparaba sus líneas de retirada, influía sobre otros como amortiguador, y al final desperdició la Revolución de octubre por hallarse desviado sobre una tangente.

Cierto es que nada salió de la Oficina para combatir la contrarrevolución, pero no fue culpa de las masas. El día 9, Smolny entró de nuevo en serio conflicto con el Gobierno, que había decretado el transporte de las tropas revolucionarias de la capital al frente. La guarnición se agrupó más de cerca en torno a su protector, el Soviet. De repente, los preparativos de la insurrección adquirieron una base concreta. El que la víspera fue iniciador de la Oficina, trasladó toda su atención a crear un Estado Mayor en el mismo Soviet. El primer paso se dio aquel mismo día 9 de octubre. "Para contrarrestar los intentos del Estado Mayor General de conducir a las tropas fuera de Petrogrado", el Comité

Ejecutivo decidió crear el Comité Revolucionario Militar. Así, por la lógica de los hechos, sin discusión alguna en el Comité Central, casi inesperadamente, comenzó la insurrección en el palenque del Soviet, y se inició la recluta del Estado Mayor de éste, mucho más eficaz que la Oficina del 7 de octubre.

La sesión inmediata del Comité Central, con participación de Lenin disfrazado bajo una peluca, tuvo lugar el 10 de octubre, y alcanzó resonancia histórica. El punto central de la discusión fue la moción de Lenin, quien propuso la insurrección armada como tarea práctica urgente. La dificultad, incluso para el más convencido partidario de la insurrección, era la cuestión de tiempo. Ya en los días de la Conferencia democrática, el transaccionista Comité Ejecutivo Central, bajo la presión de los bolcheviques, había señalado el 20 de octubre corno fecha para el Congreso. Por lo menos en Petrogrado, la insurrección tenía que producirse antes del día 20; de otro modo, el Congreso no estaría en condiciones de empuñar las riendas del Poder, y corría el riesgo de ser dispersado. Se resolvió en la reunión del Comité Central, sin trasladarlo al papel, comenzar la insurrección en Petrogrado hacia el 15. Quedaban, por consiguiente, unos cinco días para prepararla. Todo el mundo se daba cuenta de que esto no bastaba. Pero el Partido estaba prisionero de la fecha que él mismo había impuesto a los transaccionistas en otra ocasión. Mi aviso de que el Comité Ejecutivo había decidido organizar un Estado Mayor propio causó gran impresión pues era mas bien asunto de plan que de realidad. La atención de todos estaba concentrada en las polémicas con Zinoviev y Kamenev, quienes se pronunciaban decididamente contra la insurrección. Al parecer, Stalin no habló una sola palabra en aquella ocasión, o se limitó a una ligera observación; el hecho es que en las actas nada se registra de lo que dijese. La moción se aprobó por diez votos contra dos. Pero todos se quedaron algo recelosos en cuanto a la fecha.

Hacia el final de aquella sesión, que duró hasta bien pasadas las doce de la noche iniciativa más bien casual de Dzerzhinsky, se convino en "organizar para la orientación política de la insurrección un Buró constituido por Lenin, Zinoviev, Trotsky, Stalin, Sokolkov y Bubnov". Pero esta importante decisión, sin embargo, no condujo a nada: Lenin y Zinoviev continuaron escondidos, y Zinoviev y Kamenev se mostraron irreconciliablemente opuestos a la decisión del 10 de octubre. "El Buró para la orientación política de la insurrección", no se reunió una sola vez. Sólo ha quedado su nombre consignado con tinta al pie del acta inconexa recogida a lápiz. Bajo la denominación abreviada de "los siete", este Buró fantasma entró en la ciencia oficial de la historia.

La labor de organizar el Comité Revolucionario Militar del Soviet avanzaba rápidamente. Como es natural, la pesada maquinaria de la democracia del Soviet impedía cualquier impulso decisivo.

Y, sin embargo, quedaba poco tiempo hasta el Congreso. No sin motivo temía Lenin un retraso. Por petición suya se convocó otra reunión del Comité Central para el 16 de octubre, en presencia de los más importantes organizadores de Petrogrado. Zinoviev y Kamenev persistieron en su oposición, Exteriormente, su posición se había hecho más sólida que nunca: al cabo de seis días la insurrección aún no había comenzado. Zinoviev solicitó que la decisión se aplazara hasta que se reuniese el Congreso de los Soviets, a fin de "conferenciar" con los delegados que acudieron de las provincias: en el fondo de su

corazón confiaba en su apoyo. Las pasiones se desataron durante el debate. Por primera vez intervino en esta discusión Stalin. "La oportunidad debe decidir el día de la insurrección -dijo-. Sólo ése es el sentido del acuerdo... Lo que Kamenev y Zinoviev proponen conduce objetivamente a la oportunidad para que se organice la contrarrevolución; si continuamos retirándonos sin cesar, perderemos la revolución. ¿Por qué no fijar nosotros el día y las circunstancias, para no dar lugar a que la contrarrevolución se organice?" Estaba defendiendo el derecho abstracto del Partido a escoger su momento para el golpe, cuando el problema radicaba en fijar una fecha definida. Si el Congreso bolchevique de los Soviets se hubiese mostrado incapaz de tomar las riendas del Gobierno al instante, hubiera comprometido sencillamente la consigna de "Todo el Poder para los Soviets", convirtiéndola en una frase hueca. Zinoviev insistió: "Tenemos que confesarnos francamente que no intentaremos una insurrección en estos cinco días próximos." Kamenev tendía a lo mismo. Stalin no se opuso concretamente a esta posición; antes bien la soslayó con las sorprendentes palabras que siguen: "El Soviet de Petrogrado ha elegido ya el camino de la insurrección al negarse a sancionar el traslado de las tropas." No hacía más que reiterar la fórmula, ajena en absoluto a su propia intervención abstracta, defendida hacía poco por los dirigentes del Comité Revolucionario Militar. Pero, ¿qué significaba lo de "estar ya en el camino de la insurrección"? ¿Era cuestión de días o de semanas? Stalin se abstuvo cautelosamente de especificarlo. No estaba dentro de sí muy seguro de la situación.

El acuerdo del 10 de octubre fue refrendado por una mayoría de veinte votos contra dos y tres abstenciones. Sin embargo, nadie había respondido a la cuestión crucial de si la decisión de comenzar la insurrección en Petrogrado antes del 20 de octubre seguía siendo válida. Era difícil hallar esa respuesta. Políticamente, el acuerdo de que comenzara antes del Congreso era justo en absoluto; pero quedaba demasiado poco tiempo para hacerlo así. La reunión del 16 de octubre no acertó tampoco a conciliar aquella contradicción. Pero en este punto los transaccionistas aportaron la solución: el mismo día siguiente, acordaron, por razones que ellos sabrían, demorar la fecha del Congreso, que no les era nada grato, hasta el 25 de octubre. Los bolcheviques recibieron este inesperado aplazamiento con una protesta expresa, pero con tácita satisfacción. Cinco días suplementarios resolvían por completo las dificultades del Comité Revolucionario Militar.

Las actas del Comité Central v los números de Pravda correspondientes a las últimas semanas que precedieron a la insurrección marcan la carrera política de Stalin sobre el fondo de ésta con suficiente relieve. Así como antes de la guerra se había puesto de parte de Lenin, buscando a la vez apoyo en los conciliadores contra el emigrado "que trepaba por la pared", esta vez formó con la mayoría oficial del Comité Central, apoyando simultáneamente la oposición derechista. Como siempre, procedía con cautela; sin embargo, la amplitud de los acontecimientos y la agudeza de los conflictos le forzaron en ocasiones a aventurarse más lejos de lo que hubiera deseado.

El 11 de octubre, Zinoviev y Kamenev publicaron en el periódico de Máximo Gorki una carta contra la insurrección. En el acto, la situación entre los dirigentes del Partido se hizo sumamente violenta. Lenin renegaba indignado en su escondite. Para quedar en libertad de exponer su parecer respecto a la insurrección, Kamenev dimitió su cargo en el Comité Central. Se discutió el asunto en la sesión del 20 de octubre. Sverdlov dio a conocer

la carta de Lenin que tildaba a Zinoviev y a Kamenev de rompehuelgas y pedía su expulsión del Partido. La crisis se complicó inesperadamente por el hecho de publicar Pravda aquel mismo día una declaración del Consejo de redacción en defensa de Zinoviev y Kamenev: "La aspereza de tono del artículo del camarada Lenin no altera el hecho de que, en lo esencial, seguimos compartiendo su opinión." El órgano central juzgaba oportuno censurar "la aspereza" de la protesta de Lenin antes que la pública actitud del Partido en pro de la insurrección, y, además, expresaba su solidaridad con Zinoviev y Kamenev en puntos "fundamentales". ¡Como si en aquel momento hubiera algo más fundamental que la cuestión del levantamiento! Los miembros del Comité Central se frotaban los ojos con extrañeza.

El único asociado de Stalin en la redacción era Sokolnikov, el futuro diplomático de los Soviets y más tarde víctima de la "purga". Sin embargo, Sokolnikov declaró que él nada tenía que ver con aquel reproche a Lenin; y que lo consideraba erróneo. Así, pues, Stalin solo (enfrente del Comité Central y de su propio colega de redacción) defendió a Kamenev y a Zinoviev cuatro días justos antes de la insurrección. El Comité Central contuvo su indignación por miramiento de no hacer mayor la crisis.

Continuando sus manejos entre los protagonistas y los adversarios de la insurrección, Stalin se manifestó opuesto a admitir la dimisión de Kamenev, alegando que "toda nuestra situación era inconsistente". Por cinco votos contra el de Stalin y otros dos, se aceptó la dimisión de Kamenev. Y por seis, también contra Stalin, se aprobó una resolución prohibiendo a Kamenev y a Zinoviev empeñar combate contra el Comité Central. En las actas se lee: "Stalin declaró que dejaba el Consejo de redacción." En su caso, aquello significaba abandonar el único puesto que era capaz de desempeñar en las circunstancias del momento revolucionario. Pero el Comité Central se negó a aceptar la retirada de Stalin, cortando así el paso a otra nueva desgajadura.

La conducta de Stalin pudiera parecer inexplicable a la luz de la leyenda que se ha creado en su torno; pero, en realidad, está perfectamente de acuerdo con su contextura interna. La desconfianza en las masas y su recelosa cautela le fuerzan, en momentos de decisiones históricas, a sumirse en las tinieblas, esperando su hora, y, a ser posible, asegurarse yendo y viniendo. Su defensa de Zinoviev y Kamenev no obedecía ciertamente a consideraciones sentimentales. En abril, Stalin había cambiado de posición oficial, pero no de estructura mental. Aunque votó con Lenin, por sus ideas estaba mucho más cerca de Kamenev. Además, el descontento con su propio papel le inclinaba naturalmente a unirse con otros descontentos, aunque en política no estuviese por completo de acuerdo con ellos.

Durante toda la última semana anterior a la insurrección, Stalin estuvo maniobrando entre Lenin, Sverdlov y yo, por un lado, y Kamenev y Zinoviev, por otro. En la sesión del Comité Central del 21 de octubre, restableció el recién alterado equilibrio proponiendo designar a Lenin para preparar las tesis destinadas al próximo Congreso de los Soviets, y a mí para disponer el informe político. Ambas mociones se aprobaron por unanimidad. Si entonces hubiera habido la menor desavenencia entre el autor y el Comité Central (infundio ideado varios años después), ¿me hubiera confiado éste, por iniciativa de Stalin, el informe más importante en el momento más crítico? Habiéndose ganado así a la izquierda, Stalin volvió a hundirse en las sombras y a esperar su momento.

El biógrafo, no importa si de grado, nada tiene que decir respecto a la participación de Stalin en la Revolución de octubre. En ninguna parte encuentra mención de su nombre: ni en los documentos ni en las numerosas memorias publicadas. A fin de colmar de algún modo esta laguna tan patente, el historiógrafo oficial le hace participar en la insurrección relacionando ésta con cierto misterioso "centro" del Partido que, al parecer, había organizado él mismo. Pero nadie nos dice una palabra acerca de la actividad de ese "centro", el lugar y la fecha de sus reuniones, los medios que utilizó para encauzar la insurrección. Y no es de extrañar: nunca existió semejante "centro". Pero el relato de esta leyenda es digno de anotarse.

En la XVI Conferencia del Comité Central con algunos de los principales organizadores del Partido en Petrogrado, celebrada en octubre, se decidió organizar "un centro revolucionario militar" de cinco miembros del Comité Central. "Este centro -dice la resolución, escrita a toda prisa por Lenin en un rincón del vestíbulo- formará en su día parte del Comité Revolucionario del Soviet." Así, en el sentido real de lo acordado, "el centro" no se creaba para dirigir separadamente la insurrección, sino para completar la plana mayor del Soviet. Sin embargo, como muchas otras improvisaciones de aquellos días febriles, esta idea estaba destinada a no realizarse jamás. Durante las horas en que, ausente yo, el Comité Central organizaba un nuevo "centro" en una hoja de papel, el Soviet de Petrogrado, bajo mi presidencia, creó definitivamente el Comité Revolucionario Militar, que desde su mismo nacimiento se hizo cargo de todos los preparativos para la insurrección. Sverdlov, cuyo nombre figuraba en primer lugar (y no el de Stalin, como falsamente se hace constar en recientes publicaciones soviéticas) en la lista de miembros del "centro", trabajó antes y después de la resolución de 16 de octubre en estrecho contacto con el presidente del Comité Revolucionario Militar. Otros tres miembros del "centro", Uritsky, Dzerzhinsky y Bubnov, fueron designados para trabajar con el Comité Revolucionario Militar, cada cual por separado, el 24 de octubre, como si el acuerdo del 16 no se hubiese aprobado. En cuanto a Stalin, conforme a su línea de conducta política durante aquel período, se mantuvo tercamente a distancia del Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado y del Comité Revolucionario Militar, y no hizo acto de presencia en ninguna de sus sesiones. Todas estas circunstancias se confirman fácilmente a base de las actas oficialmente publicadas.

En la sesión del Comité Central de 20 de octubre, el "centro" creado cuatro días antes debía presentar un informe de su labor o mencionar al menos lo que hubiese comenzado a hacer; sólo quedaban cinco días hasta el Congreso de los Soviets, y se suponía que la insurrección se anticipara a la inauguración del Congreso. Stalin estaba demasiado ocupado para eso. En defensa de Zinoviev y Kamenev dimitió su puesto en la dirección de Pravda en aquella misma sesión. Pero ninguno de los otros miembros del "centro" que asistían a la sesión (Sverdlov, Dzerzhinsky, Uritsky) se molestaron en decir lo más mínimo sobre ello. El acta de la sesión de 16 de octubre se había retirado evidentemente por precaución, a fin de ocultar todo rastro de la participación "ilegal" de Lenin en ella, y durante los cuatro dramáticos días siguientes el "centro" pasó al olvido tanto más fácilmente cuanto que la intensa actividad del Comité Revolucionario Militar descartó en absoluto la necesidad de cualquier institución auxiliar o suplementaria.

En la reunión siguiente, el 21 de octubre, con asistencia de Stalin, Sverdlov y Dzerzhinsky, tampoco hubo informe a propósito del "centro", ni la menor mención del mismo. El Comité Central continuaba desenvolviéndose como si no hubiese habido tal acuerdo de creación del "centro". De pasada, diré que en esta ocasión se resolvió incorporar otros diez bolcheviques destacados, entre ellos Stalin, al Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado, para incrementar su actividad. Pero también éste fue un acuerdo que no pasó del papel.

Los preparativos para la insurrección adelantaban mucho, pero por un cauce totalmente distinto. El dueño efectivo de la guarnición de la capital, o sea el Comité Revolucionario Militar, andaba buscando una excusa para romper abiertamente con el Gobierno. Este pretexto fue suministrado el 22 de octubre por el oficial que mandaba las tropas del distrito, al negarse a que los comisarios del Comité inspeccionara las dependencias de su Plana Mayor. Había que batir el hierro caliente. El Buró del Comité Revolucionario Militar, del que formábamos parte Sverdlov y yo, decidió reconocer la ruptura con la Plana Mayor de la guarnición como un hecho consumado y emprender la ofensiva. Stalin no estuvo en esta conferencia. Cuando se trataba de quemar todos los puentes, no hubo quien aludiese a la existencia del llamado "centro".

La sesión del Comité Central, que efectivamente inició la insurrección, se celebró en Smolny, transformada ya en fortaleza, en la mañana del 24 de octubre. Apenas comenzó se aprobó una moción de Kamenev: "Ningún miembro del Comité Central podrá ausentarse hoy de Smolny sin especial permiso." En el orden del día figuraba el informe del Comité Revolucionario Militar. Justamente al empezar la insurrección nadie mencionó el llamado "centro". El acta dice así: "Trotsky propuso que se pusieran dos miembros del Comité Central a disposición del Comité Revolucionario Militar para mantener contacto con los servicios de Correos y Telégrafos y con los ferroviarios; y un tercero para vigilar al Gobierno provisional." Dzerzhinsky fue designado para entenderse con los funcionarios de Correos y Telégrafos, y Bubnov para enlazar con los ferroviarios. La vigilancia del Gobierno provisional se confió a Sverdlov. Y más adelante: "Trotsky propuso establecer un Estado Mayor suplente en la fortaleza de Petropavlovsky, y enviar allí con tal fin a un miembro del Comité Central." Acordado: "Sverdlov, delegado para mantener contacto constante con la fortaleza." De modo que tres miembros del "centro" quedaban por primera vez colocados a disposición directa del Comité Revolucionario Militar. Naturalmente, esto no hubiera sido necesario de existir el "centro" y hallarse ocupado con los preparativos de la insurrección. El acta hace constar que un cuarto miembro del "centro", Uritsky, hizo algunas sugerencias de orden práctico. Pero, ¿dónde estaba el quinto miembro, Stalin?

Lo más notable de todo es el hecho de que Stalin no estuvo en esta sesión decisiva. Los miembros del Comité Central se obligaban a no salir de Smolny. Pero Stalin ni siquiera se presentó allí. Esto lo consignan de manera irrefutable las actas publicadas en 1929. Stalin no ha explicado nunca su ausencia, verbalmente, para no dar lugar a innecesarias molestias. Todas las decisiones de importancia sobre el modo de llevar adelante la insurrección se tomaron sin Stalin, incluso, sin su más mínima intervención directa. Cuando se asignaron las partes a los diversos actores de aquel drama, nadie mencionó a Stalin ni propuso confiarle misión alguna. Simplemente quedó fuera de la partida. ¿Es que dirigió su "centro"

desde algún lugar oculto? Pero los demás miembros del "centro" permanecieron continuamente en Smolny...

Durante las horas en que había comenzado ya la insurrección abierta, Lenin, que estaba consumido de impaciencia en su aislamiento, apeló a los dirigentes de distrito: "¡Camaradas! Estoy escribiendo estas líneas la víspera del 24... Os aseguro de todo corazón que ahora todo pende de un hilo, que estamos frente a cuestiones que no pueden decidirse en conferencias ni en congresos (ni siquiera en congresos de Soviets), sino exclusivamente de la lucha de las masas en armas..." De esta carta se desprende claramente que hasta la misma víspera del 24 de octubre, Lenin se mantenía principalmente por medio de Stalin, porque era uno de los que menos inquietaban a la Policía. Es inevitable deducir de aquí que no habiendo asistido a la sesión matutina del Comité Central ni acudido a Smolny en todo el resto del día, Stalin no se enteró de que la insurrección había empezado y se hallaba en pleno curso hasta la última hora de aquella noche. No es que fuese cobarde. No hay base para acusar a Stalin de cobardía. Simplemente, era cuco en materia de política. El cauteloso intrigante prefería estar en la valla en el momento crítico. Esperaba ver el giro que tomaba la insurrección antes de adoptar una postura definida. En caso de que fallara, podría decir a Lenin, a mí y a nuestros adeptos: "¡Todo es culpa vuestra!" Hay que evocar claramente el temple rojo vivo de aquellos días para evaluar conforme a sus méritos la sangre fría del hombre, o, si se prefiere, su insidiosidad.

No, Stalin no dirigió la insurrección, ni personalmente ni por medio de "centro" alguno. En las actas, en las memorias, en los incontables documentos, obras de referencia y tratados de historia publicados en vida de Lenin, y aun después, el llamado "centro" no se mencionó jamás, ni mencionó nadie el nombre de Stalin como dirigente o destacado participante en la insurrección por cualquier otro concepto, La Memoria del Partido lo pasó por alto. Sólo en 1924, el Comité de Historia del Partido, al coleccionar toda suerte de datos, sacó el texto de la resolución de organizar un "centro" práctico. La lucha contra la oposición de izquierda y contra mí personalmente, entonces en pleno apogeo, reclamaba una nueva versión de la historia del Partido y de la Revolución. Recuerdo que Serebryakov, que tenía amigos y relaciones en todas partes, me dijo una vez que reinaba gran regocijo en la secretaría de Stalin por el descubrimiento del "centro".

"¿Qué importancia puede tener eso?", pregunté extrañado.

"Algo se proponen devanar en torno a ese carrete", me contestó el ladino Serebryakov.

Pero incluso el asunto del "centro" no pasó de ser una reimpresión del: acta y vagas referencias a la misma. Los sucesos de 1917 estaban todavía demasiado frescos en la memoria de todos. Los participantes en la Revolución no habían sido aún liquidados. Dzerzhinsky y Bubnov, que figuraban como miembros del "centro", seguían con vida. Por puro fanatismo de facción, Dzerzhinsky era sin duda muy capaz de atribuir a Stalin proezas que éste nunca había realizado; pero no de atribuírselas a sí mismo: eso era superior, a sus fuerzas. Dzerzhinsky se murió a tiempo. Una de las causas de que Bubnov cayera en desgracia y le liquidaran fue sin duda su negativa a dar falso testimonio. Nadie más

recordaba absolutamente nada de la existencia del "centro". El fantasma de las actas continuó arrastrando su documental existencia..., sin huesos ni carne, sin ojos ni oídos.

Esto no las libró de ser incorporadas al meollo de una nueva versión de la Revolución de octubre. En 1925 ya argüía Stalin: "Es extraño que el camarada Trotsky, el "inspirador", la "figura principal" y el "único líder" de la insurrección no fuese mimbro del centro práctico llamado a dirigir la insurrección. ¿Cómo es posible conciliar eso con la opinión corriente acerca de la misión especial del camarada Trotsky?" El argumento era ilógico sin duda alguna: de conformidad con el sentido preciso de la resolución, el "centro" estaba destinado a convertirse en parte del mismo Comité Revolucionario Militar que yo presidía. Stalin exhibía de lleno su intención de "devanar" una nueva historia de la insurrección en torno a aquellas actas. Lo que no acertó a explicar fue la fuente de la "opinión corriente acerca de la misión especial del camarada Trotsky". Sin embargo, esto vale la pena de traerlo a consideración.

Lo siguiente se incluye bajo mi nombre en las notas a la primera edición de las obras de Lenin: "Después de pasar el Soviet de San Petersburgo a manos de los bolcheviques (Trotsky) fue elegido presidente, y como tal, organizó y dirigió la insurrección del 25 de octubre." La "leyenda" encontró, pues, sitio apropiado en las obras de Lenin mientras vivió éste. Nunca pensó nadie en discutirlo hasta 1925. Además, el mismo Stalin rindió en cierta ocasión tributo a esta "opinión corriente". En el artículo del primer aniversario, en 1918, escribía: "Todo el trabajo de organización práctica de la insurrección se efectuó bajo la dirección inmediata del presidente del Soviet de Petrogrado, camarada Trotsky. Puede decirse con certeza que el rápido paso de la guarnición a favor del Soviet, y la atrevida ejecución de la labor del Comité Revolucionario Militar, aseguran la gratitud del Partido principalmente al camarada Trotsky; los camaradas Antonov y Podvoisky fueron los principales auxiliares del camarada Trotsky." Hoy, tales palabras suenan como un panegírico. En realidad, lo que el autor estaba pensando al escribirlas era recordar al Partido que durante los días de la insurrección, además de Trotsky, existía también un Comité Central, del que Stalin era miembro. Pero obligado a dar a su artículo siquiera una apariencia de objetividad, Stalin no pudo menos de decir en 1918 lo que dijo. De todos modos, en el primer aniversario del Gobierno de los Soviets atribuyó a Trotsky "la organización práctica de la insurrección". Entonces, ¿qué misterioso papel era el del "centro"? Stalin no lo menciona siquiera; habían de pasar aún seis años hasta que se descubrieran las actas del 16 de octubre.

En 1920, sin mencionar a Trotsky, Stalin presentaba a Lenin en contra del Comité Central, como autor de un plan equivocado de insurrección. Así lo repetía en 1922, pero, sustituyendo a Lenin por "una parte de los camaradas", y cautamente insinuaba que él (Stalin) tenía algo que ver con la abolición del plan erróneo que comprometía el éxito de la insurrección. Pasaron otros dos años, y parece que Trotsky fue el inventor de la especie relativa al equivocado plan de Lenin; lo cierto era que Trotsky mismo lo había propuesto, y que por fortuna lo rechazó el Comité Central. Por último, la "historia" del Partido, publicada en 1938, presenta a Trotsky como furibundo adversario de la Revolución de octubre, que, en realidad, fue dirigida por Stalin. Paralelo a todo esto es lo ocurrido con la movilización de las artes: la poesía, la pintura, el teatro, el cine, descubrieron de pronto la

urgente necesidad de infundir al mítico "centro" aliento de vida, aunque los historiadores más asiduos se vieron incapaces de hallar el menor rastro de él con una buena lupa. Actualmente, Stalin consta como líder de la Revolución de octubre en las pantallas del mundo, para no citar las publicaciones del Komintern.

Los hechos de la historia se revisaron de igual modo, aunque acaso no con tanto descaro, respecto a todos los viejos bolcheviques una y otra vez, según las combinaciones políticas cambiantes. En 1917, Stalin defendió a Zinoviev y Kamenev, intentando utilizarlos contra Lenin y contra mí, y como preparación de su futuro "triunvirato". En 1924, cuando el "triunvirato" era ya dueño de la máquina política, Stalin decía en la Prensa que las diferencias de opinión con Zinoviev y Kamenev antes de octubre eran de carácter pasajero y secundario. "Las divergencias duraron sólo unos días, y esto sólo porque en las personas de Kamenev y Zinoviev teníamos leninistas, bolcheviques." Cuando el "triunvirato" se deshizo, la conducta de Zinoviev y Kamenev en 1917 figuró durante varios años como motivo principal para denunciarlos como "agentes de la burguesía", hasta que por último se incluyó en la fatal acusación que condujo a ambos ante el pelotón.

Por fuerza tiene uno que detenerse asombrado ante esta persistencia fría, paciente y a la vez cruel encaminada a una finalidad personal invariable. Exactamente como en cierta ocasión, en Bakú, el joven Koba había minado con perseverancia la reputación de los miembros del Comité de Tiflis, que eran sus superiores; como en la prisión y en el destierro había incitado a algunos papanatas contra sus rivales, así en Petrogrado intrigaba infatigable con las gentes y las circunstancias, con el propósito de apartar, borrar, oscurecer y empequeñecer a cualquiera que de un modo u otro le eclipsara o estorbara su ambición.

Naturalmente, la Revolución de octubre, como fuente del nuevo régimen, ha ocupado la posición central en la ideología de los nuevos círculos rectores. ¿Cómo ha ocurrido todo ello? ¿Quién dirigió por el centro y en las ramas? Stalin tenía que contar prácticamente con veinte años para imponer al país un panorama histórico en el que remplazó a los efectivos organizadores de la insurrección y les atribuyó el papel de traidores a la Revolución. Sería injusto pensar que comenzó con un plan de acción ya perfilado para su personal engrandecimiento. Circunstancias históricas extraordinarias han dado a su ambición un vuelo asombroso aun para él mismo. En un sentido se ha mantenido firme: prescindiendo de otras consideraciones, aprovechó toda situación concreta para consolidar su propia posición a expensas de sus camaradas..., paso a paso, piedra a piedra, pacientemente, sin alterarse, ¡pero también sin conmoverse! En la tarea de urdir constantemente intrigas, en la cauta dosificación de verdades y mentiras, en el ritmo orgánico de sus falsificaciones, es donde mejor se refleja Stalin como personalidad humana y jefe de la nueva capa privilegiada.

Habiendo comenzado mal en marzo, sin enmendarse en abril, Stalin se quedó tras la cortina durante todo el año de la Revolución. Nunca conoció la frecuentación directa de las masas, ni se sintió responsable de la suerte de aquéllas. En ciertos momentos fue jefe de Estado Mayor, pero nunca comandante en jefe de la Revolución. Dado a conservar su tranquilidad, aguardaba a que otros tomasen la iniciativa, apuntaba sus debilidades y errores, y él iba a la zaga de los acontecimientos. Tenía que contar con cierta estabilidad de relaciones y mucho tiempo por delante para triunfar. La revolución le dejó sin ambas cosas.

Como nunca se vio forzado a analizar los problemas de la Revolución con aquella presión mental que engendra sólo el sentido de responsabilidad inmediata y directa, Stalin no llegó a adquirir un concepto íntimo de la lógica inherente a la Revolución de octubre. Por eso sus recuerdos de ella son tan empíricos, dispersos y faltos de coordinación, tan contradictorios sus juicios de última hora sobre la estrategia revolucionaria, y tan monstruosos sus errores en varias revoluciones contemporáneas (Alemania, China, España). En verdad, la Revolución no es el elemento de este antiguo "revolucionario profesional".

Sin embargo, 1917 fue una etapa de suma importancia en el desarrollo del futuro dictador. él mismo dijo más tarde que en Tiflis fue un escolar, en Bakú se hizo aprendiz y en Petrogrado oficial artesano. Después de cuatro años de invernada política e intelectual en Siberia, donde descendió al nivel de los mencheviques de izquierda, el año de la Revolución, durante el cual estuvo bajo: la inmediata dirección de Lenin, en el círculo de camaradas muy calificados, tuvo importancia enorme en su desenvolvimiento político. Por primera vez tuvo la oportunidad de aprender mucho que hasta entonces había estado fuera del radio de su experiencia. Escuchaba y observaba con malevolencia, pero atento y vigilante. En la medula de la vida política estaba el problema del Poder. El Gobierno provisional, apoyado en los mencheviques y en los populistas, camaradas de antaño en la clandestinidad la cárcel y el destierro, le permitió explorar más a fondo aquel misterioso laboratorio, donde, como saben todos, no son dioses precisamente los alquimistas. La distancia insalvable que en la época del zarismo separaba a los revolucionarios clandestinos del Gobierno, se había convertido en nada. El Gobierno pasó a ser algo contiguo, un concepto familiar. Koba arrojó de sí buena parte de su provincianismo, si no en hábitos y costumbres, sí al menos en lo tocante a sus ideas políticas. Advertía (acremente, resentido) lo que le faltaba como individuo, pero al mismo tiempo tomó el pulso a una compacta colección de revolucionarios expertos y capaces, dispuestos a luchar hasta el fin. Llegó a ser un miembro reconocido en la plana mayor del Partido que las masas iban a elevar al Poder. Dejó de ser Koba y se convirtió definitivamente en Stalin.

CAPÍTULO VIII
COMISARIO DEL PUEBLO

Los bolcheviques habían realizado tan a conciencia la labor de atraerse a todas las fuerzas armadas del país, que su victoria final del 7 de noviembre se logró prácticamente por falta de enemigo. El golpe de octubre fue "más fácil que levantar una pluma", para servirse de las palabras de Lenin. Ni un sólo regimiento se alzó para defender la democracia rusa. Con las fuerzas de la antigua policía dispersas, el Gobierno de Kerensky en Petrogrado no contaba más que con los cadetes militares y los batallones de mujeres, muy defectuosos, frente a los destacamentos al mando de revolucionarios profesionales bolcheviques. La lucha por el poder supremo en un Imperio que comprendía la sexta parte del globo terráqueo se decidió entre fuerzas asombrosamente reducidas por ambas partes, tanto en las provincias como en las dos ciudades principales.

(El Oeste democrático civilizado, que caminaba hacia su cuarto año de guerra, no quería creer en el hecho consumado. Después de llevar los bolcheviques casi una semana en el Poder, Kerensky aseguró sinceramente al mundo sorprendido, que el bolchevismo "como fuerza organizada... no existe ya, ni siquiera en Petrogrado". El triunfo bolchevique había sido más fácil y seguro en Petrogrado que en Moscú y en las provincias. Los cosacos estacionados en Petrogrado eran "neutrales" [incluso el cuartel general y los más declarados reaccionarios], y rehusaban prestar ayuda al Gobierno provisional, reservándose el derecho de obrar por cuenta propia, mientras que el general Krassnov marchaba sobre la capital con un numero desconocido de tropas. Los jefes y empleados de los Bancos, Ministerios y prácticamente todas las instituciones de la Administración Pública se habían declarado en huelga. Los Sindicatos de Ferrocarriles, Teléfonos, Telégrafos y Correos, dirigidos por mencheviques, amenazaron con ir a la huelga y paralizar todos los servicios de comunicaciones y transportes mientras los vencedores no consintieran en formar un Gobierno de coalición de todos los partidos socialistas, pero sin participación de Lenin ni de Trotsky. Aquella amenaza produjo una crisis más aparente que real en la dirección del Partido bolchevique.)

Inmediatamente después de la insurrección, por insistencia del ala derecha bolchevique (Zinoviev, Kamenev, Rikov, Lunacharsky y otros), se iniciaron negociaciones con los mencheviques y los populistas respecto a un Gobierno de coalición. Entre otras condiciones, los partidos derribados por el alzamiento pedían una mayoría para ellos, y, por encima de todo, que se apartase del Gobierno a Lenin y a mí, como responsables personales de la "aventura" de octubre. Los miembros derechistas del Comité Central se inclinaban a aceptar esta petición. Se estudió el asunto en el Comité Central durante la sesión del 1. º (14) de noviembre. He aquí lo que dice el acta: "Se propone expulsar a Lenin y a Trotsky.

Esto significa decapitar a nuestro Partido, y no lo aceptamos." La facilidad con que los derechistas se prestaban incluso a entregar sumisamente el Poder, fue condenada por el Comité Central como "miedo de la mayoría del Soviet a utilizar su propia mayoría". Los bolcheviques no se negaban a compartir el Poder con otros partidos, pero sólo a base de la debida proporción de fuerzas dentro de los Soviets. Lenin declaró que las negociaciones con los partidos pequeñoburgueses sólo tenían sentido como pantalla para apartar la atención de las acciones militares.

Mi moción para concluir las negociaciones con los transaccionistas fue aprobada. Stalin no tomó parte en los debates; pero votó con la mayoría. En protesta, los representantes de la derecha se retiraron del Comité Central y del Gobierno. La mayoría del Comité Central se dirigió a la minoría exigiéndole someterse incondicionalmente a la disciplina del Partido. El ultimátum iba firmado por diez miembros y candidatos del Comité Central: Lenin, Trotsky, Stalin, Sverdlov y otros. Respecto al origen del documento, uno de los miembros del Comité Central, Bubnov, declara: "Después de escribirlo (Lenin), hizo entrar uno a uno en su despacho a los miembros del Comité Central, informándoles del texto de la declaración e invitándoles a firmarla." La narración es interesante porque permite evaluar con justeza la importancia del orden de las firmas. Lenin me enseñó el ultimátum en primer lugar, y después de firmar yo, llamó a los otros, comenzando por Stalin. Así era siempre, o casi siempre. Si el documento no se hubiese dirigido contra Zinoviev y Kamenev, las firmas de éstos probablemente figurarían delante de la de Stalin.

Pestkovsky refiere cómo durante los días de octubre "hubo de elegir entre los miembros del Comité Central a los directores de la insurrección. Fueron elegidos Lenin, Stalin y Trotsky". Al confiar la dirección a estos tres, digamos de pasada que el colaborador de Stalin sepulta definitivamente el "centro" práctico al que ni Lenin ni yo pertenecíamos. En el testimonio de Pestkovsky hay esta vez un grano de verdad. No durante los días del alzamiento, pero sí después de su victoria en los centros importantes, aunque antes de establecer ningún género de régimen estable, fue necesario crear una compacta plana mayor del Partido, que pudiese imponer localmente todas las decisiones necesarias. Como consta en el acta, el 29 de noviembre (12 de diciembre) de 1916, el Comité Central eligió para resolver cuestiones perentorias un Buró compuesto de cuatro personas: "Stalin, Lenin, Trotsky y Sverdlov." "A este cuarteto se dio el derecho de resolver todos los asuntos extraordinarios, pero con obligación de incluir en la decisión a todos los miembros del Comité Central que estuviesen a la sazón en Smolny." Zinoviev, Kamenev y Rikov se habían apartado del Comité Central a causa de su acusada disconformidad. Esto explica la composición del cuarteto. Pero Sverdlov se veía absorbido por la Secretaría del Partido, hablaba en mítines, arreglaba conflictos y rara vez estaba en Smolny. El cuarteto se redujo prácticamente a un terceto.

(En la noche del 19 al 20 de febrero de 1918, el Consejo de Comisarios del Pueblo, formado por la coalición bolchevique-essar de izquierda) eligió un Comité Ejecutivo (compuesto de) Lenin, Trotsky, Stalin, Proshyan y Karelin, que fue autorizado a realizar todo el trabajo ordinario en los intervalos de una a otra sesión del Consejo. (Este Comité Ejecutivo del Gobierno comprendía a los mismos tres bolcheviques y a dos essars de izquierda. Sin embargo, no hay motivo para imaginar que esos tres formasen un

"triunvirato".) El Comité Central se reunía frecuentemente, y resolvía todas las cuestiones importantes y particularmente complicadas. El terceto era necesario para decidir sin dilación asuntos inaplazables relacionados con el curso del alzamiento en provincias, los intentos de Kerensky para entrar en Petrogrado, el suministro de víveres a la capital, y otros análogos. Este terceto perduró, al menos nominalmente, sólo hasta que el Gobierno se trasladó a Moscú.

Fustigando la política de los bolcheviques después de 1917, Iremashvili escribe: "El triunvirato, hecho de ideas inextinguibles de venganza, comenzó a exterminar con inhumana crueldad todo lo vivo y lo muerto", etc. En el triunvirato, Iremashvili incluye a Lenin, a mí y a Stalin. Puede decirse con seguridad que esta idea del triunvirato nació en el ánimo de Iremashvili sólo mucho después, cuando Stalin hubo llegado al primer plano de importancia. Hay, sin embargo, una chispa de verdad (o, al menos, de apariencia de verdad) en esas palabras de Iremashvili. Con relación a las negociaciones en Brest-Litovsk, se citan una y otra vez estas palabras de Lenin: "Consultaré a Stalin y le contestaré." Lo cierto es que el terceto existió solamente en ciertos momentos, aunque no siempre con la participación de Stalin. Dimitrievsky se refiere asimismo a este terceto, aunque en un tono y con un punto de referencia distintos:

"Incluso Lenin en aquel período sintió la necesidad de Stalin a tal grado, que cuando llegaron noticias de Trotsky desde Brest y hubo que tomar una decisión mientras Stalin no estaba en Moscú, Lenin informó a Trotsky:

""Quisiera consultar con Stalin antes de contestar a tu pregunta"".

Y sólo tres días después telegrafió Lenin: "Stalin acaba de llegar. Lo estudiaré con él y te daremos en seguida nuestra respuesta."

Las decisiones más importantes de aquella época se adoptaron no pocas veces por acuerdo entre Lenin y yo. Pero en este caso, en que había disparidad de criterio, era necesaria una tercera persona. Zinoviev estaba en Petrogrado, y Kamenev no siempre permanecía en Moscú. Además, él, como otros miembros del Politburó y del Comité Central, dedicaban una parte considerable de su tiempo a la agitación, a la dirección de los Soviets y a otros menesteres apremiantes. Por eso, antes de salir de Tsaritsyn, solía desempeñar las obligaciones del "tercero". Lenin era muy escrupuloso en cuestiones de forma, y, naturalmente, nunca se permitía responder en su solo nombre, Por lo general, las observaciones que con cierta frecuencia figuraban en la literatura reciente a propósito de que Lenin dirigía, ordenaba, etc., están inspiradas solamente por analogía con el régimen stalinista. Lo cierto es que tal estado de cosas nunca existió. Se daban instrucciones, en efecto, y se dictaban órdenes únicamente por el Politburó, y durante la ausencia de miembros del mismo, hacía sus veces el terceto, que constituía el quorum de sus cinco componentes. Cuando Stalin estaba ausente, Lenin consultaba con Kretinsky, secretario del Comité Central, con la misma escrupulosidad, y en los archivos pueden verse muchas referencias a tales consultas.

Pero por entonces se hablaba mucho más de un "diunvirato". Durante la guerra civil, el "laureado poeta" del Soviet, Dyemyan Byedny, escribió unos versos sobre "nuestro dueto". Nadie hablaba entonces de un triunvirato. En todo caso, cualquier persona que

usara tal expresión nunca se habría referido a Stalin como tercero, sino a Sverdlov, que era el popularísimo presidente del Comité Ejecutivo Central de los Soviets y firmaba todos los decretos más importantes. Recuerdo haber hablado con él varias veces sobre la insuficiente autoridad de algunos de nuestros miembros directivos en provincias, En una de estas ocasiones, Sverdlov observó: "En las localidades aceptan sólo tres firmas: la de Ilich, la tuya y hasta cierto punto la mía." (Sverdlov, dijo Lenin, era persona de aptitudes organizadoras verdaderamente notables, y de prodigiosa capacidad para trabajar duro, muy superior a Stalin.) "Nadie era tan capaz de llevar a la vez tareas de organización y políticas como Sverdlov -dijo Lenin en el Congreso del Partido de 1920-. Y tendremos que probar a remplazar su actividad con la labor de toda una junta."

Cuando llegué a Petrogrado a principios de mayo, apenas me acordaba del nombre de Stalin. Probablemente lo habría encontrado en la Prensa bolchevique, al pie de artículos que no atraían gran cosa mi atención. Mis primeras entrevistas fueron con Kamenev, Lenin y Zinoviev. Con ellos se hicieron negociaciones sobre fusión. No encontré a Stalin en las sesiones de los Soviets, ni en el Comité Ejecutivo Central, ni en los numerosos mítines que consumían considerable parte de mi tiempo. Al llegar, inmediatamente me puse en estrecho contacto con todas las figuras dirigentes en virtud de mi misión dentro del Comité Central, pero no eché de ver a Stalin ni entre los miembros de segunda fila del Comité Central, como Bubnov, Milutin, Nogin y otros. (Después de la fusión de los interdistritos, [Mezhraiontsy] con los bolcheviques, Stalin continuó siendo una figura secundaria.) "En la Mesa presidencial del Parlamento previo -dicen las actas del Comité Central del Partido-, Trotsky y Kamenev representaban a los bolcheviques." (Cuando llegó el momento de enviar representantes rectores del Partido a la Asamblea Constituyente repetidas veces mencionada, a la que se asignaba la labor de determinar en forma parlamentaria democrática el futuro Gobierno de Rusia, Stalin fue designado portavoz del Comité Central del Partido para nombrarlo. Como dice el acta, las palabras de Stalin fueron: "Camaradas, propongo como candidatos a la Asamblea Constituyente a Lenin, Zinoviev, Kollontai, Trotsky y Lunacharsky.") Estas fueron las cinco personas propuestas en nombre de todo el Partido. Recordemos que (según la historiografía oficial) sólo dos semanas antes, yo, en unión de los mencheviques y los essars, había expuesto al parecer que Lenin se presentara a consejo.

En la lista completa de bolcheviques delegados para la Asamblea Constituyente, encabezada por Lenin, el nombre de Stalin se consigna en octavo lugar. Los veinticinco nombrados eran primeros candidatos oficiales del Comité Central. La lista fue preparada por una Comisión a la que asesoraban tres miembros del Comité Central: Uritsky, Sokolnikov y Stalin. Lenin protestó enérgicamente contra la lista: había en ella demasiados intelectuales dudosos, pocos trabajadores de confianza.

"Totalmente inadmisible era también el número desproporcionado de candidatos elegidos entre personas poco probadas que, habían ingresado recientemente en el Partido (como U. Larin). Al llenar la lista de este modo, y no con candidatos que realmente hayan trabajado meses y meses en el Partido, el Comité Central abre la puerta de par en par al arribismo, a los que buscan puestos en la Asamblea Constituyente... Es evidente que entre los interdistritos (Mezhraiontsy), poco hechos aún al trabajo proletario y a la dirección de

nuestro Partido, ninguno se opondría, por ejemplo, a la candidatura de L. D. Trotsky, porque, en primer lugar, Trotsky, en cuanto llegó adoptó la posición de los internacionalistas; en segundo lugar, luchó entre los interdistritos por la fusión; en tercer lugar, durante los difíciles días de julio se mostró a la altura de las tareas y fue un campeón leal del Partido del proletariado revolucionario. Es claro que no puede decirse otro tanto de muchos de los miembros que ingresaron en el Partido ayer mismo, y cuyos nombres figuran en la lista..."

De los veinticinco (representantes bolcheviques), trece fueron castigados más tarde por Stalin, o condenados después de morir.

Después de la conquista del Poder, Stalin comenzó a sentirse más seguro de sí mismo, aunque siguió siendo una figura de segunda fila. Pronto observé que Lenin estaba "ascendiendo" a Stalin, apreciando en él la firmeza, la sangre fría, la tenacidad y hasta cierto punto la astucia, como atributos necesarios para la lucha. No esperaba de él ideas independientes, iniciativa política o imaginación creadora. Stalin avanzaba lentamente y con cautela-, cuando podía, se quedaba quieto, Pero la victoria en Petrogrado y luego en Moscú le convencieron. Comenzó a acostumbrarse al Poder. "Después de octubre -escribe Alliluyev-, Stalin se trasladó a Smolny y ocupó allí dos cuartitos del piso bajo." (Era miembro del primer Consejo de Comisarios del Pueblo, como Comisario de Nacionalidades.) Después de la Revolución, la primera sesión del Gobierno bolchevique se celebró en Smolny, en el despacho de Lenin, donde un tabique de madera sin pintar separaba el rincón de la telefonista y la mecanógrafa. Stalin y yo fuimos los primeros en llegar. De detrás del tabique llegó hasta nosotros el vozarrón de Dybenko: estaba hablando con Finlandia y la conversación era un tanto tierna. El corpulento y arrogante marinero de veintinueve años y negra barba, había intimado hacía poco con Alejandra Kollontai, mujer de antecedentes aristocráticos, que conocía media docena de lenguas extranjeras y se acercaba a los cuarenta y seis. En ciertos círculos del Partido se murmuraba no poco a propósito de aquello. Stalin, con quien hasta entonces no había sostenido yo una conversación personal,, vino hacia mí con una especie de inesperado alborozo, y señalando con el hombro hacia el tabique, dijo a través de una sonrisa forzada: "¡Ahí está ése con Kollontai, con Kollontai!" Sus gestos y su risa me parecieron fuera de lugar y de una vulgaridad insoportable, especialmente en aquella ocasión y aquel lugar. No recuerdo si le contesté algo, volviendo la cabeza a otro lado, o si le respondí secamente: "Es asunto suyo." Pero Stalin se dio cuenta de que había cometido un error. Cambió de expresión, y en sus ojos brilló el mismo relámpago de animosidad que había sorprendido en Viena. Desde entonces, nunca más intentó conversar conmigo sobre temas personales.

A fines de enero de 1918, como representante del Partido, Stalin participó en una conferencia de representantes de varios partidos socialistas de izquierda del extranjero. En ella se llegó a la conclusión de que "debía convocarse una conferencia socialista internacional... bajo las siguientes condiciones: primera, que los partidos y organizaciones convengan en seguir el camino de la lucha revolucionaria contra "sus propios Gobiernos" para lograr la paz inmediata; segunda, que apoyen la Revolución rusa de octubre y al Gobierno de los Soviets".

Por la época de las negociaciones de Brest-Litovsk se disolvió la Asamblea Constituyente. La iniciativa fue de Lenin, que también tomó sobre sí la tarea de trazar el instrumento correspondiente. Durante aquellos días se publicó la Declaración de los Derechos de los Trabajadores y de los Pueblos Oprimidos. En el texto de estos documentos históricos hay correcciones hechas por Bujarin y Stalin. "La mayoría de sus correcciones -declara una nota al pie de las obras de Lenin- no tienen carácter de principio."

Los puestos que Stalin ocupó durante los primeros años posteriores a la Revolución, y las misiones especiales, sobre todo de carácter organizador o diplomático que desempeñó muy diversas. Pero otro tanto sucedió a la mayoría de los funcionarios responsables de aquella época. Directa o indirectamente, todo el mundo estaba ocupado con la guerra civil; las obligaciones corrientes solían confiarse a los auxiliares más próximos. Stalin figuraba como miembro del cuadro de dirección del órgano central, pero, de hecho, nada tenía que ver con Pravda. Realizaba una labor más sistemática, interrumpida por viajes al frente, en el Comisariado de Nacionalidades. El Estado Soviético estaba en plena formación, y no era fácil determinar en el nuevo orden de cosas esta relación recíproca entre las distintas nacionalidades. La orientación general de esta labor, y, como es natural, también la iniciativa, era completamente de Lenin, quien desde tiempo inmemorial había atribuido a la cuestión nacional una enorme importancia, sólo superada por la del problema agrario. Resulta claro, por el Diario de su secretaria, que con frecuencia recibía delegaciones y dirigía cartas, indagaciones e instrucciones con referencia a uno u otro grupo nacional. Todas las medidas más principales habían de pasar por el Politburó; las de menos importancia se trataban por teléfono con Lenin. En el Comisariado de Nacionalidades recaía simplemente la ejecución técnica de las decisiones ya adoptadas.

La información concerniente a la labor de este Comisariado puede hallarse en las Memorias de Pestkovsky, publicadas en 1922 y 1930. Fue el auxiliar principal de Stalin durante los primeros veinte meses del régimen soviético. Viejo revolucionario polaco que había sido condenado a trabajos forzados en Siberia, y partícipe en la Revolución de octubre, que ocupó después de la victoria los puestos más diversos, entre ellos el de ministro soviético en México de 1924 a 1926, Pestkovsky estuvo durante largo tiempo en uno de los grupos de oposición, pero acertó a rectificar a tiempo. La señal de arrepentimiento reciente se encuentra en la segunda edición de esas Memorias, pero ello no les priva de su espontaneidad e interés.

La iniciativa de su colaboración salió de Pestkovsky, que había llamado a varias puertas sin encontrar aplicación para sus modesta aptitudes:

* "-Camarada Stalin -dije-, ¿eres el comisario del Pueblo para los asuntos de las Nacionalidades?

-Sí.

-Pero, ¿tienes un comisariado?

-No.

-Bueno, entonces yo te haré un comisariado.

-Magnífico. ¿Qué necesitas primero?

-De momento, me basta una credencial.

Entonces, Stalin, que detestaba las palabras inútiles, fue a la oficina ejecutiva del Consejo de Comisarios del Pueblo, y regresó a los pocos minutos con la credencial solicitada."

En una de las habitaciones de Smolny ya ocupadas, Pestkovsky encontró una mesa libre que arrimó a la pared, y por encima de ella clavó un pliego de papel con la inscripción: "Comisariado del Pueblo para Asuntos de las Nacionalidades." Luego agregó a la instalación dos sillas.

* "-Camarada Stalin -dije-, no hay consignado un céntimo a nuestro nombre.

Por entonces, el nuevo Gobierno no había tomado posesión del Banco del Estado.

-¿Necesitas mucho dinero? -preguntó Stalin.

-Para comenzar, con mil rublos tendría suficiente.

-Ven dentro de una hora.

Cuando me presenté una hora después, Stalin me mandó pedir a Trotsky tres mil rublos prestados.

-él tiene dinero. Lo encontró en el antiguo Ministerio de Negocios Extranjeros.

Fui a ver a Trotsky y le entregué un recibo por tres mil rublos. Que yo sepa, el Comisariado del Pueblo de las Nacionalidades no ha devuelto aún ese dinero al camarada Trotsky."

[Stalin estuvo al lado de Lenin el 9 (22) de noviembre de 1917, desde las dos hasta las cuatro y media de la madrugada, cuando Vladimiro Ilich, conferenciando por hilo directo con el comandante en jefe general Dujonnin, daba órdenes para entablar inmediatamente negociaciones de paz con todas las naciones en guerra. Al negarse Dujonnin, escribió una orden destituyéndole y nombrando a N. V. Krylenko comandante en jefe. [A propósito de incidentes como éste] Pestkovsky escribe que Stalin se convirtió en el "lugarteniente" de Lenin en la dirección de las acciones revolucionarias de lucha. Estaba encargado de vigilar las operaciones del Don, de Ucrania y otras partes de Rusia. La palabra "lugarteniente" no encaja bien aquí; más corriente sería decir "ayudante técnico". Como la observación del curso de la guerra civil en el país se hacía principalmente por vía telegráfica directa, esta función corría asimismo a cargo de Stalin, porque sus obligaciones le dejaban más tiempo libre que las suyas a los restantes miembros del Comité Central.

Las conversaciones de Stalin por telégrafo directo eran esencialmente entre técnicas y políticas. Cumplía instrucciones. De sumo interés resulta una de sus primeras conversaciones por línea directa, el 17 (30) de noviembre de 1917, con Porsh, representante de la Rada ucraniana. Esta institución era similar al Gobierno de Kerensky, y se apoyaba en la capa superior de la pequeña burguesía. Indudablemente, también contaba con la ayuda de la gran burguesía y de los aliados contra los bolcheviques. Los Soviets de Ucrania iban cayendo por aquel tiempo bajo la influencia de los bolcheviques, y estaban en abierta oposición con la Rada. Era inevitable un choque entre ésta y los Soviets, especialmente

después de la Revolución de octubre en Petrogrado y Moscú. Porsh, en nombre de la Rada, preguntaba cuál era la actitud del Gobierno de Petrogrado respecto al problema de las nacionalidades y a la suerte de Ucrania y de su régimen interno y particular. Stalin contestó sin concretar nada. "El Poder de Ucrania, como en otras regiones -decía Stalin-, debe pertenecer a la totalidad de diputados de los trabajadores, soldados y campesinos, incluyendo en él también la organización de la Rada. En esa esfera hay un gran margen para la coincidencia entre la Rada Central y el Soviet de Comisarios del Pueblo." ésta era precisamente la combinación que los mencheviques y los essars pidieron después de la Revolución de octubre, y sobre esta cuestión versaban las negociaciones que Kamenev no había podido llevar a buen fin.

Al otro extremo de la línea, en Kiev, junto al ministro ucraniano Porsh, estaba el bolchevique Sergio Bakinsky, quien también solicitaba respuesta a varias preguntas. Uno y otro se vigilaban. Bakinsky representaba a los Soviets. Dijo que la Rada central no creía posible transferir el Poder localmente a los Soviets. Contestando a Bakinsky, Stalin dijo que si la Rada Central no se prestaba a convocar un Congreso de Soviets con los bolcheviques, "lo convocase él sin la Rada". Además: "El Gobierno de los Soviets debe aceptarse localmente. Este es un mandamiento revolucionario que no podemos dar de lado, y no comprendo cómo la Rada Central de Ucrania puede argumentar contra un axioma." Un cuarto de hora antes Stalin había declarado que era posible combinar los Soviets con las organizaciones democráticas de la Rada; ahora se pronunciaba por el Gobierno de los Soviets sin ningún género de combinación, como axiomático. ¿Cómo explicarse esta contradicción? No tenemos documentos a la vista. Pero la mecánica que encubre la conversación está muy clara. Durante las negociaciones, Stalin enviaba la cinta del piso bajo del Smolny al piso superior, a Lenin. Habiendo leído éste la proposición de Stalin de combinar los Soviets con las organizaciones de la Rada, no pudo menos de enviarle una enérgica nota. Tal vez bajase corriendo al cuarto del telégrafo para decir a Stalin lo que pensaba. Stalin no discutió, y en la segunda parte de su conversación dio instrucciones totalmente opuestas a las transmitidas en la primera parte de ella.

Como miembro del Politburó, Stalin estaba incluido en la delegación del Partido Comunista ruso al Congreso del Partido Socialista fines. Pero esta inclusión sólo tenía carácter nominal. Stalin no tomó parte en la labor de aquél. "Cuando a fines de diciembre de 1917 se reunió el Congreso del Partido finlandés -escribe Pestkovsky-, surgió la cuestión de señalar a quién seguirla la clase trabajadora de Finlandia. El Comité Central de los bolcheviques envió a aquel Congreso a Stalin como representase suyo." Ni Lenin, ni yo, ni Sverdlov podíamos abandonar Petrogrado; y, por otra parte, Zinoviev y Kamenev no servían en aquella época para la tarea de provocar una insurrección en Finlandia. La candidatura de Stalin parecía la más apropiada. En aquel Congreso fue, seguramente, donde Stalin conoció a Tanner, con quien, veintidós años después, hubo de tratar en vísperas de la guerra finosoviética.

El mismo Pestkosvky se refiere a la íntima colaboración entre Lenin y Stalin. "Lenin no podía prescindir de Stalin siquiera un día. Probablemente por eso nuestro despacho en el Smolny estaba "bajo las alas" de Lenin. Durante el día llamaban a Stalin infinitas veces, o se presentaba en nuestro despacho para llevárselo. Stalin pasaba con

Lenin la mayor parte del día. No sé lo que hicieran, pero en cierta ocasión, al entrar en el despacho de Lenin, sorprendí un cuadro interesante. De la pared pendía un gran mapa de Rusia. Delante había dos sillas, y en ellas estaban sentados Ilich y Stalin, moviendo los dedos por la zona Norte, creo que por Finlandia.

"Por la noche, cuando la agitación en el Smolny cedía un poco, Stalin iba al hilo directo y se pasaba allí horas enteras. Llevaba las más largas negociaciones, bien con nuestros jefes militares (Antonov, Pavlunovsky, Muravyov y otros), bien con nuestros enemigos, con el ministro de la Guerra de la Rada ucraniana, Porsh. De vez en cuando, si por un asunto urgente se veía obligado a salir, me llamaba al telégrafo." Los hechos se refieren aquí más o menos correctamente; la interpretación es parcial. En aquel período, Lenin necesitaba mucho de Stalin; de eso no puede dudarse. Zinoviev y Kamenev habían estado sosteniendo una lucha contra Lenin; yo pasaba mi tiempo en los mítines o en Brest-Litovsk, sobre todo esto último; Sverdlov cargaba con la responsabilidad de todo el trabajo de organización del Partido. Stalin, en realidad, no tenía obligaciones definidas. El Comisariado de las Nacionalidades, sobre todo al principio, le consumía poco tiempo. Por consiguiente, desempeñaba las funciones de jefe de personal o de empleado de confianza a las órdenes de Lenin. Las conversaciones por telégrafo directo eran esencialmente técnicas, aunque de gran responsabilidad, y Lenin sólo podía confiarlas a una persona experta, perfectamente informada de todas las tareas y cuidados de Smolny.

[Incluso después del traslado de Petrogrado a Moscú, Lenin continuó fiel a la regla axiomática de no dar órdenes personales. Unos tres años más tarde cuando] el 24 de septiembre de 1920, Ordzhonikidze le pidió permiso por telégrafo desde Bakú para enviar un destructor a Enzeli (Persia), Lenin escribió en el mismo telegrama: "Preguntaré a Trotsky y a Krestinsky." En efecto, hay multitud de notas de esta clase en telegramas, cartas e informes. Lenin nunca decidía por sí mismo; siempre acudía al Politburó. Dos o tres de sus miembros solían estar en Moscú. De estos cientos de notas sobre el propósito de consultar con miembros del Politburó, sólo se han extraído las que llevan la inscripción de "consultar con Stalin", para interpretarlas en el sentido de que Lenin no sabía dar un paso sin él.

[Con referencia a las negociaciones de Brest-Litovsk], los historiógrafos de Stalin se han despachado a su gusto. [Tenían documentos auténticos que citar en apoyo de su mitología, documentos de los archivos del Comisariado de Negocios Extranjeros, presidido entonces por Trotsky. Así, en 1935, escribía un tal Sorin:]

* "En una carta a Lenin, desde Brest, Trotsky proponía el siguiente plan, profundamente aventurado en esencia: no firmar una paz anexionista, sino continuar la guerra, y desmovilizar a la vez el ejército. El 15 (2) de enero, en una Conversación por hilo director con Trotsky, que pedía una respuesta, Vladimiro Ilich calificó el plan de Trotsky de "disputable", y demoraba la contestación definitiva hasta que llegase Stalin, que por entonces no estaba en Petrogrado, y a quien Vladimiro Ilich deseaba consultar. Reproducimos la reseña completa de estas conversaciones:

"15 (2) enero. Trotsky y Lenin sostuvieron por hilo directo las siguientes conversaciones: Trotsky pregunta a Lenin si recibió una carta que le dirigió por medio de

un soldado lituano. Trotsky necesita una respuesta inmediata a esa carta. La respuesta debe estar concebida en términos de conformidad o de desacuerdo."

"Lenin al aparato: Acabo de recibir tu carta especial. Stalin no está aquí, y no he podido enseñársela aún. Tus planes me parecen contestables. ¿No es posible aplazar la decisión final hasta después de una sesión especial del Comité Ejecutivo Central? Tan pronto como vuelva Stalin le enseñaré la carta. - Lenin."

"Debemos procurar diferir la decisión todo lo posible, esperando tus noticias. Trata de apresurarte. La delegación de la Rada está realizando una política de traición flagrante. El estudio del plan en el Comité Central me parece inconveniente, pues puede provocar una reacción antes de llevar el plan a efecto.-Trotsky." Respuesta a Trotsky: "Desearía consultar primero con Stalin antes de contestar a tu pregunta. Hoy sale a visitarte una delegación del Comité Ejecutivo Central de Ucrania en Jarkov, que se asegura que la Rada de Kiev está en la agonía. - Lenin."

Cuando las negociaciones de 18 (5) de enero alcanzaron un punto crítico, L. D. Trotsky pidió normas por hilo directo, y recibió, una tras otra, las dos siguientes notas:

1. "A Trotsky: Stalin acaba de llegar. Consultaré el caso con él y te daremos nuestra contestación.-Lenin."

2. "Informad a Trotsky que consiga una tregua y venga a Petrogrado.-Lenin. Stalin."

[La historia oficial del Partido bolchevique, publicada en 1939, se desborda aquí por completo. Afirma lo siguiente:]

* "El 10 de febrero de 1918 se interrumpieron las negociaciones de paz de Brest-Litovsk. A pesar de que Lenin y Stalin insistían en firmar la paz en nombre del Comité Central del Partido, Trotsky, que presidía la delegación soviética en Brest, traidoramente violó las instrucciones explícitas del Partido bolchevique. Declaró que la República Soviética se negaba a firmar la paz en las condiciones propuestas por Alemania, y al mismo tiempo informó a los alemanes que la República Soviética no continuaría la guerra y seguiría desmovilizando el ejército.

"Esto era monstruoso. Los imperialistas alemanes no podían pedir más de este traidor a los intereses de la patria soviética."

[Pasando de la página 207 a la 208 del mismo libro, encontramos la siguiente invención:]

* Lenin calificó esta decisión de "extraña y monstruosa".

En aquel tiempo, el Partido no comprendía aún cuál era la razón de la conducta hostil al mismo de Trotsky y los "comunistas de izquierda". Pero como se ha probado últimamente en la causa contra el "Bloque de derechistas y trotskistas" antisoviéticos (iniciado en 1938), Bujarin y el grupo de "comunistas de izquierda", encabezado por él, en unión de Trotsky y de los essars "de izquierda", ya conspiraban entonces secretamente contra el Gobierno soviético. Bujarin, Trotsky y sus cómplices conspiradores según ha resultado, tendían a anular el tratado de paz de Brest, detener a V. I. Lenin, J. V. Stalin, Ya.

M. Sverdlov, matarlos y formar un nuevo Gobierno de bujarinistas, trotskistas y essars "de izquierda".

[Examinemos ahora las actas. Sesenta y tres bolcheviques asistieron a la Conferencia del 21 (8) de enero 1918, de los cuales una mayoría absoluta (32) votaron en favor de emprender una guerra revolucionaria. La posición de Trotsky (ni paz ni guerra), obtuvo 16 votos; la de Lenin (paz con el Imperio alemán), 15 votos. La cuestión se examinó de nuevo tres días después por el Comité Central del Partido. Las actas de la sesión del 24 (11) de enero de 1918, dicen lo siguiente:]

* "El camarada Trotsky propone que se someta a votación la siguiente fórmula: "Terminemos la guerra, no hacemos la paz, desmovilicemos el Ejército." Para someter a votación. En favor, 9; en contra, 7.

"Se puso a votación la propuesta de Lenin: "Insistimos en que la paz se firme de todos modos." (En favor, 12; en contra, 1.) La de L. D. Trotsky: "¿Vamos a lanzar una apelación a la guerra revolucionaria?" (En favor, 2; en contra, 11; abstenciones, 1); y "Paramos la guerra, no hacemos la paz, desmovilizamos el Ejército". (En favor, 9; en contra, 7.)"

En aquella sesión, Stalin fundaba la necesidad de firmar una paz separadamente en este argumento: "No hay ningún movimiento revolucionario en el Oeste; no hay hechos, sino tan sólo potencialidades, y no podemos tener éstas en cuenta." "¿No podemos tenerlas en cuenta?", fue la refutación inmediata de Lenin; es verdad que la revolución en Occidente no ha empezado; "sin embargo, si cambiáramos nuestra táctica por eso, seríamos traidores al socialismo internacional".

El día siguiente, 25 (12) de enero, se examinó la cuestión de la paz en la sesión conjunta de los Comités Centrales de los bolcheviques y de los socialrrevolucionarios (essars) de izquierda, por mayoría de votos se acordó someter a la consideración del Congreso de los Soviets la fórmula: "Ni empeñar guerra ni firmar paz."

¿Cuál fue la actitud de Stalin respecto a esta fórmula? Esto es lo que Stalin declaraba una semana después de la reunión en que la fórmula fue aprobada por 9 votos contra 7:

"Sesión de 1 febrero (19 de enero) de 1918. Camarada Stalin: "...La salida de esta difícil situación se nos brinda en el punto de vista intermedio, o sea en la posición de Trotsky"."

Las palabras de Stalin se harán perfectamente comprensibles teniendo presente que en todo aquel período crítico la inmensa mayoría de las organizaciones del Partido y Soviets estaban por la guerra revolucionaria, y que, por tanto, la posición de Lenin solo podía resolverse en una revolución del Partido y del Estado (lo que, naturalmente, no era posible). Así, lejos de equivocarse, Stalin reconocía un hecho incontrovertible, al decir que mi proposición era entonces la única salida de la situación para el Partido.

[En 1 de febrero] la delegación de los Soviets en la Conferencia de la Paz, en Brest-Litovsk, hizo pública la declaración oficial de la negativa del Gobierno soviético a firmar la paz anexionista y de la terminación de la guerra con las potencias de la Cuádruple Alianza.

[Dos días después se publicó] la orden del generalísimo N. V. Krylenko, dando fin a la actividad militar contra dichas potencias y desmovilizando el Ejército ruso.

[Refiriéndose a estos sucesos un año después, Lenin escribió:]

* "¿Cómo ocurrió que no hubiese una sola tendencia, sentido ni organización del Partido que se opusiera a aquella desmovilización? ¿Qué nos ocurrió? ¿Es que habíamos perdido la cabeza por completo? Nada de eso. Oficiales no bolcheviques andaban diciendo, aun antes de octubre, que el Ejército no podía seguir luchando, que no podía mantenerse en el frente unas semanas más. Después de octubre, eso se hizo palpable a todo el mundo que quisiera mirar las cosas cara a cara, que no tratase de volver la espalda a la cruda y desagradable realidad, ni de ocultarse o echarse el sombrero ante los ojos, contentándose con frases arrogantes. No había Ejército. Era imposible atenerse a él. Lo mejor era proceder a la desmovilización lo antes posible.

Aquél era el lado enfermo del organismo estatal ruso, que no podía sostener sin momento más la carga de la guerra. Cuanto antes lo desmovilizásemos, antes se disolvería en partes no enfermas todavía, y el país estaría en condiciones de prepararse para sus nuevas y difíciles tareas. Esto es lo que sentíamos cuando por unanimidad, sin la más leve protesta, aprobarnos la resolución, la decisión que, desde el punto de vista de los acontecimientos exteriores, era absurda: desmovilizar el Ejército. Era lo que debía hacerse. Decíamos que sostener el Ejército era una vana ilusión. Cuanto antes lo desmovilizáramos, antes comenzaría la convalecencia de todo el organismo social en conjunto. De aquí que las frases revolucionarias: "Los alemanes no pueden avanzar", y su consecuencia: "No podemos declarar terminado el estado de guerra; ni guerra ni firma de paz" envolviesen un error tan profundo, una valoración tan excesiva de los hechos. Pero, supongamos que avanzan los alemanes. "No, no serán capaces de avanzar.""

En realidad, el avance de las tropas alemanas duró catorce días, del 18 de febrero al 3 de marzo. Todo el día 18 de febrero dedico el Comité Central a la cuestión de cómo reaccionar al avance alemán que había comenzado.

Después de romperse las negociaciones de Brest, el 10 de febrero, y de publicar los delegados rusos una declaración de terminación de la guerra y de negativa a firmar la paz con Alemania, el "partido militar" (el partido de anexión a toda costa) había vencido. En una conferencia celebrada en Hamburgo el 13 de febrero, bajo la presidencia del emperador Guillermo, se aprobó la siguiente declaración que él mismo propuso: "La negativa de Trotsky a firmar el tratado de paz conduce automáticamente a la terminación del armisticio." El 16 de febrero, el mando militar alemán informó oficialmente al Gobierno soviético de la terminación del armisticio con la República de los Soviets, a contar del mediodía del 18 de febrero, violando así la condición estipulada de que el aviso de finalizar el armisticio debía darse siete días antes de iniciar la acción militar.

La cuestión de cómo reaccionar ante el avance alemán se planteó primeramente en la reunión del Comité Central del Partido, de la noche del 17 de febrero. La proposición inmediata de Alemania de abrir nuevas negociaciones para la firma de la paz fue rechazada por seis votos contra cinco. En cambio, nadie votó por "la guerra revolucionaria"; N. I. Bujarin, G. I. Lomov y A. A. Joffe "renunciaron a votar por plantearse así la cuestión". Por

mayoría de votos se aprobó una resolución "difiriendo la reanudación de negociaciones de paz hasta que el avance se manifestase en grado suficiente y se haga notar su influencia sobre el movimiento obrero" Con tres abstenciones, se aprobó por los votos restantes la siguiente decisión: "Si es hecho el avance alemán y no hay sublevación revolucionaria en Alemania y Austria, tenemos que hacer la paz."

El 18 de febrero, iniciado ya el avance alemán, el Comité Central del Partido estuvo reunido todo el día, con breves interrupciones (en una de las actas se cita como hora "por la noche", sin mencionarse la de las otras dos). En la primera sesión, después de intervenir Lenin y Zinoviev en favor de firmar la paz, y yo y N. I. Bujarin en contra, se rechazó por siete votos contra seis la moción de "presentar inmediatamente una proposición para reanudar las negociaciones de paz". En la segunda sesión, o sea la de la noche, después de hablar Lenin, Stalin, Sverdlov y Krestinsky en favor de reanudar las gestiones de paz, y Uritsky y Bujarin en contra, y de manifestarme yo en el sentido de no reanudarlas, sino solicitar de los alemanes sus condiciones, se sometió a votación el punto siguiente: "¿Debemos presentar inmediatamente al Gobierno Alemán una proposición de concertar la paz en el acto?" Esta proposición fue aprobada por siete votos (Lenin, Smilga, Stalin, Sverdlov, G. Sokolnikov, Trotsky, Zinoviev) contra cinco (Uritsky, Lomov, Bujarin, Joffe, Kretinsky) y una abstención (Stassova). Entonces se convino en formular una declaración explícita del acuerdo y redactar el texto de la comunicación que había de dirigirse al Gobierno alemán. Se puso a votación la propuesta de Lenin sobre los puntos de que habla de constar el telegrama. Salvo dos abstenciones, el resto voló por anotar y referirse a la dureza de las condiciones de paz; en el sentido de firmar, desde luego, las condiciones conocidas, indicando que no había posibilidad de rechazar otras aún peores, se pronunciaron siete contra cuatro y dos abstenciones. La tarea de formular el texto se delegó en Lenin y en mí. Lenin escribió acto seguido el radiograma, y,, con leves correcciones mías, se aprobó éste en la reunión conjunta de los Comités Centrales de los bolcheviques y de los essars de izquierda, mandándose las firmas del Consejo de Comisarios del Pueblo a Berlín el 19 de febrero.

En la sesión del Consejo de Comisarios del Pueblo de 21 de febrero, los representantes de la izquierda essar votaron en contra de utilizar la ayuda de la Entente para contrarrestar el avance alemán. Se habían iniciado negociaciones con los aliados sobre ayuda militar y técnica poco después de la revolución de octubre. Las llevábamos Lenin y yo con los generales Lavergne y Niessel y el capitán Jacques Sadoul por los franceses, y con el general Raymond Robbins por los norteamericanos. El 21 de febrero, en relación con el continuado avance de los alemanes, el embajador francés Noulens me telegrafió: "En su resistencia a Alemania, pueden contar con la cooperación militar y económica de Francia." Naturalmente, la diferencia entre el militarismo alemán y el militarismo francés no era para nosotros cuestión de principio. Era sólo cuestión de asegurar la necesaria neutralización de ciertas fuerzas antagónicas a fin de salvar al Gobierno soviético. (Pero el Gobierno francés no cumplió su palabra.) Clemenceau proclamó una guerra santa contra los bolcheviques. Entonces nos vimos obligados a firmar la paz de Brest-Litovsk.

La respuesta al radiograma de los Soviets que bosquejaba las condiciones alemanas de paz se recibió en Petrogrado a las diez y media de la mañana (del 23 de febrero).

Comparadas con las condiciones de paz ofrecidas el 10 de febrero, las nuevas eran mucho peores. El Ejército rojo debía evacuar inmediatamente Letonia y Estonia, que ocuparía la Policía alemana; Rusia se comprometía a concertar la paz con los Gobiernos burgueses de Ucrania, Finlandia, etc. Se discutió (el mismo día) si se aceptaban los términos de paz alemanes, primero en la sesión del Comité Central del Partido bolchevique, y luego en una reunión conjunta de nuestro Comité Central y el de los essars izquierdistas, y, por último, en la sesión plenaria del mismo Comité Ejecutivo Central de toda Rusia.

En la reunión del Comité Central del Partido bolchevique, Lenin, Zinoviev, Sverdlov y Sokolnikov hablaron en favor de aceptar aquellas condiciones y firmar la paz. Bujarin, Dzerzhinsky, Uritsky y Lomov se manifestaron contrarios a ello. Yo declaré que, "de haber tenido unanimidad, podíamos habernos encargado personalmente de organizar la defensa. Hubiéramos podido hacerlo... Pero eso requería la máxima unidad. Como no la había, no quería cargar con la responsabilidad de votar por la guerra". El Comité Central resolvió por siete votos contra cuatro, con cuatro abstenciones, aceptar en el acto la proposición alemana, prepararse para una guerra revolucionaria y (unánimemente, con tres abstenciones), efectuar una votación entre los electores del Soviet en Petrogrado y Moscú, para cerciorarse de la actitud de las masas respecto a la conclusión de la paz.

En aquella sesión del Comité Central de 23 de febrero, Stalin declaró: "No necesitamos firmar, pero hay que iniciar enseguida negociaciones de paz." A lo que Lenin replicó: "Stalin no tiene razón al decir que no necesitamos firmar. Las condiciones deben firmarse. De no hacerlo firmáis la sentencia de muerte del Gobierno de los Soviets para dentro de tres semanas." (Y el acta dice además: "El camarada Uritsky, contestando a Stalin, dijo que las condiciones habían de aceptarse o rechazarse, pero que ya no era posible entablar negociaciones.")

A cualquier enterado de los asuntos en aquellos momentos (incluso a un ardiente y tenaz defensor de una guerra revolucionaria contra la Alemania imperial como Uritsky) le era evidente la inutilidad de resistirse. La propuesta de Stalin obedecía totalmente a la falta de una posición meditada. Ya el 18 de febrero, el Ejército alemán [había ocupado] Minsk. Su avance se desarrollaba con extraordinaria rapidez. La política de retroceder se había apurado hasta las heces. [Y, sin embargo,] Stalin proponía [cinco días después,] el 23 de febrero, no firmar la paz, sino... entablar negociaciones.

Stalin habló de nuevo en la sesión del 23 de febrero, esta vez en defensa de la necesidad de firmar el tratado de paz. Aprovechó la ocasión para rectificarse igualmente en cuanto al punto de la revolución internacional [al verse criticado] por Lenin. [Stalin dijo:] "También nosotros apostamos por la Revolución, pero vosotros contáis por semanas, mientras que nosotros lo hacemos por meses." Esto se ajustaba enteramente al humor de aquellos días y a las palabras de Sergeyev (Artemio) [en la sesión del 24 (11) de enero de 1918], de que todos los miembros del Comité Central estaban conformes en una cosa: en que sin la victoria de la Revolución en el plazo más breve posible (según Stalin de allí a pocos meses), la República de los Soviets perecería. Así, por entonces prevalecía unánimemente el "trotskismo" en el Comité Central del Partido.

Esencialmente, Stalin no adoptó una posición independiente en el período de las negociaciones de Brest. Vacilaba, esperaba la ocasión, mantenía la boca cerrada... intrigaba. "El viejo espera aún la paz -me decía, moviendo la cabeza en dirección a Lenin-, pero no la conseguirá." Luego, probablemente iría a decir a Lenin algo parecido respecto a mí. La verdad es que nunca se ponía al' descubierto, seguramente porque nadie se interesaba por su opinión ni por sus contradicciones. Tengo la certeza de que mi tarea principal, consistente en hacer nuestra actitud respecto a la paz lo más comprensible que pudiera al proletariado del mundo, era una consideración secundaria para Stalin. él estaba interesado por la "paz en un país", lo mismo que después había de interesarse por el "socialismo en un país". Durante la votación decisiva se unió a Lenin. Sólo al cabo de unos años, en provecho de su lucha contra el trotskismo se tomó la molestia de componer para su uso cierta apariencia de "punto de vista" sobre los acontecimientos de Brest. Compárese su actitud con la de Lenin, quien, dirigiéndose al VII Congreso del Partido, el 8 de marzo, inmediatamente después de la enconada lucha de facciones, dijo:

* "Además, debo referirme a la posición del camarada Trotsky. Es necesario distinguir dos aspectos de su actividad; cuando comenzó las negociaciones en Brest, utilizándolas espléndidamente para la agitación, todos estábamos de acuerdo con el camarada Trotsky... La táctica de Trotsky, en cuanto tendía a ganar tiempo, era justa. Pero se hizo injusta cuando se declaró terminado el estado de guerra sin haber firmado aún la paz... Pero como la Historia ha disipado aquello, no vale la pena recordarlo."

Evidentemente, había una profunda diferencia entre la política de Lenin en todo el asunto de la crisis de Brest-Litovsk y la política de Stalin, que estaba más cerca de Zinoviev. Debe consignarse que únicamente Zinoviev tuvo el valor de reclamar la inmediata firma de la paz, profetizando que la suspensión de las negociaciones llevaría de seguro a una agravación de las condiciones inmediatamente; pero Lenin pensaba que dando largas a las negociaciones de paz se hacía agitación revolucionaria y que las tareas de la revolución internacional estaban por encima de las consideraciones patrióticas, por encima de las condiciones territoriales y de todo otro orden del tratado de paz. Para Lenin, la cuestión era asegurarse un respiro en la lucha por la revolución internacional. Stalin seguramente opinaba que la revolución internacional era algo "potencial" con lo que no podía contarse. Verdad es que más tarde, rectificó estas palabras, para imponerse a otros, pero, en esencia, la revolución internacional en aquellos días, como mucho más tarde, siguió siendo para él una fórmula sin vida, de nula utilidad para la política práctica.

Precisamente en la época de esta crisis fue cuando se vio claro que los factores de la política mundial eran incógnitas para Stalin. Nada sabía de ellas, ni le interesaban. Entre las capas mejor preparadas de los trabajadores alemanes se entablaban discusiones apasionadas sobre las negociaciones iniciadas por los bolcheviques con objeto de concertar la paz. No pocos exteriorizaban la opinión de que los bolcheviques y el Gobierno de los Hohenzollern estaban representando una comedia en la que el desenlace era conocido de antemano. La lucha por la revolución requería que aclarásemos a los trabajadores que no podíamos proceder de otra manera, que los enemigos nos arrollaban y nos veíamos forzados a firmar el tratado de paz. Precisamente por esa razón, el avance alemán era nuestra mejor prueba de la índole obligada del tratado. Un ultimátum de Alemania no hubiera sido bastante; un

ultimátum pudiera haberse tornado también como parte de la comedia ensayada. Era muy diferente, en cambio, el movimiento efectivo de las tropas alemanas, la ocupación de ciudades y de efectos militares. Estábamos perdiendo una enorme riqueza, pero ganábamos a su costa la confianza política de la clase trabajadora de todo el mundo. Tal era el sentido del desacuerdo.

Según el texto de la Constitución, un Comisariado del Pueblo se componía del presidente y de la Junta que constaba, a su vez, de media docena y hasta de una docena de miembros. No era tarea fácil dirigir un departamento. Según Pestkovsky, "todos los miembros de la Junta sobre Asuntos Nacionales estaban en oposición con Stalin, y con frecuencia dejaban a su comisario del Pueblo en minoría" El contrito autor se apresura a añadir: "Stalin decidió reeducarnos, y a ello se consagró con perseverancia, poniendo en tal propósito infinita perspicacia y discreción." Es lástima que Pestkovsky no entre en pormenores sobre este aspecto de la cuestión. Pero sí nos enteramos por él del original modo de resolver Stalin sus conflictos con la Junta. "A veces perdía la paciencia -relata Pestkovsky-, pero nunca lo demostraba durante las reuniones. En esos casos, cuando a causa de nuestras inacabables discusiones en las conferencias se impacientaba, salía de la habitación con gran habilidad; "por un momento" desaparecía de pronto de la habitación para retirarse a un rincón del Smolny, y más tarde del Kremlin. Era imposible encontrarle. Al principio solíamos esperarle; pero, al cabo, aplazábamos la reunión. Yo me quedaba solo en nuestro despacho común, aguardando pacientemente su vuelta, pero en vano. En aquellos momentos solía sonar el teléfono; era Vladimiro Ilich llamando a Stalin. Le ¡Replicaba que Stalin había desaparecido, y él contestaba invariablemente: "Buscadle en seguida." No era cosa fácil. Salía a dar una larga carrera por los corredores interminables del Smolny o del Kremlin en busca de Stalin, para encontrarte en los sitios más inesperados. Un par de veces le hallé en el cuarto del marinero camarada Vorontsov, en la cocina, tendido en un diván y fumando una pipa mientras cavilaba sobre su tesis."

No menos colorido hay en la descripción que hace Pestkovsky de la búsqueda de local para el Comisariado en Moscú, cuando el Gobierno se trasladó allí en marzo siguiente desde Petrogrado. Entre los Departamentos se desencadenó una furiosa pelea por las casas particulares de los comerciantes. El Comisariado Popular de Nacionalidades no consiguió absolutamente nada al principio. "Yo puse a contribución a Stalin." Ignoro a quién pondría Stalin a contribución. "Al poco tiempo, el Comisariado Popular de Nacionalidades estaba en posesión de varias casas particulares. La Oficina central y los bielorrusos se alojaron en la Povarskya; los letones y los estonios en la Nikitskaya; los polacos en el Arbat los judíos en Prechistenka, y los tártaros en un local de la ribera. Además, Stalin y yo teníamos despachos en el Kremlin. Stalin no pareció satisfecho ni mucho menos con la situación. "Ahora es completamente imposible teneros a todos a la vista. Deberíamos encontrar una casa grande y estar allí todos reunidos." Esta idea no le abandonó un solo minuto. Pocos días después, me dijo: "Nos han dado el 'Gran Hotel' de Siberia, pero el Consejo Supremo de Economía Nacional se lo ha apropiado. Sin embargo, yo no pienso ceder. Di a Alliluyeva que escriba lo siguiente en varias cuartillas: Estos locales están ocupados por el Comisariado Popular de Nacionalidades. Y llévate unas chinches.""

Alliluyeva, futura esposa de Stalin, era mecanógrafa en el Comisariado de Nacionalidades. Armados de las mágicas cuartillas y de chinches, Stalin y su ayudante fueron en automóvil a la calle de Zlatoustensky. "Ya estaba oscureciendo. La entrada principal del hotel estaba cerrada. En la puerta se veía un trozo de papel con el siguiente texto: "Esta casa está ocupada por el Consejo Supremo." Stalin lo arrancó, y en su lugar pusimos nuestros letreros. "Ya no nos queda más que entrar aquí", dijo Stalin. No era fácil hacerlo. Con gran dificultad encontramos la entrada posterior. Por una razón ignorada la electricidad no funcionaba. Nos alumbramos con cerillas. En el segundo piso tropezamos con un largo pasillo. Clavamos nuestros avisos en varias puertas, al azar. Cuando llegó el momento de volvernos se nos habían terminado los fósforos. Al bajar en la más completa oscuridad, nos caímos hasta el piso de abajo y casi nos rompimos la cabeza. Al fin, pudimos encontrar el camino hasta nuestro automóvil."

Exige algún esfuerzo de imaginación figurarse a un miembro del Gobierno, al amparo de la oscuridad, entrando violentamente en un edificio ocupado por otro Ministerio, arrancando unos avisos y poniendo otros en su lugar. Puede decirse con certeza que no se le hubiera ocurrido tal cosa a ningún otro comisario del Pueblo miembro del Comité Central. En este rasgo reconocemos al Koba de los días de la cárcel de Bakú. Stalin no podía menos de saber que la cuestión discutible de un edificio había de decidirse en última instancia por el Consejo de Comisarios del Pueblo ante un hecho consumado. El intento fracasó; el edificio fue concedido al Consejo Supremo de Economía Nacional, que era un Ministerio más importante. Ya tenía Stalin otra rencilla secreta contra Lenin.

La mayoría de la Junta razonaba, según el relato de Pestkovsky, del siguiente modo: toda opresión nacional era solamente una de las manifestaciones de la opresión de clase. La Revolución de octubre ha destruido la base de la opresión clasista. Por consiguiente, no había necesidad de organizar en Rusia repúblicas y regiones Autónomas. La división territorial debía hacerse sólo con sujeción a normas económicas. "...La oposición a la política leninista, por extraño que parezca de primera intención, era especialmente fuerte entre los bolcheviques no rusos (letones, ucranianos, armenios, judíos, etc.). Los bolcheviques de las tierras fronterizas que sufrían opresión se habían formado en la lucha con partidos nacionalistas, y se inclinaban a rechazar, no sólo el veneno del patrioterismo, sino incluso las reivindicaciones sociales progresivas. La Junta del Comisariado Popular de Nacionalidades contaba con dos no rusos rusificados, que oponían su abstracto internacionalismo a las necesidades de desenvolvimiento de las nacionalidades oprimidas. Realmente, su política apoyaba la vieja tradición de la rusificación, y era intrínsecamente un peligro especial en las circunstancias de la guerra civil."

El Comisariado Popular de Nacionalidades se creó para organizar todas las antiguas naciones oprimidas de Rusia mediante Comisariados nacionales (como el armenio, el bielorruso, el judío, el letón, el musulmán -llamado más tarde tártarobashkir-, el polaco y las secciones de los montañeses del Cáucaso, los alemanes, los kirghises, los ucranianos, los chuvash, los estonios, los calmucos, los yugoslavos, los checoslovacos -para servir a los prisioneros militares checos-, los votiacos y los komis). El Comisariado trataba de organizar la educación de las nacionalidades sobre una base soviética. Publicaba un periódico semanal, La Vida de las Nacionalidades, en ruso, y varias publicaciones en

diversas lenguas nacionales. Pero se dedicaba principalmente a organizar repúblicas nacionales y regionales, para encontrar los necesarios cuadros dirigentes entre los mismos naturales de ellas; a la orientación general de las entidades territoriales recién organizadas, y a cuidar de las minorías nacionales que residían fuera de su propio territorio segregado. A los ojos de las nacionalidades atrasadas que por primera vez se vieron solicitadas por la Revolución a llevar una existencia nacional independiente, el Comisariado de Nacionalidades tenía una indudable autoridad. Les abría las puertas que llevaban a una vida independiente dentro del marco del régimen soviético. En aquella esfera, Stalin era un ayudante insustituible para Lenin. Stalin conocía la vida del pueblo aborigen del Cáucaso, íntimamente, como sólo un nativo podía conocerla. Llevaba aquel primitivismo en la sangre. Le gustaba la sociedad de aquella gente, encontraba un lenguaje común para conversar con ellos, no recelaba que pudiesen superarle en nada, y, por consiguiente, los trataba con aire democrático, amistoso. Lenin apreciaba estas cualidades de Stalin, que otros no compartían, y en todos sentidos trató de respaldar la autoridad de Stalin frente a toda clase de delegaciones nacionales. "Trátalo con Stalin. Conoce bien ese asunto. Sabe cómo andan las cosas. Discute el asunto con él." Tales consejos salieron de sus labios centenares de veces. En todas aquellas ocasiones en que Stalin tenía serios conflictos con los delegados nacionales, o con su propia Junta, se acudía al Politburó, donde todas las cuestiones en litigio se resolvían invariablemente en favor de Stalin. Esto reforzó, seguramente, su autoridad aún más en el concepto de los círculos rectores de las nacionalidades atrasadas: del Cáucaso, del Volga, de Asia. La nueva burocracia de las minorías nacionales llegó a ser más tarde un baluarte no despreciable del poder de Stalin.

El 27 de noviembre de 1919 se celebró en Moscú el 11 Congreso de Organizaciones comunistas musulmanas de toda Rusia y de los pueblos del Este. Abrió el Congreso Stalin en nombre del Comité Central del Partido. Fueron elegidos cuatro miembros honorarios: Lenin, Trotsky, Zinoviev y Stalin. El presidente del Congreso, Sultán-Galiyev, uno de los que después tuvieron mal fin, propuso que el Congreso saludara a Stalin como "uno de esos luchadores que arden con una llama de odio contra el imperialismo internacional". Pero es muy característico para la gradación de los dirigentes en aquel tiempo, que incluso en este Congreso terminase el informe de Sultán-Galiyev sobre la revolución política en general con la salutación: "¡Viva el Partido Comunista ruso! ¡Vivan sus dirigentes, camaradas Lenin y Trotsky! " Aun este Congreso de los Pueblos del Este, celebrado bajo la dirección inmediata de Stalin, no creyó necesario incluir a Stalin entre los líderes del Partido.

Stalin fue comisario Popular de Nacionalidades desde el momento de la Revolución hasta la liquidación del Comisariado en 1923, al crearse la Unión Soviética y el Consejo de Nacionalidades del Comité Ejecutivo Central de la U.R.S.S. Puede considerarse firmemente comprobado que, por lo menos hasta mayo de 1919, Stalin no tuvo mucho quehacer con los asuntos del Comisariado. Al principio, Stalin no escribía los editoriales de La Vida de las Nacionalidades; luego, cuando el periódico empezó a salir en formato grande, comenzaron a aparecer los editoriales de Stalin un número tras otro. Pero la productividad literaria de Stalin no era grande, y fue disminuyendo de año en año. En 1920-1921 sólo encontramos dos o tres artículos suyos. En 1922, ni uno solo. Por entonces, Stalin se había pasado por completo a la política de máquina.

En 1922, el Consejo de dirección del periódico decía: "Al iniciar la publicación de La Vida de las Nacionalidades, el camarada Stalin, comisario Popular de Asuntos de las Nacionalidades, tomó en ella parte activa. Escribió en aquel periódico no sólo artículos editoriales, sino también a menudo revistas informativas y colaboraba con notas para la sección de "Vida del Partido" y otras." Leyendo estas colaboraciones, reconocemos al antiguo director de las publicaciones de Tiflis y de la Pravda de San Petersburgo en 1913.

Así, en varios números, dedicó su atención al Este. ésta fue una idea directriz de Lenin. Puede seguirse en varios de sus artículos y discursos. Indudablemente, el interés de Stalin por el Este revestía en gran medida carácter personal. él mismo era natural del Este. Si ante representantes del Oeste, desconocedor como era de la vida occidental y de sus lenguas, se encontraba siempre apurado, con representantes de las naciones atrasadas del Este, cuya suerte dependía en considerable proporción de él en calidad de comisario, se hallaba incomparablemente más a gusto y pisaba terreno más firme. La idea básica era de Lenin. Pero en Lenin, las perspectivas del Este y del Oeste estaban íntimamente trabadas. En primer plano, en 1918, estaban los problemas de Occidente, no de Oriente; la guerra se hallaba a punto de terminar, había motines en todos los países, revoluciones en Alemania y Austria-Hungría y en otras partes. Por ejemplo, el artículo de Stalin titulado No hay que olvidar el Este apareció en el número de 24 de noviembre de 1918, esto es, coincidiendo con la revolución en Austria-Hungría y en Alemania. Todos nosotros habíamos mirado estas revoluciones como precursoras de las revoluciones socialistas de Europa. Y entonces escribía Stalin que "sin el movimiento revolucionario en el Este, es inútil pensar en el triunfo final del socialismo"; en otras palabras, Stalin consideraba el triunfo del socialismo imposible, no sólo en Rusia, sino en Europa, sin el despertar revolucionario del Este. Aquello era una repetición de la idea directriz de Lenin; pero en esa repetición había una división, no sólo de trabajo, sino también de intereses: Stalin no tenía absolutamente nada que decir con referencia a las revoluciones del Oeste. No conocía Alemania, su vida ni su lengua, y otros escribían sobre ello con mucho más conocimiento de causa. Stalin se encontraba sobre el Este.

En 1 de diciembre de 1918, Stalin escribió en La Vida de las Nacionalidades un artículo titulado "Ucrania se está liberando." Era la misma vieja retórica seminarista. La repetición ocupa el puesto de otros recursos: "No dudamos de que el Gobierno Soviético de Ucrania será capaz de ofrecer la debida resistencia a sus nuevos huéspedes importunos, los esclavizadores venidos de Inglaterra y Francia. No dudamos de que el Gobierno Soviético de Ucrania sabrá desenmascarar la misión reaccionaria de tales huéspedes", y así ad nauseam. En un artículo publicado en la misma revista el 22 de diciembre de 1918, escribía: "Con ayuda de las mejores fuerzas comunistas, la máquina estatal soviética (en Ucrania) se está reorganizando. Los miembros del Comité Central de los Soviets en Ucrania tienen a su frente al camarada Pyatakov..." Las mejores fuerzas comunistas que componían el Gobierno de Ucrania eran: Pyatakov, Vorochilov, Sergeyev (Artemio), Kviring, Zatonsky y Kotsubinsky. De todos ellos sólo Vorochilov ha sobrevivido y llegó a mariscal. Sergeyev (Artemio) murió en accidente; los demás fueron ejecutados sin reservas o desaparecieron sin dejar huellas. Tal fue el sino de "las mejores fuerzas comunistas".

El 23 de febrero publicó un editorial titulado Dos campos, en el que decía, entre otras cosas: "El mundo se ha dividido resuelta e irrevocablemente en dos campos: el campo del imperialismo y el campo del socialismo... Las olas de la revolución socialista crecen sin freno, y asaltan las fortalezas del imperialismo... Su fragor resuena en las tierras de los pueblos oprimidos... Bajo los pies del imperialismo, el suelo se enciende..." A pesar de las olas, estas imágenes son estereotipadas, y no están muy de acuerdo unas con otras. En todo ello se advierte cierto tonillo de insinceridad bajo el énfasis de la pobreza de estilo burocrático. El 9 de marzo de 1919, La Vida de las Nacionalidades publicó un artículo de Stalin bajo el título de Después de dos años, que expresaba sus conclusiones: "La experiencia de los dos años de lucha del proletariado confirma cuanto vaticinó el bolchevismo..., la inevitabilidad de la revolución proletaria mundial..." En aquellos días, la perspectiva del bolchevismo no se había reducido a socialismo en ningún otro país. Del mismo tipo eran todos los demás artículos, todos ellos completamente horros de originalidad de pensamiento y de atractivos de forma. Los artículos eran francamente de carácter doctoral, sin sustancia, lacios y falsos.

El 7 de noviembre (esto es, el tercer aniversario de la Revolución de octubre), encontramos a Stalin en Bakú, donde habló en la sesión solemne de los Soviets, pronunciando un informe titulado Tres años de dictadura proletaria. En el Congreso del Pueblo de Daguestán, el 13 de noviembre, Stalin proclamó la autonomía de Daguestán. "El discurso del camarada Stalin -según nos informa el periódico del Comisariado de Nacionalidades- fue interrumpido en varios de sus pasajes por tempestades de aplausos y la Internacional, y terminó en medio de una ovación estruendosa." El 17 de noviembre, en el Congreso del Pueblo del Territorio de Terek, celebrado en Vladikavkaz, Stalin en persona "proclamó la autonomía soviética del Pueblo de Gurian", y se presentó con un informe sobre la mencionada República Soviética autónoma de Gurian. Entre el 18 y el 21 de diciembre de 1920 tuvo lugar la primera Conferencia de Repúblicas Autónomas, territorios y, regiones de toda Rusia. Kaminsky transmitió a la Conferencia saludos en nombre de Stalin, que no pudo asistir por hallarse enfermo. La moción para enviar un saludo a Stalin se aprobó por unanimidad. Pero en ese Congreso de los Pueblos del Este, dicen las actas: "Fueron elegidos presidentes honorarios del Congreso: los camaradas Lenin, Zinoviev y Trotsky... Estruendosos aplausos... Miembros honorarios de la presidencia fueron elegidos... y Djugashvili-Stalin..." ¡Otra vez en último lugar!

En Viena, asesorado por Lenin, había escrito Stalin una obra interesante sobre el problema nacional, pero su intento de continuarla independientemente en Siberia dio tal resultado que Lenin juzgó imposible publicar siquiera su artículo. En la Conferencia de marzo de 1917, Stalin desarrollaba la tesis de que la opresión nacional es producto del feudalismo, perdiendo totalmente de vista el imperialismo como principal factor de la opresión nacional en nuestra época. En 1923 situaba en el mismo plano del nacionalismo granruso, que tenía tras sí tradiciones seculares y la opresión de naciones débiles, el nacionalismo defensivo de estas últimas. Estos errores palmarios, errores estalinistas, son explicables en conjunto, como ya se ha apuntado, por el hecho de que no una sola cuestión en que se eleve a una concepción sistemática. Se sirve de proposiciones inconexas del marxismo conforme las necesita de momento, eligiéndolas como quien escoge zapatos por el tamaño de una zapatería. Por eso se contradice con tanta facilidad a cada nuevo sesgo de

los acontecimientos. Así, aun en el campo del problema nacional, que se convirtió en su especialidad, Stalin no pudo llegar a un concepto integral.

"Reconocer el derecho a la secesión no significa recomendarla -escribía en Pravda el 10 de octubre del año 1920-. La secesión de las comarcas limítrofes hubiese minado el poder revolucionario de la Rusia central, que estimulaba el movimiento liberador del Oeste y del Este. Las naciones limítrofes segregadas hubieran caído inevitablemente bajo la dominación del imperialismo internacional. Basta echar una ojeada a Georgia, Armenia, Polonia, Finlandia, etc., que se han separado de Rusia y sólo conservan una mera ilusión de independencia, puesto que, en realidad, se han convertido en vasallas incondicionales de la Entente. Basta recordar la reciente historia de Ucrania y de Azerbaijan, la primera violada por el capitalismo alemán, y el segundo por la Entente para comprender en toda su plenitud el sentido contrarrevolucionario de la exigencia de secesión de un país limítrofe en las condiciones internacionales reinantes."

"La oleada revolucionaria del Norte -escribía Stalin en el primer aniversario de la Revolución de octubre- se ha difundido por toda Rusia, inundando una comarca tras otra. Pero en este punto se ha encontrado con un dique formado por los "Consejos nacionales" y los "Gobiernos" territoriales (Don, Kubán, Siberia), que se organizaron incluso antes de octubre. Burgueses por naturaleza, no deseaban de ningún modo destruir el viejo mundo burgués. Antes al contrario, juzgaban deber suyo preservarlo y robustecerlo con todas sus fuerzas. Naturalmente, se convirtieron en focos de reacción, agrupando en torno suyo cuanto había de contrarrevolucionario en Rusia... Pero la lucha de los "Gobiernos nacionales" y territoriales (contra el Centro soviético) resultó desigual. Atacados por ambos lados, de fuera por el Gobierno soviético, y de dentro por sus propios trabajadores y campesinos, los "Gobiernos nacionales" hubieron de retroceder después del primer choque... Completamente derrotados, los "Gobiernos nacionales" tuvieron que solicitar ayuda, contra sus propios trabajadores y campesinos, de los imperialistas de Occidente."

Así comenzó la ola de intervención extranjera y la ocupación de las comarcas limítrofes, pobladas predominantemente por nacionalidades no rusas, que no podían menos de odiar a Koltchak, Denikin, Wrangel, o a su policía imperialista y rusificante. En un informe que presentó Stalin en Bakú, el 8 de noviembre de 1920, con el título de Tres años de revolución proletaria, encontramos las siguientes palabras decisivas: "No cabe duda de que nuestro camino dista mucho de ser fácil, pero tampoco es dudoso que no nos asustan las dificultades..." Parafraseando ciertas palabras de Lutero, Rusia podría haber dicho: "Aquí estoy, en la frontera entre el viejo mundo capitalista y el mundo socialista; en esta frontera uno los esfuerzos de los proletarios del Oeste con los del campesinado del Este, para echar abajo el viejo mundo. ¡Que el dios de la Historia me ayude!"

[Según] Petskovsky:

* "En la primavera de 1918, el Comité Central decretó crear la República tártaro-bashkir. Para dar cumplimiento a esta decisión más concretamente, se convocó en el mes de mayo una Conferencia en Moscú, compuesta de representantes del Partido y organizaciones soviéticas del territorio del Ural, representantes de las nacionalidades tártara y bashkir, y funcionarios del Comisariado Popular de Nacionalidades.

"Los delegados del territorio del Ural en esta Conferencia eran los camaradas Syromolotov y Tintul, y traían con ellos a un comunista bashkir "auténtico", el camarada Shamigulov. Los tres eran adversarios resueltos de la creación de la República tártaro-bahkir, considerándola en cierto modo como una concesión al nacionalismo panislámico. Habiendo recibido este inesperado refuerzo, nosotros, los "izquierdistas" de la Junta del Comisariado de Nacionalidades, cobramos ánimos y resolvimos oponer firme resistencia al "oportunismo" de Stalin. De este modo, los partidarios de crear una República se encontraron en minoría. El único que resueltamente apoyó a Stalin fue Nur-Vajitov, dirigente de los comunistas tártaros, con Ibragimov, un essar de izquierda representante de los tártaros de Ufa. El comunista único de Bashkir, Shamigulov,, se expresó en contra de la República, estimándole una concesión innecesaria al nacionalismo. Peor fue la conducta de otro bashkir, Manatov. En la reunión votó por la República, para no "reñir con sus superiores", pero en el vestíbulo nos estimulaba a luchar resueltamente contra su creación, porque, a su parecer, los bashkires no deseaban formar con los tártaros en una misma República.

"Después convocó Stalin una sesión de la Conferencia y declaró que, por haber resuelto de antemano el asunto el Comité Central, había que votar en favor de la organización de la República; nos resistimos, y después de protestar contra la decisión del asunto antes de haber reunido la Conferencia, abandonamos el mitin de fracción y nos negamos a participar en ulteriores deliberaciones del Consejo. Al mismo tiempo nos mofábamos de Stalin, diciendo que "se quedaba con un essar de izquierda". Aquello nos valió una reprimenda escrita del Comité Central."

Después de proclamada la República autónoma de Bashkir en noviembre de 1917, brotó de las masas una gran simpatía por el Gobierno soviético. La dirección de estas masas de Bashkir pasó a manos de los elementos nacionalistas acaudillados por Zak-Validov, que representaba los intereses de los burgueses kulaks de la población. Gradualmente, este grupo degeneró en una avanzada de actividad antisoviética, y estableció contacto con Dutov y Koltchak. Sin embargo, por presión de las masas, después de liquidar Koltchak la autonomía de Bashkir, Zar-Validov se vio forzado a entablar negociaciones con el Gobierno soviético. En febrero de 1919, después de la liquidación por parte de Koltchak, el Gobierno de Bashkir se pasó al lado del Gobierno soviético, y hacia fines del mismo mes, en Simbirsk, en el Cuartel general del frente Este, la delegación del Gobierno bashkir firmó un acuerdo preliminar que garantizaba la autonomía al pueblo bashkir a condición de establecer un Gobierno a base de la Constitución soviética y de actuar en común los destacamentos bashkires con el Ejército rojo contra los blancos, entre otros puntos.

A primeros de marzo de 1919, Stalin comenzó en Moscú las negociaciones con la delegación bashkir a propósito de crear la República Soviética de Bashkiria. El resultado de estas negociaciones fue el convenio del Gobierno' soviético central con el Gobierno de Bashkir respecto a la Bashkiria soviética autónoma, concertado el 20 de marzo de 1919. A primeros de marzo también tuve que salir de Moscú, habiendo declinado participar en el VIII Congreso del Partido en vista de los reveses militares sufridos en las cercanías de Ufa. Stalin continuó tranquilamente en Moscú, en el Congreso, y hasta el 20 del mismo mes llevó adelante las negociaciones con la delegación bashkir. Sin embargo, los historiadores

contemporáneos de Bashkiria apenas citan a Stalin en relación con este asunto. [Las dos citas siguientes (la primera de Antagulov y la segunda de Samoilov) son típicas]:

1

"La lucha entre los camaradas rusos y bashkires se hizo más honda, y comenzó una anarquía completa. En un sitio los rusos eran detenidos en nombre del Gobierno de Bashkiria; en otros, los bashkires eran detenidos en nombre del Gobierno local. El viaje del camarada Trotsky a Ufa coincidió casualmente con esta situación (marzo de 1920). Los funcionarios bashkires comenzaron de nuevo negociaciones con el Gobierno soviético en la persona del camarada Trotsky, y consiguieron ponerse de acuerdo en muchos puntos."

2

"Entretanto, como resultado de informaciones recibidas de Bashkiria, el Centro dedicó no escasa atención al asunto bashkir. A mediados de marzo, el camarada Trotsky, que llegó a Ufa con poderes especiales, nos llamó allí para conferenciar sobre las cuestiones bashkires. A aquella conferencia de Sterlitamak, representando a los bashkires acudieron Validov, Tujvatulin, Rajmatuvin y Kasprensky representando al Comité territorial, y a los funcionarios del Centro, fueron Dudnik, Samoilov, Sergeyev (Artemio), Preobrazhensky, y el presidente del Comité Ejecutivo provisional de Ufa, Eltsin."

Durante los años iniciales del régimen soviético, el bolchevismo en Ucrania era débil. La causa debe buscarse en la estructura nacional y social del país. Las ciudades, cuya población estaba constituida por granrusos, judíos, polacos y sólo en pequeña proporción por ucranianos, eran en grado considerable una especie de colonias. Entre los obreros industriales de Ucrania, buena parte eran granrusos. Entre la ciudad y el campo había un abismo casi imposible de salvar. Aquellos intelectuales ucranianos que se interesaban por la aldea, por el idioma y la cultura ucranianos, encontraban en la ciudad una acogida semiburlona, y aquello, naturalmente, los impelía con resentimiento en dirección al patrioterismo. Las facciones socialistas no ucranianas de las ciudades no tenían sentido de afinidad con la vida de las masas en los pueblos. En las ciudades ucranianas representaban la cultura de los granrusos con la que la mayoría de ellos, especialmente los intelectuales judíos, no estaban sobradamente familiarizados. De ahí, en buena parte, el carácter exótico del bolchevismo ucraniano, la ausencia del mismo durante el período en que pudo haber echado sólidas raíces, su profunda independencia, y los múltiples conflictos, reyertas y constantes disputas faccionales intestinas.

Era deber de Stalin, en su calidad de comisario popular de Nacionalidades, no perder de vista el desarrollo del movimiento nacionalista en Ucrania. Sólo par eso estaba más íntimamente relacionado que otros con el Partido bolchevique ucraniano. Aquella afinidad comenzó ya en 1917, poco después de la Revolución de octubre, y se prolongó varios años. En Ucrania, Stalin representaba al Comité Central ruso de los bolcheviques. En cambio, en ciertos Congresos generales del Partido representaba a las organizaciones ucranianas. Esto era corriente por aquella época. Tomó parte en las conferencias del Partido Comunista ucraniano como uno de sus dirigentes efectivos, y como la vida de la organización ucraniana se consumía en gran parte en continuas querellas, conflictos y agrupaciones faccionales, Stalin se sentía en tal atmósfera como un pez en el agua.

Su período ucraniano estuvo lleno de deslices, y por eso permanece totalmente, secreto. [Los relatos oficiales estalinianos, obligados a consignar un fracaso tras otro en el intento de imponer la línea del Partido en Ucrania durante toda la permanencia de Stalin al frente del Comisariado Popular de Nacionalidades, soslayan cuidadosamente toda mención de su nombre en conexión con la epidemia de fracasos. No afirman que, en fin de cuentas, "los errores en las cuestiones campesina y nacional cometidos en Ucrania a principios de 1919, y que contribuyeron a la calda del Gobierno soviético allí" se debían a la poco adecuada defensa que Stalin hizo de la política fijada por el Comité Central del Partido Comunista ruso. Criticando este desacierto, decía Lenin: "Sólo una parte muy pequeña de las granjas bien administradas debieran convertirse en granjas soviéticas, pues de otro modo no nos entenderemos con los campesinos... Necesitamos una política similar a la que nos hizo falta a fines de 1917 y muchos meses de 1918... Por consiguiente, hemos de dedicar un gran número de granjas soviéticas al reparto general de tierras."]

[Al presentarse en la IV Conferencia del Partido de toda Ucrania el 16 de marzo de 1920, como representante plenipotenciario del Comité Central, armado de la explícita resolución de aquel organismo sobre la cuestión ucraniana, Stalin se halló de nuevo frente a una abigarrada oposición, cuyo punto de vanguardia eran los adeptos de la tendencia del "centralismo democrático" de Sapronov, derrotada al discutirse en la Conferencia del Partido de toda Rusia en diciembre anterior. Esta vez se conocían de antemano todos los argumentos de esa oposición, y el comisario popular de Nacionalidades adujo las refutaciones que para el caso le había preparado Trotsky, a quien confió dicha tarea el Politburó. Sin embargo, fue derrotado en la liza de la Conferencia ucraniana. El Comité Central tuvo que intervenir disolviendo el Comité Central ucraniano elegido por la IV Conferencia y haciendo volver de Ucrania a varios funcionarios adictos al chauvinismo granruso, antes de que pudieran difundir su política, que insistía sobre la inflexible imposición del principio de la "autodeterminación de las naciones". El punto cardinal de la resolución del Comité Central adoptado en la Conferencia del Partido en toda Rusia, celebrada en diciembre de 1919, declaraba:]

"En vista del hecho de que la cultura ucraniana... ha sido suprimida durante siglos por el zarismo y las clases explotadoras de Rusia, el Comité Central del Partido Comunista ruso hace obligatorio para todos los miembros del Partido contribuir por todos los medios a orillar cualquier obstáculo que se oponga al libre desenvolvimiento de la lengua y la cultura ucranianas. A causa de siglos de opresión, las tendencias nacionalistas se encuentran entre los sectores más atrasados de las masas ucranianas, y teniendo esto en cuenta, es deber de los miembros del Partido tratarlos con extrema tolerancia y discreción, ofreciéndoles una amistosa explicación de la identidad de intereses de las masas trabajadoras de Ucrania y de Rusia. Los miembros del Partido... deben imponer efectivamente el derecho de las masas trabajadoras a estudiar en lengua ucraniana y usar ésta en todas las instituciones soviéticas...,, esforzándose por hacer de la lengua ucraniana un arma para la educación comunista de las masas obreras. Deben emprenderse en el acto gestiones para conseguir un número suficiente de funcionarios, en todas las instituciones soviéticas, que conozcan el idioma ucraniano, procurando que, en lo sucesivo, todos los empleados estén en condiciones de hablar dicho idioma."

Esto debería haber sido una tesis de fácil defensa. Aunque, por regla general, Stalin no era un polemista afortunado, considerando la relación de fuerzas sorprende su derrota, de todos modos. Es muy posible que habiendo advertido desde un principio que la actitud de la Conferencia era adversa a su tesis, Stalin resolviera jugar al ganapierde, dando a entender por intermediarios que defendía aquella tesis, no por propia convicción, sino por cuestión de disciplina. De este modo podía contar con matar dos pájaros de un tiro: ganarse la simpatía de los delegados ucranianos y transferir la abominación de la derrota sobre mí, como autor de la tesis. ¡Semejante intriga cabía muy bien en la índole del hombre!

[Los siguientes documentos de la época arrojan nueva claridad sobre la sovietización de Georgia]:

1

* Al Consejo Revolucionario de Guerra del frente caucásico. Para Ordzhonikidze.

Recibimos tu carta de queja. Estás equivocado al juzgar mi pregunta, que es mi deber, como falta de confianza. Espero que antes de una entrevista personal conmigo abandonarás este injustificado tono de molestia.

Lenin.

//96.

3 de abril de 1920.

2

* A Bakú, por Rostov.

Al miembro del Consejo Revolucionario de Guerra del frente caucásico, Ordzhonikidze:

(Para entregar por personas responsables, informando de la entrega a Sklyansky, del Consejo Revolucionario de Guerra de la República.)

El Comité Central te ordena retirar todas las unidades del territorio de Georgia a la frontera, y abstenerte de penetrar en Georgia. Después de las negociaciones de Tiflis, es evidente que no está descartada la paz con Georgia. Informa inmediatamente de todos los hechos más precisos acerca de los rebeldes.

Por orden del Politburó:

Lenin. Stalin.

3

//004/109.

5 de mayo de 1920.

[Hay una carta escrita en papel con membrete del comandante en jefe de todas las fuerzas armadas de la República, fechada en Moscú el 17 de febrero de 1921, 864, y con la indicación de "Secreto, Personal", dirigida al vicepresidente del Consejo Revolucionario de Guerra de la República. Llevaba dos inscripciones al margen, una de Sklyansky,

transfiriéndola a Lenin; otra de Lenin, devolviéndola a Sklyansky. Lo esencial del texto era]:

* ...Por iniciativa del mando del II Ejército, nos encontramos ante el hecho consumado de la incursión en Georgia: se han cruzado las fronteras y el Ejército Rojo ha entrado ya en contacto con el de Georgia...

Comandante en jefe, S. Kamenev,

Comisario Militar del E. M. / S. / Danilov.

Jefe de Personal del Consejo Revolucionario

de Guerra, / P. / Lebedev.

4

Ekaterinburg.

* A Moscú, para Sklyansky. Secreto.

Haz el favor de escribirme un resumen sucinto de lo relativo a las operaciones militares contra Georgia, cuándo comenzaron, por orden de quién, y lo demás. Necesito esa nota para el Pleno.

Trotsky.

//16.

21 de febrero de 1921.

* (Escrita a máquina, firmada por el camarada Sklyansky.) (Escrito por Lenin; copia de un documento secreto.)

Absolutamente secreto.

El Comité Central estaba inclinado a permitir que el II Ejército ayudase activamente la sublevación en Georgia y la ocupación de Tiflis, ajustándose a las normas internacionales y siempre que todos los miembros del Consejo Revolucionario de Guerra II, después de examinar seriamente todos los testimonios, estén seguros del éxito. Os advertimos que estamos reunidos sin pan, a causa del transporte, y que, por consiguiente, no os daremos un solo tren ni un solo vagón. Nos vemos forzados a obtener del Cáucaso tan sólo grano y aceite. Pedimos inmediatamente respuesta por hilo directo, con la firma de todos los miembros del Consejo Revolucionario de Guerra II, así como de Smilga, Sytin, Trifonov, Frumkin. Hasta nuestra respuesta a los telegramas de todas estas personas, no emprendáis nada decisivo.

Por orden del Comité Central:

Krestinsky, Sklyansky.

[Sin fecha.]

6

Camarada Sklyansky: Inmediatamente haz poner esto en clave en tu presencia y con sumo cuidado, después de fotografiar el original, y mándalo a Smilga, para que acuda personalmente al hilo directo y lo descifre él mismo. (Informa de ello al comandante en jefe, pero sin enseñárselo.)

Stalin mismo enviará a Ordzhonikidze.

Así, una precaución triple y diversa. Bajo tu responsabilidad.

Lenin.

14 de febrero de 1921.

(Escrito de propia mano por el camarada Lenin.)

La Georgia menchevique no podía resistir. Eso lo comprendíamos todos. Sin embargo, no había unanimidad en cuanto al movimiento y a los métodos de sovietización. Yo era partidario de un período preliminar de trabajo dentro de Georgia, a fin de desarrollar la sublevación y acudir después en su ayuda. Pensaba que después de la paz con Polonia y la derrota de Wrangel, no había peligro directo desde Georgia, por lo que el desenlace podía aplazarse. Ordzhonikidze, secundado por Stalin, insistía en que el Ejército Rojo invadiese inmediatamente Georgia, donde suponía la sublevación ya madurada. Lenin se inclinaba a unirse con los dos miembros georgianos del Comité Central. La cuestión se decidió en el Politburó el 14 de febrero de 1921, mientras yo estaba en los Urales.

La intervención militar se realizó con pleno éxito y no provocó ninguna complicación internacional, de no tener en cuenta la frenética campaña de la burguesía y de la II Internacional. Y, sin embargo, el método de sovietización de Georgia tuvo enorme importancia durante los años siguientes. En regiones donde las masas obreras antes de la Revolución habían procurado, en la mayoría de los casos, pasarse al bolchevismo, aceptaron las dificultades y sufrimientos subsiguientes como vinculados a su propia causa. Esto ocurrió así en las regiones más atrasadas, donde la sovietización corría a cargo del Ejército. Allí, las masas trabajadoras consideraban las privaciones adicionales como resultado del régimen impuesto desde fuera. En Georgia, la sovietización prematura dio alientos a los mencheviques durante cierto período, y condujo a la insurrección de masas de 1924, cuando, según admitió el propio Stalin, "Georgia debía ser "arada de nuevo"".

CAPÍTULO IX
LA GUERRA CIVIL

Hay un motín a cada paso cuando se examinan las publicaciones históricas: en Brest-Litovsk, Trotsky no cumplió las instrucciones de Lenin; en el frente meridional, Trotsky procedió en contra de las normas de Lenin; en el frente oriental, Trotsky actuó en oposición a las órdenes de Lenin, y así sucesivamente. En primer lugar, debe advertirse que Lenin no podía darme normas personales. En el Partido no se procedía así. Ambos éramos miembros del Comité Central, que resolvía todas las divergencias de opinión. Siempre que Lenin y yo disentíamos, y esto ocurría más de una vez, la cuestión pasaba inmediatamente al Politburó del Comité Central, el cual se encargaba de decidir. Así, pues, en sentido estricto nunca pudo hablarse de que yo violase normas de Lenin. Pero ése es sólo un aspecto del asunto, el aspecto formal. Entrando en lo esencial, es inevitable preguntar: ¿Era razonable atenerse a las normas de Lenin, que había colocado a la cabeza del Departamento de Guerra a una persona que no hacía sino cometer yerros y crímenes; al frente de la economía nacional a Rikov, "convicto" restaurador del capitalismo y futuro agente del fascismo; al frente de la Internacional Comunista a aquel futuro fascista y traidor, Zinoviev; y en la dirección del periódico oficial del Partido y entre los dirigentes de la Internacional Comunista a aquel futuro bandido fascista, Bujarin?

Todos cuantos acaudillaron el Ejército Rojo durante el período estalinista (Tujachevsky, Yegorov, Blücher, Budienny, Yakir, Uborevich, Gamarnik, Dybenko, Fed'ko [Kork, Putna, Feldman, Alksnis, Eideman, Primakov y muchos otros]), fueron promovidos cada cual a su tiempo a puestos militares de responsabilidad cuando estuve regentando el Departamento de Guerra, en la mayoría de los casos ascendidos por mí personalmente durante mis visitas a los frentes y mi directa observación de su labor castrense. Por muy defectuosa que fuere mi dirección, por consiguiente, al parecer era bastante buena para haber elegido los jefes militares mejores de que se disponía, puesto que durante diez años Stalin no pudo hallar quien les remplazase. Es verdad que casi todos los jefes del Ejército Rojo de la guerra civil, todos los que más tarde organizaron nuestro Ejército, resultaron casualmente "traidores" y "espías". Pero eso no altera la cuestión. Ellos fueron quienes defendieron la Revolución y el país. Si en 1933 se descubrió que fue Stalin y nadie más quien había organizado el Ejército Rojo, entonces sería natural que la responsabilidad de elegir semejante cuadro de mandos recayese sobre él. De esta contradicción, los historiadores oficiales se desembarazan no sin cierta dificultad, pero con aplomo. La responsabilidad de la designación de traidores para ocupar puestos de mando recae enteramente sobre mí, mientras que el honor de las victorias conseguidas por esos mismos traidores precisamente pertenece a Stalin. Hoy no hay chico de la escuela que no

conozca, por una Historia, editada por el mismo Stalin, tan singular división de funciones históricas.

La labor militar presentaba dos aspectos en la época de la guerra civil. Una era el de elegir los colaboradores necesarios, sacar de ellos el mejor partido, montar la inspección imprescindible sobre el personal de mando, apartar a los sospechosos, presionar, castigar. Todas esas actividades de la máquina administrativa se ajustaban exactamente a los talentos de Stalin. Pero había otro aspecto, que era el de la necesidad de improvisar un ejército a expensas del material humano disponible, apelando al corazón de los soldados y de los comandantes, despertando en ellos lo mejor de su personalidad, e inspirarles confianza en la nueva dirección. De eso era absolutamente incapaz Stalin. Es imposible, por ejemplo, imaginarse a Stalin presentándose a cielo abierto ante un regimiento; para eso carecía totalmente de aptitudes. Nunca se dirigió a las tropas con arengas escritas, sin duda por no fiarse de su propia retórica de seminario. Su influencia en los sectores del frente donde actuó fue insignificante. Permaneció sin personalidad, burocrático y policíaco.

Si el frente atraía a Stalin, también le repelía. La máquina militar garantizaba la posibilidad de emitir órdenes. Pero Stalin no estaba a la cabeza de aquella máquina. Al principio tuvo a su cargo sólo un ejército entre veinte; más tarde se ocupó de uno de los cinco o seis frentes. Impuso una disciplina severa, empuñó firmemente todos los resortes, no toleró la desobediencia. Al mismo tiempo, mientras estaba a la cabeza de un ejército, incitaba sistemáticamente a los demás a violar las órdenes del frente. Al mando del frente Sur o Sudeste, infringió órdenes del Mando en jefe. En el ejército zarista, además de su subordinación militar había otra implícita; los grandes duques que desempeñaban un alto puesto de mando o administrativo superior solían pasar por alto a sus oficiales superiores e introducir el caos en la administración del Ejército y de la Marina. Me acuerdo de haber advertido a Lenin que Stalin, aprovechándose indebidamente de su posición como miembro del Comité Central del Partido, estaba introduciendo en nuestro Ejército el régimen de los grandes duques. (Diez años después) Vorochilov (reconocía volublemente en su ensayo sobre Stalin y el Ejército Rojo), que "Stalin contravenía fácilmente toda regulación, toda subordinación". Los gendarmes se reclutan entre los cazadores furtivos.

Los conflictos entre diversas categorías están en el orden natural de las cosas. El Ejército suele estar casi siempre descontento del frente; el frente se agita de continuo contra el Estado Mayor general, sobre todo cuando los asuntos no van muy bien. Lo que caracteriza a Stalin es que sistemáticamente explotaba estas fricciones y las hacía degenerar en pleitos irreconciliables. Enredando a sus colaboradores en conflictos peligrosos, Stalin los soldaba unos a otros y los colocaba bajo su personal dependencia. Dos veces le hizo venir del frente una orden directa del Comité Central. Pero a cada nuevo giro de los acontecimientos se le volvía a enviar allá. A pesar de repetidas oportunidades no consiguió ganar prestigio en el Ejército. Sin embargo, los colaboradores militares que estuvieron bajo sus órdenes quedaron luego íntimamente relacionados con él. El grupo de Tsaritsyn se convirtió en el núcleo de la facción estalinista.

El papel de Stalin en la guerra civil acaso pueda apreciarse mejor por el hecho de que al terminar aquélla su autoridad personal no había aumentado lo más mínimo. A nadie podía caber por entonces en la cabeza decir o escribir que Stalin "salvó el frente Sur o que

había desempeñado una parte esencial en el frente Este, o bien que había salvado a Tsaritsyn de la caída. En numerosos documentos, Memorias y antologías dedicadas a la guerra civil, el nombre de Stalin no se cita para nada o figura entre otros muchos. [Además, la guerra con Polonia puso una mancha indeleble en su reputación (al menos en los círculos mejor informados del Partido). Rehuyó participar en la campaña contra Wrangel, ya por encontrarse realmente enfermo, ya por otros motivos; difícil es ahora precisarlos. En todo caso, de la guerra civil emergió desconocido y extraño a las masas, como le sucedió al acabar la Revolución de octubre.]

"En aquel difícil período, 1918-1920 -escriben dos historiadores de ahora-, el camarada Stalin era trasladado de un frente a otro, a los sitios de más riesgo para la Revolución." En 1922, el comisario popular de Educación publicó una Antología de cinco años, compuesta de quince artículos, entre ellos uno titulado "Organizando el Ejército Rojo", y otro sobre "Dos años en Ucrania", ambos relativos a la guerra civil. No hay una sola palabra de Stalin en ninguno de los dos artículos. Al año siguiente se publicó una antología en dos volúmenes con el título de La Guerra Civil. Consistía en documentos y otro material referente a la historia del Ejército Rojo. En aquel tiempo nadie estaba interesado en dar a una antología así carácter tendencioso. En toda ella no hay una palabra sobre Stalin. El mismo año 1923, el Comité Ejecutivo Central del Soviet publicó un volumen de 400 páginas titulado Cultura Soviética. En la sección dedicada al Ejército hay numerosos retratos bajo el epígrafe "Los creadores del Ejército Rojo". No figura Stalin entre ellos. En la sección denominada *Las fuerzas Armadas de la Revolución durante los primeros siete años de* Octubre, no se menciona siquiera el nombre de Stalin. Y, sin embargo, en dicha sección, además de mi fotografía, figuran las de Budienny y Blücher e incluso de Vorochilov, y entre los jefes de la guerra civil que allí se nombran no sólo están Antonov-Ovsenko, Bybenko, Yegorov, Tujachevski, Uborevich, Putna, Sharangovich, sino muchos otros, casi todos los cuales han sido acusados más tarde de enemigos del pueblo y fusilados. De los [mencionados, sólo] dos (Frunze y S. Kamenev) murieron de muerte natural [sin duda por haber acertado a morirse antes de la gran depuración]. Y aún flota una nube sobre las circunstancias de la muerte de Frunze. Entre los mencionados en este volumen, en concepto de comandante de las flotas del Báltico y del Caspio durante la guerra civil, está Raskolnikov (quien se negó a volver a la Unión Soviética al ser llamado cuando desempeñaba el cargo de ministro de los Soviets en Bulgaria en 1938, en los momentos en que la depuración de Stalin recaía sobre el Cuerpo diplomático. Después de escribir una carta abierta acusando a Stalin, murió repentinamente en circunstancias misteriosas, al parecer envenenado).

Vorochilov sostiene descuidadamente que "en el período 1918-1920, Stalin era acaso el único hombre en el Comité Central enviado de una batalla a otra". La palabra "acaso" debe servir de bálsamo para la conciencia de Vorochilov, pues al escribir semejante cosa le constaba bien que muchos miembros y agentes del Comité Central desempeñaron en la guerra civil una parte no menor que Stalin, y la de otros (entre ellos I. N. Smirnov, Smilga, Sokolnikov, Lashevich, Muralov, Rosenholtz, Ordzhonikidze, Frunze, Antonov-Ovsenko, Berzin, Gussev) fue infinitamente mayor. Todos estos hombres, como él sabía, pasaron los tres años enteros en los diversos frentes, ya como miembros de los consejos revolucionarios de guerra de la república, los frentes y los ejércitos, ya a la cabeza de

ejércitos y de frentes, e incluso (como Sokolnikov y Lashevich) como jefes militares, mientras que la permanencia total de Stalin en los frentes fue de menos de un año en el curso de los tres que duró la guerra civil.

En algunas de las publicaciones oficiales se menciona de pasada, al parecer a base de algún documento que consta en los archivos, que Stalin perteneció alguna vez al Consejo Revolucionario de Guerra de la República. No se hace referencia específica al período concreto de su participación en aquel supremo organismo militar. En una monografía especial, El Consejo Revolucionario de Guerra de la U.R.S.S. en diez años, compuesta por tres autores en 1938, cuando todo el poder estaba ya concentrado en las manos de Stalin, se dice:

"El 2 de diciembre de 1919, el camarada Gussev fue incorporado al Consejo Revolucionario de Guerra. Más adelante, en todo el curso de la guerra, fueron designados para el mismo en diversas ocasiones, los camaradas Stalin, Podvoisky, Okulov, Antonov-Ovsenko y Serebryakov."

Una historia del Partido Comunista editada por N. L. Meshchervakov en 1934, después de repetir locuazmente el embuste de que Stalin "pasó el período de la guerra civil sobre todo en el frente", declara que Stalin "fue miembro del Consejo Revolucionario de Guerra de la República de 1920 a 1923". En el volumen XX de la miscelánea de Lenin (pág. 9), se menciona a Stalin como "miembro del Presidium del Consejo Revolucionario de Guerra de la República... desde 1920". En el número de Pravda dedicado en 1931 al aniversario del Ejército Rojo, se publicaron tres "documentos inéditos", todos ellos telegramas del año 1920. Uno de estos telegramas es de Stalin, como miembro del Consejo Revolucionario de Guerra de la República, a Budienny y Vorochilov, fechado el 3 de junio; el segundo, un informe corriente de la situación en el frente, que dirigen Budienny y Vorochilov a Stalin, en su citada calidad, con fecha 25 de junio; el tercer telegrama es de Frunze, comandante del frente Sur, a Lenin, presidente del Consejo de Defensa, anunciando la terminación de las operaciones militares contra Wrangel (esto es, al final de la guerra civil propiamente dicha, el 15 de noviembre). A base de estos documentos, único testimonio publicado hasta ahora podría parecer que Stalin fue efectivamente miembro del Consejo Supremo de Guerra de la República por lo menos desde el 3 de junio al 25 del mismo mes, o sea durante poco más de tres semanas, en 1920. No se aduce prueba alguna de que perteneciera al mismo antes o después de estas dos fechas de junio del citado año. ¿Por qué no? Cierto es que los cinco tomos publicados por el Departamento de Guerra en que se recogían mis órdenes, proclamas y discursos, no sólo se han confiscado y destruido, sino que se han convertido en "tabú" las referencias o simples citas de ellos. La Revolución Proletaria, periódico histórico oficial del Partido, en su número de octubre del año 1924, hablaba de estos cinco volúmenes, que sólo contenían documentos de la guerra civil: "En estos... volúmenes, los historiadores de la revolución hallarán una gran cantidad de material de enorme valor documental."

Pero en los archivos del Departamento de Guerra se conservan reseñas taquigráficas de las sesiones del Consejo de Guerra. Las actas de aquella institución se conservaron con escrupuloso cuidado y se guardaron en completa seguridad. ¿Por qué no se citan estas actas para fijar el período en que realmente fue Stalin miembro del Consejo Revolucionario de

Guerra de la República? La respuesta es muy sencilla: porque Stalin no se menciona en las minutas de sus sesiones entre los presentes, salvo una o dos veces como peticionario en cuestiones de orden local, y nunca como miembro efectivo del Consejo, y menos de su Presidium, que no existía. Sin embargo, Stalin fue nombrado miembro de aquel organismo por orden del Comité Central del Partido en la primavera de 1920.

La explicación de este rompecabezas, por lo que recuerdo es bastante reveladora del carácter de Stalin. Durante todo el curso de la guerra civil, a cada conflicto con Stalin, traté de moverle a que formulase sus opiniones sobre los problemas militares de un modo claro y definido. Traté de convertir su cazurra y subrepticia oposición en abierto antagonismo, o remplazarla por su articulada participación en un órgano militar rector. De acuerdo con Lenin y Kretinsky, quienes sostenían cordialmente mi política militar, conseguí por fin (no recuerdo ahora con qué pretexto), que se designara a Stalin miembro del Consejo Revolucionario de Guerra de la República. No quedaba a Stalin más recurso que aceptar el nombramiento. Pero encontró modo de soslayarlo; bajo pretexto de estar abrumado de trabajo, no asistió a una sola sesión de (aquel organismo supremo militar).

Ahora bien, puede parecer extraño que nadie, en el curso de los primeros doce años de régimen soviético, haya mencionado la supuesta "dirección" de Stalin en cuestiones militares o incluso su "activa" participación en la guerra civil. Pero esto se explica fácilmente por el hecho sencillo de que hubo otros muchos miles de militares alrededor que sabían lo que ocurrió efectivamente y cómo ocurrió.

Incluso en el número de Pravda dedicado en 1930 al aniversario del Ejército Rojo, no se pretendía aún que Stalin hubiese sido el principal organizador del Ejército Rojo en conjunto, sino sólo de la Caballería Roja. Exactamente ocho años antes, el 23 de febrero de 1922, Pravda había publicado un relato algo diferente de la formación de la Caballería Roja en un artículo sobre la guerra civil:

* Mamontov ocupó Kolzov y Tambov una temporada, causando gran estrago. "¡Proletarios, a caballo!" Aquella consigna del camarada Trotsky para la formación de masas montadas fue acogida con entusiasmo, y el 10 de octubre el ejército de Budienny estaba asestando golpes a Mamontov por debajo de Voronej.

[Ya en] 1926, no sólo después de mi separación del Departamento de Guerra, sino después de haber sido objeto de crueles persecuciones, la Escuela de Guerra publicó una obra de investigación histórica, Cómo se luchó en la Revolución, en la que los autores, conocidos estalinistas, escribían:

"La consigna del camarada Trotsky: "¡Proletarios, a caballo!", fue el estímulo que llevó a la organización del Ejército Rojo en este respecto", es decir, en el de crear la Caballería Roja. En 1926, aún no se mencionaba a Stalin como organizador de la Caballería.

[Vorochilov insiste en] la gran participación de Stalin en la organización de las fuerzas montadas. "éste fue -escribe Vorochilov- el primer experimento de unir divisiones de Caballería en una sola unidad tan grande como un ejército. Stalin previó la potencia de las masas montadas en la guerra civil. Comprendió perfectamente su enorme importancia para una maniobra de asolamiento. Pero anteriormente nadie tuvo una experiencia tan

excepcional como la acción de ejércitos a caballo, Nada consta sobre ello en obras científicas, y en consecuencia tal medida suscitaba asombro o franca oposición. Especialmente opuesto a ella era Trotsky." [Arguyendo así, Vorochilov expone simplemente su ignorancia en asuntos militares, que sólo queda por debajo de sus aptitudes de prevaricador. Lo cierto es que la cuestión de] unir dos cuerpos y una brigada de tiradores en un ejército especial montado o dejar estas tres unidades a disposición del mando del frente, era un problema que nada tenía de común con la apreciación general o la falta de apreciación de la importancia de la Caballería. El punto más esencial era el del mando: ¿Será Budienny capaz de manejar tal masa de jinetes? ¿Podrá elevarse de tareas tácticas a empresas de estrategia? Sin un excepcional comandante del frente, que conociera y comprendiera la Caballería, y sin medios seguros de comunicación, la creación de un ejército montado especial podría haber resultado insensata, pues una aglomeración excesiva de Caballería siempre amenaza con mermar la ventaja básica de la unidad, [que es su] movilidad. Las desavenencias sobre este particular tuvieron carácter episódico, y si la historia no se repitiese, yo volvería a tener mis dudas. [No obstante, las circunstancias específicas eran tales que] creamos el ejército montado.

[En realidad, la] campaña para crear la Caballería Roja constituyó la mayor parte de mi labor durante muchos meses en 1919: Como ya he dicho (en otro lugar), el Ejército Rojo fue obra del trabajador que movilizaba al campesino. El trabajador tenía una ventaja sobre el labriego, no sólo en su nivel general de cultura, sino especialmente en su destreza para manejar armas de nueva técnica. Esto aseguraba a los obreros una doble ventaja en el Ejército. En cuanto a la Caballería, ya era distinto. La patria de los jinetes eran las estepas rusas. Los mejores hombres a caballo eran los cosacos, y en segundo lugar los ricos campesinos de las estepas que poseían caballos y sabían andar con ellos. La Caballería era la parte más reaccionaria del antiguo Ejército y defendió el régimen zarista más tiempo que ningún otro sector del servicio. Por eso fue doblemente difícil reclutar un ejército montado. Era necesario acostumbrar a los trabajadores a montar. Era necesario que los obreros de Petrogrado y de Moscú cabalgasen en efecto, aunque sólo fuese como comisarios o soldados de última fila. Su misión consistía en crear células revolucionarias sólidas y seguras en los escuadrones y regimientos de Caballería. Tal era el sentido de mi consigna: "¡Proletarios, a caballo!" Todo el país, todas las ciudades industriales se vieron cubiertas de carteles con esa consigna. Recorrí el país de una punta a otra, y confié tareas relativas a la formación de escuadrones y regimientos (de Caballería) a trabajadores bolcheviques de confianza. Uno de mis secretarios, Poznansky, se ocupaba personalmente (y con gran fortuna, puedo agregar) de la formación de unidades de Caballería Roja. Sólo esta labor de proletarios montados a caballo pudo transformar los titubeantes destacamentos de guerrilleros en unidades de Caballería bien entrenadas (e hizo posible la creación de un ejército montado eficaz).

Tres años de régimen soviético fueron años de guerra civil. El Departamento de Guerra determinó la labor de gobierno de todo el país. El resto de la actividad gubernamental dependía de esto. Y el segundo en importancia era el Comisariado de Abastos. La industria trabajaba principalmente para la guerra. Todos los demás departamentos e instituciones estaban sujetos a constante contracción o reducción, y algunos llegaron a suprimirse por completo. Todos los hombres activos v valientes estaban

sujetos a movilización. Miembros del Comité Central, comisarios del Pueblo y otros (bolcheviques prominentes), pasaban la mayor parte de su tiempo en el frente como miembros de Comités Revolucionarios de Guerra, y a veces como comandantes de Ejército. La guerra misma era una dura escuela de disciplina gubernamental para un partido revolucionario que tan sólo unos meses antes había salido de la ilegalidad. La guerra, con sus despiadadas exigencias, separaba el grano de la paja dentro del Partido y de las máquinas del Estado. Pocos miembros del Comité permanecieron en Moscú: Lenin, que era el centro político; Sverdlov, que era no sólo presidente del Comité Ejecutivo Central del Soviet, sino también secretario general del Partido, aun antes de ser creado (formalmente tal) puesto; Bujarin, como director de Pravda; Zinoviev, a quien todo el mundo, incluso él mismo, consideraba inepto para asuntos militares, se quedó en Petrogrado como director político; Kamenev, el dirigente de Moscú, fue enviado varias veces al frente, aunque también él era decididamente hombre civil por naturaleza. Lashevic, Smilga, I. N. Smirnov, Sokolnikov, Serebryakov, (todos) miembros dirigentes del Comité Central, estaban de continuo en el frente.

Nos llevaría demasiado lejos enumerar siquiera sucintamente las carreras de éstos y otros muchos militares en la clandestinidad revolucionaria, en octubre y durante la guerra civil. Cualquiera de ellos no es nada inferior a Stalin v algunos le superaban en esas cualidades que más aprecian los revolucionarios: claridad política, valor moral, habilidad como agitadores, propagandistas v organizadores. Baste recordar que cuando estaba organizándose el Ejército Rojo se consideró a otros hombres más aptos para tal finalidad que a Stalin. El Consejo Supremo de Guerra, creado el 4 de marzo de 1918, se componía de: Trotsky, presidente; Podvoisky, Sklyansky y Danishevsky, vocales; Bonch-Bruyevich, oficial mayor, y una plantilla de oficiales zaristas como especialistas militares. Cuando se reorganizó el 2 de septiembre de 1918, para convertirse en Consejo Revolucionario de Guerra de la República, lo formaban Trotsky, presidente; Vatzeris, comandante en jefe de las fuerzas armadas, y los siguientes vocales: Ivan Smirnov, Rosenholtz, Raskolnikov, Sklyansky, Muralov y Yurenev. Al decidir el 8 de julio de 1919 contar con un cuadro más reducido y compacto, el Consejo Revolucionario de Guerra se formó con Trotsky como presidente: Sklyansky, vicepresidente; Rikov, Smilga y Gussev, vocales, y, S. Kamenev en calidad de comandante en jefe. Como otros, también Stalin encontró puesto en el Ejército Rojo, y éste hizo adecuado uso de sus talentos. Lo que no se ajusta a los hechos es el pretendido papel preminente que ahora se trata de asignarle en la organización del Ejército Rojo y en la dirección de la guerra civil.

El Ejército se organizó en pleno combate. Los métodos seguidos, en los que predominó la improvisación, se vieron sometidos a inmediata prueba en el campo de batalla. Para resolver cada nuevo problema de orden castrense, era necesario organizar regimientos y divisiones partiendo de la nada. El Ejército (creciendo a capricho, por saltos y rebotes) fue creado por el trabajador que movilizaba al campesino y atraía al antiguo oficial y le colocaba bajo su vigilancia. No era aquella tarea fácil. Las condiciones materiales eran sumamente difíciles. La industria y los transportes estaban completamente desorganizados, no había suministros de reserva, ni economía agrícola, y todos los procesos de la disociación industrial iban cada vez peor. En tal situación, no podía hablarse de

servicio militar obligatorio y movilización forzada. Por el momento, al menos, había que recurrir al voluntariado.

Aquellos que habían recibido instrucción militar estaban cansados de luchar en las trincheras, y para ellos la Revolución significaba la liberación de la guerra. No era cosa fácil movilizarlos de nuevo para otra guerra. Más fácil resultaba atraer a los mozalbetes que nada sabían de combates; pero había que instruirlos, y el número de nuestros propios oficiales, relacionados de un modo u otro con el Partido y de absoluta confianza, era insignificante; por eso desempeñaron en el Ejército un grandioso papel político. Pero su visión militar era miope. Cuando su capacidad resultaba insuficiente, solían usar sin prudencia de su autoridad revolucionaria y política, estorbando así la tarea de constituir el Ejército. El mismo Partido, que nueve meses antes había surgido de la clandestinidad zarista y pocos meses después se vio sometido a la persecución del Gobierno provisional, encontraba difícil, después de la brillante victoria de octubre, ajustarse a la idea de que aún quedaba por delante la guerra civil. En suma, eran casi insuperables las dificultades que se oponían a la creación del Ejército Rojo. A veces parecía que las discusiones fueran a consumir toda la energía aplicada. ¿Seremos o no capaces de crear un Ejército? La suerte de la Revolución se ventilaba en tal pregunta.

La transición de la lucha revolucionaria contra el viejo Estado a la fundación de un Estado nuevo, de la demolición del Ejército zarista a la creación de un Ejército Rojo, fue acompañada de una crisis del Partido, o más bien de una serie de crisis. A cada paso, los viejos modos de discurrir y los viejos estilos venían a chocar con las tareas de la hora. Era necesario rearmar al Partido. Puesto que el Ejército es la más necesaria de todas las organizaciones del Estado, y puesto que durante los primeros años del régimen soviético el centro de atención era la defensa de la Revolución, no es extraño que todas las discusiones, conflictos y agrupaciones dentro del Partido girasen en torno a los problemas de organizar el Ejército. Surgió una oposición casi desde el momento en que hicimos nuestros primeros esfuerzos por pasar de destacamentos armados inconexos a un Ejército centralizado. La mayoría del Partido y del Comité Central, en definitiva, defendían a la dirección militar, ya que victoria tras victoria hablaban en su favor. Sin embargo, no faltaban ataques v titubeos. En el Partido existía completa libertad de crítica y oposición en lo más denso de la guerra civil. Aun en el mismo frente, en reuniones estrictas del Partido, los comunistas hacían a menudo objeto de furibundos ataques al mando militar. A nadie se le ocurrió por aquellos días perseguir a los críticos. Los castigos en el frente eran muy rigurosos (incluso tratándose de comunistas), pero sólo se imponían por incumplimiento de obligaciones militares. Dentro del Comité Central, la oposición revestía carácter menos duro, pues yo contaba con el apoyo de Lenin. En general, debe decirse que cuando Lenin y yo estábamos de acuerdo, lo que sucedía casi siempre, los demás miembros del Comité Central nos secundaban en general unánimemente; la experiencia de la Revolución de octubre se había infiltrado en la vida del Partido como una poderosa lección.

Sin embargo, debe advertirse que el apoyo de Lenin no era incondicional. Lenin vaciló más de una vez, y en algunas ocasiones se equivocó palmariamente. Mi ventaja sobre él estaba en que yo viajaba casi de continuo por todos los frentes, me ponía en contacto con un sinnúmero de gentes, desde campesinos locales, prisioneros de guerra y

desertores, hasta los máximos jefes del Ejército y del Partido que se encontraban allí. Esta masa de variadas impresiones era de inestimable valor. Lenin nunca salía de Moscú, y todos los hilos estaban concentrados en sus manos. Tenía que juzgar de asuntos militares, que eran nuevos para todos nosotros, a base de la información que en su mayor parte procedía de los miembros destacados del Partido. Nadie era tan experto en comprender voces individuales de los de abajo como Lenin. Pero estas voces sólo llegaban hasta él en ocasiones excepcionales.

En agosto de 1918, estando yo en el frente cerca de Sviazhsk, Lenin solicitó mi opinión respecto a una proposición presentada por uno de los miembros más prominentes del Partido, de remplazar a todos los oficiales del Estado Mayor por comunistas. Yo respondí categóricamente en sentido negativo. "Es verdad -repliqué por hilo directo desde Sviazhsk al Kremlin el 23 de agosto- el que muchos de los oficiales son traidores. Pero hay pruebas de sabotaje también en los ferrocarriles, durante los movimientos de tropas, y a nadie se le ocurre proponer que se sustituya a los ingenieros ferroviarios por comunistas. Considero completamente inadecuada la proposición de Larin. Estamos ahora creando condiciones bajo las cuales realizamos una inflexible selección de oficiales; por una parte, campos de concentración, y por otra, la campaña en el frente del Este. Las medidas catastróficas cual la que Larin propone están sólo dictadas por el pánico... Las victorias en el frente nos permitirán mejorar nuestros métodos actuales de selección, y nos darán cuadros de hombres seguros para el Estado Mayor. Los que más protestan contra el empleo de oficiales, o son asustadizos o están muy alejados del mecanismo militar, o bien se trata de esos activistas militares del Partido que son peores que cualquier saboteador; no saben cómo hacer las cosas, se comportan como sátrapas, no hacen nada por su parte, y cuando todo les sale mal, echan la culpa a los del Estado Mayor."

Lenin no insistió. Entretanto, las victorias empezaron a alternar con las derrotas. Las victorias reforzaron la confianza en mi política militar; los reveses, al multiplicar inevitablemente el número de traiciones, suscitaban una nueva oleada de críticas y protestas en el Partido. En marzo de 1918, en la sesión nocturna del Consejo de Comisarios del Pueblo, con relación a un despacho referente a la traición de ciertos jefes del Ejército Rojo, Lenin me escribió una nota: "¿No sería mejor echar a todos esos especialistas y nombrar a Lashevich comandante en jefe?" Comprendí que los adversarios de la política del Departamento de Guerra, y particularmente Stalin, habían hecho presión con especial insistencia sobre Lenin durante los días anteriores, y habían despertado en él ciertas dudas. Escribí mi respuesta en el reverso de su misma nota: "Puerilidades." Al parecer, esta tajante réplica causó impresión. Lenin gustaba de las formulaciones categóricas. Al día siguiente, con el informe del Estado Mayor General en mi bolsillo, entré en el despacho de Lenin en el Kremlin y le pregunté:

"-¿Sabes cuántos oficiales zaristas tenemos en el Ejército?"

"-No, no lo sé -respondió, interesado."

"-¿Aproximadamente?"

"-No lo sé -insistió decidido a abstenerse de conjeturas."

"-¡No menos de treinta mil! -La cifra le sorprendió visiblemente-. Ahora -proseguí-, cuenta la proporción de traidores y desertores entre ellos y verás que no es tan grande. Entretanto, hemos organizado un Ejército a partir de la nada. Este Ejército está creciendo y fortaleciéndose."

Pocos días después, en un mitin celebrado en Petrogrado, Lenin expuso el balance de sus propias dudas sobre la cuestión política militar. "Cuando recientemente el camarada Trotsky me refería que... el número de oficiales se eleva a varias decenas de millares, me di perfectamente cuenta de cómo aprovechar mejor a nuestros enemigos; de cómo obligar a los adversarios del Comunismo a edificarlo; de cómo levantar el Comunismo a expensas de los ladrillos acumulados por los capitalistas en contra nuestra... No tenemos otros ladrillos."

La pedantería y los lugares comunes no eran extraños. Recurríamos a todo género de combinaciones y experimentos en nuestra marcha hacia el éxito. Mandaba un ejército un antiguo suboficial, con un general al frente del Estado Mayor. Otro ejército estaba a las órdenes de un antiguo general, y su lugarteniente era un guerrillero. Un antiguo soldado raso era jefe de división y la de al lado tenía a la cabeza a un coronel de Estado Mayor. Este "eclecticismo" venía impuesto por las circunstancias. Sin embargo, la proporción considerable de oficiales instruidos ejercía una influencia sobremanera favorable en el nivel general del mando' Los comandantes legos aprendían sobre la marcha, y muchos de ellos se convirtieron en excelentes oficiales. En 1918, un 76 por 100 de todo el mando y administración del Ejército Rojo consistía en antiguos oficiales del Ejército zarista, y sólo el 12,8 por 100 eran novatos comandantes rojos, que, naturalmente, ocupaban los puestos de segunda fila. Al final de la guerra civil, los cuadros de comandantes estaban integrados por trabajadores y campesinos sin otra instrucción militar que la experiencia directa de la guerra, que los había promovido desde simples soldados en el curso de la lucha civil; antiguos soldados y suboficiales del Ejército imperial; jóvenes comandantes que habían hecho un brevísimo curso de estudios en las Escuelas militares del Soviet; y, finalmente, oficiales diplomados y reservistas del Ejército del zar. Más del 43 por 100 de los comandantes no tenían instrucción militar; 13 por 100 eran antiguos suboficiales; 10 por 100 habían pasado por los cursos de la Escuela Militar soviética, y 34 por 100 eran oficiales del Ejército zarista.

Del antiguo cuerpo de oficiales se pasaron al Ejército Rojo, por un lado, elementos progresivos que comprendían el sentido de la nueva época (una pequeña minoría), un buen número de elementos inertes y de pocas luces, que se incorporaban al Ejército sencillamente porque no sabían hacer otra cosa; y, por otro lado, contrarrevolucionarios activos que acechaban el momento oportuno para traicionarnos. Los suboficiales del antiguo Ejército se reclutaban por medio de una movilización especial. De ellos salieron bastantes jefes militares excepcionales, entre ellos, como más famoso, el antiguo sargento mayor de Caballería, Simeón Budienny. Pero tampoco ellos eran muy de fiar como clase, pues antes de la Revolución los suboficiales eran principalmente hijos del campesinado rico y de la burguesía de las ciudades. De su número salieron no pocos desertores, que desempeñaron importante papel en levantamientos contrarrevolucionarios y en el Ejército Blanco. A cada comandante se asignaba un comisario, por lo general un trabajador

bolchevique con experiencia de la guerra mundial. Estábamos resueltos a preparar un cuerpo de oficiales seguros.

"La institución de los comisarios -declaré cuando estaba al frente del Departamento de Guerra, en diciembre de 1919- ha de servir de andamio... Poco a poco podremos ir retirando este andamiaje." Por entonces nadie se imaginaba que veinte años más tarde resucitaría la institución de los comisarios, y esta vez con fines diametralmente opuestos. Los comisarios de la Revolución eran representantes del proletariado victorioso que vigilaban a los comandantes procedentes en su mayoría de las clases burguesas; los comisarios de hoy eran representantes de la casta burocrática que vigilan a oficiales procedentes en su mayoría de la base misma.

[El 22 de abril de 1918 se publicó un decreto referente a la centralización de los comisarios de guerra de pueblos, regiones y territorios.] En julio informé al V Congreso de los Soviets (el Congreso que ratificó el tratado de Brest-Litovsk y el plan de creación del Ejército Rojo) que muchos de los comisarios inferiores no se habían organizado aún por falta de militares competentes. Nuestro objetivo consistía en centralizar los órganos militares administrativos para movilizar y formar unidades del Ejército regular. Al frente de cada región militar había un Consejo Revolucionario de Guerra compuesto de tres miembros: un representante del Partido, otro del Gobierno y un especialista militar. Como un considerable número de especialistas militares estaban asignados simultáneamente al frente y a comisariados de guerra regionales, provinciales, territoriales y de ciudad, estábamos naturalmente en gran medida caminando a oscuras. Organizamos un Comité de garantía militar. Pero no tenía a su disposición la información necesaria para evaluar debidamente a los antiguos generales y oficiales desde el punto de vista de su lealtad al nuevo régimen revolucionario. No olvidemos que la tarea se emprendió en la primavera de 1918 (esto es, pocos meses después de la conquista del Poder), y que la máquina administrativa se estaba montando en medio del máximo caos, con ayuda de las improvisaciones de auxiliares de ocasión admitidos en buena parte a base de recomendaciones accidentales. Ciertamente, no hubiese podido hacerse de otro modo en aquellas circunstancias. El examen de los especialistas militares, su selección definitiva v otras tareas análogas, todo se fue haciendo gradualmente.

Entre los oficiales había muchos, quizá la gran mayoría, que no sabían ellos mismos el terreno que pisaban. Los reaccionarios declarados habían huido al principio, los más activos hacia la periferia, donde se estaban organizando los frentes blancos. Los restantes vacilaron, se tomaron tiempo, no se resolvieron a abandonar a sus familias, ni sabían qué iba a ser de ellas, y por inercia se encontraron en los aparatos de mando o de administración del Ejército Rojo. La conducta ulterior de muchos de ellos derivó del trato de que se les hizo objeto. Los comisarios prudentes, enérgicos y hábiles (que eran los menos), se ganaron a los oficiales en seguida y éstos que por la fuerza de la costumbre, los habían mirado con desdén, se vieron sorprendidos por su decisión, arrojo y firmeza política. Tales uniones entre comandantes y comisarios solían durar largo tiempo, y se distinguían por una gran estabilidad. Cuando el comisario era ignorante y tosco y hostigaba al especialista militar, comprometiéndole sin miramiento ante los soldados del Ejército Rojo, no había que pensar

en amistad, y el oficial, vacilante, acababa por inclinarse hacia el enemigo del nuevo régimen.

La atmósfera de Tsaritsyn, con su anarquía administrativa, su espíritu guerrillero, su desacato al Centro, ausencia de orden administrativo y rústica agresividad frente a los especialistas militares, no era, naturalmente la más propicia para ganar la voluntad de estos últimos y hacerlos leales servidores del nuevo régimen. Indudablemente, sería un error pretender que Tsaritsyn se arregló sin especialistas militares. Cada uno de los comandantes había de tener al lado un oficial que conociese la rutina de los asuntos militares. Pero la clase de especialistas de Tsaritsyn se había reclutado de la hez de la oficialidad: dipsómanos desprovistos de todo vestigio de dignidad humana, hombres sin estimación propia, dispuestos a arrastrarse ante el nuevo amo, a adularle y a abstenerse de toda contradicción, etc. Esta es la especie de especialista que encontré en Tsaritsyn; precisamente de este tipo era el jefe de Estado Mayor de Vorochilov. En ninguna parte se ha mencionado el nombre de aquel insignificante oficial, y nada sé de su suerte. [Era] un ex capitán del Ejército zarista, dócil y sumiso, entregado sin remedio a las bebidas alcohólicas. Frente a este jefe de Estado Mayor, el comandante del X Ejército nunca tenía que inclinar la cabeza desconcertado.

Para ascender a los comandantes más afectos al régimen soviético, se hizo una movilización especial de suboficiales del antiguo Ejército zarista. 1,a mayoría de ellos habían sido promovidos a empleos de suboficial durante la última parte de la guerra, de manera que sus conocimientos castrenses no eran muy considerables. Sin embargo, los antiguas suboficiales, sobre todo en Caballería y Artillería, tenían excelente idea de los asuntos militares y estaban realmente mejor informados y eran más expertos que los oficiales de carrera a cuyas órdenes habían servido. A esta categoría pertenecían hombres como Budienny, Blücher, Dybenko y muchos otros. En tiempos del zarismo, estos hombres se reclutaban entre los más letrados, los mejor instruidos, los más habituados a mandar. De ahí que no causara sorpresa encontrar que aquellos suboficiales eran casi exclusivamente hijos de campesinos acomodados, de nobles de segundo orden, burgueses de ciudad, maestros, tenedores de libros, etc. Los suboficiales de ese tipo se encargaban gustosos de los mandos, pero no estaban propicios a someterse y a tolerar la superior autoridad de oficiales de carrera.

Tampoco lo estaban a reconocer la autoridad del Partido Comunista, allanarse a su disciplina y simpatizar con sus objetivos, especialmente en la esfera de la cuestión agraria. Las compras a precios fijos y, sobre todo, la expropiación de grano a los campesinos, despertaban en ellos una furiosa hostilidad. Entre éstos se contaba Dumenko, de Caballería, comandante de Cuerpo de Ejército en Tsaritsyn e inmediato superior de Budienny (éste mandaba por entonces una división). Dumenko era más inteligente que Budienny; pero acabó por sublevarse, mató a todos los comunistas de su Cuerpo de Ejército, intentó unirse a las fuerzas de Denikin, y fue capturado y ejecutado. Budienny y los comandantes próximos a él atravesaron igualmente un período de vacilación. Uno de los comandantes de brigada en Tsaritsyn, subordinado de Budienny, se sublevó; muchos de los soldados de Caballería se unieron a los verdes. La traición del antiguo oficial zarista Nossovich, que ocupaba un cargo administrativo puramente burocrático, produjo, naturalmente, menos

daño que la de Dumenko. Pero como la oposición militar (el vivero de la facción de Stalin) dependía en el frente de elementos del tipo de Dumenko, este motín no se menciona para nada hoy.

El lector que no esté familiarizado con el curso verdadero de los acontecimientos y que en la actualidad no pueda tener acceso a los archivos, hallará dificultades para imaginarse hasta qué punto se han tergiversado sus proporciones. Todo el mundo ha oído hablar hoy de la defensa de Tsaritsyn, del viaje de Stalin al frente de Perm y de la discusión llamada de los Sindicatos. Estos episodios descuellan hoy como cumbres de la cordillera histórica de los sucesos. Pero estas supuestas cumbres han sido creadas artificialmente. De la enorme cantidad de material que colma los archivos, se han destacado ciertos episodios especiales, rodeándolos de efectos teatrales históricos impresionantes. Obras subsiguientes de la historiografía oficial han acumulado nuevas exageraciones, basadas en las precedentes; y a ellas se agregan de vez en cuando intenciones descaradas. El efecto total es producto de tramoya más que hecho histórico. Prácticamente no se encuentra una sola referencia a documentos. La Prensa extranjera, e incluso historiadores eruditos, han llegado a considerar estas fábulas como fuentes originales. En varios países pueden encontrarse especialistas de Historia que conocen versiones de tercera mano de Tsaritsyn y de la discusión de los Sindicatos, pero no tienen prácticamente idea de sucesos que tuvieron importancia y significación enormemente mayores. La falsificación en este respecto ha alcanzado proporciones de alud. [Pero es sencillamente] asombrosa la escasísima cantidad de documentos y otros materiales auténticos que se han publicado con relación a la actividad de Stalin en el frente y, en general, durante el período de la guerra civil.

En reseñas publicadas durante los años de la guerra civil, el relato de Tsaritsyn fue uno de los muchos sin la menor relación con el nombre de Stalin. Su actuación tras la cortina, que fue efímera a lo sumo, sólo era conocida de un corto número de personas, no brindó en absoluto ocasión a muchas palabras. En el artículo que Ordzhonikidze escribió con ocasión del aniversario del X Ejército, no se menciona a Stalin, a pesar de que su autor es un antiguo camarada de Stalin que le fue leal hasta el suicidio. Lo mismo ocurre con otros artículos de este tenor. El bolchevique Minin, alcalde de Tsaritsyn a la sazón, y más tarde miembro del Consejo titulado "La Ciudad Sitiada", donde se alude tan poco a Stalin con relación a los acontecimientos de Tsaritsyn que Minin terminó, al fin, por ser tildado de "enemigo del pueblo". El péndulo de la historia habría de oscilar mucho antes de que Stalin fuese elevado a las alturas de un héroe de la epopeya de Tsaritsyn.

Desde hace años se ha hecho tradicional presentar las cosas como si en la primavera de 1918, Tsaritsyn fuese de gran importancia estratégica y Stalin hubiera sido enviado allí para salvar la situación militar. Nada de eso es cierto. Se trataba simplemente de una cuestión de provisiones. En la sesión del Consejo de Comisarios del Pueblo, de 28 de mayo de 1918, Lenin discutía con Tsuryupa, encargado entonces de los abastecimientos, de los métodos extraordinarios entonces en boga para proporcionar víveres a las capitales (Moscú y Petrogrado) y a los centros industriales. Al terminar la reunión, Lenin escribió a Tsuryupa: "Ponte hoy mismo en contacto con Trotsky, por teléfono, para que mañana pueda tenerlo todo en marcha." Además, en la misma comunicación, Lenin informaba a Tsuryupa del acuerdo del Sovnarkom de que el comisario popular de Abastos, Shlyapnikov,

saliera inmediatamente hacia el Kuban para coordinar las actividades de abastecimiento en el Sur, en beneficio de las regiones industriales. Tsuryupa respondió, entre otras cosas: "Stalin está conforme en ir al norte del Cáucaso. Enviadle. Conoce las condiciones locales allí y Shlyapnikov encontrará útil tenerle cerca." Lenin asintió: "Mando a los dos hoy." Durante los días siguientes, Shlyapnikov y Stalin tomaron varias medidas complementarias. Por último, según se registra en la Miscelánea, de Lenin, "Stalin fue enviado al norte del Cáucaso y a Tsaritsyn como encargado general de actividades de abastecimientos en el sur de Rusia".

Lo que ocurrió a Stalin fue lo mismo que a otros funcionarios soviéticos, a muchedumbre de ellos. Salían destinados a diversas provincias para movilizar los excesos de grano recogidos. Una vez allí se encontraban envueltos en insurrecciones blancas, con lo que sus destacamentos de intendencia se trocaban en destacamentos militares. Muchos activistas de los Comisariados de Educación, Agricultura y otros, se vieron absorbidos por el remolino de la guerra civil en regiones distantes y, por decirlo así, a la fuerza hubieron de dejar sus respectivas profesiones por la de las armas. L. Kamenev, con la sola excepción de Zinoviev, era entre los miembros del Comité Central el menos militar, fue enviado en abril de 1919 a Ucrania para acelerar el movimiento de provisiones hacia Moscú. Se encontró con que Lugansk se había entregado, y amenazaba peligro a toda la cuenca del Don; además, la situación en la recién recuperada Ucrania se hacía cada vez más desfavorable. Exactamente igual que Stalin en Tsaritsyn, Kamenev en Ucrania se encontró envuelto en operaciones militares. Lenin telegrafió a Kamenev: "Absolutamente necesario que tú personalmente... no sólo inspecciones y despaches asuntos, sino que lleves los refuerzos a Lugansk y a toda la cuenca del Don, pues, de otro modo, la catástrofe será, sin duda, enorme y escasamente remediable; seguramente pereceremos si no limpiamos por completo la cuenca del Don en poco tiempo..." éste era el estilo habitual de Lenin en aquellos días. A base de estas citases posible demostrar que Lenin consideraba la suerte de la Revolución dependiente de la dirección militar de Kamenev en el Sur. En diversas ocasiones, el poco belicoso Kamenev desempeñó importante papel en varios frentes.

Mediante una concentración totalitaria de todos los instrumentos de propaganda oral y escrita, es posible crear una reputación falsa tanto a una ciudad como a un hombre. Hoy, muchos heroicos episodios de la guerra civil se han olvidado. Ciudades en que Stalin intervino, para nada apenas se recuerdan, en tanto que el nombre de Tsaritsyn se ha investido de mítica importancia. Es necesario tener presente que nuestra posición central y la disposición del enemigo en un amplio círculo nos permitía actuar a lo largo de líneas de operaciones interiores, y reducía nuestra estrategia a una sencilla idea: la consecutiva liquidación de los frentes, según su relativa importancia. En aquella guerra de maniobra, profundamente móvil, varias zonas del país alcanzaron excepcional significación en ciertos momentos críticos, y luego la volvieron a perder. Sin embargo, la lucha por Tsaritsyn no pudo llegar a ser tan trascendente por ejemplo, como la lucha por Kazan, de donde arranca la carretera a Moscú, o la lucha por Oryol, de donde sale una carretera que por Tula va hasta Moscú, o la lucha por Petrogrado, cuya pérdida hubiera sido por sí sola un golpe fatal y, además, habría abierto el camino a Moscú por el Norte. Además, a despecho de las afirmaciones de los historiadores de la hora presente, que dicen que Tsaritsyn fue "el embrión de la Escuela de Guerra, donde se crearon los cuadros de mandos para otros

muchos frentes, mandos que hoy están a la cabeza de las unidades básicas del Ejército", el hecho es que los organizadores y jefes militares mejor dotados no procedían de Tsaritsyn. Y no me refiero sólo a figuras centrales, como Sklyansky, el auténtico Carnot del Ejército Rojo; o Frunze, jefe militar de gran talento, que más tarde fue colocado a la cabeza del Ejército Rojo; o Tujachersky, el futuro reorganizador del Ejército; o Yegorov, el futuro jefe del Estado Mayor; o Yakir, o Uborevich, o Kork, sino a muchos, muchísimos más. Cada uno de ellos se probó y adiestró en otros ejércitos y en otros frentes. Todos ellos adoptaron una actitud decididamente negativa respecto a Tsaritsyn; en sus labios, hasta la palabra "tsaritsynita" tenía un sentido despectivo.

El 23 ese mayo de 1918, Sergio (Ordzhonikidze) telegrafiaba a Lenin:

"La situación es mala. Necesitamos adoptar medidas enérgicas... Los camaradas aquí son demasiado flojos. Todo deseo de ayudar les parece ingerencia en los asuntos locales. Seis trenes de grano preparados para Moscú están detenidos en la estación... Insisto en que necesitamos medidas sumamente rigurosas..."

Stalin llegó a Tsaritsyn en junio de 1918, con un destacamento de guardias rojos, dos trenes blindados y plenos poderes para tratar de abastecer de cereales a los famélicos centros políticos e industriales. Poco después de su llegada, varios regimientos de cosacos y del Kuban se habían levantado contra el Gobierno de los Soviets. El ejército voluntario (de los blancos), que había estado vagando y dando vueltas por las estepas del Kuban, era ya bastante numeroso. El Ejército soviético del Norte del Cáucaso (único granero de la República Soviética por entonces) sufría mucho por efecto de sus depredaciones.

No era misión de Stalin quedarse en Tsaritsyn. Tenía el encargo de (organizar la expedición de víveres a Moscú) y proseguir hacia el norte del Cáucaso. Pero no llevaba en Tsaritsyn una semana, cuando el 13 de junio telegrafió a Lenin que la situación en aquella ciudad "había cambiado mucho, pues un destacamento de cosacos se había presentado a unas cuarenta verstas de allí". De este telegrama de Stalin se desprende que Lenin esperaba que fuese a Novorosisk y se encargase de resolver la situación crítica relacionada con el hundimiento de la flota del mar Negro. Durante las dos semanas siguientes, siguió confiándose en que fuera a Novorosisk. En su discurso del 28 de junio de 1918, en la IV Conferencia de los Comités de Sindicatos y Fábricas de Moscú [Lenin dijo:]

* "¡Camaradas! Ahora... contestaré a la pregunta relativa a la flota del mar Negro... He de deciros que fue el camarada Raskolnikov quien intervino allí... El camarada Raskolnikov vendrá en persona y os dirá que él instigó a que prefiriésemos destruir la flota a consentir que las tropas alemanas la emplearan contra Novorosisk... Tal era la situación, y los comisarios del Pueblo, Stalin, Shlyapnikov y Raskolnikov vendrán pronto a Moscú y os dirán cómo ocurrió todo."

[Sin embargo, en vez de seguir viaje hasta el norte del Cáucaso, o, si los planes se alteraron por el cambio de la situación militar, hasta Novorosisk] Stalin permaneció en Tsaritsyn hasta que la ciudad fue cercada en julio por los blancos.

Stalin había esperado encontrar pocas dificultades y mucho lucimiento enviando millones de sacos de grano a Moscú y a otros centros. Pero todo lo que consiguió enviar, a pesar de su dureza, fue una expedición de tres gabarras, a que se refiere en su telegrama de

26 de junio. Si hubiese enviado más, se hubieran publicado y comentado hace mucho tiempo otros telegramas referentes a ello. Lejos de eso, se encuentran confesiones implícitas de su fracaso como abastecedor de grano en sus propios informes, que culminan el 4 de agosto al reconocer que era inútil esperar más provisiones de Tsaritsyn. Incapaz de cumplir su jactanciosa promesa de suministrar alimentos al centro, Stalin se pasó del "frente de abastos" al "frente militar". Se hizo dictador de Tsaritsyn y del frente del norte del Cáucaso. Se adjudicó facultades amplias y prácticamente ilimitadas, como representante autorizado del Partido y del Gobierno. Tenía derecho de llevar a cabo la movilización local, requisar propiedades, militarizar fábricas, detener, y juzgar, admitir y despedir. Stalin ejercía autoridad con mano dura. Todos los esfuerzos se concentraron en la tarea de la defensa. Hízose cargo de todas las organizaciones locales del Partido y de los trabajadores, completándolos con nuevas fuerzas; se equiparon las partidas de guerrilleros. La vida de toda la ciudad fue sometida a la presión de-una dictadura inflexible. "En las calles y en las encrucijadas había patrullas del Ejército Rojo -escribe Tarassov-Rodionov-, y en medio del Volga, anclada, con su negra panza muy fuera del agua, había una gran barcaza, a la que miraba de soslayo un desmadejado funcionario de desteñido uniforme, mientras cuchicheaba con angustia a las viejecitas de la orilla: "¡Ahí... está la Checa!" Pero aquello no era la Checa misma, sino sólo su cárcel flotante. La Checa trabajaba en el interior de la ciudad, junto a la comandancia del Ejército. Estaba trabajando... a todo gas. No pasaba día sin que descubriera toda suerte de conspiraciones en los sitios que parecían de más seguridad y respeto. "

[El 7 de julio, aproximadamente un mes después de su llegada a Tsaritsyn, Stalin escribía a Lenin (en la carta hay una nota que dice: "Salgo escapado al frente... Escribo sólo oficialmente").]

* "La línea sur de Tsaritsyn aún no se ha restablecido. Estoy apremiándoles, y reprendiendo a todo el que debo. Espero que la tendremos pronto restaurada. Puedes estar seguro de que no tendré con nadie miramientos, ni siquiera conmigo. Pero tendréis el grano. Si nuestros "especialistas" militares (¡los zapateros!) no estuviesen durmiendo, no habrían roto la línea, y si ésta se rehace no será gracias a los militares, sino a pesar suyo."

[El 11 de julio volvió a telegrafiar Stalin a Lenin:

* "Las cosas se han complicado porque el Estado Mayor de la Región Militar del norte del Cáucaso ha resultado ser completamente incapaz para luchar contra la contrarrevolución. No es sólo que nuestros "especialistas" sean psicológicamente ineptos para hacer frente con entereza a la contrarrevolución, sino también que por ser lo que son sólo saben hacer copias al ferroprusiato y proponer planes de reforma, y cuanto significa acción no les interesa..., aparte de que se sienten al margen... No creo tener derecho a contemplar esto con indiferencia, cuando el frente de Kaledin ha quedado cortado del punto de abastecimiento y el norte de la región cerealista. Continuaré corrigiendo éstas y otras deficiencias, donde quiera que las encuentre: estoy tornando una serie de medidas y así seguiré, aunque haya de destituir a todos los altos funcionarios y comandantes que sean hostiles, a pesar de los inconvenientes formalistas, que pasaré por alto siempre que haga falta. Es natural que asuma toda la responsabilidad ante los organismos supremos."

[El 4 de agosto, Stalin escribió desde Tsaritsyn a Lenin, Trotsky y Tsuryupa:]

* "La situación en el Sur dista de ser halagüeña. El Consejo de Guerra se ha encontrado con una herencia de extremo desorden, debida en parte a intrigas de personas a quienes aquél situó en los diversos departamentos de la región militar... Tuvimos que comenzar de nuevo... Derogamos todo lo que yo llamaría el antiguo orden criminal, y sólo después de comenzar nuestro avance..."

La tarea de abastecer, en escala algo grande resultó imposible de resolver a causa de la situación militar: "Los contactos con el Sur y con sus cargas de provisiones están interrumpidos -escribía Stalin el 4 de agosto-, y la misma región de Tsaritsyn, que conecta el Centro con el Cáucaso septentrional, está cortada a su vez, o casi cortada del Centro." Stalin explicaba la causa de la extrema agravación de la situación militar, de una parte por la mudanza del acérrimo campesino, "que en octubre había combatido por el Gobierno de los Soviets, y ahora está en contra suya (odia con todo su corazón el monopolio de cereales, los precios estables, la requisa, la pelea con los recaudadores); y de otra por el lastimoso estado de las tropas... En general he de decir -concluía- que hasta no reanudar el contacto con el norte del Cáucaso no podemos contar... con la región de Tsaritsyn en cuanto a provisiones".

La arrogación por parte de Stalin de las funciones de gestor de todas las fuerzas militares del frente había sido confirmada por Moscú. El telegrama del Consejo Revolucionario de Guerra de la República, que llevaba anotado su envío con la conformidad de Lenin, expresamente delegada en Stalin para "imponer orden, agrupar todos los destacamentos en unidades regulares, organizar los mandos debidamente, después de sustituir a todos los insubordinados". Así, los derechos asignados a Stalin fueron firmados y hasta formulados por mí, en cuanto puede juzgarse por el texto de la disposición correspondiente. Nuestra tarea común a la sazón consistía en subordinar las provincias al Centro, imponer disciplina y someter todos los grupos de voluntarios y guerrilleros al Ejército y a los servicios del frente. Por desgracia, la actividad de Stalin en Tsaritsyn tomó una dirección totalmente distinta. Por entonces no sabía yo que Stalin había puesto en uno de mis telegramas la anotación de "no hacer caso", va que no tuvo nunca el suficiente valor para informar de ello al Centro. Mi impresión era que Stalin no luchaba con firmeza suficiente contra la autonomía local, las guerrillas comarcales y la insubordinación general de la gente de la región. Le acusé de ser demasiado tolerante con la equivocada política de Vorochilov y otros, pero nunca me cupo en la cabeza que fuese él el instigador de tal política. Esto se puso en evidencia poco después, por sus propios telegramas y por las confesiones de Vorochilov y demás enterados.

Stalin pasó en Tsaritsyn varios meses. Su trabajo de zapa contra mí, que ya entonces constituía buena parte de sus actividades, iba de la mano con la oposición solapada de Vorochilov, que era su más íntimo asociado. Sin embargo, Stalin se condujo de tal modo, que en cualquier momento pudiera retroceder sin comprometerse. Lenin conocía a Stalin mejor que yo, y, al parecer, sospechó que la pertinacia de los tsaritsynitas podía explicarse por la actuación de Stalin detrás de la cortina. Me resolví a arreglar de una vez los asuntos de Tsaritsyn. Después de un nuevo choque con el mando, decidí que Stalin regresara. Esto se hizo por mediación de Sverdlov, que salió en persona en un tren especial para traerse a

Stalin. Lenin deseaba reducir el conflicto a proporciones mínimas, y en tal respecto tenía razón, como es natural.

Por entonces, mientras que el Ejército Rojo había conseguido victorias de consideración en el frente del Este, dejando el Volga en franquía, las cosas continuaban mal en el Sur, donde todo iba de mal en peor a consecuencia de no obedecerse las órdenes. El 25 de octubre, en Kozlov, dicté una orden relativa a la unificación de todos los ejércitos y grupos del frente Sur bajo el mando del Consejo Revolucionario de Guerra del mismo, compuesto por el antiguo general [Syton y tres bolcheviques: Shlyapnikov, Mejonoshin y Lazimir]: "Todas las órdenes e instrucciones del Consejo han de ser objeto de ejecución incondicional e inmediata." La orden conminaba a los insubordinados con severas penas. Luego telegrafié a Lenin:

"Insisto categóricamente en que se deponga a Stalin. Las cosas van mal en el frente de Tsaritsyn, a pesar de contar allí con fuerzas sobradas. Vorochilov es capaz de mandar un regimiento, no un ejército de 50.000 hombres. Sin embargo, le dejaré el mando del X Ejército en Tsaritsyn, siempre que dé informes al comandante del Ejército del Sur, Sytin. Hasta ahora, Tsaritsyn no ha mandado partes de operaciones a Kozlov. He dispuesto que se informe respecto a reconocimientos y operaciones dos veces al día. Si no se hace mañana, llevaré a Vorochilov y a Minin a un Consejo de guerra, y publicaré el hecho en una orden del Ejército. Según los Estatutos del Consejo Revolucionario de Guerra de la República, Stalin y Minin, mientras permanezcan en Tsaritsyn, no son más que miembros del Consejo Revolucionario de Guerra del X Ejército. Nos queda poco tiempo para tomar la ofensiva antes de que comiencen los lodazales de otoño, en que los caminos locales están impracticables, tanto para la infantería como para los cuerpos montados. No será posible ninguna acción seria sin coordinar con Tsaritsyn. No puede perderse tiempo en negociaciones diplomáticas. O Tsaritsyn se somete, o deberá afrontar las consecuencias. Tenemos una superioridad de fuerzas enorme, pero reina absoluta anarquía en las alturas. Puedo terminar con esto en veinticuatro horas, si cuento con tu firma y tu concurso declarado. En todo caso, es el único recurso que concibo."

[Al día siguiente] recibía Lenin este telegrama directo:

* He recibido el siguiente telegrama: "La orden militar de Stalin, número 118, debe ser aislada. He mandado instrucciones completas al comandante del frente Sur, Sytin. Las actividades de Stalin socavan todos mis planes... Vatzetis, comandante en jefe; Danishevsky, miembros del Consejo Revolucionario de Guerra."

[Stalin fue separado de Tsaritsyn en la segunda mitad de octubre. Esto es lo que] escribió en Pravda (30 de octubre de 1918) [respecto al frente Sur]:

* "El objetivo del principal ataque del enemigo era Tsaritsyn. Se comprende esto, porque la toma de Tsaritsyn y el corte de comunicaciones con el Sur hubiera asegurado el cumplimiento de todos los propósitos del enemigo, uniendo a los contrarrevolucionarios del Don con el sector Norte de los cosacos de los Ejércitos de Astracán y Ural, creando un frente continuo contrarrevolucionario desde el Don a los checoslovacos, Habría dado a los contrarrevolucionarios el dominio del sur del Caspio, dentro y fuera; y las tropas soviéticas del norte del Cáucaso se hubiesen visto desamparadas..."

[¿"Confesaba" así Stalin que era culpable de haber agravado la situación con sus intrigas y su indisciplina? Nada de eso. Sin embargo, cuando regresaba a Moscú desde Tsaritsyn, Sverdlov preguntó] cautamente cuáles eran mis intenciones, y luego me propuso que hablara con Stalin, que, por lo visto, iban en su tren.

"-¿Piensas realmente en destituirles a todos? -me preguntó Stalin en tono de exagerada sumisión-. Son unos muchachos excelentes.

"-Esos muchachos excelentes están comprometiendo la Revolución, que no puede esperar a que adquieran juicio -le contesté-. Lo que pretendo es sólo rescatar Tsaritsyn para la Rusia de los Soviets."

A partir de entonces, siempre que hube de lastimar predilecciones, amistades o vanidades personas, Stalin iba reuniendo hábilmente a toda la gente agraviada. Tenía mucho tiempo para ello, puesto que así favorecía sus íntimas ambiciones. Los espíritus dominantes de Tsaritsyn se convirtieron, en adelante, en sus instrumentos principales. Tan pronto como Lenin cayó enfermo, Stalin, por medio de sus satélites, hizo cambiar el nombre de Tsaritsyn por el de Stalingrado.

[Los oposicionistas de Tsaritsyn eran una curiosa colección. El hombre que más detestaba a los especialistas militares era Vorochilov ("el cerrajero de Lugansk", como le llamaron los cronistas de última hora), un sujeto campechano y descarado, no extremadamente intelectual, pero ladino y poco escrupuloso. Nunca pudo hacer la carrera de la teoría del arte militar, pero tenía el de saber fruncir el ceño y no tener el menor reparo en sacar partido de las ideas de subordinados más ingeniosos, ni falsa modestia en cuanto a presentar como propios sus aciertos. Su candidez intelectual en materia de teoría militar y de marxismo había de demostrarse ampliamente en 1921, en que], siguiendo sin discernimiento las orientaciones de algún oscuro ultraizquierdista, manifestó que la agresividad y la táctica de la ofensiva eran consecuencia de "la condición de clase del Ejército Rojo", presentando a la vez como "prueba de la necesidad de tomar la ofensiva" algunas citas de los reglamentos militares franceses de 1921.

Su "fiel mano derecha" era Shchadenko [comisario político del X Ejército, sastre de oficio, a quien los cronistas de hoy habían de inmortalizar como sigue]: "Frunciendo con enfado sus aquilinas cejas, mirando con expertos ojos a derecha e izquierda, iba por todo el frente, inflamado en su esfuerzo de ser la fiel mano derecha de Klim."

Igualmente celoso, pero muy distinto de los otros dos, era Sergio Minin. [Una curiosa mixtura de poeta y demagogo, que se había entregado con alma y vida a la causa y padecía una ciega fobia contra todos los oficiales zaristas.] Popular entre los trabajadores de Tsaritsyn desde que, siendo un joven estudiante, participó en la Revolución de 1905, Tsaritsyn se enorgullecía de tener en él su más conspicuo y apasionado orador. Era, con mucho, el más honesto del grupo, pero acaso el menos razonable. Sincero en su intransigencia, puso toda su parte de daño en la agravación de la situación militar de Tsaritsyn. [Era un instrumento inocente, pero por lo visto el más eficaz, de la intriga de Stalin en Tsaritsyn, y fue apartado tan pronto como ya no pudo serle de utilidad.]

Había, además, el ingeniero Rujimovich, antiguo Comisario Popular de Guerra de la República de Donetz-Krivirog [una de las efímeras repúblicas rojas de los primeros días de

la Revolución], que dio a Vorochilov su primer encargo de organizar un ejército proletario. Puesto al frente de la Independencia, el provinciano Rujimovich no comprendía otras necesidades que las del X Ejército. No había Ejército que se tragara tantos fusiles y municiones, y en cuanto se le negaban, levantaba el grito contra la traición de los especialistas de Moscú. [él, como el vocal más joven del Consejo de Guerra, Valerio] Mezhlauk, ascendieron a astros de segundo orden en la jerarquía estaliniana, para eclipsarse luego [por razones desconocidas. Estaban asimismo] Zhloba, Jarchenko, Gorodovich, Savitsky, Parhomenko y otros, cuyas aportaciones al Ejército Rojo y al Estado soviético no sobrepujaban las de otros cientos de miles, pero cuyos nombres se salvaron del más completo olvido sólo por su previa relación con Stalin en Tsaritsyn. "Trotsky -escribió más tarde Tarasov-Radionov- habló en el Consejo Revolucionario de Guerra, enojado y altivo. Soltó una granizada de punzantes reproches por el enorme derroche de material... Trotsky no tenía oídos para explicaciones..."

El 1 de noviembre telegrafió a Sverdlov y a Lenin desde Tsaritsyn:

"La situación, por lo que respecta al X Ejército, es la siguiente: Hay muchas fuerzas aquí, pero no hay quien dirija las operaciones. El Estado Mayor del frente Sur y Vatzetis están por un cambio de comandante. Veré si es posible conservar a Vorochilov, dándole un Estado Mayor experimentado y eficaz. él no está conforme, pero confío en que el asunto pueda arreglarse... El único obstáculo serio es Minin, que está llevando una política sumamente perniciosa. Insisto seriamente en que se le traslade. ¿Cuándo estarán listas las medallas?"

Después de inspeccionar todos los sectores del Ejército de Tsaritsyn, en una orden especial de 5 de noviembre de 1918, reconocía los servicios de muchas de las unidades y de sus jefes, haciendo notar al mismo tiempo que algunas partes del Ejército consistían en unidades que se llamaban a sí propias divisiones sin serlo en realidad; que "el trabajo político en ciertas unidades no se había iniciado aún", que "el empleo de reservas militares no se efectúa siempre con la debida precaución"; que "en ciertos casos, el comandante, reacio a dar cumplimiento a una orden de operaciones, la hace discutir en una reunión...", etc. "Como ciudadanos -decía la orden-, los soldados son libres durante sus horas francas para celebrar reuniones sobre cualquier asunto. Como soldados, deben obedecer las órdenes militares sin la menor objeción."

Después de visitar el frente Sur, incluso Tsaritsyn, informé al VI Congreso de los Soviets de 9 de noviembre de 1918. "No todos los funcionarios del Soviet han comprendido que nuestra administración se ha centralizado y que todas las órdenes emanadas de arriba son terminantes... Hemos de ser inflexibles con los funcionarios del Soviet que no han comprendido eso aún; los depondremos, los expulsaremos de nuestras filas, los extirparemos a fuerza de reprensiones." Esto se refería a Stalin mucho más que a Vorochilov, contra quien iban en aquella ocasión dirigidas las palabras ostensiblemente. Stalin estaba presente en el Congreso y guardó silencio. Callado permaneció también en la sesión de Politburó. No podía defender abiertamente su conducta. A lo sumo, lo que hizo fue almacenar cólera. En aquellos días (depuesto de Tsaritsyn, con profundo rencor y sed de venganza en el corazón) escribió su artículo sobre el primer aniversario de la República. La finalidad del mismo era atacar mi prestigio, volviendo contra mí la autoridad del Comité

Central encabezado por Lenin. En aquel artículo de aniversario, dictado por una ira contenida, Stalin tuvo, sin embargo, que escribir lo siguiente:

"Toda la labor de organización práctica de la insurrección fue realizada bajo la inmediata dirección del presidente del Comité de Petrogrado, camarada Trotsky. Es posible declarar con seguridad que al camarada Trotsky debe el Partido principalmente, y en primer lugar, que la guarnición se pasara tan pronto al lado del Soviet y que se ejecutara con tal atrevimiento la labor del Comité Revolucionario Militar."

El 30 de noviembre, por iniciativa del Comisariado de Guerra de organizar un Consejo de Defensa, el Comité Ejecutivo Central de toda Rusia aprobó una resolución en el sentido de convocar el Consejo de Defensa, compuesto de Lenin, el que escribe, Krassin, el comisario de Vías y Comunicación, el comisario de Abastecimientos y el presidente de la Comisión Permanente del Comité Ejecutivo Central, Sverdlov. De acuerdo con Lenin, propuse que se incluyera también a Stalin. Lenin deseaba dar a Stalin alguna satisfacción por haberse retirado del Ejército de Tsaritsyn; yo quería darle ocasión de formular abiertamente sus críticas y propuestas, sin mojar la pólvora en el Departamento de Guerra. La primera sesión, que delineó nuestras tareas en sentido general, se celebró durante las horas del día, el 1 de diciembre. De las notas que tomó Lenin en aquella reunión, resulta que Stalin habló seis veces; Krassin, nueve; Skylyansky, nueve; Lenin, ocho. No se permitía hablar más de dos minutos cada vez. La dirección del trabajo del Consejo de Defensa, no sólo en lo tocante a cuestiones de relieve, sino en cuestiones de detalle, se concentró enteramente en manos de Lenin. Se confió a Stalin la misión de redactar una tesis sobre la lucha contra el regionalismo, y otra sobre el modo de combatir el expedienteo. No hay prueba alguna de que se redactase una u otra. Además, con objeto de facilitar el trabajo, se convino en que "los decretos de la Comisión designada por el Comité de Defensa, firmados por Lenin, Stalin y los representantes del Departamento interesado, tendrán la fuerza de un decreto del Consejo de Defensa". Pero en cuanto afectaba a Stalin, todo aquello se redujo a otro epígrafe que nada tenía que ver con el trabajo efectivo.

[A pesar de todas estas concesiones, Stalin continuó apoyando en secreto a la oposición de Tsaritsyn, anulando los esfuerzos del Departamento de Guerra por imponer orden y disciplina en aquel sector. En Tsaritsyn, su principal instrumento era Vorochilov; en Moscú, Stalin mismo ejercía toda la presión que podía sobre Lenin. Se hizo necesario, en consecuencia, enviar el siguiente telegrama desde Kursk, el 14 de diciembre:]

"Al presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo: Lenin. La cuestión de deponer a Okulov no puede resolverse por sí misma. Okulov se designó para tener a raya a Vorochilov, como garantía del cumplimiento de las órdenes militares. Es imposible dejar que Vorochilov continúe después de haber inutilizado todos los intentos de guerra, con un nuevo comandante, y Vorochilov debe ir a Ucrania.

"El presidente del Consejo Revolucionario de la República, Trotsky."

[Vorochilov fue entonces trasladado a Ucrania. La capacidad combativa del X Ejército aumentó como por ensalmo. No sólo el nuevo comandante, sino también el sucesor de Stalin en el Consejo de Guerra, Shlyapnikov, resultaron infinitamente más eficaces, y mejoró la situación militar en Tsaritsyn.]

[Pocos días después de la sustitución de Vorochilov, y tras los meses de forzosa abstención de un asunto tan sumamente tentador como el de intervenir en cuestiones militares, desde su propia deposición de Tsaritsyn, Stalin halló nueva ocasión de actuar en el frente, esta vez por un par de semanas, y la aprovechó para clavar a Trotsky un cuchillo en la espalda. El incidente comenzó con el siguiente cambio de telegramas entre Lenin y Trotsky:]

1

* Telegrama cifrado al camarada Trotsky, en Kursk o cualquier otro lugar en que pueda hallarse el presidente del Comité Revolucionario de Guerra de la República.

"Moscú, 13 de diciembre de 1918.

"Noticias sumamente alarmantes de las proximidades de Perm. Está en peligro. Temo que nos hayamos olvidado de los Urales. ¿Se mandan refuerzos con suficiente intensidad a Perm y a los Urales? Lashevich dijo a Zinoviev que sólo deben mandarse unidades ya fogueadas. - Lenin."

2

* A Trotsky, en Kozlov o dondequiera que se encuentre el presidente del Comité Revolucionario de Guerra de la República.

"Moscú, 31 de diciembre de 1918.

"Hay varios informes del Partido de los alrededores de Perm sobre el estado catastrófico del Ejército y sobre embriaguez. Te lo transmito. Piden que vayas allí. Pensé en enviar a Stalin. Temo que Smilga sea demasiado blando con Lashevich, que al parecer también bebe con exceso y no es capaz de restablecer el orden. Telegrafía tu opinión.- Lenin."

[66.847.]

3

* Por hilo directo en cifra a Moscú, Kremlin, para el presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, Lenin.

Respuesta a [66.847].

"Voronej, 1 de enero de 1919, a las 19 (7 tarde).

"De los partes de operaciones del III Ejército he deducido que la dirección está completamente desconcertada, y propuse un cambio de mando. La decisión se aplazó. Ahora considero inaplazable la sustitución.

"Estoy completamente de acuerdo sobre la excesiva blandura del camarada enviado allí. De acuerdo con enviar a Stalin con poderes del Partido y del Consejo Revolucionario de Guerra de la República para restablecer el orden, depurar la plantilla de comisarios y castigar severamente a los culpables. El nuevo comandante se nombrará de acuerdo con Serpujov. Propongo nombrar a Lashevich miembro del Consejo Revolucionario de Guerra

del frente Norte, donde no tenemos una persona responsable del Partido, y el frente puede adquirir pronto mayor importancia.

"Presidente del Consejo Revolucionario de Guerra de la República, Trotsky."

[9.]

[El asunto pasó entonces al Comité Central, que resolvió:]

* "Designar una Comisión investigadora del Partido, compuesta de los miembros del Comité Central, Stalin y Dzerzhinsky, para que realice una minuciosa investigación de los motivos de la rendición de Perm y de las recientes derrotas en el frente del Ural, y aclare todas las circunstancias concernientes a los mencionados hechos."

[El III Ejército había rendido Perm a las tropas del almirante Koltchak, que avanzaban, y tomado posiciones en Viatka, donde se sostenía a duras penas. Stalin y Dzerzhinsky llegaron a Viatka mientras el III Ejército la defendía de los ataques enemigos. El día de su llegada allí, 5-I-1919, Stalin y Dzerzhinsky telegrafiaron a Lenin].

* "Comenzó la investigación. Te informaremos de vez en cuando sobre el curso de la misma. Entretanto, creemos n darte cuenta de las necesidades del III Ejército que no admiten aplazamiento. El caso es que de este ejército, que constaba de más de 30.000 hombres, sólo quedan 1.100 soldados aspeados y exhaustos, que apenas pueden resistir la presión del enemigo. Las unidades enviadas por el comandante en jefe no son de confianza, incluso en parte hostiles a nosotros, y necesitan una seria criba. Para salvar los restos del III Ejército y evitar el rápido avance del enemigo sobre Viatka (según la información del Estado Mayor del frente y del mismo Ejército, este peligro es completamente real), es absolutamente necesario enviar al momento desde Rusia y poner a disposición del comandante del Ejército por lo menos tres regimientos de absoluta confianza. Insistimos con apremio que hagas la debida presión en este sentido sobre la institución militar competente. Lo repetimos: sin esta medida espera a Viatka la misma suerte de Perm."

[El 15 de enero, Stalin y Dzerzhinsky informaban al Consejo de Defensa:]

* "Se enviaron al frente 1.200 bayonetas y sables de confianza; al día siguiente, dos escuadrones de Caballería. El día 10 salió también el 62 Regimiento de la 3.ª Brigada (bien tamizada previamente). Estas unidades nos permiten contener el avance del enemigo, levantar la moral del III Ejército y comenzar nuestro avance sobre Perm, hasta ahora afortunada. A retaguardia del ejército se efectúa una detenida depuración de las instituciones del Soviet y del Partido. Se han organizado comités revolucionarios en Viatka y en las cabezas de partido. También se ha comenzado a organizar y continúan organizándose fuertes cuadros revolucionarios en los pueblos. Se está restaurando todo el trabajo del Partido y del Soviet sobre nuevas líneas. El control militar se ha renovado y reorganizado. Asimismo ha sido depurada la checa provincial, a cuyo frente se han puesto nuevos activistas..."

[Después de investigar las causas de la catástrofe, Stalin y Dzerzhinsky informaron a Lenin que eran:]

* "La fatiga y el agotamiento del Ejército en el momento de avanzar el enemigo, nuestra falta de reservas a la sazón, la falta de contacto del Estado Mayor con el Ejército, el desconcierto del comandante del Ejército, los métodos intolerablemente criminales de administrar el frente el Comité Revolucionario de Guerra de la República, que paralizaban la posibilidad de ofrecer oportuna ayuda al III Ejército; la falta de confianza en los refuerzos enviados de retaguardia, a causa de los viejos métodos de reclutamiento, y la absoluta inseguridad de la retaguardia en virtud de la completa ineptitud e incapacidad de las organizaciones locales del Soviet y del Partido."

[Casi todos los extremos de este informe constituían un golpe contra Trotsky. Si Lenin, el Consejo de Defensa, el Comité Central y su Politburó hubiesen tomado en serio estos cargos contra Trotsky, no habría habido más remedio que destituirle de su cargo. Pero Lenin conocía demasiado bien a Stalin para estimar este informe suyo de su asociado en Viatka, menos conforme a los hechos que incriminatorio, como una venganza por haberle relevado de Tsaritsyn, y por haberse negado a darle otra oportunidad en el frente Sur, donde pudiera volverse a reunir con Vorochilov y los otros tsaritsynitas.

Mientras tanto, en Ucrania, utilizando sus prerrogativas políticas y su categoría de comandante del ejército, Vorochilov continuaba chocando con los especialistas militares, deshaciendo el trabajo del Estado Mayor y estorbando la ejecución de las instrucciones del Cuartel General. Con ayuda de Stalin y de otros, pronto hizo su presencia en el frente Sur tan intolerable que el 10 de enero de 1919 fue necesario telegrafiar:]

* "A Moscú.

"Al presidente del Comité ejecutivo Central, Sverdlov.

" ...Debo manifestar categóricamente que la política de Tsaritsyn, que ha ocasionado la total desmembración del Ejército de aquella zona, no puede tolerarse en Urania... Okulov sale para Moscú. Propongo que Lenin y tú prestéis la máxima atención a su informe sobre la labor de Vorochilov. La línea de Stalin, Vorochilov y Rujimovich significa la ruina de todo lo que estamos haciendo.

"Presidente del Consejo Revolucionario de Guerra de la República, Trotsky."

[Mientras Stalin intrigaba con ayuda de Dzerzhinsky en Viatka], Lenin insistió en que era necesario que llegase a una inteligencia con Stalin.:

* "Stalin iría con mucho gusto a trabajar al frente Sur... Stalin espera que el resultado de su labor nos convencerá de la justeza de sus puntos de vista... Al informarte, León Davidovich, de estas declaraciones de Stalin, te ruego que las estudies con detenimiento y me contestes, en primer lugar, si estás de acuerdo con que Stalin explique en persona el asunto, sobre el cual se halla dispuesto a informarse; y en segundo lugar, si crees posible, a base de ciertas condiciones concretas, arreglar el conflicto anterior y llegar a una colaboración que Stalin vería complacido. En cuanto a mí, creo que es necesario hacer todo lo posible por trabajar conjuntamente con él.-Lenin."

Evidentemente, Lenin había escrito esta carta apremiado por la insistencia de Stalin. éste buscaba el convenio, la conciliación, más trabajo de orden militar, aun a costa de una capitulación pasajera y fingida. El frente le atraía porque aquí podía trabajar por primera

vez con la máquina administrativa más acabada de todas, que es la máquina militar. Como miembro del Consejo Revolucionario de Guerra y a la vez del Comité Central del Partido, era inevitablemente la figura cumbre en todos los Consejos de Guerra, en todos los ejércitos, en todos los frentes. Cuando los demás dudaban, él decidía. Podía mandar, y cada orden suya iba seguida de su ejecución prácticamente automática, no como en la Junta del Comisariado de Nacionalidades, donde tenía que ocultarse de sus antagonistas en la cocina del comandante.

En 11 de enero contesté a Lenin por línea directa:

* "La transacción es naturalmente necesaria, pero no sometiéndose a todo. El hecho es que todos los tsaritsynitas se han congregado ahora en Jarkov. Puedes darte cuenta de lo que son por el informe de Okulov, hecho enteramente de material demostrable, y de los partes de los comisarios. Considero que la defensa que hace Stalin de la tendencia tsaritsynita es una úlcera sumamente peligrosa, peor que cualquier traición o perfidia de especialistas militares... Rujimovich es un alias de Vorochilov. Dentro de un mes tendremos que salir de otro atolladero como el de Tsaritsyn, pero esta vez no tendremos enfrente a los cosacos, sino a los ingleses y a los franceses. Y no es Rujimovich el único. Están firmemente ligados entre ellos, erigiendo la ignorancia en principio. Vorochilov, más las guerrillas de Ucrania, más el bajo nivel de la población, más la demagogia... no podemos tolerar esto de ningún modo. Que designen a Artemio, pero no a Vorochilov ni a Rujimovich... De nuevo insisto en que se examine con atención el informe de Okulov sobre el Ejército de Tsaritsyn y cómo se desmoralizó Vorochilov con la cooperación de Stalin."

Con relación a este primer período de actividad de Stalin en el frente Sur no se ha publicado nada. La cuestión es que el tal periodo no duró mucho y terminó para él de un modo muy desagradable. Es una lástima que no pueda basarme en ningún escrito que complete mis recuerdos de este episodio, pues no dejó traza alguna en mis archivos personales. Naturalmente, los archivos oficiales han quedado en el Comisariado de Guerra. En el Consejo Revolucionario de Guerra del frente Sur, con Yegorov de comandante, estaban Stalin y Berzin, que después se dedicó por completo al trabajo militar y desempeñó un importante papel, aunque no rector, en las operaciones militares de la España republicana. Una vez, por la noche (siento no poder puntualizar la fecha exacta), Berzin me llamó a la línea directa y me preguntó si estaba "obligado a firmar una orden de operaciones del comandante del frente, Yegorov". Según las normas, la firma del comisario o miembro político del Consejo de Guerra en una orden de operaciones significaba simplemente que la orden no tenía ningún móvil contrarrevolucionario. En cuanto al sentido de la orden, era por completo de la responsabilidad del comandante. En este caso, la orden del comandante del frente consistía en interpretar otra del comandante en jefe y transmitirla al Ejército bajo su mando. Stalin declaró que la orden de Yegorov no era válida, y que no la firmaba. En vista de la negativa de un miembro del Comité Central a firmarla, Berzin no se determinaba a poner su propia firma en ella. Y, por otra parte, una orden de operaciones firmada sólo por el jefe militar no tenía fuerza de obligar.

¿Qué objeción suscitaba Stalin contra una orden que, por lo que puedo recordar, era de importancia secundaria, aunque he olvidado totalmente de qué se trataba? Ninguna. Simplemente no quería firmarla. Le hubiera sido perfectamente posible llamarme por hilo

directo y explicarme sus razones, o, si lo prefería, dirigirse a Lenin con la consulta. El comandante del frente, si no estaba conforme con Stalin, por la misma norma podía haber expuesto sus propios argumentos al comandante en jefe o a mí. La objeción de Stalin se habría discutido inmediatamente en el Politburó, y se hubieran solicitado entonces del comandante en jefe explicaciones suplementarias. Pero, lo mismo que en Tsaritsyn, Stalin prefería obrar de muy distinto modo: "No quiero firmarla", declaró, para alardear de su importancia ante sus colaboradores y subordinados. Yo repliqué a Berzin: "La orden del comandante en jefe certificada por un comisario es obligatoria para ti. Fírmala inmediatamente; de lo contrario, habrás de comparecer ante el Tribunal". Inmediatamente, Berzin puso su firma en la orden del comandante.

El asunto se llevó al Politburó. Lenin dijo, no sin cierto embarazo: "¿Qué podemos hacer? ¡Otra vez Stalin metido en un lío!" Se decidió retirar a Stalin del frente Sur. ésta era ya la segunda vez que le fallaba el tiro. Recuerdo que volvió sumiso, pero no parecía resentido. Por el contrario, incluso manifestó que había conseguido su propósito de llamar la atención sobre las relaciones impropias entre el Mando supremo y el del frente, y que si bien la orden del comandante en jefe no contenía nada hostil, se había dictado sin sondear antes la opinión del frente Sur, lo que no estaba bien. ésta era, según explicó, la razón de su protesta. Se sentía completamente satisfecho de sí mismo. Mi impresión fue la de que había querido abarcar demasiado. Cogido en la trampa de una baladronada casual, no había podido desenredarse luego. En todo caso, era evidente que hacía todo lo posible por disimular el resbalón y por dar a entender que no había pasado nada. (Para dejarle en buen lugar, se propuso después, probablemente por iniciativa de Lenin, destinarle al frente Sudoeste. Pero Stalin replicó:]

* "4 de febrero de 1919.

"Al Comité Central del Partido, camaradas Lenin y Trotsky:" ...Tengo la profunda convicción de que nada puede cambiar en la situación mi presencia allí... - Stalin."

[Durante tres o cuatro meses después de aquello, refrenó su afán de trabajar en la máquina militar y volvió a colaborar en La Vida de las Nacionalidades.]

[La liquidación de los tsaritsynitas era más aparente que real. De hecho, Stalin y sus aliados habían variado simplemente de campo de acción y de métodos de ataque. El nuevo campo era el Partido, y los métodos se ajustaron al mismo.] Como en 1912-1913, con referencia a los conciliadores, y como durante la temporada anterior a octubre con respecto a la oposición de Zinoviev y Kamenev, así también en el VIII Congreso [del Partido, Stalin, ostensiblemente ajeno en absoluto a la oposición militar, trabajaba de firme por reforzarla, y la utilizó como palanca contra Trotsky].

La oposición militar constaba de dos grupos. Estaban allí los numerosos activistas ilegales totalmente agotados por la prisión y el destierro, y que no pudieron encontrar puesto adecuado en la organización del Ejército y del Estado. Miraban con honda malquerencia toda clase de advenedizos, de los que no pocos ocupaban cargos responsables Pero en aquella oposición había también muchos trabajadores avanzados, elementos de lucha con una nueva reserva de energía, que temblaban de aprensión política al ver a

ingenieros, oficiales, maestros, Catedráticos del día anterior ocupando otra vez puestos de dirección. Esta oposición de trabajadores reflejaba en definitiva falta de confianza en sus propias fuerzas, y recelo de que la nueva clase que había subido al Poder fuera capaz de dominar y controlar los amplios círculos de la vieja intelectualidad.

Durante el primer período, cuando la Revolución iba propagándose de los centros industriales hacia la periferia, se organizaron destacamentos armados de trabajadores, marineros y ex soldados, para establecer el régimen soviético en varias localidades. Estos destacamentos tenían que librar, en ocasiones, encuentros de menor cuantía. Como gozaban de la simpatía de las masas, les era fácil quedar victoriosos. Adquirieron así cierto temple, y sus jefes alguna autoridad. No había enlaces regulares entre tales destacamentos. Su táctica tenía el carácter de incursiones de guerrilleros, y, por lo pronto, con aquello bastaba. Pero las clases derrocadas, con ayuda de sus protectores extranjeros, comenzaron a organizar sus propios ejércitos. Bien armados y dirigidos, pronto les tocó el turno de emprender la ofensiva. Acostumbrados a victorias fáciles, los destacamentos de guerrilleros no tardaron en poner en evidencia su inutilidad; no tenían secciones adecuadas de información, ni enlaces entre ellos, ni eran capaces de ejecutar una maniobra de relativa complejidad. De aquí que en varias ocasiones y en distintos puntos del país, la guerra de partidas no produjese más que desastres. No era fácil incluir aquellos destacamentos aislados en un sistema centralizado. La capacidad militar de sus comandantes no era grande, y, además, miraban con hostilidad a los oficiales antiguos, parte por no tener confianza política en ellos, y parte por disimular su falta de confianza en sí mismos. Sin embargo, todavía en julio de 1918, los essars de izquierda seguían insistiendo en que podíamos defendernos con guerrilleros, sin necesidad de un ejército centralizado. "Esto es tanto como decirnos -repuse yo- que no necesitamos ferrocarriles, y que podemos arreglarnos con carros de caballos para el transporte."

Nuestros frentes tendían a contraerse en un cerco de más de 8.000 kilómetros de circunferencia. Nuestros enemigos elegían la dirección, creaban una base en la periferia, recibían ayuda del exterior, y descargaban el golpe apuntando al centro. La ventaja de nuestra situación consistía en ocupar una posición central y actuar a lo largo de líneas de operaciones internas. Tan pronto como el enemigo elegía su dirección de ataque, podíamos nosotros escoger la nuestra para el contraataque. Estábamos en condiciones de mover fuerzas y acumularlas para acometer en las direcciones más importantes en cualquier momento dado. Pero esta ventaja sólo podía aprovecharse si conseguíamos una centralización completa de gestión y de mando. Para sacrificar temporalmente alguno de los sectores más remotos o menos importantes a fin de salvar los más próximos e importantes, teníamos que proceder de manera que las órdenes de arriba se cumplieran en vez de someterse a discusión. Todo esto es demasiado elemental para que necesitemos explicarlo aquí. El no comprenderlo, obedecía a aquellas tendencias centrífugas nacidas de la Revolución, al provincialismo del vasto país de comunidades aisladas, al espíritu elemental de independencia que todavía no había tenido tiempo u oportunidad de madurar. Basta decir que al principio, no sólo provincias, sino hasta región tras región tuvieron su propio Consejo de Comisarios del Pueblo, con su correspondiente comisario de Guerra. Los éxitos de la organización regular, indujeron a los dispersos destacamentos a adaptarse a ciertas normas y condiciones, a consolidarse en regimientos y en divisiones. Pero el espíritu

y el método continuaron a menudo como antes, Un jefe de división, no seguro de sí mismo, se mantenía demasiado condescendiente con sus coroneles. Vorochilov, como jefe de ejército, era sobradamente indulgente con los jefes de sus divisiones. Pero tanto más rencorosa era su actitud hacia el Centro, que no se daba por satisfecho con la transformación externa de las partidas de guerrilleros en regimientos y divisiones, sino que insistía en los requisitos más fundamentales de la organización militar. En controversia con uno de los guerrilleros de Stalin escribía yo en enero de 1919:

"En uno de nuestros ejércitos se consideraba señal de supremo revolucionarismo no hace mucho, chancearse vulgar y estúpidamente de los "especialistas militares", esto es, de todos cuantos hubieran estudiado en escuelas militares; pero en el mismo ejército que así procedía no se desarrollaba el menor trabajo político. La actitud no era menos hostil allí, o acaso lo era más, contra los comisarios comunistas que contra los especialistas. ¿Quién sembraba esa hostilidad? Los peores entre los nuevos comandantes: los militarmente ineptos, gente entre guerrillera y del Partido, que no deseaba tener a nadie en torno, ya fueran activistas del Partido, ya expertos y serios militares. Aferrados de por vida a sus puestos, execraban con furor hasta la mención de estudios militares... Muchos de ellos, metidos por último en un lío irremediable, terminaban simplemente rebelándose contra el Gobierno de los Soviets."

En un momento de grave peligro, el 2.11 Regimiento de Petrogrado, que ocupaba un sector decisivo, abandonó el frente por su propia iniciativa, capitaneado por su comandante y su comisario, tomó un vapor fluvial y bajó por el Volga desde las cercanías de Kazan en dirección a Nijni-Novgorod. El barco fue detenido orden mía, y los desertores sometidos a un Consejo de guerra. El comandante y el comisario del regimiento fueron fusilados. Este fue el primer caso de fusilamiento de un comunista, el comisario Panteleyev, por violación de los deberes militares. En diciembre de 1918, Pravda publicó un artículo que, sin mencionar mi nombre, pero sin duda aludiéndome, se refería al fusilamiento de los "mejores camaradas sin formación de causa". El autor del artículo, un tal A. Kamensky, era en sí una figura de escasa importancia, ostensiblemente un mero peón, un testaferro. Parecía incomprensible que un artículo que encerraba acusaciones tan duras y trascendentes pudiera publicarse en el órgano central. Su director era Bujarin, comunista de izquierda y, por ello, opuesto al empleo de "generales" en el Ejército. Pero, especialmente entonces, era incapaz de intrigar. El enigma se resolvió cuando pude descubrir mediante la oportuna investigación, que el autor del artículo, o más bien su firmante, A. Kamensky, estuvo en la Plana Mayor del X Ejército, y a la sazón se hallaba bajo la influencia directa de Stalin. No cabe duda de que Stalin gestionó subrepticiamente la publicación del artículo. La misma terminología de la acusación; la descarada referencia al fusilamiento de "los mejores camaradas", y, además, "sin formación de causa", era sorprendente por la monstruosidad de la invención y por su inherente absurdidad. Pero, precisamente esta desvergonzada exageración de cargos, revelaba a Stalin, el organizador de los futuros juicios de Moscú. El Comité Central arregló el asunto. Recuerdo que se reprendió al Consejo de dirección y a Kamensky, pero la mano intrigante de Stalin permaneció invisible.

[Más tarde, estando en el frente Sur, Stalin continuó utilizando esta desacreditada fábula por mediación de sus instrumentos en el Congreso del Partido. Cuando llegaron a

Trotsky noticias de ello, mientras se hallaba en el frente durante las sesiones del VIII Congreso, se vio obligado a recurrir al Comité Central por segunda vez, solicitando "abrir una investigación sobre el caso del fusilamiento de Panteleyev", como consta en las minutas de la sesión del Comité Central del 18 de abril de 1919, "en vista de que el asunto se había llevado de nuevo al Congreso del Partido". Con Stalin presente en la reunión del Comité Central, la demanda pasó al Orgburó, donde, también en presencia de Stalin (era vocal de ambos organismos), el Orgburó decidió igualmente por unanimidad] designar una Comisión compuesta por Krestinky, Serebryakoc y Smilga, los tres miembros del Orgburó y del Comité Central, para que estudiaran todo el asunto. Naturalmente, la Comisión llegó a la conclusión de que Panteleyev fue fusilado después de un juicio, y no por comunista y [comisario], sino por ruin desertor, "no porque su regimiento abandonara la posición, sino porque él abandonó la posición a la par que el regimiento" [con palabras del comandante Slavin, jefe del Ejército a que pertenecía el regimiento de Panteleyev]. Diez años más tarde, este episodio habría de figurar también como parte de la campaña de Stalin en contra mía bajo el mismo título de "El fusilamiento de los mejores comunistas sin formación de causa".

El VIII Congreso del Partido celebró sesiones desde el 18 hasta el 23 de marzo de 1919, en Moscú. La víspera misma del Congreso los blancos nos infligieron una fuerte derrota cerca de Ufa. Dando de lado al Congreso, resolví acudir inmediatamente al frente oriental. Después de sugerir el regreso de los delegados militares al frente, sin demora me preparé para ir a Ufa. Algunos de los delegados estaban descontentos: habían ido a la capital con unos días de licencia, y no querían desperdiciarlos. Alguien ideó el rumor de que yo trataba de evitar debates sobre política militar. Aquel embuste me sorprendió. Presenté una propuesta en el Comité Central el 16 de marzo de 1919, para anular la orden de regreso inmediato al frente de los delegados militares, confié la defensa de la política militar a Sokolnikov y partí en el acto para el Este. La discusión de los asuntos militares en el VIII Congreso, a pesar de la presencia de una oposición muy crecida, no me disuadió: la situación del frente me parecía mucho más importante que las maniobras electorales en el Congreso, especialmente porque no tenía duda de que la política que consideraba la única correcta había de triunfar por sus propios méritos. El Comité Central aprobó la tesis que previamente había presentado yo, y nombró a Sokolnikov informante oficial sobre ella. El informe de la oposición corrió a cargo de V. M. Smirnov, viejo bolchevique y ex oficial de Artillería en la Guerra Mundial. Smirnov era uno de los dirigentes de la izquierda comunista, adversarios resueltos de la paz de Brest-Litovsk, y había pedido que se emprendiese una guerra de guerrillas contra el Ejército regular alemán. Esto constituyó siempre la base de su programa hasta 1919, aunque a decir verdad, algo se había enfriado en el intervalo. La formación de un Ejército centralizado y regular era imposible sin especialistas militares y sin sustituir la improvisación por una dirección apropiada y sistemática. Los comunistas de izquierda, calmados ya hasta cierto punto, trataban de adaptar sus opiniones de ayer al crecimiento de la máquina estatal y las necesidades del Ejército regular. Pero cedían su terreno palmo a palmo, utilizando cuanto podían de su antiguo bagaje, y cubriendo sus tendencias esencialmente guerrillistas bajo nuevas fórmulas.

Al comenzar el Congreso tuvo lugar un episodio de importancia secundaria, pero muy característica, relacionado con la composición de la Mesa. Indicaba en cierto modo la índole del Congreso, aunque sólo fuera en su fase inicial. En el orden del día figuraba la ardua cuestión militar. No era un secreto para Lenin que, detrás de la cortina, Stalin estaba realmente a la cabeza de la oposición respecto a aquel extremo. Lenin había llegado a un acuerdo con la delegación de Petrogrado acerca de la composición de la Mesa. Los oposicionistas propusieron vanas candidaturas suplementarias con varios pretextos, incluyendo en ellas no sólo oposicionistas, sino también otros nombres. Por ejemplo, incluían a Sokolnikov, el principal portavoz del punto de vista oficial. Sin embargo, Bujarin, Stassova, Oborin, Rikov y Sokolnikov rehusaron, estimando como obligación personal el acuerdo a que se había llegado extraoficialmente sobre la cuestión de la Mesa presidencial. Pero Stalin no rehusó. Aquello demostró palmariamente su actitud oposicionista. Parecía haberse afanado mucho por llenar el Congreso de partidarios suyos y muñir entre los delegados. Lenin lo sabía, pero con objeto de evitar dificultades, hizo cuanto pudo para evitar a Stalin la prueba de un voto en favor o en contra suya. Por mediación de uno de los delegados planteó Lenin la cuestión previa siguiente: "¿Hacen alguna falta candidatos suplementarios a miembros de la Mesa?" Y sin el menor esfuerzo consiguió una respuesta negativa. Stalin sufrió una derrota, pero Lenin la hizo tan impersonal e inofensiva como le fue humanamente posible. Hoy, la versión oficial es que Stalin apoyó la posición de Lenin sobre la cuestión en el VIII Congreso. ¿Por qué no se publican ahora las actas, puesto que ya no es necesario guardar [tales] secretos militares?

En la Conferencia de Ucrania, en marzo de 1920, Stalin me defendió formalmente, al informar en representación del Comité Central; al mismo tiempo, valiéndose de gente suya incondicional, hizo todo lo posible por lograr que sus tesis no triunfaran. En el VIII Congreso del Partido era difícil maniobrar así, pues todos los trámites estaban bajo la directa observación de Lenin, varios otros miembros del Comité Central y activistas militares responsables. Pero, en lo esencial, aquí también tuvo Stalin una intervención parecida a la de la Conferencia de Ucrania. Como miembro del Comité Central, o hablaba ambiguamente en defensa de la política militar oficial, o se mantenía callado, pero por mediación de sus íntimos amigos, Vorochilov o Rujimovich y otros tsaritsynitas, que eran las tropas de choque de la oposición en el Congreso, continuó socavando no tanto la política militar como a su principal portavoz. Incitó a dichos delegados al más vil de los ataques personales contra Sokolnikov, que había asumido la defensa del Comisariado de Guerra sin la menor reserva. El núcleo de la oposición era el grupo de Tsaritsyn, en el que destacaba sobre todo Vorochilov. Durante algún tiempo antes del Congreso estuvieron en continua relación con Stalin, quien les daba instrucciones y refrenaba su impaciencia, centralizando a la vez su intriga contra el Departamento de Guerra. Esta fue la suma y sustancia de su actitud en el VIII Congreso.

"Hace un año -informaba Sokolnikov al VIII Congreso del Partido-, en el momento del colapso completo del Ejército, cuando no había organización militar para defender la revolución proletaria, el Gobierno soviético acudió al sistema de formaciones de voluntarios, y en su día este Ejército voluntario cumplió su misión. Ahora, volviendo la vista a. aquel periodo, como a una fase ya pasada, debemos considerar sus aspectos positivo y negativo. La esencia de su lado positivo radica en que participaban allí los mejores

elementos de la clase trabajadora... Pero junto a estos aspectos brillantes del período de guerrillas hay que contar las facetas oscuras, que en definitiva sobrepujaron lo que el sistema pudiese tener de bueno. Los mejores elementos se retiraron, murieron o cayeron prisioneros... Quedó tan sólo una aglomeración de los peores elementos... Y estos elementos perniciosos se vieron completados por quienes se decidían a alistarse en el ejército voluntario porque el hundimiento catastrófico del orden social los había arrojado a la calle... Y a unos y otros se agregó el desecho de la desmovilización del antiguo Ejército. Por eso, durante el período de guerrillas en nuestra organización militar se desarrollaron tales fuerzas que nos vimos obligados a liquidar aquel sistema de defensa. A la postre, los destacamentos pequeños e independientes se agruparon en torno a jefes diversos. Y, en suma, no sólo se dedicaron a luchar en defensa del Gobierno soviético, en defensa de las conquistas de la Revolución, sino también al bandolerismo y al saqueo. Se convirtieron en guerrillas que eran el baluarte de los aventureros. En cambio, en el presente período -continuaba Sokolnikov-, la edificación del Estado... el Ejército... marcha adelante..."

"Se discutió mucho y con vehemencia -decía Sokolnikov, pasando a otro apartado de su informe- sobre la cuestión de los especialistas militares... Ahora, este asunto se ha resuelto esencialmente en teoría y en la práctica. Aun los adversarios del empleo de especialistas militares admiten que esta polémica es cosa pasada... Los especialistas militares se utilizaron para convertir el Ejército de guerrillas en Ejército regular... Así conseguimos estabilizar el frente y obtuvimos éxitos militares. En cambio, donde no se aprovecharon los servicios de estos especialistas, desmenuzamos nuestras fuerzas hasta la máxima disgregación... El problema de los especialistas militares supone para nosotros no sólo un problema puramente militar, sino un problema especial general. Cuando se planteó la cuestión de invitar a los ingenieros a encargarse de las fábricas, de solicitar la colaboración de los antiguos organizadores capitalistas, ¿no recordáis cómo los comunistas de izquierda, ultrarrojos, nos vejaban con sus despiadadas críticas "supercomunistas"..., diciendo que la vuelta de los ingenieros a las fábricas era el retorno á la plana mayor de mandos de la burguesía? Y aquí se nos vuelve a hacer objeto de una crítica semejante, aplicada ahora a la organización del Ejército. Se nos dice que al volver los ex oficiales al Ejército restaurarán la antigua casta de oficiales y el antiguo Ejército. Pero esos Camaradas olvidan que junto a esos comandantes hay comisarios, representantes del Gobierno soviético; que estos especialistas militares están en los cuadros de un ejército dedicado íntegramente al servicio de la revolución proletaria... Este Ejército, que tiene decenas de millares de antiguos especialistas, ha demostrado en la práctica ser el Ejército de la revolución proletaria."

El informante de la oposición, Smirnov, contestando directamente a la declaración de Sokolnikov de que "algunos parecían ser partidarios de un ejército de guerrillas, y otros del ejército regular", hizo resaltar que sobre la cuestión de usar especialistas militares "no hay desavenencias entre nosotros con relación a la tendencia general en nuestra política militar". La discrepancia básica estaba en la necesidad de ampliar las funciones de los comisarios y de los miembros del Consejo Revolucionario de Guerra, con el fin de asegurar su participación en la dirección del Ejército y en materias concernientes a operaciones, reduciendo así la influencia de los mandos. El Congreso acogió esta crítica a medias. Se decidió seguir reclutando a los antiguos especialistas militares con igual intensidad, pero

poniendo de relieve la necesidad de preparar cuadros nuevos de mando como instrumento de absoluta confianza para el sistema soviético. Que ésta y todas las demás decisiones se adoptaron unánimemente, con una sola abstención, se explica por el hecho de que la oposición había renunciado entretanto a la mayoría de sus prejuicios principales. Impotente para oponer su línea a la de la mayoría del Partido, tuvo que asociarse a la conclusión general. Sin embargo, algunos de los efectos del guerrillerismo del período anterior siguieron en evidencia durante todo el año 1919, particularmente en el Sur: en Ucrania, el Cáucaso y Transcaucasia, donde eliminar la tendencia guerrillista fue tarea ímproba.

En 1920, un eminente activista militar escribía: "A pesar de todos los esfuerzos, lamentaciones y ruido que ha costado nuestra Política militar, en cuanto al reclutamiento de especialistas militares en el Ejército Rojo y otros extremos, el encargado del departamento de Guerra, camarada Trotsky, ha demostrado tener razón. Con mano de hierro ha ido desarrollando la política militar indicada, desdeñando todas las amenazas... Las victorias del Ejército Rojo en todos los frentes constituyen la mejor prueba de la justeza de esa política militar." Sin embargo, hasta hoy mismo persisten sin remisión en innumerables libros y artículos las viejas leyendas de la traición de los generales" a quienes yo nombré. Estas acusaciones suenan a necias, sobre todo al recordar que veinte años después de la Revolución de octubre, Stalin acusó de traición y exterminó a casi todos los mandos que él mismo nombró. Puede añadirse además que Sokolnikov, el informante oficial, y V. M. Smirnov, portavoz de la oposición, y ambos participantes activos en la guerra civil, cayeron también más tarde víctimas de la depuración estalinista.

Durante el Congreso tuvo lugar una conferencia militar especial cuyas actas se conservaron, sin publicarse nunca. La finalidad de tal conferencia era dar oportunidad a todos los concurrentes, en especial a los descontentos de la oposición, para manifestarse con toda amplitud, libertad y franqueza. Lenin pronunció un enérgico discurso en esta conferencia, defendiendo la política militar. ¿Qué dijo Stalin? ¿Habló en pro de la posición del Comité Central? Es difícil contestar esta pregunta en términos categóricos. No hay duda de que actuó tras la cortina, incitando a varios oposicionistas en contra del Comisariado de Guerra. No puede dudarse de ello, teniendo en cuenta las circunstancias y los recuerdos de quienes asistieron al Congreso. Una prueba flagrante es el hecho mismo de no haberse publicado todavía las actas de la conferencia militar del VIII Congreso, bien porque en ella no hablase Stalin una sola palabra, bien porque su intervención no le sea muy cómoda en la actualidad. [Stalin, junto con Zinoviev, era también miembro de una] Comisión especial de conciliación para redactar los acuerdos definitivos. Lo que hiciera allí permanece ignorado, salvo el mero hecho de que un satélite suyo, Yarolavsky, fue presentado como informante de ella.

Poco después del VIII Congreso contesté a la declaración de Zinoviev, quien, sin duda de acuerdo con Stalin, se había encargado de defender al "insultado" Vorochilov, en una carta al Comité Central, lo siguiente: "La sola culpa que me puedo reprochar con referencia a él (Vorochilov) es haber invertido demasiado tiempo, sobre todo dos o tres meses, esforzándome en actuar por medio de negociaciones, persuasiones, combinaciones personales, cuando en interés de la causa lo que importaba era una firme decisión organizadora. Pues, en último término, la tarea pertinente en cuanto al X Ejército no

consistía en convencer a Vorochilov, sino en conseguir éxitos militares en el mínimo tiempo posible." [Y eso, naturalmente, dependía de la máxima coordinación de planes en todo el] país, que estaba dividido en ocho distritos militares compuestos de 46 comisarios militares de provincia y 344 de región.

[Stalin hizo cuanto pudo por envenenar el espíritu del Congreso respecto a la posición adoptada por el Comisariado de Guerra sobre la cuestión militar.] Todos los documentos disponibles prueban que en virtud de su posición en el Comité Central y en el Gobierno, era él quien capitaneaba la oposición. Si yo lo había sospechado antes, ahora estoy plenamente convencido de que las maquinaciones de Stalin con los ucranianos, sus intrigas en el Comité Central del Partido Comunista ucraniano y otras semejantes están directamente relacionadas con las maniobras de la oposición militar. [No habiendo] cosechado laureles en Tsaritsyn, trataba de vendimiar su venganza [en la sombra].

CAPITULO X
LA GUERRA CIVIL
(CONTINUACIÓN)

En la primavera de 1919, el Ejército voluntario del Noroeste, al mando del general Yudenich, tomó inesperadamente la ofensiva y amenazó Petrogrado. Al mismo tiempo, la Escuadra inglesa enfilaba la bahía de Finlandia. El coronel Bulak-Balajovich, a la cabeza de su unidad, dirigía el golpe contra Pskov, y al mismo tiempo las unidades estonianas se agitaban en el frente. El 14 de mayo, el Cuerpo del general Rodzyanko rompió el frente del VII Ejército, muy debilitado por las continuas sustracciones de fuerzas para otros frentes más activos, ocupó Yamburg y Pskov, y emprendió un rápido avance simultáneo sobre Gatchina, Petrogrado y Luga. El comandante del VII Ejército, apostado en las afueras de la segunda ciudad, se puso en comunicación con Yudenich y organizó una conjura entre las guarniciones que circundaban la capital de la Revolución de octubre: Kronstadt, Oraniembaum, Krasnaya Gor'ka, Syeraya Loshad, Krasnoye Syelo. Los conspiradores, de acuerdo con Yudenich, se dispusieron a ocupar la capital conjuntamente con las fuerzas de dicho general. Esperaban ayuda de los marineros disgustados, y especialmente la directa de la flota. Pero los marineros de los dos acorazados soviéticos no apoyaron la insurrección, y la flota inglesa [se limitó, de momento, a una espera vigilante]. La empresa resultó un completo fracaso. El 12 de junio de 1919, sólo Krasnaya Gor'ka [y Syeraya Loshad quedaban] en manos de los conspiradores, y durante cuatro días nada se hizo por recuperarlas. Finalmente, después de un cambio de disparos con Kronstadt, Krasnaya Gor'ka fue ocupada el 16 de junio por un destacamento de marineros rojos. [Syeraya Loshad] cayó con idéntica facilidad.

Zinoviev, dirigente del Partido y del Gobierno en la ciudad y la región de Petrogrado, había sentido pánico ante el avance enemigo, y el Politburó envió a Stalin en su socorro.

Con poderes especiales del Comité Central del Partido y del Gobierno soviético, Stalin llegó a Petrogrado a últimos de mayo de 1919. [Su inflexibilidad y resolución se hicieron sentir inmediatamente. Pocas semanas después de su llegada, telegrafiaba a Lenin:]

* "Después de Krasnaya Gor'ka, se liquidó asimismo Syeraya Loshad. Los cañones están allí en perfecto estado. Se está procediendo a toda prisa a la limpieza y refuerzo de los fuertes y fortalezas. Los especialistas navales me aseguran que la toma de Krasnaya Gor'ka desde el mar trastorna toda la ciencia naval. No puedo hacer otra cosa que lamentarlo por la llamada ciencia. La rápida captura de Gor'ka se explica por la durísima intervención mía y

de otros paisanos en materia de operaciones, que llegaron al extremo de anular órdenes en mar y tierra para imponer otras propias. Creo mi deber manifestar que en lo sucesivo seguiré procediendo así, a pesar de todos mis respetos por la ciencia."

Lenin se molestó por este tono de provocativo alarde. Desde Petrogrado era posible en todo momento comunicar con el Kremlin y su Estado Mayor, remplazar a comandantes incompetentes o dudosos, reforzar la plana mayor, es decir, hacer lo mismo que hacían todos y cada uno de los activistas militares del Partido una y otra vez, en cualquier frente, sin violar las reglas elementales de buen gusto, de la cortesía, del mantenimiento de relaciones correctas, ni socavar la autoridad del mando del Ejército y de su Estado Mayor. Pero Stalin no podía obrar así. No concebía otro modo de hacer sentir su autoridad sobre otros más que insultándolos; ni acertaba a quedar satisfecho de su labor sin dar violenta salida a su desdén por cuantos le estaban subordinados. No teniendo otros recursos a su disposición, convirtió la dureza en recurso, y hacía gala de su aptitud especial para la contumelia frente a personas e instituciones que gozaban del respeto de los demás. Su telegrama terminaba con estas palabras:

"Envía rápidamente dos millones de cartuchos a mi disposición, para seis divisiones."

En esta posdata, tan típica de Stalin, se encierra todo un sistema. El Ejército tenía, como es natural, su propio jefe de Suministros. Siempre había penuria de proyectiles, y se distribuían con arreglo a las instrucciones directas del comandante en jefe, teniendo en cuenta las reservas disponibles y la Importancia relativa de los frentes y de los ejércitos. Pero Stalin se saltaba todos los trámites establecidos y violaba toda apariencia de orden. Prescindiendo del jefe de Suministros, pedía cartuchos por mediación de Lenin, no ya para ponerlos a disposición del mando del Ejército, sino a la suya personal, con el fin de que pudiera hacer obsequio de ellos a un determinado comandante de división a quien quisiera dar impresión de su propia importancia.

[Diez años después, esta breve excursión de Stalin a Petrogrado a últimos de primavera de 1919 fue aprovechada por Vorochilov como elemento germinativo para falsificar una vez más la historia. Pero ahora aquella semilla se ha convertido en un mito de cuerpo entero denominado "Stalin, el salvador de Petrogrado". Es un mito sutil, extrañamente cimentado en un deliberado cambio de estaciones.] El hecho es que [Yudenich trató de tomar Petrogrado] dos veces en el curso de 1919, en mayo y en octubre.

La primera incursión de Yudenich con fuerzas escasas fue una simple salida, y prácticamente pasó inadvertida al Partido, atento por completo a los frentes Este y Sur, de interés mucho mayor. La situación de Petrogrado se dominó en breve lapso, y de nuevo volvió la atención del Partido y del país a fijarse en el Este y en el Sur. Mientras tanto, Yudenich, protegido por Estonia y con una ayuda mucho mayor de Inglaterra, formó durante los cuatro meses siguientes un nuevo ejército, ampliamente dotado de oficialidad y bien pertrechado. Este segundo intento era la campaña verdadera, que comenzó con fortuna para Yudenich. Seguro de que no podría atender a todos los frentes a la vez, Lenin propuso rendir Petrogrado. Yo me, opuse. La mayoría del Politburó, incluyendo Stalin, se pusieron

de mi parte. Después de haber ido yo a Petrogrado, Lenin me escribió el 17 de octubre de 1919:

* "Pasé la noche en el Consejo de Defensa y te envié... el decreto del Consejo. Como verás, tu plan ha sido aceptado. Pero el traslado de los activistas de Petrogrado al Sur no se ha revocado, naturalmente. (Se dice que los arreglaste conversando con Krassin y Rikov...) Incluyo una proclama que me encargó el Consejo de Defensa. Tenía prisa, y no me ha salido bien. Es mejor que pongas mi firma debajo de la tuya. Saludos. - Lenin."

La lucha por Petrogrado adquirió un carácter sumamente dramático. El enemigo estaba a la vista de la capital, que se aprestaba a luchar en calles y plazas. Cuando se mencionó en la Prensa soviética la defensa de Petrogrado, sin más explicaciones, se trataba de esta campaña de otoño, la segunda de Yudenich, y no la de primavera. Pero en el otoño de 1919, Stalin se hallaba en el Sur, y nada tuvo que ver con la verdadera salvación de Petrogrado. Los documentos oficiales relativos a esta operación básica contra Yudenich se publicaron hace unos años. Pero ahora se han confundido sus dos campañas en una sola, y la famosa defensa de Petrogrado se presenta como obra de Stalin.

[Estando aún en Petrogrado, Stalin aprovechó una oportunidad para calumniar el Consejo Revolucionario de Guerra de la República, y por ilación a su presidente, según resulta del siguiente telegrama que envió desde Petrogrado:]

* "4 de junio de 1919.

Confidencial.

Al camarada Lenin.

Te mando un documento cogido a los suizos. De él se desprende claramente que no sólo el jefe de E. M. del VII Ejército trabajaba para los blancos (recuerda la deserción de la 11.ª División para unirse a Krassnov en otoño del año pasado, cerca de Borisoglebsk, o la de varios regimientos en el frente de Perm), sino todo el E. M. del Consejo Revolucionario de Guerra de la República, y a su frente Kostyayev. (Las reservas son asignadas y trasladadas por Kostyayev.)

Ahora toca al Comité Central adoptar las medidas necesarias. ¿Tendrá el valor de hacerlo?

Continúa el examen de las pruebas, y aparecen nuevas "posibilidades". Escribiría con más detalle, pero no tengo un minuto libre. Peters te informará.

Estoy completamente seguro de que:

1.º Nadezhin no es un comandante. Es incapaz de mandar. Terminará por perder el frente occidental.

2.º Funcionarios como Okulov, que incitan a los especialistas contra los comisarios, ya de por sí bastante desanimados, son dañosos, porque debilitan la vitalidad de nuestro Ejército. - Stalin."

[Lenin recibió este telegrama estando en conferencia. Sin hacer caso de las acusaciones, evidentemente desatinadas, escribió la siguiente nota al vicepresidente del Consejo Revolucionario de Guerra de la República, Shlyansky:]

* "Stalin pide que se retire a Okulov, a quien se atribuyen intrigas y labor desorganizadora."

El irónico "se atribuyen" habla por sí mismo. Sklyansky contestó en el mismo trozo de papel:

"Okulov es el único funcionario decente allí."

[La reacción de Lenin, registrada inmediatamente, fue:]

"En este caso, redacta el telegrama (exponiendo exactamente lo que Okulov achaca al VII Ejército), y lo mandaré en cifra a Stalin y a Zinoviev para que el conflicto no siga adelante y quede debidamente zanjado."

[El asunto se llevó después al Ejecutivo Supremo del Partido, y su decisión se comunicó en el acto a Trotsky, Jarkov, por hilo directo:]

* "En vista del conflicto, que se está empeorando, entre todos los miembros del Comité Central de Petersburgo y Okulov, y siendo absolutamente necesaria la máxima solidaridad en el trabajo militar de aquella plaza y una inmediata victoria en aquel frente, el Politburó y el Orgburó del Comité Central han resuelto de momento deponer a Okulov y dejarle a disposición del camarada Trotsky.

4 de julio de 1919. [2.995.]

Por el Politburó y el Orgburó del Comité Central, Lenin, Kamenev, Serebryakov, Stassova."

Esta era una concesión necesaria a Stalin y Zinoviev. No había más remedio que aceptarla. [En cuanto a Kostyayev, aquel habilísimo] general tampoco me inspiraba confianza. Daba la impresión de un extraño entre nosotros. Sin embargo, Vatzetis salió en su defensa y Kostyayev secundó bastante bien al irascible y caprichoso general en jefe. No era cosa fácil remplazar a Kostyayev. [Además] no había hechos en contra suya. La frase "un documento cogido a los suizos" carecía de sentido, pues nunca volvió a figurar en ninguna parte. En todo caso, se advertía al punto el propósito de asociar a Kostyayev con la traición de cualquiera de los regimientos organizados bajo la mirada vigilante del Partido mismo. En cuanto a Nadezhin, tuvo ocasión de mandar al VII Ejército, el que [salvó realmente] a Petrogrado [en el momento crítico]. Y la culpa de Okulov consistía simplemente en su riguroso empeño por cumplir lo más fielmente posible todas las órdenes y reglamentos, y en su decidida repugnancia a participar en intriga alguna contra el Centro. [Respecto al] tono provocativamente perentorio y osado de Stalin, se explica por el hecho de que se daba cuenta de haber encontrado al fin apoyo efectivo en el Consejo de Guerra del frente Este, donde el descontento hacia el general en jefe estaba desviando hacia mí.

El desacuerdo respecto a la estrategia en el frente del Este se ventilaba entre el comandante en jefe Vatzetis y el jefe que mandaba el frente Este, S. S. Kamenev. Ambos habían sido coroneles de E. M. del Ejército del zar. Sin duda había entre ellos rivalidad. Y

los comisarios acabaron envueltos en el conflicto. Los comunistas de nuestro Estado Mayor apoyaban a Vatzetis, mientras que los miembros del Consejo Revolucionario de Guerra del frente oriental (Smilga, Lashevich, Gussev) estaban cordialmente de parte de Kamenev. Es difícil decir cuál de los dos coroneles era más competente; ambos eran sin duda estrategas de primer orden, con amplia experiencia de la Guerra Mundial, y decididamente optimistas, cosa indispensable para ejercer el mando. Vatzetis era el más obstinado y quisquilloso, e indudablemente el más propicio a ceder a la influencia de elementos hostiles a la Revolución. Kamenev era más tratable, y se allanaba con más facilidad a la influencia de los comunistas que trabajaban con él. Pero, aunque era un militar capaz y un hombre de imaginación y de arrojo, le faltaba profundidad y firmeza. Más tarde, Lenin perdió su fe en él y en distintas ocasiones censuró acremente sus informes. [Una vez llegó a decir:] "Su respuesta es estúpida, y a ratos necia."

El 7 de septiembre, unidades del V Ejército comenzaron a atacar los accesos de Kazan. [Hubo] una batalla enconada, con grandes pérdidas. Los checos no se pudieron sostener, y emprendieron la retirada. El 10 de septiembre, el V Ejército tomó Kazan. [Era] la primera gran victoria [soviética]. Fue la baza que salvó a la joven República de una total derrota. Sucedió ante mis ojos en Kazan. El momento se presentó solemne y terrible. Después de perder Simbirsk habíamos entregado Kazan prácticamente sin combate. Nijni era lo más próximo. Si los blancos se hubieran apoderado de Nijni-Novgorod, habrían tenido abierto el camino hacia Moscú. Por eso la batalla de Kazan tuvo una importancia decisiva. El V Ejército, creado en el curso de esta batalla, se cubrió de gloria. Arrancamos a Kazan de las de los guardias blancos y de los checoslovacos. Aquel día fue el del cambio decisivo de rumbo de la Revolución. La toma de Ka-n era el principio de la liquidación del movimiento contrarrevolucionario en el Este. Los trabajadores de todo el país celebraron la captura de Kazan como una gran victoria. Y mayor fue aún la importancia de aquel triunfo para el Ejército.

[Pero en] marzo de 1919, con 3.000 bayonetas y 60.000 sables a su disposición, Koltchak avanzaba rápido hacia el Volga. La situación volvía a ser precaria. En vísperas del VII Congreso del Partido, Lenin era de opinión que inspeccionara yo en persona las operaciones en el frente oriental. Este detalle merece recordarse ahora y apoyarse con pruebas documentales, para refutar la falsificación acostumbrada.

1

* "10 de abril de 1919.

A Sklyansky, para transmitir a Trotsky, a Nijni-Novgorod.

En vista de la situación extremadamente difícil en el frente Oriental, creo que sería lo mejor que permanecieras allí, especialmente no habiendo asuntos serios para el 13. El Orgburó del Comité Central decidió enviarte el mismo telegrama ayer, pero temo que no lo hiciera, por la partida de Stassova. Estamos examinando de prisa varías medidas de las más extraordinarias para ayudar al frente del Este, y de ellas te informará Sklyansky. Haznos saber tu opinión. -Lenin."

2

"Por hilo directo de Nijni-Novgorod a Moscú, para Lenin.

De acuerdo por completo con la necesidad de quedarme en el frente Este, *llamo la atención del Comité Central sobre la agitación demagógica comunista de izquierda en el III Ejército*, donde se excitan los ánimos contra los jefes militares y contra una supuesta orden que pone en vigor los saludos militares y otros extremos. Es necesario enviar hombres firmes del Partido, centralistas. De suma importancia que los activistas ayuden a Simbirsk, donde el Comité Provincial es muy débil, especialmente en los distritos rurales.

Trotsky

10 de abril de 1919. [1047.]"

3

"Confidencial.

Extracto del acta de la sesión del Politburó del Comité Central, Partido Comunista Ruso (Bolchevique).

18 de abril de 1919.

Presentes: Camaradas Lenin, Krenstinsky, Stalin, Trotsky.

Deliberado:

2. El camarada Trotsky declara que el grupo Sur del frente Oriental, compuesto de cuatro ejércitos, está al mando del camarada Frunze, que no tiene suficiente experiencia para desempeñar misión tan grande, y que es necesario reforzar el frente.

Acordado:

2. Proponer al comandante en jefe Vatzetis que vaya al frente Oriental, para que el actual jefe del frente, camarada Kamenev, pueda dedicarse por entero a dirigir los ejércitos del grupo Sur."

4

* "Extracto del acta del Politburó del Comité Central, Partido Comunista Ruso (Bolchevique), del 12 de mayo de 1919.

Presentes: Camaradas Lenin, Stalin, Krestinsky.

Deliberado:

9. Telegrama del camarada Trotsky al camarada Lenin sobre la necesidad de prestar especial atención a Saratov, que por la sublevación de los cosacos [del Ural] se está convirtiendo en un importante punto estratégico.

Acordado:

9. a) Hacer venir inmediatamente de Saratov a los camaradas Antonov, Fedor, Ivanov, Ritzberg y Plaksin.

b) Mandar inmediatamente a A. P. Smirnov a actuar en Saratov como presidente del Comité Ejecutivo Provincial y miembro del Consejo de la fortaleza."

El avance contra Koltchak, después de dos períodos de retirada, proseguía ahora con éxito completo. Vatzetis consideraba que el peligro esencial estaba esta vez en el Sur, y propuso mantener el Ejército del frente Este en los Urales durante el invierno, hasta que el peligro cediese lo suficiente, con el fin de transportar varias divisiones al frente Sur. Mi posición general se explicaba con anterioridad en el telegrama del 1 de enero. Yo era partidario de sostener una ofensiva ininterrumpida contra Koltchak. Sin embargo, el asunto en concreto dependía de la relación de fuerzas y de la situación estratégica de conjunto. Si Koltchak contaba con importantes reservas allende los Urales, si nuestro avance en continuas batallas había agotado seriamente al Ejército Rojo, empeñarse ahora en nuevas luchas al otro lado de la cordillera era exponerse a un peligro, pues ello requería nuevas reposiciones de comunistas y mandos, todo lo cual se necesitaba ahora para el frente Sur.

Debe añadirse que yo había perdido mucho contacto con el frente Este, una vez completamente seguro, y que todas mis inquietudes estaban ahora con el frente Sur. Era difícil apreciar de lejos hasta qué punto los ejércitos victoriosos del frente Oriental habían conservado su vitalidad, esto es, en qué medida se hallaban en condiciones de proseguir una nueva ofensiva no sólo sin ayuda del Centro, sino incluso sacrificándose en beneficio del frente Sur, que necesitaba las mejores divisiones. En cierta medida, dejé a Vatzetis libertad de acción, considerando que si hubiera resistencia por parte del mando del Este y resultara posible desarrollar un nuevo avance por allí sin daño para el frente Sur, habría tiempo bastante para rectificar al comandante en jefe mediante un acuerdo del Gobierno.

En estas circunstancias surgió un conflicto entre Vatzetis y Kamenev. Con motivo de varias evasivas del frente Este, que trataba de seguir su política autónoma, Vatzetis solicitaba el relevo de Kamenev por Samoilov, antiguo comandante del VI Ejército. [Así se hizo. Pero inmediatamente protestaron los comisarios afectos a Kamenev. Lenin consultó a Trotsky sobre el particular y sobre la queja de Stalin contra Kostyayev desde Petrogrado, y Trotsky contestó por hilo directo desde Kiev:]

* "De acuerdo con que vuelva Kamenev al frente Este en vez de Samoilov, pero no sé dónde está ahora Kamenev. Tampoco me opongo a la sustitución de Kostyayev; a menudo he planteado yo mismo este asunto, pero la dificultad está en encontrar quién le remplace y no sea peor. No creo que Lashevich sea más firme que Aralov; simplemente su blandura es de otro género. Gussev es más a propósito para el E. M. de campaña. De todos modos, al volver Kamenev a su puesto, y además al sustituir a Kostyayev, hay que discutir el asunto de antemano con el comandante en jefe, para no desorganizar toda la maquinaria. Propongo que se comience por lo más urgente, esto es, por la vuelta de Kamenev, y para ello, lo primero es encontrarle y hacerle ir en seguida a Moscú. Al mismo tiempo hay que proponer posibles sustitutos para Kostyayev y Aralov, lo que es menos apremiante. Comunicadme vuestra decisión. - Trotsky.

P. D. Debo decir, sin embargo, que Kuzmin, Orejov, Naumov y Vatoshin opinan de Samoilov lo mismo que Lashevich, Gussev y Smilga de Kamenev y Aralov de Kostyayev. Las lealtades del frente son nuestra común desventura.

21 de mayo de 1919."

Durante los primeros meses de 1919, el Ejército Rojo asestó un tremendo golpe a la contrarrevolución en el Sur, integrada principalmente por el Ejército cosaco del Don al mando del general Krassnov, protegido por una cortina de Caballería. Pero tras Krassnov en el Kuban y en el norte del Cáucaso, se estaba formando el ejército de voluntarios de Denikin. A mediados de mayo, nuestro Ejército, en prosecución de su avance y muy agotado, se encontró con las tropas de refresco de Denikin y comenzó a retroceder. Perdimos todo lo ganado, y además toda Ucrania, que acababa de ser liberada. Entretanto, en el frente Este, al mando de su antiguo jefe coronel Kamenev, con Smilga y Lashevich en el Consejo Revolucionario de Guerra, la situación había mejorado tanto y las cosas iban tan bien que suprimí totalmente mis visitas allí y casi llegué a olvidarme de las facciones de Kamenev. Embriagados por el éxito, Smilga, Lashevich y Gussev, llevaban a hombros a su comandante, brindaban fraternalmente con él y escribían a Moscú informes entusiásticos sobre sus méritos. Cuando el comandante en jefe, esto es, Vatzetis, de acuerdo conmigo en principio, había sugerido que el ejército del Este permaneciese de invernada en los Urales, con el fin de trasladar algunas divisiones al Sur, donde la situación se presentaba amenazadora, Kamenev, apoyado por Smilga y Lashevich, había opuesto una obstinada resistencia. [Kamenev argüía que podía poner varias de sus divisiones del Este a disposición del frente Sur sin interrumpir su ofensiva en los Urales. A partir de entonces, su autoridad creció a expensas de la de Vatzetis, sobre todo porque éste persistía en su error después de haber quedado en evidencia.]

Stalin sacó partido del conflicto entre el frente del Este y el comandante en jefe. Trataba a Vatzetis, que había condenado oficialmente su intervención en materia de estrategia, con hostilidad y acechaba la ocasión de vengarse de él. Ahora se presentaba la mejor oportunidad. Smilga, Lashevich y Gussev propusieron, evidentemente con la cooperación de Stalin, nombrar a Kamenev comandante en jefe. El éxito del frente Este persuadió a Lenin y quebrantó mi resistencia.

Kamenev fue nombrado comandante en jefe, y en la sesión matutina del 3 de julio de 1919, el Comité Central reconstituyó el Consejo Revolucionario de Guerra de la República. Esta vez se componía de Trotsky, Sklyansky, Gussev, Smilga, Rikov y el comandante en jefe Kamenev.

La primera tarea del nuevo comandante en jefe fue trazar un plan para agrupar las fuerzas en el frente Sur. Kamenev se distinguía por su optimismo y por una viva concepción estratégica. Pero su perspectiva era aún relativamente modesta. Los factores sociales del frente Sur (trabajadores, campesinos ucranianos, cosacos) le eran poco conocidos. Examinaba el frente Sur desde el punto de vista del comandante del frente Este. Lo más fácil era concentrar las divisiones retiradas del Este a lo largo del Volga y atacar hacia Kuban, cuartel general de Denikin. ésta había sido la base de su plan cuando prometió ceder las divisiones oportunamente sin detener su avance.

En materia de estrategia, yo cedía siempre la palabra al comandante en jefe. Sin embargo, mi familiaridad con el frente Sur me indujo a creer que este plan era erróneo en sus fundamentos. Denikin había conseguido transferir su base de Kuban a Ucrania. Avanzar

contra los cosacos era empujarles por la fuerza en dirección a Denikin. Era evidente para mí que, por el contrario, el golpe principal debía descargarse a lo largo de la línea de división entre Denikin y los cosacos, por la faja de terreno donde la población era completamente hostil a los cosacos y a Denikin, y partidaria de nosotros. Pero mi oposición al plan de Kamenev se interpretó como una prolongación del conflicto entre el Consejo Revolucionario de Guerra de la República y el frente Este. Smilga y Gussev, con la colaboración de Stalin, presentaron la cuestión como si yo fuese contrario al plan por falta de confianza en el nuevo comandante en jefe, por principio. Lenin, al parecer, lo recelaba así también; pero estaba fundamentalmente equivocado. Yo no exageraba los méritos de Vatzetis. Saludé a Kamenev amistosamente, y traté en cuanto me fue posible de aliviarle la carga. Pero lo erróneo del plan era tan patente, que cuando lo confirmó el Politburó, votando todos, incluso Stalin, en contra mía, presenté mi dimisión. [El 5 de julio de 1919, el Ejecutivo supremo del Partido decretó lo siguiente] con referencia a mi dimisión:

"Los Burós de Organización y Político del Comité Central, habiendo examinado la declaración del camarada Trotsky y después de estudiada en todos sus aspectos, han llegado a la conclusión unánime de que no pueden aceptar la dimisión del camarada Trotsky ni les es posible en absoluto atender su petición. Los Burós de Organización y Político del Comité Central harán cuanto puedan por hacer la misión del camarada Trotsky en el frente Sur (el más difícil, peligroso e importante), lo más conveniente posible para él v lo más fructífera para la República. Como comisario popular de Guerra y presidente del Comité Revolucionario de la República, el camarada Trotsky tiene plenos poderes para actuar en calidad de miembro del Consejo Revolucionario de Guerra del frente Sur, de acuerdo con el comandante del mismo frente (Yegoryev), nombrado por él y confirmado por el Comité Central.

Los Burós de Organización y Político del Comité Central ofrecen al camarada Trotsky plena oportunidad para procurar por todos los medios lo que considera una mejora de la política en el aspecto militar, y, si así lo desea, tratarán de acelerar la convocatoria del Congreso del Partido.

Firmemente convencidas de que el apartamiento del camarada Trotsky es imposible en las circunstancias actuales y causaría daño a los intereses de la República, los Burós de Organización y Político del Comité Central solicitan con insistencias al camarada Trotsky que no suscite de nuevo la cuestión, y siga en lo futuro desempeñando sus funciones en su máxima amplitud, dispuestos a reducirla, si así lo desea, mientras concentra sus esfuerzos en el frente Sur.

En virtud de lo que antecede, los Burós de Organización y Político del Comité Central tampoco admiten la dimisión del camarada Trotsky como miembro del Politburó y como presidente del Consejo Revolucionario de Guerra de la República y comisario Popular de Guerra...

Lenin, Kamenev, Krestinsky, Kalinin, Serebryakov, Stalin, Stassova..."

Retiré mi dimisión, y partí inmediatamente para el frente meridional.

Tres días después, estando en Kozlov, en el frente, recibí un telegrama cifrado del Consejo de Comisarios del Pueblo, desde el Kremlin, informándome que un oficial acusado

de traición había confesado y declarado en términos que hacían posible inferir la inteligencia de Vatzetis con una conspiración militar:

"Consejo de Comisarios del Pueblo

R. S. F. S. R.

El Kremlin

Moscú

"Todo en clave

Estrictamente confidencial

8 de julio de 1919

"A Trotsky, en Kozlov:

"Dmozhirov, que ha confesado y ha resultado ser un traidor, ha atestiguado con hechos la existencia de una conspiración en la que toma parte principal Isayev, que estuvo bastante tiempo agregado al servicio del comandante en jefe y vivía con él en el mismo piso. Muchas otras pruebas, toda una partida de datos concretos, demuestran que el comandante en jefe estaba enterado de la conspiración. Habría que detenerle..."

[Este] telegrama iba firmado por Dzerzhinsky [jefe de la Checa]; Krestinsky [Secretario del Comité Central del Partido], Lenin y mi delegado Sklyansky. Por los nombres mencionados en el telegrama, se apreciaba claramente que se refería al comandante en jefe recientemente depuesto. Así, pues Vatzetis fue arrestado, casi inmediatamente después del relevo nada menos que por sospechas de traición. Esto daba a la controversia sobre estrategia siniestras derivaciones. Las relaciones dentro del Politburó se hicieron más tirantes, y el cambio del Mando central considerablemente complicado. Hasta ahora no he podido explicarme por completo las circunstancias y pormenores de este episodio. Como Vatzetis fue puesto en seguida en libertad y nombrado además profesor de la Escuela de Guerra, es lógico suponer que su conocimiento de una supuesta conspiración era menos que infinitesimal. No es improbable que, descontento por haber sido relevado del cargo de comandante en jefe, hubiera hablado algo más en presencia de los oficiales que le rodeaban de cerca. [Sin embargo, es decididamente] verosímil que Stalin interviniese a fondo en su arresto. Stalin tenía una cuenta de viejos desdenes que ajustar con Vatzetis. Además, la influencia amistosa que ejercía sobre el jefe de la Checa le inspiraba una sensación de impunidad y seguridad, así como el apoyo de los responsables del frente del Este y del nuevo comandante en jefe. Ello le proporcionaba la satisfacción suplementaria de descargar indirectamente un golpe contra el comisario de Guerra. Se traslucía la evidente intriga que se ocultaba detrás de este episodio, y la invisible presencia de Stalin detrás de Dzerzhinsky.

[En 27 de julio] fui llamado a toda prisa a Kozlov por Sokolnikov, "a causa de extraordinarias circunstancias". Allí descubrí que el comandante del frente Sur, Yegoryev, consideraba el plan de operaciones de Kamenev para el-Sur, impropio, y aunque lo estaba poniendo en práctica, no esperaba que saliera bien. Tal era también la actitud del jefe de la Sección de Operaciones, Peremytov, así como la del mismo Sokolnikov. Al principio no

discutí el asunto con nadie, salvo con Sokolnikov, ni invité a Yegoryev a entrar en detalles cuando se refería a lo descabellado del plan, sino que telegrafié inmediatamente a Lenin como presidente del Consejo de Defensa:

* "Sin entrar en un análisis de la controversia en sí, considero enteramente inadmisible una situación bajo la cual se lleva adelante un plan por persona que no tiene confianza en su éxito. Lo único viable es sustituir al instante (antes de que comiencen las operaciones) al comandante del Sur por quien reconozca la autoridad del comandante en jefe en materia de operaciones y esté de acuerdo con su plan. Acaso Selivachev esté conforme con Kamenev. En tal caso debe ser nombrado inmediatamente coman dante adjunto del Sur, para poderle designar dentro de una semana comandante de este frente.

"Espero instrucciones.

"27 de julio de 1919. [277 s.]

"L. D. Trotsky."

[La respuesta a este telegrama no era de Lenin, sino que se hizo en nombre del Politburó. Llevaba sólo la firma de la secretaria técnica del Comité Central, Elena Stassova, como para destacar, su impersonalidad:]

" Confidencial.

"Al camarada Trotsky, en Penza:

"El Politburó del Comité Central ha examinado su telegrama número 277 s. y está de completo acuerdo contigo respecto al peligro de cualquier género de vacilación en la firme ejecución de un plan aprobado. El Politburó reconoce por completo la autoridad del comandante en jefe en materia de operaciones, y te pide que así lo expliques a todos los funcionarios responsables. El Politburó designa miembros del Consejo Revolucionario de Guerra del frente Sur, además de los actuales, a Smilga, Serebryakov y Lashevich. Por orden del Comité Central,

"Stassova.

"28 de julio de 1919."

[La cuestión de estrategia en el frente Sur era decisiva. Pero la controversia a propósito del mismo, agravada por el episodio de Vatzetis, había llegado al extremo de desarrollarse por insinuaciones y por conductos exageradamente oficiales. El acuse inmediato de recibo de las anteriores instrucciones se expidió al lugarteniente de Trotsky, en Moscú, para que lo transmitiese al Comité Central. Decía así:]

"Confidencial:

* "Al camarada Sklyansky, para transmitir al Comité Central:

"No entiendo el sentido de vuestro telegrama. En vista de las dudas de Yegoryev, sugería el nombramiento de un adjunto que en caso necesario le pudiese remplazar. ésta es la solución menos penosa del asunto. Durante mi estancia en Kozlov relevé al jefe de

operaciones, Peremytov, quien mostró desacuerdo con el plan del comandante en jefe, y le remplacé por Berenda, a quien apresuradamente hice venir de la Inspección Militar. Antes de mi partida, de acuerdo con Sokolnikov y en su presencia, planteé llanamente a Yegoryev la necesidad de ejecutar sin condiciones el plan del comandante en jefe. Replicó en términos categóricos y, por lo que pude apreciar, sin reservas mentales. Sin embargo, considero muy conveniente que venga Selivachev como adjunto, después de la conversación preliminar que con el comandante en jefe sostuvo con él. No he recibido contestación a esta sencilla propuesta, salvo la recomendación de instalar (¿a quién?) normas de disciplinas.

"Creo que es absurdo agregar al Consejo Revolucionario de Guerra (ya recargado de personal con sus seis miembros: Yegoryev, Yegorov, Sokolnikov, Okulov, Vladimirof, Serebryakov) otros dos nuevos, y propongo que se revoque este acuerdo, especialmente habiendo sido nombrado Lashevich comandante de Petrogrado y siendo Smilga miembro del grupo de Shorin.

"Es desastrosa para el frente la falta de cartuchos y la escasez extrema de fusiles. El IX Ejército tiene 20.000 útiles, pero carecen de armamento, y sólo la mitad esperan recibirlo. Los proyectiles se suministran en cantidades terriblemente mezquinas, lo que en caso de cualquier complicación ligera acarrea desastrosas consecuencias. A base de observar la situación en los cuatro Ejércitos del frente Sur, y de hablar con el comandante del mismo, os prevengo que toda operación puede fracasar por falta de municiones.

"29 de julio de 1919. [284.]

"Trotsky."

[Los preparativos para la ofensiva en el frente Sur, conforme al plan del nuevo comandante en jefe, continuaron con dificultades. A fines de la primera semana de agosto (esto es, alrededor de una semana antes de iniciar realmente la ofensiva), el Politburó hubo de enfrentarse con] varios problemas graves. [Era perfectamente claro] que Denikin muy probablemente intentaría dirigirse hacia Ucrania más bien que hacia el Este, a fin de establecer contacto con Rumania y Polonia y trasladar su base de Ekaterinodar a Odesa y Sebastopol. Aparte de las medidas tomadas por el comandante en jefe para obviar este peligro, que era el más serio de momento, era necesario decidir en seguida el modo de desarrollar la inminente campaña para la conquista de Ucrania. En primer lugar había que reunir el XII Ejército con el XIV, que, por carencia de enlace telegráfico, se hallaba aislado del frente Sur. No sólo estaban ya confundidas las retaguardias de ambos ejércitos, sino que cada vez se veían más obligadas a enfrentarse con un mismo enemigo: Denikin. Propuse, pues, retirar el XIV Ejército de la jurisdicción del frente Sur, fusionando la jefatura de los dos ejércitos en la persona del comandante del XIV, Yegorov y su Estado Mayor, llamando a este nuevo grupo frente Sudoeste, con cuartel general en Konotop, y colocándolo directamente a las órdenes del comandante en jefe y del Estado Mayor General. Para mantener la capacidad de lucha de [este propuesto frente Sudoccidental al mínimo, era necesario] hacer un extraordinario esfuerzo para cortar el bandolerismo, la destrucción de líneas férreas y otros actos análogos, con ayuda de unidades comunistas trasladadas allí

transitoriamente desde sectores más inactivos, activistas de la región de Moscú e incluso ciertas unidades de toda garantía del ejército checo. Todos los oficiales rojos disponibles fueron enviados inmediatamente a Ucrania en trenes especiales, sin tener en cuenta sus precedentes destinos. Hubo que enviar también a Ucrania a todos los activistas políticos previamente destinados a diversos otros ejércitos, además de botas, balas y fusiles. El XII Ejército no tenía municiones; por falta de ellas tuvo que luchar contra los colonos amotinados en Odesa con granadas de manos. Los Consejos de Guerra de ambos ejércitos eran poco enérgicos. Por acuerdo entre el Consejo de Defensa de Ucrania y los Consejos Revolucionarios de Guerra de los dos ejércitos, fue designado Vorochilov para sofocar la rebelión a su retaguardia. Todas las instituciones y el personal consagrado a combatir las insurrecciones de Ucrania se colocaron bajo su mando.

[Análogas dificultades, tan diversas como las localidades en que se producían, pero esencialmente iguales por su naturaleza, encontrábamos en todas partes y a cada paso. Lenin se impacientaba. Justamente al iniciarse la ofensiva, escribió a Sklyansky:]

* "Estoy enfermo. Tendría que acostarme. Por consiguiente contésteme por un mensajero. El aplazamiento de la ofensiva sobre Voronej (¡desde el 1.º hasta el 10 de agosto!) es monstruoso. El éxito de Denikin es enorme.

"¿Qué sucede? Sokolnikov decía que nuestras fuerzas son cuatro veces más numerosas que las suyas.

"¿Qué es lo que ocurre, entonces? ¿Cómo hemos podido perder la ocasión tan miserablemente?

"Di al comandante en jefe que las cosas no pueden seguir así. Debe dedicar al asunto seria atención.

"¿No sería mejor que enviásemos al Consejo Revolucionario de Guerra del frente Sur (copia a Smilga) este telegrama en cifra?: "

"Inadmisible en absoluto demorar ataque, pues el retraso entrega a Denikin toda la Ucrania y nos destroza. Eres responsable de cada día y cada hora más que se retrase la ofensiva. Comunica inmediatamente tus explicaciones, diciendo cuándo habéis de comenzar de una vez la ofensiva resueltamente."

"Presidente del Consejo de Defensa.-Lenin."

[La ofensiva en el frente Sur, de acuerdo con el plan de S. S. Kamenev, comenzó a mediados de agosto. A las seis semanas, finalizando septiembre], escribí al Politburó, que había votado contra mi plan: "La ofensiva a lo largo de la línea de mayor resistencia ha redundado en provecho de Denikin, como estaba previsto... Ahora mismo nuestra situación en el frente Sur es peor que cuando el Estado Mayor comenzó a ejecutar su plan a priori. Sería pueril cerrar los ojos a esto." Por entonces, el error fatal del plan se había hecho patente a muchos de sus antiguos defensores, incluso a Lashevich, que había sido trasladado del frente Este al meridional. Unas tres semanas después, el 6 de septiembre, había telegrafiado yo desde el frente, en clave, al comandante en jefe y al Comité Central que "el centro de la dificultad en la campaña del frente Sur se había desviado hacia Kursk-

Voronej, donde no hay reservas". Y llamaba [su] atención también, sobre los siguientes problemas:

"El esfuerzo por liquidar a Mamontov no ha dado hasta ahora resultados prácticos. Las unidades motorizadas de ametralladoras no se formaron por no haberse recibido éstas, ni siquiera un pequeño número de automóviles. Se aprecia claramente que Mamontov está, reuniéndose con sus propias tropas en todo el frente de Kursk. Nuestras débiles y dispersas unidades de infantería apenas le ponen obstáculos. El mando de Lashevich está paralizado por falta de medios de comunicación. La unificación de Mamontov puede considerarse lograda. El peligro de una rotura del frente por el sector Kursk-Voronej se hace manifiesto. La tarea inmediata de Lashevich es perseguir al enemigo tratando de taponar ese hueco. Se intentará molestar a Mamontov con incursiones de guerrillas... La destrucción de ferrocarriles perturba los transportes del lado de Tsaritsyn hacia la zona de Kursk. Pero la situación exige con insistencia llevar reservas al Oeste. Tal vez se pueda trasladar el Cuerpo montado de Budienny a marchas forzadas. Es necesario añadir que la situación empeora a cada momento por el completo desplome del aparato del frente. Las tareas más prácticas se nos presentan en la siguiente forma:

"1.ª Nombrar inmediatamente a Selivachev comandante del frente Sur.

"2.ª Debe ocupar el puesto de Selivachev el comandante adjunto del frente Sur, Yegorov.

"3.ª Enviar las reservas, incluso la 21.ª División, tras Mamontov, en dirección a Kursk.

"4.ª Volver el IX Ejército de la dirección de Novorosis a Starobelsk.

"5.ª Trasladar el Cuerpo de Budienny todo lo posible al centro derecha.

"6.ª Apresurar el envío de reservas y suministros para los Ejércitos VIII y XIII."

[Además], proponía varios reagrupamientos de Ejércitos que suponían la liquidación del fracasado plan. [Esto sucedía apenas tres semanas después de haber emprendido la ofensiva.] Serebryakov y Lashevich firmaron el telegrama conmigo. Pero el nuevo comandante en jefe era [tan terco en el error como el precedente], y el Politburó le sostenía con empeño. El mismo día, 6 de septiembre, recibí en Oryol la siguiente respuesta por hilo directo:

"El Politburó del Comité Central, habiendo considerado el telegrama de Trotsky, Serebryakov y Lashevich, ha confirmado la respuesta del comandante en jefe y expresa su asombro con relación a los esfuerzos encaminados a revisar el plan estratégico básico aprobado el 6 de septiembre de 1919 [96] sh.

"Por orden del Politburó del Comité Central.- Lenin."

Al cabo de dos meses, el curso de las operaciones militares había reducido a la nada el plan original. Además, durante estos dos meses de continuas e infructuosas batallas, muchos de los caminos quedaron totalmente obstruidos, y la concentración de reservas se hizo incomparablemente más difícil que en junio y julio. Y el radical reagrupamiento de fuerzas era más necesario que nunca. Propuse que el Cuerpo montado de Budienny se

trasladara a marchas forzadas hacia el Nordeste, y que en la misma dirección salieran otras unidades. [Pero el Politburó, incluyendo naturalmente a Stalin, continuó rechazando en todo este lapso dicha proposición y otras, aprobando persistentemente] las instrucciones del comandante en jefe [quien continuaba insistiendo en que] "el plan básico para avanzar por el frente Sur se mantiene sin alteraciones; en otros términos, el ataque principal corre a cargo del grupo especial de Shorin, siendo su misión destruir al enemigo en el Don y en el Kuban". [Sin embargo], la ofensiva se había empantanado considerablemente entretanto. La situación en el Kuban, adonde se habían enviado las mejores tropas, se hizo sumamente grave, y Denikin avanzaba hacia el Norte.

"Para justipreciar el plan de operaciones -escribía yo a fines de septiembre-, no estaría de más examinar sus resultados. El frente Sur ha recibido más fuerzas que ningún otro hasta ahora: al comenzar la ofensiva, el frente Sur contaba con no menos de 180.000 bayonetas y sables, y un número proporcional de cañones y ametralladoras. Al cabo de mes y medio de batalla, estamos marcando lastimosamente el paso en el lado Este del frente Sur, mientras que en el lado Oeste tenemos una retirada difícil, con pérdida de unidades y desorganización... La causa del fracaso debe buscarse por entero en el plan de operaciones... Unidades de resistencia media se dirigieron... a localidades habitadas en su totalidad por cosacos que no tomaban parte en el avance, pero que defendían sus aldeas y sus hogares. La atmósfera de una guerra nacional en el Don ejerce una influencia disgregante sobre nuestras unidades. En estas condiciones, los tanques de Denikin, maniobrando con habilidad, y otros factores análogos, le aseguraban una superioridad enorme."

[Pronto] no hubo ya que tratar del plan, sino de sus desastrosas consecuencias, materiales y psicológicas. El comandante en jefe, en consonancia con la máxima napoleónica, había confiado, por lo visto, perseverando en el error, de derivar de él todas las ventajas posibles y asegurar en definitiva la victoria. El Politburó, aun perdiendo confianza, persistía en su propia decisión. El 21 de septiembre, nuestras tropas abandonaron Kursk. El 13 de septiembre Denikin tomó Oryol y se abrió el camino hacia Tula, donde estaban concentradas las más importantes fábricas de municiones, y detrás de la cual se hallaba Moscú. Yo puse al Politburó ante el dilema de cambiar nuestro plan estratégico o evacuar Tula, destruyendo las Industrias de guerra de la ciudad, y resistir la amenaza directa contra Moscú. Por entonces se habían quebrado la obstinación del comandante en jefe, que va desechaba parte del antiguo plan, y el apoyo del Politburó. A mediados de octubre, había terminado el reajuste de las fuerzas para el contraataque. Un grupo estaba concentrado al noroeste de Oryol para amenazar el ferrocarril Kursk-Oryol; otro, al este de Voronej, llevaba a su cabeza el Cuerpo montado de Budienny. Esto venía a ser precisamente el plan que había sugerido yo. [Teniéndolo en cuenta, es instructivo considerar la reseña que de aquel período hacen a última hora los historiógrafos estalinistas:]

* "Durante septiembre y primeros de octubre, Denikin consiguió considerables éxitos en el frente Sur. Capturó Oryol el 13 de octubre. Para remediar la situación, sumamente difícil y peligrosa, derivada de fracasos persistentes en el frente Sur, el Comité

Central del Partido envió al camarada Stalin al Consejo Revolucionario de Guerra del frente. El camarada Stalin preparó el nuevo plan estratégico contra Denikin, que confirmaron Lenin Y el Comité Central del Partido. La realización de este plan produjo la derrota de Denikin."

[Las versiones de Stalin varían de vez en cuando con respecto a la persona que propuso el plan correcto, que fue rechazado, y con respecto a quién merecía censura por el plan equivocado que resultó tan costoso. En el año 1923, Stalin narraba lo sucedido caí el frente Sur, ostensiblemente para demostrar ciertos principios políticos, pero en realidad para saldar ciertas cuentas políticas que te interesaban:

* "Podría establecerse fácilmente una analogía entre estos principios de estrategia política y los de estrategia militar: por ejemplo... la lucha contra Denikin. Todo el mundo recuerda el final de 1919, cuando Denikin se acercaba a Tula. En aquel tiempo surgieron interesantes debates entre los militares respecto a la dirección en que había de asestarse el golpe decisivo contra Denikin. Algunos militares proponían... la línea Tsaritsyn-Novorosisk... Otros... la línea Voronej-Rostov,... El primer plan era... desventajoso porque presuponía nuestro movimiento a través de regiones... hostiles al Gobierno soviético y exigía por eso grandes sacrificios; era, además, peligroso porque abría a los ejércitos de Denikin el camino de Moscú por Tula y Serpujov. El segundo plan... era el único plausible, porque según él nuestros grupos principales habían de operar por regiones... que simpatizaban con el Gobierno soviético y no requería en consecuencia sacrificios excesivos; y, además, porque desorganizaba la acción del cuerpo principal de las tropas de Denikin en ruta hacia Moscú. Una mayoría de los militares se pronunciaron en favor de este segundo plan... Así se decidió la suerte de toda la guerra contra Denikin..."

Stalin parecía relatar esto como ejemplo casual de ciertos conceptos en el campo de la estrategia política. En realidad, el ejemplo no era accidental. Avanzaba 1923, Stalin estaba [sobre ascuas] esperando un terrible ataque de Lenin, y por lo tanto, trataba sistemáticamente de minar la autoridad de éste. En los círculos rectores del Partido se sabía bien que tras el erróneo y costoso plan habían estado no sólo ciertos miembros de la dirección "militar" (como el comandante en jefe [S. S. Kamenev]), sino también la mayoría del Politburó, con Lenin a la cabeza. Sin embargo, Stalin prefería hablar de desacuerdo entre los "militares", sin aludir a la pugna dentro del Politburó. Sabía que los miembros dirigentes del Partido se acordaban demasiado bien de que se trataba de mi plan, del plan que yo [había estado defendiendo desde comienzos de julio], y que él sólo había venido a apoyar a fines de octubre o principios de noviembre, después de que el mismo comandante en jefe había repudiado en la práctica su propio proyecto original. Pero el 19 de noviembre de 1924, diez meses después de la muerte de Lenin, Stalin [llegó más allá]. Entonces hizo la primera tentativa de crear una versión deliberadamente falsa de la lucha en el frente Sur, dirigiéndola contra mí:

"Ocurrió en el otoño de 1919. La ofensiva contra Denikin fracasó... Denikin toma Kursk, avanza sobre Oryol. El camarada Trotsky acude por orden del Comité Central a una

sesión de éste, desde el frente Sur. El Comité Central reconoce la situación como alarmante y decide enviar nuevos activistas militares a aquel frente, relevando al camarada Trotsky. Los nuevos activistas militares piden que el camarada Trotsky "no intervenga" en los asuntos del frente Sur. El camarada Trotsky cesa de intervenir allí directamente. Se suceden operaciones continuas en el frente Sur, y se capturan Rostov del Don y Odesa sin el camarada Trotsky. ¡Que prueben a negar estos hechos!"

Es cierto que dejé el frente Sur hacia el 10 de octubre, y fui a Petrogrado. Nuestro contraataque en el frente Sur debió haber comenzado el 10 de octubre. Todo estaba preparado; la concentración de unidades para atacar se hallaba casi terminada, y mi presencia era mucho más necesaria en torno a Petrogrado, que estaba en trance mortal de ser ocupada por Yudenich. Repasando más de tres años de guerra civil y examinando los periódicos y la correspondencia de mis viajes por todos los frentes, veo que casi nunca tuve ocasión de acompañar a un Ejército victorioso, de participar en un ataque, de compartir directamente las victorias con otros. Mis viajes no tenían carácter de turismo. Sólo acudía a los sectores en situación crítica después de haber roto el enemigo nuestras líneas. Mi tarea era convertir los regimientos fugitivos en fuerza atacante. Yo me retiraba con las fuerzas, pero nunca avancé con ellas. Tan pronto como las descalabradas divisiones se reordenaban y el mando daba la señal de avance, me despedía del Ejército para ir a otro sector apurado, o bien regresaba por unos días a Moscú para resolver los problemas acumulados del Centro. Así, durante tres años no tuve literalmente una sola ocasión de ver las caras felices de los soldados después de una victoria, ni de entrar con ellos en las ciudades conquistadas. [Por eso, como Stalin no podía menos de saber], no visité el frente Sur siquiera una vez en todo el período de nuestra victoriosa ofensiva allí después de mediados de octubre. El fraude de Stalin está, pues, en dar a un hecho innegable una significación totalmente falsa.

[El 4 de diciembre de 1919, Juan Smirnov informaba desde el frente Este que] "Koltchak ha perdido su Ejército... No habrán más batallas... Espero capturar todo el E. M. móvil antes del apeadero de Taiga... El ritmo de la persecución es tal que el 20 de diciembre estarán en poder nuestro Barnaul y Novokilayevsk". [Yudenich había sido completamente derrotado en el Noroeste y Denikin estaba en franca fuga en el Sur. Fracasado en sus esfuerzos por ganarse el apoyo de los campesinos mediante equívocas "reformas agrarias" y privado del de los militares y los hacendados a causa de su desastrosa derrota en el frente a manos del Ejército Rojo, Denikin perdió la confianza de los blancos. El 26 de marzo de 1920 renunció formalmente el cargo de comandante en jefe en favor del barón Wrangel, que había conseguido reagrupar las dispersas tropas de los guardias blancos en Crimea.]

[Los blancos estaban todavía zurrando a las unidades rojas de Caballería e Infantería en el frente del Cáucaso. En las batallas de los dos primeros días de febrero de 1920, Mamontov rechazó la ofensiva del Ejército Rojo y pasó al ataque en las proximidades de Novocherkassk. Las filas del Ejército Rojo en el frente del Cáucaso se habían debilitado no sólo por las pérdidas sufridas en combate, sino por la epidemia de tifus. Los refuerzos y provisiones no habían llegado por una confusión de los ferrocarriles. Se requería una mano dura para llevar unos y otras a aquel frente. Lenin y Trotsky recurrieron a Stalin, que por entonces se hallaba en el Consejo Revolucionario de Guerra de] frente Sudoeste:]

* "El Comité Central juzga necesario, para salvar la situación, que vayas inmediatamente al ala derecha del frente del Cáucaso, por Debaltsevo, donde está ahora Shorin. Al mismo tiempo tendrás que adoptar medidas extraordinarias para mandar considerables refuerzos y activistas del frente Sudoeste. Para estabilizar la situación se te ha incluido en la plantilla del Consejo Revolucionario de Guerra del frente caucásico, sin cesar por eso en el del frente del Sudoeste.

"3 de febrero de 1920. [9.] sh.

"Lenin, Trotsky."

[No se dispone del texto de la respuesta de Stalin, pero parece que hacía objeciones a su nuevo cargo, probablemente aduciendo tareas de urgencia en el que desempeñaba. Esto dio lugar a la siguiente réplica:]

* "El Comité Central no insiste en tu traslado, con tal de que en el curso de las próximas semanas concentres toda tu atención y energía en los servicios del frente del Cáucaso con preferencia a los del frente Sudoeste. Enviamos a Arzhanov a Voronej para activar los necesarios traslados. Préstale la oportuna colaboración y tennos al corriente del curso de las mismas.

"4 de febrero de 1920. [512.]

"Presidente del Consejo de Defensa,

Lenin.

"Presidente del Consejo Revolucionario de Guerra de la República,

Trotsky."

[Dos semanas después telegrafiaba Lenin a Stalin:]

* "El Politburó no puede pedirte que vengas en persona, pues considera como tarea primordial y urgente barrer a Denikin, por lo que deberás acelerar los refuerzos para el frente del Cáucaso todo lo que puedas.

"19 de febrero de 1920, [34.]

"Lenin.""

[Un día después insistía otra vez sobre el mismo tema:]

* "La situación en el Cáucaso está adquiriendo un carácter cada vez más serio. A juzgar por la situación de ayer, no se excluye la posibilidad de que perdamos Roskov y Novocherkassk, ni un intento enemigo de extender sus éxitos hacia el Norte, amenazando el territorio del Don. Toma medidas extraordinarias para acelerar el traslado de las Divisiones 43 y letona y reforzar el potencial combatiente. Espero que, conociendo la situación general, pongas toda tu energía en juego y consigas resultados grandiosos.

"[36]/sh.

"Lenin.""

[Stalin contestó como sigue:]

"Absolutamente confidencial.

"En cifra.

* "Lenin, Kremlin. Moscú.

"Copia para el Comité Central del Partido.

"No veo por qué el asunto del frente caucásico se me impone precisamente a mí. En el orden natural, la responsabilidad de reforzar el citado frente recae por entero en el Consejo Revolucionario de Guerra de la República, cuyos miembros, según mis noticias, disfrutan de excelente salud, y no en Stalin, que está abrumado de trabajo de todo orden.

"20 de febrero de 1920. [970.]

"Stalin."

[A lo cual replicó Lenin con el siguiente rapapolvo:]

* "El asunto de acelerar el envío de refuerzos del frente Sudoeste al del Cáucaso se te ha encomendado. En términos generales, cada cual debe ayudar como mejor pueda, sin sutilizar acerca de jurisdicciones departamentales.

"20 de febrero de 1920. [37]/sh.

"Lenin."

"Kursk, 19 de enero de 1920.

"Al presidente del Consejo Revolucionario de Guerra de la República, camarada Trotsky. Moscú.

"Me dirijo a ti con el ruego urgente de que me libres de la inactividad. Llevo casi tres semanas sin motivo justificado en el Cuartel general del frente Sudoeste, y no he hecho nada en dos meses. No puedo explicarme la causa de la demora ni conseguir otro empleo. Si durante casi dos años que he estado mandando varios ejércitos he dado pruebas de algún mérito, te ruego que me des oportunidad de aplicar mis aptitudes a un trabajo efectivo, y si no lo hay en el frente, señáleme tarea en el Servicio de Transportes o en el Comisariado de Guerra.

"[2.]

"Comandante de Ejército Tujachevsky."

[Por lo visto, Stalin no había encontrado aplicación al talento de Tujachevsky en el frente Sudoeste, donde era prácticamente el amo por su autoridad política como miembro del Comité Central, del Orgburó y del Politburó. Tujachevsky sólo contaba entonces algo menos de treinta años. Hasta la toma del Poder por los bolcheviques había sido teniente en el Ejército del zar. La Revolución de octubre le ganó por completo; no sólo ofreció sus

servicios al Ejército Rojo, sino que se hizo comunista. Distinguióse casi desde el primer momento en el frente, y al año llegó a ser general del Ejército Rojo. Su capacidad como estratega era reconocida por los asombrados enemigos a quienes la hizo sentir. Trotsky apunto en su telegrama: "Informar a los camaradas Lenin y Stalin." No está muy claro cuáles fueran las medidas adoptadas en este caso; pero hay una cosa inequívoca. Se dio a Tujachevsky el mando del frente occidental, encargado de las operaciones de ofensiva contra Varsovia.]

[La República de Polonia fue hostil al Gobierno de los Soviets desde el momento de su creación. Habiéndose apoderado de Vilna a despecho de la garantía dada a los lituanos en contrario por la Liga de las Naciones en 1919, los polacos invadieron el territorio de Rusia Blanca y, en el otoño, habían ocupado Minsk y considerables zonas de Volinia y Podolia. Luego paralizaron su actividad en vista de los éxitos del general Denikin. Temían que al triunfa¡' los Ejércitos blancos, comprometidos a restaurar en su integridad territorial el Imperio zarista, se opondrían a las ambiciones territoriales de Polonia, no sólo en Ucrania y Rusia Blanca, sino también en la propia Polonia. Pero tan pronto como los Ejércitos rojos comenzaron a descargar golpes decisivos contra Denikin, el Ejército polaco reanudó su actividad. Apoyado por las tropas de la recién formada República de Letonia, los Ejércitos polacos ocuparon Dvinsk en enero de 1920, obligaron al Ejército Rojo a entregar Latgalia, tomaron Mozyr en marzo, y bajo el mando personal del "liberador" de Polonia, José Pilsudiski, desencadenaron una vigorosa ofensiva contra Ucrania en abril, aliados a las fuerzas del difunto Gobierno de Petliura. Aunque la guerra había sido impuesta al Ejército Rojo, el propósito del Gobierno soviético era no sólo rechazar el ataque, sino llevar la revolución bolchevique a la misma Polonia y abrir así una salida al comunismo hacia toda Europa.]

El 30 de abril escribí al Comité Central del Partido: "Precisamente por tratarse de una lucha a vida o muerte, tendrá un carácter sumamente intenso y riguroso." Por consiguiente, era necesario "estimar la guerra con Polonia, no sólo como simple tarea del frente occidental, sino como tarea central de toda la Rusia trabajadora y campesina". El 2 de mayo hice difundir por la Prensa un telegrama contra las esperanzas exageradamente optimistas de una revolución en Polonia: "Que la guerra terminará por la revolución obrera en Polonia, no puede dudarse; pero, al mismo tiempo, no hay base para suponer que la guerra comience por una revolución semejante... Sería extremadamente frívolo pensar que la victoria... va a caer sencillamente en nuestras manos." El 5 de mayo, en un informe a la reunión conjunta de todas las instituciones soviéticas, dije: "Sería grave error suponer que la historia va a comenzar desencadenando en nuestro obsequio la revolución de los trabajadores en Polonia y librándonos así de la necesidad de sostener una contienda armada. -Y terminaba-: Camaradas, quisiera que os llevaseis de esta reunión, como conclusión capital, la idea de que la lucha que nos amenaza ha de ser dura y enconada." Todas mis órdenes militares y manifestaciones públicas de aquel tiempo estaban impregnadas de esta idea. "Actualmente, el frente Oeste es el más importante frente de la República -dice una orden de 9 de mayo, firmada por mí en Smolensko-. Los órganos de abasto deben prepararse para una campaña nada fácil ni breve, sino por el contrario, larga y porfiada." Yo era opuesto a la marcha sobre Varsovia porque, considerando la debilidad de nuestras fuerzas y nuestros recursos, sólo podía terminar con fortuna si en Polonia misma estallara

una insurrección, y no había seguridad alguna cae que tal ocurriese. Ya he explicado la esencia del conflicto en mi autobiografía.

El principal iniciador de la campaña fue Lenin. Le apoyaban contra mí Zinoviev, Stalin y aun el cauto Kamenev. Rikov fue uno de los miembros del Comité Central que se mantuvieron a mi lado, pero todavía no formaba parte del Politburó. Radek también se oponía a la aventura de Polonia. Todos los documentos confidenciales de aquel tiempo están a la disposición de los actuales círculos rectores del Kremlin, y si hubiera al menos una línea en estos documentos en coincidencia con la versión actual de dicha aventura, hace tiempo que se habría publicado. Precisamente es el carácter inconsistente de la versión, y sobre todo, la contradicción entre uno y otro aserto, lo que muestra que aquí también hemos de tropezar con la misma mitología termidórica.

Una de las razones de que la catástrofe de Varsovia alcanzase proporciones tan terribles, fue la conducta del mando del grupo occidental de los ejércitos del Sur, que iba en dirección a Lemberg. La principal figura política en el Consejo Revolucionario de Guerra de aquel grupo era Stalin. Deseaba a toda costa entrar en Lemberg al mismo tiempo que Smilga y Tujachevsky en Varsovia. El rápido avance de nuestros ejércitos hacia el Vístula había inducido al mando polaco a concentrar todos sus esfuerzos y, con ayuda de la Misión militar francesa, considerables reservas en las regiones de Varsovia y Lublin. En este momento decisivo, la línea de operaciones en el frente Sudoeste, divergía en ángulo recto de la del frente occidental principal: Stalin estaba haciendo su propia guerra. Cuando el peligro en que se hallaba el ejército de Tujachevsky se hizo evidente y el comandante en jefe ordenó al frente Sudoeste desviar marcadamente su dirección hacia Zamostye-Tomashev, para caer de flanco sobre las tropas polacas próximas a Varsovia, el comandante del frente Sudoeste, estimulado por Stalin, continuó su avance hacia Occidente: ¿No era más importante apoderarse de Lemberg que ayudar a "otros" a tomar Varsovia? Durante tres o cuatro días, nuestro Estado Mayor General no pudo conseguir que se ejecutara la citada orden. Sólo después de reiteradas demandas reforzadas con amenazas, cambió la dirección el mando del grupo Sudoeste; pero ya entonces el retraso de unos días había producido su efecto fatal. El 16 de agosto, los polacos emprendieron la contraofensiva y obligaron a nuestras tropas a retroceder.

Durante los debates secretos sobre la guerra de Polonia en una reunión a puerta cerrada del X Congreso del Partido, Stalin presentó la declaración, que sorprende tanto por su ruindad como por su falsedad, de que Smilga, el miembro más conspicuo del Consejo Revolucionario de Guerra del frente occidental había defraudado al Comité Central "prometiendo" tomar Varsovia en fecha determinada y dejando de cumplir su "promesa". Las acciones del frente Sudoeste, esto es, del mismo Stalin, obedecían, por lo visto, a la "promesa" de Smilga, en quien recaía, por lo tanto, la responsabilidad del desastre. Con muda hostilidad escuchaba el Congreso al hosco orador en cuyos ojos relampagueaba la característica chispa amarilla. Con aquel discurso, Stalin no hirió a nadie sino a sí mismo. Ni un solo voto tuvo en su apoyo. Yo protesté en el acto contra aquella inesperada insinuación. La "promesa" de Smilga no significaba sino que había "esperado" tomar Varsovia; pero aquella esperanza no eliminaba el elemento imprevisto, peculiar de toda guerra, y en ningún caso daba a nadie el derecho de obrar a base de un cálculo a priori y no

del desarrollo real de las operaciones. Lenin, terriblemente contrariado por las disensiones, intervino en la discusión y se manifestó en el sentido de que no era su propósito culpar a nadie personalmente. ¿Por qué no publicó Stalin la reseña taquigráfica de este debate?

En 1929, A. Yegorov (comandante del frente Sudoeste durante la campaña de Polonia), hizo el primer intento público de justificar su conducta en una monografía especial titulada [Lemberg-Varsovia] en la que se vio obligado a admitir:

* "Precisamente en este respecto han criticado todos nuestros historiadores la campaña del frente Sudoeste. Nadie que conozca esta campaña por los escritos hoy existentes tendrá por secreto que la explicación del fracaso de las operaciones del Oeste tuvo relación directa con las del frente Sudoeste. Las acusaciones formuladas en este sentido contra el comandante del frente se reducen, en suma, a exponer que el frente Sudoeste siguió una política de operaciones particular, sin tener en cuenta la situación general de todo el frente polaco ni la acción desarrollada en el frente occidental contiguo; que en el momento decisivo no le prestó la necesaria cooperación... En líneas generales, tal es la versión reiterada en todas las obras dedicadas más o menos al tema de la colaboración en el frente en 1920, sin excluir tampoco las publicadas más recientemente... Así vemos, por ejemplo, en la obra seria e interesante de M. Movchin, Las operaciones subsiguientes según la experiencia del Marne y del Vístula (publicada por los editores del Estado en 1928), una referencia directa al "fracaso del frente Sudoeste en el cumplimiento de las instrucciones categóricas del comandante en jefe relativas al avance del I Ejército montado sobre Zamostye-Tomashev". Los graduados de nuestra Escuela de Guerra han estudiado las campañas de Polonia a base de estas y otras manifestaciones análogas y continúan llevando consigo a los cuadros de nuestro Ejército impresiones en consecuencia. Para decirlo brevemente, la leyenda acerca de la intervención desastrosa del frente Sudoeste en 1920... no suscita hoy la menor duda, y se reconoce como un hecho que debe estudiar la futura generación de tácticos y estrategas."

No es muy de extrañar que Yegorov, responsable en gran parte como comandante en jefe del frente Sudoeste de la caprichosa estrategia de Stalin, trate de disimular la gravedad de su error presentando una interpretación de los hechos militares de 1920 menos desfavorable para él. Sin embargo, surge en el acto la sospecha al considerar que Yegorov sólo se decidió a intentar disculparse nueve años después de los sucesos, cuando "la leyenda acerca de la intervención desastrosa del frente Sudoeste" había conseguido, según sus propias palabras, hallar confirmación definitiva e, incluso, incorporarse a la historia militar. Esta demora se explica por el hecho de que el Ejército y el país, que tanto sufrieron a causa del fracaso de la campaña de Polonia, hubieran rechazado con indignación cualquier subterfugio, especialmente de parte de los responsables de tal fracaso. Tuvo por fuerza que esperar, en silencio.

Pero si Yegorov trató de reducir indirectamente la culpa de Stalin a la vez que la suya, no se propuso aún cargarla a la otra parte. Tampoco lo hizo Vorochilov en el artículo francamente apologético que lleva su firma, Stalin y el Ejército Rojo, publicado en el mismo año 1929. "Sólo el fracaso de nuestras tropas cerca de Varsovia -declara Vorochilov vagamente-, interrumpió el avance del ejército montado que se proponía atacar Lemberg y se hallaba entonces a diez kilómetros de allí." Sin embargo, el asunto no podía quedarse en

mera justificación propia. En tales cosas Stalin nunca se detiene a mitad de camino. Llegó, por fin, el momento en que pudo achacarse la responsabilidad del fracaso en el frente a los que estorbaron la marcha sobre Lemberg. [En 1935, el profesor rojo] S. Rabinovich, [en su] Historia de la Guerra Civil, escribía:

* "El I Ejército, que se vio implicado en la batalla de Lemberg, no podía ayudar directamente al frente occidental sin tomar esta plaza. No hubiera podido prestar gran concurso al frente occidental, porque eso hubiera supuesto trasladar numerosas fuerzas a las cercanías de Lemberg. A pesar de eso, Trotsky pidió categóricamente que se retirara el I Ejército montado de Lemberg y se concentrara cerca de Lublin para atacar de revés a los ejércitos polacos que avanzaban por el flanco de las tropas del frente occidental... A consecuencia de las instrucciones por demás erróneas de Trotsky, el I Ejército tuvo que renunciar a tomar Lemberg, sin poder por otra parte prestar ayuda a los Ejércitos del frente occidental."

[Naturalmente], aquella posibilidad se perdió sólo porque la caballería de Budienny-Vorochilov, de acuerdo con las instrucciones de Yegorov-Stalin, y en oposición a las órdenes del comandante en efe, se dirigió contra Lublin varios días después de lo debido. [Pero al año siguiente, el periódico militar] Krasnaya Konnitsa (La Caballería Roja) [fue aún más lejos en el artículo] Ruta de Armas del 1 Ejército Montado. Aquí el autor declaraba que el ejército montado... "no sólo no pudo evitar que el Ejército polaco se retirara detrás del río Bug, sino que ni siquiera frustró el contraataque de los polacos contra los flancos de las tropas rojas que marchaban hacia Varsovia". Stalin y Vorochilov, preocupados con la nueva ocupación de la Galitzia, objetivo de importancia secundaria, no deseaban sencillamente ayudar a Tujachevsky en la tarea principal, que era el avance sobre Varsovia. Y Vorochilov argüía que sólo la captura de Lemberg le hubiera permitido "descargar un golpe aplastante en la retaguardia de los polacos de la Guardia Blanca y sus tropas de choque".

Es totalmente imposible comprender cómo la captura de Lemberg, que distaba 300 kilómetros del principal teatro de operaciones, habría servido para caer sobre la "retaguardia" de las formaciones polacas de choque, que entretanto habían perseguido ya al Ejército Rojo hasta cien kilómetros al este de Varsovia. Para intentar atacar a los polacos por su "retaguardia" habría sido necesario perseguirlos en primer lugar, y en consecuencia abandonar Lemberg ante todo. ¿Por qué, entonces, había que ocuparlo? La captura de Lemberg, que intrínsecamente no carecía de importancia militar, podría haberse revestido de significación revolucionaria sólo organizando una insurrección de los galitzianos contra la dominación polaca. Pero eso requería tiempo. Los ritmos de las tareas militar y revolucionaria no coincidieron en lo más mínimo. Desde el momento en que se hizo patente el peligro de un contraataque decisivo cerca de Varsovia, seguir el avance hacia Lemberg resultaba no sólo vano, sino francamente criminal. Pero en aquel punto intervino la suspicacia entre los dos frentes. Stalin, según la [propia confesión] de Vorochilov, no vacilaba en transgredir reglamentos y órdenes.

[Escribiendo en Pravda el 23 de febrero de 1930, el historiador del Partido N. Popov, a la vez que reconoce que el avance sobre Varsovia fue un error del Politburó, declaraba que] "Trotsky... era opuesto a este avance, como un pequeñoburgués

revolucionario que juzgaba inadmisible llevar la revolución a Polonia desde fuera. Por las mismas razones, Trotsky era contrario a que el Ejército Rojo ayudara a los rebeldes de Georgia en febrero de 1921. El criterio antibolchevique, krautskista, de Trotsky fue categóricamente rechazado por el Comité Central en julio de 1920, en el caso de Polonia, y en febrero de 1921, en el del Gobierno menchevique de Georgia." [Cinco años más tarde, Rabinovich, en su Historia de la Guerra Civil, atribuye los "errores de Trotsky] en la guerra de Polonia [a la posición] política fundamental" de que por nuestra parte la guerra servía para estimular v activar la revolución en Polonia, llevar la revolución a Europa en las bayonetas del Ejército Rojo... De otro modo, la victoria del Socialismo en Rusia es imposible. Por esto, Trotsky, en oposición a los argumentos de Lenin y Stalin, declaró que "el frente polaco es el frente de vida o muerte para la República Soviética". La vieja acusación se volvía así del revés. Todavía en 1930 se reconocía que yo era opuesto a la marcha sobre Varsovia, y el crimen de que se me acusaba era el de no sentirme inclinado a introducir el Socialismo a punta de bayoneta. Pero en 1935 se proclamaba que yo defendía la marcha sobre Varsovia guiado por mi determinación de imponer el Socialismo a Polonia con las bayonetas.

Así, gradualmente, Stalin resolvió el problema a su peculiar manera, cargando la responsabilidad de la campaña de Varsovia sobre mí. Pero lo cierto es que yo era contrario a tal campaña. La responsabilidad del descalabro del Ejército Rojo, presupuesta por la falta de una sublevación en el país y agravada por su propia estrategia independiente, recayó por parte suyo sobre mí, a pesar de haberles prevenido de la posibilidad de una catástrofe y de haber solicitado moderación en el entusiasmo por éxitos efímeros como el de la toma de Lemberg.

Desviar las inculpaciones poco a poco hacia el adversario es un método fundamental de luchar para Stalin, y alcanza su desarrollo máximo en los juicios de Moscú. Digamos también de pasada que Stalin no contribuyó a la campaña de Polonia con ningún esfuerzo constructivo que valga la pena de mencionar. El correo y los telegramas de la época hacen constar con quién tuve ocasión entonces de corresponder a diario para determinar la política del momento en relación con la guerra de Polonia: Lenin, Chicherin, Karajan, Krestinsky, Kamenev, Radek. De estas seis personas, sólo Lenin acertó a morirse a tiempo. Chicherin murió en desgracia, aislado por completo; Radek vivirá detenido el resto de sus días; Karajan, Krestinsky y Kamenev han sido ejecutados.

El final de la campaña de Polonia nos permitió concentrar nuestras fuerzas contra Wrangel, que en la primavera salió de la península de Crimea y, amenazando ocupar la cuenca del Donetz, puso en riesgo las reservas de carbón de la República. Varios vigorosos ataques de Nikopol y Stajovka desalojaron de sus posiciones a las tropas de Wrangel, y el Ejército Rojo avanzó, demoliendo en la culminación de la campaña las fortificaciones de los itsmos de Perekop y de Sivash. La Crimea volvió a ser soviética. (Como podía esperarse, "la idea estratégica básica de inminente operación fue anunciada personalmente por el camarada Stalin". Yegorov escribía en Pravda, el 14 de noviembre de 1935, al celebrarse el XV aniversario de la derrota de Wrangel:)

* "Trotsky sostenía la descabellada opinión de que el frente de Wrangel no era más que un sector aparte, de tercer orden. Frente a este peligroso criterio, el camarada Stalin

hubo de manifestarse decididamente. El Comité Central, encabezado por Lenin, se puso por completo de parte de Stalin."

Baste decir que S. Gussev, que era un verdadero agente de Stalin en el Ejército Rojo como hoy lo es Mejlis, en su artículo La derrota de Wrangel [publicado] en 1925, no juzgó necesario mencionar siquiera el nombre de Stalin.

Durante toda la guerra civil, Stalin siguió siendo una figura de tercera categoría, no sólo en el Ejército, sino también en el campo de la política. Presidía las reuniones de la Junta del Comisariado de Nacionalidades y los Congresos de algunas de éstas. Llevaba las negociaciones con Finlandia, Ucrania, los bashkires, esto es, desempeñaba comisiones de Gobierno esenciales, pero de orden secundario. Nada tenía que ver con las cuestiones de alta política planteadas en los Congresos del Partido, del Soviet o de la III Internacional. En la XI Conferencia del Partido Comunista ruso, celebrada en diciembre de 1921, Yaroslavsky, en nombre del Comité organizador, propuso para la Mesa presidencial a los siguientes: Lenin, Zinoviev, Trotsky, Kamenev, Petrovsky, Ordzhonikidze, Vorochilov, Yarolavsky, Sulimov, Komarov, Rudzutak, I. N. Smirnov y Rujimovich. La lista es interesante, tanto por su composición como por el orden de los nombres. Los autores de la lista, viejos bolcheviques como Yaroslavsky, colocaban a Zinoviev en segundo lugar, como para recordar que era un antiguo bolchevique. Fuera de las cuatro primeras figuras, los demás designados, viejos bolcheviques asimismo, eran todos dirigentes regionales. No hubo en aquella lista sitio para Stalin, aunque el calendario señalaba ya el final del año 1921. La guerra civil pertenecía ya al pasado, y no había hecho de Stalin un líder.

CAPÍTULO XI
DE LA OSCURIDAD AL TRIUNVIRATO

El final de la guerra civil encontró a Stalin en la sombra, políticamente. Los segundones del Partido le conocían, desde luego, pero no le consideraban uno de los dirigentes de importancia. Para la base del Partido era uno de los miembros menos conocidos del Comité Central, a pesar de pertenecer al todopoderoso Politburó. El país, en general, había oído hablar muy poco de él. El mundo extrasoviético ni siquiera sospechaba su existencia. Pero en menos de dos años su dominio sobre la máquina política del Partido se había hecho tan formidable, y su influencia se juzgaba tan lesiva para Lenin, que éste, a primeros de marzo de 1923, rompió con él toda "relación de camaradería". Pasaron otros dos años, y Trotsky, el más eminente, aparte Lenin, de los adalides de la Revolución de octubre y del Gobierno de los Soviets, había sido relegado por la máquina de Stalin a una posición política precaria. No sólo llegó Stalin a ser miembro del triunvirato que regía el Partido en lugar del doliente Lenin, sino que se convirtió en el más poderoso de los triunviros y después en único sucesor de Lenin. Además, con los años adquirió un poder mucho mayor que el ejercido jamás por Lenin: de hecho, más autoridad absoluta que ninguno de los zares en la larga historia del régimen absoluto en Rusia.

[¿Cómo pudo suceder esto? ¿Cuáles fueron las causas y los grados de la elevación de Stalin desde la oscuridad a la preeminencia política?]

Cada fase de desarrollo, incluso las catastróficas, como la revolución y la contrarrevolución, es una consecuencia de la fase precedente, en donde está arraigada y a la cual se asemeja. Después de la victoria de octubre, hubo escritores que sostenían que la dictadura del bolchevismo era simplemente una nueva versión del zarismo, negándose, al estilo del avestruz, a reconocer la abolición de la monarquía y de la nobleza, la extirpación del capitalismo y la introducción de la economía planificada, la abolición de la Iglesia estatal, y la educación de las masas en los principios del ateísmo, la abolición del señorío agrario y la distribución de la tierra a los verdaderos cultivadores del suelo. De manera análoga, después, del triunfo de Stalin sobre el bolchevismo, muchos de los mismos escritores (como Webbs, los Wells y los Laskis, que primero criticaron el bolchevismo para convertirse luego en propagandistas viajeros del estalinismo) cerraron los ojos al hecho cardinal e inflexible de que, a pesar de las medidas de represión utilizadas por imperio de circunstancias especiales, la Revolución de octubre acarreó una subversión de relaciones sociales en los intereses de las masas trabajadoras; mientras que la contrarrevolución estalinista ha iniciado subversiones sociales que continuamente van transformando el orden social soviético en provecho de una minoría privilegiada de burócratas termidóricos. Igualmente insensibles a los hechos elementales son ciertos renegados del comunismo,

muchos de ellos satélites de Stalin en otra época, que con las cabezas bien hundidas en la arena de su amarga desilusión, no advierten que, a pesar de semejanzas superficiales la contrarrevolución acaudillada por Stalin se diferencia en ciertos definidos puntos esenciales de las contrarrevoluciones de los caudillos fascistas; no echan de ver que la diferencia tiene su raíz en la disparidad entre la base social de la contrarrevolución de Stalin y la base social de los movimientos reaccionarios dirigidos por Mussolini y Hitler, y que guarda paralelismo con la que existe entre las dictaduras del proletariado, aun desfiguradas por el burocratismo termidórico, y la dictadura de la burguesía, entre un Estado de trabajadores y un Estado capitalista.

Además, esta disparidad fundamental tiene su ejemplo (y en cierto sentido, hasta su epítome) en la singularidad de la carrera de Stalin comparada con las carreras de los otros dos dictadores, Mussolini y Hitler, cada uno de ellos iniciador de un movimiento, ambos agitadores excepcionales y tribunos populares. Su exaltación política, por fantástica que parezca, se produjo por su propio impulso a la vista de todos, en conexión inquebrantable con el desarrollo de los movimientos que encabezaron desde su arranque. Completamente distinto es el carácter de la subida de Stalin. No puede compararse con nada de tiempos pasados. Parece no tener prehistoria. El proceso de su elevación transcurrió en alguna parte, tras una cortina política impenetrable. En un determinado momento su figura, en pleno atuendo de poder, se destacó súbitamente de la pared del Kremlin, y por primera vez el mundo se dio cuenta de Stalin como dictador ya hecho así. Tanto más vivo es el interés con que la humanidad pensante examina la naturaleza de Stalin, personal y políticamente. En sus peculiaridades de su personalidad busca la clave de su fortuna política.

Es imposible comprender a Stalin y su éxito de última hora sin comprender la fuente principal de su personalidad: ansia de poder, ambición, envidia, una envidia activa, jamás adormecida, a todos los mejor dotados, más poderosos, a cuantos destacan sobre él. Con aquella arrogancia característica que es esencial en Mussolini, dijo éste a uno de sus amigos: "Nunca he encontrado a mi igual." Stalin nunca hubiera podido decir tal frase, ni aun a sus amigos más íntimos, pues hubiera sonado descarnada, absurda, ridícula en exceso. En los mismos cuadros bolcheviques abundaban hombres que superaban a Stalin en todos los respectos, salvo en el de su reconcentrado ambición. Lenin estimaba mucho el poder como instrumento de acción; pero el amor al poder por el poder mismo le era totalmente ajeno. No sucede así con Stalin. Psicológicamente, el poder para él siempre fue algo aparte de los fines a que éste se entiende destinado. El deseo de ejercer su voluntad como el atleta utiliza sus músculos para dominar a los demás: he aquí el origen de su personalidad. Así, su voluntad fue adquiriendo una fuerza cada vez más concentrada, que se dilataba en agresividad, en actividad, en radio de expresión, sin detenerse ante nada. Cuantas veces tuvo Stalin ocasión de convencerse de que le faltaban muchos atributos para adquirir el poder, tanto más intensamente se esforzó por compensar cada deficiencia de carácter, con tanta más sutileza convirtió cada defecto en ventaja bajo ciertas condiciones.

Las comparaciones oficiales acostumbradas entre Stalin y Lenin son sencillamente indecorosas. Si la base de comparación es la expansión de la personalidad, es imposible parangonar a Stalin ni siquiera con Mussolini o Hitler. Por pobres que sean las "ideas" del fascismo, los dos victoriosos caudillos de la reacción, el italiano y el alemán, desde el

comienzo mismo de sus respectivos movimientos desplegaron iniciativa, impulsaron a las masas a la acción, abrieron nuevas rutas a través de la jungla política. Nada de esto puede decirse de Stalin. El partido bolchevique fue obra de Lenin. Stalin brotó de su máquina política, de su aparato político, y continúa inseparablemente unido al mismo. Nunca ha tenido contacto con las masas o con los acontecimientos históricos sino a través del aparato. En el primer período de su acceso al poder él mismo se vio sorprendido por su propio éxito. Subió las escaleras sin seguridad, mirando a derecha e izquierda y por encima del hombro, siempre dispuesto a escabullirse o a buscar refugio. Empleado como contrapeso frente a mí, le respaldaron y animaron Zinoviev y Kamenev, y con menos calor Rikov, Bujarin y Tomsky. Ninguno de ellos pensaba entonces que Stalin llegase a destacar por encima de sus cabezas. En el primer triunvirato, Zinoviev trataba a Stalin con cierto aire circunspecto de protector; Kamenev, con un dejo de ironía. Pero ya hablaremos luego de esto con más detalle.

La escuela estalinista de falsificación no es la única que florece hoy en el campo de la historia rusa. De hecho, deriva una parte de su sustento de ciertas leyendas basadas en la ignorancia y el sentimentalismo, como las fantásticas patrañas relativas a Kronstadt, Majno y otros episodios de la Revolución. Baste saber que lo que el Gobierno soviético hizo a pesar suyo en Kronstadt fue una trágica necesidad; naturalmente, el Gobierno revolucionario no podía "regalar" la fortaleza que protegía Petrogrado a los marineros insurgentes sólo porque unos cuantos dudosos anarquistas y essars patrocinasen a un puñado de campesinos reaccionarios y soldados amotinados. Consideraciones semejantes son aplicables también al caso de Majno y de otros elementos potencialmente revolucionarios que tal vez tuviesen buenas intenciones, pero lo demostraban de detestable manera.

Lejos de desdeñar la cooperación de revolucionarios de todas las corrientes del socialismo los bolcheviques de la era heroica de la Revolución la solicitaron con afán en toda ocasión, y transigían hasta el límite por conseguirla. Por ejemplo, Lenin y yo estudiamos seriamente una vez la posibilidad de ceder ciertas comarcas a los anarquistas, naturalmente con el asenso de la población interesada, y permitirles llevar a efecto su experimento de orden social sin Estado en su jurisdicción. Aquel proyecto murió en la etapa de discusión, y no por culpa nuestra. El movimiento anarquista dejó de pasar por la prueba de los hechos reales en el terreno de ensayos en la Revolución rusa. Muchos de los anarquistas más capaces y sanos convinieron en que podrían servir mejor su causa incorporándose a las filas de nuestro Partido.

Aunque sólo nos incautamos del Poder en octubre, demostramos nuestra disposición a cooperar con otros partidos soviéticos, negociando con ellos. Pero sus exigencias eran fantásticamente desaforadas; no pretendían nada menos que la decapitación de nuestro Partido. Luego formamos un Gobierno de coalición con el único Partido que por entonces se prestaba a la cooperación en términos razonables, que fue el de los essars de izquierda; pero éstos se retiraron del Gobierno en señal de protesta contra la paz de Brest-Litovsk en marzo de 1918, y en julio apuñalaron al Gobierno por la espalda colocándole frente al hecho consumado del asesinato del embajador alemán Mirbach y a un golpe de Estado frustrado. ¿Qué hubieran querido los señores liberales que hiciéramos en tales

circunstancias: dejar que la Revolución de octubre, el país y nosotros mismos fuéramos deshechos por nuestros traidores ex compañeros del Gobierno de coalición y pisoteados por el Ejército imperial alemán en pleno avance? Los hechos son irreductibles. La Historia recuerda que el Partido de los essars de izquierda quedó reducido a polvo por el choque de los acontecimientos subsiguientes, y muchos de sus miembros más arrojados se hicieron leales bolcheviques, entre ellos Blumkin, el asesino del conde Mirbach. ¿Eran los bolcheviques simplemente vengativos, o eran "liberales" al advertir el móvil revolucionario tras el estúpido y desastroso acto de provocación de Blumkin, y al concederle la entrada con plenos derechos en el Partido y en el trabajo de grave responsabilidad? (Y Blumkin no fue el único, ni mucho menos, aunque su caso sea más conocido que otros análogos.) Lejos de herirnos, la rebelión de los essars de izquierda, que nos privó de un aliado y compañero de viaje, nos fortaleció en resumidas cuentas. Puso fin a la defección de los comunistas de izquierda. El Partido estrechó sus filas. La influencia de las células comunistas en el Ejército y en las instituciones soviéticas creció enormemente. La política del Gobierno adquirió mucha mayor firmeza.

Privados de legalidad soviética en junio de 1918, los partidos mencheviques y essars de derecha y centro, después de su directa participación en la guerra civil contra el Gobierno soviético, manifestada no sólo en actos de terror individual, sino también en otros de sabotaje, diversión, conspiración y aun guerra abierta, los bolcheviques se vieron obligados a llevar también a la lista de proscripción a los essars de izquierda tras su traicionero golpe de Estado de julio. Pero el decreto promulgado por el Comité Ejecutivo Central del Soviet de toda Rusia el 14 de junio, expulsando de este organismo a los mencheviques y essars, y recomendando la adopción de igual medida a otras instituciones soviéticas se revisó cinco meses después, cuando estos partidos volvieron a la posición de lucha de clases axiomática para socialistas declarados. En octubre de 1918, el Comité Central de los mencheviques reconocía en una resolución que la Revolución bolchevique de octubre de 1917 fue "históricamente necesaria", y repudiaba "todo género de colaboración política con clases hostiles a la democracia", rehusando "participar en cualesquiera combinaciones gubernamentales, aun cubiertas por la bandera democrática, basada en coaliciones "nacionales generales" de la democracia con la burguesía capitalista o dependiente del imperialismo y el militarismo extranjero". En vista de tales declaraciones de los mencheviques, el Comité Ejecutivo Central de toda Rusia, en sesión de 30 de noviembre de 1918, decretó que se considerase anulada su resolución de 14 de junio "en cuanto se refiere al partido de los mencheviques". Unos meses más tarde el sesgo "hacia la izquierda" se inició en una sección de los essars. La conferencia de los representantes de varias organizaciones de essars en los territorios de la Rusia soviética, que se celebró el 8 de febrero de 1919 en Petrogrado, "repudió resueltamente la tentativa de derrocar el Gobierno de los Soviets por las armas". Entonces, el Comité Ejecutivo Central de toda Rusia decretó el 25 de febrero de 1919 la anulación de su disposición de 14 de junio de 1918 "con referencia a todos los grupos del Partido de los essars que consideren obligatoria para ellos la mencionada resolución de la conferencia de partidos de los essars".

Pero en la primavera, una serie de sublevaciones de kulaks en varias provincias y el avance victorioso de Koltchak, indujeron a estos partidos, con excepción de algunos de sus representantes, a las posiciones de antes. En consecuencia, el Comité Central del Partido

Comunista ruso (bolchevique), en mayo de 1919, promulgó una disposición "referente a la detención de todos los mencheviques y essars de calidad, de los que no se supiera personalmente que estuviesen dispuestos a apoyar activamente al Gobierno soviético en su lucha contra Koltchak". Así se puso en evidencia que las anteriores protestas de lealtad a la "democracia" soviética eran simples maniobras por parte de los partidos menchevique y essar. Su constante agitación por la abolición de la Checa y de la pena de muerte, incluso para espías y contrarrevolucionarios, repercutió en beneficio de los guardias blancos y difundió la desmoralización en la retaguardia del Ejército Rojo.

Durante los primeros días, u horas, siguientes a la insurrección, Lenin planteó la cuestión de la Asamblea Constituyente. "Hemos de aplazarla -insistía-, hemos de aplazar las elecciones. Tenemos que ampliar los derechos electorales otorgándolos a los mayores de dieciocho años. Tenemos que hallar el modo de rectificar las listas de candidatos. Los nuestros no son buenos: demasiados intelectuales no probados, cuando lo que necesitamos son traba adores y campesinos. Los kornilovitas y los cadetes [demócratas constituyentes] deben ser despojados de estado legal." A los que opinaban: "no es político aplazarlo ahora; se interpretará como liquidación de la Asamblea Constituyente, sobre todo habiendo acusado nosotros al Gobierno provisional del aplazamiento". Lenin replicó: "¡Tonterías! Lo que importan son hechos, no palabras. Con relación al Gobierno provisional, la Asamblea Constituyente era o pudo haber sido un paso adelante; pero con relación al Gobierno soviético sólo puede ser un paso atrás. ¿Por qué no es político aplazarla? Y si la Asamblea Constituyente resulta ser un conglomerado de cadetes, mencheviques y essars, ¿será eso político?"

"Pero para entonces seremos más fuertes -argumentaban otros-, mientras que ahora no lo somos. El Gobierno soviético es prácticamente desconocido en las provincias. Y si allí se enteran de que aplazamos la Asamblea Constituyente, nuestra posición será aún más débil de lo que ya es." Sverdlov, sobre todo, se oponía enérgicamente al aplazamiento, y él conocía mejor las provincias que ninguno de nosotros. Lenin resultó quedarse solo en su posición. Solía mover la cabeza con gesto de desaprobación, insistiendo: "¡Es un error, un error evidente, que nos puede salir caro! Espero que no le cueste a la Revolución la cabeza..." Pero, una vez adoptada la decisión contraria al aplazamiento, Lenin concentró toda su atención en medidas para poner en práctica la convocatoria de la Asamblea Constituyente.

Entretanto, se vio claro que estaríamos en minoría, aun con los essars de izquierda, que iban en la misma candidatura que los essars de derecha y eran defraudados a cada paso. "Naturalmente, tendremos que disolver la Asamblea Constituyente -dijo Lenin-. Pero, ¿y los essars de izquierda?" Sin embargo, el viejo Natanson nos tranquilizó sobre el particular. Vino a "asesorarnos", pero sus primeras palabras fueron: "Me parece que tendremos que dispersar por la fuerza la Asamblea Constituyente." Lenin exclamó: "¡Bravo! ¡Lo que está bien, está bien! Pero, ¿querrá tu gente ir tan lejos?" Natanson contestó: "Algunos vacilan, pero creo que al fin se avendrán todos a ello." Los essars de izquierda estaban entonces en la luna de miel de su extremo radicalismo: efectivamente, consintieron en la disolución. Lenin se dedicó con ardor al problema de la Asamblea Constituyente. Intervenía a fondo en todos los preparativos, pensaba en todos los detalles, y sometía a Uritsky, que, con gran

pesar suyo, había sido designado comisario de la Asamblea, al tormento de agotadores interrogatorios. Incidentalmente, Lenin se ocupó en persona del traslado de uno de los regimientos letones, de composición predominantemente proletaria, a Petrogrado. "El mujik podría vacilar si sucede algo -observó-, y aquí necesitamos resolución proletaria."

Los delegados bolcheviques a la Asamblea Constituyente que se reunieron en todas partes de Rusia se distribuyeron (por presión de Lenin y dirigidos por Sverdlov) entre todas las fábricas, instalaciones y unidades militares. Fueron un elemento importante del aparato organizador de la "revolución suplementaria" de 1.º de enero. En cuanto a los delegados essars de izquierda, juzgaban impropio de su elevada misión empeñarse en una lucha: "El pueblo nos ha elegido: que nos defienda." Esencialmente, aquellos aldeanos provinciales no tenían la menor idea de cómo conducirse, y la mayoría de ellos eran cobardes. Pero en compensación, prepararon con gran meticulosidad el ritual de la primera sesión. Dispusieron velas, por si los bolcheviques apagaban la luz eléctrica, y gran cantidad de emparedados, por si faltaban provisiones. Así, la Democracia vino a presentar batalla a la Dictadura armada de bocadillos y velas. El pueblo no pensó siquiera un momento en defender a quienes se tenían por sus elegidos, cuando no eran más que vagas sombras de un período revolucionario definitivamente caducado.

Yo estaba en Brest-Litovsk cuando se liquidó la Asamblea Constituyente. Pero, tan pronto como fui a Petrogrado con motivo de una conferencia, Lenin me hizo el relato de la disolución: "Fue, naturalmente, muy arriesgado para nosotros no demorar su convocatoria..., una verdadera imprudencia. Pero, en último término, resultó mejor así. La disolución de la Asamblea Constituyente por el Gobierno es una liquidación franca y total de la democracia de forma en nombre de la Dictadura revolucionaria. Desde ahora, la elección no suscitará dudas." Así, la generalización teórica marchó de la mano con el empleo del regimiento de fusilemos letones. Indudablemente, fue entonces cuando Lenin concibió con toda claridad las ideas que después formuló en el I Congreso del Komintern, en sus notables tesis sobre democracia.

Como es bien sabido, la crítica de la democracia formal tiene su propia y dilatada historia. Nosotros y nuestros predecesores explicábamos el carácter transitorio de la Revolución de 1848 por el colapso de la democracia política. ésta había sido sustituida por la democracia "social". Pero el orden social burgués fue capaz de obligar a la última a ocupar el puesto que la democracia pura ya no podía sostener. La historia política pasó luego por un período prolongado durante el cual la democracia social, medrando a costa de su crítica de la democracia pura, desempeñaba realmente el papel de esta última, y se saturó por completo de sus vicios. Lo ocurrido se había repetido más de una vez en la historia; la oposición se vio llamada a resolver en forma conservadora las tareas mismas que las fuerzas comprometidas de ayer no eran ya capaces de llevar adelante. Comenzando como estado provisional de preparación para la dictadura proletaria, la democracia había llegado a ser el supremo criterio, el último resorte regulador, el inviolable santuario de los santuarios, esto es, la más refinada hipocresía del orden social burgués. Lo mismo había sucedido en nuestro caso. Después de recibir un golpe mortal en octubre, la burguesía intentó resurgir en enero bajo la forma sacrosanta de la Asamblea Constituyente. El ulterior desarrollo victorioso de la revolución proletaria, después de la disolución franca,

manifiesta, brusca de la Asamblea Constituyente, asestó a la democracia el golpe de gracia del que nunca se recobrará. Por eso tenía razón Lenin al decir: "En último término, resultó mejor así." Bajo el aspecto de la Asamblea Constituyente essarista, la República de febrero había aprovechado simplemente la oportunidad de morir por segunda vez. [Cuando, durante el breve mandato de Kamenev como primer presidente de la República (en calidad de presidente del Comité Ejecutivo Central del Soviet) y por iniciativa suya] fue abolida la pena de muerte contra soldados promulgada por Kerensky, la indignación de Lenin no tuvo límites. "¡Absurdo! -clamó-. ¿Cómo contáis que una revolución siga adelante sin ejecuciones? ¿Creéis de veras que podéis tratar con todos esos enemigos después de desarmaros? ¿Qué otras medidas de represión existen? ¿La prisión? ¿Quién da importancia a eso durante una guerra civil, cuando ambas partes confían en vencer?" Kamenev trató de argumentar que se trataba sólo de revocar la pena de muerte instituida por Kerensky, especialmente contra los desertores. Pero Lenin se mostró irreconciliable. Se daba clara cuenta de que tras el decreto de abolición se ocultaba una actitud frívola frente a las dificultades inauditas que nos aguardaban. "Una equivocación -reiteró-, blandura imperdonable, ilusiones pacifistas", etc. Propuso que se revocase inmediatamente el decreto, pero se le objetó que ello produciría una impresión desfavorable. Alguien sugirió que sería mejor recurrir a las ejecuciones cuando se viera que no había otro remedio. Finalmente, el asunto se dejó como estaba.

"¿Y qué pasaría -me preguntó una vez Vladimiro Ilich de improviso- si los guardias blancos nos mataran a los dos? ¿Serán capaces Bujarin y Sverdlov de hacer frente a la situación?" [Al principio, Lenin confiaba en Sverdlov más bien que en Stalin para centralizar el Poder con mano dura. Sverdlov fue quien primero definió la división de funciones entre el Partido y las máquinas políticas del Soviet. Se le eligió presidente del primer Comité Constitucional (del que formaba parte Stalin). Sverdlov incorporó en aquella primera Constitución soviética no sólo los principios teóricos del leninismo, sino también la experiencia práctica inicial de administración en materias tales como la correlación entre los órganos centrales y locales del Gobierno soviético, los Comités de Pobres y los Soviets en las aldeas, las fronteras y funciones de las Repúblicas constituyentes y de las regiones autónomas, y muchas cuestiones específicas que la teorización nunca hubiera podido abarcar concretamente. "Sverdlov -de acuerdo con un panegírico de Stalin- fue uno de los primeros, si no el primero, que hábilmente y sin esfuerzo resolvió... la compleja tarea organizadora... de construir la nueva Rusia... el Gobierno de los Soviets, el Gobierno de los obreros y los campesinos", que "por primera vez en la historia de la humanidad" acometió la empresa de convertir "el Partido hasta entonces ilegal en una entidad nueva, creando los instrumentos de correlación entre el Partido y los Soviets, asegurando la dirección del Partido y el desenvolvimiento normal de los Soviets...".] Sverdlov era verdaderamente irremplazable: resuelto, animoso, firme, expedito, un tipo de bolchevique insuperable. Lenin pudo conocer y estimar plenamente a Sverdlov en aquellos meses de inquietud. Muchas veces, al telefonear Lenin a Sverdlov sugiriéndole ésta o la otra medida de urgencia, recibía como invariable respuesta: "¡Ya!", expresiva de que estaba hecho lo que interesaba. A menudo bromeábamos sobre ello, diciendo: "Con Sverdlov no hay que dudar: ¡ya!"

[Cuando se creó el Comisariado Popular de Inspección de Obreros y campesinos, se designó a Stalin para desempeñarlo. Al proponer la creación de este nuevo Comisariado en el VIII Congreso de 1919, Zinoviev lo describía como "un Comisariado de control socialista que inspeccione todas las unidades de nuestro mecanismo soviético, hundiendo sus tentáculos en todas las ramas del esfuerzo constructivo de los Soviets". Lenin no tuvo empacho en apoyar la designación de Stalin para aquel Ministerio de Ministros, cuando, al replicar a las objeciones de los oposicionistas, dijo:]

"Ahora, hablemos de la Inspección de Obreros y Campesinos. Es una empresa gigantesca... Es necesario poner a su frente a un hombre de autoridad; de otro modo, nos hundiremos en el fango, nos ahogaremos en minúsculas intrigas. Creo que ni el mismo Preobrazhnsky podría proponer otra candidatura que la del camarada Stalin."

[La función del nuevo Comisariado era extirpar de todas las instituciones soviéticas la burocracia y el expedienteo. Sin embargo, bajo Stalin no tardó en convertirse en semillero de intrigas políticas y en uno de los principales instrumentos con que levantó su aparato político. En un memorándum confidencial fechado en 1.º de abril de 1922, Trotsky escribió a este propósito:]

" Es imposible cerrar los ojos al hecho de que el Rabkrin está lleno precisamente de personas que han fracasado en varias otras esferas. De aquí proviene también el extraordinario desarrollo de intrigas en el Rabkrin, que hace ya tiempo se ha convertido en proverbial en todo el país. No hay razón para suponer que esta institución (no sus pequeños círculos rectores solamente, sino toda la organización) puede sanearse y fortalecerse, porque en el futuro los activistas eficientes seguirán destinándose al auténtico trabajo, y no a su inspección, Resulta, pues, evidente la fantasía del plan de mejorar la maquinaria del Estado soviético mediante la palanca de Rabkrin."

[A esta crítica contestó Lenin el 6 de mayo:]

"El camarada Trotsky está radicalmente equivocado respecto al Rabkrin. Con nuestro desenfrenado "departamentalismo", aun entre los mejores comunistas, el bajo nivel cultural de nuestros funcionarios, las intrigas entre unas y otras ramas del Gobierno... es imposible seguir adelante sin el Rabkrin. Hemos de trabajar sistemática y persistentemente, para convertirlo en el mecanismo de inspección y mejora de todas las actividades gubernamentales."

[Pero no tardaría mucho Lenin en cambiar de opinión sobre este tema, y en alarmarse aún más que Trotsky por el empacho de burocracia y la corrupción de este Comisariado instituido precisamente para él para combatirla.]

Stalin halló los más leales de sus primeros colaboradores en Ordzhonikidze y Dzerzhinsky, ambos en desgracia con Lenin a la sazón. Ordzhonikidze, dotado indudablemente de fortaleza decisión y firmeza de carácter, era en esencia hombre de escasa cultura, irascible y completamente incapaz de dominarse. Mientras fue un revolucionario, predominaron su arrojo y su espíritu de sacrificio; pero al convertirse en funcionario importante, su rudeza y rusticidad apagaron toda otra cualidad. Lenin, que había sentido por él simpatía en otro tiempo, poco a poco fue apartándose de él, y

Ordzhonikidze lo advirtió. Sus relaciones tirantes llegaron al límite cuando Lenin propuso excluirle del Partido por un año o dos, como sanción por abuso de poder.

Análogamente se extinguió su afecto hacia Dzerzhinsky. éste se distinguía por su profunda honestidad, carácter apasionado e impulsividad. El poder no logró corromperle. Pero no siempre estuvo su capacidad a la altura de las misiones que se le confiaron. Invariablemente se le reelegía para el Comité Central; pero, mientras Lenin volvió, no había que pensar en incluirle en el Politburó. En 1921, o quizás en 1922, Dzerzhinsky, hombre excesivamente altivo, se me quejó, con tono de resignación en su voz, de que Lenin no le atribuyese capacidad política. Como es natural, hice lo que pude por disuadirle. "No me considera organizador, hombre de Estado", insistía Dzerzhinsky. "¿Qué te hace pensar así?" "Se obstina en no aceptar mi informe como comisario popular de Vías de Comunicación."

Al parecer, Lenin no estaba muy entusiasmado con el informe de Dzerzhinsky en tal concepto. En realidad, Dzerzhinsky no era un organizador en el sentido amplio de la palabra. Solía reunir a sus colaboradores y organizarlos en torno a su persona, pero no conforme a su método. Este método no era evidentemente el más oportuno para poner orden en el Comisariado de Vías de Comunicación. En 1922, Ordzhonikidze y Dzerzhinsky se sentían muy descontentos de su posición respectiva, y molestos en grado considerable. Stalin los reclutó en el acto.

[Entretanto, en el mismo Partido se había producido un cambio sutil, pero penetrante. La lucha por la democracia dentro del Partido se había iniciado en el palenque del X Congreso, girando principalmente en torno al lema de las justas relaciones entre el Estado, el Partido y los Sindicatos. La llamada oposición obrera, dirigida por Shlyapnikov y, Kollontai, proponía un programa que los círculos rectores habían denunciado como "una desviación anarcosindicalista". Según los historiadores oficiales, este programa propugnaba que los Sindicatos, como organizadores de la producción asumiesen no sólo las funciones del Estado, sino también las del Partido. Trotsky, por el contrario, sostenía que siendo esencial perseguir una política igualitaria en el campo del consumo, era aún necesario seguir insistiendo por algún tiempo en los "métodos de choque" en la esfera de la producción, lo que, según Trotsky, significaba "acomodar la maquinaria sindical al sistema administrativo de régimen económico", y de conformidad con sus adversarios, convertir los Sindicatos en instituciones estatales. Lenin opinaba que los Sindicatos debían continuar bajo el control del Partido, y convertirse cada vez en una vasta "escuela de comunismo". En esta controversia, Stalin apoyó el criterio de Lenin. En el Congreso se manifestaron otras diversas opiniones sobre el tema, pero el asunto se redujo principalmente a una controversia triangular entre los grupos cuyos portavoces principales fueron Lenin, Trotsky y Kollontai. Además, la discusión no se limitó a las sesiones del mismo Congreso, sino que prosiguió públicamente e invadió las instituciones soviéticas de todo orden.

[Esta atmósfera de libre discusión había cambiado radicalmente cuando el Partido se reunió en su XI Congreso, celebrado entre el 2 de marzo y el 2 de abril de 1922. Durante el año transcurridlo, habiendo sido oficialmente proscritas las facciones por acuerdo del X Congreso, los oposicionistas se organizaron clandestinamente tan bien, que varias

proposiciones patrocinadas por el grupo rector en el XI Congreso fueron rechazadas por gran mayoría.

[No sólo dieron los oposicionistas muestras de sus arrestos secretamente, sino que hubo turbulentas expresiones de aprobación cuando el oposicionista Ryazanov apostrofó al grupo dominante en una de sus intervenciones y cuando los delegados se opusieron con tenacidad a expulsar del Partido a los dirigentes de la oposición obrera, Shlyapnikov, Medvedev y Kollantai, desafiando resueltos la petición de Lenin en tal sentido. La oposición abierta, además era sintomática de una oposición secreta mucho más extensa. El grupo rector consideraba a los disidentes tácitos más peligrosos aún, porque sus maquinaciones estaban cargadas de penosas sorpresas. Era indudable que el sistema de responsabilidad dividida entre tres miembros iguales del Secretariado, cada uno reacio a reconocerse plenamente responsable, era inadecuado para afrontar la función inherente a la Secretaría de designar camaradas "leales" para los puestos clave y elegir delegados "leales" para los Congresos del Partido, Lenin y sus adjuntos decidieron, en consecuencia, reforzar la Secretaría en dos sentidos: instituyendo el cargo de secretario general, con los otros dos miembros en calidad de auxiliares suyos más bien que como colegas, y eligiendo para dicho puesto al hombre más capaz de llevarlo con mano dura, a José Stalin. Dos de sus mejores paniaguados, Molotov y Kuibyshev, fueron designados ayudantes suyos.

[Stalin fue elegido secretario general el 2 de abril de 1922. Dos meses después, Lenin cayó gravemente enfermo. Por entonces, una propicia combinación de circunstancias, más que sus propias maquinaciones, situó ya a Stalin en una posición potencialmente estratégica. Si Lenin se hubiese restablecido rápidamente, es probable que Stalin hubiera recaído en la oscuridad; es probable, no absolutamente seguro. Pero la enfermedad de Lenin fue de mal en peor.]

Las relaciones entre Lenin y Stalin se pintan oficialmente como de íntima amistad. Realmente, estas dos figuras políticas estaban a gran distancia, no sólo por los diez años de diferencia de edad que había entre ambos, sino, incluso, por las mismas dimensiones de sus personalidades respectivas. No podía haber amistad entre uno y otro. Sin duda, Lenin llegó a apreciar la capacidad de Stalin como organizador práctico durante la azarosa época de la reacción de 1907 a 1913. Pero en los años de régimen soviético, la rudeza de Stalin le repelía cada vez más, reduciendo las posibilidades de una plácida colaboración entre ellos. Por esto, sobre todo, Stalin siguió en tácita oposición contra Lenin. Envidioso y ambicioso, Stalin no podía menos de encabritarse al sentir a cada momento la aplastante superioridad intelectual y moral de Lenin. [Variando constantemente de grado, esta inestable] relación persistió [en términos bastante satisfactorios para todos los fines prácticos] hasta que Lenin cayó tan gravemente enfermo [que se abstuvo de tomar parte activa en los asuntos de Estado], y entonces se convirtió en una abierta pugna que culminó en ruptura final.

[Ya en la primavera de 1920], al celebrarse el cincuentenario de Lenin, Stalin tuvo el atrevimiento de pronunciar un discurso acerca de los errores del festejado. Difícil es decir qué móviles le guiaron a hacerlo; en todo caso, el discurso pareció tan fuera de lugar a todos, que al día siguiente, 24 de abril, [en su reseña del acto], tanto Pravda como Izvestia se limitaron a consignar que el "camarada Stalin habló de diversos episodios del trabajo de ambos en común antes de la Revolución". Pero también por entonces se puso Stalin en

evidencia consignando en letra de molde lo que había aprendido y dejado escrito para la misma ocasión, con el título de *Lenin como organizador y director del Partido Comunista ruso*. Apenas merecería este artículo el intento de descubrir en él algún valor teórico o literario. Baste decir que comienza afirmando lo siguiente:

"Mientras en el Oeste (en Francia, en Alemania) el partido obrero se nutría de los Sindicatos en condiciones que permitían la existencia de uno y otros... en Rusia, por el contrario, la formación de un partido proletario se realizó bajo el absolutismo más cruel..."

Esta afirmación suya, exacta en cuanto a Gran Bretaña, que deja de mencionar como ejemplo, dista de serio en cuanto a Francia, y es una monstruosa falsedad por lo que toca a Alemania, donde el Partido había creado los Sindicatos prácticamente de la nada. Hasta ahora, como en 1920, la historia del movimiento obrero es un libro cerrado para Stalin, y, por consiguiente, sigue siendo inútil esperar de él orientación teórica en este terreno.

El artículo es interesante porque no sólo en el título, sino en toda su concepción de Lenin, el autor lo aclama primero como organizador, y sólo en segundo término como dirigente político. "El mérito máximo del camarada Lenin -que Stalin consigna en primer lugar- está en su furioso ataque contra la falta de método organizador de los mencheviques." Concede crédito a Lenin por su plan de organización, porque "generalizaba magistralmente la experiencia organizadora de los mejores activistas prácticos". Y más adelante:

"Sólo en virtud de esta política organizadora pudo el Partido consolidar la unidad interna y la asombrosa solidaridad que le permitió surgir sin esfuerzo de la crisis de julio y de Kerensky, sostener en sus hombros la Revolución de octubre, salvar el difícil período de Brest sin quebranto y organizar la victoria sobre la Entente..."

Sólo después añadía Stalin: "Pero el valor organizador del Partido Comunista ruso representa únicamente un lado de la cuestión", y vuelve entonces al contenido político de la labor del Partido, a su programa y a su táctica. No es exagerado decir que ningún otro marxista y, desde luego, ningún marxista ruso, hubiera compuesto de ese modo un elogio de Lenin. Ciertamente, las cuestiones de organización no constituyen la base de la política, sino más bien las derivaciones de la cristalización de la teoría, el programa y la práctica. Y no es casual que Stalin conceptuase básica la palanca organizadora; todo lo que trate de programas y políticas fue siempre para él esencialmente un ornamento de la organización como base.

En el mismo artículo formulaba Stalin por última vez, más o menos correctamente, el criterio bolchevique, bastante nuevo por entonces, del papel del Partido proletario bajo las condiciones de las revoluciones democraticoburguesas de la época. Ridiculizando a los mencheviques, Stalin escribía que quienes habían dirigido mal la historia de las antiguas revoluciones se figuraban que

"... el proletariado no puede tener la hegemonía de la Revolución rusa; la dirección debe ofrecerse a la burguesía rusa, a la misma burguesía que era opuesta a la Revolución. El campesino debe colocarse igualmente bajo el patrocinio de la burguesía, relegando al proletariado el papel de una oposición de extrema izquierda. Estos repugnantes ecos de un

detestable liberalismo eran lo que los mencheviques ofrecían como última palabra de auténtico marxismo..."

Es sorprendente que sólo tres años más tarde, Stalin aplicara esta misma concepción, palabra por palabra y literalmente, a la revolución democráticoburguesa china, y luego, con cinismo incomparablemente mayor, a la revolución española de 1931-1939. Una inversión tan monstruosa no hubiera sido posible en modo alguno de haber asimilado y comprendido entonces bien Stalin el concepto leninista de revolución. Pero lo que Stalin había asimilado, era simplemente el concepto leninista de un aparato centralizado de Partido. En cuanto comprendió aquello, perdió de vista las consideraciones teóricas de que se deriva, su base programática quedó reducida a poco más de nada, y, en consonancia con su propio pasado, su propio origen social, preparación y educación, estaba naturalmente inclinado hacia una concepción pequeñoburguesa, hacia el oportunismo, hacia la transacción. En 1917 no llegó a realizar la fusión con los mencheviques sólo porque Lenin se lo impidió; en la revolución china hizo realidad el criterio menchevique con métodos bolcheviques, esto es, con el aparato político centralizado que para él era la esencia del bolchevismo. Y con experiencia mucho mayor, con una eficacia perfeccionada, realmente mortal, desarrolló igual política en la revolución española.

De modo que si el artículo de Stalin sobre Lenin, que se ha reproducido desde entonces innumerables veces en multitud de ejemplares y de idiomas, era una caracterización bastante sencilla de su tema, nos suministra la clave de la naturaleza política de su autor. Incluso contiene líneas que, en cierto sentido, son autobiográficas:

"No rara vez nuestros propios camaradas (no sólo los mencheviques) acusaron al camarada Lenin de ser demasiado propenso a polémicas y escisiones en su pugna irreconciliable contra los transaccionistas... No hay duda de que ambas cosas se produjeron a su tiempo..."

En 1920, Stalin consideraba aún a Lenin demasiado propenso a polémicas y escisiones, como le había juzgado ya en 1913. Además, justificaba esta tendencia en Lenin sin eliminar el estigma de las acusaciones que le pintaban como dado a exageraciones y al extremismo.

[Lenin conservaba a todo funcionario útil como un tesoro. Era afectuoso con todos ellos. Le vemos charlando "diez o quince minutos" a la cabecera de Sverdlov, agonizante de gripe, a pesar del riesgo de infección; le vemos reprendiendo a Tsuryupa: "Querido A. D.: Te estás volviendo insufrible de veras en el manejo de la propiedad del Gobierno. Tus órdenes: ¡cura de tres semanas! Y tienes que obedecer a las autoridades médicas que quieren enviarte al sanatorio. Hazme caso, pues, que no es productivo ser descuidado con la mala salud. ¡Tienes que ponerte bueno!" De análoga manera, cuando Stalin tuvo que hacerse una operación en el Soldatenkovsky, hospital de Moscú, en diciembre de 1920, Lenin, según atestigua el médico que atendía a Stalin, doctor Rosanov,]

"... me llamaba por teléfono a diario, dos veces, por la mañana y por la noche, y no sólo me preguntaba por su salud, sino que insistía en pedir toda clase de pormenores. La operación practicada al camarada Stalin fue muy difícil. Había que hacer una ancha incisión en torno al apéndice para extirpárselo, y no veíamos posibilidad de garantizar el éxito. Era

evidente que Vladimiro Ilich se sentía preocupado. "Si pasara algo -me dijo-, telefonéeme al instante, a cualquier hora, de noche o de día." Cuando, cuatro o cinco días después de la operación, se tuvo la certeza de que ya no había peligro y se lo comuniqué así, exclamó en tono de absoluta sinceridad: "¡Gracias, muchas gracias...! Pero seguiré fastidiándole con mis diarias llamadas telefónicas de todos modos."

"Una vez, al visitar al camarada Stalin en su habitación, me encontré allí con Vladimiro Ilich. Me saludó cordialmente, y llamándome aparte me hizo un sinfín de preguntas a propósito de la enfermedad y el restablecimiento del camarada Stalin. Le dije que era necesario enviarle una temporada a descansar, para que se recuperase lo mejor posible de la penosa operación. Y entonces él asintió: "¡Esto es lo que le estaba diciendo! Pero no quiere hacerme caso. Sin embargo, yo lo arreglaré. Pero no en uno de los sanatorios. Me dicen que están bien ahora, pero nada bueno he visto en ellos todavía." Yo le propuse: "¿Por qué no va directamente a sus montañas natales?" A lo que repuso Vladimiro Ilich: "¡Tiene usted razón! Allí estará más lejos de todo, y nadie le importunará. Nos ocuparemos de ello.""

[Pero Stalin aplazó su visita a su Georgia natal hasta julio siguiente. En el curso de aquella vuelta suya a Georgia, donde se encontró con una oposición belicosa, Stalin recayó en su enfermedad. El 25 de julio de 1921, Lenin telegrafió a Ordzhonikidze, lugarteniente de Stalin y principal ejecutor de la política y el programa de "pacificación" en Georgia:]

"Recibí tu 2.064. Mándame nombre y dirección del médico que asiste a Stalin, y dime cuántos días estuvo Stalin sin trabajar. Espero tu respuesta por telegrama cifrado. ¿Asistirás al Pleno del 7 de agosto? Nm. 835.

"Lenin."

[Y el 28 de diciembre de 1921, Lenin envió la siguiente nota a uno de sus secretarios:]

"Recuérdeme mañana que he de ver a Stalin, y antes (ejec. 29-XII-21) conécteme por teléfono con OBUJ (Dr.), acerca de Stalin."

[Menos de tres meses más tarde, el mismo Lenin estaba demasiado enfermo para asistir a un Pleno del Comité Central, si bien se aprestaba a participar en el XI Congreso. Dos meses después, Lenin se expresaba con dificultad y tenía el brazo y la pierna derecha impedidos, a consecuencia de su primer ataque de arterioesclerosis aguda del 26 de mayo de 1922, del cual no se dieron noticias hasta el 4 de junio. Tras interminables mejorías y recaídas en el curso del verano, Lenin se restituyó a sus funciones en octubre, y el mes siguiente, incluso habló ante el IV Congreso de la Internacional Comunista, con ocasión del quinto aniversario de la Revolución de octubre. Pero estaba demasiado enfermo para concurrir al X Congreso de los Soviets de la recién constituida Unión Soviética a fines de diciembre, porque sufrió un segundo ataque, el cual le inmovilizó enteramente el brazo derecho, el 16 del mismo mes. Había terminado su activa participación en los asuntos de la U.R.S.S. Como Moisés en el monte Nebo, contemplaba desde lejos la tierra prometida al proletariado mundial, y en sus intervalos de calma entre los ataques, dictó sus últimas disposiciones, su testamento, que terminó el 4 de enero de 1923: sus ensayos Sobre la Cooperación, Nuestra Revolución, Cómo debería reorganizarse la Inspección de Obreros y

Campesinos, Más vale menos y mejor y Páginas de un Diario. Estos meses abarcaron el último de los esfuerzos creadores de Lenin, que culminó la noche del 5 al 6 de marzo, al dictar su última carta a Stalin, rompiendo con él toda relación de camaradería. El 9 de marzo le acometió el último y más terrible acceso, que le sumió en una agonía de atroces sufrimientos, agravados por el insomnio y la excitación nerviosa. Ya no podía hablar, y tenía medio cuerpo completamente paralizado. Pero su voluntad de vivir y de actuar era indomable.

[Hacia fines del verano siguiente mejoró algún tanto, cesó la continua pesadilla del insomnio, comenzó a andar, pudiendo de nuevo hablar otra vez. En octubre, ya en condiciones de andar apoyado en un bastón, se hizo conducir a Moscú, donde visitó su despacho del Kremlin y al regresar a Gorki se detuvo en la Exposición de Agricultura que se estaba organizando entonces. Diariamente le volvía el uso de la palabra. No parecía ya lejano el día de su completo restablecimiento. Y entonces, al despertarse indispuesto el 20 de enero de 1924, se quejó de dolor de cabeza, inapetencia y malestar general. El siguiente día volvió a sentirse mal, almorzó y comió ligeramente, a instancias de los que le rodeaban. Después de comer se echó un rato. A las seis de la tarde le sobrevino un fuerte ataque su respiración se hizo cada vez más fatigosa, se puso pálido, le subió la temperatura a saltos, y perdió el conocimiento, muriendo a los cinco minutos. Una hemorragia cerebral paralizó sus órganos respiratorios y la vida se extinguió dentro de él. Justamente quince años y siete meses a partir de entonces, la vida de su colaborador en lo que el mundo conoció como Gobierno Lenin-Trotsky había de cesar asimismo por hemorragia cerebral, esta vez provocada en forma menos sutil por el golpe de piqueta de un asesino. Lenin tenía cincuenta y cuatro años menos tres meses cuando murió; Trotsky era, al morir, siete años más viejo. Stalin, a quien su más devoto admirador entre los periodistas americanos, tras diecisiete años de pacientes servicios, habría de describir como "un animal de presa, que juguetea primero con su víctima para recrearse en su fuerza, y luego la inmoviliza a golpes, y retrocede a observar el efecto, matándola por último", ha sobrevivido a ambos. Durante la enfermedad de Lenin se cuidó de asentar los medios de esta supervivencia.

[Cuando Lenin sufrió el primer ataque, se hizo creer a todo el mundo, incluso en la Rusia de los Soviets, que su enfermedad no era grave y que pronto volvería a sus actividades. Era un hombre de férrea tenacidad en cuerpo y espíritu, y apenas había pasado la cincuentena. Al principio, los miembros del Politburó compartieron sinceramente aquella opinión. Sencillamente, no se preocuparon de desengañar al público (ni siquiera a los trabajadores y campesinos de la Unión Soviética ni a los camaradas de la base del Partido) cuando más tarde se vio que la verdad era muy distinta. Con Lenin enfermo pasajeramente, se tuvo por seguro que el Politburó seguiría adelante. Aunque para todos, en general, parecía ser Trotsky el más probable sucesor de Lenin, y así pensaban también los miembros más jóvenes del Partido, los segundones políticos del aparato de éste no veían en Trotsky un digno sucesor de Ilich, frente a quien no muchos años antes habían levantado facciones, ni tampoco en otros miembros del Politburó, todos los cuales parecían simples escuderos, comparados con el líder indiscutible. La única sucesión imaginable de Lenin, pasajeramente enfermo o definitivamente alejado, era un Directorio de los conspicuos del Partido, miembros titulares o suplentes del Politburó y del Comité Central. Esto se suponía haber sucedido tan pronto como Lenin cayó enfermo.

[Pero, en realidad, ocurrió algo distinto. La sucesión se confió a un triunvirato que dirigía Zinoviev, con Kamenev de suplente y Stalin de colaborador más joven. Así, para bien o para mal, Zinoviev se convirtió en sucesor de Lenin por obra de su mayoría en el seno del Politburó, debido no a que sus colegas le conceptuaran el más apto y meritorio, sino, por el contrario, a que le tenían por el menos capaz de dirigir y por el más vulnerable políticamente. De los siete componentes del Politburó, Lenin estaba enfermo; Trotsky, aislado en su opinión de ser el sucesor natural de Lenin, opinión muy extendida fuera del aparato del Partido, y que le hacía el miembro más temido y aborrecido dentro del Politburó y entre los segundones del Partido; Zinoviev tenía el sólido apoyo de Kamenev y Bujarin (quienes se sentían más libres de expresión y acción y con oportunidad de extender su esfera de influencia bajo la dirección nominal de aquél) y el apoyo remiso de Stalin, que todavía no-estaba en condiciones de imponerse, a más del concurso de Tomsky. Todos comprendían tácitamente, menos Zinoviev mismo, no sólo en el Politburó, sino también en el Comité Central, donde también disfrutaba de mayoría, que era sólo un testaferro y no un líder, y esto únicamente mientras se condujese de acuerdo con los secretos deseos de cada uno de los otros, que consistían en dejarle disfrutar de aquella aureola hasta tanto que el verdadero jefe se considerase preparado para adueñarse de ella.

[¿A quién prefería Lenin como sucesor suyo? Hasta su segundo ataque, sobre el 16 de diciembre de 1922, no habla dedicado al asunto seria atención, confiado en restablecerse y asumir de nuevo la dirección. Su testamento, escrito varios días más tarde, era positivamente un esfuerzo por exponer su sincero parecer acerca de los diversos candidatos, más bien que por fijar su decisión. Precisamente por el poder que le procuraba su inmenso prestigio, no le agradaba imponer su voluntad. Manifestaba sus preferencias y sus objeciones, hacía recomendaciones, especialmente sobre la separación de Stalin del cargo de secretario general, a causa de su "rudeza" y su "deslealtad", pero no pasaba de opinar a propósito de cómo podrían colaborar mejor sus sucesores, y de prevenir contra el desastre que sería para el Partido y la causa bolchevique un serio conflicto entre Trotsky y Stalin. Sin embargo, antes de transcurrir dos meses creyó necesario adoptar la firme e irrevocable decisión de romper formalmente sus relaciones de camaradería (que era tanto como cortar todo vínculo político y personal) con uno solo de sus lugartenientes, con Stalin. Esta "excomunión" tuvo lugar durante el curso de los preparativos para el XII Congreso del Partido, al que Lenin, postrado por su tercer ataque grave, no pudo asistir. Era el primer Congreso que se celebraba sin Lenin, y el primero también atestado de delegados de la cosecha particular del secretario general. Marcaba el comienzo del fin del régimen leninista y el alborear del stalinismo como nueva orientación política.

[La ruptura entre Lenin y Stalin se produjo después de pacientes esfuerzos por parte de Lenin para evitarla. Cuando, en el XI Congreso, hacia fines de marzo de 1922, Zinoviev y sus más fieles aliados apoyaban a Stalin para el cargo de secretario general, esperando aprovechar la hostilidad de éste hacia mí en su propio beneficio, Lenin puso objeciones a su candidatura (en una discusión extraoficial entre sus íntimos), advirtiendo que "aquel cocinero no haría más que platos muy cargados de pimienta".

Temía que se reprodujese su enfermedad, y estaba deseoso de aprovechar el tiempo que transcurriese hasta su próximo acceso, que podría serle fatal, para establecer una

dirección colectiva armónica por acuerdo común, y particularmente para llegar a una inteligencia con Stalin. [De aquí el intenso esfuerzo suyo por coordinar su propia labor con la de la Secretaría. Era muy meticuloso en cuanto a sostener la autoridad de Stalin. Todavía el 21 de octubre de 1922, Lenin rechazó la indignada protesta de la oposición georgiana contra Stalin y Ordzhonikidze con un telegrama que levantaba la epidermis. De manera análoga continuó defendiéndole o atenuando las críticas de que era objeto mediante moderados reproches de otras decisiones. El rompimiento no surgió hasta que Lenin se convenció de que Stalin era incorregible. La cuestión georgiana fue sólo uno de los motivos que condujeron a tal desenlace.]

El único escrito serio sobre marxismo con que Stalin había contribuido nunca al arsenal de teoría bolchevique se refería a la cuestión de las nacionalidades, y databa de 1913. Es de presumir que contuviese la suma y compendio de sus propias observancias en el Cáucaso, los resultados de conclusiones extraídas del trabajo revolucionario práctico y algunas generalizaciones históricas amplias que, como ya hemos consignado, había plagiado de Lenin. Stalin se las había apropiado en sentido literario, esto es, ensartándolas con sus propias conclusiones, pero sin digerirlas por completo y, desde luego, sin asimilarlas. Esto se vio plenamente en el curso del período soviético, en que los problemas resueltos por escrito reaparecieron en forma de tareas administrativas de importancia culminante, determinando como tales todos los demás aspectos de la política. Entonces fue cuando quedó demostrado que en su mayor parte era ficticia la tan cacareada concordia de Stalin con Lenin en todo, y, especialmente, su solidaridad de principios en materia de nacionalidades.

En el X Congreso, de marzo de 1921, Stalin había leído de nuevo su inevitable informe sobre la cuestión nacional. Como suele suceder en su caso, por obra del empirismo, deducía generalizaciones, no del material vivo, no de la experiencia del Gobierno soviético, sino de abstracciones inconexas y exentas de coordinación. En 1921, como en 1917, seguía repitiendo el argumento general de que los países burgueses no podían resolver sus problemas nacionales, en tanto que la tierra de los Soviets tenía todas las posibilidades de hacerlo. El informe produjo desencanto y aun perplejidad. En el curso del subsiguiente debate, los delegados más interesados en la cuestión, principalmente los de partidos minoritarios nacionales, expresaron su disconformidad con él. Incluso Mikoyan, que era uno de los mejores aliados de Stalin y llegó a ser después uno de sus escuderos más devotos, se quejaba de que el Partido necesitaba instrucciones respecto a "los cambios que procedía introducir en el sistema, y al tipo de orden soviético que hubiera cae montarse en las naciones limítrofes... El camarada Stalin nada decía de eso".

Los principios nunca ejercieron influencia sobre Stalin, y en la cuestión nacional acaso menos que en ninguna otra. La tarea administrativa inmediata siempre se le aparecía más grande que todas las leyes de la historia. En 1905 vino a advertir el movimiento creciente de las masas sólo con permiso de su Comité de Partido. En los días de la reacción defendió el movimiento clandestino porque su temperamento se sentía atraído por un aparato político centralizado. Después de la Revolución de febrero, cuando aquella máquina quedó aplastada a pretexto de ilegalidad, Stalin perdió de vista la diferencia entre menchevismo y bolchevismo, y estuvo dispuesto a unirse con el partido de Tseretelli.

Finalmente, conquistado el Poder en octubre de 1917, todas las tareas, todos los problemas, todas las perspectivas quedaron subordinadas a las exigencias de ese aparato de aparatos que es el Estado, Como comisario de Nacionalidades, Stalin ya no volvió a considerar la cuestión nacional desde el punto de vista de las leyes históricas, plenamente acatadas por él en 1913, sino bajo el aspecto de la convivencia de la función administrativa. Así, necesariamente, había de encontrarse en desacuerdo con las necesidades de las nacionalidades más atrasadas y oprimidas, y procuró indebidas ventajas al imperialismo burocrático granruso.

La población de Georgia, casi enteramente campesina o pequeñoburguesa, se resistió vigorosamente a la sovietización de su país. Pero las grandes dificultades que de esto nacieron, se agravaron considerablemente por los procedimientos y el método de arbitrariedad militarista utilizados para sovietizar Georgia. En tales condiciones, hacía falta doble prudencia frente a las masas georgianas por parte del Partido rector. Aquí fue donde se produjo el agudo antagonismo entre Lenin, que insistía en la necesidad de una política paciente, muy flexible y circunspecta, hacia Georgia y, en general, Transcaucasia, y Stalin, para quien la posesión de los resortes del Estado era una garantía de seguridad. El agente de Stalin en el Cáucaso era Ordzhonikidze, el exaltado e impaciente conquistador de Georgia, que veía en toda manifestación de resistencia una ofensa personal. [Stalin parecía haber olvidado que no mucho antes] habíamos reconocido la independencia de Georgia y concertado con ella un tratado. [Esto había ocurrido el 7 de mayo de 1920 pero el 11 de febrero de 1921] destacamentos del Ejército Rojo habían invadido Georgia por órdenes de Stalin y nos habían puesto ante un hecho consumado. Iremashvili, el amigo de Stalin en la puericia, escribe:

"Stalin era opuesto al tratado. No quería que su país natal quedase fuera del Estado ruso, viviendo bajo el régimen de los mencheviques, a quienes detestaba. Su ambición le empujaba a enseñorearse de Georgia, donde la pacífica y sensata población se oponía a su propaganda destructiva con fría obstinación... El ansia de vengarse de los líderes mencheviques, que se habían negado tenazmente a apoyar sus utópicos planes y le expulsaron de sus filas, no le dejaba conciliar el sueño. Contra la voluntad de Lenin, por su propia iniciativa, Stalin realizó la bolchevización o stalinización de su país natal... Stalin organizó la expedición a Georgia desde Moscú, y desde allí mismo la dirigió. A mediados de julio de 1921 entró personalmente en Tiflis como conquistador."

En 1921, Stalin visitó Georgia con aspecto muy distinto al que le caracterizaba cuando durante su estancia allí era aún Soso y después Koba. Esta vez era el representante del Gobierno, del omnipotente Politburó, del Comité Central. Pero nadie en Georgia vio en él a un dirigente, sobre todo en las filas señeras del Partido, donde le acogieron no como a Stalin, sino como miembro de la dirección suprema del Partido, es decir, no a base de su personalidad, sino de su cometido. Sus antiguos camaradas de trabajo ilegal se consideraban por lo menos tan competentes como él en los asuntos de Georgia, y mostraron francamente su desacuerdo. Cuando se vieron obligados a someterse lo hicieron a su pesar, con críticas duras y amenazando con pedir una revisión de todo el problema en el Politburó del Comité Central. Stalin no era un líder ni siquiera en su [país de origen. Aquello le llegó a lo vivo. Nunca olvidaría tal afrenta a su autoridad] como representante del Comité Central

del Partido en todo cuanto se relacionara con Georgia. Si en Moscú basaba su autoridad en el hecho de ser un georgiano enterado de la situación local, en Georgia, donde se presentaba como representante de Moscú, exento de simpatía o prejuicios nacionales de índole local, trataba de comportarse como si no fuese georgiano, sino un bolchevique delegado por Moscú, comisario de Nacionalidades, y como si para él los georgianos no fuesen sino una de tantas nacionalidades diversas. Aparentaba desconocer las condicionales nacionales de Georgia: evidentemente, se trataba de un ligero exceso de compensación por sus extremados sentimientos nacionalistas de la juventud. [Se conducía como un rusificado granruso, tratando a la baqueta los derechos de su propio pueblo como nación.] A éstos los llamaba Lenin extranjeros rusificadores; y lo decía tanto por Stalin como por Dzerzhinsky, [polaco trocado en rusificador. Según Iremashvili, que sin duda peca de exagerado:]

* "Los bolcheviques georgianos, que al principio estuvieron implicados en la invasión estalinista rusa, perseguían como objetivo la independencia de la República Soviética de Georgia, que nada habría de tener de común con Rusia, sino el punto de vista bolchevique y la amistad política. Seguían siendo georgianos, para quienes la independencia de su país era antes que todo... Pero luego vino la declaración de guerra de Stalin, que encontró leal asistencia entre los guardias rojos rusos y la Checa que envió allí."

[Los siguientes episodios pueden consignarse en forma sucinta.] Stalin traicionó de nuevo la confianza de Lenin. Para consolidar su influencia política en Georgia, instigó allí, a espaldas de Lenin y de todo el Comité Central, con ayuda de Ordzhonikidze y no sin el concurso de Dzerzhinsky, una verdadera "revolución" contra los mejores miembros del Partido, cubriéndose a la vez pérfidamente con la autoridad del Comité Central. Aprovechándose de la circunstancia de que Lenin no podía reunirse con los camaradas de Georgia, Stalin intentó envolverle en información falsa. Lenin sospechó la jugada y encargó a su Secretaría particular que coleccionara datos relativos a la cuestión georgiana; después de estudiarla, decidió poner las cartas boca arriba. Es difícil decir lo que más extrañaba a Lenin; si la deslealtad personal de Stalin o su incapacidad crónica de captar lo esencial de la política bolchevique en cuanto al problema de las nacionalidades, o bien una mezcla de ambas cosas.

[Buscando la verdad a tientas, el postrado Lenin resolvió dictar una carta programática que bosquejara su posición fundamental respecto a la cuestión nacional, para que no hubiese equívocos entre sus camaradas sobre los extremos de más corriente debate. El 30 de diciembre dictó la siguiente nota:

"Creo que en este asunto la precipitación y la impulsividad administrativa de Stalin han sido fatales, como también su encono contra el "nacionalismo nacional" notorio. En términos generales, el encono en política es de lo más pernicioso."

[Y el día siguiente dictó, para la carta programática misma:]

* "Naturalmente, hay que hacer responsables a Stalin y a Dzerzhinsky de esta extremada campaña nacionalista granrusa."

[Lenin iba por el buen camino. Lo que precisamente había ocurrido a espaldas suyas, como Trotsky puntualizó ocho años más tarde, es que] la facción de Stalin derrotó a la facción de Lenin en el Cáucaso. Aquélla fue la primera victoria de los reaccionarios en el

Partido, y dio comienzo al segundo capítulo de la Revolución [la contrarrevolución estalinista].

[Lenin se vio por fin obligado a escribir a los oposicionistas de Georgia, el 6 de marzo de 1923:]

* "A los camaradas Mdivani, Majaradze y otros (copia a los camaradas Trotsky y Kamenev):

"Estimados camaradas:

"Estoy a vuestro lado en este asunto de todo corazón. Me indignan la arrogancia de Ordzhonikidze y la condescendencia de Stalin y Dzerzhinsky. En favor vuestro estoy preparando unas notas y un discurso.

"Con mi estimación,

"Lenin."

El día antes había dictado la siguiente nota para mí:

*

"Estrictamente confidencial. Personal.

"Estimado camarada Trotsky:

"Te ruego encarecidamente que asumas la defensa del asunto de Georgia en el Comité Central del Partido. Ahora está "confiada" a Stalin y Dzerzhinsky, de suerte que no puedo confiar en su imparcialidad. ¡Todo lo contrario! Si estás de acuerdo en encargarte de ello, quedaré tranquilo. Si por cualquier motivo no lo estuvieres, devuélveme todos los papeles. Con eso me bastará para saber que te niegas.

"Con mis mejores saludos de camarada,

"Lenin."

[También hizo saber por medio de dos de sus secretarios personales su deseo de que Trotsky se cuidara asimismo de esto en el XII Congreso. Tal indicación de Lenin, se transmitió por teléfono, y los documentos (la carta sobre la cuestión nacional y las notas) llegaron a manos de Trotsky por mediación de las señoritas Glyasser y Fotieva, con una nota de la señorita Volodicheva, que había tomado las notas taquigráficas, informándole de que Kamenev, sustituto de Lenin como presidente del Politburó y del Gobierno soviético, "salía para Georgia el miércoles, y Vladimiro Ilich le había encomendado preguntar a Trotsky si tenía algún mensaje que enviarle a su vez". Las secretarias de Lenin habían visitado a Trotsky el miércoles 7 de marzo de 1923.]

"Una vez que leyó nuestra correspondencia con usted -me dijo Glyasser-, Vladimiro Ilich se animó. Esto hace variar las cosas. Me encargó que le enviara el material manuscrito con el que contaba causar el efecto de una bomba en el XII Congreso." Kamenev me había

enterado de que Lenin acababa de escribir una carta rompiendo todas sus relaciones de camarada con Stalin, y yo propuse que habiendo de salir Kamenev aquel mismo día para Georgia con el fin de asistir a un Congreso del Partido, podría convenir enseñarle la carta sobre nacionalidades a fin de que hiciera lo que fuese necesario. Fotieva replicó: "No lo sé. Vladimiro Ilich no me dijo que transmitiese la carta al camarada Kamenev, pero puedo preguntárselo." Unos minutos después regresó con el siguiente recado: "De ningún modo; Vladimiro Ilich dice que Kamenev enseñaría la carta a Stalin, y éste transigiría en apariencia, para vendernos luego."

"En otras palabras, ¿la cosa ha ido ya tan lejos que Ilich no cree posible llegar a un acuerdo con Stalin incluso en términos justos?", pregunté. "Sí -confirmó ella-; Ilich no se fía de Stalin. Se propone manifestarse abiertamente contra él ante todo el Partido. Está preparando una bomba."

Ahora se veía claramente la intención de Lenin. Sirviéndose como ejemplo de la política de Stalin, se disponía a plantear delante del Partido (sin contemplación de ninguna especie) el peligro de la transformación burocrática de la dictadura. Pero casi inmediatamente después, acaso no más de media hora, Fotieva volvió con otro recado de Vladimiro Ilich, quien, según dijo, había decidido obrar en el acto, y había escrito la nota [antes reproducida a] Mdivani y Majaradze, con instrucciones de transmitir copias a Kamenev y a mí.

"¿Cómo te explicas el cambio?", pregunté a Fotieva.

"Sin duda -contestó-, Vladimiro Ilich se siente peor y tiene prisa por hacer todo lo que pueda."

[Dos días después sufrió Lenin su tercer ataque.]

[En vísperas del Congreso, en la reunión de 16 de abril del Comité Central, Stalin trató al parecer de cubrirse con un ataque solapado contra Trotsky a propósito de las notas y la carta de Lenin sobre la cuestión nacional, especialmente sobre el asunto de Georgia. Los dos siguientes documentos de Trotsky arrojan alguna luz sobre la situación:]

1

*

"Confidencia núm. 200 T.

"A los miembros del Comité Central.

"Asunto: Declaración del camarada Stalin del 16 de abril.

"1. El artículo del camarada Lenin me fue enviado confidencial y personalmente por el camarada Lenin a través de la camarada Fotieva, y, a pesar de mi expresa intención de enterar del mismo a los miembros del Politburó, el camarada Lenin expresó categóricamente su oposición a ello por medio de la camarada Fotieva.

"2. Como dos días más tarde de recibir yo el artículo del camarada Lenin, se puso peor, naturalmente cesó toda comunicación con él respecto a este asunto.

"3. Al cabo de algún tiempo, la camarada Glyasser me reclamó el artículo, y yo lo devolví.

"4. Hice una copia de él para mi uso particular (a fin de formular correcciones a la tesis del camarada Stalin, escribir un artículo, etc.).

"5. Nada sé de las instrucciones que diera Lenin con relación a su artículo y otros documentos sobre el asunto de Georgia ("Estoy preparando discursos y artículos"); supongo que las instrucciones pertinentes están en poder de Esperanza Konstantinovna [Krupskaia, la esposa de Lenin], María Ilyinishna [Ulynova, la hermana de Lenin], o de las camaradas secretarias de Lenin. No creí oportuno preguntar a nadie acerca de ello por razones que no necesitan aclaración.

"6. Sólo por lo que ayer me comunicó la camarada Fotieva por teléfono, por su nota al camarada Kamenev, me enteré de que el camarada Lenin no había tomado disposiciones con relación al artículo. Pues que el camarada Lenin no ha expresado formalmente sus deseos sobre este asunto, deberá decidirse a base del principio de factibilidad política. Es natural que no podía asumir personalmente la responsabilidad de tal decisión, y por eso recurrí al Comité Central en tal sentido. Lo hice sin perder minuto tan pronto supe que el camarada Lenin no había dado instrucciones directas y formales sobre el destino ulterior de su artículo, cuyo original conservan sus secretarias.

"7. Si alguien cree que he obrado mal en este asunto, propongo que pase a examen de la Comisión de conflictos del Congreso o de -otra especial. No veo otro camino.

"17 de abril de 1923."

2

Personal; escrita sin copia.

* "Camarada Stalin:

"Ayer, en conversación personal conmigo, dijiste que estaba perfectamente claro, a tu parecer, que en el asunto del artículo del camarada Lenin no había nada que reprocharme y que formularías una declaración escrita en este sentido.

"Hasta esta mañana (a las once) no he recibido tal declaración. Es posible que tu informe de ayer te haya hecho demorarlo.

"En todo caso, tu primera declaración sigue hasta la hora presente sin desmentir por tu parte, y ello da pie a ciertos camaradas para difundir una versión en consecuencia entre determinados delegados.

"Como no puedo permitir ni la sombra de una vaguedad en este asunto (por razones que no te será difícil comprender), creo necesario acelerar la solución. Si en respuesta a esta

nota no recibo una comunicación tuya manifestando que enviarás a todos los miembros del Comité Central una declaración que excluya toda clase de equívoco sobre el caso, estimaré que has cambiado de propósito desde ayer y apelaré a la Comisión de conflictos, para que haga una investigación desde el principio hasta el fin.

"Tú puedes comprender y apreciar mejor que nadie que si no lo hice así antes no fue porque esté dispuesto a tolerar que se me perjudique en modo alguno.

"18 de abril de 1923. Núm. 201."

Dirigiéndose al Congreso el 23 de abril, Stalin dijo en sus observaciones finales sobre la cuestión nacional:

"Aquí se han referido muchos a las notas y artículos de Vladimiro Ilich. No quisiera citar a mi maestro, el camarada Lenin, porque no está aquí, y temo que pudiera referirme a él sin la debida precisión y acierto..."

Estas palabras son, sin duda, un modelo del más extraordinario jesuitismo de que hay noticia. Stalin sabía bien lo indignado que estaba Lenin con su política nacional, y que sólo una enfermedad grave impedía al "maestro" mandar a su "discípulo" a las nubes a propósito de este asunto precisamente.

CAPITULO XII
HACIA EL PODER

A primeros de 1923, los principales dirigentes conocedores de la situación política se habían dado ya cuenta de que Stalin estaba saturando el inmediato XII Congreso, la máxima autoridad del Partido, de delegados que le eran incondicionalmente fieles. Lenin se alarmó tanto al ver el sesgo de los asuntos, que me llamó a su habitación del Kremlin, y habló del terrible auge del burocratismo en nuestro aparato soviético y de la necesidad de encontrar una solución al problema. Sugirió la conveniencia de nombrar una Comisión especial del Comité Central y me pidió que interviniese activamente en ello.

"Vladimiro Ilich, estoy convencido de que en la presente lucha contra el burocratismo en el aparato soviético no debemos perder de vista lo que está ocurriendo: se está formando una selección muy especial de funcionarios y especialistas, miembros del Partido y no miembros, a base de su lealtad a ciertas personalidades dominantes y grupos rectores del Partido dentro del Comité Central mismo. Cada vez que se ataca a un funcionario subalterno, se tropieza con un dirigente destacado del Partido... No puedo encargarme de eso en las actuales circunstancias."

Lenin se quedó pensativo por un momento, y (le estoy citando literalmente) dijo: "En otras palabras, lo que propongo es una campaña contra el burocratismo en el aparato del Soviet, y tú hablas de ampliarla librándola también contra el burocratismo del Orgburó del Partido. ¿No es eso?"

Me eché a reír por lo inesperado de la salida, pues en aquel momento no se me había ocurrido una formulación tan exacta y completa de la idea. Y respondí: "Creo que sí."

"Entonces, muy bien -repuso Lenin-. Hagamos un bloque."

"Es un placer formar un bloque con una buena persona", dije.

Convinimos en que Lenin iniciaría la propuesta de tal Comisión del Comité Central para combatir el burocratismo "en general" y el del Orgburó en particular. Me prometió reflexionar sobre "otros" detalles de organización del asunto. Y nos despedimos.

Pasaron dos semanas; Lenin se encontraba cada vez peor. Entonces, sus secretarias me trajeron sus notas y su carta sobre el problema de las nacionalidades. Durante meses permaneció postrado a causa de la arterioesclerosis, y nada pudo hacerse de nuestro bloque contra el burocratismo del Orgburó. Evidentemente, el plan de Lenin iba dirigido contra Stalin, aunque no mencionara su nombre; estaba de acuerdo con el orden de ideas explícitamente consignado por Lenin en su testamento.

[Si por entonces Stalin tenía en sus manos la Comisión Central de Control, el Orgburó y la Secretaría, Zinoviev continuaba teniendo mayoría en el Politburó y en el Comité Central, por lo que era el más destacado del triunvirato. La pugna entre él y Stalin, tácita y disimulada, pero no por eso menos vehemente, se relacionaba con la mayoría en el futuro Congreso. Zinoviev dominaba por completo la organización de Leningrado, y su socio Kamenev la de Moscú. Estos dos capitales centros del Partido tenían bastante con la ayuda de algunos otros secundarios para lograr mayoría en el Congreso. Tal mayoría era necesaria para la elección de un Comité Central y para ratificar las revoluciones favorables a Zinoviev. Pero éste no logró reunir esa mayoría; un número predominante de organizaciones del Partido fuera de las de Petrogrado y Moscú, resultaron estar firmemente sometidas al secretario general.]

[Sin embargo, Zinoviev cometió la imprudencia de insistir en ocupar el puesto de Lenin en el XII Congreso y de asumir el papel de sucesor de Lenin haciendo el informe político en su sesión inaugural. Durante los preparativos para el Congreso, con Lenin enfermo e imposibilitado de asistir], la cuestión más espinosa era la de quién había de pronunciar este discurso fundamental, que desde la creación del Partido fue prerrogativa de Lenin. Al plantearse el tema en el Politburó, Stalin fue el primero que dijo: "El informe político lo hará, naturalmente, el camarada Trotsky."

Yo no lo deseaba, pues equivalía para mí a anunciar mi candidatura al puesto de sucesor de Lenin cuando éste se hallaba luchando con una grave enfermedad. Repliqué poco más o menos: "Esto es provisional. Confiemos en que Lenin se restablecerá pronto. Entretanto, el informe debe hacerlo, atendiendo a su cargo, el secretario general. Así se elimina todo fundamento de vanas especulaciones. Además, ambos tenemos serias diferencias en cuestiones económicas, y yo estoy en minoría."

"Pero, ¿suponiendo que no hubiese diferencias?", preguntó Stalin, como dando a entender que estaba dispuesto a hacer amplias concesiones, esto es, a pactar en apariencia.

Kalinin intervino en el diálogo. "¿Qué diferencias? -dijo-. El Politburó aprueba siempre tus propuestas."

Seguí insistiendo en que Stalin hiciera el informe.

"De ningún modo -replicó con ostentosa modestia-. El Partido no lo comprendería. Debe hacer el informe el miembro más popular del Comité Central."

[La mayoría de Zinoviev en el Comité Central decidió el asunto en definitiva. Esto hizo creer a todos los miembros del Partido que Zinoviev era el sucesor de Lenin en la dirección del mismo. Con los delegados que él controlaba y la mayoría de su asociado segundo en el triunvirato, tenía motivos sobrados para esperar una ovación en el momento de aparecer en la tribuna en su papel de bolchevique número uno para hacer el informe político. Pero el secretario general engañó a su cotriunviro; Zinoviev no fue saludado por los aplausos de costumbre. Pronunció su fundamental discurso en medio de un silencio virtualmente agobiador. El veredicto de los delegados era claro: en esta nueva función, Zinoviev era un usurpador.

[El XII Congreso, que comprendió la semana del 17 al 25 de abril de 1923, elevó a Stalin del último al primer puesto dentro del triunvirato. Había terminado la mayoría de Zinoviev en el Comité Central y en el Politburó. Stalin se impuso a ambos. Pero su más importante faena en el XII Congreso fue la llevada a cabo en la Comisión Central de Control; la mayoría de sus miembros eran hechura suya. Pero las Comisiones de control provinciales, de distrito y locales, muchas de ellas elegidas antes de su designación como secretario general, no quedaban bajo su dominio. Stalin resolvió el problema del modo en él característico. Con uno u otro pretexto, los casos sometidos a la jurisdicción de Comisiones de control hostiles, y de interés para la máquina política de Stalin, se elevaban a la Comisión Central de Control en consulta siempre que era posible; además, cuando había ocasión de hacerlo sin llamar mucho la atención, se aprovechaba cualquier pretexto para suprimir sencillamente desde la Comisión Central de Control algunas de las subalternas que fuesen hostiles. Esto, con una bien organizada maquinación en las conferencias provinciales y regionales de las Comisiones de control, produjo resultados fructíferos. [La Junta del Partido, compuesta de miembros de la Comisión Central de Control y especialmente creada en este Congreso para "juzgar" y "liquidar" a oposicionistas, estaba totalmente en poder de partidarios de Stalin. El número de componentes de la misma Comisión Central de Control fue aumentado de 7 a 50, con 10 suplentes; más altos cargos que repartir entre los incondicionales. Además, la nueva definición de sus funciones y actividades efectivas transformó la Comisión Central de Control en una OGPU especial para miembros del Partido Comunista.

[Habiendo sido derrotado en el XII Congreso, Zinoviev trató de resarcirse políticamente pactando con los dirigentes principales. Vacilaba entre dos planes: 1.º, reducir la Secretaría a su condición primera subordinada al Politburó, privándola de los poderes de nominación que ella misma se había irrogado; y 2.º, darle un carácter "político", constituyendo una Junta especial de tres miembros del Politburó dentro de ella como máxima autoridad, a saber: Stalin, Trotsky y otro a elegir entre Kamenev, Bujarin o Zinoviev. Era necesaria una combinación por el estilo para compensar la excesiva influencia de Stalin.

[Inició sus conferencias sobre el asunto en una bodega próxima a Kislovodsk, célebre balneario del Cáucaso, en septiembre de 1923. Vorochilov, que ala sazón se encontraba en Rostov, recibió de Zinoviev una invitación telegráfica para asistir, lo mismo que Ordzhonikidze, el amigo de Stalin. Los otros concurrentes eran Zinoviev, Bujarin, Lashevich y Evdokimov. Zinoviev, que redactó un sumario de las opiniones expresadas en aquella Conferencia, en una carta dirigida a Stalin y entregada personalmente por él a su dilecto amigo Ordzhonikidze para transmitirla al destinatario, informó que:

"El camarada Stalin había contestado con un telegrama algo rudo, aunque en tono amistoso... Poco después llegó... y sostuvimos varias conversaciones. Por último, se decidió que no tocaríamos la Secretaría, pero, a fin de coordinar el trabajo de organización con las actividades políticas, situaríamos tres miembros del Politburó en el Orgburó. Esta idea, no muy práctica, fue del camarada Stalin, y la aceptamos. Los tres miembros del Politburó eran los camaradas Trotsky, Bujarin y yo. Asistí a las reuniones del Orgburó una o dos

veces, creo, y los camaradas de Trotsky y Bujarin no fueron una sola vez. Todo se quedó en nada..."

[En realidad, todo lo que el confiado Zinoviev tuvo que hacer, fue asistir a una o dos reuniones del Orgburó para convencerse de que nadie ajeno a la máquina de Stalin podía intentar "meter baza" allí: Trotsky y Bujarin tuvieron al menos la cautela y la imaginación de mantenerse a distancia.

[Entretanto, la situación revolucionaria en Alemania había llegado a un punto crítico. Pero los triunviros y sus aliados en el Politburó estaban aún muy ocupados socavando el prestigio del ultrapopular camarada Trotsky y apuñalándose entre ellos, para preocuparse en dedicar una ojeada superficial al supremo problema de la revolución mundial. Los camaradas alemanes recibieron continuas órdenes de manejar la palanca de la táctica del Frente Unido hasta el límite. Luego, Zinoviev convocó al Ejecutivo ampliado del Komintern en Moscú, y desde el 12 al 24 de junio los líderes del comunismo mundial estuvieron hablando de revolución.

[Las desesperadas masas alemanas (quince millones en las ciudades, siete millones en el campo) respaldaron a la Sección alemana del Komintern. Pero con Lenin paralítico y sin habla, y Trotsky incapacitado por la disciplina de partido y reducido políticamente a la impotencia por su aislamiento en el Politburó, los dirigentes del Komintern de Moscú nada tenían que decir a los líderes comunistas de Alemania. No circularon órdenes, y nada sucedió. Durante aquel nefasto mes de agosto de 1923, Stalin escribió las siguientes líneas a Zinoviev (entonces a la cabeza de la Internacional Comunista) y a Bujarin (considerado oficialmente como "el teórico principal del comunismo después de Lenin")]:

"¿Deben intentar los comunistas, en la ocasión presente, hacerse dueños del poder sin los socialdemócratas? ¿Están suficientemente maduros para ello? Esa es la cuestión, a juicio mío. Cuando nosotros ocupamos el poder, teníamos en Rusia, como reserva, los siguientes recursos: a) la promesa de paz; b) la consigna de "la tierra para los campesinos"; c) el apoyo de la gran mayoría de la clase trabajadora, y d) la simpatía del campesinado. En este momento, los comunistas alemanes nada tienen de eso. Naturalmente, cuentan por vecino con un país soviético, lo que nosotros no teníamos; pero, ¿qué podemos ofrecerles...? Si el Gobierno de Alemania se viniese ahora abajo, por decirlo así, y los comunistas tuvieran que hacerse cargo de él, terminarían en quiebra. Eso, en el mejor de los casos; en el peor, serían reducidos a fragmentos y desalojados. La cuestión en su conjunto no es que Brandler quiera "educar a las masas", sino que la burguesía, con los socialdemócratas de derecha, están en situación de convertir tales lecciones (la manifestación) en una batalla general (a los comunistas alemanes). Como es natural, los fascistas no se duermen; pero nos tiene cuenta esperar a que ataquen ellos. Así se agrupará toda la clase trabajadora en torno a los comunistas (Alemania no es Bulgaria). Por otra parte, toda nuestra información indica que en Alemania el fascismo es débil. A mi parecer, los alemanes necesitan freno más que espolearlos."

[Esta opinión del principal miembro del triunvirato y amo secreto del Partido Comunista de la Unión Soviética, era tanto como una orden a la dirección de la Internacional Comunista, que en tal sentido formuló sus instrucciones a la del Partido

Comunista alemán. Como todas estas declaraciones, era "secreta" y "confidencial", y por entonces no fue generalmente conocida. Trotsky, ignorante de la "opinión" particular de Stalin, pero mucho más consciente de la gravedad de la situación en Alemania, pidió que se fijase en seguida un plazo provisional elástico, de ocho a diez semanas, para desencadenar la insurrección en Alemania, y que los preparativos se comenzasen sin pérdida de tiempo. Pero la mayoría del Comité Central nada hacía sin contar con Stalin.

[Brandler, que fue a Moscú a primeros de septiembre en busca de consejo y ayuda, no pudo entrevistarse siquiera con los líderes de la revolución mundial. Después de ser remitido de un despacho a otro, día tras día y semana tras semana, pudo al fin agenciarse una oportunidad de exponer su conocimiento y su criterio sobre la situación en Alemania en presencia de Stalin y Zinoviev. El consejo que éstos dieron a Brandler fue de acuerdo con la decisión del Ejecutivo del Komintern de junio anterior: formar un Gobierno obrero participando en el Gobierno socialdemócrata de Sajonia. Al advertir que Brandler vacilaba, le dijeron que aquella maniobra era el mejor modo de preparar la insurrección. Stalin cortó todo ulterior argumento con una orden perentoria de colaborar inmediatamente, y Zinoviev, como jefe del Komintern, envió órdenes telegráficas al Partido Comunista sajón para que se incorporase al Gobierno socialdemócrata en el acto. Además, se le dijo a Brandler que entrase él mismo en el Gobierno. De este modo se le puso ante la alternativa de abandonar la dirección del Partido Comunista alemán, si no obedecía. Y se sometió.

[Los atropellados preparativos que comenzaron a fines de septiembre fueron lastimosamente impropios y mal conducidos. El Partido Comunista alemán había organizado destacamentos de combatientes, las llamadas centurias rojas, en cada centro comunista, y los mantenía preparados para el momento que se señalaría en una conferencia proyectada para el 21 de octubre en Chemnitz. La insurrección debía de comenzar en Sajonia. Si se desarrollaba de acuerdo con el plan, el Partido Comunista se encargaría de la dirección; en otro caso, el Partido declinaría toda responsabilidad, ocultándose tras la cortina de la aparente coalición con los socialdemócratas, con cuya ayuda tratarían de atajar la inevitable reacción.

[Era una maniobra típicamente estalinista. Así se había conducido en octubre de 1917 en Rusia, durante los debates en el Comité Central bolchevique, apoyando clandestinamente a Zinoviev y Kamenev, abiertamente opuestos a la insistencia de Lenin en la insurrección, mientras vigilaba atentamente para ver quién quedaba encima. En Rusia no tuvo importancia su postura para el desenlace de la insurrección, porque no estaba a su cuidado prepararla. Pero en la situación de Alemania en 1923 era él el supremo patrón.

[Cuando en la Conferencia de Chemnitz de 21 de octubre los socialdemócratas sajones echaron abajo la propuesta de Brandler a favor de una huelga general y una insurrección armada, Brandler dio la única consigna que podía dar de acuerdo con las instrucciones recibidas de Stalin y Zinoviev: revocar la revolución. Pero aquélla no era la primera vez que se aplazaba una revolución en Alemania después de haberla preconizado. Y no puede esperarse que un partido revolucionario a quien se refrena para que no actúe, responda indefinidamente con la regularidad de un grifo de agua. Dos días después de la orden de negativa de Chemnitz, la insurrección de Hamburgo. Todo en vano. Los combatientes estaban sin jefes y sin objetivo. El levantamiento se extinguió. Lo que pudo

ser una revolución se quedó en aventura insensata y de Stalin, en el palenque internacional, su primer ensayo general de la primera capitulación ante Hitler en 1933.

[El fracaso alemán tuvo inmediata repercusión en el Partido Comunista de la Unión Soviética. Los comunistas estaban desconcertados; muchos de ellos insistían en que hacía falta algo más que una simple toma de razón por los dirigentes del Partido, y reclamaban que se ventilaran los problemas en abierta discusión. Su primera petición fue, por consiguiente, la de que se restableciera el derecho de formar agrupaciones dentro del Partido, abolido por el X Congreso en 1921 durante los días críticos de la rebelión de Kronstadt. El descontento ante el dominio del triunvirato haría estado fermentando sin cesar desde el XII Congreso, y no se limitaba a los triunviros, sino que comprendía al Comité Central en su conjunto. Cuarenta y seis bolcheviques prominentes, entre ellos Pyatakov, Sapronov, Serebryakov, Preobrazhensky, Ossinsky, Drobnis y V. M. Smirnov, formularon una declaración en la que manifestaban, entre otros extremos:

"El régimen que se ha instituido en el Partido, es absolutamente intolerable. Destruye la iniciativa dentro del Partido; está remplazando el Partido por una máquina política... que funciona bastante bien cuando no hay dificultades, pero que inevitablemente falla en los momentos de crisis y amenaza con su total quiebra ante los graves acontecimientos que se avecinan. La situación presente se debe a que el régimen de dictadura faccional que se impuso objetivamente después del X Congreso ha sobrevivido a su inutilidad."

[Los cuarenta y seis no se quedaron satisfechos con los vanos amagos del Pleno de septiembre de "ampliar la democracia" en el Partido. Se organizaron mítines de protesta y agitación pública contra el régimen burocrático que se seguía, no sólo en instituciones soviéticas, sino incluso en las organizaciones del Partido.

[En un esfuerzo para catalizar este creciente movimiento de protesta, que amenazaba con degenerar en una oposición conjunta de la izquierda, Zinoviev, en representación del triunvirato, publicó en el número de Pravda de 7 de noviembre, dedicado al VII aniversario de la Revolución bolchevique, un artículo que legalizaba la discusión, proclamando la existencia de "democracia obrera" dentro del Partido. Al mismo tiempo, por negociaciones entre los dirigentes más destacados, se llegó por último a una resolución bosquejada en el Politburó y adoptada por el Comité Central el 5 de diciembre de 1923, en la que se condenaban calamidades tales como la burocracia, los privilegios especiales y otras parecidas y se prometía solemnemente restaurar el derecho de crítica e investigación y proveer todos los cargos mediante elecciones honradas. Trotsky, que había estado enfermo desde primeros de noviembre y por ello imposibilitado de participar en la discusión general, puso en el citado acuerdo su firma con la de los demás miembros del Politburó y del Comité Central.

[La lucha en las alturas duraba ya cerca de dos años tan en secreto que el Partido en conjunto nada sabía de ella, y todos, aparte un puñado de iniciados de confianza, miraban a Trotsky como un decidido y leal sostenedor del régimen imperante. Por eso decidió añadir a su firma en la resolución del Comité Central de 5 de diciembre una declaración de su propia actitud, en la que francamente exponía sus dudas respecto a los peligros de la

burocracia, a las posibilidades de degeneración política del movimiento bolchevique, y aconsejaba a la juventud que arremetiera contra la obediencia pasiva, el arribismo y el servilismo, y deducía la explícita conclusión de que el nuevo rumbo trazado en el acuerdo del Comité Central de 5 de diciembre debía conducir ante todo a la general seguridad de que "en adelante nadie había de aterrorizar al Partido".

[La carta levantó una tempestad de furor entre los conspicuos. El más enojado de todos era Zinoviev, que, como, Bujarin reveló en el curso de una contienda de facciones cuatro años después, insistía en que se detuviera a Trotsky por la "traición" implícita en su carta del "nuevo rumbo". Además, aunque la discusión había sido autorizada oficialmente, la Comisión Central de Control actuó con máxima diligencia. Así lo hizo también la máquina política íntegra del secretario general y triunviro mayor. La XIII Conferencia del Partido, reunida del 16 al 18 de enero de 1924, para planear el inmediato XIII Congreso del Partido que había de celebrarse en mayo, adoptó una resolución, a base del informe de Stalin, que condenaba la discusión pro democracia y la intervención de Trotsky con las siguientes palabras:

"La oposición acaudillada por Trotsky exhibió la consigna de destruir el aparato del Partido e intentó transferir el centro de gravedad de la lucha contra la burocracia en el aparato del Estado a la lucha contra la "burocracia" en el aparato del Partido. Una crítica tan infundada, y el claro propósito de desacreditar el aparato del Partido, hablando en términos objetivos, no tiene otra finalidad que la de emancipar el aparato del Estado de la influencia del Partido..."

Y que aquello era, naturalmente, una "desviación pequeñoburguesa". Finalmente, el Politburó ordenó al doliente Trotsky que fuese a hacer una cura en el Cáucaso. Era un modo cortés (en razón de su popularidad estaban obligados a tratarle con moderación) de desterrarle del centro político por el momento. Apenas llegado al Cáucaso, Trotsky recibió un telegrama de Stalin participándole que Lenin, cuya salud había mejorado últimamente, acababa de morir de improviso.]

Políticamente, Stalin y yo hemos estado mucho tiempo en campos opuestos e irreconciliables. Pero en ciertos círculos se ha hecho cosa corriente hablar de mi "odio" a Stalin y suponer a priori que todo lo que yo escribía, no sólo acerca del dictador moscovita, sino de la U.R.S.S. también, está inspirado por tal sentimiento. Durante mi actual destierro de más de diez años, los agentes literarios del Kremlin se han excusado sistemáticamente de la necesidad de contestar en forma adecuada a lo que escribo sobre la Unión Soviética, aludiendo con habilidad a mi "odio" a Stalin. El difunto Freud no tenía en la menor estima este género barato de psicoanálisis. El odio es, después de todo, una especie de vínculo personal. Pero Stalin y yo hemos estado separados por sucesos tan terribles, que han consumido en llamas y reducido a cenizas todo lo personal, sin dejar el menor residuo. En el odio hay cierto elemento de envidia. Ahora bien, para mí, pienso y siento que la exaltación sin precedentes de Stalin representa el hundimiento más profundo. Stalin es mi enemigo. Pero también Hitler lo es, y Mussolini, y otros muchos. Hoy alimento tan poco odio hacia Stalin como hacia Hitler, Franco o el Mikado. Por encima de todo trate, de

comprenderlos, a fin de estar mejor pertrechado para combatirlos. En términos generales, cuando se trata de asuntos de importancia histórica, el odio personal es un sentimiento minúsculo y despreciable. No solamente degrada, sino que ciega. Pero a la luz de acontecimientos recientes en el palenque mundial y en la U.R.S.S., incluso muchos de mis adversarios están ya convencidos de que yo no estaba tan ciego; aquellas de mis predicciones que parecían menos probables han resultado certeras.

Estas líneas de introducción en mi defensa son tanto más necesarias cuanto que me aproximo a tratar un tema muy espinoso. He tratado de ofrecer una semblanza general de Stalin basada en la observación directa y en un minucioso estudio de su biografía. No niego que el retrato resultante es sombrío y hasta siniestro. Pero desafío a cualquiera que extraiga otra figura más humana de estos hechos que han escandalizado la imaginación de la Humanidad en el curso de estos últimos años: las depuraciones en masa, las inauditas acusaciones, los juicios fantásticos, el exterminio de toda una generación revolucionaria y, finalmente, las más recientes maniobras en el campo internacional. Ahora me dispongo a aducir unos pocos hechos bastante anómalos, guarnecidos de ciertas dudas y sospechas, de la historia de cómo un revolucionario provinciano se convirtió en dictador de un gran país. Estas dudas y sospechas no han llegado hasta mí plenamente desarrolladas. Han madurado lentamente, y cuando se me ocurrieron en otro tiempo, las apartaba a un lado como producto de una excesiva desconfianza. Pero los juicios de Moscú (que revelaron una infernal colmena de intrigas, falsificaciones, invenciones, envenenamientos subrepticios y asesinatos tras la figura del dictador del Kremlin) han proyectado una claridad siniestra sobre los años pasados. Comencé entonces a preguntarme con creciente insistencia: ¿Cuál fue la actuación efectiva de Stalin en la época de la muerte de Lenin? ¿No hizo algo el discípulo para acelerar la muerte de su maestro?

Me doy cuenta, más que nadie, de 1ª monstruosidad de tal sospecha. Pero no puedo remediarlo, ya que se desprende de las circunstancias, de los hechos y del carácter mismo de Stalin. En 1922, el aprensivo Lenin había advertido: "Este cocinero no prepara más que platos cargados de pimienta." De hecho resultaron, más que cargados de pimienta, venenosos, y no sólo en metáfora, sino en realidad. Hace dos años escribí por primera vez sobre hechos que en su tiempo (1923-24) sólo conocieron siete u ocho personas, en parte, además. De este número, aparte de mí, únicamente Stalin y Molotov continúan en el mundo de los vivos. Pero estos dos (aun concediendo que Molotov estuviese entre los iniciados, de lo cual no estoy seguro) no tienen motivos para confesar lo que voy a decir ahora. Debo añadir que todos los hechos que menciono, toda referencia o cita, puede comprobarse consultando publicaciones oficiales del Soviet o documentos que constan en mis archivos. Tuve ocasión de informar de palabra y por escrito ante la Comisión del doctor John Dewey que investigó los juicios de Moscú, y jamás se han impugnado uno solo de los documentos que exhibí por centenares.

La iconografía, rica en cantidad (nada decimos de su calidad), producida en estos últimos años, invariablemente presenta a Lenin en compañía de Stalin. Ambos están sentados uno al lado del otro, cambiando impresiones, y también miradas amistosas. La insistencia de este motivo, reiterado en pinturas, en esculturas, en la pantalla, obedece al deseo de hacer que la gente olvide el hecho de que el último período de la vida de Lenin

estuvo colmado de intenso antagonismo entre él y Stalin, que culminó en una total ruptura. Tampoco había entonces nada personal en la hostilidad de Lenin hacia Stalin. Indudablemente apreciaba mucho ciertos rasgos de carácter de Stalin, su firmeza, su perseverancia, e incluso su rudeza y disimulo, atributos indispensables en la lucha y, por lo tanto, también en el cuartel general del Partido. Pero con el tiempo, Stalin se aprovechaba cada vez más de las oportunidades que su cargo le brindaba para reclutar gente que le fuese afecta y para tomar venganza sobre sus adversarios. Al ser designado en 1919 para ocupar el Comisariado Popular de Inspección, Stalin lo convirtió gradualmente en un instrumento de favoritismo e intrigas. Transformó la Secretaría general del Partido en un manantial inagotable de mercedes y dispensas. Del mismo modo abusó con fines personales de su condición de miembro del Orgburó y del Politburó. En todas sus acciones podía discernirse un móvil personal. Poco a poco, Lenin se convenció de que ciertas características de Stalin, multiplicadas por la máquina política, eran francamente dañosas para el Partido. De ahí surgió su decisión de apartar a Stalin de la máquina y transformarle así en un miembro de base del Comité Central. En la U.R.S.S. de hoy, las cartas que Lenin escribió por entonces son de lo más "tabú" en materia de documentos. Afortunadamente, hay varias de ellas en mis archivos, en copia o en fotografía, y algunas ya se han publicado.

La salud de Lenin empeoró de repente hacia el final de 1921. El primer acceso se presentó en mayo del año siguiente. Durante dos meses no pudo moverse, ni habían, ni escribir. A partir de julio comenzó a recuperarse lentamente. En octubre regresó del campo al Kremlin y reanudó sus tareas. Fue grande su sorpresa ante el desarrollo que observó de burocracia, arbitrariedad e intrigas de las instituciones del Partido y del Gobierno. En diciembre abrió el fuego contra los procedimientos de Stalin en materia de política de nacionalidades, especialmente contra los utilizados en Georgia, donde la autoridad del secretario general era objeto de abierta hostilidad. Se pronunció en contra de Stalin en la cuestión del monopolio del comercio extranjero, y para el próximo Congreso del Partido estaba preparando con sus secretarias un discurso que, según sus propias palabras, iba a ser "una bomba para Stalin". El 23 de enero, con gran consternación del secretario general, propuso como proyecto organizar una Comisión de Control de trabajadores que pusiera coto al poder de la burocracia. "Hablemos francamente -escribía Lenin el 2 de marzo-; el Comisariado de Inspección no goza hoy de la más mínima autoridad... No hay peor institución entre las nuestras que el Comisariado Popular de Inspección...", y otras cosas análogas. A la cabeza de la Inspección estaba Stalin, quien demasiado comprendía de quién se hablaba en aquel escrito.

A mediados de diciembre de 1922, la salud de Lenin volvió a empeorar. Tuvo que mantenerse alejado de conferencias, limitando su contacto con el Comité Central a notas y telegramas. Stalin intentó al punto aprovecharse de esta situación, ocultando a Lenin buena parte de la información que se iba concentrando en la Secretaría del Partido. Se instituyeron medidas de aislamiento contra personas de la intimidad de Lenin. Krupskaia hizo cuanto pudo por sustraer al enfermo de las jugarretas hostiles de la Secretaría. Pero Lenin sabía hacer un cuadro completo de la situación a base de simples indicaciones dispersas y casi imperceptibles. "¡Preservadle de inquietudes!", insistían los médicos. Pero era más fácil decirlo que hacerlo. Encadenado a su lecho, aislado del mundo exterior, Lenin estaba encendido de alarma e indignación, Su principal motivo de preocupación era Stalin. La

conducta del secretario general se hizo más osada a medida que los pronósticos de los doctores sobre la enfermedad de Lenin iban siendo menos favorables. En aquellos días, Stalin estaba malhumorado, con la pipa firmemente sujeta entre los dientes, y una chispa siniestra en sus amarillentos ojos, limitando sus respuestas a un confuso gruñido. Veía su destino en la balanza, y se había propuesto salvar todos los obstáculos. Entonces fue cuando se produjo el rompimiento final entre él y Lenin.

El antiguo diplomático soviético Dimitrievsky, muy amigo de Stalin, habla de este dramático episodio tal y como se propaló entre quienes andaban alrededor del secretario general:

"Cuando Krupskaia, que le tenía harto con sus constantes molestias, le telefoneó una vez más desde el campo para pedirle cierta información, Stalin... la increpó desaforadamente. Krupskaia, llorando a lágrima viva, fue inmediatamente a quejarse a Lenin. Los nervios de éste, excitados ya hasta el límite por las intrigas, no pudieron resistir más. Krupskaia se apresuró a enviar a Stalin la carta de Lenin... "Pero ya conoces a Vladimiro Ilich -dijo Krupskaia con aire de triunfo a Kamenev-. Nunca se hubiera resuelto a romper con Stalin toda relación personal si no creyese necesario aplastarle políticamente."."

Es cierto que Krupskaia dijo esas palabras, pero no "con aire de triunfo"; por el contrario, aquella mujer tan sincera y sensible estaba terriblemente asustada e inquieta por lo que había pasado. No se "quejó" de Stalin; lejos de eso, en lo que pudo trató de interponerse para amortiguar el choque. Pero ante las insistentes preguntas de Lenin, no pudo referirle más que lo que el secretario general le dijera, Stalin había callado los asuntos más principales. La carta del rompimiento, o, mejor dicho, la nota de breves líneas dictadas el 6 de marzo a una taquígrafa de confianza, expresaba secamente la ruptura de "toda relación personal y de camarada con Stalin". Aquella nota, el último documento que sobrevive de Lenin, es a la vez el compendio final de sus relaciones con Stalin. Luego sobrevino el acceso más violento de todos, y la pérdida del habla.

Un año después, cuando Lenin estaba ya embalsamado en su mausoleo, la responsabilidad de la ruptura, según deja apreciar claramente el relato de Dimitrievsky, se atribuyó abiertamente a Krupskaia. Stalin la acusó de "intrigar" en contra suya. El famoso Yaroslavsky, que solía ocuparse de los encargos turbios de Stalin, dijo en julio de 1926, en una reunión del Comité Central: "Cayeron tan bajo, que se atrevieron a ir a Lenin, enfermo, quejándose de que Stalin los había insultado. ¡Qué vergüenza, complicar la política en cosas tan importantes con asuntos personales!" El "ellos" se refiere a Krupskaia. Esta fue vengativamente castigada por los agravios que Lenin había hecho a Stalin. Por su parte, la viuda me refirió la honda desconfianza que Stalin inspiró a Lenin en la última época de su vida, "Volodya decía: "ése (Krupskaia no le citaba por su nombre, sino que señalaba con la cabeza hacia la habitación de Stalin) carece de la honradez más elemental, de la simple honradez humana...""

El llamado "testamento" de Lenin (esto es, su último informe sobre cómo organizar la dirección del Partido) fue escrito en dos veces, durante su segunda enfermedad, el 25 de diciembre cae 1922 y el 4 de enero de 1923. "Stalin, una vez nombrado secretario general -

dice el testamento-, ha concentrado en sus manos excesivo poder y no estoy seguro de que sepa usarlo siempre con suficiente prudencia." Diez días después, esta comedida fórmula le pareció insuficiente, v añadió en una posdata: "Propongo a los camaradas que vean el modo de apartar a Stalin de este puesto y colocar en su lugar a otro" que fuese "más leal, más cortés y más considerado con los camaradas, menos caprichoso, etc." Lenin trataba de expresar su juicio sobre Stalin del modo más inofensivo posible. Pero planteaba el tema de apartar a Stalin del puesto que podría hacerle poderoso.

Después de todo cuanto había sucedido en los meses precedentes, el testamento no pudo ser una sorpresa para Stalin. No obstante, lo tomo como una terrible afrenta. Cuando leyó por primera vez el texto (que Krupskaia le había transmitido para el próximo Congreso del Partido) en presencia de su secretario Mejlis, más tarde jefe político del Ejército Rojo, y del destacado político soviético Syrtsov, que ulteriormente ha desaparecido de la escena, prorrumpió a propósito de Lenin en un lenguaje tan soez que revelaba sus verdaderos sentimientos hacia su "maestro" en aquellos días. Bazhanov, otro antiguo secretario de Stalin, ha descrito la sesión del Comité Central en que Kamenev dio a conocer el testamento: "Una terrible turbación paralizó a todos los presentes. Stalin, sentado en los peldaños de la tribuna presidencial, se sentía insignificante y angustiado. Yo le observaba de cerca: a pesar de su aplomo y su calma aparente, se veía bien que estaba en juego su suerte..." Radek, que estaba junto a mí en aquella memorable sesión, se inclinó hacia mí para decirme: "Ahora no se atreverán a ir contra ti." Pensaba al decir esto en los dos pasajes de la carta: uno, que me describía como "el hombre mejor dotado del actual Comité Central", y otro, que pedía la sustitución de Stalin a causa de su rudeza, su deslealtad y su propensión a abusar del poder. Yo repuse: "Al contrario, ahora tratarán de llegar al extremo, y además lo antes posible." En realidad, el testamento no sólo no acertó a liquidar la lucha interna, que era el deseo de Lenin, sino que más bien la intensificó hasta la fiebre. Stalin no podía dudar ya de que el retorno de Lenin a la actividad supondría la muerte política del secretario general; e inversamente, que sólo la muerte de Lenin despejaría el camino a Stalin.

Durante la segunda enfermedad de Lenin, hacia fines de febrero de 1923, en una reunión de los miembros del Politburó, Zinoviev, Kamenev y el autor de estas líneas, Stalin nos informó, antes de salir de la secretaría, que Lenin le había llamado de improviso pidiéndole un veneno. Lenin estaba desesperado por la pérdida del habla, consideraba su estado irremediable, preveía la proximidad de otro acceso y no tenía confianza en sus médicos, a quienes sin esfuerzo sorprendía en contradicciones. Su cerebro funcionaba perfectamente, y sufría de un modo intolerable. Yo pude seguir a diario el curso de su enfermedad por nuestro médico común, el doctor Guétier, que era también amigo de nuestra familia.

-¿Es posible, Fedor Alexandrovich, que esto sea el final? -le preguntábamos una y otra vez mi mujer y yo.

-No puede asegurarse. Vladimiro Ilich se restablecerá probablemente. Tiene una constitución sólida.

-¿Y sus facultades mentales?

-Fundamentalmente están intactas. Acaso algunas notas puedan perder algo de su pureza anterior, pero el virtuoso lo seguirá siendo.

Continuamos en esta esperanza. Pero ahora me encontraba de repente con la inesperada novedad de que Lenin, que parecía la auténtica encarnación del afán de vivir, trataba de envenenarse. ¡Qué mal se sentiría por dentro!

Recuerdo cuán enigmático, extraordinario y fuera de tono con las circunstancias me pareció el semblante de Stalin. La petición que nos refería era trágica; y, sin embargo, en su cara, como en una máscara, se dibujaba una malsana sonrisa. No era cosa nueva para nosotros el desacuerdo entre la expresión de su rostro y sus palabras, pero aquella vez resultaba francamente insufrible. El horror del lance aumentaba por la reticencia de Stalin, que parecía reservarse su opinión sobre el deseo de Lenin como esperando a saber lo que los demás pensaban; ¿era su propósito captar los matices de nuestra reacción ante el caso, sin soltar prenda, o tenía ciertas ocultas ideas propias...? Veo ante mí al pálido y silencioso Kamenev, que amaba sinceramente a Lenin, y a Zinoviev, aturdido, como siempre en momentos difíciles. ¿Estaban ellos enterados de la petición de Lenin desde antes de empezar la reunión, o se la había reservado Stalin para sorprender a sus aliados del triunvirato a la vez que a mí?

-¡Naturalmente, no hay que pensar siquiera en hacerle caso! -exclamé-. Guétier no ha perdido la esperanza. Lenin puede restablecerse aún.

-Ya se lo he dicho -repuso Stalin, no sin un dejo de fastidio-. Pero no quiere atenerse a razones. El viejo está sufriendo. Dice que quiere tener un veneno a mano... para no usarlo sino cuando esté convencido de que su mal no tiene remedio.

-De todos modos, no hay que pensar en ello -insistí, esta vez apoyado por Zinoviev, según creo-. Puede ceder a una tentación pasajera y hacer un disparate irrevocable.

-El viejo está sufriendo -repitió Stalin, mirando vagamente por encima de nosotros, y, como antes, procurando no comprometerse.

Seguramente pensaba en algo paralelo a la conversación, pero no en cabal consonancia con ella.

Es posible, desde luego, que los acontecimientos posteriores hayan influido en ciertos detalles de mis recuerdos, aunque, por regla general, he aprendido a confiar en mi memoria. De todos modos, este episodio es de los que dejan en la conciencia, para siempre, una huella indeleble. Además, al volver a casa se lo conté a mi mujer con todo detalle. Y desde entonces, siempre que mentalmente evoco aquella escena, no puedo menos de repetirme: la conducta de Stalin, toda su actitud era desconcertante y siniestra. ¿Qué es lo que quiere? ¿Y por qué no deja su careta esa insidiosa sonrisa...? No se votó nada, pues no se trataba de una conferencia formal, pero nos separamos con la implícita inteligencia de que no se podía pensar siquiera en facilitar un veneno a Lenin.

Aquí surge naturalmente la cuestión: ¿Cómo y por qué Lenin, que a la sazón desconfiaba muchísimo de Stalin, hubo de dirigirse a éste con una petición que por su índole misma presuponía el grado sumo de confianza personal? Apenas un mes antes de hacerle este encargo, Lenin había escrito su despiadada posdata al testamento. Pocos días

después de habérselo hecho, rompió con él toda relación personal. El mismo Stalin no podía menos de haberse planteado la pregunta de por qué se dirigía Lenin a él y no a otro cualquiera. La respuesta es fácil. Lenin veía en Stalin al único hombre que accedería a su trágica pretensión, por estar interesado en hacerlo. Con su infalible instinto, el enfermo se imaginaba lo que estaba ocurriendo en el Kremlin y fuera de sus paredes, y lo que realmente pensaba Stalin de él. Lenin no tenía necesidad de repasar la lista de sus camaradas para decirse que, salvo Stalin, ninguno de ellos le haría aquel "favor". Al mismo tiempo, es posible que tratara de probarle, de ver con qué celo era capaz de aprovecharse de aquella oportunidad el cocinero de los platos cargados de pimienta. En aquellos días no sólo pensaba en la muerte, sino también en el destino de Partido. El nervio revolucionario de Lenin fue indudablemente el único que se rindió a la ineluctable deidad.

Siendo muy joven, en la cárcel, Koba solía incitar a escondidas a los exaltados caucásicos contra sus adversarios, dando así origen a reyertas y en alguna ocasión hasta a un homicidio. A medida que pasaron los años, perfeccionó su técnica. La máquina política monopolizadora del Partido, combinada con la máquina totalitaria del Estado, abrieron para él posibilidades que ni siquiera predecesores suyos tales como César Borgia hubiesen podido soñar. El despacho en que los inquisidores de la OGPU practican sus minuciosos interrogatorios está conectado con un micrófono con el de Stalin. El invisible José Djugashvili, con su pipa en la boca, escucha ávidamente el diálogo bosquejado por él mismo, frotándose las manos y riendo sin ruido. Más de diez años antes de los famosos juicios de Moscú había confesado a Kamenev y a Dzerzhinsky, ante una botella de vino, una noche de verano, en la galería de un balneario estival, que su goce supremo en la vida era no perder de vista a un enemigo, prepararlo todo con minuciosidad, vengarse sin compasión, e irse a dormir satisfecho. ¡Más tarde se vengó a costa de toda una generación de bolcheviques! No hay por qué volver aquí a la tramoya de los juicios de Moscú. La sentencia que se les impuso en su día fue a la vez autoritaria y minuciosa. Pero si se quiere comprender al verdadero Stalin a su conducta durante el período de la enfermedad y muerte de Lenin, es necesario verter luz sobre ciertos episodios de la última audiencia representada en marzo de 1938.

Un lugar especial en el banquillo de los acusados ocupaba Henry Yagoda, que había trabajado en la Checa y en la GPU durante dieciséis años, primero como ayudante principal y luego como jefe, siempre en íntimo contacto con el secretario general en calidad de auxiliar suyo de máxima confianza en la lucha de éste contra la oposición. El sistema de confesiones de crímenes jamás cometidos es obra de Yagoda, si no creación suya. En 1933, Stalin recompensó a Yagoda con la Orden de Lenin; en 1935, le elevó al rango de comisario general de Defensa del Estado, esto es, jefe de la Policía Política, dos días tan sólo después de haber sido elevado el inteligente Tujachevsky a la dignidad de mariscal del Ejército Rojo. En la persona de Yagoda se elevó a una nulidad que todos conocían y despreciaban. Los viejos revolucionarios deben de haber cambiado miradas de indignación. Incluso en el condescendiente Politburó se hizo intención de oponerse a ello. Pero algún secreto ligaba a Stalin con Yagoda, al parecer, con carácter de permanencia. El misterioso vínculo fue revelado también misteriosamente. Durante la gran "purga", Stalin decidió

liquidar asimismo a su cómplice, que sabía demasiado. En abril de 1938, Yagoda fue arrestado. Como siempre, así Stalin aseguraba varias ventajas suplementarias: por la promesa de un perdón, Yagoda se declaraba en la vista culpable personal de crímenes que la murmuración había atribuido a Stalin. Naturalmente, la promesa no se cumplió. Yagoda fue ejecutado, para probar así mejor que Stalin es irreconciliable en materia de ley y de moral.

Pero en aquel juicio se hicieron públicas circunstancias sumamente esclarecedoras. De acuerdo con el testimonio de su secretario y confidente, Bulnanov, Yagoda tenía una caja especial de venenos, de la cual extraía siempre que hacía falta preciosos frasquitos que confiaba a sus agentes con instrucciones apropiadas. El jefe de la OGPU, antiguo farmacéutico, se interesaba sobremanera por los venenos. Tenía a su disposición a varios toxicólogos, para los cuales organizó un laboratorio especial, proveyéndoles de medios sin límite ni control. Es, desde luego, imposible que Yagoda pudiese montar tal empresa para sus propias necesidades personales. Lejos de eso, en aquella ocasión, como en otras, estaba desempeñando sus funciones oficiales. Como envenenador, era simplemente instrumentum regni, como el viejo Locusta en la corte de Nerón, ¡con la diferencia que había sobrepasado en mucho a su ignorante predecesor en materia de técnica!

Junto a Yagoda, en el banquillo de los acusados, se sentaban cuatro médicos del Kremlin, acusados de la muerte de Máximo Gorki y de dos ministros del Gobierno soviético. "Confieso que... receté medicamentos inadecuados para la enfermedad del caso..." Así, "Yo fui el responsable de la muerte prematura de Máximo Gorki y de Kuibyschev". Durante los días de la vista, con su fondo básico de falsedad, las acusaciones, como las confesiones de haber envenenado al anciano y achacoso escritor, me parecían fantasmagóricas. Información posterior y un análisis más detenido de las circunstancias, me indujeron a cambiar de opinión. No todo en las actuaciones era mentira. Había allí envenenados y envenenadores. No todos los envenenadores estaban en el banquillo de los acusados. El envenenador principal dirigía la audiencia por teléfono.

Gorki nunca fue conspirador ni político. Era un viejo bondadoso, defensor del agraviado, un protestante sentimental. Tal fue su papel durante los primeros días de la Revolución de octubre. En el curso de los dos primeros planes quinquenales, el hambre, el descontento y las represiones alcanzaron el límite máximo. Los cortesanos protestaron. Incluso protestó la esposa de Stalin, Alliluyeva. En aquella atmósfera, Gorki constituía una seria amenaza. Mantenía correspondencia con escritores europeos, era visitado por extranjeros, los oprimidos se quejaban a él, y el escritor, por su parte, moldeaba la opinión pública. Pero lo más importante es que hubiera sido imposible obtener su aquiescencia al exterminio, que entonces se preparaba, de los antiguos bolcheviques, a quienes había conocido íntimamente durante muchos años. La protesta pública de Gorki contra las celadas habría roto inmediatamente el encanto hipnótico de la justicia de Stalin ante los ojos de todo el mundo.

No había manera de hacerle permanecer callado. Y menos posible aún era detenerle, desterrarle o fusilarle. La idea de acelerar la liquidación del doliente Gorki por medio de Yagoda, "sin sangre", debió de parecer al amo del Kremlin el único modo de salir de aquella situación. La mente de Stalin está constituida de tal modo que tales decisiones se le

ocurren por impacto de reflejos. Habiendo aceptado el encargo, Yagoda se confió a sus médicos "particulares". No aventuraba nada. Negarse, de acuerdo con las propias palabras del doctor Levin, "hubiera conjurado la ruina para mí y para mi familia". Además, "no hay modo de escapar de Yagoda. Es un hombre que no se detiene ante nada. Os encontraría aunque os escondieseis bajo tierra".

Pero, ¿por qué no se quejaron los poderosos y respetados médicos del Kremlin a los miembros del Gobierno, a quienes todos ellos conocían por ser pacientes suyos? Sólo entre la clientela del doctor Levin figuraban veinticuatro funcionarios de la máxima categoría, incluso miembros del Politburó y del Consejo de Comisarios del Pueblo. La respuesta es que el doctor Levin, como cualquiera que viviese en el Kremlin o en sus alrededores, sabía perfectamente a quién servía Yagoda. El doctor Levin se sometió a Yagoda porque no tenía poder para resistir a Stalin.

En cuanto al descontento de Gorki, sus deseos de ir al extranjero, la negativa de Stalin a facilitarle un pasaporte para que saliera del país..., todo ello era conocido en Moscú de todo el mundo, y constituía la comidilla general. Las sospechas de que Stalin había ayudado de algún modo a las fuerzas destructivas de la Naturaleza brotaron inmediatamente después de la muerte del gran escritor. Una tarea concomitante del juicio contra Yagoda era desvanecer tales sospechas respecto a Stalin. De ahí las repetidas declaraciones de Yagoda, los médicos y los otros acusados de que Gorki era "íntimo amigo de Stalin", "persona de confianza", "stalinista", enteramente conforme con la política del "líder", y que hablaba "con entusiasmo excepcional" de la misión de Stalin. Si sólo una mitad de todo aquello hubiera sido cierto, Yagoda no se hubiera atrevido a matar a Gorki, y menos se habría arriesgado a confiar tal proyecto a un médico del Kremlin, que le hubiese podido hundir con sólo telefonear a Stalin.

Aquí hay un simple "detalle" extraído de una causa nada más. Hubo varios y muchísimos "detalles". Todos ellos llevaban la marca imborrable de Stalin. La faena es básicamente suya. Dando paseos por su despacho, analiza minuciosamente planes para reducir a quienquiera que le disguste al grado máximo de humillación, para fraguar denuncias contra sus más allegados para traicionarse del modo más horrible a sí mismo. Para el que resiste, a pesar de todo, siempre queda una redomita. Sólo Yagoda ha desaparecido, su caja de venenos perdura.

En el juicio de 1938, Stalin acusa a Bujarin, como de pasada, de haber preparado en 1918 un atentado contra la vida de Lenin. El cándido y fogoso Bujarin veneraba a Lenin, le amaba como un niño ama a su madre, y cuando atrevidamente polemizaba con él no lo hacía sino de rodillas. Bujarin, "blanco como la cera", para usar la expresión del mismo Lenin, no tenía ni podía tener designios de ambición personal. Si en aquellos tiempos alguien hubiera vaticinado que llegaría una ocasión en que Bujarin se viera acusado de atentar contra la vida de Lenin, cada uno de nosotros, y Lenin el primero, se hubiera echado a reír, aconsejando llevar a semejante profeta a un manicomio. ¿Por qué, entonces, recurrió Stalin a una acusación tan notoriamente absurda? Lo más probable es que ésta fuese su respuesta a las sospechas de Bujarin, imprudentemente expresadas, con referencia al mismo Stalin. En general, todas las acusaciones están cortadas por el mismo patrón. Los elementos básicos de las asechanzas de Stalin no son productos de la pura fantasía; se derivan de la

realidad; en su mayor parte, de las acciones y designios del propio jefe de cocina amigo de la pimienta. El mismo "reflejo de Stalin" ofensivo-defensivo, tan claramente revelado en el caso de la muerte de Gorki, desarrolló toda su intensidad en la cuestión de la muerte de Lenin también. En el primer episodio, Yagoda pagó con la vida; en el segundo, Bujarin.

Me imagino el curso de los hechos aproximadamente como sigue: Lenin pidió un veneno a fines de febrero de 1923. A principios de marzo estaba de nuevo paralítico. El pronóstico facultativo por entonces fue reservadamente desfavorable. Sintiéndose más seguro, Stalin comenzó a proceder como si Lenin ya no viviese. Pero el enfermo le defraudó. Su vigoroso organismo, sostenido por su voluntad inflexible, se impuso. Hacia el invierno, Lenin comenzó a mejorar lentamente, a andar con más libertad de un lado para otro; escuchaba la lectura y él mismo leía; el habla se reafirmaba. El parecer de los médicos era cada vez más halagüeño. El restablecimiento de Lenin no hubiera podido impedir, naturalmente, que la Revolución quedase suplantada por la reacción burocrática. Krupskaia tenía buenos motivos para decir en el año 1926: "Si Volodya estuviese vivo, se hallaría encerrado."

Para el propio Stalin no se trataba del curso general de los sucesos, sino de su propio destino; o se las arreglaba para convertirse aquel mismo día en señor de la máquina política, y en consecuencia del Partido y del país, o acabaría desempeñando un papel de tercer orden para el resto de su vida. Stalin iba tras el poder, íntegro, a costa de lo que fuese. Ya lo tenía casi en sus manos. La meta estaba próxima, pero el peligro que Lenin significaba ganaba aún más terreno. En aquel momento Stalin resolvió indudablemente que era hora de actuar sin dilación. Tenía en todas partes cómplices cuya suerte pendía de la suya propia. A su lado estaba el farmacéutico Yagoda. No sé de cierto si Stalin envió a Lenin el veneno con la insinuación de que los médicos habían perdido toda esperanza de que se curara, o si recurrió a métodos más directos; pero estoy convencido de que Stalin no hubiera podido aguardar pasivamente cuando su destino pendía de un hilo y la decisión no requería más que un levísimo ademán de su parte.

Poco tiempo después de mediados de enero de 1924, salí para Sujum, en el Cáucaso, con idea de librarme de una pertinaz y misteriosa infección, cuya índole sigue aún siendo un misterio para mis médicos: La noticia de la muerte de Lenin me pilló en el camino. Según una versión difundida, yo perdí autoridad por no haber estado presente en los funerales de Lenin. Esta explicación apenas puede tomarse en consideración. Pero el hecho de mi ausencia en las ceremonias fúnebres despertó en muchos de mis amigos serias sospechas. En la carta de mi hijo mayor, que por entonces tenía dieciocho años, había una nota de juvenil desencanto: ¡tenía que haber estado a cualquier precio! También eran ésas mis intenciones. El telegrama cifrado relativo a la muerte de Lenin nos encontró a mi mujer y a mí en la estación ferroviaria de Tiflis. Inmediatamente envié una nota en cifra por hilo directo al Kremlin: "Creo necesario mi regreso a Moscú. ¿Cuándo son los funerales?" La respuesta de Moscú tardó cosa de una hora. "Los funerales se celebrarán el sábado. No podrás volver a tiempo. El Politburó opina que, en vista de tu estado de salud, debes seguir hasta Sujum. Stalin." No pensé que fuera pertinente solicitar que se aplazara la ceremonia por causa mía. Pero en Sujum, postrado entre sábanas en la galería de un sanatorio, me enteré de que el funeral se había aplazado hasta el domingo. Las circunstancias

relacionadas con el primer señalamiento y la ulterior demora de la fecha del entierro son tan confusas que no pueden aclararse en unas líneas. Stalin maniobró, engañando no sólo a mí, a lo que parece, sino también a sus aliados del triunvirato. A diferencia de Zinoviev, que en todo consideraba el aspecto de su eficacia inmediata como agitación, Stalin se guiaba en sus arriesgadas maniobras por móviles no tangibles. Es posible que pensara en la posibilidad de que yo asociase el fallecimiento de Lenin con la conversación del año anterior a propósito del veneno, preguntase a los médicos si podía haber habido envenenamiento y solicitase una autopsia especial. Era, pues, mucho mejor en todos sentidos mantenerme lejos hasta que embalsamaran el cadáver, quemaran las vísceras y ya no fuese posible un examen ulterior inspirado en tales sospechas.

Cuando pregunté a los médicos de Moscú cuál fue la causa inmediata de la muerte de Lenin, que aquellos no esperaban, no acertaron a explicársela. No molesté a Krupskaia, que me había escrito una carta muy afectuosa a Sujum, con preguntas sobre el particular. No reanudé relaciones personales con Zinoviev y Kamenev hasta dos años después, cuando ellos rompieron con Stalin. Evidentemente, evitaron toda conversación a propósito del fallecimiento de Lenin, contestándome con monosílabos y sin sostener la mirada. ¿Sabían algo, o sólo tenían sospechas? De todos modos, habían estado en tan íntimo trato con Stalin durante los tres años precedentes que no podían menos de sentirse cohibidos por la idea de que cayese sobre ellos también una sombra de recelo.

Los nombres de Nerón y de César Borgia se han mencionado más de una vez con motivo de la causa de Moscú y de los últimos acontecimientos internacionales. Puesto que se han evocado estos viejos espectros, me parece pertinente hablar aquí de un super Nerón y un super Borgia, pues parecen modestos, casi ingenuos, los crímenes de aquella era en comparación con las hazañas de nuestros tiempos. Sin embargo, es posible discernir un significado histórico más profundo en analogías puramente personales. Las costumbres del decadente Imperio romano se formaron durante la transición de la esclavitud a la servidumbre, del paganismo al cristianismo. La época del Renacimiento marcó la transición de la sociedad feudal a la sociedad burguesa, del catolicismo al protestantismo y al liberalismo. En ambos casos, la moralidad antigua llegó a extinguirse antes de que la nueva se formara.

Ahora también vivimos en una época de tránsito de un sistema a otro, en una época de máxima crisis social, que va acompañada, como siempre, de una crisis moral. Lo viejo se ha conmovido hasta en sus cimientos. Lo nuevo apenas ha comenzado a emerger. Cuando el techo se ha desprendido, y se han desencajado puertas y ventanas, la casa no abriga, y es duro vivir en ella. Hoy soplan violentas ráfagas por todo nuestro planeta. Todos los tradicionales principios de moral están cada vez peor, no sólo aquellos que emanan de Stalin.

Sin embargo, una explicación histórica no es una justificación. Nerón fue también un producto de su época; pero cuando pereció se destruyeron sus estatuas, y su nombre fue borrado de todas partes. La venganza de la Historia es más terrible que la del más poderoso secretario general. Me atrevo a decir que esto es consolador.

SUPLEMENTO I
LA REACCIÓN TERMIDÓRICA

Tras del prodigioso esfuerzo de la Revolución y la guerra civil se inició una reacción política. [ésta fue fundamentalmente distinta de una manifestación social paralela en países no soviéticos.] La reacción era contra la guerra [imperialista] y los que habían dirigido [aquella caprichosa y más que inútil matanza, decididamente] impopular [incluso en los países "victoriosos"]. En Inglaterra se alzó ante todo contra Lloyd George, a quien enviaron al ostracismo. Clemenceau en Francia [y Wilson en Estados Unidos] sufrieron análoga suerte.

La enorme diferencia de sentimientos de las masas después de una guerra imperialista y una guerra civil era natural. En Rusia, obreros y campesinos estaban saturados de la certeza de que se ventilaban sus propios intereses y de que la guerra era, en un sentido muy directo, su guerra. La satisfacción por la victoria era muy grande, y grande también en proporción la popularidad de quienes habían contribuido a terminarla. [Al mismo tiempo era necesario darle el golpe de gracia, volver por fin a las tareas civiles, a restablecer los procesos normales y pacíficos encaminados a satisfacer necesidades humanas. El propio heroísmo se había hecho cosa baladí y el pueblo estaba harto de los horrores inherentes a él.]

[Aunque no dirigido contra los jefes de la guerra civil, este imponente afán de paz volvía los ojos hacia aquellos encargados de cuestiones tan fastidiosas como el racionamiento de víveres, la vivienda y la colocación en buenos empleos con la mayor retribución posible. Stalin y otros como él, cuya misión en la guerra civil había sido secundaria, se destacaron entonces, poniéndose a la cabeza del movimiento de transición, tácito, pero potente, de la guerra a la paz, del sacrificio a la prosperidad. Este sesgo no ejerció un efecto tan fuerte sobre la juventud y las masas en general (las más expuestas durante la guerra civil) como sobre las personas de mediana edad, con crecientes responsabilidades familiares, y sobre los afortunados que contaban con empleo permanente en las actividades civiles. Pero ello no quiere decir que no fuese fuerte y extenso.]

Los tres años de guerra civil dejaron una huella indeleble en el propio Gobierno soviético en virtud del hecho de que muchísimos de los administradores, una capa considerable de ellos, se habían acostumbrado a mandar y a exigir incondicional sumisión a sus órdenes. Los teorizantes que intentan probar que el actual régimen totalitario de la U.R.S.S. proviene, no de tales condiciones históricas, sino de la propia naturaleza del bolchevismo, olvidan que la guerra civil no procedió de la naturaleza del bolchevismo, sino más bien de los esfuerzos de la burguesía rusa e internacional por derrumbar el régimen

soviético. No hay duda de que Stalin, como muchos otros, fue moldeado por el ambiente y las circunstancias de la guerra civil, a la vez que el grupo que andando el tiempo le ayudó a implantar su dictadura personal (Ordzhonikidze, Vorochilov, Kaganovich) y toda una capa de obreros y campesinos [elevados a la categoría de comandantes y administradores].

En 1923 comenzó a estabilizarse la situación. La guerra civil, como la sostenida contra Polonia, eran ya cosas del pasado. Se habían vencido las más horribles, consecuencias del hambre; la NEP había dado impulso a un resurgir vivificador de la economía nacional. El constante traslado de comunistas de un puesto a otro, de una esfera de actividad a otra, pasó pronto a ser excepción en vez de regla. Los comunistas empezaron a cubrir puestos permanentes, empleos que se consideraban suyos y conducían a otros más destacados a dominar en forma planificada las regiones o distritos de actividad económica y política confiados a su discreción administrativa. [Rápidamente iban convirtiéndose en funcionarios, en burócratas, conforme] la colocación de miembros y activistas del Partido adquiría un carácter más sistemático y regular. Ya no se consideraban las misiones como algo transitorio y casi fortuito. La cuestión de los destinos tuvo cada vez más relación con la del modo y condiciones de vida de la familia [del nombrado] y con su carrera.

Entonces fue cuando Stalin comenzó a sobresalir con creciente prominencia como organizador, dispensador de credenciales, tareas y empleos, preparador y monitor de la burocracia. Elegía a sus hombres de acuerdo con la hostilidad o indiferencia de éstos hacia sus adversarios y, particularmente, hacia quien en su concepto era el principal de todos ellos, el obstáculo capital de su ascensión a la cumbre. Stalin generalizó y clasificó su propia experiencia administrativa, en primer término la experiencia de intrigar de continuo tras la cortina, y la puso al alcance de los más íntimos asociados a él. Les enseñó a organizar sus máquinas políticas locales por el patrón de la suya propia; cómo reclutar colaboradores, cómo utilizar sus flaquezas, cómo enfrentar a unos camaradas con otros.

A medida que fue aumentando la vida burocrática, ésta engendró una creciente necesidad de bienestar. Stalin cabalgaba a la cabeza de este espontáneo movimiento hacia la comodidad humana, guiándolo y enderezándolo a sus propios designios. Recompensaba a los más leales con los empleos más atrayentes y ventajosos. él fijaba los límites de los beneficios que podían derivarse de tales puestos. Seleccionaba a los miembros de la Comisión de Control, instilando en muchos de ellos la necesidad de perseguir sin misericordia a los que disentían. Al mismo tiempo les enseñaba a mirar por entre les dedos pasar por alto el extravagante modo de vivir de los funcionarios leales al secretario general, pues Stalin medía toda situación, toda circunstancia política, toda combinación personal [por un solo rasero: utilidad] para él, para su lucha por el poder, para su inextinguible prurito de dominar a los otros.

Todo lo demás estaba intelectualmente fuera de su alcance. Impelía a dos de sus máximos competidores a una contienda. Convertía su talento para utilizar antagonistas personales y de grupo en verdadero arte, en un arte inimitable en el sentido de que en él se había desarrollado un instinto casi infalible para practicarlo. En cada nueva situación, su primera y principal consideración era cómo sacar partido de ella. Siempre que los intereses generales aparecían en conflicto con los suyos propios, sacrificaba sin excepción los primeros. En toda ocasión, con cualquier pretexto y sin tener en cuenta el resultado, hacía

cuanto le era posible por crear dificultades a sus competidores más destacados. Con la misma persistencia procuraba recompensar, todo acto de lealtad a su persona. Secretamente al principio, y luego con más descaro, la igualdad fue tildada de prejuicio pequeñoburgués. Salía en defensa de la injusticia, en defensa de los privilegios especiales para los burócratas de alta categoría.

En esta deliberada desmoralización, nunca se interesó Stalin por lejanas perspectivas, ni se detuvo a pensar en la trascendencia social de este proceso en que se había adjudicado el papel principal. Obraba entonces, como ahora, al modo del empírico que es. Elige a quienes le son leales, les recompensa; les ayuda a conseguir puestos privilegiados, pidiéndoles que renuncien a fines políticos personales. Les enseña a crear para ellos la maquinaria destinada a influir sobre las masas y mantenerlas sometidas. Nunca se para a considerar que su política va directamente contra la lucha en que puso cada vez más empeño Lenin durante el último año de su vida: la lucha contra la burocracia, pero siempre en os abstractos e inanimados. Piensa en la falta de atención, en el baduque, en el desaseo de las oficinas, etc., pero permanece sordo y ciego ante la formación de toda una casta privilegiada soldada por los lazos del honor de los ladrones, por su común interés [como explotadores privilegiados de toda la política de cuerpo] y por su incesante alejamiento del pueblo. Sin sospecharlo, Stalin está organizando no solo una nueva máquina política, sitio una nueva casta.

En la época de la discusión del Partido en el otoño de 1923, la organización de Moscú estaba dividida aproximadamente en dos mitades, con ligera ventaja de la oposición al principio. Sin embargo, las dos mitades no eran de igual fuerza en su [potencial] social. Al lado de la oposición estorba la juventud y una considerable parte de la base; pero al lado de Stalin y del Comité Central estaban en primer término todos los políticos especialmente ejercitados y disciplinados, más próximos a la máquina política del secretario general. Mi enfermedad, que me impidió tomar parte en la contienda, fue, lo reconozco, un factor de cierta entidad; sin embargo, no debe exagerarse su importancia. En último término, sólo fue un simple episodio. [Tuvo gran importancia el hecho de] que los trabajadores estaban cansados. Los que apoyaban a la oposición no sentían el estímulo de una esperanza en cambios grandes y serios. Por el contrario, la burocracia combatía con extraordinaria saña: [luchaba instintivamente por su futura prosperidad]. Es cierto que en este campo hubo, por lo menos, un momento de completa contusión, pero no lo supimos a tiempo. Más tarde nos lo refirió Zinoviev. Una vez, al llegar a Moscú desde Petrogrado, encontró el Comité Central y a los dirigentes de Moscú presa de verdadero pánico. Stalin estaba sin duda urdiendo una maniobra con ánimo de asociarse a la oposición a expensas de sus aliados, Zinoviev y Kamenev. Esto era muy de él. A la sazón, las reuniones del Politburó se celebrarán en mi casa, a causa de mi enfermedad. Me hizo claras insinuaciones, mostrando inesperado interés por mi salud. Zinoviev, según su relato, puso fin a aquella situación equívoca de Moscú volviendo a Petrogrado en busca de auxilio. Emprendió la organización de un cuadro ilegal de agitadores y tropas de choque que fueron enviados en automóvil de un abastecimiento a otro para difundir tergiversaciones y calumnias. Sin romper con sus aliados, naturalmente, Stalin cubría en favor suyo el camino de retirada a la oposición. Zinoviev era más atrevido, por su carácter aventurero e irresponsable. Stalin era precavido. Todavía no se daba perfecta cuenta de los cambios que se habían operado entre los

elementos más destacados del Partido, y, especialmente, en la máquina soviética [cambios que él mismo había fomentado]. No confiaba en su propia fuerza intelectual. Tanteaba el camino, sintiendo toda resistencia, calculando todo posible apoyo. Dejó que Zinoviev y Kamenev se comprometieran, mientras él permanecía reservado.

Durante este mismo debate del otoño fue cuando se desarrolló definitivamente y se puso a prueba la técnica de la máquina en su lucha con la oposición. En ningún caso podía permitirse que la máquina se rompiese por presión desde abajo. La máquina tenía que mantenerse firme. El Partido podía bajarse de nuevo, refundiese o reagruparse. Era posible expulsar a algunos miembros, pactar con otros, o asustarlos. Finalmente, cabía hacer malabarismos con hechos y números. Los hombres de la máquina se enviaban de una a otra fábrica en automóvil. Las Comisiones de Control, que se habían establecido con el propósito de combatir precisamente esta usurpación de poder por la máquina, se convirtieron en simples dientes de sus ruedas. En las reuniones del Partido, sobre todo, funcionarios de absoluta confianza de las Comisiones de Control anotaban el nombre de todo orador sospechoso de simpatías por la oposición, y luego escudriñaban con todo afán en su pasada vida. Siempre, o casi siempre, resultaba bastante sencillo hallar algo más o menos tangible (algún error pretérito o simplemente un origen social dudoso) para justificar un cargo o provocar una violación de la disciplina del Partido. Entonces era posible expulsar, trasladar, intimidar para imponer silencio, o concertar un arreglo con el adversario de la oposición.

Esta parte del trabajo de Stalin se efectuaba bajo su inmediata dirección. Dentro de la misma Comisión Central de Control tenía su órgano especial, capitaneado por [Soltz] Yaroslavsky, y Shkiryatov. Su misión consistía en formar listas negras de los disidentes e iniciar después investigaciones sobre su genealogía en los archivos de la policía zarista. Stalin tenía un archivo especial lleno de toda clase de documentos, acusaciones, rumores difamatorios contra todos los dirigentes destacados del Soviet, sin excepción. En 1929, cuando rompió abiertamente con los miembros derechistas del Politburó, Bujarin, Rikov y Tomsky, Stalin consiguió mantener a Kalinin y Vorochilov a su lado amenazándoles con ponerlos en evidencia.

Kalinin, que conocía demasiado bien lo sucedido últimamente, se negó al principio a reconocer como jefe a Stalin. Por mucho tiempo estuvo temeroso de unir su suerte a la de Stalin. "Ese caballo -solía decir a sus íntimos- acabará por meternos el carro en una zanja." Pero, gradualmente, rezongando y resistiéndose, se volvió primero contra mí, luego contra Zinoviev, y, por último, con más repugnancia todavía, contra Rikov, Bujarin y Tomsky, con quienes estaba más estrechamente unido por sus opiniones moderadas. Yenukidze pasó por la misma evolución, siguiendo las huellas de Kalinin, aunque más en la sombra y, sin duda, con un sufrimiento interior más hondo. Por su propia índole, ya que su principal característica era la adaptabilidad, Yenukidze no pudo por menos de encontrarse a sí mismo en el campo de los termidóricos. Pero no era un arribista, ni menos un granuja. Fue duro para él romper con viejas tradiciones, y más duro volverse contra personas a quienes estaba habituado a respetar. En momentos críticos, Yenukidze no sólo no manifestó un entusiasmo agresivo, sino que, por el contrario, se lamentó, murmurando y resistiéndose. Stalin estaba bien enterado de ello, y previno a Yenukidze más de una vez. Yo lo supe prácticamente de

primera mano. Aunque incluso en aquellos días el sistema de denuncias había envenenado ya no sólo la vida política, sino también las relaciones personales, todavía quedaban aquí y allá algunos oasis de confianza recíproca. Yenukidze era muy amigo de Serebryakov, a pesar de la notoriedad de este último como dirigente de la oposición de izquierda, y no rara vez le hacía confidencias. "¿Qué más quiere [Stalin]? -se lamentaba Yenukidze-. Estoy haciendo todo lo que me pide, pero nada le basta. Pretende que reconozca que es un genio."

No todos los jóvenes revolucionarios de la era zarista [eran héroes de leyenda]. También había entre ellos algunos que no se condujeron con el debido valor durante las indagaciones [de la policía secreta]. Si luego compensaban tal conducta portándose mejor, el Partido no los expulsaba irrevocablemente, sino que los admitía de nuevo en sus filas. En 1923, Stalin, como secretario general, comenzó a concentrar en sus manos pruebas de aquel censurable proceder, sirviéndose de ellas para intimidar a centenares de antiguos revolucionarios que habían redimido muy de sobra sus debilidades de otro tiempo. Amenazándoles con dar publicidad a su antiguo historial, sometió a aquella gente a una obediencia de esclavos, reduciéndolos poco a poco a un estado de completa desmoralización. [Los ligó a su persona para siempre obligándolos a desempeñar las tareas más sucias en sus maquinaciones contra la oposición.] Aquellos que se negaron a humillarse fueron triturados políticamente por la máquina o se vieron impelidos al suicidio. Así pereció uno de mis más próximos colaboradores, mi secretario particular Glazman, hombre de excepcional modestia y [de ejemplar] devoción al Partido, [muy templado y sensible, revolucionario de impecable honestidad. Se] suicidó ya en 1924. Su acto de desesperación produjo una impresión tan desfavorable que la Comisión Central de Control se vio obligada a exculparle después de muerto y a formular una censura (muy cauta y suave) a su propio órgano ejecutivo.

[Dos años después se produjo un intento descarado de agresión sangrienta. Aunque Trotsky y Muralov ya estaban en desgracia, su situación aún no había cristalizado. Era el año 1926. En julio, Zinoviev, que entretanto había roto con Stalin y formado un bloque oposicionista con Trotsky y Kamenev, fue eliminado del Politburó. Tres meses después, en el subsiguiente Pleno del Comité Central y de la Comisión Central de Control, expulsaron de aquel organismo a otros dos dirigentes de la oposición. En el ínterin, Trotsky y su esposa], acompañados por Muralov y otros camaradas del tiempo de la guerra civil, personalmente afectos, salieron para unas breves vacaciones en el Cáucaso. Yenukidze puso [a su disposición] la misma casita que había ocupado otras veces en Kislovodsk. Trotsky fue objeto de iguales deferencias que de costumbre. Las autoridades locales le mostraron respeto sincero e incluso entusiasmo en ocasiones sin poderlo ocultar. En reuniones casuales o no casuales, saludaban a León Davidovich [Trotsky] con genuina efusión. En todos los sanatorios de Kislovodsk invitaron sucesivamente a León Davidovich a dar conferencias. Todo el mundo le acogía bien y acudía a despedirle con ostensible agrado. Sin embargo, la presión del Centro podía observarse ya. Oficialmente las provincias no habían recibido órdenes de cambiar de "frente". Stalin no se atrevía aún a dar tales órdenes abiertamente. Pero de manera subrepticia tuvo ocasión de dar a conocer sus deseos a los sátrapas que le servían. En consecuencia, de vez en citando tropezábamos con manifestaciones de ostensible frialdad por parte de algún que otro grupo recién llegado de Moscú. Nos dijeron que en algunos sanatorios se discutía si era o no procedente invitar a L.

D. Pero los opuestos a invitarle eran hasta entonces tan pocos y de tan escasa influencia, que siguió siendo invitado por decisión unánime, ante la insistencia de una mayoría entusiasta. Tal franca expresión de simpatía a L. D. no era ya tolerable en Moscú.

Muralov fue bien informado de cuanto ocurría. Era muy delicado y comprensivo para estas cosas. Nosotros estábamos inquietos, y en guardia constantemente. Como de costumbre, las partidas de caza eran organizadas por la G.P.U. local, porque conocía mejor las condiciones locales. Continuábamos confiados a su custodia y protección, como antes. Pero ante el cambio de circunstancias, esta guardia de la G.P.U. adquirió un doble sentido, no exento de peligro. Ya no pusimos en ella tanta seguridad como en la guardia personal de L. D., que nos había acompañado desde Moscú y estaba ligada a L. D. por los estrechos lazos del frente en la guerra civil.

Una vez volvimos de caza algo más tarde que de costumbre. El retraso no fue culpa nuestra; más bien supusimos que era premeditado. A medianoche, justamente cuando nos acercábamos a Kislovodsk, descarriló de pronto el tranvía en que íbamos, se desvió describiendo un círculo y se detuvo bruscamente. Nos caímos todos, sin darnos cuenta al principio de lo ocurrido. Los empleados que trataron de explicarnos la causa de aquel accidente estaban muy azorados. Sus explicaciones no tenían sentido. Parecía aquello un "accidente" premeditado y frustrado, sin duda una venganza por el éxito de L. D. en Kislovodsk. El "atrasado" Cáucaso y todas las provincias en su compañía, necesitaban aprender mediante un buen escarmiento.

No mucho después de esto, la presión ejercida sobre miembros y simpatizantes de la oposición izquierdista fue aumentando poco a poco. El trato de que fueron objeto los centenares de personas que pusieron sus firmas en la declaración de los 83, de 26 de mayo de 1927, sólo fue superado en brutalidad y cinismo por el que sufrieron los miles que los apoyaron verbalmente. Fueron obligados a comparecer ante Tribunales del Partido, sólo porque en reuniones del Partido expresaban criterios distintos del consagrado por el Comité Central stalinista, que de este modo les privaba, descaradamente como miembros del Partido de sus más elementales derechos en calidad de tales. La opinión pública del Partido estaba siendo preparada para la franca expulsión de los oposicionistas. Esto se reforzó mediante ciertas extrañas medidas adoptadas contra miembros y simpatizantes de la oposición. "Os habéis estado riendo de la bolsa del trabajo", dijo amenazador un miembro del Politburó y del Comité Central del Partido Comunista ucraniano, en una de las reuniones que el Partido celebró en Jarkov. "Os echaremos de vuestros puestos", conminaba en Moscú el secretario del Comité del Partido de esta ciudad. [Y no eran simples bravatas. Cuando] se vio que la amenaza del hambre no hacía callar a la oposición, el Comité Central recurrió abiertamente a la G.P.U. Tenía uno que estar ciego para no darse cuenta de que la lucha contra la oposición por tales medios era una lucha contra el Partido. ¿Podría hablarse de unidad, esgrimiendo tales armas? ¿Qué significaba la unidad para los stalinista s? ¿Se trataba acaso de la unidad del lobo con el cordero que se estaba engullendo...?

En la primavera de 1924, después de uno de los plenos del Comité Central, al que no asistí por estar enfermo, dije a [l. N.] Smirnov: "Stalin se hará dictador de la U.R.S.S." Smirnov conocía bien a Stalin. Habían compartido la labor revolucionaria y el destierro

años enteros, y en tales condiciones, la gente llega a conocerse mejor que de ningún otro modo.

-¿Stalin? -me preguntó, asombrado-. ¡Pero si es una mediocridad, una nulidad incolora!

-Mediocridad, sí; nulidad, no -le contesté-. La dialéctica de la historia le ha enganchado y le elevará. Le necesitan todos: los fatigados radicales, los burócratas, los de la N.E.P., los kulaks, los advenedizos, los rastreros, todos los gusanos que surgen del revuelto suelo de la Revolución. él sabe cómo tratarlos en su propio terreno, habla su lenguaje y conoce el modo de conducirlos. Tiene la merecida reputación de viejo revolucionario, que le hace inapreciable para ellos como visera para cubrir los ojos del país. Le sobra voluntad y audacia. No vacilará en utilizarlos y moverlos contra el Partido; ya ha comenzado a hacerlo. Ahora mismo está disponiendo en torno suyo a los solapados bribones del Partido, a los diestros trampistas. Como es natural, pueden producirse en Europa, en Asia y en nuestro país grandes acontecimientos que trastornen todos estos planes. Pero si todo continúa automáticamente como hasta aquí, Stalin se convertirá automáticamente en dictador.

En 1926 tuve una discusión con Kamenev, que insistía en que Stalin no era más que "un político de villorrio". Naturalmente, había una partícula de verdad en caracterización tan sarcástica, pero sólo una partícula. Atributos de carácter tales como la astucia, la perfidia, la habilidad de explotar los más ruines instintos de la naturaleza humana, están desarrollados en grado extraordinario en Stalin, y considerando la fortaleza de su carácter, representan armas temibles en una contienda. Claro que no es una contienda cualquiera. La lucha para liberar a las masas requiere otros atributos. Seleccionar a hombres para puestos privilegiados, unirlos en el espíritu de casta, debilitar y disciplinar a las masas, son, en cambio, tareas para las cuales los atributos de Stalin no tienen precio y le convierten por derecho propio en caudillo de la reacción burocrática. [Sin embargo,] Stalin sigue siendo una mediocridad. No sólo carece de vuelo su entendimiento, sino que es incapaz de discurrir con lógica. Cada frase de sus discursos tiene una finalidad práctica inmediata. Pero un discurso suyo, en conjunto, nunca se eleva al rango de una construcción lógica.

Si Stalin hubiera podido prever hasta dónde conduciría su lucha contra el trotskismo, indudablemente se hubiera contenido a pesar de la perspectiva de victoria contra sus antagonistas. Pero no previó absolutamente nada. Los vaticinios de sus adversarios, de que se convertiría en adalid del Termidor, en enterrador del Partido de la Revolución, le parecían vanas fantasías [y expresiones huecas]. Creía en la suficiencia de la máquina del Partido, en su capacidad de realizar todas las tareas. No tenía la menor idea del papel histórico que estaba representando. La falta de imaginación creadora, su incapacidad de generalizar y prever mató en Stalin al revolucionario tan pronto empuñó por su cuenta el timón. Pero esos mismos rasgos, respaldados por su autoridad de antiguo revolucionario, le permitieron disimular el auge de la burocracia termidórica.

Su ambición adquirió un tinte de asiática incultura, intensificada por la técnica europea. Le era indispensable que la Prensa le ensalzase a diario con extravagancia, publicara sus retratos, se refiriera a él con el más mínimo pretexto, e imprimiese su nombre

en grandes titulares. Hoy, hasta los telegrafistas saben que no deben admitir un telegrama dirigido a Stalin en que no se le llame padre del pueblo, o el gran maestro, o genio. La novela, la ópera, el cine, la pintura, la escultura, incluso las exposiciones agrícolas, todo ha de girar en torno a Stalin como en torno a su eje. La literatura y el arte de la época estalinista pasarán a la historia como ejemplo del más absurdo y abyecto bizantinismo. [En 1925, Stalin estaba resentido con Lunacharsky porque éste había dejado de mencionarle en un libro suyo como uno entre muchos pronombres. Pero unos doce o más años después] el gran escritor [ruso] Alexis Tolstoy, que lleva el nombre de uno de los más insignes y más independientes escritores del país, escribía a propósito de Stalin:

Tú, refulgente sol de las naciones,

sol sin ocaso de nuestra época,

y más que el sol, pues el sol no es sapiente...

[y Stalin lo tomó en serio. Le complace. Y más aún se regocija, sin duda, cuando algún escritor de segunda fila se acerca más a su propio nivel literario con el siguiente Canto al sol que vuelve, que dice, entre otras cosas:]

De Stalin nos llega la luz,

y de Stalin nuestra próspera vida...

aun la buena vida de la tundra que baten las nieves

la vivimos unidos a él,

al hijo de Lenin,

a Stalin el sabio.

[Stalin no advierte que tales efusiones literarias suenan] más a gruñido de puerco [que a poesía]. El artículo sobre el zar Alejandro III, de "dichoso reinado", escrito para una Enciclopedia rusa por un obsequioso cortesano, es un modelo de veracidad, moderación y buen gusto comparado con el artículo sobre Stalin inserto en la postrer Enciclopedia soviética.

El bloque con Zinoviev y Kamenev contuvo a Stalin. Habiendo pasado largos períodos de aprendizaje bajo Lenin, apreciaba el valor de las ideas y de los programas. Aunque de vez en cuando incurría en monstruosas desviaciones del programa del bolchevismo, y en violaciones de su integridad ideológica, todo ello con apariencias de subterfugio militar, nunca trasponía ciertos límites. Pero cuando el triunvirato se deshizo, Stalin se encontró libre de todo freno ideológico. Los miembros de] Politburó no se vieron ya desconcertados por su falta de fondo o su extrema ignorancia. Discusiones y argumentos perdieron toda su influencia, especialmente en lo relativo a asuntos del Komintern. Por aquel tiempo, ni un solo miembro del Politburó hubiera reconocido que ninguna de las secciones extranjeras tuviese la menor significación independiente. Todo se reducía a la cuestión de si estaban "por" o "contra" la oposición. En el curso de los años precedentes, una de mis tareas en el Komintern había consistido en observar el movimiento obrero francés. Después del levantamiento en el Komintern, que comenzó a fines de 1923 y

persistió todo el año 1924, los nuevos dirigentes de las diversas secciones tendían a desviarse cada vez más de las viejas doctrinas. Recuerdo que una vez llevé a una sesión del Politburó el último número del órgano central del Partido Comunista francés y traduje unos pasajes del artículo programático. Aquellos pasajes expresaban con tal vigor la ignorancia de sus [autores] y su oportunismo, que por un minuto hubo cierta confusión en el Politburó. Pero, naturalmente, ellos no podían abandonar a sus "muchachos". El único miembro de aquel Politburó stalinista que creía saber algo de francés, eco tenue de sus años escolares de adolescente, era Rudzutak. Me pidió el recorte y comenzó a traducirlo a primera vista, omitiendo palabras y frases desconocidas para él, deformando el sentido de otras, y adicionando sus propios caprichosos comentarios. Al punto, todos le apoyaron a coro. Es difícil dar idea del sentimiento de pena, de indignación...

Hoy parecería casi inútil someter a una evaluación teórica la producción de literatura contra el trotskismo que, a pesar de la escasez de papel, inundó literalmente la Unión Soviética. El mismo Stalin no hubiera podido volver a leer todo cuanto escribió y dijo aproximadamente desde 1923 a 1929, pues está en flagrante contradicción con todo lo que escribió, dijo e hizo en el curso del decenio siguiente. Tan por completo lo repudia con sus últimos asertos, que reproducir esa basura política, incluso en extractos de suma concisión, sería una labor de Sísifo para mí, y tan insípida como agua de fregar para el paciente lector. Para nuestro objeto es suficiente indicar sólo las pocas ideas nuevas salientes que, poco a poco, cristalizaron en el curso de la polémica entre la máquina stalinista y la oposición, y adquirieron importancia decisiva en cuanto proporcionaban puntos ideológicos de apoyo a los iniciadores de la lucha contra el trotskismo. En torno a esas ideas se agruparon las fuerzas políticas. Eran tres en conjunto, y a su tiempo se suplieron y remplazaron en parte unas a otras.

La primera se refería a la industrialización. El triunvirato comenzó alzándose contra el programa de industrialización preconizado por mí y a favor de la polémica lo tildaron de superindustrialización. Tal actitud se intensificó aún más cuando se deshizo el triunvirato y Stalin formó bloque con Bujarin y el ala derecha. La tendencia general del criterio oficial contra la llamada superindustrialización, sostenía que la industrialización rápida únicamente es posible a costa del campesinado. Por consiguiente, hay que avanzar a paso de caracol. La cuestión del ritmo de la industrialización no tiene importancia, en realidad; y así, sucesivamente. Lo cierto es que la burocracia no quería perturbar a aquellas capas de la población que habían comenzado a enriquecerse, a la espuma de la pequeña burguesía nepista. este fue su primer error de bulto en su lucha contra el trotskismo. Pero nunca reconoció su error. Simplemente dio un salto mortal a propósito del asunto, y acometió alegremente la tarea de batir todos los antiguos records de superindustrialización..., por desgracia, predominantemente en el papel y en los discursos.

En la segunda fase, durante 1924, la lucha se concentró contra la teoría de la revolución permanente. El contenido político de esta contienda se redujo a la tesis de que no estamos interesados en la revolución internacional, sino en nuestra propia seguridad, a fin de desarrollar nuestra economía. La burocracia tenía cada vez más miedo de arriesgar su posición por el peligro de complicación implícita en una política revolucionaria internacional. La campaña contra la doctrina de la revolución permanente, carente de valor

teórico intrínseco, sirvió de expresión a una desviación conservadora nacionalista del bolchevismo. De esta lucha surgió la teoría del socialismo en un país aislado. Sólo entonces vinieron Zinoviev y Kamenev a comprender las complicaciones de la lucha que ellos mismos iniciaran.

La tercera idea de la burocracia en su campaña contra el trotskismo se relacionaba con la lucha contra la nivelación, contra la igualdad. El aspecto teórico de esta contienda tenía el carácter de curiosidad. En la carta de Marx relativa al programa de Gotha de la Socialdemocracia alemana, Stalin halló una frase en el sentido de que durante el primer período del socialismo, la desigualdad, o, como Marx decía, la prerrogativa burguesa en la esfera de la distribución ha de mantenerse aún. Marx no quería significar con esto la creación de una nueva desigualdad, sino simplemente una eliminación gradual más bien que repentina de la antigua desigualdad en la esfera de la retribución. Esta cita se interpreta erróneamente como declaración de los derechos y privilegios de los burócratas y sus satélites. El futuro de la Unión Soviética quedaba ahí divorciado del futuro del proletariado internacional, y la burocracia se encontraba con una justificación teórica de privilegios v poderes especiales sobre las masas trabajadoras dentro de la Unión Soviética.

Parecía como si la Revolución hubiese combatido y vencido expresamente para la burocracia, que reñía furiosa y sañuda batalla contra la nivelación, la cual amenazaba sus privilegios, y contra la revolución permanente, que ponía en peligro su existencia misma. No es extraño que en esta lucha encontrase Stalin muchedumbre de partidarios. Entre ellos había antiguos liberales, essars y mencheviques. Acudían a bandadas al Estado e incluso a la máquina del Partido, cantando hosannas al sentido práctico de Stalin.

La lucha contra la superindustrialización se sostuvo con mucha cautela en 1922, y abierta y tempestuosamente se inició a toda publicidad en 1924, y continuó luego en distinta forma y con diversas interpretaciones en el curso de todos los años siguientes. La lucha contra las acusaciones de Trotsky sobre la desigualdad comenzó hacia fines de 1925, y se convirtió, en esencia, en el eje del programa social de la burocracia. La controversia relativa a la superindustrialización se llevó franca y directamente en provecho de los kulaks. El paso de caracol en el desarrollo industrial se necesitaba para dar al kulak un antídoto anodino contra el socialismo. Esta filosofía era, al mismo tiempo la filosofía del ala derecha, además de ser la del centro stalinista. La teoría del socialismo en un solo país fue propugnada en aquel período por un bloque de la burocracia, con la pequeña burguesía agraria y urbana. La lucha contra la igualdad unió más sólidamente que nunca a la burocracia, no sólo con la pequeña burguesía agraria y urbana, sino también con la aristocracia obrera. La desigualdad se transformó en la base social común, la fuente y la razón de ser de estos aliados. De este modo, vínculos económicos y políticos solidarizaron a la burocracia y a la pequeña burguesía de 1923 a 1928.

Entonces fue cuando el Termidor ruso desplegó su más evidente semejanza con su prototipo francés. Durante aquel período se permitió al kulak tomar en alquiler la tierra del campesino pobre y alquilar a éste como jornalero suyo. Stalin se disponía ya a dejar la tierra a propietarios particulares por un período de cuarenta años. Poco después de la muerte de Lenin hizo una tentativa clandestina de transferir la tierra Nacionalizada, como propiedad particular, a los campesinos de su Georgia natal, bajo la apariencia de "posesión"

de "parcelas particulares" por "muchos años". Aquí puso una vez más de manifiesto lo fuertes que eran sus antiguas raíces agrarias y su dominante y profundo nacionalismo georgiano. Por orden secreta de Stalin, el comisario popular georgiano de Agricultura preparó un proyecto para dar la tierra en posesión a-los campesinos. Sólo la protesta de Zinoviev, que tuvo noticia de la conspiración, y la alarma levantada por el proyecto en los círculos del Partido, obligaron a Stalin, que aún no se sentía seguro de sí mismo, a repudiar su propio proyecto. Naturalmente, la cabecea de turco resultó ser en este caso el infortunado comisario popular georgiano.

Pero Stalin y su aparato se hicieron cada vez más osados, especialmente después de librarse de la influencia moderadora de Zinoviev y Kamenev. En efecto, la burocracia llevó tan lejos su atrevimiento en favor de los intereses y peticiones de sus aliados, que en 1927, todos se dieron cuenta, como desde un principiase la dio todo economista letrado, de que las exigencias de su aliado burgués eran limitadas por su propia naturaleza. El kulak quería la tierra, su exclusiva propiedad. El kulak quería tener derecho a disponer libremente de su cosecha entera. El kulak hacía todo lo posible por crear sus propios agentes en la ciudad, en forma de comerciantes e industriales libres. El kulak no quería transigir con entregas forzosas a precios fijos. El kulak, juntamente con el industrial modesto, trabajaba por la completa restauración del capitalismo. Así se inició la irreconciliable brega alrededor del producto sobrante del trabajo nacional. ¿Quién dispondrá de él en el próximo futuro: la nueva burguesía o la burocracia soviética? ésta fue la inmediata cuestión planteada. Quien disponga del producto sobrante cuenta con el poder del Estado. Así comenzó la lucha entre la pequeña burguesía, que había ayudado a la burocracia a quebrantar la resistencia de las masas obreras y de sus portavoces de la oposición izquierdista, y la misma burocracia termidórica, que había ayudado a la pequeña burguesía a dominar a las masas agrarias. Era una porfía descarada por el poder y la renta.

Evidentemente, la burocracia no derrotó a la vanguardia proletaria, se libró de las complicaciones de la revolución internacional y legitimó la filosofía de la desigualdad, para rendirse luego a la burguesía y convertirse en criado suyo, y ser acaso desplazada a su vez de la olla del Estado. La burocracia se asustó mortalmente de las consecuencias de su política de seis años. En consecuencia, volviose airada contra el kulak y el nepista. Al mismo tiempo, emprendió el llamado tercer período y la lucha contra los derechistas. A los ojos de los papanatas, la teoría y la política del tercer período pareció lana vuelta a los principios básicos del bolchevismo. Pero no había nada de eso. Se trataba sólo de un medio para un fin, el fin de barrer a la oposición derechista y a sus satélites. Las estúpidas travesuras del famoso tercer período dentro y fuera del país son demasiado recientes para que necesiten descripción aquí. Serían ridículas, si sus efectos sobre las masas no hubieran sido tan trágicos. No es un secreto para nadie que en la lucha contra el ala derecha, Stalin aceptó la limosna de la oposición de izquierda. él no aportó una sola idea. Su labor intelectual se limitó a amenazar y a repetir las consignas y argumentos de la oposición, deformándolos demagógicamente, como es natural. No solamente recogió los viejos guiñapos de la oposición, sino que, para disimularlos, arrancó de ellos pedazos, y sin tomarse el trabajo de unirlos para formar una nueva enseña (tales primores nunca le inquietaron) cubrió con ellos su desnudez a compás de las necesidades. Sin embargo, no puede decirse que aquellos andrajos, compuestos de una manga izquierda, un bolsillo

derecho, una pernera (todo ello cortado a la medida de algún otro), pudieran estimarse como vestimenta satisfactoria para la desnudez del líder. Y sus secuaces no le podían ayudar, pues habían de ajustar perfectamente su paso a los movimientos del padre de naciones.

La literatura de la oposición de izquierda en 1926-1927, en cambio, se distingue por su excepcional riqueza. La oposición reaccionó a cada indicio de vida fuera y dentro del país, a cada acto del Gobierno, a cada decisión del Politburó, con documentos individuales y colectivos dirigidos a las diversas instituciones del Partido, principalmente al Politburó. Aquellos fueron los años de la Revolución china, del Comité anglorruso y de una gran confusión en cuestiones internas. La burocracia continuaba aún tanteando su camino, dando tumbos de derecha a izquierda y luego a la inversa. Mucho de lo que escribió la oposición, no estaba destinado a la Prensa general, sino sólo a informar a las instituciones rectoras del Partido. Pero, incluso lo que se escribía especialmente para Pravda o para la resista teórica mensual El Bolchevique, nunca llegó a publicarse en la Prensa soviética.

La mayoría del Politburó había resuelto firmemente estrangular a la oposición (al menos, ahogarla, sofocara, eliminarla, paralizarla), Este era el modo de contestar Stalin a los argumentos. No todos los miembros del Politburó estaban conformes con este método; pero, poco a poco, Stalin los hizo participar en la pelea. Fue podando sus reservas mentales, limando sus prejuicios y haciendo cada paso ulterior consecuencia inevitable del precedente. Allí estaba él en su elemento; en tal ambiente, su maestría era indiscutible. Llegó una época en que los miembros disconformes del Politburó se cansaron de protestar, siquiera comedidamente, contra los disparates de los "activistas" más torpes de Stalin. Y, poco a poco, se vieron impulsados desde un silencio indiferente a la pública aprobación de un atropello tras otro...

La parte de los escritos oposicionistas que conseguí llevarme en ocasión de mi expulsión a Turquía, se conserva actualmente en la Biblioteca de Harvard y está a disposición de cuantos puedan interesarse por el estudio de la reseña de aquella notable pugna en las fuentes originales. Repasando esos documentos mientras escribo la presente obra (esto es, casi quince años después), tengo que admitir que la oposición estaba acertada en dos aspectos: vaticinaba con razón y hablaba intrépidamente a la vez; dio pruebas de notable brío y persistencia en el desarrollo de su línea política. Los argumentos de la oposición nunca han sido refutados. No es difícil imaginarse el furor que despertaban en Stalin y en los íntimos de su camarilla. La superioridad intelectual y política de los representantes de la oposición sobre la mayoría del Politburó se echa de ver en cada línea de los documentos Oposicionistas. Stalin nada tenía que decir en respuesta, ni intentó nunca darla. Recurría al mismo método que había sido parte de sí mismo desde su temprana juventud, y que consistía en no discutir con un adversario, descubriendo sus propias opiniones delante de un auditorio, sino comprometerle personalmente, y si le era posible, exterminarle físicamente. Su impotencia intelectual ante la argumentación, ante la crítica, daba origen a la furia, y ésta, a su vez, le impulsaba a apresurar sus medidas para liquidar a la oposición. Así pasaron los años 1926-1927. Aquel período constituyó simplemente un ensayo general de la perfidia y la degeneración que asombraron al mundo diez años después.

A un lado de esa gran polémica estaba la oposición de izquierda, intelectualmente iluminada, incansable en sus demostraciones e indagaciones, esforzándose con afán por hallar solución adecuada a los problemas de las mudables situaciones internacionales e internas, sin violar por ello las tradiciones del Partido. Al otro lado, el frío empeño de la pandilla burocrática para dar buena cuenta de sus críticos, de sus contendientes, de los perturbadores que no los dejaban tranquilos, que no les permitían disfrutar en paz del triunfo que habían conseguido. Mientras algunos miembros de la oposición estaban atareados analizando los errores básicos de la política oficial en China o sometiendo a crítica el bloque con el Consejo General de los Sindicatos Británicos, Stalin hizo correr el rumor de que la oposición apoyaba a Austin Chamberlain contra la Unión Soviética, que éste o el otro oposicionista estaba usando indebidamente automóviles del Estado, que Kamenev había firmado un telegrama a Miguel Romanov, que Trotsky había escrito una carta frenética contra Lenin. Y siempre las fechas, las circunstancias, todos esos detalles quedaban envueltos en niebla.

No eran éstos solos los métodos de refutación stalinista. él y sus paniaguados descendían, incluso, a pescar en las fangosas aguas del antisemitismo. Me acuerdo, sobre todo, de una caricatura en la Rabochaya Gazeta (Gaceta de los Trabajadores), titulada "Los camaradas Trotsky y Zinoviev". Hubo muchas de estas caricaturas y aleluyas de carácter antisemita en la Prensa del Partido, que eran acogidas con socarronas risitas. La actitud de Stalin ante este creciente antisemitismo era de amistosa neutralidad, Pero las cosas llegaron a tal punto, que tuvo necesidad de atajarlas con una declaración pública del tenor siguiente: "Estamos combatiendo a Trotsky, Zinoviev y Kamenev, no porque sean judíos, sino porque son oposicionistas", etc. Era absolutamente claro para cualquiera que discurriese políticamente que su declaración deliberadamente equívoca, iba simplemente contra los "excesos" de Antisemitismo, difundiendo a la vez por toda la Prensa soviética el significativo recordatorio: "No olvidéis que los líderes de la oposición son judíos." Tal declaración dio carta blanca a los antisemitas.

La mayoría de los miembros del Partido votó por la derrota de la oposición contra su voluntad, contra sus simpatías, contra sus recuerdos mismos. Se habían visto inducidos a votar como lo hicieron gradualmente, bajo la presión de la máquina, lo mismo que la máquina fue lanzada a la lucha contra la oposición de arriba abajo. Stalin dejó los papeles principales a Zinoviev, Kamenev, Bujarin y Rikov, porque estaban mucho mejor pertrechados que él para sostener una polémica abierta contra la oposición, pero, a la vez, porque no quería quemar tras él todos los puentes. Los fuertes golpes descargados sobre la oposición, golpes que por entonces parecieron decisivos, despertaron una simpatía secreta, pero, no obstante, profunda por los vencidos y decidida hostilidad hacia los vencedores, especialmente hacia las dos figuras más visibles, Zinoviev y Kamenev. Stalin acumulaba capital entonces también. Públicamente se disoció de Kamenev y Zinoviev, haciéndoles aparecer como principales culpables de la impopular campaña contra Trotsky. Y asumió el papel de conciliador, de mediador imparcial y moderado en la lucha faccional.

En 1925, Zinoviev, tratando de impresionar a Rakovsky con sus triunfos de bandería, dijo, hablando de mí: "Un político mediocre. No supo dar con la táctica adecuada. Por eso le desbancaron." Un año después, este infortunado detractor de mi táctica estaba

llamando humildemente a la puerta de la oposición izquierdista. Ni él ni Kamenev pudieron imaginarse todavía en 1925 que se habían convertido en instrumentos de la reacción burocrática; erraron entonces, como en 1917. En 1926 se dieron cuenta de que no había otra "táctica" posible para un revolucionario, pues, al fin y al cabo, ellos eran de la vieja guardia, que no podía honradamente concebir el bolchevismo sin su perspectiva internacionalista y su dinamismo revolucionario. Aquello era la tradición que los viejos bolcheviques estaban llamados a sostener. Por eso, todo el Partido de los tiempos de Lenin los miraba como un capital irremplazable. El interés especial y excepcional de Lenin por la vieja generación de revolucionarios se inspiraba en su consideración política tanto como en su solidaridad de camarada. Cuando Zinoviev alardeaba ante Rakovsky de su propia afortunada "táctica" contra mí, blasonaba de haber disipado y derrochado ese capital. De 1923 a 1926, por iniciativa y, al principio, bajo la dirección de Zinoviev, la batalla contra el internacionalismo marxista calificado de "trotskismo" se libró enarbolando la consigna de salvar la vieja guardia del bolchevismo. Se creó una Comisión especial que vigilara el estado de salud de los viejos veteranos bolcheviques. El sesgo en dirección al Termidor descarado no se acusó de modo tan flagrante en nada como en las transacciones políticas de la misma vieja guardia. [Aquello fue] seguido de su exterminio físico. La Comisión para cuidar de la salud de los viejos bolcheviques fue sustituida al final por un pequeño destacamento de ejecutores [de la G.P.U.], a quien Stalin agració con la Orden de la Bandera Roja.

Lefebvre [en su libro Les Thermidoriens] subraya que la misión de los termidóricos consistió en presentar el 9 de Termidor como un episodio de poca importancia: una simple depuración de elementos enemigos para preservar el núcleo fundamental de los jacobinos y continuar su política tradicional. En el primer período del Termidor, el ataque no fue contra los jacobinos en su conjunto, sino sólo contra los terroristas. [un proceso análogo se repitió en el Termidor soviético.] La campaña contra el trotskismo comenzó en defensa de la vieja guardia y de la línea política bolchevique; continuó en nombre de la unidad del Partido y culminó con el exterminio físico de los bolcheviques en su integridad. Durante ambos Termidores este aniquilamiento de revolucionarios se llevó a cabo en nombre de la Revolución y, al parecer, por el máximo interés de la misma. Los jacobinos no fueron exterminados por jacobinos, sino por terroristas, por robespierristas, etc.; de manera análoga, los bolcheviques no fueron aniquilados como tales, sino como trotskistas, zinovievistas, bujarinistas... Hay una notable similitud entre la expresión rusa Tratskitskoye ojvostiye, que adquirió plenos derechos civiles en las publicaciones soviéticas, y el título de un folleto publicado por la Méhée de la Touche el 9 de Fructidor, La queue de Robespierre. Pero la semejanza entre ambos métodos termidóricos fundamentales es aún más notable. Lefebvre escribe que el día siguiente al 9 de Termidor, hablando en nombre de los miembros del Comité de Salud Pública, Barère aseguraba a la Convención que nada importante había ocurrido.

* Hablando en su nombre el 10 de Termidor, Barère declaró que los sucesos ocurridos el día anterior no eran más que "una pequeña perturbación que dejaba intacto al Gobierno...".

[Y tres semanas después:]

* El 2 de Fructidor (19 de agosto), Louchet, el mismo hombre que había presentado la acusación contra Robespierre, describía el progreso de la reacción, volvía a pedir que se arrestase a todos los sospechosos, y declaraba que era necesario "mantener el Terror en el orden del día...".

[Este golpe contra la izquierda dejó naturalmente desenfrenada a la derecha, y las pasiones subieron de punto:]

* Los termidóricos, forzando el nuevo estado de cosas, tenían sobre todo temor de... una sublevación. Los elementos derechistas explotaban este temor. Comenzó entonces una "purga" de clubs, con arrestos y asesinatos de jacobinos. Los derechistas, sostenidos por los de Termidor, hicieron lo posible desde aquel momento por presentar todo signo de descontento, crítica o indignación, tanto en París como en provincias, cual si fuese prueba de conspiración por parte de los terroristas.

El prestigio de los dirigentes todos, y no sólo el prestigio personal de Lenin, constituían en su totalidad la autoridad del Comité Central. El principio de jefatura individual era absolutamente ajeno al Partido. éste escogía las figuras más populares para la dirección, ponía en ellos su confianza y admiración, pero continuaba adherido a la idea de que la dirección efectiva encarnaba en el Comité Central indivisible. Esta tradición fue aprovechada con gran ventaja por el triunvirato, que insistía sobre la superioridad del Comité Central respecto a toda autoridad individual. Stalin, arbitraste, centrista y ecléctico por excelencia, experto en pequeñas dosis gradualmente administradas, se sirvió cínicamente de aquella confianza [en el Comité Central] para su beneficio propio.

A fines de 1925, Stalin todavía hablaba a los dirigentes en tercera persona e instigaba al Partido contra ellos. Recibía los aplausos de la capa media de la burocracia, que rehusaba inclinar su cabeza ante líder alguno. Pero, en realidad, Stalin era ya un dictador. Era un dictador, pero aún no lo percibía, y nadie lo estimaba como tal. Era un dictador, no por la fuerza de su personalidad, sino por el poder de la máquina política que había roto con sus líderes antiguos. Todavía en el XVI Congreso de 1930, Stalin dijo: "¿Preguntáis por qué hemos expulsado a Trotsky y a Zinoviev? Porque no queremos tener aristócratas en el Partido, porque sólo tenemos una ley en el Partido, y todos los miembros del Partido tienen los mismos derechos." Y lo reiteró más tarde, en el XVII Congreso de 1934.

Smilga puso de relieve, hablando conmigo unos diez años después de la insurrección de octubre, que durante cinco primeros años existió una tendencia encubierta a ajustar diferencias; se taponaron antiguos boquetes, se curaron viejas heridas, hubo reconciliaciones, etc., mientras que en el curso de los cinco años siguientes, a partir de 1923, el proceso se invirtió; las grietas se ensanchaban, la menor discrepancia se dilataba y agudizaba, y no había herida sin encono. El Partido bolchevique, en su antigua forma, con sus viejas tradiciones y sus antiguos componentes, se hacía cada vez más refractario a la nueva capa dominante

En esta contradicción está la esencia del Termidor. Estériles y absurdos son los trabajos de Sísifo de quienes tratan de reducir todas las posteriores vicisitudes a unos cuantos atributos origina. les, como si un partido político fuese una entidad homogénea y un factor omnipotente de la historia. Un partido político es sólo un instrumento histórico

transitorio, uno de los muchos instrumentos y escuelas de la historia. El Partido bolchevique se señaló a sí mismo como meta la conquista del poder por el proletariado. Puesto que el Partido realizó esa tarea por primera vez en la historia y enriqueció la experiencia humana con tal hazaña, ha cumplido una misión histórica trascendental. Sólo quienes se perecen por la discusión abstrusa pueden pedir de un partido político que sojuzgue y elimine los factores, mucho más poderosos, de masas y clases hostiles a él. La limitación del partido como instrumento histórico se manifiesta por el hecho de que al llegar a cierto punto, en un determinado momento, comienza a disgregarse. Bajo la influencia de presiones internas y externas, se resquebraja y agrieta, y sus órganos comienzan a atrofiarse. Iniciado este proceso de descomposición, lentamente al principio, en 1923, su ritmo aumentó de prisa. El viejo Partido bolchevique y sus antiguos cuadros heroicos siguieron el camino de todo ser perecedor; sacudido por accesos de fiebre y espasmos, y ataques dolorosísimos, terminó por sucumbir. Para establecer el régimen que con toda justicia llaman stalinista, lo que en verdad hacía falta no era un partido bolchevique, sino precisamente exterminar al Partido bolchevique.

Numerosos críticos, publicistas, corresponsales, historiadores biógrafos y diversos sociólogos de afición han pretendido hacer ver a la oposición izquierdista lo equivocado de sus métodos, diciendo que la estrategia de esta oposición no era factible desde el punto de vista de la lucha por el poder. Sin embargo, no era justo el modo de examinar la cuestión. La oposición izquierdista no podía lograr el poder, ni esperaba siquiera lograrlo; al menos, éste era el criterio de sus dirigentes más sensatos. Una lucha de la oposición izquierdista, de una organización marxista revolucionaria por el poder sólo podía concebirse en las condiciones de un levantamiento revolucionario. En tales momentos, la estrategia se basa en la agresión, en el llamamiento directo a las masas, en ataque frontal contra el Gobierno. Algunos miembros de la oposición izquierdista habían tomado no escasa parte en tal lucha y tenían conocimiento directo de cómo efectuarlo. Pero durante los primeros años del segundo decenio, y más tarde, no hubo alzamiento revolucionario alguno en Rusia, sino todo lo contrario. En tales circunstancias no había que pensar en emprender una campaña por el poder.

Hay que tener presente que en los años de la reacción, de 1908 a 1911 y después, el Partido bolchevique rehusó entablar una ofensiva directa contra la monarquía, limitándose a la tarea de preparar la eventual ofensiva luchando por el resurgimiento de las tradiciones revolucionarías y por la conservación de ciertos cuadros, sometiendo los acontecimientos sucesivos a un análisis constante, y utilizando toda posibilidad legal o semilegal para adiestrar a la capa más avanzada de los trabajadores. La oposición izquierdista no podía proceder de otro modo en condiciones semejantes. En efecto, las condiciones de la reacción soviética eran incomparablemente más difíciles para la oposición que lo fueron las de la reacción zarista para los bolcheviques. Pero, en su fundamento, la tarea continuaba siendo la misma: conservar las tradiciones revolucionarias, mantener contacto entre los elementos avanzados dentro del Partido, analizar las peripecias del Termidor, preparar el alzamiento revolucionario en el palenque mundial, así como en la Unión Soviética. Había peligro en que la oposición menospreciara sus fuerzas y abandonase prematuramente la prosecución de su tarea después de algunos intentos, en que la guardia avanzada necesariamente chocase no sólo contra la resistencia de la burocracia, sino también con la indiferencia de las masas;

y, asimismo, lo había en que, habiéndose convencido de la imposibilidad de asociarse abiertamente a las masas, incluso a su vanguardia, la oposición renunciara a la lucha y se echara a esperar tiempos mejores. Esto era exponerse a perder por completo...

La Revolución machaca y destruye la maquinaria del viejo Estado. Ahí reside su esencia. La liza está repleta de contendientes. Ellos deciden, actúan, legislan a su modo, exento de precedentes; juzgan y dan órdenes. La esencia de la revolución está en que la misma masa se constituye en propio órgano ejecutivo. Pero cuando la masa se retira del palenque, vuelve a sus diversas residencias, a sus viviendas particulares, perpleja, desilusionada, cansada, el teatro de los acontecimientos queda desolado. Y su frialdad se intensifica cuando lo ocupa la nueva máquina burocrática. Naturalmente, los encargados de ella, inseguros de sí mismos y de las masas, tienen recelo. Por eso, en la época de la reacción victoriosa, la máquina políticomilitar desempeña un papel mucho más importante que bajo el antiguo régimen. En esta oscilación de la Revolución al Termidor, la índole específica del Termidor ruso proviene del papel que el Partido tomó en él. La Revolución francesa no tuvo nada de esto a disposición suya. La dictadura de los jacobinos, personificada en el Comité de Salud Pública, duró solamente un año. Esta dictadura tenía un efectivo apoyo en la Convención, mucho más fuerte que los clubs y secciones revolucionarias. Aquí está la clásica contradicción entre la dinámica de la revolución y la reflexión parlamentaria. Los elementos más activos de las clases participan en la pugna revolucionaria de fuerzas. Los demás (los neutrales, los que permanecen a la expectativa, los retrasados) parecen excluirse ellos mismos. En época de elecciones, aumenta la participación, que se extiende a una porción considerable de los semipasivos y los semiindiferentes. En tiempos de revolución, los representantes parlamentarios son enormemente más moderados y contemporizadores que los grupos revolucionarios a quienes representan. Para dominar la Convención, los montañeses dejaron que la Convención rigiese al pueblo, mejor que los elementos revolucionarios del mismo pueblo fuera de la Convención.

A pesar del carácter incomparablemente más profundo de la Revolución de octubre, el Ejército del Termidor soviético se reclutó esencialmente entre los restos de los partidos que anteriormente habían regido, y de sus representantes ideológicos. Los antiguos hacendados rurales, capitalistas, hombres de leyes, sus hijos (esto es, los que no habían huido al extranjero) fueron absorbidos por la máquina del Estado, v algunos incluso por el mismo Partido. Una inmensa mayoría de los admitidos en la maquinaria del Estado y del Partido habían sido anteriormente miembros de los partidos pequeñoburgueses: mencheviques y essars. A éstos hay que añadir un enorme número de positivistas mondos y lirondos que habían estado acurrucados al margen durante la época tempestuosa de la Revolución y la guerra civil, y que, convencidos al cabo de la estabilidad del Gobierno soviético, se dedicaron con singular pasión a la noble tarea de asegurarse cargos permanentes y cómodos, si no en el centro, al menos en las provincias. Toda esta enorme multitud abigarrada era el soporte natural del Termidor.

Sus sentimientos iban desde el rosa pálido al blanco níveo. Los essars, naturalmente, estaban en todo momento y de cualquier modo dispuestos a defender los intereses de los campesinos contra las amenazas de los industrializadores de mala intención, en tanto que

los mencheviques, en general, consideraban que debía darse más libertad y tierra a la burguesía rural, de la que habían pasado a ser portavoces políticos. Los representantes que quedaban de la gran burguesía y de los hacendados rurales, y que habían encontrado acceso a empleos gubernamentales, naturalmente se acogieron a los campesinos como a su tabla de salvación. No podían esperar éxito alguno como campeones de los intereses de su propia clase, por el momento, y se daban perfecta cuenta de que habrían de pasar un cierto lapso defendiendo a los campesinos. Ninguno de estos grupos podía levantar sin reserva la cabeza. Todos ellos necesitaban el tinte protector del partido dominante y del bolchevismo tradicional. La lucha contra la revolución permanente significaba para ellos la lucha contra la institución permanente de los despojos que habían sufrido. Es natural que aceptaran gustosos como dirigentes a los bolcheviques que se volvían contra la revolución permanente.

La economía revivió. Apareció un pequeño superávit. Naturalmente, se concentró en las ciudades, a disposición de las capas rectoras. Con ello vino una reanimación de los teatros, restaurantes y otros establecimientos de recreo. Centenares de miles de personas de diversas profesiones que pasaron los vigorosos años de la guerra en una especie de coma, ahora resurgían, estiraban sus miembros y comenzaban a participar en el restablecimiento de la vida normal. Todos ellos estaban de parte de los adversarios de la revolución permanente. Todos ellos querían paz, crecimiento y robustecimiento del campesinado, y prosperidad continua de los establecimientos de recreo de las ciudades. Y trataban de asegurar la permanencia de este rumbo más bien que de la revolución. El profesor Ustryalov preguntaba si la Nueva Política Económica de 1921 fue una "táctica" o una "evolución". Esta pregunta incomodó mucho a Lenin. El curso ulterior de los acontecimientos mostró que la "táctica", merced a una especial configuración de las condiciones históricas, llegó a ser la fuente de la "evolución". La retirada estratégica subsiguiente del Partido revolucionario fue como el principio de su degeneración.

La contrarrevolución se inicia cuando comienza a desarrollarse el carrete de las conquistas sociales progresivas. Y este desarrollo no parece tener fin. Pero siempre se conservan algunas de tales conquistas. Así, a despecho de monstruosas deformaciones burocráticas, la base clasista de la U.R.S.S. Continúa siendo proletaria. Pero recordemos que este proceso de desarrollo aún no ha terminado, y que el futuro de Europa y del mundo durante los próximos decenios no se ha decidido todavía. El Termidor ruso habría abierto indudablemente una nueva era de dominio burgués, si tal dominio no se hubiese desacreditado en todo el mundo. En todo caso, la lucha Contra la igualdad y el establecimiento de diferencias sociales muy profundas no ha conseguido hasta ahora eliminar la conciencia socialista de las masas ni la nacionalización de los medios de producción y de la tierra, que fueron las conquistas socialistas básicas de la Revolución. Aunque deroga tales gestas, la burocracia no se ha atrevido todavía a recurrir a la restauración de la propiedad privada de los medios de producción. A final del siglo XVIII, la propiedad privada de los medios de producción fue un factor de importancia progresiva considerable. Aún le quedaba Europa y el mundo por conquistar. Pero en nuestros tiempos, la propiedad privada es el único obstáculo serio que se opone al desarrollo adecuado de las fuerzas productoras. Aunque por la índole de su nuevo modo de vivir, su conservadurismo, sus simpatías políticas, la inmensa mayoría de la burocracia se inclinaba hacia la nueva

pequeña burguesía, sus raíces económicas estaban bien hundidas en el terreno de las nuevas condiciones de propiedad. El crecimiento de las relaciones burguesas amenazaban no sólo la base socialista de la propiedad, sino también los cimientos sociales de la misma burocracia. Puede haberse sentido inclinada a repudiar la perspectiva socialista de desarrollo en favor de la pequeña burguesía; pero a ningún precio consentiría en repudiar sus propios derechos y privilegios para beneficiarla. Esta contradicción es la que condujo al durísimo conflicto entre la burocracia y el kulak.

Rousseau ha explicado que la democracia política era incompatible con una excesiva desigualdad. Los jacobinos, representantes de la base de la pequeña burguesía, estaban impregnados de esta doctrina. La legislación de la dictadura jacobina, especialmente el papel del máximum, se ajustaba a estas normas. Así ocurrió también con la legislación soviética, que desterró la desigualdad incluso del Ejército. Bajo el régimen de Stalin todo esto cambió, y hoy no sólo existe desigualdad social, sino también económica. La ha fomentado la burocracia, con cinismo y desvergüenza, en nombre de la doctrina revolucionaria del bolchevismo. En su campaña contra las acusaciones trotskistas de desigualdad, en su agitación por la escala diferencial de salarios, la burocracia invocaba las sombras de Marx y Lenin, y buscaba justificación para sus privilegios escudándose en el afanoso campesino "medio" y en el trabajador especializado. Alegaba que la oposición de izquierda trataba de despojar al trabajador competente del mayor salario a que tenía pleno derecho. Era la misma especie de disfraz demagógico empleado por el capitalista y el terrateniente que derramaban lágrimas de cocodrilo en pro del mecánico experto, del modesto comerciante emprendedor y del labrador sacrificado siempre. Era una maniobra magistral por parte de Stalin, y naturalmente halló inmediato eco entre los funcionarios privilegiados, que por primera vez vieron en él su jefe dilecto. Con desenfrenado cinismo, la igualdad se denunció como prejuicio pequeñoburgués; la oposición fue denunciada como principal enemiga del marxismo y máxima pecadora contra los evangelios de Lenin. Reclinados en automóviles técnicamente propiedad del proletariado, de camino hacia los puntos de veraneo, también propiedad del proletariado, en los cuales sólo un puñado de elegidos tenían entrada, los burócratas risoteaban: "¿Para qué hemos estado luchando?" Esa irónica frase era muy popular a la sazón. La burocracia había respetado a Lenin, pero siempre les había parecido un poco fastidioso su puritanismo. Un chascarrillo corriente en 1926-1927 caracterizaba su actitud hacia los dirigentes de la oposición unida: ""Toleran a Kamenev, pero no le respetan; respetan a Trotsky, pero no le toleran; a Zinoviev, ni le toleran ni le respetan." La burocracia buscaba un líder que fuese el primero entre iguales. La firmeza de carácter de Stalin y su estrechez de miras inspiraba confianza. "No nos asusta Stalin -decía Yenukidze a Serebryakov-. Tan pronto como empiece a darse importancia, le destituiremos." Pero, a la postre, fue Stalin quien se desembarazó de ellos.

El Termidor francés, iniciado por los jacobinos de la izquierda, se convirtió al cabo en una reacción contra los jacobinos. "Terrorista", "montañés", "jacobino" se empleaban como palabras injuriosas. En las provincias se echaron al suelo los árboles de la libertad y se pisoteó la escarapela tricolor. Esto era inconcebible en la República de los Soviets. El Partido totalitario encerraba dentro de sí todos los elementos indispensables de reacción, que movilizó bajo la bandera oficial de la Revolución de octubre. El Partido no toleraba competencia alguna, ni siquiera en la lucha contra sus enemigos. La campaña contra los

trotskistas no se convirtió en campaña contra los bolcheviques porque el Partido la había hecho exclusivamente suya, señalándole ciertos límites y sosteniéndola en nombre del bolchevismo.

A los ojos de los simplones, la teoría y la práctica del "tercer período" parecían refutar la teoría del período termidórico de la revolución rusa. En realidad, no hicieron más que confirmarla. Lo esencial del Termidor fue, y no puede menos de ser, social en cuanto a carácter. Su finalidad era cristalizar una nueva capa privilegiada, crear un substracto nuevo para la clase económicamente superior. Había dos pretendientes a este papel: la pequeña burguesía y la misma burocracia. Ambas combatieron unidas [en la batalla para vencer] la resistencia de la vanguardia del proletariado. Una vez conseguido esto, cerraron una contra otra en feroz acometida. La burocracia llegó a asustarse de su aislamiento, de su divorcio del proletariado. Sola, no podía aplastar al kulak ni a la pequeña burguesía, que había crecido y continuaba creciendo sobre la base de la N.E.P.; tenía que contar con la ayuda del proletariado. De ahí su esfuerzo concertado por presentar su lucha contra la pequeña burguesía, por los productos sobrantes y por el poder, como la lucha del proletariado contra las tentativas de restauración capitalista.

Aquí cesa la analogía con el Termidor francés. La nueva base social de la Unión Soviética se hizo intangible. Defender la nacionalización de los medios de producción y de la tierra es ley de vida o muerte para la burocracia, pues tal es el origen social de su posición dominante. Esa era la razón de su lucha contra el kulak. La burocracia podía sostener esta contienda, y resistir hasta el fin, sólo con ayuda del proletariado. La mejor prueba del hecho de que había hecho recluta de este apoyo fue el alud de capitulaciones por parte de representantes de la nueva oposición. La lucha contra el kulak, la pugna contra el ala derecha, contra el oportunismo (las consignas oficiales de aquel período), parecieron a los trabajadores y a muchos representantes de la oposición izquierdista como un renacimiento de la Dictadura del Proletariado y de la Revolución Socialista. Les advertimos entonces: no se trata sólo de lo que se hace, sino también de quién lo hace. En condiciones de democracia soviética, esto es, de autonomía obrera, la lucha contra los kulaks pudiera no haber asumido una forma tan convulsivo, pusilánime y bestial, y haber conducido a un alza general del nivel económico de las masas, a base de industrialización. Pero la lucha de la burocracia contra el kulak era una singular contienda [librada] sobre las espaldas de los trabajadores: y como ninguno de los gladiadores confiaba en las masas, como ambos temían a las masas, la pelea revistió un carácter convulsivo y sanguinario. Gracias al apoyo del proletariado, terminó en victoria para la burocracia. Pero no añadió nada al peso específico del proletariado dentro de la vida política del país.

Para comprender el Termidor ruso es de suma importancia darse cuenta del papel del Partido como factor político. En la Revolución francesa nada había ni remotamente parecido al Partido bolchevique. Durante el Termidor hubo en Francia varios grupos sociales, [con varios] rótulos políticos, que luchaban entre sí en nombre de intereses oficiales definidos. Los termidóricos atacaban a los jacobinos tildándolos de terroristas. La juventud dorada apoyaba a los termidóricos por la derecha, amenizándolos también. En Rusia, todos estos procesos, conflictos y uniones quedaban cubiertos bajo el nombre del partido único.

Exteriormente, un solo partido conmemoraba fases de su existencia al iniciarse el Gobierno soviético, y veinte años más tarde, recorriendo a los medios en nombre de iguales fines: la conservación de su pureza política y de su unidad. Ciertamente, el papel del Partido y la finalidad de las "purgas" habían cambiado radicalmente. En el primer período del poder soviético, el antiguo partido revolucionario eliminaba de sus filas a los arribistas; y, en consecuencia, los Comités se componían de trabajadores revolucionarios. Aventureros, arribistas o simples bribones que trataban de aferrarse al Gobierno en número muy considerable eran arrojados por la borda. Pero las depuraciones de estos últimos años, por el contrario, se dirigían lisa y llanamente contra el antiguo partido revolucionario. Los organizadores de ellas eran los elementos más burocráticos y de menos calibre del Partido; y sus víctimas, los elementos más leales, afectos a tradiciones revolucionarias, y sobre todo su más antigua generación revolucionaria, los elementos proletarios genuinamente leales a la Revolución. El significado social de las "purgas" se ha alterado fundamentalmente, pero esta alteración queda oculta por el hecho de que las llevó a cabo el mismo Partido. En Francia, vemos en circunstancias homólogas el movimiento tardío de los distritos pequeñoburgueses y obreros contra los más conspicuos de la pequeña y media burguesía, representados por los termidóricos secundados por bandas de la juventud dorada.

Incluso tales bandas de jóvenes dorados se hallan hoy incluidas en el Partido y en la Liga de la Juventud Comunista. éstas eran los destacamentos de campaña, reclutados entre los hijos de la burguesía, jóvenes privilegiados resueltamente decididos a defender su propia posición de privilegio o la de sus padres. Basta señalar el hecho de que a la cabeza de la Liga de la Juventud Comunista estuvo durante años Kossarev, a quien generalmente se conocía como un degenerado moral que abusaba de su elevada posición en provecho de sus fines personales. Todo su aparato se componía de hombres de este tipo. Tal era la juventud dorada del Termidor ruso. Su directa inclusión en el Partido enmascaraba su función social como destacamento activo de los privilegiados contra los trabajadores y los oprimidos. La juventud dorada soviética, gritaba: "¡Abajo el trotskismo! ¡Viva el Comité Central Leninista!", lo mismo que la juventud dorada de Francia gritaba en el Termidor: "¡Abajo los jacobinos! ¡Viva la Convención!"

Los jacobinos dominaron principalmente por la presión que la calle ejercía sobre la Convención. Los termidóricos, esto es, los jacobinos desertores, pugnaban por iguales métodos, pero partiendo de propósitos opuestos. Comenzaron por organizar a hijos bien peripuestos de la burguesía, extraídos de los descamisados. Estos jóvenes dorados, o simplemente "jóvenes", como los calificaba con indulgencia la Prensa conservadora, llegaron a ser un factor tan importante en la política nacional, que cuando los jacobinos fueron expulsados de todos los puestos administrativos, los "jóvenes" les remplazaron. Un proceso idéntico se está desarrollando en la Unión Soviética; sólo que allí, bajo Stalin, su alcance es mucho mayor.

La burguesía del Termidor se caracterizaba por su profundo odio a los montañeses, pues sus propios jefes provenían de los que hablan estado al frente de los descamisados. La burguesía, y con ella los termidóricos, temían sobre todo un nuevo estallido del movimiento popular. Precisamente durante aquel período terminó de formarse la conciencia de clase de la burguesía francesa. Detestaba a los jacobinos y a los semijacobinos con odio feroz, como

traidores a sus más sagrados intereses, como desertores al enemigo, como renegados. El origen del odio de la democracia burguesa a los trotskistas tiene el mismo carácter social. Aquí hay gente de la misma capa, del mismo grupo rector, de la misma burocracia privilegiada, que abandona las filas sólo para ligar su destino al de los descamisados, los desheredados, los proletarios, los pobres de aldea. Sin embargo, la diferencia está en que la burguesía francesa ya existía antes de la Gran Revolución. Primero se desprendió de su envoltura política en la Asamblea Constituyente; pero tuvo que pasar por el período de la Convención y el de la dictadura jacobina para arreglarse con sus enemigos mientras que durante el Termidor restauró su tradición histórica. La casta dominante soviética estaba compuesta enteramente por burócratas del Termidor, reclutados no sólo entre las filas bolcheviques, sino entre elementos de los partidos pequeñoburgueses y burgueses también. Y estos últimos tenían muchas cuentas que ajustar con los "fanáticos" del bolchevismo.

El Termidor descansaba sobre una base social. Era un problema de pan, carne, viviendas, exceso, y, de ser posible, lujo. La igualdad jacobina burguesa, que adoptó la forma de la reglamentación del máximum, restringía el desarrollo de la economía burguesa y el aumento del bienestar burgués (prosperidad). En este punto, los termidóricos sabían perfectamente y comprendían desde luego adónde iban. En la declaración de derechos que formularon, excluyeron el artículo esencial: "Los individuos nacen y permanecen libres e iguales en derechos." A los que proponían el restablecimiento de este importante precepto jacobino, los termidóricos replicaban que era ambiguo y por ello peligroso; todos eran, naturalmente, iguales en derechos, pero no en aptitudes ni en posesiones. El Termidor fue una protesta directa contra el temple espartano y el afán de igualdad.

La misma motivación social he de encontrarse en el Termidor soviético. Se trataba, en primer término, de suprimir las limitaciones espartanas del primer período de la Revolución. Pero también interesaba conseguir crecientes privilegios para la burocracia. No era cuestión de introducir un régimen económico liberal. Las concesiones en tal sentido fueron de carácter transitorio, y duraron mucho menos tiempo de lo que se pensó en un principio. Un régimen liberal a base de propiedad privada significaba concentración de riqueza en manos de la burguesía, especialmente de sus elementos destacados. Los privilegios de la burocracia tienen otra fuente de procedencia. La burocracia se apropió de aquella parte de la renta nacional que pudo asegurarse por el ejercicio de la fuerza o en virtud de su autoridad, o bien por su intervención directa en las relaciones económicas. En cuanto a la producción nacional sobrante, la burocracia y la pequeña burguesía pronto pasaron de la alianza a la enemistad. El dominio del producto sobrante abrió a la burocracia la ruta del poder.

SUPLEMENTO II
"KINTO" EN EL PODER

Antes de ser rey de Israel, David guardaba ovejas y tocaba la flauta. Su extraordinaria carrera se comprende al considerar que casi todos los hijos de los israelitas, seminómadas, guardaban ovejas, y que en aquellos días el arte de gobernar a los pueblos no era mucho más complicado que el pastorear rebaños. Pero desde entonces, la sociedad y el arte de gobernar han aumentado mucho en complejidad. Cuando un monarca [moderno tiene que] dejar el trono, [ya no es necesario] buscarle sucesor entre los pastores. Cuestión tan delicada se arregla a base del automatismo dinástico.

La historia humana ha conocido no pocas carreras meteóricas. Julio César fue un candidato natural al poder, miembro por su nacimiento de una oligarquía no muy numerosa. No así Napoleón I. Y, sin embargo, ni siquiera éste [fue tan netamente advenedizo] como los principales dictadores de nuestro tiempo. Al menos [en este respecto] fue fiel a la misma antigua [tradición que Julio César], [a saber, la de que] un guerrero que hubiese demostrado su capacidad de mandar a hombres armados en el combate, tenía tanto más derecho a gobernar a un populacho desarmado e indefenso. Esta añeja tradición no fue estrictamente observada [en el caso de aquel Napoleón de similor generalmente conocido por "el Chico" o] III, desprovisto de dotes militares. Pero [incluso] él no era un advenedizo integral. Se le tenía al menos por sobrino de su [gran] tío, y [destinado a la notoriedad por] el águila mansa que voló sobre su cabeza [en una ocasión señalada. No sería generoso deducir que] sin el ave simbólica, la cabeza del príncipe Luis Napoleón [hubiera tenido tan poco por fuera como por dentro].

En vísperas de la [Primera] Guerra Mundial, hasta la carrera de Napoleón III parecía ya un fantástico eco del pasado. La democracia estaba firmemente asentada, al menos en Europa, Norteamérica y Australia. [Sus avances en los] países sudamericanos eran más instructivos [que serios]; hacía [progresos en Asia]; despertaba a los pueblos de áfrica. La mecánica del constitucionalismo parecía ser el único método aceptable para la humanidad civilizada, el único sistema de gobierno. Y como la civilización continuaba creciendo y ensanchándose, el porvenir de la democracia parecía invencible

Los acontecimientos de Rusia [al final de esa guerra] asestaron el primer golpe al concepto histórico. Al cabo de ocho meses de inercia v de caos democrático vino la dictadura de los bolcheviques. Pero aquello era, después de todo, un mero "episodio" de la Revolución, que se presentaba a modo de un producto del atraso de Rusia, de una reproducción en el siglo XX de aquellas convulsiones que sufrió Inglaterra a mediados del siglo XVII, y Francia a fines del XVIII. Lenin venía a ser un Cromwell o un Robespierre

moscovita. Los nuevos fenómenos podían clasificarse, por lo menos, y eso ya servía de consuelo.

[Vino luego aquella] "neurosis del sentido común" ([así define] Schmalhausen al fascismo), que [era un desafío a los historiadores]. No era fácil encontrar una analogía histórica para Mussolini, y, once años después, para Hitler. Había indistintos balbuceos de César, Sigfrido y... y Al Capone. [Pero decididamente carecían de sentido.] En países civilizados, democráticos, que habían pasado por una prolongada experiencia en el sistema representativo, se alzaban súbitamente al poder misteriosos desconocidos que en su juventud desempeñaron faenas casi tan modestas como las de un David o un Josué. No tenían en su haber proezas de heroísmo militar. No ofrecían al mundo ideas nuevas. Tras de ellos no se alzaba la sombra de un gran antecesor con sombrero tricorne. La loba romana no era la abuela de Mussolini, ni la esvástica el escudo de armas de Hitler, sino únicamente un símbolo robado a los egipcios y a los indios. El pensamiento liberal democrático [continuó] atónito y desamparado ante el misterio del fascismo. [Después de todo], ni Mussolini ni Hitler tenían aire de genios. ¿Cómo se explica, pues, su vertiginoso éxito?

[Ambos campeones del fascismo son representantes de] la pequeña burguesía, [que] en esta época es incapaz de aportar ideas originales o dirección creadora propias. Tanto Hitler como Mussolini han plagiado e imitado prácticamente todo y a todos.

Mussolini hurtó de los bolcheviques y de Gabriel d'Annunzio, y encontró inspiración en el campo de los grandes negocios. Hitler imitó a los bolcheviques y a Mussolini. Así, los caudillos de la pequeña burguesía, dependientes de [los magnates] del capitalismo, son segundones típicos, así como la misma pequeña burguesía, ya se la contemple desde arriba o desde abajo, asume invariablemente un papel secundario en la lucha de clases.

La dictadura de la pequeña burguesía fue aún posible a fines del siglo XVIII. Pero no pudo mantenerse [mucho tiempo] ni siquiera entonces. Robespierre fue precipitado al abismo desde la derecha. [Los patéticos tropezones de Kerensky no nacieron enteramente de su impotencia personal; hasta un hombre tan apto y emprendedor como Palchinsky resultó incapaz en absoluto. Kerensky fue tan sólo el más caracterizado representante de esta impotencia social. Si los bolcheviques no hubieran tomado el poder, el mundo habría tenido un hombre ruso para el fascismo cinco años antes de la marcha sobre Roma. Por qué no pudo Rusia aislarse de la profunda reacción que se cernió sobre la Europa de la posguerra a principios del tercer decenio del siglo, es un tema que el autor ha estudiado ya en otro lugar. Basta decir que la coincidencia de fechas tales como la organización del] primer Ministerio fascista presidido por Mussolini el 30 de octubre de 1922 en Italia; el golpe de Estado de 13 de septiembre de 1923 en España, [que elevó a Primo de Rivera al poder; la condenación de la] declaración de los 46 bolcheviques por el Pleno conjunto del Comité Central y de la Comisión Central de Control, el 15 de octubre de 1923, [no es un caso fortuito. Tales signos de los tiempos han de merecer seria consideración].

Sin embargo, dentro del marco de las posibilidades históricas [a su alcance], Mussolini, ha demostrado gran iniciativa, habilidad para esquivar, tenacidad y comprensión. [Sigue] la tradición de la larga serie de improvisadores italianos. El don de

improvisar está en lo íntimo del temperamento del país. ágil y desordenadamente ambicioso, sacrificó su carrera socialista a sus ansias de éxito. Su disgusto en el partido se trocó en fuerza impulsara. Creó y destruyó teoría a su paso. Es la verdadera personificación del egoísmo cínico [y de la cobardía oculta tras el disfraz de su] jactancia. Hitler da muestras de monomanía v mesianismo. El encono personal tuvo considerable parte en su desarrollo. Era un pequeño burgués "desclasado" que no se resigna a ser obrero manual. Los obreros normales aceptan su posición como normal. Pero Hitler era un presumido de mal asiento y psiquismo alterado. Consiguió elevarse socialmente recurriendo a la execración de los judíos y de los socialdemócratas. Estaba desesperadamente resuelto a subir. De camino compuso para sí mismo una "teoría" plagada de contradicciones y reservas mentales: un revoltijo de ambiciones imperiales alemanas y de sueños de los días rencorosos de un pequeñoburgués "desclasado". Si tratamos de encontrar un paralelo histórico para Stalin tenemos que rechazar no sólo a Cromwell, Robespierre, Napoleón y Lenin, sino incluso a Mussolini y a Hitler. [Comprenderemos mejor a Stalin] evocando figuras como Mustafá Kemal Pachá o tal vez Porfirio Díaz.

En reuniones del Comité Central en que me levantaba a leer una declaración de la oposición izquierdista, me interrumpían constantemente con silbidos, gritos, amenazas, juramentos, a semejanza de lo que me ocurrió diez años antes, cuando me levanté a leer una declaración de los bolcheviques el día inaugural del Parlamento previo de Kerensky. Recuerdo a Vorochilov gritando: "¡Se conduce lo mismo que el Parlamento previo!" Esta exclamación era más acertada de lo que suponía su mismo autor.

En 1927, las reuniones oficiales del Comité Central se hicieron francamente intolerables. No se discutía nada por sus méritos. Todo se decidía entre bastidores, en una sesión reservada con Stalin, que entonces concertó un pacto político con el grupo derechista: Rikov, Bujarin y Tomsky. En realidad, había por lo menos dos reuniones oficiales del Comité Central cada vez. La línea de ataque contra la oposición se establecía de antemano, distribuyendo a cada cual sus respectivas tareas e intervenciones. Montada la comedia, cada vez se iba pareciendo más a una pantomima tabernaria. El tono de aquel acoso era de día en día más desenfrenado. Los miembros más insolentes, los trepadores recién elevados al Comité Central, por el solo título de su capacidad de descaro contra la oposición, interrumpían de continuo los discursos de los revolucionarios veteranos, repitiendo sin orden ni concierto viles acusaciones, con exclamaciones de inaudita vulgaridad y contumelia. El director de escena era el mismo Stalin. Se paseaba de un lado a otro por detrás de la mesa presidencial, mirando a intervalos a quienes habían de tomar parte en el debate según lo convenido, y no disimulaba su aprobación cuando los reniegos contra algún oposicionista adquirían un carácter en extremo desvergonzado. Era difícil imaginarse que estuviésemos en una reunión del Comité Central del Partido bolchevique; tan ruin era el tono, tan vulgares los participantes y tan repugnante el verdadero desmoralizador de aquella chusma. Las costumbres de las calles de Tiflis se habían trasladado al Comité Central del Partido bolchevique. Algunos de nosotros nos acordábamos del retrato de Stalin hecho por uno de sus antiguos colaboradores, Felipe Majaradze: "Es sencillamente un... kinto."

Aproximadamente por entonces, otro camarada de Stalin en el Cáucaso, Budu Mdivani, me refirió una conversación que sostuvo con Stalin en el Kremlin. Mdivani trataba de persuadirle de que era necesario llegar a cierto arreglo con la oposición; de otro modo, el Partido pasaría de una convulsión a otra. Stalin escuchaba en silencio, sin aparente disconformidad, mientras paseaba de un lado a otro de la habitación. Y, después de alejarse a grandes zancadas hasta el rincón más remoto, se volvió, dirigiéndose en silencio hacia Mdivani. Con los puños en tensión, empinándose sobre las puntas de los pies y levantando un brazo, se detuvo- de pronto: "Hay que aplastarlos", vociferó. Mdivani me dijo que sintió francamente miedo...

Según Basedovsky:

"El asesinato del zar fue obra de Stalin. Lenin y Trotsky eran partidarios de retener a la familia imperial en Yekaterinburg, mientras que Stalin temía que mientras Nicolás II estuviese vivo atraería a los guardias blancos, etc. El 12 de julio de 1918, Stalin había llegado a un acuerdo con Sverdlov. El 14 de julio inició a Goloschekin en sus planes, y el 15 de julio este último envió un telegrama cifrado... relativo a las intenciones de Stalin y Sverdlov al comisario Boloborodov, encargado de custodiar a la familia del zar. El 16 de julio, Boloborodov telegrafió a Moscú que Yekateriburg caería en un plazo de tres días. Goloschekin vio a Sverdlov; Sverdlov vio a Stalin. Guardándose el informe de Boloborodov en el bolsillo, Stalin dijo: "De ningún modo debe ser entregado el zar a los guardias blancos." Aquellas palabras equivalían a una sentencia de muerte."

Caracteriza sin duda a Stalin una crueldad personal, física, lo que suele denominarse sadismo. Durante su encierro en la cárcel de Bakú, el compañero de celda de Stalin estaba una vez soñando con revoluciones. "¿Te atrae la sangre?", le preguntó de improviso Stalin, que entonces se llamaba aún Koba. Y empuñando un cuchillo que llevaba oculto en la caña de una de sus botas se levantó una pernera y se hizo un profundo corte en la pierna.

"¡Ahí la tienes!" Después de convertido en dignatario del Soviet, solía divertirse en su casa de campo degollando ovejas o derramando petróleo sobre hormigueros y prendiéndoles fuego. Abundan tales anécdotas a propósito de él, procedentes de observadores imparciales. Pero hay muy poca gente de semejantes inclinaciones. En el mundo. Fueron necesarias condiciones históricas especiales para que tan negros instintos naturales alcanzaran monstruoso desarrollo.

La unión de Stalin con Hitler satisfizo su anhelo de venganza. Sobre todo, ansiaba afrentar a los Gobiernos de Inglaterra y Francia, vengar las ofensas que había sufrido el Kremlin antes de que Chamberlain dejase de cortejar a Hitler. Con personal deleite inició negociaciones secretas con los nazis a la vez que aparentaba tratar abiertamente con las misiones amistosas inglesa y francesa, gozando con engañar a Londres y París, con presentar inopinadamente su pacto con Hitler. Es trágicamente ruin.

Si fuera posible verter en un molde todo el omnipotente y pérfido misticismo, la estridente abominación del socialismo y de la revolución; si, por decirlo de este modo, pudiera secularizarse el poema del Gran Inquisidor, el poema de la tragedia del epigonismo... La idea de degeneración, en otra escala; el siglo XV... El poema de Dostoievski terminado besando Cristo en silencio al inquisidor en los labios. La despedida

de uno de los epígonos burocráticos de la Cristiandad. A pesar de toda su reserva, Lenin le hubiera escupido en los ojos.

No hay líderes natos, como no hay criminales natos. Madame de Staël pensó que puede observarse una perfectibilidad lenta, pero continua, en el curso del desenvolvimiento histórico.

Puede decirse que todos los personajes históricos geniales, todos los creadores dijeron lo esencial de cuanto tenían que decir durante los primeros veinticinco o treinta años de su vida. Después vino sólo el desarrollo, la profundización y, la aplicación. Durante el primer período de la vida de Stalin no oímos sino una reiteración vulgarizada de fórmulas de estereotipia.

Stalin fue elevado a la condición de genio sólo después de que la burocracia, dirigida por su genuino secretario general, hubo destrozado por completo la plana mayor de Lenin. Apenas hace falta demostrar que un hombre que nunca ha dicho una sola palabra sobre ningún tema y fue exaltado automáticamente a la cumbre por su burocracia cuando ya había pasado con mucho los cuarenta, no puede ser considerado como un genio.

Según Nicolaievsky, Bujarin describió a Stalin como "acumulador de genio". Expresión acertada, pero sólo suprimiendo el "genio". Lo oí por vez primera de labios de Kamenev. Tenía en el pensamiento la habilidad de Stalin para llevar adelante sus proyectos por entregas como quien paga a plazos. Esta posibilidad presupone a su vez la presencia de una poderosa política centralizada. La tarea de acumular consiste en insinuarse gradualmente en la máquina y luego en la opinión pública del país. Acelérese el proceso y hágase ver el cambio de repente y en toda su magnitud, y ello provocará espanto, indignación, resistencia.

De los doce apóstoles de Cristo, sólo Judas salió traidor. Pero si hubiera logrado el poder, habría presentado como traidores a los otros once apóstoles, sin olvidar a los setenta menores que menciona san Lucas.

El 19 de noviembre de 1924, en su discurso del Pleno de la Fracción Bolchevique de los Sindicatos, dijo Stalin:

"Después de oír al camarada Trotsky, pudiera pensarse que el Partido de los bolcheviques no hizo en todo el período de preparación de marzo a octubre más que marcar el paso, corroído por contradicciones internas, a estorbar a Lenin en todos sentidos. Y que si no hubiera sido por el camarada Trotsky, la Revolución de octubre podría haber tomado otro rumbo. Es bastante divertido escuchar discursos tan singulares del mismo prólogo del tercer volumen que: "el instrumento básico de la revolución proletaria es el Partido"."

Naturalmente, nada dije sobre la ineptitud o inutilidad del Partido, y particularmente de su Comité Central. Simplemente había bosquejado la fricción interna. Pero lo que sigue siendo misterioso es cómo un Partido cuyo Comité Central se componía en sus dos terceras partes de enemigos del pueblo y agentes del imperialismo pudo vencer. Todavía no hemos oído la explicación de este misterio. A partir de 1918, los traidores tuvieron mayoría preponderante en el Politburó y en el Comité Central. En otras palabras, la política del Partido Bolchevique en los críticos años de la Revolución estuvo determinada enteramente

por traidores. No hace falta decir que Stalin no pudo haber previsto en 1924 que la lógica de su método le conduciría a una absurdidad tan trágicamente monstruosa al cabo de [una década y media]. Lo que es típico de Stalin es su capacidad para barrer todo recuerdo del pasado a excepción de los resentimientos personales y de su insaciable sed de venganza.

¿Es posible deducir conclusiones sobre 1924 a base de los años 1936-1938, en que Stalin ya había conseguido desarrollar en su persona todos los atributos de un tirano? En 1924 todavía estaba batallando por el poder. ¿Era ya entonces Stalin capaz de tal maquinación? Todos los datos de su biografía nos mueven a contestar afirmativamente. Desde los tiempos del Seminario de Tiflis dejó tras sí un rastro de las sospechas y acusaciones más maliciosas. La tinta y el papel impreso le parecían medios demasiado insignificantes para una brega política. Los muertos son los únicos que no vuelven. Después de la ruptura de Zinoviev y Kamenev con Stalin en 1925, ambos dejaron cartas guardadas en un lugar de confianza:

"Si pereciésemos de repente, sabed que es obra de Stalin."

Me aconsejaron hacer otro tanto. "¿Te imaginas que Stalin se preocupa de buscar argumentos para contestar a los tuyos? -me decía Kamenev-. Nada de eso. Está cavilando cómo liquidarte sin que le castiguen."

"¿Te acuerdas de la detención del Sultan-Galiyev, el antiguo presidente del Consejo tártaro de Comisarios del Pueblo, en 1923 -continuó Kamenev-. Fue el primer arresto de un destacado miembro del Partido efectuado por iniciativa de Stalin. Por desgracia, Zinoviev y yo consentimos en ello. Aquella fue la primera vez que Stalin paladeó sangre. Tan pronto como rompimos con él, hicimos una especie de testamento, en el que advertíamos que en caso de morir "por accidente", Stalin habría de ser tenido por responsable. Este documento se guarda en un sitio de confianza. Te aconsejo que hagas lo mismo. Puede esperarse todo de ese asiático."

Por su parte, Zinoviev añadió: "Pudo terminar conmigo ya en 1924, si no le hubieran asustado las represalias, los actos terroristas por parte de la juventud. Por eso Stalin decidió comenzar demoliendo los cuadros de la oposición y aplazando tu liquidación hasta tener la certeza de poder realizarla impunemente. Su odio hacia nosotros, especialmente hacia Kamenev, obedece principalmente a que sabemos de él demasiado. Pero tampoco está preparado para matarnos todavía." éstas no eran conjeturas vanas; durante los meses de luna de miel del triunvirato, sus componentes hablaban entre sí con toda franqueza.

El éxito ininterrumpido de Stalin comenzó en 1923, cuando, poco a poco, fue adquiriendo la convicción de que el proceso histórico puede ser burlado. Los juicios de Moscú constituyen el punto culminante de esta política de impostura y violencia. Al mismo tiempo, Stalin comenzó a sentir con aprensión que el suelo se desmoronaba y deslizaba bajo sus pies. Cada nueva decepción exigía otra doble para sostenerlo; cada acto de violencia ensanchaba el radio de la violencia necesaria para apoyarlo. Allí comenzó un período definitivo de declinación, en el curso del cual el mundo se asombró no tanto de su

fuerza, su obstinación y su implacabilidad como la bajeza de sus recursos intelectuales y de sus métodos políticos.

La astucia de Stalin es, en esencia, muy tosca y ajustada a mentes primitivas. Si, por ejemplo, examinamos los juicios de Moscú en conjunto, veremos que asombran por su tosquedad de concepción y ejecución.

En abril de 1925 fui relevado del cargo de comisario de Guerra. Mi sucesor, Frunze, era un antiguo revolucionario profesional que había pasado muchos años en Siberia, en trabajos forzados. No estaba destinado a permanecer mucho tiempo en aquel cargo: sólo unos [siete] meses. En noviembre de 1925 sucumbió al bisturí del cirujano. Durante su breve mandato, Frunze desplegó excesiva independencia en proteger al Ejército de la inspección de la G.P.U.; éste fue el mismo crimen que doce años más tarde costó la vida al mariscal Tujachevski. Bazhanov había sugerido que Frunze era el centro de una conspiración militar; esto es una insensata invención. En el conflicto de Zinoviev y Kamenev con Stalin, Frunze era opuesto a Stalin. La oposición del nuevo comisario de Guerra suponía enormes peligros para el dictador. El sumiso Vorochilov, insuficiente mental, le parecía un instrumento mucho más de fiar. Por todo el Partido corrió el rumor de que la muerte de Frunze se había producido porque así convenía a Stalin.

A base de los datos disponibles, el curso de los acontecimientos se reconstruye así: Frunze sufría de úlceras gástricas; sus médicos particulares creían que el corazón del paciente no resistiría los efectos del cloroformo, y por eso Frunze se resistía resueltamente a toda intervención. Stalin encargó a un médico del Comité Central, esto es, agente suyo de confianza, que convocase una consulta de selectos, quienes recomendaron que se operase al enfermo; el Politburó confirmó la decisión. Frunze tuvo que someterse, es decir, resignarse a morir por obra de la anestesia. Las circunstancias del fallecimiento de Frunze hallaron deformada reflexión en la literatura [Boris Pilniak, Leyenda de la Luna inextinta]. Stalin hizo confiscar inmediatamente el libro y sometió a su autor al disfavor oficial. [Pilniak] tuvo que arrepentirse en público de su "error" muy humildemente. Stalin juzgó necesario publicar a raíz de aquello varios documentos destinados a probar su inocencia. Es difícil decir cuál sea la verdad, pero la misma índole de la sospecha es significativa. Demuestra que a fines de 1925 el poder de Stalin era ya tan grande que podía confiar en un dócil concilio de médicos armados de cloroformo y bisturí. Y, sin embargo, en aquel tiempo, apenas le conocía el uno por ciento de la población.

Bazhanov escribió con referencia a mi destierro a Turquía, en febrero de 1929:

"Esto es sólo quedarse a la mitad. No reconozco a mi Stalin... Hemos hecho algunos progresos desde los tiempos de César Borgia. Entonces vertían con destreza unos polvos activos en una copa de vino de Falerno, o bien moría el enemigo al morder una manzana. Los métodos de acción de nuestra época están inspirados en las más recientes proezas de la ciencia. Un cultivo de bacilos de Koch mezclados con los alimentos y sistemáticamente administrados, ocasionan gradualmente una tisis galopante y la muerte súbita... No está claro... por qué Stalin no siguió este método, que es parte integrante de sus costumbres y de su carácter."

En 1930, cuando el libro de Bazhanov se publicó, me pareció simplemente un ejercicio literario. Después de los juicios de Moscú ya le di más importancia. ¿Quién había inspirado al joven escritor tales especulaciones? ¿De dónde procedían? Bazhanov se había ejercitado en la antesala de Stalin; allí la cuestión de los bacilos de Koch y de los métodos de envenenamiento de los Borgia debió de discutirse ya antes de 1926, año en que Bazhanov dejó la secretaría de Stalin. Dos años después, escapó al extranjero y se convirtió en un emigrado reaccionario.

Cuando Yezhov fue nombrado jefe de la OGPU cambió el método toxicológico, del que en toda justicia ha de reconocerse iniciador a Yagoda. Pero consiguió resultados análogos. En el juicio de febrero (2-13 de marzo) de 1938, se acusó al secretario de Yagoda, Bulanov, entre otras cosas, de envenenador, y por eso fue fusilado. Que Bulanov gozaba de la privanza de Stalin, se deduce claramente del hecho de haber sido designado para acompañar a mi mujer y a mí desde nuestro destierro en Asia Central al de Turquía. En mi deseo de salvar a mis dos antiguos secretarios, Sermuks i Poznansky, pedí que fuesen desterrados conmigo.

Bulanov, temeroso de una molesta publicidad en la frontera turca, y con objeto de arreglarlo todo pacíficamente, comunicó por hilo directo con Moscú. Medía hora más tarde me trajo la cinta del despacho directo en el que el Kremlin prometía que Poznansky y Sermuks me seguirían inmediatamente. Yo no lo creí.

-Queréis engañarme -dije a Bulanov.

-Entonces, me tomas por un granuja.

-Es un pequeño consuelo -respondí.

El secretario de Gorki, Kryuchkov, aseveró que Yagoda le dijo: "Es necesario disminuir la actividad de Gorki, porque se atraviesa en el camino de los "jefazos"." Esta fórmula de los "jefazos" se repite varias veces. La referencia en la corte se interpretó como alusiva a Rikov, Bujarin, Kamenev y Zinoviev. Pero eso es una absurdidad patente; pues por entonces estos hombres eran unos parias, víctimas de la persecución de la G.P.U. "Jefazos" era un modo de designar a los amos del Kremlin, y, especialmente, a Stalin. Recordemos que Gorki murió prácticamente en vísperas de la vista contra Zinoviev.

Stalin no previó las consecuencias del primer juicio. Esperaba que el asunto se limitaría al exterminio de varios de sus enemigos más odiados, sobre todo de Zinoviev y Kamenev, cuyo aniquilamiento había estado planeando durante diez años. Pero se equivocó: la burocracia se asustó y quedó horrorizada. Por primera vez veía a Stalin, no como el primero entre iguales, sino como un déspota asiático, un tirano, Gengis-Kan, como Bujarin le llamó una vez. Stalin comenzó a temer que perdería su condición de autoridad inapelable entre los veteranos de la burocracia soviética. No era posible borrar en ellos el recuerdo que tenían de él; ni someterlos al hipnotismo de su irrogada dignidad como superárbitro de todos ellos. El miedo y el horror crecieron a compás del número de vidas afectadas y el volumen de intereses amenazados. Ninguno de los antiguos creyó en la acusación. El efecto no fue como él esperaba. Tuvo que ir más allá de sus primeras intenciones.

Fue durante la preparación de las depuraciones en masa de 1936 cuando Stalin propuso redactar una nueva Constitución, "la más democrática del mundo". Todos los Walter Duranti y Louis Fischer cantaron sonoras alabanzas a la nueva era de la democracia. La finalidad de todo este escandaloso alboroto en torno a la constitución stalinista era ganarse el favor de la opinión pública en todo el mundo, para luego, con tal propicio apoyo, aplastar toda la oposición a Stalin como agente del fascismo. Es típico de la miopía intelectual de Stalin que estuviera más preocupado de su venganza personal que de contener la amenaza del fascismo a la Unión Soviética y a los trabajadores. Mientras preparaba "la Constitución más democrática", la burocracia andaba muy atareada con una serie de banquetes en los que se habló prolijamente de "la vida nueva y dichosa". En cada uno de ellos se retrataba a Stalin rodeado de obreros y obreras, con un chiquillo risueño sobre sus rodillas, o algo parecido. Su morboso egotismo reclamaba esta compensación. "Está visto -previne yo- que se incuba algo terrible." Otras personas iniciadas en la mecánica del Kremlin se inquietaban asimismo ante el exceso de amabilidad y decencia de Stalin.

Algunos corresponsales moscovitas de cierto tipo repiten que la Unión Soviética salió de las "purgas" más monolítica que nunca. Esos señores habían cantado loores al monolitismo stalinista, incluso antes de las depuraciones. Sin embargo, es difícil comprender cómo ninguna persona sensata puede creer que los más conspicuos representantes del Gobierno y del Partido, del Cuerpo diplomático y del Ejército resulten probados agentes del extranjero sin ser a la vez heraldos de un profundo descontento interno hacia el régimen. Las depuraciones fueron una manifestación de grave dolencia. Suprimir los síntomas no significa curar. Tenemos un precedente en el régimen autocrático del Gobierno zarista, que arrestó al ministro de la Guerra, Sujomilnov, acusándole de traición. Los diplomáticos aliados observaron a Sazonov: "Vuestro Gobierno es fuerte, si se atreve a detener a su propio ministro de la Guerra en tiempo de guerra." En realidad, aquel Gobierno soviético no sólo detuvo y ejecutó al ministro de la Guerra, Tujachevsky, en pleno ejercicio de su cargo, sino que llegó al extremo de exterminar a todo el Estado Mayor Central del Ejército, la Marina y la Aviación. Ayudada por acomodaticios corresponsales extranjeros en Moscú, la máquina de propaganda de Stalin ha estado engañando sistemáticamente a la opinión pública mundial acerca del actual estado de cosas en la Unión Soviética. El Gobierno monolítico stalinista es un mito.

Con sus monstruosos juicios, Stalin probó mucho más de lo que pensaba; o, mejor, no consiguió probar lo que pretendía. Simplemente reveló su laboratorio secreto, y obligó a 150 personas a confesar crímenes que nunca habían cometido. Pero la totalidad de esas confesiones se han convertido en la confesión de Stalin mismo.

En el curso de un par de años, Stalin ejecutó a todos los lugartenientes de Vorochilov, a sus más próximos colaboradores, a su gente de más confianza. ¿Cómo se entiende esto? ¿Es posible que Vorochilov comenzase a acusar signos de independencia en su actitud hacia Stalin? Es más probable que Vorochilov fuese impulsado por personas muy allegadas a él. La máquina militar es muy exigente y voraz, y no tolera fácilmente las limitaciones que le imponen los políticos, los elementos civiles. Previendo la posibilidad de conflictos con aquella poderosa máquina en el futuro, Stalin decidió colocar a Vorochilov

en su lugar antes de que comenzara a descarrilarse. Por medio de la OGPU, esto es, valiéndose de Yezhov, Stalin preparó el exterminio de los más íntimos colaboradores de Vorochilov a espaldas de éste, y sin su conocimiento, y a última hora le puso ante el dilema de elegir. Cogido así en la trampa del recelo y la deslealtad de Stalin, Vorochilov colaboró tácitamente en la liquidación de la flor de los cuadros de mando, y en lo sucesivo se vio obligado a hacer un triste e impotente papel, incapaz de rebelarse jamás contra Stalin. éste es más que maestro en el arte de ligar a un hombre a su estrella, no ganando su admiración, sino forzándole a complicidad en sus odiosos e imperdonables crímenes. Tales son los ladrillos de la pirámide que tiene en su cúspide a Stalin.

L'Etat c'es moi (El Estado soy yo), es casi una fórmula liberal comparada con las actualidades del régimen totalitario de Stalin. Luis XIV se identificaba a sí mismo sólo con el Estado. Los papas de Roma lo hacían con el Estado y la Iglesia, pero sólo durante la época del poder temporal. El Estado totalitario va más lejos que el Cesaropapismo, pues ha abarcado también toda la economía del país. Stalin pueden decir muy bien, a diferencia del Rey Sol: La Société c'est moi (La sociedad soy yo).

APÉNDICE
TRES CONCEPTOS DE LA REVOLUCION RUSA

La Revolución de 1905 vino a ser no sólo "ensayo general" de la de 1917, sino también el laboratorio en que se planearon todas las agrupaciones fundamentales de vida política rusa y se proyectaron todas las tendencias y matices dentro del marxismo ruso. En la medula de las discusiones y divergencias estaba, no hay que decirlo, la cuestión relativa a la índole histórica de la Revolución rusa y su futuro desenvolvimiento. Aquel conflicto de conceptos y pronósticos no tiene influencia directa sobre la biografía de Stalin, que no participó virtualmente en el mismo. Los pocos artículos de propaganda que escribió sobre este tema carecen en absoluto de interés teórico. Docenas de bolcheviques que manejaban la pluma popularizaron las ideas y lo hicieron muchísimo mejor. Toda exposición de conceptos revolucionarios del bolchevismo, tiene por naturaleza sitio adecuado en una biografía de Lenin. Pero las teorías tienen su propio destino. Aunque durante el período de la primera revolución, y también más tarde, hasta 1923, cuando las doctrinas revolucionarias estaban en pleno desarrollo y aplicación, Stalin no tenía posición independiente alguna, en 1924 se produjo un súbito cambio que dio principio a una época de reacción burocrática y de revisión de antiguos valores. Las viejas doctrinas fueron sometidas a nueva tasación o interpretación. Así, de un modo algo inesperado a primera vista, la atención se concentró en el concepto de "revolución permanente" como primera fuente de todas las falacias del "trotskismo". Durante muchos años a partir de entonces, la crítica de tal concepto construyó el contenido principal de todos los escritos teóricos -sit venio verbo- de Stalin y sus colaboradores. Como quiera que en el plano teórico no hay partícula de "stalinismo" que no haya surgido de la crítica de la revolución permanente tal como se formuló en 1905, es justo dedicar precisamente en este libro, siquiera sea como apéndice, un lugar a la exposición de dicha teoría, distinta de las teorías de los mencheviques y de los bolcheviques.

El desarrollo de Rusia es notable, en primer lugar, por su retraso. Pero el retraso histórico no significa seguir simplemente las huellas de los países avanzados a una distancia de cien o doscientos años. Más bien da lugar a una formación social "combinada" de muy distinto modo, Y en la que los adelantos más recientes de la técnica capitalista y de su estructura están integrados en las relaciones sociales de la barbarie feudal y prefeudal, transformándolas y dominándolas, y moldeando una singular reacción de clases. Igual sucede con las ideas. Precisamente por su retraso histórico, Rusia resultó ser el único país europeo en que el marxismo como doctrina y la Socialdemocracia como partido, disfrutaron de un poderoso desarrollo aun antes de la revolución burguesa; y es natural,

porque el problema de la relación entre la lucha por la democracia y la lucha por el socialismo se sometió en Rusia al más profundo examen teórico.

Los demócratas idealistas (en su mayoría, los populistas) se negaron supersticiosamente a reconocer la revolución en marcha como revolución burguesa. La llamaban "democrática", intentando disimular bajo este rótulo político neutro (no sólo ante los demás, sino también ante ellos mismos) su contenido social. Pero Plejanov, el fundador del marxismo ruso, en su lucha contra el populismo, mostró ya en la década del 80 del pasado siglo que Rusia no tenía por qué pararse a elegir determinada ruta de progreso; que, como las naciones "profanas", tendría que pasar por el purgatorio del capitalismo, y que, a lo largo de esta misma ruta conquistaría la libertad política, que era indispensable al proletariado en su continua lucha por el socialismo. Plejanov no sólo segregó la revolución burguesa, como tarea inmediata, de la revolución socialista, que a su vez relegó a un impreciso futuro, sino que previó diversas combinaciones de fuerzas para una y otra. El proletariado conseguiría libertad política conjuntamente con la burguesía liberal; seguidamente, al cabo de muchas décadas, alcanzado ya un nivel mucho más alto de desarrollo capitalista, el proletariado emprendería la revolución socialista en abierto conflicto con la burguesía.

"El intelectual ruso... -escribía Lenin hacia fines de 1904- se figura siempre que reconocer nuestra revolución como burguesa significa quitarle color, humillarla, vulgarizarla... La lucha por la libertad política y la república democrática en la sociedad burguesa, es para el proletariado simplemente una de las etapas necesarias en la lucha por la revolución social." "Los marxistas están firmemente convencidos -escribía en 1905- del carácter burgués de la Revolución rusa. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que esas transformaciones democráticas... que se hicieron indispensables para Rusia, no sólo no significan en sí mismas la socava del capitalismo, de la dominación de la burguesía, sino que, por el contrario, serán las primeras que desbrocen efectivamente el terreno para un amplio y rápido desarrollo, más europeo que asiático, del capitalismo; serán las primeras que hagan posible el dominio de la burguesía como clase..." "No podemos saltar del marco democraticoburgués de la Revolución rusa -insistía-, pero sí podemos ensanchar considerablemente este marco", esto es, crear dentro de la sociedad burguesa condiciones más favorables para la pugna ulterior del proletariado. Hasta aquí, Lenin seguía los pasos a Plejanov. El carácter burgués de la revolución era la confluencia de los atajos de ambas facciones de la socialdemocracia rusa.

En tales circunstancias, es natural que en sus propagandas no se haya arriesgado Koba a ir más allá de aquellas fórmulas populares que constituían la herencia común de bolcheviques y mencheviques. "La Asamblea Constituyente, elegida a base del sufragio universal, igual directo y secreto -escribía en enero de 1905- es nuestro objetivo del momento. Sólo esa Asamblea nos dará una república democrática, tan necesaria para nosotros en nuestra lucha por el socialismo." La república burguesa como palenque de una prolongada contienda de clases por el objetivo socialista, tal era la perspectiva. En 1907, esto es, después de infinitas discusiones en la Prensa extranjera y en la de San Petersburgo, y tras haber contrastado los pronósticos teóricos con la experiencia de la primera revolución, escribía Stalin: "Que nuestra revolución es burguesa, que ha de terminar con la

abolición de la servidumbre y no del orden capitalista, que sólo puede ser coronada por una república democrática, en eso coinciden, al parecer, todos en nuestro Partido." Stalin no se refería a cómo empezaría la revolución, sino a cómo terminaría, limitándola de antemano, y en forma bastante categórica, "a una mera república democrática". En vano buscaríamos en sus escritos de entonces la menor insinuación respecto a la perspectiva de la revolución socialista vinculada a la insurrección democrática. De este modo había de perdurar su posición hasta los mismos prolegómenos de la revolución de febrero de 1917, hasta la llegada de Lenin a Petrogrado.

Para Plejanov, Axelrod y los líderes del menchevismo en general, caracterizar de burguesa la revolución tenía, ante todo, el valor político de evitar que se agraviase prematuramente a la burguesía con el rojo del socialismo, "espantándola" así al campo de la reacción. "Las relaciones sociales en Rusia sólo han madurado para una revolución burguesa -decía Axelrod, el táctico más notable del menchevismo, en el Congreso de Unificación-. Mientras persista este general desafuero político, no debemos mencionar siquiera la lucha directa del proletariado contra otras clases por el poder político... Combate ahora por las condiciones del desarrollo burgués. Condiciones históricas objetivas obligan a nuestro proletariado a una inevitable colaboración con la burguesía en la batalla contra nuestro común enemigo." El contenido de la Revolución rusa se confiaba así de antemano a cambios que fuesen compatibles con los intereses y opiniones de la burguesía liberal.

Este fue el punto de arranque de la divergencia fundamental entre los dos bandos. El bolchevismo se negó rotundamente a reconocer que la burguesía rusa fuese capaz de consumar su propia revolución. Con fuerza y consistencia infinitamente mayor que Plejanov, Lenin presentó la cuestión agraria como problema central de la revolución democrática en Rusia: "El punto crucial de la Revolución rusa es la cuestión agraria (de la tierra). Tenemos que acostumbrarnos a considerar la derrota o el triunfo de la revolución... sobre la base de contar con la disposición de las masas en su lucha por la tierra." En coincidencia con Plejanov, Lenin tenía al campesinado por una clase pequeñoburguesa, y el programa de la tierra para el campesino como el programa del progresismo burgués. "La nacionalización es una medida burguesa -insistía en el Congreso de Unificación-. Dará ímpetu al desenvolvimiento del capitalismo al intensificar la lucha de clases, al reforzar la movilización de la tierra y la inversión de capitales en la agricultura, al reducir los precios del grano." A despecho del reconocido carácter burgués de la revolución agraria, la burguesía rusa era, sin embargo, hostil a la expropiación de la tierra de los hacendados burgueses, y, precisamente por eso, se esforzaba en buscar un pacto con la monarquía a base de una constitución a estilo prusiano. A la idea plejanovista de unión entre el proletariado y la burguesía liberal, Lenin oponía la idea de unión entre el proletariado y los campesinos. Proclamaba que la tarea de la colaboración revolucionaria de estas dos clases era el establecimiento de una "dictadura democrática" como único medio de limpiar radicalmente a Rusia de sus residuos feudales, crear una clase libre de agricultores y abrir la ruta al desarrollo del capitalismo, más bien según el patrón americano que el de Prusia.

"La victoria de la revolución -escribía- puede lograrse solamente por la dictadura, pues realizar las transformaciones inmediatas e incondicionalmente necesarias para el

proletariado y los campesinos ha de provocar la desesperada resistencia de los terratenientes, de la gran burguesía y del zarismo. Sin dictadura sería imposible romper esa resistencia, sería imposible derrotar las tentativas contrarrevolucionarias. Esa dictadura habría de ser, naturalmente, no socialista, sino democrática. No estaría en condiciones (sin toda una serie de etapas intermedias de desarrollo revolucionario) de echar abajo los cimientos del capitalismo. A lo sumo, podría instaurar una redistribución radical de la propiedad de la tierra en beneficio del campesinado, efectuar una consistente y completa democratización, por supuesto, con una república; desarraigar todas las características asiáticas de opresión en la vida de la fábrica y de la aldea; sentar las primicias de importantes mejoras en la situación de- los trabajadores; elevar su nivel de vida, y, finalmente, aunque no por último sea lo menos importante, propagar la conflagración revolucionaria a Europa." La concepción de Lenin representa un enorme paso adelante, partiendo, como lo hacía, de la revolución agraria más bien que de reformas constitucionales corno tarea central de la revolución, e indicando la única combinación realista de fuerzas sociales que podría llevar a efecto. El punto débil del criterio de Lenin era su noción intrínsecamente contradictoria de "la dictadura democrática del proletariado y los campesinos". El mismo Lenin recalcaba las limitaciones básicas de aquella "dictadura" al llamarla abiertamente burguesa. Quería así dar a entender que, para mantener la unidad en el campesinado, los proletarios se verían obligados a prescindir de plantear inmediatamente la tarea socialista durante la próxima revolución. Pero aquello hubiera significado renunciar el proletariado a su propia dictadura. Por consiguiente, la dictadura era, en esencia, del campesinado, aunque en ella participaran los obreros. En ciertas ocasiones, así precisamente hablaba Lenin: por ejemplo, en el Congreso de Estocolmo, al replicar a Plejanov, que se había rebelado contra la "utopía" de tomar el poder: "¿De qué programa estamos hablando? De un programa agrario. ¿Quién se supone que tomará el poder con ese programa? Los campesinos revolucionarios. ¿Es que confunde Lenin el Gobierno del proletariado con el de los campesinos?" No, dice, refiriéndose a sí mismo: Lenin diferenciaba marcadamente entre el Gobierno socialista del proletariado y el Gobierno democraticoburgués de los campesinos. "¿Y cómo es posible una triunfante revolución campesina -exclamaba también- sin que el campesinado revolucionario se incaute del poder?" En aquella formulación polémica exponía Lenin bien claramente la vulnerabilidad de su posición.

El campesinado estaba disperso por la superficie de un país inmenso, con ciudades como puntos de contacto. Por sí solo, el campesinado no era capaz siquiera de exponer sus propios intereses, porque en cada región los concebían de distinto modo. El contacto económico entre las provincias se hallaba establecido por el mercado y los ferrocarriles; pero tanto el mercado como los ferrocarriles estaban en manos de la ciudad. Al tratar de trasponer los límites de los pueblos y mancomunar sus intereses, el campesinado tenía que sucumbir por necesidad a la dependencia política de la ciudad. Tampoco era homogéneo el campesinado en sus relaciones sociales, su capa de kulaks trataba, naturalmente, de incitarle a unirse con la burguesía de las ciudades, mientras que las capas inferiores de los pueblos tiraban en dirección a los obreros de la industria ciudadana. En tales circunstancias, el campesinado como unidad era manifiestamente incapaz de asumir las riendas del Gobierno.

Cierto es que en la antigua China las revoluciones elevaban al poder al campesinado, o, más bien, a los jefes militares de las insurrecciones campesinas. Aquello daba lugar cada vez a una nueva distribución de la tierra y al establecimiento de una dinastía "campesina", después de la cual la historia reanudaba su marcha: nueva concentración de tierras, nueva aristocracia, nuevo agio, nuevos levantamientos. Mientras la revolución conservaba su carácter puramente campesino, la sociedad no emergía de estas desesperadas rotaciones. Tal era la base de la historia antigua de Asia, incluyendo Rusia. En Europa, comenzando con la aparición de la Edad Media, cada insurrección campesina triunfante no elevaba al poder a un Gobierno campesino, sino a un partido burgués de izquierda. Más concretamente, un alzamiento campesino sólo triunfaba en tanto se conseguía establecer la posición del sector revolucionario de la población de las ciudades. La toma del poder por un campesinado revolucionario era algo inconcebible en la Rusia burguesa del siglo XX.

Así, la actitud hacia la burguesía liberal se convirtió en la piedra de toque en la divergencia entre los revolucionarios y los oportunistas de la Socialdemocracia. Hasta dónde podía aventurarse la Revolución rusa, qué carácter asumiría el futuro Gobierno revolucionario provisional, qué tareas se le presentarían y en qué orden habría de resolverlas..., todos estos problemas sólo podían plantearse en toda su importancia refiriéndolos al carácter básico de la política del proletariado, y este carácter venía determinado en primer lugar por su relación con la burguesía liberal. Plejanov cerró ostensible y obstinadamente los ojos a la fundamental lección objetiva de la historia política del siglo XX; dondequiera que el proletariado aparecía como fuerza independiente, la burguesía se desviaba hacia el campo de la contrarrevolución. Cuanto más atrevido era el empuje de las masas más rápida se hacía la transformación reaccionaria del liberalismo. Nadie había inventado aún el medio de paralizar los efectos de la ley en la lucha de clases.

"Debemos estimar el apoyo de los partidos no proletarios -acostumbraba a repetir Plejanov durante los años de la primera Revolución-, y no apartarlos de nosotros por un trato inadecuado." Con tal monótonas máximas, el filósofo del marxismo demostraba ser incapaz de comprender la dinámica viva de la sociedad. "La falta de tacto" podría alejar a algún que otro intelectual supersensible. Pero las clases y los partidos son atraídos o repelidos por sus intereses sociales. "Puede decirse con seguridad -replicaba Lenin a Plejanov- que los liberales entre los hacendados os perdonarán millones de "faltas de tacto", pero nunca olvidarán cualquier incitación a arrebatarles sus tierras." Y no sólo los terratenientes; también la capa superior de la burguesía, ligada a los hacendados del campo por identidad de intereses de propiedad y todavía más íntimamente por el sistema bancario, del mismo modo que la capa superior de la pequeña burguesía y de los intelectuales, material y moralmente subordinados a los proletarios grandes y medianos, temían el movimiento independiente de las masas. Pero si se quería derribar al zarismo era necesario levantar docenas y más docenas de millones de oprimidos para una arremetida revolucionaria heroica, abnegada, inflexible, suprema. Las masas podían ser inducidas a este asalto sólo bajo la bandera de sus propios intereses; esto es, con el ánimo de implacable hostilidad hacia las clases explotadoras y, en primer lugar, hacia los terratenientes. El "sobresalto" de la burguesía de oposición que le inducía a apartarse de los

campesinos y obreros revolucionarios era, pues, la ley inmanente de la revolución misma, y no podía prevenirse por "tacto" ni diplomacia.

Cada nuevo mes confirmaba el concepto de Lenin sobre el liberalismo. A pesar de las más halagüeñas esperanzas de los mencheviques, los cadetes no sólo se abstenían de hacer ademán alguno de dirigir la revolución "burguesa", sino que, por el contrario, estaban cada vez más persuadidos de su misión histórica de combatirla. Después de la aplastante derrota de la insurrección de diciembre, los liberales, que gracias a la efímera Duma hicieron su salida a las candilejas de la política, se esforzaron cuanto pudieron por explicar a la monarquía su insuficiente actividad contrarrevolucionaria en el otoño de 1905, cuando los más sagrados puntales de la "cultura" estaban en peligro. El jefe de los liberales, Milukov, que llevó unas negociaciones sub rosa en el Palacio de Invierno, sostenía muy lacónicamente en la Prensa que a fines de 1905 los cadetes aún no podían siquiera presentarse ante las masas. "Aquellos que ahora censuran al partido "cadete" -escribía- por no protestar entonces, convocando mítines, contra las ilusiones revolucionarias del trotskismo..., lo hacen simplemente porque no entienden o no recuerdan las tendencias que entonces prevalecían entre el público democrático que acudía a tales mítines." Por "ilusiones del trotskismo" significaba el jefe liberal la política independiente del proletariado, que atraía hacia los Soviets las simpatías de las clases modestas de las ciudades, de los soldados, los campesinos y todos los oprimidos, apartándolos así de la sociedad "cultivada". La evolución de los mencheviques se efectuó de modo semejante. De vez en cuando se sentían obligados a exculparse ante los liberales por haberse visto en un mismo bloque con Trotsky, después de octubre de 1905. Las explicaciones de aquel culto publicista de los mencheviques, Martov, se reducían a admitir que era necesario hacer concesiones a las "ilusiones revolucionarias" de las masas.

En Tiflis, las agrupaciones políticas se hicieron sobre la misma base de principios que en San Petersburgo. "El aplastamiento de la reacción -escribía el jefe de los mencheviques caucásicos, Jordania-, la consecución y logro de la Constitución, ha de venir de la consciente unificación y dirección bajo un mismo programa de todas las fuerzas del proletariado y de la burguesía... Ciertamente, el campesino será arrastrado a este movimiento y le dará el carácter de una fuerza natural; sin embargo, esas dos clases serán las que lleven la parte decisiva, mientras el movimiento campesino les servirá de refuerzo." Lenin se divertía con los recelos de Jordania de que una política irreconciliable hacia la burguesía pudiera condenar a los trabajadores al desamparo. Jordania "analiza la cuestión de un posible alistamiento del proletariado en la insurrección democrática y, ¡se olvida... del campesinado! De los posibles aliados de las masas proletarias, admite y se recrea con los hacendados de los distritos rurales, pero no piensa para nada en los campesinos. ¡Y esto en el Cáucaso!" La réplica de Lenin, esencialmente justa, simplificaba con exceso el problema en un punto. Jordania "no olvidaba" a los campesinos, y, como lo prueba la misma alusión de Lenin, no hubiera sido posible olvidarlos en el Cáucaso, donde por entonces se alzaban tumultuosamente bajo la bandera de los mencheviques. Pero Jordania veía en ellos, no tanto un aliado político como un ariete que la burguesía unida al proletariado podían y debían utilizar. No era de parecer que el campesino pudiera convertirse en una fuerza destructora o al menos independiente de la revolución, y en eso no andaba equivocado; pero tampoco creía que el proletariado pudiera conseguir el triunfo

de la insurrección campesina reservándose el papel de dirigente, y ahí estaba su fatal error. La idea menchevique de unión entre los burgueses y proletarios significaba realmente sumisión de los trabajadores y de los campesinos a los liberales. El utopismo reaccionario de aquel programa provenía del hecho de que la extrema desmembración de las clases paralizó a la burguesía desde un principio en concepto de factor revolucionario. En aquella fundamental cuestión del bolchevismo estaba en lo cierto: el afán de unirse con la burguesía liberal empujaba necesariamente a la Socialdemocracia en dirección al campo opuesto al movimiento revolucionario de los obreros y los campesinos. En 1905, los mencheviques no tuvieron sencillamente el valor de deducir todas las conclusiones necesarias de su teoría de la "revolución burguesa". En 1917, por llevar sus ideas al extremo límite, se estrellaron.

En cuanto a la actitud hacia los liberales, Stalin estuvo de acuerdo con Lenin durante los años de la primera Revolución. Debe decirse que en aquel período, cuando se trataba de la burguesía de oposición, incluso una mayoría de los mencheviques de la base estaban más cerca de Lenin que de Plejanov. Una desdeñosa actitud hacia los liberales era la tradición literaria del radicalismo intelectual. Pero sería perfectamente inútil buscar una aportación independiente de Koba sobre esta materia, tanto analizando las relaciones sociales en el Cáucaso como enunciando nuevos argumentos o formulando siquiera de un modo nuevo los antiguos. Jordania, jefe de los mencheviques del Cáucaso, era muchísimo más independiente de Plejanov que Stalin de Lenin. "En vano intentan los señores liberales -escribía Koba después del domingo sangriento- salvar el vacilante trono del zar. ¡En vano adelantan los brazos en su socorro...! Las masas agitadas del pueblo se aperciben para la revolución, no para concertarse con el zar... Sí, caballeros, de nada valen vuestros esfuerzos. La Revolución rusa es inevitable, tan inevitable como la salida del sol. ¿Podéis detener al sol en su orto? ¡He aquí el problema!", y así sucesivamente. Koba no podía remontarse más. Dos años y medio después, repitiendo casi literalmente palabras de Lenin, escribía: "La burguesía liberal rusa es antirrevolucionaria; no puede ser impulsara, y mucho menos conductora de la revolución; es el enemigo jurado de la revolución; y contra ellos hemos de librar una lucha persistente." Sobre este fundamental principio gira la completa metamorfosis experimentada por Stalin durante los diez años que siguieron, de suerte que saludó la Revolución de 1917 como defensor del bloque con la burguesía liberal, y, en consecuencia con ello, como heraldo de la fusión con los mencheviques en un solo partido. Sólo la oportuna llegada de Lenin desde el extranjero dio brusco fin a la política independiente de Stalin, que calificó de remedo de marxismo.

Los populistas consideraban a todos los obreros y campesinos como "trabajadores" y "explotados" sencillamente, unos y otros interesados en igual proporción por el socialismo, mientras que para los marxistas un campesino era un pequeño burgués, capaz de convertirse en socialista sólo en la medida en que cesara de ser material o espiritualmente campesino. Con un sentimentalismo característico en ellos, los populistas veían en esa caracterización un terrible insulto al campesino. Sobre esta pauta se libró durante dos generaciones la batalla principal entre las tendencias revolucionarias dentro de Rusia. Para comprender el ulterior conflicto entre estalinismo y trotskismo, es necesario subrayar que, de conformidad con toda la tradición marxista, Lenin nunca miró al campesino como un aliado socialista del proletariado; por el contrario, la enorme preponderancia del campesinado era lo que había conducido a Lenin a la conclusión de que

en Rusia era imposible una revolución socialista. Esta idea se reitera una y otra vez en todos sus artículos que directa o indirectamente tocan la cuestión agraria.

"Apoyamos el movimiento campesino -escribía Lenin en septiembre de 1905- en tanto es revolucionario y democrático. Estamos preparados (en seguida, inmediatamente) a luchar contra él tan pronto se manifieste como un movimiento antiproletario reaccionario. Toda la esencia del marxismo se contiene en esta doble tarea..." Lenin veía al proletariado occidental y hasta cierto punto a los semiproletarios de la aldea rusa como aliados socialistas, pero nunca a todo el campesinado en bloque. "En principio apoyamos al campesino en "general" -repetía con la persistencia típica suya-, hasta el fin y por todos los medios, contra el propietario de la tierra, pero también (y no más tarde, sino al mismo tiempo) apoyamos al proletariado contra el campesino en general."

"El campesinado vencerá en una revolución democrática burguesa -escribía en marzo de 1906-, agotando así su revolucionarismo como tal campesinado. El proletariado vencerá en una revolución democrática burguesa; y entonces será cuando comience a desplegar su verdadero revolucionarismo socialista." "El movimiento del campesinado -repetía en mayo del mismo año-, es el movimiento de otra clase; es, una lucha, no contra los fundamentos del capitalismo, sino por acabar con todos los residuos de la servidumbre." Este criterio puede seguirse en Lenin de artículo en artículo, de año en año, de volumen en volumen. Las expresiones y los ejemplos cambian, pero el pensamiento básico permanece inalterable. Tampoco podía haber sido de otro modo. Si Lenin hubiese visto un aliado socialista en el trabajador del campo, no habría tenido el más mínimo motivo para insistir sobre el carácter burgués de la revolución, limitándola a "la dictadura del proletariado y del campesinado", a tareas puramente democráticas. En las ocasiones en que Lenin me acusó de "menospreciar" al campesino, no había pensado en que yo reconociese unas tendencias socialistas del campesino, sino en que no comprendiese lo suficientemente, desde el punto de vista de Lenin, la independencia democrático burguesa del campesinado, su capacidad dé crear su propio poder e impedir así el establecimiento de la dictadura socialista del proletariado.

La revaloración de este problema sólo comenzó durante los años del Termidor reaccionario, cuyo comienzo coincidió, en general, con la enfermedad y muerte de Lenin. Desde entonces, respecto a la unión de trabajadores y campesinos rusos se declaró que había en ella suficiente garantía contra los peligros de restauración y una firme prenda de que el socialismo se lograría dentro de las fronteras de la Unión Soviética. Habiendo impuesto la teoría del socialismo en un solo país sobre la revolución permanente, Stalin comenzó a calificar de "trotskismo" la estimación marxista del campesinado, y no sólo con referencia al presente, sino también al pasado, con carácter retroactivo.

Naturalmente, es posible decidir si el criterio clásico marxista del campesinado ha resultado o no erróneo. Este tema nos llevaría mucho más allá de los límites de este apéndice. Baste decir ahora que el marxismo nunca atribuyó un carácter absoluto e inmutable a su estimación del campesinado como base no socialista. Marx dijo hace mucho tiempo que el campesinado se altera si cambian las circunstancias. El régimen de la dictadura del proletariado descubrió muchas posibilidades de influir sobre el campesino y reeducarle. La historia no ha sondeado aún hasta el fondo los límites de estas posibilidades.

Pero ya está probado que el papel creciente de la coacción estatal en la U.R.R.S., lejos de refutarla, ha confirmado en su base la opinión sobre el campesinado que distinguía a los marxistas rusos de los populistas. Sin embargo, sea cual fuere la situación actual sobre este extremo, al cabo de veinte años de nuevo régimen, subsiste el hecho de que antes de la Revolución de octubre, o más bien antes del año 1924, nadie en el campo marxista, y menos que nadie Lenin, ha tenido al campesinado por un factor de desarrollo socialista. Sin la ayuda de una revolución proletaria en Occidente, insistía una y otra vez, la restauración es inevitable en Rusia. No se equivocaba: la burocracia stalinista no es más que la primera etapa de la restauración burguesa.

Tales eran las posiciones divergentes de las dos facciones principales de la Socialdemocracia rusa. Pero junto a ellas, ya en los albores de la primera Revolución, se formuló otra posición, que en aquellos días no encontró eco, pero que hemos de exponer, no sólo por haber sido confirmada por los sucesos de 1907, sino particularmente porque siete años después de la Revolución, después de haber sido derrumbada, comenzó a desempeñar un papel completamente imprevisto en la política de Stalin y de toda la burocracia soviética.

A comienzos de 1905 publiqué en Ginebra un folleto que analizaba la situación política reinante hacia el invierno de 1904. Llegaba en él a la conclusión de que la campaña independiente de peticiones y banquetes liberales había agotado sus posibilidades; que los intelectuales burgueses, que habían trasladado sus esperanzas a los liberales, se habían encontrado en un callejón sin salida en unión de estos últimos; que el movimiento campesino iba creando condiciones favorables a la victoria, pero incapaces de asegurarla; que las cartas no se pondrían boca arriba sino mediante una insurrección armada del proletariado; que la próxima etapa en tal dirección habría de ser la huelga general. Aquel folleto, titulado Hasta el nueve de enero, había sido escrito con anterioridad al domingo sangriento de San Petersburgo. La potente oleada de huelgas que se inició aquel día, con los primeros choques armados que le sirvieron de complemento, fueron una confirmación inequívoca del pronóstico estratégico consignado en el folleto.

El prólogo de mi obra era de Parvus, emigrado ruso que ya por entonces había llegado a ser un prominente escritor alemán. La personalidad de Parvus era en extremo creadora, capaz de infectarse de las ideas de otros y de enriquecer a otros con las suyas propias. Carecía del equilibrio interno y de la aplicación necesarios para aportar nada digno de su talento como pensador y escritor al movimiento obrero. No hay duda que ejerció considerable influencia en mi desarrollo personal, especialmente con respecto a la comprensión social revolucionaria de la época. Pocos años antes de conocernos, Parvus defendía con apasionamiento la idea de una huelga general en Alemania; pero el país estaba entonces disfrutando una era prolongada de prosperidad industrial, la Socialdemocracia se estaba adaptando al régimen de los Hohenzollern y la propaganda revolucionaria extranjera sólo hallaba una indiferencia irónica. Habiendo leído mi folleto manuscrito, al mismo día siguiente de los sangrientos sucesos de San Petersburgo, Parvus se sentía agobiado al pensar en el papel excepcional que el proletariado de la atrasada Rusia estaba llamado a desempeñar.

Varios días que pasamos juntos en Munich se dedicaron a conversaciones que nos aclararon muchos puntos y personalmente nos acercaron considerablemente. El prólogo que puso entonces Parvus a mi folleto quedó incluido para siempre en la historia de la Revolución rusa. En pocas páginas arrojaba luz sobre aquellas particularidades sociales de la Rusia rezagada que, si bien ya muy conocidas, a nadie antes que a él habían sugerido todas las deducciones necesarias.

"El radicalismo político en todo el Occidente europeo -escribía Parvus-, como todo el mundo sabe, dependía ante todo de la pequeña burguesía. ésta se componía de artesanos y generalmente de toda aquella parte de la burguesía que resultó afectada por el desarrollo industrial y sustituida al mismo tiempo por la clase capitalista... En la Rusia del período precapitalista, las ciudades se desarrollaban según el modelo chino de carácter oficial y burocrático, sin importancia alguna política, mientras que en sentido económico servían de bazares de comercio para el vecindario hacendado y campesino. Progresaban con bastante lentitud cuando contribuyó a su desarrollo el proceso capitalista, que comenzó a establecer grandes ciudades a su imagen, esto es, ciudades fabriles y centros de comercio mundial... Lo que había estorbado al desenvolvimiento de la democracia pequeñoburguesa vino a redundar en beneficio de la conciencia de clase del proletariado en Rusia: el desmedrado avance de la forma artesana de producción. El proletariado se concentró de repente en las fábricas...

"Masas cada vez mayores de campesinos eran atraídas al movimiento. Pero todo lo que pueden hacer es aumentar la anarquía política ya excesiva en el país, debilitando así al Gobierno; no pueden convertirse en ejército revolucionario compacto. Así, pues, a medida que la revolución se desarrolla, recaerá sobre el proletariado una porción aún mayor de labor política. Al mismo tiempo, su experiencia política aumentará, y su energía política se hará rápidamente mayor...

"La Socialdemocracia ha de verse ante este dilema: asumir la responsabilidad del Gobierno como suyo, sea cual fuere la actitud de la Socialdemocracia... En Rusia únicamente los trabajadores pueden realizar una insurrección revolucionaria. En Rusia, el Gobierno provisional revolucionario será un Gobierno de la democracia obrera. Ese Gobierno será socialdemócrata si la Socialdemocracia se coloca a la cabeza del movimiento revolucionario del proletariado ruso...

"El Gobierno provisional socialdemócrata no puede llevar a cabo una insurrección socialista en Rusia, pero el proceso concreto de liquidar la autocracia y establecer una república democrática le dará fecunda base para tina actividad política."

En el apogeo de los acontecimientos revolucionarios, por el otoño de 1905, encontré a Parvus otra vez, en San Petersburgo. Aunque en cuanto a organización se mantenía independiente de ambas facciones, editábamos conjuntamente Russkoye Slovo (La Palabra Rusa), periódico destinado a las masas de la clase obrera, y en coalición con los mencheviques, el importante periódico Nachalo (El Comienzo). La teoría de la revolución permanente solía asociarse a los nombres de "Parvu y Trotsky". Esto sólo en parte era justo. Parvus alcanzó la madurez revolucionaria a fines del pasado siglo, cuando iba a la cabeza de las fuerzas que propugnaban el llamado "revisionismo", esto es, las distorsiones

oportunistas de la teoría de Marx. Pero su optimismo se vio socavado por el fracaso de todos sus esfuerzos por empujar la Socialdemocracia alemana en dirección a una política más revuelta. Parvus se fue haciendo cada vez más reservado en cuanto a las perspectivas de una revolución socialista en Occidente. Al mismo tiempo sentía que "el Gobierno provisional socialdemócrata no puede llevar a cabo una insurrección socialista en Rusia". Por consiguiente, su pronóstico señalaba, en vez de la transformación de revolución democrática en socialista, simplemente el establecimiento en Rusia de un régimen de democracia obrera, poco más o menos como en Australia, donde el primer Gobierno laborista, sobre cimientos agrarios, de granjeros, no se aventuraba más allá de los límites del régimen burgués.

Yo no compartía esa conclusión. La democracia australiana, madurando orgánicamente en el suelo virgen de un continente nuevo, inmediatamente asumió un carácter conservador y dominó al proletariado, joven, pero ya bastante privilegiado. La democracia rusa, por el contrario, sólo podría salir adelante a consecuencia de una insurrección revolucionaria de grandes vuelos, cuya dinámica no permitía al Gobierno obrero mantenerse dentro del marco de la democracia burguesa. Nuestras diferencias de opinión, que comenzaron poco después de la Revolución de 1905, dieron lugar a una completa ruptura al comienzo de la guerra, con ocasión de la cual, Parvus, en quien el escéptico había vencido al revolucionario, resultó hallarse al lado del imperialismo germano y más tarde se convirtió en consejero e inspirador del primer presidente de la República alemana, Ebert.

Después de escribir mi folleto Hasta el once de enero, repetidamente volví sobre el desarrollo y el asiento de la teoría de la revolución permanente. En vista de la importancia que luego adquirió en la evolución intelectual el héroe de esta biografía, es necesario presentarla aquí en forma de citas exactas de mis obras de los años 1905 y 1906.

"El núcleo de población en una ciudad contemporánea (al menos en una ciudad de importancia económica y política) es la clase marcadamente diferenciada del trabajador asalariado. Esta clase, esencialmente desconocida en la gran Revolución francesa, es la destinada a desempeñar el papel decisivo en nuestra Revolución... En un país económicamente más atrasado, el proletariado puede llegar al poder antes que en uno que esté más adelantado en sentido capitalista. La concepción de una especie de dependencia automática de la dictadura proletaria, respecto de las fuerzas y los medios técnicos de un país es un prejuicio de materialismo "económico" simplificado al extremo. Tal criterio nada tiene de común con el marxismo... A pesar del hecho de que las fuerzas productoras de la industria estadounidense son diez veces más grandes que las nuestras, el papel político del proletariado ruso, su influencia en la política de su propio país y la posibilidad de que influya sobre la fijación del proletariado norteamericano...

"Me parece que la Revolución rusa ha de crear tales condiciones que el poder puede (y en caso de triunfo debe) pasar a manos del proletariado antes de que los políticos del liberalismo burgués encuentren posible desplegar su genio estadista... La burguesía rusa entregará todas las posiciones revolucionarias al proletariado. También tendrá que entregar la hegemonía al campesinado. El proletariado en el poder aparecerá ante los campesinos como el liberador de la clase... El proletariado, apoyado en los campesinos, pondrá en

movimiento todas las fuerzas para elevar el nivel cultural de la aldea y para desarrollar conciencia de clase en el campesinado...

"Pero, ¿no empujará acaso el campesinado mismo al proletariado más lejos, llegando a substituirle? Eso es imposible. Toda la experiencia histórica repudia tal supuesto. Muestra que el campesinado es absolutamente incapaz de desempeñar su papel político independiente... De lo dicho resulta claro cómo pienso en relación a la idea de la "dictadura del proletariado y los campesinos..." No se trata de si la considero admisible en principio, de si "deseo" o "no deseo" tal forma de cooperación política. La creo irrealizable, al menos en sentido directo e inmediato..."

Lo que antecede demuestra cuán incorrecta es la aserción de que el concepto aquí expuesto "saltaba sobre la revolución burguesa", como más tarde se ha dicho con insistente reiteración. "La lucha por la renovación democrática en Rusia... -escribía yo al mismo tiempo- se deriva por completo del capitalismo, y la dirigen fuerzas formadas sobre la clase del capitalismo, e inmediatamente, en primer lugar, apunta contra los obstáculos de feudalismo y vasallaje que se atraviesan en el camino del desarrollo de una sociedad capitalista." Pero la sustancia de la cuestión era con qué fuerzas y por qué métodos podrían eliminarse tales obstáculos. "El marco de todos los problemas de la revolución puede limitarse por el aserto de que nuestra revolución es burguesa en sus finalidades objetivas, y, por consiguiente, en todos sus inevitables resultados, y es posible al mismo tiempo cerrar los ojos al hecho de que la fuerza activa principal de esa revolución burguesa es el proletariado, que se acerca al poder aprovechando todo el ímpetu de la revolución... Puede uno consolarse con la idea de que las condiciones sociales en Rusia no han madurado aún para una economía socialista, y al mismo tiempo pasar por alto que, al subir al poder, el proletariado, con toda la lógica de la situación, avanzaría maquinalmente hacia el manejo de la economía a expensas del Estado... Llegando al Gobierno, no como rehenes desvalidos, sino como fuerza directriz, los representantes del proletariado, por esta sola razón, borran las fronteras entre el programa y el máximo, esto es, incluirán el colectivismo en el orden del día. En qué punto se detendrá el proletariado en tal tendencia depende de la correlación de fuerzas, pero ciertamente no de las intenciones iniciales del partido del proletariado...

"Pero podemos preguntarnos ya: ¿Debe inevitablemente la dictadura del proletariado estrellarse contra la armazón de la revolución burguesa, o puede, a base de la situación histórica existente en el mundo, contemplar la perspectiva de victoria, después de desbaratar el marco limitante...? Una cosa puede decirse con certeza: sin el apoyo gubernamental directo del proletariado europeo, la clase trabajadora de Rusia no será capaz de mantenerse en el poder y transformar su dominio temporal en dictadura socialista perdurable..." Pero esto no lleva necesariamente a un pronóstico pesimista: "la liberación política, dirigida por la clase trabajadora de Rusia, elevará al dirigente a una altura sin precedentes en la historia, transmitiéndole fuerzas y medios colosales, y haciéndole el iniciador de la liquidación del capitalismo en el mundo entero, para lo cual la historia ha creado todos los requisitos objetivos previos...".

En cuanto a la extensión en que la Socialdemocracia internacional se mostrará capaz de realizar su tarea revolucionaria, escribía yo en 1906: "Los partidos socialistas europeos, y en primer lugar el más poderoso de ellos, el alemán, han desarrollarlo su

conservadurismo, que se hace mayor en proporción a las dimensiones de las masas que abarca el socialismo y la efectividad de la organización y disciplina de esas masas. Por eso, la Socialdemocracia, como organización que encarna la experiencia política del proletariado, puede en un momento dado ser el obstáculo inmediato en el camino de un choque declarado entre los trabajadores y la reacción burguesa..." Sin embargo, concluía mi análisis expresando la seguridad de que "la revolución del Este infectaría. al proletariado occidental de idealismo revolucionario, despertando en él el deseo de principiar a hablar en "ruso" con su enemigo..."

En resumen. El populismo, como el eslavofilismo, provenía de ilusiones de que el curso de desarrollo de Rusia habría de ser algo único, fuera del capitalismo y de la república burguesa. El marxismo de Plejanov se concentró en probar la identidad de principios del curso histórico de Rusia con el Occidente. El programa que se derivó de eso no tuvo en cuenta las peculiaridades verdaderamente reales y nada místicas de la estructura social y el desarrollo revolucionario de Rusia. La idea menchevique de la Revolución, despojada de sus episódicas estratificaciones y desviaciones individuales, equivalía a lo siguiente: la victoria de la revolución burguesa en Rusia sólo era posible bajo la dirección de la burguesía liberal y debe dar a esta última el poder. Después, el régimen democrático elevaría al proletariado ruso, con éxito mucho mayor que hasta entonces, al nivel de sus hermanos mayores occidentales, por el camino de la lucha hacia el socialismo.

La perspectiva de Lenin puede expresarse brevemente por las siguientes palabras: La atrasada burguesía rusa es incapaz de realizar su propia revolución. La victoria completa de la revolución, por mediación de la "dictadura democrática del proletariado y los campesinos", desterraría del país el medievalismo, imprimiría al capitalismo ruso el ritmo del americano, fortalecería el proletariado en la ciudad y en el campo y haría posible efectivamente la lucha por el socialismo. En cambio, el triunfo de la Revolución rusa daría enorme impulso a la revolución socialista en el Oeste, y ésta no sólo protegería a Rusia contra los riesgos de la restauración, sino que permitiría al proletariado ruso ir a la conquista del poder en un período histórico relativamente breve.

La perspectiva de la revolución permanente puede resumiese así: la victoria completa de la revolución democrática en Rusia sólo se concibe en forma de dictadura del proletariado, secundado por los campesinos. La dictadura del proletariado, que inevitablemente pondría sobre la mesa no sólo tareas democráticas, sino también socialistas, daría al mismo tiempo un impulso vigoroso a la revolución socialista internacional. Sólo la victoria del proletariado de Occidente podría proteger a Rusia de la restauración burguesa, dándole la seguridad de completar la implantación del socialismo.

Esa compacta fórmula con igual claridad la semejanza de los dos conceptos últimos en su irreconciliable diferenciación de la perspectiva liberal menchevique y su discrepancia esencialísima en cuanto a la cuestión del carácter social y de las tareas de la "dictadura" derivadas de la revolución. La queja no infrecuente en los escritos de los teóricos actuales de Moscú de que el programa de la dictadura del proletariado era "prematura" en 1905, no

hace al caso. En un sentido empírico, el programa de la dictadura democrática del proletariado y los campesinos resultó asimismo "prematura". La desfavorable combinación de fuerzas en la época de la primera Revolución no sólo impidió la dictadura del proletariado, sino sobre todo la victoria de la revolución en general. Y, sin embargo, todos los grupos revolucionarios se basaban en la esperanza de un completo triunfo: la lucha suprema revolucionaria hubiera sido imposible sin tal esperanza. Las diferencias de opinión se referían a la perspectiva general de la revolución y a la estrategia resultante de ella. La perspectiva del menchevismo era falsa hasta la medula; señalaba al proletariado un camino erróneo. La perspectiva del bolchevismo no era completa: apuntaba bien la dirección general de la lucha, pero caracterizaba mal sus etapas. La insuficiencia de la perspectiva bolchevique no se apreció en 1905 sólo porque la revolución misma no fue más adelante. Pero luego, a principios de 1917, Lenin se vio obligado a alterar su perspectiva, en directo conflicto con los viejos cuadros de su partido.

No hay pronóstico político que pueda considerarse matemáticamente exacto; basta con que indique debidamente la línea general de desarrollo y ayude a orientar el curso de los acontecimientos, que inevitablemente tuerce a derecha e izquierda la línea principal. En tal sentido, es imposible no ver que el concepto de revolución permanente ha pasado por la prueba de la historia. Durante los años iniciales del régimen soviético nadie negaba esto; por el contrario, es un hecho que se reconoció en numerosas publicaciones oficiales. Pero cuando la reacción burocrática contra octubre se manifestó en la calmada y refrescada capa superior de la sociedad soviética, se dirigió desde luego contra la teoría que reflejaba la primera revolución proletaria mejor que ninguna otra cosa, mientras exponía a la vez su carácter imperfecto, limitado y parcial. Así, por vía de repulsión, se originó la teoría del socialismo en un solo país, dogma fundamental del stalinismo.

ALIAS Y SEUDONIMOS DE STALIN

Nombre: José Vissarionovich Djugashvili

Conocido también por:

J. Besoshvili

Chizhikov

David

Ivanov

Ivanovich

K. Kato

Ko

Koba (de un héroe de leyenda georgiano)

K. St.

Nizheradze

Ryaboi (apodo policíaco que significa picado de viruelas)

Soselo (diminutivo cariñoso de José)

Soso (diminutivo de José en georgiano)

Stalin (que significa hombre de acero)

Oganess Vartanovich Tototmyants

Vassily

Vassilyev